

Jussi ADLER-OLSEN

Sin límites



Lectulandia

El comisario Christian Habersaat lleva diecisiete años intentando en vano esclarecer la muerte de una joven que apareció colgando cabeza abajo de un árbol. Desesperado, le pide ayuda a Carl Mørck, que, malhumorado como siempre, no le hace demasiado caso. Poco después, Habersaat muere en extrañas circunstancias y, al cabo de unos días, fallece también su hijo.

Ante esta dramática noticia, Mørck no tiene más remedio que implicarse en el caso y, junto a sus asistentes Rose y Assad, se traslada a la isla de Bornholm. Allí, en la casa de Habersaat, descubren una enorme cantidad de material que el fallecido acumuló a lo largo de todos esos años. Las pistas llevan al Departamento Q hasta el atrayente y enigmático director de un centro esotérico, la Academia para la Fusión con la Naturaleza.

Pero Carl, Rose y Assad aún no saben que sus vidas corren serio peligro...

Lectulandia

Jussi Adler-Olsen

Sin límites

Departamento Q - 6

ePub r1.0

Titivillus 11.05.16

Título original: *DEN GRÆNSELØSE*
Jussi Adler-Olsen, 2014
Traducción: Juan Mari Mendizábal Sarasúa

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a Vibsen y Elisabeth, dos mujeres fuertes

Prólogo

20 de noviembre de 1997

Veía tonos grises por todas partes. Las sombras fluctuantes y la solícita oscuridad se extendían en torno a ella como un edredón y la mantenían caliente.

En un sueño había abandonado su cuerpo, estaba suspendida en el aire como un pájaro; no, mejor aún: como una mariposa. Como una obra de arte multicolor y revoloteante llegada al mundo solo para despertar alegría y admiración. Como un ser flotando en lo alto, entre el cielo y la tierra, cuya varita mágica podía hacer que el mundo despertase al amor y a la alegría infinitos.

Sonrió al pensar en la belleza y pureza de la idea.

La negrura eterna la rodeaba, con destellos tenues, como de estrellas lejanas. Era una sensación agradable, casi como un pulso que dirigiera el sonido del viento y las hojas susurrantes.

No podía moverse, pero tampoco deseaba hacerlo. Porque entonces despertaría del sueño, y la repentina realidad iba a provocar dolor, y ¿quién quería eso?

Se desplegó ante ella una multitud de imágenes de tiempos mejores. Breves destellos de ella y de su hermano saltando entre las dunas, sus padres gritando «¡¡Estaos quietos!!».

¿Por qué tenían que estarse quietos? ¿No fue acaso allí, entre las dunas, donde se sintió libre por primera vez?

Sonrió mientras hermosos conos de luz se deslizaban bajo ella como si fuera fosforescencia marina. No es que hubiera visto nunca la fosforescencia marina, pero debía de ser algo así. Fosforescencia marina u oro líquido en profundos valles.

¿En qué había estado pensando?

¿No era en una idea de libertad? Sí, tenía que serlo, porque jamás se había sentido tan libre como en aquel momento. Como una mariposa dueña de su destino. Liviana e inquieta, rodeada de gente bella que no la regañaba. Manos receptivas por todas partes, que la impulsaban hacia delante y solo deseaban su bien. Cantos que la elevaban, nunca antes cantados.

Suspiró un momento y sonrió. Dejó que el flujo de ideas la condujera a todas partes y a ninguna a la vez.

Entonces se acordó de la Escuela Superior y de la bici, de la mañana helada y, sobre todo, del castañeteo de sus dientes.

Y justo en aquel instante en el que la realidad se reveló y el corazón cedió al fin, recordó también el trallazo al golpearle el coche, el sonido de los huesos al romperse, las ramas del árbol agarrándola, la cita que...

Martes 29 de abril de 2014

—Venga, Carl, despierta. Vuelve a sonar el teléfono.

Carl miró somnoliento a Assad, que parecía vestido de amarillo para carnaval. El mono había sido blanco, y su pelo rizado, negro al empezar por la mañana; si había llegado algo de pintura a las paredes, era de puro milagro.

—Me has interrumpido un razonamiento complicado —informó Carl mientras bajaba a regañadientes los pies del escritorio.

—¡Vale! ¡Perdona! —Una sonrisa atravesó la jungla de la barba de días de Assad. ¿Qué diablos expresaban sus ojos alegres, redondos como canicas? ¿Cierta ironía, tal vez?

—Sí, ya sé, o sea, que ayer se te hizo tarde, Carl —continuó Assad—. Pero a Rose se le va la olla cuando dejas que suene el teléfono. Así que, por favor, la próxima vez responde.

Carl dirigió la vista hacia la luz cegadora de la ventana del sótano.

Bueno, eso lo arregla un poco de humo de tabaco, pensó, extendió la mano hacia la cajetilla y plantó los pies sobre el escritorio mientras volvía a sonar el teléfono.

Assad se lo indicó con un gesto insistente y salió. Carl estaba hasta los huevos de las exigencias de aquellas dos sirenas de niebla que tenía en el vecindario.

—Carl —se presentó bostezando, y dejó el auricular sobre la mesa.

—¿Diga...? —se oyó de allá abajo.

Acercó el auricular a la boca con un brazo flojo.

—¿Con quién hablo?

—¿Es Carl Mørck? —se oyó una voz en el dialecto cantarín de la isla de Bornholm. Desde luego, no era un dialecto que lo embargase de ternura. No era más que una especie de sueco chapurreado con una serie de fallos gramaticales, y solo útil en aquella isla minúscula.

—Sí, soy Carl Mørck, acabo de decirlo.

Se oyó un suspiro al otro lado de la línea. Sonaba casi como de alivio.

—Hablas con Christian Habersaat. Coincidimos hace un siglo, pero seguro que no te acuerdas de mí.

¿Habersaat?, pensó. ¿De Bornholm?

Se tomó su tiempo.

—Sí... Creo...

—Yo estaba de servicio en la comisaría de Nexø cuando tú y un superior vinisteis hace unos cuantos años para llevar a un preso a Copenhague.

Carl revolvió en el cerebro. Recordaba el transporte del preso, pero ¿Habersaat?

—Pues sí, bueno... —balbuceó, y su mano fue en busca de los cigarrillos.

—Verás, perdona que te moleste, pero ¿tendrías tiempo para escucharme? Ya he leído, ya, que acabáis de resolver el difícil caso del circo de Bellahøj. Enhorabuena, aunque debe de ser frustrante que el autor de los hechos se suicide antes de hacerse justicia.

Carl se encogió de hombros. Rose se cabreó por eso, pero a él le importaba un pimiento. Un cabrón menos por el que preocuparse.

—Ya. Entonces, ¿no llamas por aquel asunto? —Encendió el cigarrillo y echó la cabeza atrás. Solo eran la una y media, algo temprano para haber fumado su ración diaria de tabaco; iba a tener que aumentarla.

—Pues sí, pero por otra parte, no. Te llamo por aquel caso, pero también por los casos que habéis cerrado durante los últimos años. Impresionante.

»Como te decía, trabajo en la Policía de Bornholm, y ahora estoy en Rønne; menos mal que me jubilo mañana.

Trató de reír. Sonó algo forzado.

—Es que las cosas han cambiado, y ya no me parece tan interesante ser yo mismo. Seguro que nos pasa a todos, pero hace solo diez años sabía qué ocurría en la mayor parte del centro y de la costa este de la isla. Y, bueno, por eso te llamo.

Carl dejó caer la cabeza. Si el tipo quería endosarles un caso, más valía pararle los pies de inmediato. No tenía la menor gana de llevar una investigación en una isla cuya especialidad era el arenque ahumado y que estaba más cerca de Polonia, Suecia y Alemania que de Dinamarca.

—¿Llamas para que te revisemos un caso? Porque entonces me temo que tendrás que dirigirte a uno de los pisos superiores. En el Departamento Q tenemos demasiado trabajo.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio. Después, colgaron.

Carl miró confuso el receptor antes de colgarlo con fuerza. Si aquel payaso se asustaba tan fácil, bien merecido lo tenía.

Meneó la cabeza, sus párpados acababan de cerrarse cuando el trasto sonó de nuevo.

Carl aspiró hondo. Desde luego, a alguna gente había que darle las cosas bien masticadas.

—¡Sí! —gritó al receptor. A ver si el payaso se asustaba y volvía a colgar.

—E... ¿Carl? ¿Eres tú?

No era precisamente la voz que esperaba oír. Frunció el ceño.

—¿Eres tú, madre? —preguntó con cuidado.

—¡No sabes qué miedo me das cuando ruges así! ¿Te duele la garganta, cariño?

Carl dio un suspiro. Habían pasado más de treinta años desde que se marchó de casa. En ese tiempo había tratado con criminales violentos, macarras, incendiarios, asesinos y muchísimos cadáveres en diversos grados de descomposición. Habían

disparado contra él. Le habían destrozado la mandíbula, la muñeca, su vida privada y todas sus honradas ambiciones. Habían pasado treinta años desde que quitó la tierra del arado de sus zuecos-bota y se dijo de una vez por todas que iba a disponer de su vida, y que los padres eran algo que se podía rechazar o aceptar a voluntad. ¿Cómo carajo era posible que su madre, con una simple frase, fuera capaz de hacerlo sentir como un niño pequeño?

Carl se restregó los ojos y se enderezó en el asiento. Iba a ser un día largo, muy largo.

—No, madre, estoy bien. Es que tenemos obreros en el despacho y no se oye nada.

—Verás, te llamo para darte una noticia triste.

Carl apretó los labios y trató de sondear el tono de su madre. ¿Sonaba apenada? ¿Iba a decirle al segundo siguiente que su padre había muerto? ¿Ahora que llevaba más de un año sin visitarlos?

—¿Ha muerto padre? —aventuró.

—Santo cielo, no, qué va, ja, ja. Lo tengo al lado tomando café. Acaba de estar en el establo cortando el rabo a los lechones. No, es tu primo Ronny.

Carl bajó los pies de la mesa.

—¿Ronny? ¿Muerto? ¿Cómo?

—De repente se cayó redondo en Tailandia, mientras le daban un masaje. ¿Verdad que es una noticia espantosa en un hermoso día de primavera como hoy?

«En Tailandia, mientras le daban un masaje», había dicho. Claro, ¿qué otra cosa podía esperarse?

Carl buscó una respuesta que fuera algo razonable. No podía decirse que resultara fácil.

—Espantosa, sí —consiguió decir mientras trataba de reprimir la desagradable imagen del final sin duda placentero del cuerpo hinchado de su primo.

—Sammy va a tomar el avión mañana para traer sus restos y sus cosas. Más vale traer las cosas a casa antes de que se desperdigen por ahí —sentenció—. Sammy siempre ha sido muy práctico.

Carl asintió con la cabeza. Si estaba en medio el hermano de Ronny, seguro que iba a hacerse una distribución típica jutlandesa: la paja en un montón y el grano a la maleta.

Vio ante sí a la leal esposa de Ronny. Era una brava tailandesita que merecía más; pero, después de pasar por allí el hermano de Ronny, solo le iban a quedar los gayumbos con dragones chinos de su difunto marido. Así era el mundo.

—Ronny estaba casado, madre. No creo que Sammy pueda llevarse cosas sin más.

Su madre rio.

—Bueno, ya conoces a Sammy, se las arreglará. A propósito, se quedará unos diez o doce días. Claro, dice, una vez que estás allí hay que aprovechar para

broncearse los michelines, y desde luego que no le falta razón. Tu primo Sammy es un hombre ingenioso.

Carl asintió. La única diferencia importante entre Ronny y su hermano pequeño Sammy era una sola vocal y tres consonantes. Nadie que viviera al norte de Limfjorden pondría en duda su parentesco, porque eran como dos gotas de moco. Si había algún productor de cine que necesitase un lechuguino fanfarrón sin fuste con camisa de colorines, siempre podía recurrir a Sammy.

—El funeral va a ser aquí, el sábado diez de mayo. Será una delicia tenerte por aquí, mi niño —continuó su madre. Y mientras desgranaba su esperada descripción de la vida cotidiana de una familia de campesinos jutlandeses, haciendo especial hincapié en la crianza de cerdos, con alusiones al dolor de cadera de su padre, críticas despiadadas a los políticos del Parlamento y demás materia deprimente, Carl pensó en el inquietante contenido del último mensaje que le envió Ronny.

El mensaje estaba pensado a modo de amenaza, sin duda, lo que alarmó y molestó a Carl más de lo habitual. En un momento dado, llegó a la conclusión de que Ronny pensaba chantajearlo con aquellos chismes. ¿Acaso no era su primo capaz de idear cosas así? ¿Acaso no necesitaba dinero siempre?

Aquello no le gustaba nada. ¿Iba a tener que ocuparse otra vez de esa ridícula pretensión? No tenía ninguna lógica, pero, viviendo en el país de Hans Christian Andersen, ya se sabía con qué facilidad se convertía un comentario en verdad absoluta. Y verdades absolutas como aquella en su puesto de responsabilidad, y con un superior como Lars Bjørn, no era lo que más necesitaba.

Joder, Ronny, ¿qué se había traído entre manos? El payaso de él ya había largado varias veces que mató a su padre, cosa bastante grave en sí. Pero lo peor era que había arrastrado a Carl al fango, explicando de forma pública que Carl le había ayudado a matar a su padre durante una excursión de pesca; y, en aquel último mensaje infausto le comunicaba que había escrito un libro sobre ello y estaba intentando publicarlo.

Carl no había oído nada desde entonces, pero era una historia sucia que debía finalizar, ahora que el hombre había muerto.

Se palpó la chaqueta en busca de cigarrillos. No había duda de que debía acudir al funeral. Allí se enteraría también de si Sammy había conseguido arrancar algo de patrimonio de las garras de la mujer de Ronny. En Oriente, las cuestiones hereditarias terminaban a veces con violencia, y esperaba que esta vez también fuera así. Pero la pequeña Dingaling, o como fuera que se llamara la mujer de Ronny, parecía estar hecha de una pasta diferente, mejor. Seguro que iba a quedarse con lo que le correspondiera de dinero ahorrado, y dejar el resto de cosas. Entre ellas, tal vez también el pretencioso intento de Ronny de iniciar una carrera literaria.

En efecto, no le extrañaría que Sammy lograra traerse de vuelta aquellos apuntes. En tal caso, se trataba de conseguirlos antes de que iniciaran la ronda familiar.

—Ronny se había enriquecido bastante, ¿lo sabías, Carl? —pio su madre en un

segundo plano.

Carl arqueó las cejas.

—Vaya, no me digas. Supongo que traficaría con drogas. ¿Estás completamente segura de que no terminó con un nudo corredizo al cuello tras los gruesos muros carcelarios del sistema judicial tailandés?

Su madre rio.

—Qué cosas dices, Carl. Desde luego, siempre has sido un niño divertido.

Veinte minutos después de la conversación con el policía de Bornholm, Rose estaba en la puerta apartando las nubes de humo de Carl con una repugnancia que no se tomaba la molestia de ocultar.

—¿Acabas de hablar con un agente que se apellida Habersaat?

Carl se alzó de hombros. En aquel momento, no era la conversación que más lo preocupaba. A saber qué habría escrito Ronny sobre él.

—Mira esto. —Rose dejó caer un folio sobre la mesa—. Hace dos minutos que he recibido este mensaje. Creo que vas a tener que llamarlo enseguida.

En el folio había dos frases que hicieron que el ánimo decayera en el despacho para el resto del día.

El Departamento Q era mi última esperanza.
No aguanto más.

C. Habersaat

Carl miró a Rose, que sacudía la cabeza como una mujer que acabara de decidir dejar a su marido. A Carl no le gustaba la actitud, pero con Rose lo mejor era callarse. Más valía aguantar dos cachetes en silencio que dos minutos de gruñidos y quejas. Así funcionaban las cosas entre ellos, y Rose era una buena chica en el fondo. Aunque a veces había que escarbar mucho.

—¡No me digas! Pero mira, ya que el mensaje te ha llegado a ti, tendrás que encargarte tú del trabajo. Ya me contarás después qué has sacado en limpio.

Rose arrugó la nariz, y el encalado se agrietó.

—Como si no supiera lo que ibas a decir. Por eso, lo he llamado al momento, pero solo he encontrado el contestador.

—Mmm. Bien, entonces supongo que habrás dejado un mensaje diciendo que volverás a llamar, ¿no?

El cabreo de Rose fue en aumento mientras lo confirmaba, y ya no se le pasó.

Al parecer, había llamado cinco veces, pero el hombre no respondía.

Miércoles 30 de abril de 2014

Normalmente, las ceremonias de despedida del personal que se jubilaba solían hacerse en la comisaría de Rønne, pero Habersaat se había opuesto. Desde que entró en vigor la nueva reforma policial, la estrecha y buena relación que tenía con los ciudadanos, y, en general, lo que ocurría en la costa este de la isla se habían convertido en un interminable ir y venir entre este y oeste, y de pronto se habían introducido unos procesos de toma de decisiones interminables desde que se producía un hecho criminal hasta que se hacía algo serio. Se perdía el tiempo, las huellas se borraban, los autores del crimen huían.

«Corren buenos tiempos para los mangantes», solía decir siempre, aunque nadie le hacía caso.

De modo que Habersaat odiaba el desarrollo tanto general como local de la sociedad, y los compañeros partidarios del sistema, que ni siquiera lo conocían a él ni sabían de los logros de sus cuarenta años de servicio fiel, no iban de ninguna manera a asistir a su ceremonia de despedida como borregos y hacer como si lo vitoreasen.

En consecuencia, tomó la decisión de celebrar la despedida definitiva en el Centro Cívico de Listed, a solo seiscientos metros de su casa.

Teniendo en cuenta lo que había planeado para la ocasión, todo iba a ser más decoroso de aquella manera.

Se plantó un rato ante el espejo para pasar revista a su uniforme de gala, y se fijó en los pliegues que se habían formado en el tejido tras años sin usar. Y mientras con esmero y cierta desmaña planchaba los pantalones en una tabla de planchar que nunca había intentado desplegar, dejó que su mirada se deslizase por lo que en otros tiempos fue la cálida y animada sala de estar familiar.

Habían pasado casi veinte años desde entonces, y ahora el pasado retumbaba como un animal inquieto, perdido, entre montones de cachivaches y baratijas de las que nadie quería saber nada.

Habersaat sacudió la cabeza. Cuando analizaba el pasado, no comprendía su manera de actuar. ¿Por qué llenó las estanterías con carpetas de anillas de colores en vez de con buenos libros? ¿Por qué estaban todas las superficies horizontales cubiertas de fotocopias y recortes de periódico? ¿Por qué dedicó toda su vida al trabajo, y no a las personas que antes lo apreciaban?

De todas formas lo comprendía.

Inclinó la cabeza y trató de liberar los sentimientos que lo embargaron por un instante, pero las lágrimas no acudieron, tal vez porque las había derramado tiempo

atrás. Claro que sabía por qué habían ido las cosas como fueron. No quedaba otra posibilidad.

Luego aspiró hondo, alisó el uniforme en la mesa del comedor, alcanzó una gastada foto enmarcada y acarició la imagen, como había hecho cientos de veces antes. Si solo pudiera recuperar los días perdidos. Si solo pudiera cambiar su carácter y sus decisiones, y, por última vez, notar la cercanía de su mujer y su hijo crecido.

Suspiró. En aquella estancia había hecho el amor con su bella esposa en el sofá. Sobre aquella alfombra se había revolcado con su hijo cuando era pequeño. Allí empezaron las discusiones, y fue también allí donde su melancolía se instaló y creció.

Fue en aquella sala donde su mujer le escupió a la cara y lo dejó de una vez por todas solo con su vida, convencido de que un asunto banal había truncado su felicidad.

En efecto, cuando todo empezó, se quedó destrozado, sumido en un estado de abatimiento casi permanente, y aun así no pudo abandonar el caso. Eso fue lo que ocurrió, por desgracia, claro que también había razones para ello.

Se puso en pie. Dio unas palmadas a uno de los montones de apuntes y recortes, vació el cenicero y sacó fuera la basura con la ración semanal de traqueteantes latas de conserva vacías. Al final inspeccionó una vez más los bolsillos interiores para ver si había olvidado algo y si el uniforme de gala le sentaba bien.

Después cerró la puerta tras de sí.

Pese a todo, Habersaat se había imaginado que iba a acudir más gente a la ceremonia. Al menos la gente a la que durante aquellos años había ayudado a salir de un apuro, pero quizá también la gente para quien reparó injusticias y puso fin a despropósitos. Desde luego, esperaba ver a varios antiguos compañeros retirados de la Policía de Nexø, y tal vez también algunos de los ciudadanos que, a lo largo de los años, representaron junto a él a las autoridades de la pequeña localidad. Pero cuando vio que solo se habían personado, fieles a sus deberes, el presidente de la asociación ciudadana y la interventora suplente, el director de la Policía de Bornholm y sus subordinados más cercanos, junto con el representante de la Asociación de la Policía, además de los cinco o seis que invitó personalmente, se olvidó de su largo discurso y decidió tomarse las cosas como vinieran.

—Gracias por venir esta preciosa mañana soleada —comenzó, e hizo una señal a su viejo vecino Sam para que empezara a grabar el vídeo. Luego sirvió vino blanco en los vasos de plástico y cacahuets y patatas fritas en las bandejas de papel de aluminio. Nadie se ofreció a ayudarlo.

Dio un paso adelante y pidió a los reunidos que tomaran un vaso. Y, mientras se colocaban frente a él, metió la mano en el bolsillo con discreción y quitó el seguro de la pistola.

—Salud, distinguidos amigos —continuó, saludando con un gesto de la cabeza a

cada uno de los presentes, y después sonrió—. Rostros apreciados en este último día. Muchas gracias por acudir a este pequeño acto a pesar de todo. Ya sabéis lo que he pasado, y que antes era como la mayoría de personas, especialmente policías. Estoy seguro de que aquellos de entre vosotros que no estáis chochos aún me recordáis como un tipo sosegado capaz de convencer a un pescador con demasiada adrenalina en el cuerpo de que soltara una botella de cerveza rota. ¿No es así?

Sam levantó el dedo pulgar ante la cámara, pero solo unos pocos de los demás hicieron un gesto de reconocimiento. De todas formas, aquí y allá algunas miradas al suelo expresaron aprobación.

—Por supuesto que me apena que después de tanto tiempo solo se me recuerde como el que se consumió en un caso imposible que al final destrozó nuestra familia, mis amistades y mi alegría de vivir. Quiero pedir perdón por eso, así como por los muchos años de amargura por mi parte. Debí detenerme a tiempo. Vuelvo a excusarme por ello.

Se volvió hacia sus superiores mientras su sonrisa desaparecía, y su mano asió la culata de la pistola en el bolsillo.

—A vosotros, compañeros, os diré que sois tan recientes en el servicio que no puedo criticaros por mis problemas. Hacéis vuestro trabajo de forma irreprochable en la dirección que os señalan políticos incompetentes. Pero varios de vuestros antiguos compañeros y antecesores de otra época no solo me abandonaron a mí al quitarme su apoyo, sino también, por su despreocupación e imprevisión, a una joven. A causa de ese abandono, en este momento quiero expresar mi desprecio por el sistema que os ha tocado proteger, un sistema incapaz de resolver las tareas policiales que nos han encomendado. Hoy en día lo que cuenta son las estadísticas, y no llegar hasta el fondo de las cosas. Así que os digo: diablos, nunca me he acostumbrado a ello.

Se oyeron un par de protestas quedas por parte del representante de la Asociación de Policía, no podía ser de otro modo, y alguno le reprochó el tono, en su opinión, inadecuado para un día como aquel.

Habersaat movió la cabeza arriba y abajo. Tenían razón. Era inadecuado, tan inadecuado como la mayoría de las cuestiones con las que les llenó la cabeza a lo largo de los años. Pero eso iba a terminar. Había que poner punto final a todo y hacer un escarmiento que ninguno de sus colegas iba a olvidar. Y, mal que le pesara, había llegado el momento.

Sacó la pistola del bolsillo con gesto rápido, y los más cercanos salieron corriendo de su campo visual.

Por un breve instante, observó el miedo y el espanto que se apoderó de los cuerpos de sus superiores cuando los apuntó con la pistola.

Luego dejó que sucediera.

Carl había pasado una noche de las suyas, de modo que empezó el trabajo de oficina plantando los pies sobre la mesa, a fin de recuperar el sueño. Tras resolver los casos de los últimos meses, su vida fue un desorden difuso de sentimientos contrapuestos. Fueron unos meses de invierno desagradables en el plano personal, y su creciente aversión a someterse a la autoridad gritona de Lars Bjørn en el frente laboral tampoco era cosa de risa. Luego estaba lo de Ronny y la incertidumbre sobre las malditas historias que había escrito; todo ello se notaba en el sueño nocturno y en el día siguiente. Debían producirse cambios radicales, de lo contrario iba a quedarse amuermado.

Sacó una carpeta cualquiera del montón, la apoyó en los muslos y alcanzó un bolígrafo. Tras mucho entrenarse con diversos ángulos, sabía cómo evitar que no se le cayeran las cosas cuando echaba una cabezada. A pesar de ello, el bolígrafo se le cayó cuando Rose lo despertó con su afilado graznar.

Miró abotargado el reloj, y observó que había conseguido dormir casi una hora.

Se desperezó con cierta satisfacción, sin hacer caso de la mirada avinagrada de Rose.

—Acabo de hablar con la Policía de Rønne —anunció su ayudante—, y no va a gustarte nada el porqué.

—Atiza.

Trasladó la carpeta de los muslos a la mesa y recogió el bolígrafo.

—Hace una hora que el agente Christian Habersaat ha acudido a su ceremonia de despedida. Y hace cincuenta minutos que ha quitado el seguro de su pistola y se ha volado la cabeza ante diez espectadores horrorizados.

Cuando las cejas de Carl dieron un brinco, Rose hizo un expresivo gesto afirmativo.

—Joder, vaya movida, ¿eh, Carl? —dijo con tono avinagrado—. Cuando el director de la Policía de Bornholm vuelva a comisaría, sabré más, porque ha sido testigo del episodio. Pero lo primero es comprar billetes para el próximo vuelo.

—De acuerdo, es algo lamentable. Pero ¿de qué estás hablando? ¿El próximo vuelo? ¿Vas a viajar, Rose? —Carl hacía como que no comprendía, pero se daba cuenta de lo que le esperaba. Joder, no iba a pasar por ahí—. Siento lo de ese Haberosellame, pero si crees que por esa razón me voy a subir a una de esas latas de sardinas voladoras para ir a Bornholm, te equivocas de plano. Además...

—Carl, si no te atreves a volar —lo interrumpió Rose—, ya estás reservando

billetes para el catamarán de Ystad a Rønne de las doce y media, mientras yo hablo con el director de la Policía de Bornholm. Al fin y al cabo, ha sido culpa tuya que tengamos que movernos, así que encárgate tú. ¿No es lo que me sueles decir siempre? Voy a decirle a Assad que deje de chapucear con la pintura en el cuarto del asistente y se prepare para salir.

Carl entornó los ojos.

¿Estaba despierto, o qué?

Ni el trayecto en coche desde Jefatura a Ystad, atravesando el sur de Escania vestido de primavera, ni el viaje de hora y media en el catamarán a Bornholm consiguieron atemperar la indignación de Rose.

Carl se había observado el rostro por el retrovisor. Como no anduviera con cuidado, iba a acabar pareciéndose a su abuelo materno, de mirada mustia y piel reseca.

Movió el retrovisor y vio el careto agrio de Rose.

—¿Por qué no hablaste con él, Carl? —se oyó una y otra vez desde el asiento de atrás, con el tono más reprobable que pueda imaginarse. Si hubiera habido entre ellos un cristal separador como en los taxis, lo habría cerrado de golpe.

Y ahora, en el restaurante del enorme catamarán, el viento siberiano que barría las espumeantes olas que Assad observaba con gran preocupación no era nada comparado con la frialdad de Rose. Estaba emperrada en aquel estado de ánimo.

—No sé cómo se le llama, Carl. Pero en sociedades menos tolerantes que la nuestra, lo que le hiciste a Habersaat podría considerarse dejación de funciones...

Carl trató de no prestarle atención. Al fin y al cabo, Rose era Rose; pero cuando arreció el ataque con las palabras «... o, peor aún, homicidio por negligencia», entonces detonó la bomba.

—¡Cállate de una puta vez, Rose! —gritó Carl, dando un puñetazo en la mesa que hizo que botellas y vasos tintineasen.

No fue la mirada centelleante de Rose la que lo detuvo, sino el gesto de Assad hacia los clientes de la cafetería, que los miraban atónitos con la tarta del chef temblando en sus tenedores.

—¡Son actores! —se excusó Assad ante el resto de clientes de la cafetería con una sonrisa torcida—. Están ensayando una obra de teatro, pero, entonces, no van a desvelar el final, se lo prometo.

Era evidente que muchos de los espectadores se preguntaban dónde diablos habían visto antes a aquellos actores.

Carl se inclinó sobre la mesa hacia Rose y trató de suavizar el tono. Bien mirado, la chica era maja. ¿No les había echado acaso una mano a él y a Assad en muchas ocasiones durante los últimos años? Desde luego, iba a costarle olvidar lo atenta que fue cuando él estuvo a punto de que se le fundieran los plomos en el caso de Marcus,

tres años antes. Había que dejarla en paz con sus rarezas, porque era cuando mejor funcionaba. Al fin y al cabo, de vez en cuando podía estar algo inestable, pero, si querías ayudarlo a mantener la estabilidad, lo más sensato era no caer en sus provocaciones; de lo contrario se complicaba todo.

Hizo una profunda aspiración.

—Rose, escucha. No creas que lo ocurrido no me entristece. Pero déjame recordarte que lo que le ha sucedido a Habersaat ha sido algo elegido por él. No tenía más que volver a llamar, o, si no, contestar la llamada que le hiciste. Si por un correo electrónico, o por carta, nos hubiera avisado de para qué deseaba hablar con nosotros, el caso sería muy diferente hoy. ¿No estás de acuerdo, señorita más-papista-que-el-papa?

Sonrió, conciliador; pero algo en la mirada de Rose dejaba traslucir que no debía haber pronunciado la última frase.

Menos mal que Assad se adelantó a los acontecimientos.

—Rose, te comprendo. Pero Habersaat se suicidó, y nosotros, o sea, no podemos hacer nada ahora.

Se calló un rato y tuvo un par de arcadas, mientras dirigía una mirada de pronto entristecida hacia las crestas de las olas.

—Entonces, vamos a intentar descubrir por qué lo hizo, ¿no? —continuó, algo apagado—. Para eso estamos camino de Bornholm en este barco extraño, ¿no?

Rose asintió en silencio, y una tenue sonrisa apareció en su rostro. Una actuación de primera.

Carl se recostó en el asiento y dirigió un gesto de agradecimiento a Assad, cuya tez brillante de Oriente Próximo en una fracción de segundo viró hacia el verde. Pobrecito. Pero ¿qué otra cosa cabía esperar de alguien que podía marearse tumbado en una colchoneta flotando en una piscina?

—Creo que navegar no es lo mío —dijo Assad con voz demasiado queda para cosa buena.

—En los servicios hay bolsas para vomitar —sonó seca la voz de Rose, mientras sacaba la guía de *Politiken* sobre Bornholm.

Assad sacudió la cabeza.

—Que no, que estoy bien. Lo acabo, o sea, de decidir.

Con aquellos dos no había un segundo de aburrimiento.

La Policía de Bornholm constituía el distrito policial más pequeño de Dinamarca, con su propio director y unos sesenta empleados. En la isla solo quedaba una comisaría, que, además de estar abierta día y noche, debía ocuparse de los quehaceres policiales de no solo los cuarenta y cinco mil habitantes de la isla, sino de los más de seiscientos mil turistas al año. Un microuniverso de apenas seiscientos kilómetros cuadrados de oscura tierra de labranza, roca y piedra, así como incontables

atracciones, grandes y, sobre todo, pequeñas, que las oficinas de turismo locales trataban de vender como las más destacadas. La mayor iglesia redonda, la menor, la mejor conservada, la más antigua, la más redonda, la más alta. Todo municipio que se preciara tenía justo el elemento que hacía de la isla algo realmente digno de visitar.

Los espigados policías de la recepción les dijeron que esperasen un momento. Al parecer, en el *ferry* había viajado un camión con un sobrepeso enorme, y había que dirigir el tráfico.

Está claro que un crimen tan repugnante debe tener prioridad sobre todo lo demás, pensaba Carl con una sonrisa irónica, cuando uno de los agentes señaló la puerta que debían usar.

El director de la Policía los recibió en la sala de reuniones del primer piso, vestido de gala, con pasteles y un montón de tazas de café. No había duda de quién ostentaba rango y autoridad, y tampoco de que su presencia, pese a la gravedad de las circunstancias, le extrañaba al jefe local.

—Venís de muy lejos —indicó, como queriendo decir que venían de demasiado lejos.

—Sí, nuestro compañero Christian Habersaat se ha quitado la vida, por desgracia, una forma de despedirse de lo más lamentable —continuó después, al parecer todavía afectado.

Carl ya lo había visto antes. Los policías que hacían carrera, como los directores de la Policía, y precisamente por eso no tenían que meter la mano en la mierda, eran los menos adecuados del cuerpo para ver la masa encefálica de un compañero desparramada por la pared.

Asintió con la cabeza.

—Mantuve una breve conversación telefónica con Christian Habersaat ayer por la tarde. Solo sé que deseaba hacerme partícipe de un caso y que no debí de ser muy receptivo, de manera que ahora estamos aquí. Tengo la impresión de que no vamos a estorbaros en vuestro trabajo si miramos un poco más las cosas; espero que me des la razón.

Si los ojos entornados y las comisuras hacia abajo significaban «sí» en dialecto de Bornholm, al menos eso estaba claro.

—Tal vez puedas contarme a qué se refería en el mensaje que nos envió. Ponía que el Departamento Q era su última esperanza.

El director de la Policía sacudió la cabeza. Era probable que pudiera hacerlo, pero que no quisiera. Para eso tenía gente a su mando.

Hizo señas a un policía vestido de gala para que se les acercara.

—Es el comisario John Birkedal. Nació en la isla y conocía a Habersaat desde mucho antes de que me destinaran aquí. John y yo, y nuestro representante de la Asociación de la Policía, hemos sido los únicos de la comisaría que hemos participado en la ceremonia de despedida de Habersaat.

Assad fue el primero en tender la mano.

—Lo acompaño en el sentimiento —declaró.

Birkedal estrechó la mano, algo desconcertado, y luego se volvió hacia Carl con una mirada de reconocimiento.

—Hola, Carl, tiempo sin vernos —se presentó, mientras Carl trataba de reprimir el reflejo que hace arrugar el ceño.

El hombre que tenía enfrente estaba a principios de la cincuentena, de modo que tenía la edad de Carl, y, a pesar del bigote y los párpados cargados, se le hacía conocido. ¿Dónde diablos lo había visto antes?

Birkedal rio.

—Por supuesto que no me recuerdas, pero estaba en el curso inferior en la Academia de Policía de Amager. Hemos jugado al tenis juntos; te gané tres veces seguidas, por cierto. Y de pronto se te fueron las ganas.

¿Era Rose la que cacareaba a sus espaldas? Esperaba que no, por su bien.

—Ssí... —Carl intentó sonreír—. Bueno, no se me fueron las ganas, creo que me pasó algo en el tobillo, ¿no?

Lo dijo por decir: no tenía el menor recuerdo de aquello. Si alguna vez había jugado al tenis, tamaña aberración había quedado enterrada, por suerte, en la mañana de los tiempos.

—Desde luego, ha sido un espanto lo de Christian —continuó, gracias a Dios, el comisario—. Pero llevaba varios años triste, aunque aquí, en comisaría, no nos dimos cuenta. No creo que podamos reprocharle nada en su trabajo, ¿verdad, Peter?

El director sacudió la cabeza, como correspondía.

—Pero, por lo visto, en su casa las cosas no le iban tan bien. Estaba divorciado y vivía solo, de lo más amargado por un viejo caso cuya resolución se había impuesto como meta, aunque no era de la Policía Criminal. Fue un caso banal de atropello con fuga, pero como eso costó la vida de una joven, tampoco fue tan banal.

—Bien, un atropello con fuga, comprendo.

Carl miró por la ventana. Conocía aquellos casos. O los resolvías en un santiamén, o terminaban archivados. Su estancia en la isla iba a ser breve.

—Y nunca apresasteis al conductor del vehículo, ¿verdad? —preguntó Rose mientras le daba la mano.

—En efecto. Si lo hubiéramos hecho, hoy Christian estaría vivo. Lo siento, pero debo marcharme. Comprenderéis que, tras lo que ha sucedido hoy, hay muchas formalidades que cumplir, además de tratar con la prensa, que debemos quitarnos de encima cuanto antes. Pero después puedo pasarme por vuestro hotel a responder vuestras preguntas.

—Ustedes deben de ser los policías de Copenhague —observó la recepcionista del Sverres Hotel sin mucho afecto, mientras con mano segura escogía las llaves de las habitaciones que tal vez fueran las menos ostentosas de las que tenía en oferta. De

modo que Rose, como de costumbre, había regateado por el precio.

Algo más tarde se reunieron con el comisario John Birkedal en una de las butacas de imitación de cuero del salón que había tras el comedor. Desde allí, en el primer piso, se apreciaba una buena perspectiva tanto del puerto industrial como del patio trasero de un supermercado, y no era bonito. Si hubieran cruzado el campo visual un par de autopistas, la impresión de conjunto habría sido perfecta. No era el mejor sitio para escribir una guía turística de aquella, por otra parte, maravillosa isla.

—Debo ser franco con vosotros. La verdad es que no soportaba a Habersaat —empezó Birkedal—. Pero eso de ver a un compañero pegarse un tiro en la sien porque le parecía que no daba la talla en su trabajo ha sido algo que me ha dolido mucho. En mi carrera de policía he visto de todo, pero me temo que esto se me va a quedar grabado. La verdad es que ha sido espantoso.

—Por supuesto —terció Assad—. Perdona, quiero estar seguro de entenderlo bien. Dices que se ha pegado un tiro en la cabeza con una pistola. Pero, o sea, no sería su arma reglamentaria, ¿verdad?

Birkedal sacudió la cabeza.

—No, su arma la depositó en el armero según las normas antes de entregar su placa y llaves en comisaría. No sabemos con certeza de dónde había sacado la pistola, pero se trataba de una Beretta 92 de 9 milímetros. Es peligroso llevar un trasto así encima. Ya la conocéis por *Arma letal*, con Mel Gibson, ¿verdad?

Ninguno de ellos respondió.

—Bueno, el caso es que se trata de un cacharro grande y pesado que pensé que era una imitación cuando la sacó y apuntó hacia mí y el director. No tenía permiso para aquella arma, pero nos consta que una Beretta similar desapareció de entre las pertenencias de una persona muerta en Aakirkeby hace unos cinco o seis años. No podemos saber si se trata de la misma arma, porque su propietario no tenía los papeles.

—¿Las pertenencias de un muerto? ¿En 2009? —preguntó Rose sonriendo y poniendo morritos. ¿Podía ser que John Birkedal fuera su tipo?

—Sí. Un profesor de la Escuela Superior^[1] murió durante un cursillo. Según la autopsia, fue una muerte natural, provocada por un corazón débil. El caso es que Habersaat pareció interesarse mucho en la revisión de sus pertenencias. El fallecido, Jakob Swiatek, según decían antiguos alumnos suyos, tenía una enorme afición a las armas cortas, y varias veces enseñó a algunos alumnos una pistola que, por la descripción que hicieron, bien podría ser la misma que la empleada por Habersaat esta mañana.

—Desde luego, esas armas semiautomáticas no se ven todos los días, así que tengo una pregunta —terció Assad—. ¿La Beretta era el modelo básico, o se trataba de una 92S, 92SB o 92F, FG o FS? Porque no puede ser una 92A1, ya que esa serie es de 2010.

Carl giró con lentitud la cabeza hacia Assad. ¿De qué puñetas hablaba? ¿Ahora

iba a resultar que también era experto en Berettas?

John Birkedal sacudió la cabeza con la misma lentitud para expresar que tampoco tenía ni puta idea. Pero seguro que encontraba la respuesta antes de que el sol se pusiera en el puerto de Rønne.

—Tal vez debiera resumir lo que Habersaat representaba y las cosas que le sucedieron —continuó Birkedal—. Más tarde podéis recoger las llaves de su casa, y a partir de ahí actuad a vuestro aire. Las dejarán en la recepción esta tarde. He hablado con el director de la Policía, os deja las manos relativamente libres. Por otra parte, creo que nuestros compañeros casi han acabado de inspeccionar la casa para que podáis entrar vosotros. Antes teníamos que revisar las pertenencias. Podía haber cartas o algo que nos diera una pista de por qué tomó una decisión tan drástica. Pero eso ya lo sabéis. Al fin y al cabo, tenéis más experiencia en esas cosas.

Assad hizo un gesto afirmativo y levantó el índice, pero Carl lo frenó con una mirada. No tenía la menor importancia con qué pistola se había saltado el payaso la tapa de los sesos. Por lo que concernía a Carl, no habían viajado a aquel remoto lugar para desvelar por qué se había suicidado Habersaat, sino sobre todo para que Rose comprendiera que el caso que tanto deseaba pasar de los hombros de Habersaat a las manos de Carl en realidad les importaba un rábano.

Para los más o menos cincuenta alumnos de más de dieciocho años inscritos en la Escuela Superior de Bornholm durante el semestre de invierno, que iban a trabajar las áreas de música, cristal, acrílico o cerámica, el 20 de noviembre de 1997 fue un día escolar normal y corriente, con buen ambiente y ningún peligro, explicó Birkedal. Era un grupo de jóvenes bastante alegres que se lo pasaban genial juntos.

Todavía no sabían que Alberte, que era la alumna más dulce, la más guapa y sin duda la más cortejada, había muerto atropellada por la mañana.

Trascurrieron algo más de veinticuatro horas hasta que la encontraron colgada de un árbol, tan arriba que casi no se la distinguía. Y el hombre que, para su desgracia, alzó la vista en el momento preciso en el que su coche pasaba junto al árbol, fue el agente de policía llamado Christian Habersaat.

La imagen del magro cuerpo colgando flojo de la rama se le quedó grabada a fuego, así como la mirada insondable que se instaló para siempre en el rostro de la chica.

Pese a las escasas pruebas, supusieron que se quedó colgada del árbol a consecuencia de un violento accidente de coche. Una historia bastante desagradable que de ninguna manera recordaba a otros episodios de atropello con fuga en la historia reciente de la isla.

Buscaron huellas de frenazos, pero no las encontraron. Esperaban encontrar restos de pintura en su ropa, pero el vehículo se había esfumado sin dejar rastro. Preguntaron a la gente que vivía junto a la carretera, pero nada ni nadie apuntaba a

nada ni nadie concreto. Solo que alguien que vivía en aquel tramo oyó que un coche se dirigía a toda velocidad hacia la carretera principal.

Después de aquello, quizá porque el fallecimiento parecía sospechoso, o porque no tenían otros casos, pusieron en marcha una caza sistemática de vehículos con abolladuras en la parte delantera que no tuvieran explicación. Habían pasado ya veinticuatro horas, pero, de todas formas, vigilaron de cerca todos los coches de las salidas de *ferry* de aquella semana, tanto a Suecia como a Copenhague, y convocaron a veinte mil vehículos en total para que pasasen una inspección.

Pese a las molestias, la gente de la zona se mostró comprensiva y colaboró activamente: ningún turista podía conducir su vehículo sin que ojos atentos inspeccionasen la parte delantera.

Birkedal se alzó de hombros.

—Y, pese a todos los esfuerzos, el resultado fue nulo.

Los agentes del Departamento Q miraron cansados al comisario. ¿A quién le interesaba una operación aritmética cuyo resultado final, hicieras lo que hicieses, fuera siempre nulo?

—Así que sabéis con seguridad que fue un accidente de tráfico —comentó Carl—. ¿No pudo ser alguna otra cosa? ¿Qué decía la autopsia sobre las lesiones? ¿Y qué encontrasteis en el lugar del atropello?

—Que la chica debió de seguir viva unos instantes tras salir catapultada. Por lo demás, fracturas, hemorragias internas y externas, lo de siempre. Después encontramos la bici que conducía Alberte, oculta entre la maleza, y retorcida hasta ser casi irreconocible.

—Por tanto, conducía una bici —concluyó Rose—. ¿La bici está guardada?

El comisario Birkedal se encogió de hombros.

—Pasó hace diecisiete años, antes de llegar yo, así que no lo sé. Lo más seguro es que no.

—Creo que sería maravilloso si me hicieras el favor de averiguarlo —concluyó Rose con voz dulce y la mirada baja.

La cabeza de Birkedal retrocedió un poco. Un hombre atractivo y casado sabe cuando saltan las líneas rojas.

—¿Por qué estaban tan seguros de que fue catapultada a lo alto del árbol? —preguntó Assad con voz queda—. ¿No podría ser que la hubieran colocado allí? ¿Buscaron huellas de cordaje en las ramas que sujetaban el cadáver? ¿No podía, entonces, haber habido alguna polea?

¿Assad había dicho cordaje y polea? Sin duda, palabras especiales cuando salían de su boca.

John Birkedal asintió con la cabeza, porque las preguntas eran pertinentes.

—No, los peritos no encontraron nada que lo indicase.

—Pueden tomar café de la cafetera del comedor —sugirió la encargada del hotel desde la puerta entreabierta.

Bastó una fracción de segundo para que la taza de Assad se llenara de café oscuro, mientras él vertía azúcar directamente desde el azucarero. ¿Cómo podían sus pobres y sufridas papilas gustativas sobrevivir a aquellos extraordinarios desafíos?

Los demás sacudieron la cabeza cuando les ofreció café.

—¿Cómo es posible, o sea, que no hubiera huellas del impacto? —preguntó mientras removía el azúcar—. Podrían esperarse huellas de frenazo, o al menos marcas de neumático. ¿Había, entonces, llovido aquellos días?

—No, que yo sepa, no —respondió Birkedal—. El atestado menciona que la calzada estaba bastante seca.

—¿Y la dirección en la que salió disparado el cuerpo? —continuó Carl—. ¿Se analizó como es debido? ¿Se observaban ramas rotas al pasar el cuerpo? O ¿podía deducirse algo de la postura del cuerpo en las ramas o de la ubicación de la bici entre la maleza?

—De la declaración de un matrimonio anciano que vivía en una granja de la curva siguiente se desprendía que aquella mañana un vehículo salió a gran velocidad de la curva junto a su vivienda. Los ancianos no vieron el vehículo, pero oyeron que aceleraba una barbaridad justo delante de la casa y seguía a gran velocidad hacia la curva anterior adonde se alzaba el árbol.

»Estamos bastante convencidos de que lo que oyó la pareja fue el conductor que se dio a la fuga, y de que embistió a la chica de frente y el vehículo continuó sin disminuir la velocidad hacia la carretera transversal.

—¿En qué os basáis?

—En la declaración de los testigos y en la experiencia de los peritos en atropellos parecidos.

—Ajá. —Carl sacudió la cabeza. Factores conocidos y desconocidos se iban amontonando. Estaba cansado solo de ponerse a pensar en ello. De pronto, su escritorio de Jefatura le pareció algo muy lejano—. ¿Y quién era la chica?

Era la pregunta inevitable, que no podía eludirse sin más en cuanto sabías la respuesta.

—Alberte Goldschmid. A pesar de su ostentoso apellido, era una chica de lo más normal. Una de las que de pronto conocen la libertad lejos de sus padres y reaccionan en consecuencia. No podía decirse que fuera promiscua, pero probaba un poco de todo, por una vez que era libre de hacerlo. Al menos, todo parece indicar que sacó provecho de las dos semanas que llevaba aquí, con bastante intensidad.

—¿Bastante intensidad? ¿A qué te refieres? —quiso saber Rose.

—Andaba con un par de novios.

—Vaya. Entonces, ¿la chica estaba embarazada?

—La autopsia decía que no.

—Y claro, resulta superfluo preguntar si había ADN ajeno en el cadáver —continuó Rose.

—Pasó en 1997, con eso está todo dicho. El registro central de ADN entró en

funcionamiento tres años más tarde. No creo que buscasen mucho. Pero no, no había restos de semen en la chica, ni piel ajena bajo sus uñas. Estaba tan limpia como alguien recién salido de la ducha, cosa probable, ya que montó en la bici antes de que los alumnos se reunieran para desayunar.

—A ver si lo entiendo bien —intervino Carl—. No sabéis nada, ¿verdad? Esto es la historia del asesinato en una habitación cerrada, y Habersaat era vuestro Sherlock Holmes local que por una vez se vio superado, ¿no?

John Birkedal volvió a alzarse de hombros. Tampoco estaba en condiciones de responder a eso.

—Bien —dijo Assad, y vació de un trago la taza de café ardiente—. Creo que se levanta la sesión.

¿Había dicho realmente eso?

Rose se volvió impasible hacia Birkedal, otra vez con aquella mirada empalagosa.

—Ahora nosotros tres vamos a sentarnos a leer despacio ese material que nos has traído, lo que puede llevarnos una hora o dos. Y, cuando hayamos terminado con eso, ya nos informaremos por ahí acerca de la investigación de Habersaat, de su vida y de su muerte.

Una tenue sonrisa atravesó la máscara estoica de John Birkedal. Era evidente que, por él, podían hacer lo que les diera la gana, siempre que no lo implicasen.

—¿Crees que vamos a encontrar algo que debisteis haber encontrado hace tiempo? ¿Algo que nos acerque más al misterio de la chica en el árbol? —La obstinación era patente.

—No lo sé, pero espero que sí. El meollo del asunto es, por lo visto, que para Habersaat la muerte de Alberte no fue un homicidio negligente ni un caso de atropello con fuga. Fue un asesinato —explicó—. Y trató con todas sus fuerzas no solo de sustentar esa teoría, sino también de averiguar quién fue el autor. La verdad es que no sé qué base tendría para sustentar su teoría, pero de eso os podrán decir más otros agentes, por no hablar de su exmujer.

Un estuche de plástico se deslizó sobre la mesa.

—Tengo que volver a comisaría, pero mirad este DVD. Así sabréis lo que tenéis que saber de su muerte —indicó—. Está grabado por uno de los invitados a la ceremonia, un amigo de Habersaat. Se llama Villy, pero por aquí lo llamamos Tío Sam. Supongo que habréis traído vuestros portátiles para poder verlo. Que lo paséis bien, si es que podéis.

Luego se levantó de golpe.

Carl reparó en la mirada de Rose, pegada al entrenado trasero de Birkedal, cuando este desapareció.

Aquella mirada no le habría gustado nada a la mujer del comisario.

La esposa de Habersaat había dejado atrás su pasado de forma tan radical que no solo

se había desembarazado del apellido del marido, sino de cualquier otra cosa que pudiera evocar recuerdos de él, cosa que no ocultó para nada cuando Carl intentó mantener una conversación telefónica con ella.

—Y si se cree que solo porque haya muerto voy a tener la menor gana de ponerme a airear sus y nuestros problemas, está muy equivocado. Christian abandonó a la familia en tiempos difíciles, en los que yo y, sobre todo, su hijo necesitábamos su atención, y ahora ha llevado al extremo todas sus malas decisiones con un suicidio cobarde. Si quieren saber de la mayor pasión de su vida, tendrán que preguntar a otras personas, no a mí.

Carl miró a Rose y a Assad, que le hacían señas para que no soltase la presa. ¡Desde luego que no!

—¿Quiere decir que estaba enamorado del caso de Alberte, o quizá de la propia víctima?

—Ustedes los policías no se cansan nunca, ¿verdad? Ya les he dicho que me dejen en paz, así que adiós.

Se oyó un clic, y eso fue todo.

—Se ha dado cuenta de que habías activado el altavoz —anunció Assad—. Debimos ir a su casa, como te he dicho, o sea.

Carl se alzó de hombros. Tal vez tuviera razón, pero era tarde, y, en su opinión, había dos tipos de testigos de los que había que guardarse, excepto en caso de absoluta necesidad: los que decían demasiado y los que no decían ni pío.

Rose dio unos golpes en el bloc de notas.

—Esta es la dirección del hijo de Habersaat, Bjarke. Vive en una habitación alquilada en la parte norte de Rønne, podemos estar allí dentro de diez minutos. Vamos, ¿no?

La decisión estaba tomada. Rose ya estaba de pie.

La casa estaba algo retirada de la carretera, tenía un balcón e irradiaba elegancia. Allí se cuidaban las aldabas, las placas de latón y los céspedes. Allí la gente conducía Polos recién lavados, coches franceses, y también todoterrenos para uso doméstico. Todo ello símbolos de estatus básicos en la Dinamarca provinciana.

Solo había un nombre en la puerta: Nelly Rasmussen.

—Sí, Bjarke Habersaat vive aquí —dijo, acentuando el nombre con calidez mientras se plantaba en la puerta entreabierta como cualquier madurita con el trapo del polvo en el escote y un cigarrillo humeando entre dos dedos extendidos—. Pero no esperen que esté de humor para hablar con ustedes.

Lo dijo con cara de alquiladora profesional, sin prestar atención a la placa de Carl. Este calculó que tendría unos cincuenta y cinco años. Delantal azul, permanente, teñido casero, mechas rubias gastadas y un tatuaje retorcido en la muñeca que, con toda probabilidad, aunque en vano, tenía como objetivo hacerla más exótica.

—Creo que deberían ser considerados y esperar a que supere la conmoción. Al fin y al cabo, solo hace unas horas que su padre, que Dios lo tenga en la gloria, se ha quitado la vida.

Assad dio un paso adelante.

—Está muy bien que sea tan amable con su inquilino y lo cuide tan bien. Pero ¿y si tuviéramos la última carta de su padre para él? ¿No sería una pena que no la recibiera? ¿Y si su madre también se hubiera suicidado? ¿Cree de verdad que deberíamos contárselo a usted, si fuera el caso? ¿Y si de hecho viniéramos a detener a Bjarke por incendiario? ¿Es aceptable, entonces, que desde sus zapatos de tacón se burle de la fuerza pública en el desempeño de su función?

La mujer torció el gesto, mientras reflexionaba sobre la cantidad de información y el rostro sonriente de Assad. Puede que su confusión fuera en aumento cuando Assad tomó su brazo y le dio unas palmadas al tiempo que le aseguraba que ya se daba cuenta del efecto que debía de producir en ella tener un inquilino en duelo. El caso es que soltó el pomo y dejó a Carl empujar la puerta con la punta del zapato.

—¡Bjaaarke...! —gritó desganada hacia la primera planta—. Tienes visita.

Se volvió hacia ellos.

—Esperen un momento en el pasillo antes de subir. Y llamen a la puerta y esperen a que la abra, ¿de acuerdo? A veces Bjarke está algo indispuesto, pero espero que no le den demasiada importancia, teniendo en cuenta la situación. Al menos, es lo que

hago yo, y pueden llamarme hipócrita, pero es lo que hay.

La indisposición se olía ya desde la escalera. De hecho, olía igual que en un *coffee-shop* de Nørrebro un jueves por la noche, después del cobro de la renta de ingresos mínimos.

—María —anunció Assad—. Buen olor penetrante. No tan suave y áspero como el del hachís.

Carl arrugó la frente. Menudo entendido, su compañero. Fuera hierba o hachís, el olor a decadencia era igual de triste.

—Recuerden llamar a la puerta —se oyó a los pies de la escalera.

Al parecer, la sugerencia no llegó a los sistemas de escucha de Assad, porque asíó sin más el picaporte y abrió.

Se detuvo de pronto en medio de la puerta entreabierta, y Carl entendió el porqué cuando entró tras él.

—Espera un poco, Rose —dijo, y trató de mantenerla alejada.

Bjarke estaba recostado en una enorme butaca gastada, en cueros, con las piernas recogidas bajo sí y una botella de disolvente en la mano.

Aparte de estar desnudo, estaba también muerto, algo facilísimo de ver a aquella distancia, pese a que la potente luz solar apenas podía atravesar la espesa humareda del hachís. Al cortarse las venas, Bjarke había puesto fin a su vida con los ojos entreabiertos y una mirada soñadora. No había sido una muerte difícil.

—Lo que has olido no era maría, Assad. Era la combinación de hachís y disolvente.

—Quitaos de en medio —dijo entre dientes Rose, que trataba de abrirse camino entre ellos.

—No entres, Rose, no es un espectáculo agradable. Verás, Bjarke está muerto, y hay sangre por todo el suelo, porque se ha cortado las venas. De hecho, en mi larga carrera nunca había visto tanta sangre de una sola persona.

Assad asintió en silencio.

—La verdad es que, entonces, he visto bastante más de esas cosas que tú, Carl.

Pasó cierto tiempo hasta que llegaron los peritos y el médico que debía reconocer el cadáver, de manera que la patrona tuvo a su disposición a todo el personal del Departamento Q, mientras se quejaba de que algo tan sórdido hubiera invadido su existencia. ¿Cómo diablos iban a pagarle el seguro por la alfombra y la butaca si ya no guardaba las facturas?

Cuando al final, mientras quitaba el polvo de la planta baja, cayó en la cuenta de que el joven de la primera planta estaba de hecho muerto, se tuvo que sentar y procurar que la respiración no se le disparase.

—¿Y si alguien lo ha matado? —susurraba una y otra vez.

—No creo que sea el caso; a menos, claro está, que haya oído algo fuera de lo habitual. ¿Ha subido alguien la escalera en las dos últimas horas, o se puede subir al cuarto por la trasera de la casa?

La mujer sacudió la cabeza.

—Y supongo que no lo habrá hecho usted —continuó Carl.

La mujer puso los ojos en blanco, mientras su respiración volvía a acelerarse.

—Bien —continuó Carl—. Entonces habrá sido él quien se ha cortado las venas. Desde luego, se encontraba en un estado en el que puede hacerse casi todo.

La mujer apretó los labios e intentó reponerse mientras murmuraba sin cesar. Había llegado al punto en el que empezaba a pensar que tal vez hubiera cometido algún delito al alquilar la habitación a alguien que cultivaba hongos alucinógenos en el alféizar de la ventana y, aparte de eso, aspiraba la mayor parte del aire a través de un *chillum*.

Fue entonces cuando Carl la dejó en manos de los otros dos, salió a la cegadora luz solar y encendió un cigarrillo.

El registro del cuarto de Bjarke, la incautación de su ordenador y del cuchillo con el que se había cortado las venas, la recogida de datos técnicos, la inspección del cadáver y su traslado a la ambulancia se efectuaron con sorprendente rapidez, de modo que Carl solo había fumado cinco cigarrillos cuando Birkedal salió con su ayudante y un perito, agitando un pedazo de papel metido en una bolsa de plástico.

Carl leyó la nota. Solo ponía: «Perdona, padre».

—Extraño —dijo Assad.

Carl hizo un gesto afirmativo. El estilo corto y directo del mensaje de despedida era en cierto modo conmovedor. Pero ¿por qué no ponía «Perdona, madre»? Al menos ella, a diferencia de su exmarido, tenía posibilidad de leer el mensaje.

Carl miró a Rose.

—¿Cuántos años tenía Bjarke?

—Treinta y cinco.

—Por tanto, tenía dieciocho en 1997, cuando su padre empezó a investigar el caso. Mmm.

—¿Habéis hablado con June Habersaat? —interrumpió Birkedal.

—No ha sido nada del otro mundo. No me ha parecido muy dispuesta a hablar —explicó Carl.

—Pues os daré la oportunidad de volver a intentarlo.

—No me digas. ¿Cómo?

—Podrías encargarnos de ir a su casa a notificarle la muerte de su hijo, ¿no? Así tendréis la oportunidad de plantearle las preguntas que os carcomen, y los demás tendremos más tiempo para precintar el cuarto y preparar el envío del cadáver al Instituto Forense de Copenhague.

Carl sacudió la cabeza. ¿Precintar el cuarto y enviar el cadáver al congelador? ¿Cuánto tiempo podía llevar eso?

¿Diez minutos?

Agosto de 2013

Wanda Phinn se casó con un jugador de críquet inglés que había ido a Jamaica a enseñar a los negros lo que mejor sabía: jugar al críquet y ganar mangas. Aquel Chris McCullum podía aguantar de pie con más seguridad que la mayoría de los jugadores de blanco y, con aquellas aptitudes, lo contrataron por seis meses, con el único fin de que el equipo nacional jamaicano marcara un diez por ciento más de carreras.

Por eso, McCullum estuvo desde marzo hasta septiembre bajo un sol achicharrante, sudando como nunca en su vida.

Durante un partido de entrenamiento, vio por el rabillo del ojo a Wanda corriendo en la pista de ceniza, con sus largas piernas musculosas y la piel brillante, y creyó que veía visiones.

Wanda se daba perfecta cuenta de lo que la gente sentía al verla; le habían llenado la cabeza de comentarios desde que su cuerpo adquirió formas y aprendió a moverse por la pista saltando como una gacela.

—¿Eres Merlene Ottey? —le preguntó McCullum sin rodeos nada más terminar el partido.

Wanda sonrió y enseñó sus dientes blancos y sus encías oscuras. La pregunta se la habían hecho antes, y era lisonjera, pese a que Merlene Ottey era por lo menos veinte años mayor que Wanda. Porque Merlene Ottey, la campeona velocista de Jamaica durante muchos años, era bella como una diosa.

Flirteó un poco y, coqueta, dio un empujón en el hombro a McCullum por su cumplido; y él se la llevó a Inglaterra.

A Wanda le encantaban los hombres blancos. No porque fueran muy sensuales. Un jamaicano tenía el ardor de muchas razas, era un terreno en el que el hombre blanco no podía competir; pero aquellos hombres faltos también de color sensual sabían, en cambio, quiénes eran y, lo más importante, qué deseaban hacer con sus vidas. Con ellos podía encontrarse seguridad y un futuro que no estaba nada claro en Tivoli Gardens, el barrio de chabolas de West Kingston donde Wanda se crio. Para alguien cuya vida cotidiana consistía en tiroteos y cocaína en los patios traseros, la petición de mano de Chris McCullum fue un cuento de hadas que solo exigió una reflexión de milisegundos.

Se instalaron en Romford, en las afueras de Londres, en una casa adosada mínima en la que Wanda se moría de aburrimiento, hasta el día que McCullum se rompió el tobillo y por eso se vio obligado, no solo a vender la casa, sino también a separarse de ella. Si en el futuro había de vivir al nivel que él pensaba que le correspondía, iba a

tener que encontrar a una mujer que pudiera mantenerlo.

Y, tras dos años de seguridad, Wanda regresó al punto de partida, donde sus propios recursos más básicos la mantenían a flote.

Wanda carecía de estudios, no tenía ninguna perspectiva de recibir subsidio alguno, carecía de todo talento que no fuera correr rápido, y con eso no se llegaba muy lejos, como solía decirle su padre para burlarse de ella. Por eso, el trabajo de vigilante de la entrada trasera de una gran empresa del Strand, en Londres, no solo fue su salvación, sino también la única alternativa real a las chozas de hojalata y al desgaste corporal antes de los cuarenta, que es lo que habría sido su perspectiva de futuro en Jamaica.

Y, como un león enjaulado, cuidaba de que gente más importante que ella entrara y saliera por las puertas de cristal de un edificio enorme, y los saludaba con la cabeza cuando se dirigían a una mujer mejor vestida que tenía el privilegio de recibir sus credenciales y apretar botones para que se desplazaran por el interior del complejo.

Allí se encontraba, sola en un espacio vacío, rodeada de libertad y riqueza, velando como un ángel custodio por los secretos del edificio, sin saber en qué consistían.

Y, mientras pasaba el tiempo, lo único en lo que debía pensar era que la vida transcurría en el exterior. Era allí donde todo sucedía, mientras ella estaba dentro.

Día tras día miraba por aquellas puertas de cristal a Savoy Place Street y a la tapia que rodeaba el parque de Victoria Embankment Gardens.

Detrás de esa tapia está la aventura, pensaba. Y la risa de la gente que tomaba el sol en hamacas a rayas o comía helado comprado con dinero que nunca iba a faltarle la martirizaba en silencio, aunque nadie se preocupara por ello.

Así fue como surgió su nueva identidad.

Solo era la mujer que miraba tapias.

En las horas que le robaba la vida cotidiana, sentía que la agobiaban las sombras del pasado. Porque Wanda sabía que las casualidades del destino producidas antes de que naciera debían de encerrar mayores promesas que concebir una persona con un trabajo subalterno de vigilante en el Strand. Como su padre rastafari decía con orgullo, por las venas de Wanda corría sangre de los indios dominicanos arawak, nigeriana y cristiana, aderezada con una chispa de pólvora rasta. Y la madre de Wanda reía y decía que bastaba con que olvidara todo aquello y mantuviese la cabeza fría para que la vida le fuera bien.

¡Mantener la cabeza fría! Aquello se le hacía muy difícil en su vacía existencia gris. ¿Era posible que todas aquellas ventajas y preliminares terminasen en un uniforme gris que le sentaba mal y en llevar el pelo recogido bajo una gorra?

Pero, pese a lo inútil de la situación y las malas perspectivas, Wanda enderezaba la espalda mientras los visitantes más acomodados del parque y del edificio pasaban a su lado, y trataba de reencontrar la parte de su ser que podía alejarla de aquella tapia.

Quiso el destino que Shirley —su única amiga, que vivía en el mismo pasillo, dos

puertas más allá— la invitara a algo que denominó «Introducción a la fusión con la naturaleza».

Shirley era una persona esotérica, y, por tanto, muy abierta acerca de sus ideas y sus expectativas de la vida. Escuchaba música inspirada en los dioses, era partidaria de la quiromancia polinesia, y siempre hacía solitarios o echaba el tarot antes de tomar decisiones. Por medio de todos aquellos encuentros con guías espirituales cambiantes, había conseguido comprender muchas cosas, como decía ella. Wanda no sabía qué era lo que comprendía, pero Shirley era la única que le arrancaba sonrisas.

Ahora quería presentarle a Atu Abanshamash, aquel espíritu, como ponía en la página web, bello, amarillo como el sol, que venía desde el mundo de ensueño escandinavo a Londres con su nueva doctrina, que podía dejar de lado todo lo demás y comprender la totalidad de las relaciones y energías de la vida humana.

Shirley estaba entusiasmada, y el precio era razonable, así que si Wanda quería acompañarla, la invitaría.

Podía ser muy divertido compartir aquella experiencia.

Atu Abanshamash no era como el resto de gurús que Wanda había visto en los muchos folletos de Shirley y en la tele. No se sentaba, sosegado y sublime, en la postura del loto ni en un trono de madera tallada, no hablaba con tono magistral, y tampoco estaba gordo ni era un asceta. Atu Abanshamash era un auténtico hombre de carne y hueso que, con sonrisas y una mirada cálida, les mostraba el camino para comprender cómo el aprendizaje de la fusión con la naturaleza podía renovar a una persona de forma tan milagrosa que al final descubría que de pronto cada célula de su cuerpo era capaz de hacer frente a todo tipo de ataques, y que el cuerpo en su conjunto se fundía con el universo que lo rodeaba.

El universo y la energía solar constituían el mantra de Atu Abanshamash. Y allí, en la sencilla y luminosa vivienda de Bayswater que albergaba la filial de Londres de la Academia para la Fusión con la Naturaleza, caminaba entre la gente sentada en el suelo, dirigiéndole una mirada mágica, y los rostros se ruborizaban y los hombros caían mientras, al ritmo de las palabras del maestro, los asistentes se llenaban los pulmones de bienestar.

—Abanshamash, Abanshamash, Abanshamash —recitó con voz profunda, y les pidió que coreasen con él.

Después de que el gurú pasara un rato con los ojos cerrados repitiendo el mantra, Wanda notó que su sentido de la orientación y sus ganas de volver a la realidad desaparecían.

—Ahora abrid los ojos y miradme —dijo de pronto Atu a sus seguidores—. Abanshamash, Abanshamash.

Mientras susurraba las palabras proyectó los brazos hacia delante, haciendo que las livianas mangas amarillas de su túnica se agitasen como alas de ángeles.

—Os veo —susurró—. Ahora os veo por primera vez, y sois bellos. Vuestras almas me saludan. Estáis preparados.

Después caminó entre ellos.

—Eres bello como el propio sol —declaraba a cada persona a la que se dirigía.

Cuando llegó adonde Wanda, se quedó un rato muy quieto, y su mirada se perdió en la profundidad de la de la joven.

—Eres bella como el propio sol. Eres bella como el propio sol —dijo, esta vez por partida doble—. Pero ¡no escuches a nadie! ¡Ni siquiera a mí! Escucha solo a tu propia Atman, a tu propia alma, y entrégate.

Como si estuviera bajo la influencia de sustancias alucinógenas, aquellas palabras se grabaron en Wanda, proporcionándole una sabiduría y una claridad largo tiempo esperadas. Fuera de todo control, abrió los ojos como platos; le ardía la piel, y las manos le temblaban convulsas como en sus orgasmos.

Cabizbajo, le acarició la mejilla, y diez minutos más tarde volvió y extendió hacia ella las palmas de las manos, a un par de centímetros de su frente.

—Tranquilízate, florecilla mía, has hecho tu primer viaje hacia el éxtasis de los momentos vacíos y tu renacer, y ahora estás preparada —concluyó.

Entonces Wanda se desmayó.

Miércoles 30 de abril de 2014

Estuvieron un momento mirando la horripilante casa encalada, seguramente una de las peor conservadas de aquella céntrica calle.

Al igual que en muchas ciudades danesas, tales calles eran buenos ejemplos de cómo la clase trabajadora hace casi cien años se las arregló para ser propietaria de casas de ladrillo y pequeñas parcelas de tierra. Una calle como aquella fue en tiempos pretéritos fuente de sustento para albañiles y carpinteros, pero por lo visto hacía bastante que no trabajaban allí. En una ciudad a la que llamaban La Ciudad de las Flores en verano y La Ciudad de Navidad en invierno, no se encontraba mucha floritura ni ambiente navideño entre los bastidores destrozados de Jernbanegade.

La exmujer de Habersaat olfateó como un sabueso la placa de policía del bolsillo de Carl en el mismo instante en el que abrió la puerta.

—Aparte el pie —dijo entre dientes a Assad, mientras trataba de cerrar la puerta—. Aquí no se les ha perdido nada.

—Señora Habersaat, so... —empezó Carl.

—¿No sabe leer, o qué? En la placa pone «Kofoed». —Señaló la placa de la entrada y volvió a empujar la puerta—. Aquí no vive ya ningún Habersaat.

—Señora... Kofoed —dijo Rose con suavidad—. Le traemos malas noticias de Bjarke.

Los siguientes cinco segundos se hicieron largos, insufribles. Primero su mirada se dirigió a cada uno de los tres rostros petrificados. A continuación, la percepción de la realidad se instaló en las terminales nerviosas y las bloqueó. Después comprendió que lo no dicho era ya demasiado, y al final el destello de su mirada se apagó, y sus piernas cedieron.

No estuvo mucho tiempo desmayada, pero sí lo bastante para perder la sensación del tiempo, y también la noción de por qué estaba tumbada en el sofá de la sala decorada con espíritu espartano. Al parecer, aún bajo los efectos de la conmoción que la hizo caer redonda.

Miraron la sala. No había muchas cosas interesantes. Sobres de ventanilla sin abrir en el frutero, una serie de CD polvorientos de pop danés, muebles de supermercados de descuento, ceniceros feos y floreros de cerámica desconchada. La dejaron descansar y recuperarse con la mirada apagada dirigida al techo, mientras pasaban a la cocina, donde unas baldosas marrones, feas a rabiar, de los años setenta, absorbían toda la luz de lo que muchos daneses llamaban la habitación más importante de la casa. Hasta Carl se daba cuenta de que la definición no coincidía de

ninguna manera con el caos decadente impuesto por la dueña.

—No podemos achucharla mucho en el estado en el que se encuentra —cuchicheó Rose—. Será mejor que la tratemos bien, y siempre podemos volver mañana.

Ambos se dieron cuenta de que Assad no parecía estar de acuerdo.

—Vengan aquí —llamó June con voz débil.

—Tú has provocado esto, Carl, así que debes decírselo tú. Dile la verdad de lo ocurrido, ¿vale? —le espetó Rose.

Carl iba a levantar el dedo índice hacia ella, pero sintió en el brazo la mano de Assad. Entonces entró en la sala y miró a los ojos a la mujer.

—Estamos aquí para notificarle que su hijo ha muerto, June. Pero, por desgracia, eso no es todo. Siento tener que comunicarle que se ha quitado la vida. Según el forense, más o menos a las cuatro de la tarde.

June hundió las mejillas y por un momento se quedó como quien se observa en el espejo y trata de quitarse años de su despiadada imagen de la realidad.

—¿A las cuatro? —susurró, mientras se pasaba la mano arriba y abajo por el brazo—. Dios mío, justo después de que lo llamara para contarle lo de su padre.

Tragó saliva un par de veces, se llevó la mano al cuello y no dijo más.

Cuando llevaban media hora sentados junto a ella, Carl hizo un gesto a Rose. Ya podía soltar la mano de la mujer para que pudieran marcharse.

Acababan de atravesar la sala cuando Assad entró en funcionamiento.

—¿Puedo, o sea, preguntarle una cosa antes de que nos vayamos? —empezó—. ¿Por qué no fue en persona a decirle a su hijo lo de su padre, June? ¿Odiaba tanto a su marido que nunca se preguntó si su hijo compartiría su sentimiento? ¿Creía que, entonces, no le preocupaba si su padre estaba vivo o muerto? Es lo que deseo saber.

Rose se adelantó y asió con fuerza a Assad por el brazo. ¿Qué diablos estaba haciendo? La empatía no solía ser uno de los puntos flacos de Assad.

June dirigió temblorosa la mirada al suelo, como si todo su ser quisiera agarrar a Assad por la garganta y apretar.

—¿Por qué quieres saberlo, mono peludo? —preguntó en voz baja—. ¿Qué tiene que ver esto contigo? ¿Te ha quitado acaso a ti la vida ese cabrón de Christian? Mira alrededor, ¿quieres? ¿Crees que fue a esto a lo que di el sí cuando el tipo esbelto que era entonces se arrodilló ante mí en el bosque de Almindingen?

Assad se llevó la mano al mentón azulado y lo asió. Quizá para obligarse a callar tras la desdeñosa reprimenda de la mujer, quizá para mostrarle que estaba dispuesto a recibir la siguiente salva, siempre que contribuyese a aclarar el caso.

—¿No piensas responder, o qué? —bufó el odioso rostro de la mujer.

Assad se liberó de la mano de Rose y se dirigió hacia la mujer. Su voz temblaba un poco, cosa no habitual en él.

—He visto casas peores que esta, June. Y he visto a gente que sacrificaría sus brazos por tener sobre la cabeza tu viejo tejado gastado y feo y tu repugnante comida

basura en el frigorífico. He visto todo eso, y he conocido a gente que mataría a cualquiera por tu vestido y el paquete de tabaco mediado que hay sobre la mesa. Pero no, ahora que lo preguntas: no creo que fuera con lo que soñabas. Pero ¿los sueños no son algo por lo que hay que luchar? Para mí que no es solo culpa de Christian Habersaat que tú estés aquí y tu hijo esté en el depósito de cadáveres. Hay algo que no encaja en esa historia. Por ejemplo, ¿por qué escribe tu hijo «Perdona, padre» en su breve carta de despedida? ¿Por qué no te pide perdón a ti?

Esta vez fue Carl quien lo agarró del brazo.

—¿Qué carajo te ocurre, Assad? Hala, vámonos.

En ese momento June alzó su brazo hacia ellos, mientras se enderezaba. La información sobre la carta de despedida no solo la había conmocionado; veían que se negaba a creerla. Que era demasiado absurda. Que pertenecía a un mundo diferente al de ella.

—Eso que dices es una repugnante mentira —dijo con los puños prietos—. No es verdad.

Rose lo confirmó con un gesto, mientras tiraba de Assad y salían los dos.

Cuando el grupo se reunió en el coche en la acera de enfrente, Carl y Rose se volvieron extrañados hacia Assad.

—¿Te ocurre algo que debieras contarnos, Assad? —preguntó Carl—. Debes de tener algún problema, porque, si no, ¿por qué diablos ibas a montar el numerito? ¿Con qué fin?

—¡Payaso! —fue el comentario de Rose. Sorprendente por su concisión.

Entonces se oyó un chasquido cuando June abrió la puerta de entrada de par en par.

—¡Ahora voy a responderte, mamarracho! —gritó mientras cruzaba la calle.

—Bjarke no tenía que pedirme perdón por nada, ¡para que lo sepas! —escupió hacia Assad.

Se volvió hacia Carl y Rose. Las lágrimas rodaban mejilla abajo, pero su semblante estaba duro como la piedra.

—Vivíamos bien sin Christian. ¿Y yo qué sé por qué ha escrito eso Bjarke? Tiene una mente difícil, nada más.

Se calló y reflexionó sobre lo dicho.

—Tenía una mente difícil, nada más —se corrigió, mientras sus labios se estremecían.

Entonces agarró a Rose del brazo.

—¿Conoces quizá la historia de Alberte?

Rose asintió en silencio.

La mujer pareció sorprenderse, y soltó la presa.

—Bien. Tampoco hay más que decir.

Se secó las lágrimas con la parte trasera de la manga.

—Mi marido estaba obsesionado con ella. Desde el día que encontró su cadáver,

dejó de pertenecer a nuestro mundo y se volvió repugnante, malvado y desagradable. Me daba náuseas, ya habéis oído lo que deseabais oír.

Luego se volvió hacia Assad.

—Y a ti te digo que, aunque creas que sí, no conoces mis sueños, y tampoco sabes cuánto he luchado por que se cumplieran, ¿verdad?

En aquel momento algo le sucedió a la mujer. Como si tampoco ella conociera la respuesta. Como si estar sobre el asfalto al anochecer le chupara la energía.

Fue allí donde Carl la vio por primera vez. No como una mujer repudiada de unos sesenta años, sino como una mujer cuya mente se había saltado media vida mientras su cuerpo se deterioraba. En aquel instante parecía encontrarse en ese tipo de limbo al ralentí en el que a Carl a veces le gustaría poder enterrarse.

Después señaló a Assad con el dedo y se quedó un rato reponiéndose antes de abrir la boca.

—Me gustaría tener un río por el que poder escapar patinando —dijo, casi cantando—. Pero aquí no nieva, todo está siempre verde...

Pareció que deseaba continuar el flujo de ideas, pero desistió, y su expresión facial se transformó, mientras volvía al hilo y a la aversión por el hombre moreno de pelo rizado que tenía delante.

—Así que cierra el pico sobre mis sueños —decretó, bajando la mano—. También te has permitido preguntarme por qué no he ido a casa de mi hijo a contarle lo de su padre, en vez de llamarlo por teléfono. ¿De verdad quieres saberlo?

Assad asintió con la cabeza.

—Pues mira, esa es suficiente razón para no decírtelo.

Después, paso a paso y caminando hacia atrás, atravesó la calle y los miró de uno en uno con desprecio.

—Y ahora, largaos de aquí. No pienso abriros la puerta otra vez. ¡Por si no lo habéis entendido!

Se sentaron en el comedor del hotel, frente al ordenador de Rose. Fuera había anochecido, y acordaron esperar hasta el día siguiente para entrevistar a la interventora suplente, que se ocupaba del mantenimiento del Centro Cívico de Listed. En aquel momento había varias cuestiones e impresiones sin aclarar que debían analizarse. La mujer que supo de la muerte de su hijo y de su exmarido el mismo día sin caer fulminada seguía persiguiéndolos como un espectro.

—¿Por qué ha dicho lo del río para patinar? —preguntó Assad—. ¿Sabemos si ha estado en el sanitario?

—Sanatorio, Assad, los sanitarios son otra cosa —respondió Rose—. ¡Tú sí que estás para llevarte al sanatorio, tal como te has portado hoy!

—Ya, pero ha funcionado, ¿verdad? ¿Qué información hay sobre ella?

—Que lleva muchos años trabajando en el parque de Brændesgårdshaven, lo que

ahora se llama Joboland, menudo nombre. En invierno trabaja de camarera en varios sitios, así que no veo en su vida ningún punto negro que sugiera ningún sanatorio.

—Mañana, cuando vayamos a Listed para ver la casa de Christian Habersaat y el Centro Cívico, tal vez encontremos a alguien que nos pueda ayudar a comprender mejor a la familia Habersaat, de modo que esperemos. Hala, vamos a ver el vídeo.

Carl se volvió hacia Rose.

—Rose, ¿estás segura de que quieres verlo?

Rose se quedó sorprendida.

—¿Por qué no había de querer? Joder, que he ido a la Academia de Policía, y ya he visto fotos de cadáveres.

—Ya, pero esto no son fotos. Si no me equivoco, son imágenes duras de un hombre que se pega un tiro en la sien. No es lo mismo.

—Carl tiene razón, Rose —convino Assad—. Cuidado. Muchos se vienen al tajo al verlo por primera vez.

Carl sacudió la cabeza. Estaba claro que unas palabras eran más fáciles que otras.

—Se vienen abajo, Assad. Y sí, Rose, puede ser bastante desagradable.

Si pensaba que la reserva de protestas de Rose se había agotado, su posterior perorata de varios minutos sobre lo tontos de remate que eran los dos lo convenció de una vez por todas de que era una estupidez seguir defendiendo la vida mental de Rose.

Entonces apretó la tecla play.

—Las imágenes, según el único y muy breve informe del que disponemos por ahora, están grabadas por un conocido de Habersaat que vivía en su misma calle —informó Carl—. Un tipo que los isleños conocen como Tío Sam. Me han dicho que la cámara era de Habersaat, por eso a Sam le cuesta manejarla los primeros minutos.

Lo último era verdad. Se veía por algunas panorámicas del local hechas a velocidad de lebre afgano y movidas como en una película dogma de Lars von Trier. No era un espectáculo agradable si tenías tendencia al mareo.

La sala no estaba repleta, que se diga. Según la lista, se encontraban presentes la presidenta de la asociación ciudadana y la interventora suplente, que se habían encargado de organizar la ceremonia. Aparte estaban el director de la Policía de Bornholm, el representante local de la Asociación de la Policía, el comisario Birkedal, su casi vecino, Tío Sam, un sacristán jubilado de Nexø, un antiguo encargado de la cooperativa de consumo, el hombre para todo del pueblo y una persona más, que se sintió mal, se mareó y desapareció.

—Vaya grupito de despedida —rezongó Assad—. A lo mejor, o sea, se voló la cabeza por eso.

—Se la voló porque Carl no quiso escucharlo —se oyó una voz seca por detrás.

—Gracias, Rose. Eso es imposible de saber, ¿vale? Hala, sigamos con el vídeo.

Pasados un par de minutos, cuando Habersaat sirvió el vino blanco, Tío Sam empezaba a dominar el manejo de la cámara. Ahora captaba lentas panorámicas del

local, que tenía techos altos, estaba algo gastado y disponía de dos puertas que daban a cuartos más pequeños, un portillo en la pared, que seguramente daba a la cocina y se usaba en ocasiones más festivas, y en las paredes una serie de cuadros de diverso fuste y tamaño.

En el extremo del local, delante de las ventanas y con el mar al fondo, estaba Habersaat de pie, de punta en blanco. Desde luego, el uniforme de gala no era el último grito, pero tampoco lo era el de Carl. En aquella profesión, muy raras veces se presentaba la oportunidad de ponerse elegante.

—Gracias por venir —comenzó Habersaat. Era sorprendente lo tranquilo que parecía, como si no pensase ni por un momento en lo que estaba a punto de hacer.

Carl miró el código de tiempo. Iba a ocurrir al cabo de cuatro minutos escasos, que era cuando terminaba la grabación. Si hubiera sido un conocido de Carl quien se hubiera suicidado mientras Carl grababa, también él pensaría que con un par de minutos había de sobra. Joder, qué idea más repulsiva.

Dirigió la vista hacia Rose. Al parecer, ella también había consultado el código de tiempo, y ya estaba con los ojos semicerrados. Tenía todo el derecho del mundo.

Ahora Habersaat brindaba con sus invitados y hablaba tranquilo con ellos, mientras la cámara recorría los rostros inexpresivos de los reunidos. Mencionó su época de guardia rural en los viejos tiempos, y se excusó por no poder seguir siendo como era entonces. En ese momento, el cámara se acercó con el zoom a sus ojos apenados, y Habersaat se excusó en público y sin sentimentalismos por haberse dejado arrastrar por el conocido caso de Alberte, que lo alejó de su estilo de vida. Luego dirigió la atención hacia los compañeros de la Policía, y expresó frustración y vergüenza por el trabajo realizado.

—Podría alejar el zoom para que podamos ver lo que ocurre —comentó Assad.

Rose no dijo nada, siguió mirando y sacudiendo la cabeza.

Se oyeron protestas de quien, según el informe policial, era el representante de la Asociación de la Policía, pero Habersaat no cedió un milímetro. Eso sí, aquello hizo que Tío Sam abriera del todo el zoom, de modo que ahora se veía toda la figura de Habersaat y la pared que tenía detrás.

Rose dio un respingo cuando Habersaat sacó la pistola y apuntó a los dos superiores, que estaban justo frente al cámara. Cualquiera diría que tenían un cinturón muy oscuro de judo o de algún otro deporte con técnicas de caída avanzadas, porque ambos hombres se arrojaron de inmediato al suelo y rodaron como en un número circense. Birkedal sostenía que se dio cuenta de que era de verdad, pero era algo disparatado.

—Va a ser ahora —murmuró Assad, mientras Habersaat, sin un instante de duda, se llevaba la pistola a la sien y disparaba.

Se llegaba justo a ver la cabeza proyectada a un lado, así como una masa indefinida blanca y roja que salió despedida hacia la izquierda del local. Entonces el hombre se desmoronó, mientras la cámara caía al suelo.

Carl se volvió hacia Rose, pero ya no estaba.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó.

Assad señaló por encima del hombro la escalera.

De modo que sí había sido demasiado para ella.

—Mira tú por dónde —sentenció Assad sin rastro de emoción—. Al parecer, Habersaat era zurdo.

Pero ¿cómo podía referirse a algo tan espantoso con aquella frialdad y facilidad?

Septiembre de 2013

La manera en la que la voz del hombre temblaba en el teléfono revelaba que estaba no solo nervioso, sino también agitado e inseguro. Mirja se dio cuenta al momento.

Aquel hombre podía valer un tesoro.

—Dices que te llamas Lionel. Bonito nombre —admitió—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Pues sí, me llamo Lionel, y me gustaría ser cantante.

Mirja sonrió. Vaya, otro más. Magnífico.

—Sé que tengo buena voz, pero cuando quiero mostrársela a otros, me bloqueo. Por eso llamo.

Siguió una breve pausa. Por lo visto, tenía que concentrarse.

Será mejor que no pregunte qué dicen los demás respecto a su buena voz, pensó.

—¿Has intentado abstraerte del mundo, Lionel? ¿Encontrar la naturaleza de tu interior y dejar que tu energía primigenia canalice la calma, la concentración y la alegría de cantar?

—No estoy seguro...

—Verás, es que he oído esto muchas veces. Cuando se desea algo con tanto fervor como el que intuyo en ti, es fácil que se produzca un desfase, que uno se mueva contra su propia energía. Creo que es lo que te ocurre cuando la voz se te bloquea. Pero, Lionel, ¿experimentas la misma inseguridad cuando haces otras cosas? Porque, si no es así, te aconsejaría que recurrieras a métodos de tratamiento bio-acusticales, o tal vez incluso a la *grounding body fission*, pero eso lo decidiremos en cuanto veamos qué es lo mejor y lo más seguro para ti.

—Parece complicado, pero si funciona, pues...

—Escucha, Lionel. El crecimiento espiritual es difícil, pero existen métodos para lograrlo y construir un karma colectivo más específico. Eso exige mucho trabajo, por supuesto, pero en esos casos conviene recordar la promesa del *bodhisattva*, «no descansaremos hasta que todos los seres se liberen del sufrimiento», y a ti te sucederá lo mismo en tu caso. Resumiendo, creo que podremos encontrar un camino transitable también para ti.

Se oyó un profundo suspiro. Lionel estaba atrapado en la red. Sí, iba a salirle caro.

Sentada allí, estoica como una vestal ante el fuego eterno y cuidando de la vida de personas débiles, era cuando mejor se sentía Mirja. Pese a su deficiente educación, le inculcaron que no había que engañar a la gente, pero ¿por qué sentir escrúpulos por

ello si de vez en cuando lograba elevar la vida de una persona a niveles superiores haciendo un poco de trampa?

Cuando la gente la llamaba y le pedía ser su guía en el camino hacia un futuro mejor, ¿por qué no iba a acceder a ello? Cuando le ofrecían información sobre sus triviales vidas cotidianas, sus monótonos sueños y sus tristes expectativas, y después ella la interpretaba, a fin de que tuvieran algo que los ilusionase, ¿cuál podría ser el problema, siempre que fueran buenas aportaciones? ¿Acaso no había visto muchísimas veces lo importante que podía ser que sus clientes consiguieran algo en lo que apoyarse? ¿Y no era cierto que en este mundo unas pocas personas tenían más talento para prever cosas y enmendar los destinos que otras? Desde luego, ella tenía ese talento, hacía tiempo que Atu la había convencido de ello.

Mirja sonrió. Aquellos consejos telefónicos eran, pese a su simplicidad, geniales y bastante lucrativos, y lo mejor era que se trataba de su propio invento y sus propios ingresos. Los lunes era psicóloga en un número de teléfono, y los miércoles se atribuía el papel de terapeuta por la otra línea telefónica, a la que sugería que se llamase cuando había que trabajar los resultados de la primera entrevista. El generador de voz hacía que los lunes sonara ligera y etérea, y los miércoles, oscura y autoritaria. Había que saber un par de cosas para adivinar lo que se traía entre manos. Reconocer la voz, al menos, era imposible.

Aquellas dos líneas telefónicas con una tarifa de treinta coronas por minuto para La Luz del Oráculo y La Cadena Holística, respectivamente, eran el plan de pensiones de Mirja, y por eso era la única del grupo de fusión con la naturaleza a la que Atu permitía llevar su propio negocio aparte de su vínculo con la Academia para la Fusión con la Naturaleza.

En realidad, Mirja había conseguido abundantes privilegios, y los tenía bien merecidos, ya que Atu tenía mucho que agradecerle.

—Ah, y una última cosa, Lionel. ¿Qué esperas conseguir de tu talento como cantante?

El hombre dudó un momento, y la duda siempre hacía que Mirja frunciera el ceño.

—Quieres cultivar la música porque es una parte importante de ti mismo, ¿verdad?

—Bueeno, eso también.

Vaya, así que era eso. Otra vez lo de siempre.

—¿Quieres ser famoso, tal vez?

—Sí, creo que sí. ¿Quién no lo quiere?

Mirja sacudió la cabeza. En los tiempos que corrían se encontraban idiotas así a montones.

—Y ¿para qué quieres ser famoso? ¿Es porque deseas ganar mucho dinero?

—Sí, claro, no estaría mal. Pero creo que es sobre todo por lo de las chicas. Se oye que los cantantes no tienen problemas con eso.

Bien, estaba claro que era uno de ellos. Iba a ser un auténtico tesoro.

—Entonces, no te resulta fácil lo del sexo opuesto —trató de decir con cierta empatía—. Así que vivirás solo, supongo.

¿Eran unas risas ahogadas lo que oía?

—No, qué va: estoy casado.

Mirja sintió un sobresalto, como si el hombre hubiera apretado un botón que tuviera contacto directo con los haces de nervios de su espina dorsal. La sensación de desagrado y las reacciones químicas llegaron a su cerebro. Llevaba años tratando de luchar contra aquel aspecto vulnerable de sí misma, pero en los últimos tiempos no pasaba un día sin que se sintiera afectada por él.

—¿Estás casado, dices?

—Sí, llevamos diez años casados.

—¿Y tu esposa está al tanto de la amplitud de tus planes?

—¿Amplitud? No, ni por el forro. Pero le gusta cuando canto.

Mirja se quedó un rato mirándose los brazos. A veces se le ponía la carne de gallina, y otras veces se le ponían los antebrazos de un color rojo intenso, como si tuviera una alergia. Ahora le ocurrían ambas cosas.

Aquel payaso iba a salir de su vida en un santiamén.

—Lionel, me estoy dando cuenta de que no puedo ayudarte.

—¿¡Cómo!? Estoy pagando treinta coronas por minuto para hablar contigo, de manera que tendrás que ayudarme. Lo pone en la página web.

—Vale, Lionel, de acuerdo, te devolveré el dinero. ¿Conoces la canción *Yesterday*, de los Beatles?

Casi le oyó el gesto afirmativo.

—Cántame el primer verso.

Al cabo de un minuto había terminado. Mirja no escuchó. La sentencia estaba dictada.

—Lionel, es una pena por tu esposa que seas un cabrón, pero tienes suerte de que te anime a cantar, porque tu talento es del todo insignificante. Tengo animales domésticos que pillan el tono mejor que tú, y conozco a sordomudos que hablan inglés mejor. Por tanto, alégrate de que te haya ahorrado el mayor fracaso de tu vida, porque, pase lo que pase, solo vas a ahuyentar a las mujeres con ese ridículo berrear.

Luego colgó, tranquila y relajada, mientras respiraba con la boca abierta. Se había pasado de la raya, pero aquel idiota no iba a ponerse a fanfarronear de ello.

Mirja se volvió, sobresaltada.

Se oyó un clic tras ella, lo que la hizo apretar los labios. Cerró los ojos, notó que le brotaba el sudor en las axilas y sintió palpitaciones en el cuello.

Aunque no quería, así reaccionaba cuando Atu cerraba con llave la puerta que separaba este despacho de sus aposentos, para que no lo molestara con su última conquista.

Siempre igual. Pensó varias veces trasladar su despacho, incluso lo animó a que

mudara su domicilio a otra parte de la academia; pero las cosas seguían estando como siempre.

«Es más práctico así, querida Mirja. Decisiones y acciones centralizadas, líneas de aprovisionamiento centralizadas, todo en la misma casa. Pocos pasos desde la recepción hasta tu espacio o el mío. Todo a la vuelta de la esquina. No cambiemos eso».

Volvió a mirar hacia la puerta de separación, se frotó los brazos y no hizo caso del teléfono cuando volvió a sonar. No hizo caso de los discípulos, que veía por la ventana saludarla con los brazos desde el patio central. Y al final trató de no hacer caso del hombre que la cautivó tantos años atrás y que en aquel momento acariciaba a otra mujer en la habitación de al lado.

Pero no pudo pasar por alto el clic de la puerta, porque lo aborrecía. Producía una especie de cortocircuito en su interior. Aquel ruido que anunciaba que dentro de poco estaría acostado con una mujer que no era ella, en pleno folleto, o, peor aún, que ya había terminado y ahora abría la puerta. Desde su sosiego interior se le disparaba la furia en un segundo, y el disgusto era enorme.

Pero ¿por qué no podía aceptarlo sin más? A lo largo de los años siempre hubo un ruido como aquel, Atu jamás pretendió ocultárselo. Pero ¿sabría el efecto que le causaba a ella aquel ruido definitivo de distancia, encierro y desprecio? ¿Aquel amargo ruido de la degradación? Y, si lo sabía, ¿iba a intentar ahorrárselo? Lo dudaba.

Por eso, cada vez terminaba tapándose los oídos con las manos, y se ponía a recitar para encontrar el equilibrio corporal.

—Horus, nacido de una virgen —empezó—. Guía de los doce discípulos, resucitado al tercer día de entre los muertos, haz que el desaliento me abandone, que los celos se desvanezcan y que la lluvia de nuevas tentaciones se detenga, y yo haré en tu honor la ofrenda de un cristal que descompone la luz del sol en los colores del arcoíris.

Después hizo una inspiración honda, hasta su contraído diafragma. Cuando el espasmo del estómago cedió, metió la mano en el bolsillo y asió uno de los cristallitos, se dirigió a la ventana del fondo del local, la abrió, miró al Báltico, hacia la isla de Gotland que se divisaba en la lejanía, y luego arrojó el cristal brillante al mar, tan lejos como pudo.

Con el paso de los años, la marea había dejado muchos cristales en la arena blanca.

La sede central de la Academia para el Aprendizaje de la Fusión con la Naturaleza de Atu Abanshamash Dumuzi llevaba casi cuatro años establecida en Öland, esa isla alargada que se encuentra al sur de la costa oriental sueca, y a Mirja le venía muy bien. En aquel paisaje apacible todo estaba controlado, allí no sucedía nada que no

deseasen la Providencia y la institución. Allí el alma de Atu se serenaba, y aquello era lo más importante para Mirja.

Otra cosa solía ser cuando iba a reclutar nuevos miembros a los centros de Barcelona, Venecia y Londres y conocía a todas aquellas mujeres que se encontraban en tierra de nadie. Cuando lo recibían, jadeantes, como a un oráculo, el sanador de almas del océano mundial de la luz del norte y de las energías cósmicas. Cuando se introducía en sus sueños destrozados, en sus frustraciones y su falta de puntos de apoyo en la existencia y, como si fueran livianas nubes, las elevaba hacia el sol.

Al contrario que allí, en la isla, Mirja apenas hacía más que sentirse sola en el mundo, presa de profundos celos y aislada en su sensación de insignificancia.

Por supuesto, Atu la trataba como lo que ella con razón había luchado para llegar a ser, como su mano derecha y laboratorio de ideas, como escritora de diario, organizadora y sostén. Pero Atu no la veía de la manera en que ella quería que la viera.

No la veía como veía al resto de las mujeres.

Con el paso de los años, ahora Mirja era la única de los discípulos que seguían a Atu Abanshamash Dumuzi desde la época en la que vivía en un lugar muy diferente y se llamaba Frank. Pero a pesar de ello, y de su colaboración y cercanía, y a pesar de que siempre fue el deseo más íntimo de Mirja, nunca hizo el amor con ella, cuerpo contra cuerpo.

«Nosotros dos hacemos el amor con nuestras almas, amiga mía», decía siempre. «Me das los orgasmos más importantes, dulce Mirja. Obtengo mis energías más importantes a partir de la dulzura de tu alma y de tu enorme conocimiento».

Detestaba a Atu cuando decía cosas así, porque ella no era dulce ni de mente casta. No obstante, lo comprendía, ya que con el tiempo se habían convertido más que nada en hermanos espirituales, y aquello estaba a años luz de lo que ella necesitaba. Quería percibirlo como lo percibían sus otras mujeres. Sentirse suave y húmeda, atravesada por el deseo y la pasión de él. Si una sola vez en todos aquellos años se hubiera acostado con ella y la hubiera deseado como mujer con sexo y fiereza, entonces habría sido distinto. Tan solo una vez, y ella no habría tenido que andar dándole vueltas a que era imposible y no iba a suceder jamás.

Pero para Atu solo era la vestal, la intocable. Un símbolo de virginidad que lo protegía a él, su negocio y todo lo demás. Fue él quien decidió que fuera así, no Mirja.

Y de alguna manera seguía siendo virgen, a sus treinta y nueve años. Al menos, en cuanto a su relación con Atu. Si iba a hacer el amor con él y si iba a tener un hijo fruto de ello, cosa que deseaba con ardor, debía suceder pronto, muy pronto.

Apretó los dientes y se imaginó a la mujer del otro lado de la puerta. Atu la había conocido unos meses antes en París. Y aquella Malena Michel se le presentó con esos tacones como torres y vestida con un vestido blanco ceñido, pero inmaculado, contándole que sus padres eran italianos, pero que ella emigró a Francia con seis

años, y que le parecía que su pasado y su origen en aquel momento se fundían con las palabras que él le dedicaba. Que había caído en la cuenta de que vino al mundo solo por Atu, y que iba a servirlo en sus menores deseos.

Y nadie tenía la menor idea del dolor que causaba cuando caía rendido ante un discurso edulcorado como aquel, y lo injusto que, no solo parecía, sino que también era en realidad.

El resultado fue que la tal Malena vivía ahora con él, siempre a una distancia de un par de metros y atrapada en la red de su carisma, y no era la primera vez que tenía a una mujer como aquella entre sus discípulos. Al contrario, con el paso de los años había más, y Mirja ya no lo soportaba.

Unas semanas antes habían estado en Londres para reclutar discípulos y participantes en su cursillo de otoño, y una bella joven negra se desmayó.

Con una insistencia que Atu normalmente no empleaba, pidió a Mirja que se ocupara de que aquella mujer descansase en su dormitorio privado. Solo podía hacer conjeturas acerca de lo que ocurrió tras la puerta, pero, cuando tomaron el avión de regreso, Atu mostraba una expresión nueva en la mirada, con la que ni su concubina de París ni Mirja se sentían seguras.

Y ahora tenía ante sí una carta de la misma mujer diciendo que deseaba participar en el próximo cursillo de fusión con la naturaleza que, según la página web, iba a comenzar en Öland la semana siguiente.

No era para nada una buena noticia. Lo único que habría podido alegrar a Mirja de esa cuestión era que así la esclava francesa escaparía de la esfera íntima de Atu.

Aparte de eso, Mirja sabía por instinto que esta vez podía salirle mal. Se daba cuenta de que la negra había impresionado a Atu, y hacía mucho, mucho tiempo que no ocurría con tal intensidad, bien que se había ocupado Mirja de ello.

No, no cabía ninguna duda de que aquella mujer iba a poder ejercer sobre Atu más poder de lo conveniente si se le presentaba la ocasión.

Por tanto, Mirja estaba alerta.

Más que alerta.

Jueves 1 de mayo de 2014

La mesa del desayuno estaba puesta para tres personas junto a la ventana que daba a la zona portuaria, y Rose tenía ya la mirada perdida en algún lugar del mar adonde las miradas nunca llegan del todo.

—Buenos días —empezó Assad, animoso—. Vaya, Rose, hoy tienes la tez blanca, aunque más como la de un bebé. Pero así se avanza, como le dijo el camello al dromedario cuando se quejaba porque el jinete le daba latigazos.

Rose sacudió la cabeza y apartó el plato.

—¿Quieres que te compre algo en la farmacia? —propuso Assad después.

Volvió a sacudir la cabeza.

—Ya nos hemos dado cuenta de que hicimos mal dejándote ver el vídeo de Habersaat, ¿verdad, Carl? —gruñó Assad.

¿Por qué no se calla, o espera hasta después del desayuno? ¿No se da cuenta de que Rose se encuentra peor que cuando se acostó?, pensó Carl, mientras hacía un vago gesto afirmativo.

—No tiene que ver con el vídeo —respondió Rose—. Pude verlo sin problema, aunque era repulsivo.

—Entonces, ¿qué? —insistió Assad, al tiempo que llenaba el plato de pan sueco.

La mirada de Rose se perdió otra vez en la lejanía.

—Deja a Rose en paz y pásame la mantequilla, Assad. —Carl miró desalentado el platillo casi vacío—. Bueno, un poco solo, lo que no vayas a servirte tú.

Assad no debió de oírlo.

—¿Sabes qué, Rose? Estaría bien que nos contaras lo que te ronda la cabeza —indicó, masticando láminas crujientes y desparramando restos por doquier. Menos mal que no desayunaban juntos a diario.

Assad fijó la mirada un momento en un grupito de manifestantes con pancartas, reunidos para las celebraciones del Primero de Mayo en la plaza frente al supermercado Brugsen. «La unión hace la fuerza», ponía en una de ellas.

—¿A vosotros también os parece que Bjarke Habersaat era marica? —soltó sin desviar la mirada.

Carl arrugó el ceño.

—¿Por qué lo dices? ¿Tienes alguna información al respecto?

—No directa, no, pero su patrona estaba de lo más dispuesta y no estaba mal, en mi opinión.

¿«De lo más dispuesta»? ¿Qué forma de hablar era esa? Se estaba pasando.

—¿Y qué?

—Él solo tenía treinta y cinco años, era un hombre relativamente joven contra el que ella no tenía nada, era evidente. Así que estaba dispuesta a caer como una pera madura.

Miró a Carl como si hubiera metido su escultural nariz en un avispero y hubiera salido ileso. Bastante satisfecho de sí mismo.

—No entiendo ni pijo, Assad, ¿adónde quieres ir a parar?

—Si hubiera habido algo entre ella y él, el cuarto de Bjarke no estaría como estaba. La tendría todo el día encima, ya has visto cómo es. Lo mimaría, le airearía el edredón, le vaciaría los ceniceros y le lavaría la ropa, con tal de tener algo de ternura y erotismo en su vida.

—¡Vaya, no me digas! ¡Qué interesante! Pero, en ese caso, no veo por qué no podían tener relaciones sexuales en otras partes de la casa. Eso no prueba nada, Assad. Te estás dejando llevar por la fantasía.

Assad ladeó un poco la cabeza.

—Bueno, tal vez, o sea, tengas razón. ¿Tú crees que podían tener relaciones sexuales rodeados de fotos de familiares y manteles de ganchillo con burlas?

—Con borlas, Assad. Sí, ¿por qué no? Pero ¿qué importancia tiene eso?

—Creo que era marica, también porque solo había revistas con portadas de hombres con pantalones muy prietos y gorras de cuero debajo de la cama. Eso, y luego los pósteres de David Beckham en las paredes.

—Bien, no tenías más que decirlo. Pero ¿qué importancia tiene? ¿No es del todo irrelevante?

—Claro. Pero no creo que le gustara a su madre, y por esa razón no solía venir aquí, donde él, entonces, vivía. No era un mariquita fino, con bombones en el cuenco de cristal, que veneraba a su madre como a una diosa y se iba de compras con ella; era de un tipo más basto.

Carl proyectó el labio inferior y asintió en silencio. Era una posibilidad, sin duda, aunque no sabía en qué podía ayudarles. Si por él fuera, como si las preferencias sexuales de Bjarke Habersaat se centraban en gemelas de más de sesenta y cinco años, le daba igual. No le interesaba para nada, siempre que los bollos siguieran templados ante él, tentadores.

Assad se volvió hacia Rose.

—¿Te ha mordido la lengua el gato? Suelen tener tu opinión sobre esto, lo otro y lo de más allá. Dinos qué te ocurre, Rose, te lo noto. Si no fue el suicidio, ¿qué fue entonces lo que te afectó? Algo hubo.

Rose giró el rostro hacia ellos con los mismos ojos atormentados y abiertos que mostró June Habersaat la noche anterior. Pero no lloró; al contrario, parecía extrañamente moderada y serena. Era una mirada que decía a gritos que había algo que deseaba guardar para sí, pero que no la dejaban.

—No quiero hablar de ello, aunque ahora lo esté haciendo, ¿vale? No pude

soportar verlo porque Habersaat era clavado a mi padre.

Después arrastró la silla hacia atrás y los dejó.

Carl pasó un rato mirando la mesa.

—Creo que no deberías seguir preguntando, Assad.

—Vale. ¿Al padre le pasaba algo especial?

—No, solo que una máquina lo convirtió en picadillo en el taller de Frederiksværk, donde también trabajaba Rose. Solo eso.

El Centro Cívico era de fácil acceso, como cabía esperar, y resultaba acogedor en medio de la calle mayor de Listed, que dividía el pueblo en dos partes, con las casas de pescadores mirando al mar y las de nueva construcción al otro lado.

«Centro Cívico de Listed», se leía en la fachada amarilla. No hacía falta decir más.

Tal como comunicaba el tablón de anuncios dentro de una vitrina fea y fuera de lugar, se ofrecían a los ciudadanos adultos cursillos de bailes folclóricos, marcha nórdica y petanca, y a los niños, de hacer fuego y asar salchichas, de béisbol y de vaciar calabazas para Halloween. Aparte de eso, había un breve informe de la asociación ciudadana sobre las dificultades y expectativas del municipio. ¿Había que obligar a los dueños de las casas a vivir en ellas? ¿Había que renovar el banco junto a la calita? ¿Habría dinero para un puente flotante en la zona de baños?

Eran solo cuestiones locales, ni mención del Primero de Mayo, ni allí ni en ninguna otra parte de la isla, a excepción de un castillo hinchable que habían puesto los del sindicato del metal para los niños en algo que llamaban, santo cielo, Mamá Gallina, en algún lugar del bosque de Almindingen.

En el Centro Cívico de aquel rincón apartado del paraíso estival se reunía la gente para cosas de mayor o menor importancia, y también fue allí donde, menos de veinticuatro horas antes, uno de los ciudadanos más distinguidos tomó la última decisión equivocada de su vida.

Carl reconoció a las mujeres que los recibieron por el vídeo de Habersaat.

—Bolette Elleboe —se presentó una de ellas en dialecto de Bornholm casi comprensible—. Soy la interventora suplente y vivo en la parte de atrás, así que tengo las llaves.

Parecía una mujer resuelta, aunque no le gustaba la situación. La otra se presentó como Maren, presidenta de la asociación ciudadana; sus ojos tristes delataban que habría preferido no tener que cumplir el cometido.

—¿Conocían a Habersaat personalmente? —preguntó mientras ellas saludaban a Rose y Assad.

—Ya lo creo —respondió Bolette Elleboe—. Tal vez demasiado, para cosa buena.

—¿A qué se refiere?

La mujer se alzó de hombros y los condujo al salón de reuniones, una estancia

luminosa con diplomas y cuadros distribuidos a la buena de Dios por las paredes blancas desde donde, tras unos amplios ventanales, se veía el patio trasero de su casa. Allí se sentaron en una mesa de madera contrachapada donde el café estaba servido.

—Deberíamos haber sabido que algo así iba a ocurrir algún día —dijo la presidenta con voz tenue—. Es horrible que tuviera que suceder ayer. Aún estoy afectada por ello. Creo que, por desgracia, Christian lo hizo porque vino poca gente. Podría haber sido un castigo para todos los miembros de la comunidad.

—Bobadas, Maren —la cortó Bolette Elleboe mientras se volvía hacia Carl—. Es típico de Maren, que es un alma cándida e impresionable. Habersaat lo hizo porque estaba cansado del hombre en que se había convertido, ¡y eso fue todo, si quiere saber mi opinión!

—No parece usted muy afectada, pero ¿por qué no lo está? Debió de ser un episodio muy duro de presenciar, ¿no? —preguntó Rose.

—Mire usted —explicó Bolette Elleboe—, estuve trabajando cinco años de asistente social en una remota aldea de Groenlandia, de modo que hace falta algo más para hacerme perder la calma. Habré visto requisar más escopetas de caza por uso indebido que la mayoría. Pero por supuesto que me afectó, lo que pasa es que la vida sigue, ¿no?

Rose permaneció un rato callada, mirándola; luego se levantó y avanzó hacia las ventanas que daban a la calle, se volvió hacia el pequeño grupo, se llevó el índice de la mano izquierda a la sien, hizo ademán de disparar y cayó a un lado.

Después miró a Bolette Elleboe.

—¿Fue así como sucedió?

—Desde luego. No tiene más que mirar el suelo, se ven los restos de la mancha. Yo no voy a lavarlos más; llamaré a una empresa de limpieza.

—Parece irritada, Bolette. ¿Es porque lo hizo aquí? —preguntó Assad mientras rebajaba el azúcar de su taza con un par de gotas de la cafetera.

—¿Irritada? Mire, ha sido un mal karma que se suicidase en este local. Por lo menos podría haberse ido a casa, o a los acantilados. Creo que haberlo hecho aquí ha sido una desconsideración para con nuestra casita.

—¿Mal karma? —Assad agitó la masa de rizos sin comprender.

—¿Le parecería a usted divertido tener que estar reunido en esta sala comiendo y a la vez imaginar lo que sucedió?

—Solo les pasará a ustedes dos. Al fin y al cabo, pocos miembros de la asociación acudieron al acto, ¿no? —metió baza Rose, sarcástica.

—Así es. Pero sigue habiendo un agujero en el cuadro y una pared dañada detrás, ¿no es así?

Desde luego, Bolette Elleboe era bastante testaruda.

—¡Bueno! Pero ahora podremos enlucir la pared, después del enorme agujero que han dejado los peritos para sacar la bala. La verdad es que yo llevaba años pidiéndolo, así que algo es algo. Miren qué fea está. Es de hormigón aligerado, ¡qué

miseria! De modo que gracias, Habersaat, algo bueno has hecho.

Al parecer, el cinismo estaba bastante extendido en el salvaje este.

—No le hagan caso a Bolette —cuchicheó la presidenta—. Está tan afectada por esto como yo. Lo que pasa es que lo trabajamos cada una a nuestra manera.

—Colócate otra vez como antes, Rose —pidió Assad mientras se ponía en pie y se colocaba frente a ella—. Ahora yo soy un espectador y tú eres Habersaat. Me gustaría...

Pero Rose no lo oyó. Se quedó mirando el cuadro atravesado por la bala. No porque se tratara de una obra de arte que fuera a pasar a la historia. Sol, ramas y pájaros en vuelo.

—Sí, le dio al pájaro que vuela, en plena diana. Qué raro que no cayera a tierra —rio Bolette—. Bueno, así nos libraremos de esta porquería.

—Entonces, o sea, ¿no le gusta el cuadro? —preguntó Assad mientras se acercaba—. Es bastante bonito, claro que no tan bonito como la imagen de playa de al lado, ¿verdad?

—Me parece que tiene que mirarse la vista, compañero —respondió la mujer—. El pintor era un chapucero. Podía pintar diez como ese al día.

Rose apartó la mirada de la pared.

—Voy a salir a tomar algo de aire fresco.

En torno al agujero de bala en medio del pájaro quedaban restos de astillas del cráneo y masa encefálica del hombre que le recordaba a su padre, así que era comprensible.

—Es una mujer muy joven para un trabajo así —declaró la presidenta con voz compasiva.

—Sí... —Carl hizo un gesto afirmativo—, aunque no hay que dejarse engañar por su edad ni por el acero fundido que corre por sus venas. Pero díganme lo que sepan de Habersaat. Comprendan que acabamos de llegar de Copenhague y nuestra información sobre él como persona es bastante escasa, de momento.

—Yo creo que Christian era un tipo majo —aseveró la presidenta—. Quiso conseguir más de lo que podía, y lo pagó la familia. Era un agente normal, no de la Policía Criminal; entonces, ¿por qué se metió en aquello? Eso es lo que no entiendo.

Miró pensativa frente a sí.

—Y el que más lo ha sufrido habrá sido Bjarke, pobre chico. No creo que le haya resultado fácil vivir con esa madre.

Estas dos no saben que ha muerto, pensó Carl, y dirigió a Assad una mirada de aviso para que estuviera callado y poder seguir la pista. A Carl le parecía que tal vez pudieran volver en el *ferry* de la noche. La muerte de Bjarke era un asunto para la Policía de Bornholm, y en lo demás no merecía la pena seguir indagando. Habían hecho lo que debían, escucharon a Rose, pero ella había abandonado. Nada, a casa en el *ferry* de la noche.

—Entonces, tal vez, la culpa de que Bjarke se haya suicidado sea de su madre —

dijo Assad, pese a todo.

Al segundo, las cejas de las dos señoras se alzaron hasta media frente.

—¡Dios mío! —exclamó la presidenta, espantada.

Estuvieron calladas mientras Carl las ponía al día. Maldito bocazas de Assad.

—Tengo entendido que no se hablaban. Bjarke era homosexual, y su madre lo odiaba por ello. ¡Anda que...! Como si ella fuera una novicia —indicó Bolette Elleboe.

«¿Qué decía yo?», parecía decir el rostro radiante de Assad.

—No era ninguna novicia, ha dicho. Pero estaba separada, de modo que no es tan malo, ¿no? —preguntó Carl.

Las dos señoras cruzaron sus miradas. Al parecer, corrían por ahí historias jugosas acerca de la mujer.

—También revoloteaba como una mariposa cuando ella y Habersaat estaban juntos —dijo la lengua viperina de la presidenta. Su dulce imagen angelical perdió fuerza.

—¿Cómo se sabe eso? ¿No era discreta?

—Por supuesto —respondió Bolette Elleboe—. Nadie la vio andar con otro, pero de pronto se hizo muy dulce. Y la razón de eso ya se sabe.

—¿Se refiere a que daba la impresión de estar enamorada?

La mujer emitió un par de gruñidos, la pregunta parecía divertirla.

—¿Enamorada? Nooo, más bien parecía satisfecha. Orgasmos, ya sabe. Y eso no lo conseguía en casa, se lo aseguro. Al menos, la gente con la que trabajaba no tenía ninguna duda de que se traía algo entre manos, con aquellas largas pausas para almorzar que empezó a hacer. También se veía su coche aparcado frente a la casa de su hermana, en Aakirkeby, cuando la hermana no estaba. Una conocida mía que vive en la misma calle dice que vio a un hombre en su puerta, y desde luego que no era Habersaat, tenía un aspecto más joven.

Bolette Elleboe rio un momento, pero luego su rostro se difuminó y cambió de expresión.

—La verdad es que nunca ayudó a su marido para que las cosas volvieran a su cauce en casa. Así que los dos eran culpables. Con Alberte o sin ella, de todas formas lo habría abandonado.

—Es triste oír lo de Bjarke —dijo la presidenta. Se había quedado atascada allí.

—Sí, es una pena. Pero Alberte, la que atropellaron, ¿qué hay de ella? —preguntó Assad—. ¿Creen que pueden saber algo que no aparezca en nuestros papeles?

Ambas se encogieron de hombros.

—No sabemos qué puede aparecer en sus papeles, pero algo sí que sabemos, porque esta es una isla pequeña, y las habladurías se propagan cuando ocurre algo así.

—¿Qué saben? —Assad echó otra palada de azúcar al café. ¿Era posible que absorbiera más?

—Por lo visto, era una chica simpática, aunque algo descontrolada. Nada

especial, pero en la Escuela Superior a veces las cosas se desmadraban cuando nadie controlaba a los jóvenes, suele pasar —explicó Bolette—. Al menos, dicen que anduvo con un par de chicos en poco tiempo.

—¿Dicen? —retumbó tras la taza de Assad.

—Mi sobrino, que es bedel en la Escuela Superior, decía que Alberte flirteaba con un par de chicos, como suelen hacer las chicas enamoradas. Paseos agarrados de la mano por el Valle del Eco, detrás de la Escuela, y cosas así.

—Suenan bastante inocente. ¿Aparece algo de eso en el informe, Assad? —preguntó Carl.

Assad hizo un gesto afirmativo.

—Sí, un poco. Uno de los chicos era un alumno de la Escuela, solo tonteaban, pero estuvo viendo a otro fuera de la Escuela durante algo más de tiempo.

Carl se volvió hacia las mujeres.

—¿Lo conocían ustedes?

Sacudieron la cabeza.

—¿Qué pone en el informe sobre él, Assad?

—Nada, salvo que trataron de averiguar su identidad y no lo consiguieron. Algunas de las chicas de la Escuela decían que el chico no estaba en el cursillo, pero que era el motivo de que Alberte estuviera mirando al infinito durante las clases, como si todo lo demás le importase un pimiento.

—¿Saben si Habersaat llegó a conocer su identidad durante su investigación?

Ambas señoras y Assad sacudieron la cabeza.

—Mmm, dejémoslo de momento. Por lo que veo, Habersaat está obsesionado por un caso imposible que ni siquiera es suyo. Su esposa lo abandona y se lleva al hijo, y la gente del pueblo no apoya a Habersaat. Un conductor dado a la fuga y la muerte de una chica hacen que todo cambie para él, cosa difícil de entender para un policía como yo. Hemos tratado de hablar con June Habersaat, pero se muestra muy cerrada y bastante implacable con su marido. Parece que usted la conoce bien, Bolette. ¿Tiene algún contacto con ella?

—No, por Dios. En otra época éramos amigas, vivía solo a doscientos metros de mi casa, donde Habersaat siguió viviendo desde que sucedió todo aquello; pero cuando lo abandonó, se quedó en nada. Por supuesto que he coincidido con ella en su trabajo de taquillera, vendedora de helado y dama para todo en el parque de Brændesgårdshaven, pero por lo demás llevo años sin hablar con ella. Se volvió rara después de lo de su marido y el caso Alberte. Pero tal vez su hermana Karin pueda contarles más, porque ella, June y el hijo vivieron una época en la casa de Aakirkeby, que era originalmente de los padres de ella, pero parece ser que fue demasiado para la hermana. He oído que Karin vive ahora en Rønne. Intenten también visitar a Tío Sam, en el número 21, creo que fue el que más relación tuvo con Habersaat en los últimos años.

Carl miró a Assad, que tomaba apuntes como loco. Con un poco de suerte, pronto

iban a archivarse aquellos apuntes en vertical.

—Solo una cosa más —dijo Carl—. En la grabación del acto de ayer hemos visto que una persona abandona la sala justo después de suicidarse Habersaat. ¿Saben quién es?

—Ah, ese es Hans —respondió Bolette—. Es el chiflado del pueblo, hace encargos para la gente. Suele aparecer cuando hay canapés y bebida. No creo que vayan a sacar nada en claro con él.

—¿Saben dónde podemos encontrarlo?

—¿A esta hora del día? Prueben en el banco detrás del ahumadero. Pasen la carretera, y después a la derecha por el sendero de la playa. Es un edificio chato, gris, con un par de hornos de ahumado. El banco está en el jardín trasero. Estará allí tallando madera o bebiendo cervezas, es lo que acostumbra.

Divisaron la figura de Rose recortada contra el horizonte mientras torcían por el sendero de la playa. Estaba de pie sobre el borde de unas rocas planas que sobresalían del agua, y parecía extrañamente perdida, como si de pronto el mundo se hubiera hecho demasiado grande para ella.

Se quedaron un rato mirándola. No era la Rose fuerte y combativa a la que estaban acostumbrados.

—¿Cuánto hace, entonces, que murió el padre de Rose? —preguntó Assad.

—Hace ya bastantes años. Pero por lo visto aún no lo ha superado.

—Entonces, ¿la mandamos de vuelta a Copenhague?

—¿Por qué? De momento, supongo que los tres vamos a regresar esta noche. Las entrevistas que tenemos que hacer, a la hermana y tal vez a alguno de la Escuela, podemos hacerlas por teléfono desde Jefatura.

—¿Esta noche? Entonces, ¿no crees que debemos seguir en la isla?

—Pero ¿para qué, Assad? Los peritos ya han revisado la casa de Habersaat, o sea que no espero grandes noticias de ese frente, y ni ayer ni hoy hemos recabado datos concretos que pudiéramos usar. Tampoco debemos olvidar que Habersaat hizo de ese caso un trabajo para toda la vida, y aun así no pudo resolverlo. ¿Cómo íbamos a resolverlo nosotros en unos dos o tres días? Hablamos de algo que ocurrió hace casi veinte años, Assad.

—Mira, ahí está el hombre del que hablaban.

Assad señaló una figura rodeada de un montón de cervezas, acurrucada en un banco de jardín blanco tras las chimeneas del ahumadero. En una diminuta sociedad como aquella no podían ocultarse nada entre ellos.

—¿Qué pasa? —soltó Assad, audaz, mientras atravesaba la puerta del jardín—. Vaya, estás aquí, Hans. Justo como Bolette, o sea, nos ha dicho.

El intento de Assad no estuvo mal, pero el hombre ni se dignó a dirigirle una mirada.

—Debes de estar pasándolo bien. Y tienes una buena vista.

Ninguna reacción.

—Vale, no quieres hablar conmigo; pues tú lo has querido, a mí me parece bien.

Hizo un gesto a Carl mientras abría el grifo de una manguera y se lavaba las manos. Carl miró el reloj. La hora de la oración.

—Ve a por Rose, dentro de diez minutos habré terminado —sonrió Assad.

Carl sacudió la cabeza.

—Creo que hay que dejarla sola. Caminaré por la carretera y reflexionaré sobre el asunto. Pero de verdad, Assad: ¿crees que este es un buen sitio para orar? Todos pueden verte. ¿Sabes si hay alguien en esa casa?

—Si no han visto orar a un musulmán antes, ya va siendo hora, Carl. La hierba está blanda, y ese hombre no quiere hablar conmigo. ¿Tan difícil es de entender?

—Vale, Assad, como quieras. ¿Te traigo la alfombra?

—Gracias, usaré la chaqueta. Debe de ser aceptable en plena naturaleza —sentenció, y se quitó los calcetines.

Carl no había caminado ni veinte metros carretera adelante para cuando Assad se puso de pie en postura *quiyam* y empezó a recitar. Parecía algo armónico y correcto, con el cielo azul al fondo. Carl nunca iba a llegar a estar tan cerca de Dios, por desgracia.

Giró la cabeza hacia la figura de las rocas, inmóvil como una esfinge, con las nubes bailando encima. ¿Por qué estará ahí?, se preguntó. ¿Qué pasa por su cabeza? ¿Es por la pena, o hay tantos secretos que casi no queda sitio para ellos? ¿O será por el caso de Alberte y Habersaat?

Carl se detuvo en seco con una extraña sensación en el cuerpo. Hacía un par de días estaba en Copenhague y no sabía nada de Habersaat ni de Alberte. Hablando en plata, le importaban un comino ciudades como Svaneke, Listed y Rønne, y ahora de pronto se sentía extrañamente solo y perdido. Precisamente aquí, en el extremo de Dinamarca, lo había golpeado la certeza de que una persona no puede huir de sí misma, se encuentre donde se encuentre. La sensación de que ese maldito duende siempre lo acompañaba, y de que la responsabilidad de ser como eras solo te correspondía a ti.

Sacudió la cabeza. Qué miserable se sentía. ¿Había imaginado en serio que alguna vez podría olvidarse de sí mismo y de lo que lo constituía?

Pero ¿a la mayoría de la gente no le pasaba igual? La época en la que vivían invitaba, sin duda, a un cóctel de abnegación y autobombo. Y si no te gustaba la situación en la que te encontrabas, siempre quedaba la posibilidad de huir de ti mismo. Huir de las opiniones, de tu matrimonio, de tu país, de los antiguos valores, de la moda, que ayer tanto te fascinaban. El problema era que en la novedad no encontrabas nada de lo que en el fondo buscabas, porque al día siguiente todo volvía

a ser anodino. Se había convertido en una vana caza eterna tras tu propia sombra, y era lamentable.

Lamentable de cojones. ¿Por qué no era él diferente?

Menudo idiota estás hecho, Carl, pensó, y olfateó el olor a algas medio podridas y salitre, mientras las ideas seguían circulando. ¿Por qué se sentía así, y por qué no era capaz de entablar una relación seria con nadie? ¿Acaso Lisbeth no lo trató con dulzura y comprensión después de que rompiera con Mona? De hecho, era una mujer atractiva, ¿no? Pero ¿él? ¿La trató con suficiente dulzura? En el fondo, la abandonó y le dio la espalda nada más conocerla. Cuestión que ella habría podido airear y echársela en cara, pero no lo hizo. Entonces, ¿quién había abandonado a quién?

Y ahora, ¿qué? Después hubo otras como Lisbeth. Pero en su vida ¿había realmente sitio para una relación auténtica? ¿Existía alguien que pudiera mantener una relación con una persona como él?

Al menos tengo a Morten y Hardy, ¿no?, resumió. ¿Y Jesper? Tal vez incluso también Assad y la chica que estaba en las rocas.

Pero mañana ¿estarían allí? ¿Merecía acaso que lo considerasen un amigo?

Carl miró un momento el rítmico golpear de las olas antes de tomar la decisión, sacar el móvil y ponerse a mirar la lista de contactos.

El número de Mona continuaba allí. Casi tres años sin ella, y seguía estando a una pulsación de distancia.

En un instante de duda, su dedo índice se quedó quieto en la pantalla, y luego apretó.

Antes de diez segundos, la voz de Mona pronunciaba su nombre. De modo que su número de teléfono seguía estando guardado en el móvil. ¿Era una buena señal?

—¿Estás ahí? Hola, Carl, di algo —lo animó con una naturalidad que lo dejó paralizado—. Venga, ya sé que eres tú quien llama. ¿Has pulsado el número equivocado?

La respuesta de Carl llegó en voz muy baja.

—No, no, en absoluto. Solo quería oír tu voz.

—Vale.

—Bueno, te parecerá un poco raro, pero en este momento estoy en Listed, junto a Svaneke, mirando el mar, y me gustaría tenerte junto a mí.

—¡Svaneke! Qué curioso; porque yo me encuentro en el extremo opuesto de Dinamarca, en Esbjerg, concretamente, así que solo por eso va a ser difícil.

«Solo por eso», decía. No muy simpática, que se diga.

—Por supuesto. Pero quería decirlo. Tal vez pudiéramos vernos cuando vuelva a Copenhague.

—No tienes más que llamar. Bueno, Carl, que te vaya bien. No te caigas al Báltico. Dicen que el agua está muy fría.

Eso fue todo, y no lo hizo sentirse demasiado bien.

Cuando regresó, Assad estaba sentado en el banco, charlando con el hombre.

—Este tipo está chaveta —cacareó el hombre con voz de niño—. Tumbado en el suelo culo arriba chapurreando no sé qué.

Assad rio.

—Hans creía que iba a sablearle una de sus birras. Ahora ya sabe que la gente como yo no hace esas cosas.

—No, porque no bebe, ni siquiera el Primero de Mayo. ¿Vais a la manifestación de Rønne? En otra época solía ir, pero ahora voto al Partido de Dinamarca, al igual que un conocido mío. Al fin y al cabo, vivimos en Dinamarca. También ese que no bebe, ¿no? —añadió, riendo.

—Hans me ha contado que conoce a todo el pueblo. No le gustó nada lo que hizo ayer Habersaat, de manera que se marchó; pero de todas formas no era una persona de su gusto.

—¿Habersaat? Estaba loco de remate. Yo soy el doble de listo que él. El doble, por lo menos.

—¿Por qué lo dices? —se interesó Carl.

—Qué guapa era su mujer, una auténtica belleza. No he visto en la vida mujer más guapa. Y el gilipollas de él la dejaba suelta. Sí, yo la solía ver en la ciudad con varios pescadores, y una vez en la colina de Knarhøj, con otro. Habersaat era un gilipollas. Todos la besaban.

Alargó el cuello.

—¡Ojo! Aquí viene la chica a la que esperabais. Cuidado, ya está aquí.

Tomó un trago descomunal de la botella de cerveza y señaló hacia Rose, quien hizo un gesto de saludo, con las mejillas sonrojadas y el cabello al viento, claramente dispuesta a interrumpir lo que estaban haciendo.

—Un momento, Rose. Assad acaba de encontrar algo —la avisó Carl, y se volvió hacia el tipo del banco.

—Hola, Hans, soy amigo de Assad. Soy bastante simpático, pero también soy curioso. Esos pescadores a los que dices que besaba ¿conoces a alguno, para que pueda hablar con él?

—Ya no quedan en la ciudad pescadores así. Aquellos, por lo menos, no.

—Pero luego has dicho que June Habersaat estuvo con un hombre en lo alto de... ¿Cómo se llamaba? ¿Knarhøj? Bueno, pero ¿sabes al menos su nombre, para que pueda hablar un poco con él?

Un torrente de cerveza fluyó por las comisuras del tipo mientras reía.

—Ja, ja, no va a poder ser, porque no sé cómo se llamaba. Porque no era de la ciudad. Pero no tienes más que preguntar a Bjarke, el chaval al que enseñé a tallar la madera. Tenía un aspecto ridículo con su uniforme de *boy scout* y pantalones cortos aquella vez en Knarhøj, cuando él y el tipo estuvieron excavando, o algo así.

—¿Ridículo? ¿Por qué?

—Hombre, porque era casi adulto.

—Entonces, ¿era jefe de tropa o algo parecido?

Al hombre se le iluminó la expresión, como si alguien hubiera encendido el interruptor de las circunvoluciones cerebrales.

—¡Exacto! ¡Eso era!

—Vale, Hans. Dices también que Bjarke estuvo hablando con el tipo con quien salía su madre.

—Sí. Ella subió un día que el tipo estaba con su hijo. En la cima del cerro, donde hay un laberinto. ¿No se dice laberinto? Sí, está escrito en varios sitios. Sé leer, por si no lo sabíais.

Le dieron veinte coronas y se marcharon. Suficiente para el resto del día, les dijo. Para más de tres cervezas. Para bastantes más.

No era una persona que exigiera grandes cosas a la vida.

—Escuchad los dos —soltó Rose camino del coche. Sus ojos despedían chispas, y su cerebro, montones de descargas eléctricas. Debía de haber llegado a alguna conclusión.

—He estado ahí, pensando y pensando. ¿Quién era Habersaat en realidad, y por qué hizo lo que hizo? ¿Por qué estaba tan obsesionado con ese caso?

—Tal vez sirviera de contrapeso a la vida familiar, que no iba muy bien. Ya has oído a las señoras y al hombre antes. Pero es posible que ofendieran su honor profesional —tanteó Carl.

—Tal vez. Desde luego, era un buen policía, de eso no hay duda —indicó Rose—. Persegua un objetivo, pero no pudo alcanzarlo, y entonces se pegó un tiro. Pero ¿creéis que lo hizo porque ya no podía más?

Carl se alzó de hombros.

—Lo más seguro.

—Dinos qué crees tú, Rose —dijo Assad, riendo.

—Pues yo no lo creo, no lo creo ya. Creo que se pegó un tiro para demostrar lo serio que era el caso para él. Y ¿sabes por qué era tan serio, Assad?

—Creo que, entonces, es bastante serio volarse la tapa de los sesos.

—Muy gracioso, Assad. Pero Habersaat se pegó un tiro porque costara lo que costase deseaba que siguiéramos con el caso, estoy convencida de eso. Y lo deseaba porque ya no estaba en terreno inseguro.

—¿No quieres decir lo contrario? —preguntó Carl.

—No. Ya sé que sería lo más lógico, pero creo que al final es probable que supiera quién había matado a Alberte, pero no pudiera probarlo.

Sacudió la cabeza para sí.

—O también que no pudiera encontrarlo. O tal vez ambas cosas. Sí, es lo que creo, y eso le hizo perder la cabeza. También creo que si registramos su casa lo bastante a fondo seguro que hallamos alguna clave.

—Espera un poco, Rose. Ya veo que estás muy lanzada, pero ¿no sería más fácil y más lógico que plasmara sus sospechas en un papel para facilitarnos las cosas? Si su suicidio fue un acto tan superpremeditado y bien calculado, ¿cómo es que no tenemos nada? Me pregunto si la respuesta no será: porque no hay nada.

—No, yo no lo veo así en absoluto. Es posible que dejara escrito algo y todavía no lo hayamos visto, no lo sé. O puede que no haya escrito nada.

Volvió a sacudir la cabeza. Estaba claro que se encontraba en una encrucijada de posibilidades y no sabía cuál elegir.

—O tal vez no lo supiera ni él, pese a intuir que la solución estaba delante de sus narices, aunque no la viera. Por eso necesitaba unos ojos nuevos, experimentados.

Hizo un gesto afirmativo, sereno.

—Sí, creo que pasó así.

Dirigió a Carl una mirada luminosa. Era increíble lo intensa y seductora que podía ser su mirada a veces.

—¿Sabes qué, Carl? Nos eligió para que lo viéramos todo con más claridad, y debemos estar orgullosos por ello. Estoy segura de que sabía que después de acabar con su vida íbamos a tener que venir a la isla. Sabía que era un sacrificio necesario para que su caso volviera a abrirse. Estoy completamente convencida de eso.

Carl asintió con la cabeza y miró de reojo a su colega de testa rizada.

Se le va la olla, decía la mirada de Assad.

Era difícil no estar de acuerdo.

Septiembre de 2013

Wanda Phinn no se despidió del trabajo, se largó sin más. Arrojó la gorra al suelo, saludó a la mujer del control y salió por la puerta.

Fue una auténtica liberación, lo sintió como algo definitivo y total, dejó atrás sin ninguna pena la tapia del parque de Victoria Embankment Gardens, las preocupaciones por los días perdidos desaparecieron y los sonidos del parque fueron atenuándose. Tenía ante sí todo un mundo, toda la vida, y lo que para ella debía ser un futuro asignado a los pocos elegidos.

Porque Wanda tenía un plan. Desde que Atu Abanshamash Dumuzi le acarició el pómulo y la llamó su florecilla, desde que la sangre se le fue de la cabeza y la dejó desfallecida y aturdida, desde que volvió en sí y vio fascinada la mirada embelesadora de él y sintió sus labios en el dorso de la mano, desde entonces sabía que Atu Abanshamash era el futuro que soñaba.

Cuando comunicó la noticia a Shirley, recibió sin pedirlo una serie interminable de advertencias nada efectivas.

—Ya me doy cuenta de que parece encantador en la pantalla: bonitos edificios, rituales emocionantes, con el mar al lado. Pero cuando vayas allí vas a ver que no era más que flirteo, Wanda, y que tu viaje habrá sido en vano —la advirtió—. Atu Abanshamash consigue a todas las mujeres que quiere. Piensa en su poder y en su aspecto.

Casi puso los ojos en blanco al decirlo. También ella seguía afectada por el carisma de Atu.

—Ya sé que hace tiempo que no tienes pareja, pero, si estás sexualmente excitada y dispuesta, o frustrada sin más, hay un montón de hombres en Londres con quienes puedes acostarte sin que te hieran más de lo que tú les dejes.

Wanda sacudió la cabeza. Todo parecía muy fácil en labios de Shirley.

—Creo que no lo entiendes, Shirley. Quiero ser la elegida de Atu Abanshamash. Quiero vivir como él disponga, y quiero ser la madre de sus hijos. Siento que ha sido siempre el objetivo de mi vida.

—¿Su elegida, dices? —Iba a reír, pero no lo hizo cuando vio la mirada seria de Wanda—. Pero Wanda, ¿no te diste cuenta de las miradas afiladas que te dirigía la mujer, su ayudante? Esa no vas a poder desbancarla, te lo garantizo.

—Era vieja, Shirley.

—Muchas gracias —replicó Shirley, picada—. Creo que tenía más o menos mi edad.

Wanda desvió la mirada. Al otro lado de la ventana de su cuarto, el mundo seguía siendo una tapia que se alzaba ante ella y obstruía la luz y los sueños. Una tapia tras la que vivían otras personas con las mismas expectativas sin cumplir. Una tapia que se volvía más gris cada día. En aquel barrio el futuro se sostenía en sueños. Los chicos querían ser jugadores de fútbol y estrellas de rock, y las chicas querían ser sus manirrotas esposas. En el barrio la gente pasaba el día viendo *realitys* y pésimos concursos mientras masticaba comida-basura y se alejaba cada vez más de las posibilidades que podían ofrecer una buena educación o ambiciones más realistas. En aquel barrio las estadísticas podían sostener sin problemas que solo un minúsculo porcentaje iba a llegar a la tierra prometida, ennoblecida y enriquecida por el éxito, la riqueza y la felicidad eterna. Como si no lo hubiera sabido toda su vida.

—Lo siento, Shirley —se disculpó cuando se dio cuenta de que su amiga se sentía ofendida—. No lo decía por ti. Solo quería decir que aún soy joven y no he sido madre, y que mi cuerpo y mi alma están ahora preparados para ello. Y te digo que Atu no se acuesta con su ayudante. Esas cosas las noto.

—Vas a tener una desilusión, Wanda, y seguro que te vas a arrepentir, y habrás gastado todos tus ahorros en ese proyecto imposible. ¿Y de qué vas a vivir cuando vuelvas? ¿Dónde vas a vivir? En mi cuarto no podemos estar las dos, ya lo sabes.

—Volveré a visitarte, Shirley, y tranquila, iré a un hotel. Pero volveré transformada en otra mujer, ya puedes hacerte a la idea.

Shirley apretó los labios.

—¿Y con quién voy a pasármelo bien? ¿Con quién voy a compartir chismes al volver de mi trabajo de mala muerte?

De pronto, se echó a llorar.

—No irás a abandonarme y dejarme sola en este cuartucho, ¿verdad?

Wanda no dijo nada, pero agarró del hombro a Shirley, la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza.

—Bueno, lo menos que puedes hacer es escribir algunos mensajes diciendo cómo te va. ¿Lo harás, Wanda? —dijo sorbiéndose las lágrimas.

—Por supuesto. Voy a escribirte todos los días, si puedo.

—Son cosas que dices.

—No, te lo prometo, Shirley. Y yo cumplo mis promesas.

Escribió un mensaje a la Academia para la Fusión con la Naturaleza de Öland, en Suecia, diciendo que ya había decidido su hora de partida, y que se alegraría de que fueran a buscarla a la estación de Kalmar el día en cuestión. Decía también que pensaba seguir varios cursillos, aparte del que se había inscrito, y que si fuera posible le gustaría continuar con ellos, trabajando por las teorías e ideales de Atu Abanshamash Dumuzi, sin cobrar.

Wanda estaba convencida de que iba a lograr lo que deseaba. Atu Abanshamash

mostró deseo hacia ella, y aquel día en Londres pudo hacerla suya de no ser porque estaba ocupado en el cursillo, ambos se dieron cuenta de ello. Ahora iba a recuperar la oportunidad perdida. Así podrían seguir donde lo habían dejado.

Había llegado la hora.

Pasados un par de días, un mensaje le comunicó que no quedaban plazas para los cursillos. Se le comunicaría cuándo habría plazas libres, pero ya podía ir pensando en que iba a ser imposible en el año en curso.

Wanda se negaba a creerlo. En cuanto la viera Atu Abanshamash, las cosas cambiarían. Solo tenía que estar bien preparada. Luego se fijó en el remitente: Mirja Abanshamash Dumuzi, ponía.

Shirley tenía razón. Iba a tener lugar un combate, sin duda. Un combate sangriento, sin cuartel.

Los días y las noches que siguieron estudió a fondo las energías alternativas del cosmos y recitaba una y otra vez las declaraciones de Atu sobre la Academia para la Fusión con la Naturaleza. No iban a poder criticar sus conocimientos ni su compromiso; pero no le resultaba difícil, porque cuanto rodeaba a Atu Abanshamash Dumuzi parecía de lo más acertado y lógico. De hecho, Wanda percibía que, con sus ideas, Atu unía todo tipo de fes y aspectos positivos de la persona en un conjunto limpio y refinado de preceptos, y aquello la entusiasmó. Cuanto más leía, cuanto más trataba de comprender, con mayor fuerza notaba que aquellos reglamentos y normas para llevar una vida más limpia la aligeraban de todo lo mundano en ella, de lo malo y estúpido.

Al final notó que la paz se extendía por su interior. Nada de coca-cola en la mesa, nada de pantalla de televisión con culebrones de fondo, nada de ruido en la cabeza. La última duda sobre su proyecto se difuminó, dejándola decidida y en calma.

Cuando estuviera ante Atu Abanshamash, quería estar bien preparada. Su sensualidad y su conocimiento de las enseñanzas de Atu Abanshamash harían que él sintiera flojera en las rodillas, y lo convencerían de que por fin había encontrado en ella a una mujer merecedora de él en todos los aspectos.

Y la otra, la mujer que se creía invulnerable y trataba de ponerle la zancadilla, iba a tener que desaparecer.

Jueves 1 de mayo de 2014

Villy Kure, el marinero al que todos llamaban Tío Sam, vivía en una casa entramada amarilla con su propio ahumadero, dos casas más al norte que la de Habersaat. En aquella carretera había una mezcla de todo tipo de casas alineadas, construidas a un par de metros de altura sobre la calzada y con unas vistas preciosas de las cabañas de pescadores, el puerto y el mar. De lo más idílico, si no fuera porque una de las personalidades del pueblo se había saltado la tapa de los sesos.

Llamaron a la puerta y, al no abrir nadie, rodearon la casa, pasando junto a un horno de ahumado y atravesando el patio, donde había un todoterreno aparcado.

Carl tocó el capó. Estaba frío.

La puerta trasera tampoco dio resultado, pero un ciclista que pasaba por la carretera se lo explicó cuando volvieron despacio al coche.

—Tío Sam está en la mar. Es patrón de un pesquero que ahora funciona como navío de seguridad. Así que no cuenten con verlo de momento.

—¿Un navío de seguridad?

—Sí, como esos putos capitanes rusos no saben levar anclas como es debido, arañan el fondo y se llevan los cables. Y ahora ha vuelto a suceder. Las pasadas Navidades estuvimos mes y medio sin la electricidad de Suecia a causa de eso; pero bueno, en esta ocasión no es tan grave. Así que cada vez que ocurre, Sam sale con su barco y desvía los navíos que ponen rumbo hacia el barco que está reparando el cable dañado.

—Vaya. Por lo demás, queríamos hablar con él sobre Habersaat, parece ser que eran amigos, ¿no?

—¡Habersaat, santo cielo! —Sofocó una risa—. Bueno, quizá fueran amigos, pero no era fácil ser amigo de Habersaat. A veces jugaba a las cartas con Tío Sam, era lo único que compartieron los últimos años.

—Entonces, ¿no cree que Habersaat le hablara a Sam del caso que absorbía toda su energía?

—Joder, seguro que le habló los primeros diez años. Pero ¿sabe qué? Hasta un tipo como Tío Sam puede cansarse, ¿vale? Sam es un tío majo, pero no tan majo como para eso. No. Echaban una partida de vez en cuando. No había más, la verdad.

—Así que ¿no cree que Sam supiera lo mal que estaba Christian Habersaat?

—¿Cómo iba a saberlo? Pasa la mayor parte del tiempo en la mar, y Habersaat tampoco era de los que muestran sus sentimientos, ¿verdad? Pero ¿por qué no telefonean a Tío Sam? ¿Piensan tal vez que en Bornholm no hay acceso a la red

telefónica?

Echó unas risotadas. Les dio el número, pero comunicaba.

Una atmósfera de abatimiento reinaba en la por lo demás ordinaria casa de ladrillo rojo de Habersaat. No es que fuera fantasmagórica, más bien recordaba a algo que nunca iba a despertar. Era como un palacio de la bella durmiente, envuelto en el sopor como algo triste y enmohecido, esperando en vano el beso salvador y liberador.

—En esta casa no volvió a entrar la vida después de la separación, ¿no lo notáis? —dijo Rose al introducir la llave.

El olor acre, agrio, que salió a su encuentro lo confirmó.

—¡Uf! Los peritos podían haber aireado un poco, ¿no? —continuó.

En otros casos, aquel tipo de hedor solía deberse a alimentos podridos. Verduras que se pudrían en cajones olvidados, latas de conserva cuyo interior semivacío fermentaba. Una fregada de meses. Pero la casa de Habersaat no era en absoluto así. La primera impresión era de montones rebosantes, caóticos, de papel por todas partes, pero, si te ponías otras gafas, todo aparecía ordenado, dispuesto y dividido con pulcritud después de meditarlo bien. La cocina estaba impoluta, casi brillante, y en la sala habían pasado la aspiradora, y la cuestión del polvo estaba también resuelta en la medida de lo posible entre los cientos de montones de papeles.

—Esto apesta a nicotina y frustración —dijo Assad desde un rincón donde una pila de informes de un metro de altura amenazaba con desplomarse.

—Más bien a años de falta de ventilación y a celulosa —corrigió Carl.

—¿Tú crees que los peritos han revisado todo esto? —preguntó Assad con los brazos abiertos sobre el paisaje de montones de papel.

Carl hizo una profunda inspiración.

—No creo.

—¿Por dónde diablos vamos a empezar? —Rose suspiró.

—Buena pregunta. Ahora tal vez conozcas la razón de que Habersaat se rindiera, y de que la Policía de Rønne no tuviera inconveniente en darnos la llave y dejar que nos apropiásemos del material de Habersaat. Muchas gracias, Rose —observó Carl—. Tal vez sea una buena idea que Assad y yo nos marchemos a casa esta noche y que tú te quedes. Con tu habilidad para sistematizar, seguro que puedes tener esto en orden alfabético, cronológico y temático para... dentro de uno o dos meses, algo así.

Carl rio, pero la risa rebotó en su ayudante.

—Entre todo este papelamen hay algo que puede hacernos avanzar en el caso, tengo una intuición muy fuerte. Creo que podemos ir más allá que Habersaat, siempre que haya voluntad —respondió Rose con cierta dureza.

Probablemente tenía razón, pero haría falta cantidad de gente durante semanas para abrirse paso entre todo aquel material, y eso era desmoralizador. Tras un vistazo general por encima, parecía que Habersaat había recorrido toda la isla de Bornholm

durante los días posteriores al accidente mortal, por no hablar de los cientos de pistas que había seguido en los años siguientes. Cada una en su montón.

Pero ¿dónde estaba el montón que era más importante que los demás?

—Lo embalamos todo y lo transportamos a Jefatura —propuso Rose.

Carl arrugó el entrecejo.

—Por encima de mi cadáver. Además, no tenemos sitio. ¿Dónde has pensado que aterrice este mausoleo de papel?

—Haremos un cuarto especial donde estaba pintando Assad.

—Entonces paso de terminar de pintarlo —se oyó en el rincón.

—Sooo, esperad un momento. ¿Ese cuarto no estaba destinado a Gordon, ahora que ha terminado los estudios? ¿Qué crees que va a decir nuestro querido jefe Lars Bjørn si su niño mimado no consigue en el Departamento Q ese espacio en el que ha insistido tanto?

—Creía que pasabas de lo que pudiera pensar y decir Lars Bjørn —insistió Rose.

Carl esbozó una sonrisa irónica. Desde luego que pasaba. Al fin y al cabo, era él quien estaba al mando del Departamento Q, no Lars Bjørn, aunque él lo pensara. Además, sacaba un dinero extra de la partida del Departamento Q, de modo que, si tenía alguna queja, Carl sabía bien ante quién chivarse. No, Bjørn tendría que cerrar el pico; pero no era ese el meollo del problema. Lo que pasaba era que Carl no quería tener más papeles y bártulos en las zonas comunes del sótano, y punto.

—Gordon puede estar en mi cuarto mientras investiguemos el caso —sugirió Assad—. Me gusta sentir un poco de vida alrededor.

Carl estaba conmocionado. Ostras, hablaban en serio.

—Por cierto, ¿no tienes que llamarle al Tío Sam ese?

—Tendrás que hacerlo tú, Assad —rezongó Carl, aquello era un toma y daca. Después dio la explicación—: Es que mi móvil anda bajo de batería.

—No tienes más que llamar por el fijo de ahí —dijo la testa rizada, señalando una pieza de museo que había en la mesa del comedor, encima de otro montón de recortes.

Carl dio un suspiro. Pero bueno, ¿quién estaba al mando del Departamento Q? Diablos, ni siquiera tenían el caso en sus manos aún.

Por un momento estuvo tentado de imponer su autoridad, pero luego se contuvo por conveniencia y marcó el número.

Se oyó el ulular del viento y una voz agitada en el otro extremo de la línea.

—¡Joder, qué yuyu me da que me llames por el teléfono de Christian! —gritó Tío Sam después de que Carl le explicara el motivo de la llamada y le dijera quién era.

Había interferencias en la línea, y se oía el ruido del motor en segundo plano. Carl se tapó la oreja libre.

—Ostras, menudo susto me he llevado cuando he visto quién llamaba. Pues sí, Christian y yo jugábamos a las cartas, de hecho echamos una partida la víspera de que se pegara un tiro. Pero mira, no puedo hablar mucho, porque anda por aquí un

puñetero porta container estonio de la MSC que quiere pasar por donde estamos trabajando, así que el tonto tiene que salir a mar abierta y dar unas voces.

—Seré breve. ¿Dices que estuvisteis juntos la víspera? No lo sabía. ¿Por qué no lo sabe la Policía?

—Porque no lo habrán preguntado. Pero estuve en su casa porque debía darme instrucciones. Tenía que aprender a manejar la puta cámara, ¿no?

—¿Cómo estaba Habersaat en aquel momento? ¿Estaba bien? ¿Le notaste algo especial?

—Bueno, estaba algo pedo, ¿sabes? El aguardiente y un par de cervezas fuertes abren los canales de las lágrimas, ¿verdad? Lo cierto es que se puso un poco sentimental, pero le sucedía a menudo, así que no me llamó la atención.

—¿Cómo, sentimental?

—Lloró un poco. Estuvo manoseando algunas cosas que habían sido de Bjarke. Una pañoleta azul y una figura de madera que había tallado el chico.

—¿Dirías que estaba desequilibrado?

—No, de ninguna manera. Me ganó la partida, ja, ja. No, solo estaba algo triste; le solía ocurrir.

—¿Lloraba a menudo en ese tipo de situaciones?

—Puede haber pasado un par de veces antes, no lo recuerdo bien. Pero no, no era normal. Quizá estuviera un poco más borracho y más nostálgico que de costumbre. «¿Te acuerdas de esto y de lo otro, Sam?», me preguntó muchas veces mientras hablaba de cosas que había vivido con la familia años atrás. Aquella noche no me pareció tan extraño, porque se sentía solo. Pero como después de visto, todo el mundo es listo, ahora veo mejor lo que pasaba en su cabeza. Fue una noche muy rara, ostras, me pongo triste de pensarlo, pero no vale de nada. Perdona, es que tengo a ese imbécil de estonio a babor, donde no debe estar. Tengo que cortar para desviar el barco antes de que pase alguna desgracia.

—Pero llama si sabes algo.

—La verdad es que no sé nada, lo siento.

Carl colgó en cámara lenta. Aquello no le gustaba. El caso se le estaba acercando demasiado, iba a tener que investigarlo.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Rose desde la mesa baja, mientras hojeaba uno de los montones.

Carl se puso en pie. Los vasos de la última farra con *snaps* de Habersaat habían desaparecido, pero la pañoleta y la estatuilla de madera seguían allí.

Alcanzó la figura y la observó. Representaba a un hombre y parecía esculpida de manera tosca, como si fuera obra de un niño, pero era conmovedora y estaba llena de expresión.

—Sam me ha contado que Habersaat estaba muy triste la noche anterior, y que lloró. Que tal vez no fuera muy normal en él, ahora que lo pensaba.

—Por tanto, el acto de Habersaat no fue fruto del acaloramiento, es lo que decía

yo. Sabía que iba a pegarse un tiro. Puede que incluso llevara cierto tiempo planeándolo.

—Puede, y en ese caso no es culpa mía, ¿vale?

Carl miró alrededor mientras se metía la figura de madera en el bolsillo. Sin duda, había cierto método en aquel caos. Los montones de la derecha y del aparador eran antiguos, con papeles amarillentos, mientras que los que formaban un sendero hacia la habitación contigua conservaban su color blanco. Había cuadernos de anillas ordenados alfabéticamente por temas, y en los alféizares de las ventanas se apilaban todo tipo de cintas de vídeo y diversos catálogos.

Entró en la habitación contigua, donde Assad observaba un tablón de anuncios cubierto de fotos de distintos tamaños.

—¿Qué carajo es eso? —preguntó.

—Fotografías de furgonetas antiguas.

Como si Carl no se hubiera dado cuenta.

Se acercó más.

—Sí, son furgonetas Volkswagen. Son todo fotos de antiguas furgonetas «pan de molde».

—¿Pan de molde? No, hombre.

—Antes se les llamaba así a esas furgonetas por su forma, Assad.

—¡Ah! ¿No te parece raro que todas estén fotografiadas de frente?

—Sí, y que sean tan diferentes. No creo que haya dos que sean del todo iguales.

Assad hizo un gesto afirmativo.

—No sabía que hubiera tantas clases. Amarillas, naranjas, azules, verdes, blancas, de todos los colores.

—Sí, y con todo tipo de formas. Esa con la rueda de repuesto en la parte delantera es muy antigua; algunas llevan ventanillas laterales y otras, no. ¿Las has contado?

—Sí, hay ciento treinta y dos.

Por supuesto que las había contado.

—Entonces, ¿cuál era la hipótesis de Habersaat? —preguntó Carl.

—Que a Alberte la atropelló la furgoneta del pan.

—¡Una furgoneta «pan de molde»! Eso es. A mí también me lo parece.

—Alguna de las que llevan un aspa.

—¿Qué aspa?

Assad señaló cinco o seis fotos en las que aparecía una pequeña aspa en una esquina.

—¡Mira! Los coches de esas fotos son todos de color azul claro.

—Sí. Por desgracia, las azul claro eran las más corrientes —aclaró Carl—. Durante los años sesenta y setenta eran parte del paisaje urbano.

—Pero no ha marcado con un aspa todas las azul claro, Carl. Solo las que tienen parteluces en la luna delantera y sin ventanillas detrás del conductor.

—Que yo recuerde, era el modelo más habitual. Era una furgoneta normal y

corriente, ordinaria, aunque cambió un poco de forma con el tiempo.

—Esta tiene una mancha de grasa —constató Assad—. ¡Mira! Es como si Habersaat hubiera apretado ese parachoques muchas veces. Casi como queriendo decir: vaya, aquí estás.

Carl acercó la cabeza. Pues era verdad. Era una de las versiones más especiales del modelo, con gruesos parachoques compuestos de dos piezas verticales soldadas a unos tubos de acero paralelos horizontales.

—Entre las que están marcadas, es la única que tiene un parachoques reforzado, Assad. Buena vista.

—Y mira ahí, Carl. Ahí tenemos, entonces, el mismo modelo.

Señaló hacia la pared que separaba la sala de otra habitación más.

Era una fotocopia ampliada que estaba colocada con cinta adhesiva entre dos cuadros que curiosamente llevaban las mismas iniciales que la imagen playera del Centro Cívico. Así que el pintor debía de ser de la zona.

Al acercarse más comprobaron que la fotocopia de la furgoneta con el parachoques reforzado tenía mucho grano y le faltaba nitidez, de forma que no se distinguían los detalles de la matrícula ni el rostro del hombre que en el momento de la instantánea iba a salir por la puerta del conductor. Tal vez el motivo hubiera sido ampliado al máximo a partir de una foto corriente de un aficionado, tal vez la ampliación estuviera mal hecha.

—Mira lo que pone debajo, Carl. «BMV/BR CI B14G27, 5 de julio de 1997». Eso fue, o sea, cuatro meses y medio antes del accidente, ¿no? —indicó Assad.

Pero Carl no respondió.

Desde un difuso grupo de ramas grises en la parte superior de la imagen salía una flecha trazada con rotulador y apenas perceptible que llevaba directa al hombre del coche. Una flecha de unos diez centímetros, acompañada de unas palabras garabateadas.

Carl se sobresaltó cuando las leyó.

«Este es el hombre, Carl Mørck», ponía, escrito a lápiz.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Assad.

Luego emitió un grito sofocado. Había localizado lo que Carl observaba con mirada fija y helada.

—Joder, me está presionando —dijo Carl con un suspiro—. Y claro, no hay la menor indicación de cómo se llama ese hombre.

—¿Crees que podremos ver con más nitidez su rostro, entonces, con ayuda de los peritos?

—De este original, no creo.

Se volvió hacia la puerta de la sala.

—Rose, ven un momento.

No pasaron ni cinco segundos desde que apareció en el dintel hasta que se dio cuenta de lo que habían descubierto.

—Pues sí, joder —dijo, y asintió con la cabeza.

Carl apretó los labios.

—Ahora no hay vuelta atrás —sentenció Assad.

Carl pasó un buen rato examinando la ampliación, y luego suspiró. ¿Vuelta atrás? No, desde luego que no. Se volvió hacia Rose.

—Debo reconocer que hay una serie de indicios que apuntan a que tenías razón en relación con Habersaat. Tal vez tuviera una sospecha concreta en torno al tipo este durante años, no dio con él y luego enloqueció. Y quería pasar el relevo a alguien, sacárselo de la cabeza, porque sabía que no podía resolver el caso por su cuenta. Entonces, el suicidio era no solo una manera de sacarse el caso de la cabeza; era también una manera de hacer que la investigación continuase. Por eso, al igual que tú, me siento más inclinado a creer que con toda seguridad esperaba que viniéramos aquí a hacernos cargo del caso. Su suicidio fue el billete.

—Un billete solo de ida —concluyó Assad—. ¿Y qué puede significar BMV/BR CI B14G27?

—Pueden ser las iniciales del que ha tomado la foto, o un número de registro. ¿Has mirado en las carpetas de ahí, Rose?

Rose asintió en silencio.

—¿Y se aclara algo con esas letras y cifras?

—No, la clasificación es bastante simple, y apenas hay papeles en esas carpetas, están prácticamente vacías.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Assad.

—Eso, ahora ¿qué?

Miró a sus ayudantes. Llevaban casi siete años trabajando juntos, habían resuelto muchos casos, y sus ojos seguían brillando de entusiasmo. A veces, sus miradas le servían para cargar las pilas, a veces, no. Aquel momento era uno de los momentos en los que no, así que tendría que buscar la energía en el subsuelo.

Tamborileó con los dedos en la pared junto a la fotocopia. No hay vuelta atrás, decía Assad.

—¡Vale! Rose, reserva dos noches más de hotel. Y tú, Assad, ven conmigo a revisar la casa. Debemos ver más o menos en qué orden está el material, y cuánto hay que embalar.

Septiembre de 2013

Mirja había leído diez veces el último anuncio de la próxima llegada de Wanda Phinn, y no se sentía a gusto. Dentro de las enseñanzas de la fusión con la naturaleza, las impresiones del estómago no tenían utilidad, pero, con el historial de Mirja, constituían una herramienta a la que debía prestar atención.

Esta vez las impresiones de su estómago no eran nada buenas. Con cada nueva lectura consideraba posibles escenarios y probables consecuencias de la entrada en escena de aquella Wanda Phinn, pero el resultado era siempre el mismo: se viera desde el punto de vista que se viera, lo que el mensaje de la mujer daba a entender entre líneas era una auténtica catástrofe. Había despreciado la negativa de Mirja para participar en un cursillo, y ahora iba a venir a conquistar el mundo de Mirja y de Atu, y Mirja no podía tolerarlo. No ahora que su reloj biológico andaba con prisas.

Menos mal que soy yo quien atiende las solicitudes, pensó Mirja. Si Atu la hubiera visto, habría despertado tanto su curiosidad como su libido, conocía sus debilidades mejor que nadie. De modo que no, no podía permitir que aquella mujer fuera a la Academia para la Fusión con la Naturaleza, porque las consecuencias podían ser incontrolables.

Miró el reloj y lo repasó todo. Dentro de una hora la mujer iba a llegar con todo su talento y carne joven a la Estación Central de Kalmar, esperando que Mirja la admitiera en el centro.

Pero se equivocaba.

Improvisaré, se me da bien, pensó.

Todo iba a salir estupendamente.

Fue en busca de su *scooter* a la plaza frente al embarcadero.

Estuvo un rato observando las tablas podridas del agua y las algas chapoteando en torno a los postes laterales. ¿Qué podía haber más pacífico que aquello? Pero aun así le provocaba, como era natural, asociaciones desagradables. Porque la cuestión era que Mirja había tenido amenazas reales contra su estatus, y la última vez las neutralizó en aquel lugar.

Se peleó con una discípula porque se dio cuenta de que podía ser una rival peligrosa, lo que provocó gritos, empujones y pequeños golpes que poco a poco se endurecieron. La mujer llevaba casi dos semanas en los aposentos de Atu, y empezaba a presionar para hacerse cargo de las responsabilidades laborales de Mirja,

se daba buena cuenta de ello.

Y justo allí traspasó un umbral desde el que no había vuelta atrás.

El resultado de aquella confrontación fue en realidad un accidente, pero, como terminó de aquella manera, fue al fin y al cabo lo mejor que podía haber sucedido.

Habían pasado varios años de aquello, y ahora venía aquella Wanda Phinn.

Mirja alzó la vista hacia la academia y tomó el sendero de gravilla que rodeaba los edificios y atravesaba la arboleda. Sin duda era más largo que el camino habitual para llegar a la carretera, pero por allí no había nunca nadie, y nadie de la academia iba a saber en qué dirección ni cuándo se había marchado.

Si alguien le preguntaba después dónde había estado, respondería que se había dado una vuelta en moto para refrescar la mente. Que estaba desarrollando algunas ideas nuevas para sus líneas de teléfono, y que no quería que se le olvidasen.

Era importante que su ausencia fuera comprensible y creíble, y, en la medida en que no mencionara a nadie el nombre Wanda Phinn, la chica tampoco iba a existir en la conciencia de nadie, aparte de la suya propia.

Cuando al final hubiera neutralizado y eliminado a aquella mujer, habría llegado la hora de Malena.

Aún no había decidido cómo deshacerse de ella sin que Atu se enterara, pero, si no ocurría pronto, bien podría convertirse en un asunto feo.

Para Wanda el viaje empezó cuando se montó en el tren en Copenhague. El viaje de avión había sido como suelen ser los viajes de avión, pero el último tramo en tren a través de paisajes como no había visto en su vida la hizo sentirse protagonista de una aventura. El propio idioma que la rodeaba era como el del mundo de las sagas, mágico, excitante y de épocas desaparecidas.

Vio largas extensiones planas de tierra de labranza que daban paso a tierra rocosa, y kilométricas cercas de piedra en cuya construcción se destrozaron manos allá en la mañana de los tiempos. Y de pronto aparecían casas de madera rojas y bosques de abetos hasta donde alcanzaba la vista. En aquella tierra campesina sueca, extraña y prodigiosa, iba a encontrar su reino y su trono. Allí iba a olvidarse de sí misma y de su pasado, y vivir con Atu hasta el fin de sus días. No había en el mundo nada de la que estuviera más segura.

Y se había preparado bien. Como no la habían invitado, debía prever resistencia y mala voluntad, lo que podría alargar las cosas. Pero, si ocurría eso, no pensaba retroceder, tampoco en caso de que la rechazaran de plano. Había vuelto a comunicar su hora de llegada en otro mensaje; si alguien la estaba esperando en la estación, pues bien, y si no, tenía reservada una habitación de hotel y dinero para varias semanas. Estaba segura de que para entonces habría conseguido su audiencia.

—¿Es la primera vez que estás en Suecia? —le preguntó el hombre de enfrente cuando la vio removerse en el asiento. Habían pasado Karlskrona, de manera que solo

quedaba media hora para llegar a Kalmar.

Ella lo confirmó.

El hombre sonrió.

—¿Y adónde vas?

—Voy a Öland. Debo reunirme allí con mi futuro esposo —se oyó decir a sí misma.

Un aire de decepción recorrió el rostro del compañero de viaje.

—Un hombre afortunado. ¿Puede saberse de quién se trata?

Wanda se dio cuenta de que, cosa rara, se ruborizaba.

—Se llama Atu Abanshamash Dumuzi.

El hombre arrugó el ceño, hizo un gesto afirmativo y volvió la vista hacia la luz velada que cubría un pueblo más.

Cuando llegaron a la estación, le ayudó a sacar la maleta.

—¿Sabes en qué vas a meterte? —le preguntó al dejar la maleta en el andén.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Wanda. Debía de ser una de esas personas llenas de prejuicios que solo saben ver el mundo a través de los filtros recibidos con la leche materna.

—Soy periodista y trabajo aquí, en Kalmar. Estuve en el centro de Öland para entrevistar al gurú, y fue una experiencia agridulce. Ya me perdonarás, porque son solo impresiones subjetivas, pero no vi más que engaño y manipulación. El líder, Dumuzi, trató de embelesarme, pero debo decir que no lo consiguió ni de lejos. ¿Estás segura de que es eso lo que quieres?

Wanda asintió con la cabeza. Estaba más segura que nunca.

—Gracias por la ayuda —dijo, y sin más comentarios puso rumbo hacia la plaza frente al edificio de la estación.

Se quedó un rato apoyada en un mástil de bandera y bizqueó hacia el sol. Era justo como lo había imaginado. No había acudido nadie a recibirla.

Iré al hotel a dejar la maleta. Seguro que pueden pedirme un taxi.

Tres cuartos de hora más tarde ya estaría en la academia.

Iba a agacharse para asir la maleta cuando un *scooter* amarillo torció en la esquina a toda velocidad; lo conducía una mujer. Iba vestida enteramente de blanco y con gesto decidido.

Wanda la reconoció por la expresión. Y por esa razón cerró los puños.

Jueves 1 de mayo de 2014

Al principio, la casa de Habersaat podía considerarse un lugar caótico. La regla parecía ser que si había algún lugar libre, y eso se aplicaba también al suelo, se empleaba para poner montones. Si quedaba algún trozo de pared libre, se pegaban recortes de periódico o folios impresos, de manera que apenas quedaba rastro visible de vida familiar normal, y mucho menos de efectos personales, a excepción de un par de fotos de familia enmarcadas. Era evidente que solo a los iniciados se les permitía conocer aquella parte de la vida de Habersaat que lo absorbía más que la rutina diaria como agente de la Policía de Rønne.

Pero si se analizaba a fondo aquel desorden que marcaba el final de una vida normal, había un sentido y una regularidad en cada pequeña demarcación.

Había allí una colección reunida gracias al fatigoso trabajo de casi dos décadas investigando la única cosa en la vida que parecía preocuparlo: el trágico final de Alberte.

Si se observaba aquella confusión con los ojos de un policía experimentado, se percibía con claridad que la sala era la central adonde llegaba el material, para después distribuirlo por temas en el resto de estancias de la casa. En la sala estaban los papeles físicos distribuidos en montones por orden cronológico, mientras que las carpetas de las estanterías contenían un registro de la información reunida en la casa. El comedor parecía funcionar como estación final de rastros y pistas que no podían pasarse por alto, y el resto de la casa se dividía en subtemas. Por ejemplo, en la entrada estaba la investigación que la Policía había realizado de forma paralela a Habersaat, y aquel material no ocupaba gran cosa. El cuarto inmediato estaba abarrotado de copias de entrevistas a diversos ciudadanos durante las semanas posteriores al atropello. En la habitación del hijo, en el primer piso, había montones pedidos a la Policía Estatal que guardaban relación con otros casos de atropello con fuga, y luego, una estantería llamada «Alberte», a secas, que a su vez estaba dividida en diversas informaciones sobre el pasado de la chica. Había incluso carpetas y montones relativos a los amigos que tenía antes de ingresar en la Escuela Superior.

El dormitorio de Habersaat del primer piso era la habitación más repleta de todas. Hacía tiempo que la ventana estaba tapada, y el olor a cerrado no podía pasarse por alto.

—¿Has estado alguna vez con viento en contra detrás de un camello con descomposición, Carl? —preguntó Assad después de olfatear un par de veces.

Carl sacudió la cabeza, pero comprendió a qué se refería. Allí había vivido

durante décadas un hombre mayor con sus gases reprimidos.

Miró alrededor. Aparte de la cama bien hecha y un pequeño pedazo de suelo frente a ella y el armario, la habitación estaba repleta de material. Ante el hueco de la ventana había dos estanterías con más montones de información general sobre la Escuela Superior, y también, por supuesto, carpetas sobre los alumnos y profesores que habían coincidido allí con Alberte.

Pero fue también en aquella habitación donde Assad y Carl dieron con lo que menos encajaba en el contexto general.

—¿Por qué crees, o sea, que guardaba todo esto? —Assad señaló el suelo.

Carl miró las hileras bien ordenadas de folletos sobre fenómenos y movimientos ocultos que había cerca de la cama. Allí se incluían todo tipo de esoterismos: contacto con los difuntos, aromaterapia, astrología, pintura de aura, transformación de aura, flores de Bach, clarividencia, interpretación de los sueños, técnicas *freedom*, *energy-balancing*, *healing* en todas sus modalidades, purificación de la casa, etcétera. Docenas de campos ordenados alfabéticamente, todos ellos con ideas, formas de vida y tratamientos alternativos comunes.

—¿Crees que ha intentado buscar consuelo en algo de esto, Carl?

Carl sacudió la cabeza.

—No lo sé, pero no, no parece probable. ¿Has visto acaso algún rastro de algo, aparte de aquí? ¿Cartas de tarot, por ejemplo? ¿O péndulos, interpretaciones astrológicas? ¿Frascos de aromaterapia?

—Tal vez en el baño de la planta baja. Lo hemos saltado.

Atravesaron el pasillo típico, en el que había dispuestos colgadores con abrigos y cazadoras en un lado, y una serie de zapatos gastados con calzador de asa de bambú colgando de un gancho en el otro. La puerta de aquella habitación daba a una antesala con el paragüero de rigor en un rincón y otras cuatro puertas. Una a la sala, la puerta de la cocina y otras dos puertas estrechas, tras las que Carl razonaba que debían de encontrarse el retrete y el cuarto de baño.

Dirigió la mirada a la cocina, donde Rose estaba en el fregadero lavándose las manos con una mirada pensativa como pocas veces. En aquel momento se la veía algo alterada.

Un sexto sentido le decía que la observaban, y se volvió de pronto.

—No vamos a poder meter todo esto en el nuevo cuarto de Gordon, Carl —afirmó—. Pero, si ocupamos también la pared del pasillo, podría entrar. Un par de estanterías por aquí y por allá, y se arreglará. Si contratamos una empresa de mudanzas, podrían llevarse también alguna estantería de Habersaat, siempre que June Habersaat esté de acuerdo.

Se secó las manos con la ropa.

—Porque ahora heredará todo, ¿no? En sentido estricto, Bjarke lo heredó de su padre por unas horas, pero como también él está muerto, debe ser la madre quien se lo lleva todo. ¿Qué te parece?

—Me parece que has calculado todo bien, Rose. Así que ocúpate de ello. Pero yo que tú no pediría permiso a nadie para llevarme las estanterías.

Ella lo miró extrañada.

—Vaya, ¿así de fácil? No contaba con eso.

—No, pero en esta casa hay una serie de cosas con las que no habéis contado; y yo tampoco, no creas.

—Tampoco yo —dijo Assad por detrás. Había abierto las dos puertas estrechas de par en par, pero solo se veía luz en una de ellas—. El retrete y el cuarto de baño ocupan el mismo espacio, y dentro no hay nada extraño. Esta otra puerta lleva a un pasillo estrecho que sigue hasta el edificio del garaje y baja al sótano. Hay una escalera.

Que les den a los sótanos y garajes con todos sus cachivaches, pensó Carl.

Abrieron la puerta que comunicaba la casa con el garaje. El olor a brea, la peste a gasolina y el ribete de luz de las dos ventanas polvorientas no dejaban lugar a dudas sobre cuál era el destino del anexo. Todavía se veían huellas de ruedas en la arena, pero el coche no estaba. Tampoco había estado aparcado junto al Centro Cívico, de modo que lo más seguro era que la Policía lo hubiera llevado al aparcamiento de la comisaría.

—Los garajes son lúgubres, Carl —sentenció Assad, y lo recalcó cerrando los puños al extremo de los brazos que colgaban flojos.

—¿Por qué? ¿Te refieres a las telarañas?

Carl miró alrededor: era cierto, había una cantidad increíble de telarañas por todas partes. No había duda de que su prima pelirroja entraría en coma si la obligaran a permanecer allí dentro. Las vacaciones de verano, en las que su prima atravesaba zumbando la vivienda de su granja para matar arañas o gritar a voz en cuello si eran demasiado grandes, eran impagables. Es decir, que todo se le hacía muy conocido. Un par de estanterías con restos de un tiempo pasado. Patines y animales hinchables desinflados, botes de pintura con la tapa abollada y todo tipo de aerosoles que probablemente llevaban siglos prohibidos. De una estantería alta de la viga maestra asomaban la vela de una tabla de windsurf, unos esquís y un par de bastones de esquiar. No le parecía nada lúgubre.

—Dice algo acerca de las horas que han pasado y las horas mal empleadas —filosofó Assad.

—¿Mal empleadas?

—Todas las horas en las que las cosas de aquí dentro debieron usarse, pero no se usaron.

—De eso no sabemos nada, Assad. ¿Y por qué lúgubre? A mí me parece más bien triste.

Assad movió la cabeza arriba y abajo.

—Y los garajes están separados de la casa y de su vida. Cuando estoy en un lugar así, es como si sintiera la muerte.

—No te entiendo.

—Ni falta que hace, Carl. No podemos sentirnos todos igual.

—¿Te refieres a suicidarse y cosas así?

—También a eso.

—Mmm... Bueno, desde luego aquí no hay nada especial. Ninguna caja llena de cosas secretas, ni papeles escritos en las paredes. Nada de misteriosas construcciones piramidales y cristales o rollos ocultistas como los del dormitorio. ¿No te parece?

La mirada de Assad circuló un par de veces por el local. Sí, debía de parecersele.

Tampoco el sótano guardaba ninguna sorpresa digna de mención, todo parecía bien dispuesto y ordenado. Había un espacio de lavadora sin ropa para lavar, un espacio para conservas sin conservas, y luego lo que suele llamarse un taller, pero sin ninguna herramienta. Eso sí, en medio de todo destacaba una fotocopiadora de última generación y diverso equipo de revelado de tiempos de la pera que pocos en la Dinamarca actual serían capaces de manejar.

—Tenía montado un auténtico laboratorio fotográfico —aseguró Carl—. Lo que no veo son líquidos para revelar, y esas cosas.

—Puede que fuera una antigua afición, Carl. No, yo creo que ha usado sobre todo esto —dijo, dando unas palmadas a la fotocopiadora—. Seguro que ha hecho con ella la ampliación de la furgoneta del pan.

—Seguro.

Carl recogió la papelería que había junto a la fotocopiadora, buscó en ella y sacó unos papeles arrugados que alisó sobre la mesa de trabajo. No era difícil ver cómo había trabajado Habersaat con aquella foto. Primero había hecho una fotocopia del tamaño de la foto a un cuarto de A4. De ella hizo otra al doble, y otra más hasta llegar al formato A4, y al final al A3. No era un método muy fiable para lograr una buena calidad en el resultado final.

—Mira esta primera ampliación, Assad. Se ve el radiador de otro coche, un coche bastante antiguo, si quieres saber mi opinión, con todo ese cromado en el radiador. Bastante más atrás aparecen el hombre y el coche. Yo creo que es un aparcamiento, ¿no te parece?

—Pero también hay hierba. Así que podría ser alguna otra cosa.

—Por supuesto, es cierto. Pero fíjate que en esta ampliación aparece una parte de otra foto en un lado. ¿Qué significa eso?

—Que había más fotos en la misma página.

—Exacto. Nuestra foto seguramente estaría en un álbum de fotos. También coincide con la estructura del papel al que están pegadas las fotos. Suele ser algo basto, parecido al cartón. Creo que está sacada con una Kodak Instamatic, por el formato cuadrado.

—Seguro que el original sigue en la fotocopiadora —dijo Assad, y levantó la tapa. Por desgracia, estaba equivocado.

Assad se rascó la barba de días. Sonó como la sección rítmica de un grupo de

salsa.

—Ojalá pudiéramos, entonces, ver más del álbum de fotos, para saber dónde se hizo. O incluso identificar quién la había sacado.

—Habersaat no era agente de la Criminal, de modo que no podemos suponer que comprendiera ese tipo de lógica y modo de razonar. Pero, de todas formas, en alguna parte tuvo que apuntar dónde fue tomada. Tal vez ponga algo en alguna de las carpetas.

—Mira, Carl. Aquí hay otro montón de fotocopias. —Assad las sacó de una caja de madera que Habersaat había atornillado en la pared, y se las pasó a su jefe con una sonrisa—. Puede que sea lo último que hizo en relación con el caso.

—Muy gracioso, Assad.

Carl arrojó sobre la mesa las fotocopias de una mujer desnuda en posturas bastante atrevidas. El papel estaba completamente amarillo. Debía de ser de unos cuantos años antes, de cuando Habersaat tenía ese tipo de entretenimientos.

—He entrado en su ordenador, Carl —anunció Rose cuando volvieron—. La contraseña era «Alberte», por supuesto; más fácil, imposible.

Rose lucía una sonrisa irónica.

—Todos los registros sobre el material investigado, que pueden verse en las carpetas, los tiene en el ordenador. La única diferencia es que en las fundas de plástico de las carpetas a veces se incluye un pequeño recorte o alguna otra cosa complementaria. He echado un vistazo, pero la verdad es que no contienen nada especial. Me da la sensación de que Habersaat dejó el sistema de carpetas y se pasó a los montones sin más. Claro que puedo estar equivocada.

¡Estar equivocada! ¿Había dicho realmente eso?

—¿Hay algún dato que explique algo de la foto de la furgoneta, Rose? —Carl le mostró la ampliación más pequeña.

—Tal vez —respondió Rose—. Está bastante borrosa. Es una fotocopia, ¿no? Assad lo confirmó.

—Por supuesto. Tampoco veo que tenga un escáner. Por lo visto, solo tenía esa pequeña impresora. —Señaló una impresora de chorro de tinta bajo una pila de papeles—. Pero tranquilo, señor Mørck, voy a peinar el ordenador, puede que encuentre algo sobre el origen de la foto. Al fin y al cabo, este trasto tiene una memoria de solo sesenta megas, así que no va a ser un trabajo insuperable.

Vaya, al fin llegaba la ironía.

Rose se volvió hacia la pantalla dando un suspiro, ya inaccesible. Esa era su Rose.

—¡Ven un momento, Carl! —gritó Assad.

Tenía la vista clavada en la ampliación, y el rostro, crispado.

—¿Qué ocurre, Assad?

—Pasa el dedo por aquí encima.

Llevó la mano de Carl hasta un punto en medio de la fotocopia.

—¿Y...?

—Aprieta un poco más, y lo notarás.

Ahora lo sintió con claridad.

—Sí, hay algo pegado al otro lado de la ampliación. —Assad hizo un gesto afirmativo para sí—. Está claro que Habersaat contaba con que nos lleváramos la ampliación; está claro, Carl. Creo que hemos encontrado la aguja que debíamos encontrar en el montón de paja.

—La aguja en el pajar, Assad.

Carl soltó la cinta adhesiva de las esquinas de la fotocopia.

—¡Bongo! —dijo Assad, y tenía razón. En la parte trasera de la copia estaba la página completa del álbum, con las cuatro fotos.

—Tal vez ponga la fecha —indicó Assad, y separó la página de la fotocopia.

Pero claro, no ponía nada.

Carl tomó el folio con las fotografías y le dio la vuelta. Era obvio que las cuatro fotos del folio eran parte de una serie más extensa sobre el tema de coches antiguos, y era probable que estuviera sacada en alguna exhibición.

Carl notó que se le disparaba el pulso. Le ocurría a veces, cuando la investigación entraba en una nueva fase. Sonrió para sí. Para eso vivía, para eso respiraba.

—Aquí está el tipo —dijo con voz calma, y señaló una sección de diez o quince milímetros en el lateral de una de las fotografías—. Ahí, detrás de todo, ¿lo ves? Está mirando el coche del radiador impresionante. Una preciosidad.

—Uy, Carl, esa pequeña sección no vamos a poder hacerla más nítida que Habersaat. Nunca, por mucho que lo intentemos.

Tenía razón. Bien mirado, Habersaat hizo lo que pudo.

—«CI B14G27», pone bajo la foto, y «BMV/BR» en el margen del folio. Y mira lo que pone sobre el coche negro de la foto de al lado: «TH A20». Y en las otras dos de abajo: «WIKN 27», «WIKN 28». ¿No crees que de alguna forma se refiere a los coches, Carl? ¿Sabes algo de coches antiguos, aparte de la cafetera en la que nos llevas de un lado a otro?

Carl sacudió la cabeza.

—La única marca de coche que conozco que empieza por CI es Citroën. Pero de los otros, THA y WIKN, no tengo ni idea.

—Vamos a buscar —sugirió Assad.

Rose no llegó a protestar cuando la testa rizada se le puso al lado y de un empujón alejó de la pantalla la silla con ella encima.

—Te lo explicamos enseguida —la tranquilizó Carl, mientras Assad tecleaba «Citroën B14G27» en el campo de búsqueda.

Ningún resultado. Y ahora ¿qué?

—No sois muy listos, ¿no? —preguntó Rose con aire algo gruñón, a la vez que lanzaba una mirada rápida a la foto—. Son coches antiguos, ¿no? Incluso muy

antiguos. Yo diría que de los años veinte. Exactamente de 1920, 1927 y 1928, por lo que leo aquí.

Carl arrugó el entrecejo. Qué bochorno que no se le hubiera ocurrido a él.

—Bien. Teclea en su lugar «Citroën B14G 1927», Assad.

Rose tenía razón. Al segundo de que Assad lo tecleara, aparecieron en la pantalla la mar de relucientes ejemplos de lo que la industria del automóvil y el arte de la cadena de montaje pudieron producir en el período de entreguerras. Coches muy bonitos de todos los colores.

—Fantástico. ¿Qué marcas de coche conocemos que empiecen por TH y WIKN o WI KN? Búscalo, Assad.

—Déjame a mí —bufó Rose, empujando la silla contra la cadera de Assad con un ruido sordo.

Después de teclear un minuto, aparecieron imágenes de un Thulin A 1920 y dos Willys-Knighter de 1927 y 1928.

Assad parecía estar desempaquetando regalos.

—Ahora viene, Carl, enseguida vamos a saberlo —aseguró, mientras Rose escribía los tres nombres en la misma búsqueda de Google. Luego gritó, luciendo una sonrisa enorme—: ¡Eureka!

La búsqueda compleja solo dio tres resultados, y el primero era el de verdad, sin duda:

Vuelta a Bornholm 1997 (serie de fotos)
<http://www.bornholmsmotorveteraner.dk>

De forma que no había duda respecto al significado de BMV/BR, porque BR representaba Bornholm Rundt, la Vuelta a Bornholm. Es decir, que las iniciales se referían a «Club de Coches Antiguos de Bornholm/Vuelta a Bornholm».

Assad se puso a saltar de entusiasmo, cosa bastante singular, teniendo en cuenta su cuerpo algo deteriorado y su edad.

—Vale, vale, Assad. Pero nos falta averiguar dónde se sacó la foto, quién se la pasó a Habersaat, quién es el hombre de la foto, si es que hay alguien que lo sepa, y después saber si es el culpable, y dónde está, y cómo fue que Habersaat...

Assad dejó de dar saltos.

—Ya basta, Carl —lo cortó Rose—. Voy a ver si la impresora de Habersaat funciona, y, si funciona, voy a imprimir todo lo que encuentre de ese club, ¿vale? Y después veremos.

Carl sacó el móvil y una vez más observó que la batería estaba casi agotada. Tecleó el número de teléfono del comisario Birkedal.

—Carl Mørck al aparato. Llamo para decir dos cosas —anunció breve cuando respondieron—. Vamos a llevar a Jefatura toda la investigación de Habersaat, ¿te parece bien?

—Bueno, creo que los herederos se alegrarán. Pero ¿por qué?

—Porque sentimos curiosidad, qué menos. Y lo otro es...

—Si es algo concreto sobre el caso —interrumpió Birkedal—, es mejor que hables con quien lo llevó en su momento. Es un hombre bueno, así que ahórrale tus comentarios avinagrados, ¿vale? Es uno de los que curra y lo hace bien. Te pongo con él. Se llama Jonas Ravnå.

—Otra cosa. ¿Encontrasteis en la casa de Bjarke Habersaat algo que debiéramos saber? ¿Más motivos para suicidarse, o algo así?

—No, nada. Su ordenador estaba repleto de fotos pornográficas de carácter homosexual, y también de viejos juegos de ordenador.

—Nos lo enviaréis cuando hayáis terminado, ¿verdad?

—Como queráis. Te pongo con Ravnå.

En el receptor se oyó una voz gastada, que no mejoró cuando Carl le contó el motivo de su llamada.

—Créelo o no, pero yo quería ayudar a Christian Habersaat —comenzó—. El problema era que no llegábamos a ninguna parte, y además estaban los demás casos, tanto entonces como después. No olvidéis que han pasado casi veinte años de aquello.

Carl asintió en silencio, ya conocía el percal. Si había en la vida algo de lo que podías estar seguro, era de que los criminales no cesan en sus actividades sin más.

—Habersaat sospechaba de un hombre con una furgoneta Volkswagen que localizó en un álbum de fotos de 1997. ¿Tienes alguna idea de quién puede habérsela dado? ¿Y te habló alguna vez de sus sospechas?

—Christian y yo llevábamos cinco o seis años sin hablar del caso. De hecho, le prohibí que me lo mencionara, a menos que descubriera algo excepcional, y le dije que siguiera con su trabajo de policía normal. De modo que no debió de descubrir nada excepcional, y esa foto debe de haberla encontrado los últimos años.

—¿Y tú? ¿Encontraste alguna vez algo en el caso que fuera concluyente? ¿Cómo ves el caso a día de hoy?

—Uno tiene sus teorías.

—¿A saber...?

—Si fue un accidente, el conductor pudo estar bajo los efectos del alcohol o de las drogas, ya que no hay huellas de frenazos. Y si no fue un accidente, sino un asesinato premeditado, nos falta un motivo. La chica no estaba embarazada, y era apreciada, así que ¿por qué matarla? Por eso, pudo ser un crimen sexual. Tal vez incluso cometido por una persona enferma que, por un impulso repentino, sintió ganas de matar a otra persona. Pero ya te digo, debe de haber habido una razón para que Alberte fuera hasta allí en bici tan temprano, y no la conocemos con seguridad. ¿Tenía que encontrarse con alguien? ¿Y por qué justo allí? Porque supongo que estaba citada, y que esperaba junto a la bicicleta. Dejó la bici algo más allá, porque de otro modo sus piezas le habrían causado heridas. Y no encontramos en la bici ningún resto de tejidos. De manera que creo que llegó demasiado pronto y estuvo esperando.

Tal vez a quien iba a matarla.

—¿Alguna teoría acerca de a quién esperaba? ¿Era el hombre del coche?

—Bueno, esa es la cuestión. Sabemos que tenía un novio, aparece también en mi informe. Sabemos que vivía en la isla, pero no tengo ni idea de si desapareció antes o después del accidente.

—¿Tienes su nombre o su domicilio aquí, en la isla?

—Por lo visto vivió de forma provisional en una granja de Ølene, pero no sabemos el nombre. El granjero que les alquiló el espacio no hizo ningún contrato, le pagaron cinco mil coronas en metálico. Y sí, las declaró a Hacienda.

—Por lo visto, dices. ¿Cómo has sabido eso? No lo mencionas en el informe.

—La verdad es que no lo recuerdo. Debió de ser algo que averiguó Habersaat, que andaba husmeando día y noche.

—Mmm. Y ¿por cuánto tiempo alquiló la granja el dueño?

—Seis meses. De junio a noviembre de 1997.

—¿Hay una descripción del arrendatario?

—Sí, estaba en la veintena, tal vez a finales de la veintena. Guapo, pelo largo oscuro, ropa algo *hippy*. Guerrera militar con pegatinas de «¿Nuclear? No, gracias» y otras parecidas.

—¿Y...?

—Eso es todo.

—Joder, no es gran cosa. ¿Estás seguro de que el arrendador os ha dicho todo lo que sabe?

—Espero que sí, porque el hombre murió hace tres años.

Carl sacudió la cabeza e interrumpió la conversación. No debería permitirse que los casos envejecieran tanto.

—Tengo un pequeño detalle que comentarte, Carl, pero no estoy segura de que vaya a alegrarte —comunicó Rose.

¿Por qué diablos lucía aquella sonrisa satánica?

—He reservado dos noches más en el hotel.

—Muy bien. ¿Y cuál es el problema?

—La verdad es que no es ningún problema, aparte de que la habitación tuya y la de Assad ya estaban reservadas.

—Bueno, pues entonces cambiamos de hotel, ¿no? —sugirió Assad con cautela.

Carl pensó que era extraño que se le hubiera adelantado. Rose los miró como si fueran un par de adolescentes mimados. Nada de otro hotel.

—Pues entonces cambiamos de habitación, ¿no? —continuó Assad.

—Exacto. Al parecer, no quedaban habitaciones individuales, de modo que he reservado una habitación doble. Con cama de matrimonio, edredón doble y toda la pesca. Qué acogedor, ¿verdad?

Septiembre de 2013

La mujer de la maleta y talle demasiado esbelto se encontraba en la plaza ante el gran edificio amarillo y se apoyó como si fuera una graciosa escultura en uno de los mástiles de bandera. Allí, destacando con su piel morena brillante, representaba una auténtica burla para los genes que vencieron la batalla a la oscuridad en el extremo norte. Una auténtica burla a los veinte años en los que Mirja había consagrado su vida a Atu y a su mundo, creyendo que al final conquistaría su corazón. Porque aquella mujer era demasiado guapa y graciosa, demasiado atlética, diferente y exótica, una auténtica amenaza.

Mirja, montada en su *scooter*, pensó si debería dar la vuelta. Pero no era muy razonable. Ahora que la chica había llegado tan lejos, nada iba a evitar que encontrara por su cuenta el centro; y Mirja tembló en su interior.

Pero antes de recurrir a medidas extremas, y ahora veía que podría ser necesario, iba a tener que probar otros medios.

—Hola —saludó con tanta naturalidad como pudo mientras atravesaba la plaza—. Soy Mirja, con quien te has comunicado. Veo que has venido, a pesar de todo. Pero es una pena, porque, como ya te advertí, has venido en vano.

Mirja le dirigió una sonrisa condescendiente, solía funcionar.

—Pero, ya que estás aquí, y estoy segura de que se debe a un malentendido y a la deficiente comunicación por nuestra parte, hemos decidido que vamos a pagarte el viaje de vuelta a Londres. Eso sí, podrías venir otra...

—Hola, Mirja, encantada de conocerte —la interrumpió la chica, impasible—. Sí, soy Wanda Phinn.

Tendió la mano con una sonrisa inocente, como si no hubiera oído sus palabras, pero Mirja no se dejó engañar. Lo veía en la mirada de la joven y en su sonrisa. Aquella mujer de pómulos seductores no iba a cejar hasta estar delante de Atu.

—Bien, Wanda, pero de hecho te hemos comprado un billete de vuelta, ¿no me has oído?

—Claro, gracias por el detalle. Pero he venido para estar con Atu Abanshamash Dumuzi, y no puedo volver hasta haber estado con él. Ya sé que no hay plazas libres para el cursillo, pero es que tengo que estar con él.

Mirja hizo un gesto afirmativo.

—Ya lo comprendo, pero lo siento, Atu no está en el centro ahora mismo.

La chica pareció decepcionada por un momento, pero pronto se rehízo.

—¡Bien! Pues esperaré. Sé que hay un hotel, a dos minutos de aquí andando, que

se llama Frimurarehotellet. Ya he comprobado que tienen habitaciones libres, así que no hay ningún problema si debo esperar un par de días. Iré al hotel, llámame cuando vuelva Atu. Tienes mi número, está en el mensaje.

Cuando una fiera ataca, suele ser después de pasar por un momento de profunda concentración y espera paciente. La serpiente, que está quieta, como si estuviera muerta, la fiera tumbada al acecho, el halcón antes de precipitarse sobre la presa. Aquella mujer parecía también estar decidida, con aquella mirada demasiado tranquila y serena. Se veía a la legua que sabía perfectamente que su llegada despertaría oposición. Que era consciente de a qué se enfrentaba, y que conocía las debilidades del sistema. Como si conociera al detalle lo vulnerable a las influencias que era Atu y supiera de la débil posición de Mirja en aquel juego, y cuándo actuar.

Pero en eso estaba equivocada, porque aunque en aquel momento Mirja lo estaba pasando mal, no se sentía débil ni vulnerable. Solo dudaba de qué medios utilizar, pero ya lo había resuelto. Ya había recurrido a decisiones y reacciones drásticas en situaciones parecidas, y las había superado con fortuna y sin arrepentirse.

Al fin y al cabo, era la chica la que había arrojado los dados, no ella, y se iba a arrepentir de aquello.

—¿Has dicho el Frimurarehotellet? —preguntó—. Es una pena que vayas a gastar tus ahorros en un hotel, así que vamos a ver si podemos organizar un breve encuentro antes de que vuelvas. Es casi seguro que en este momento Atu esté en el sur de la isla o en los páramos de la zona media, que llamamos Stora Alvar. Suele ir allí a menudo, para meditar y encontrarse consigo mismo. No quiere que nadie lo moleste, pero, como insistes tanto, habrá que intentarlo.

Mirja sonrió como pudo. Al parecer, la chica se lo había creído.

—Pero Wanda, te lo digo ahora para que no te desilusiones: eso va a ser todo, y después te llevaré a la estación. Tu avión de vuelta a Copenhague no sale hasta mañana por la mañana, de modo que tenemos tiempo suficiente.

La chica señaló el minúsculo portamaletas del *scooter*, con los cascos y una pala de campaña.

—¿Y mi maleta? —preguntó—. No entra ahí, ¿no?

—No, tienes razón. La dejaremos en la consigna. Al fin y al cabo, vamos a volver dentro de un par de horas.

La chica hizo un gesto afirmativo. Era evidente que pensaba que en última instancia habría que decidir entre dos. Seguramente pensaba que la maleta se la llevarían adonde quisiera cuando llegara el momento.

—¿Has ido en *scooter* alguna vez, Wanda?

—En mi país no hacemos otra cosa —respondió.

—Bien. Súbete un poco la falda, y agárrate a mi cazadora. No me gusta que me agarren de la cintura.

Mirja hizo un esfuerzo por mostrarse simpática. Lo más importante era que Wanda Phinn no se oliera nada extraño y disfrutara del paseo y del bello paisaje, convencida de que la primera etapa para atraer la atención exclusiva de Atu Abanshamash se desarrollaba sin fricciones.

—Has de saber que Öland es un lugar fantástico. Cuando vengas otra vez, daremos una vuelta más larga, ¡pero puedo ir enseñándote algunas de las curiosidades de la isla por el camino! —gritó Mirja.

Detrás iba Wanda, asida sin fuerza a la cazadora de Mirja, mirando el mar y el encantador paisaje. A ambos lados del puente del estrecho de Kalmar, las olas lucían espumosas, la brisa terral había cambiado de dirección, ahora soplabá del este y bastante fresquito.

Cuando lleguemos a los molinos del cerro, encontraré algún sitio donde pueda sacudírmela de encima, pensó Mirja. Va a ser una caída fuerte e inesperada, es probable que muera al caer; de lo contrario, tendré que echarle una mano.

—¡En esta parte de la isla hay la tira de molinos! —gritó—. Ninguna familia quería compartirlos; entonces, repartieron las parcelas y cada familia se construyó uno. El problema era que también repartieron las parcelas dentro de cada familia, y en un momento dado las parcelas resultaron demasiado pequeñas para poder vivir de ellas. Al final la gente tuvo que marcharse de la isla para no morir de hambre.

Notó que Wanda asentía tras ella, pero también que parecía importarle un rábano la prehistoria de Öland; aquello le venía bien a Mirja. Así podría concentrarse en hacerlo todo correctamente y en aprovechar el viento lateral.

A pesar del momento del día y del año, había bastante tráfico. La razón sería que unos artistas de la zona habían coordinado sus inauguraciones, exposiciones y recepciones para aquellos días y la clientela de tierra firme interesada en arte estaba haciendo una especie de gira por la Öland del mundo pictórico y de cristal. Algo al sur de esas ciudades disminuyó el tráfico, pero también disminuyeron las oportunidades.

¿Qué hago con sus preguntas?, pensó Mirja. Ya habían pasado algún cartel que desviaba a Alvar, y Wanda preguntaba una y otra vez por qué no giraban.

—¡Todavía no! —respondió Mirja a gritos—. A veces Atu prefiere las zonas más al sur. Hay restos arqueológicos que desea desenterrar.

—Entonces, ¡la pala la usáis para eso! —respondió Wanda a gritos.

Mirja asintió y miró al frente. Gettlinge podría ser la solución; desde luego, el terraplén era muy empinado. Y aunque no podía ir hasta allí y empujar a Wanda al vacío desde el asiento del *scooter*, seguía siendo el mejor sitio para hacerlo de alguna otra manera alternativa.

Mirja sintió que su excitación aumentaba, aunque no estaba nerviosa de verdad. Si hubiera sido la primera vez que tenía que deshacerse de una rival, se habría sentido

diferente, pero no era el caso.

—Haremos una parada en Gettlinge, porque es uno de los sitios predilectos de Atu. No es seguro del todo que vaya a estar hoy, pero al menos habrás visto el lugar.

Wanda sonrió al desmontar, e hizo un par de observaciones elogiosas acerca de lo atenta que era Mirja y de lo interesante que parecía aquello.

—No. Qué pena, no lo veo por ninguna parte —se disculpó Mirja—. Pero echa un vistazo antes de que sigamos, es una zona muy especial.

Y abrió los brazos hacia un paisaje típico y protegido de piedras que reproducían la silueta de un barco.

—Impresionante. —Wanda movió la cabeza arriba y abajo—. Es como una especie de Stonehenge, pero más pequeño, ¿no? Y además hay uno de los viejos molinos. ¿No es en sitios como este donde suelen estar enterrados los vikingos?

Mirja hizo un gesto afirmativo y miró alrededor. El paisaje era reseco y llano, pero, más que nada, yermo. Tras ella, al otro lado de la carretera, estaban los páramos de Stora Alvar, igual de desiertos.

A este lado, y más allá de la necrópolis, estaba el terraplén. Había más árboles y arbustos de lo que recordaba, pero también podía ser una ventaja. Así, al menos, no iba a tener que trasladar el cadáver enseguida, desaparecería en los matorrales de abajo. Y si aun así en algún momento encontraban el cuerpo, ¿quién iba a vincular el hallazgo con una mujer llamada Wanda Phinn? Y, por supuesto, nadie lo relacionaría con ella.

Estuvo de acuerdo consigo misma en que era un lugar excelente, mientras se aseguraba de que no había coches en la carretera entre el paisaje desértico y la necrópolis.

—¡Ven aquí, Wanda! —gritó, tratando de controlar la voz para que no sonase extraña—. Desde aquí se ve cómo se formó la isla y por qué la abandonaron sus habitantes.

Señaló los campos cultivados que se extendían en las tierras bajas, y más allá, hacia el oeste, las casas a la orilla de las playas a ambos lados del estrecho de Kalmar y sus brillantes olas.

—Al otro lado del estrecho se ve Kalmar, adonde has llegado en tren —parloteó—. Aquí en las tierras altas vivían los campesinos durante las primeras décadas del siglo pasado, y fue aquí donde dividieron una y otra vez las parcelas, como te he contado antes.

Tiró de Wanda hacia el terraplén y la hizo girar mientras su pulso se aceleraba.

—Mira el paisaje al otro lado de la carretera. Es Stora Alvar, donde es posible que se encuentre Atu. La zona era fértil y había pastoreo hace casi cien años, pero los campesinos la explotaron demasiado y el ganado agotó la hierba.

Asió a Wanda por el brazo.

—Es incomprensible que la gente no fuera capaz de ayudarse mutuamente para alimentarse en una tierra tan fértil.

Wanda sacudió la cabeza. Parecía tranquila y relajada; tendría que ser ahora, mientras la carretera seguía desierta.

—En mi opinión, podría llamarse con razón a Öland la isla del egoísmo, ya que la mayoría de sus habitantes tuvieron que marcharse para no morir de hambre, porque no eran capaces de colaborar entre ellos —concluyó Mirja, y tiró con todas sus fuerzas del brazo de Wanda mientras golpeaba con la cadera su zona lumbar.

El efecto fue, al principio, tal como había calculado. El torso de Wanda se inclinó hacia atrás mientras movía el brazo libre. Entonces retrocedió un paso, pero no encontró nada, y el siguiente segundo estaba calculado que cayera. Que cayera y cayera, que rodara entre la maleza, rastrojos y grandes rocas. Una mala caída que bien podía acarrear la muerte. Y, si no fuera así, siempre quedaba la pala de campaña para terminar la historia.

Y Wanda cayó, pero, contra todo pronóstico, no cayó sola. Justo en el segundo en el que perdió el equilibrio, agarró por instinto el talle de Mirja con su brazo libre.

El resultado fue, no podía ser otro, que las dos cayeron por el terraplén, entrelazadas, hechas un ovillo. Y de pronto dos pares de piernas impactaron contra los troncos de los árboles.

Como los miembros de dos cuerpos abultan más que los de uno, la caída se detuvo antes de que el terraplén se inclinara más, y de pronto yacían enredadas, entre ramas secas y hojas podridas, mirándose una a la otra con los ojos como platos.

—¿Has querido matarme? —bufó Wanda Phinn y echó el brazo hacia arriba para hundir la mano entre las ramas bajas y raíces al descubierto.

Mirja estaba conmocionada. No solo por los fuertes golpes y el resultado de su frustrado intento de homicidio, sino por toda la situación. Ahora que Wanda debía ser consciente de que allí pasaba algo raro, muy raro, iba a actuar con cautela.

Entonces, ¿cómo podía evitar que la chica se reuniera con Atu? ¿Cómo evitar que expresara sus sospechas a la única persona que no debía saber de ninguna manera nada de aquello?

—Soy epiléptica —improvisó Mirja, tartamudeando, con el rostro mirando al suelo mientras fingía tener espasmos por todo el cuerpo—. Perdona, lo siento mucho. Ha sido un ataque suave, aunque esos lo suelo notar antes. Esta vez, no. Lo siento muchísimo, Wanda. Podría haber sido fatal.

Trató de provocar unas lágrimas, pero no pudo. En su lugar, reunió un poco de saliva en la boca y la dejó resbalar comisura abajo.

—Vamos —ordenó Wanda sin el menor rastro de compasión.

Tiró de Mirja hasta que llegaron arriba, mientras Mirja pensaba y pensaba.

Al otro extremo de la plaza había un cobertizo con retretes antiguos. Un asiento y un agujero en el suelo, como hacían los antepasados. Mirja había estado varias veces allí, y se sabía de memoria el verso que algún idiota había escrito en la pared con tosca caligrafía:

Ladrones y bandidos
que venís aquí a cagar,
si tenéis un poco de corazón,
no gastéis todo el papel.

Más de una vez había pensado que el peor final de una persona debía de ser quedarse atascada en el agujero del retrete y terminar sus días ahogada en las heces de otros.

¿Sería posible? ¿Podría atraer a Wanda y matarla de un golpe?

Mirja notó que las ideas circulaban por su mente a toda velocidad. Que aquello se había vuelto una locura, y que sus intentos defensivos fracasaban.

En aquel momento no era dueña de sí misma.

Dios mío, viene a robarme el puesto, lo sé, pensaba. Quiere ser la madre de los hijos de Atu y convertirme en una sirvienta, incluso puede que ni eso.

Era como para volverse loca. ¿Por qué no pudo evitarlo? ¿Por qué no intentó desacreditar a la chica ante Atu? ¿Por qué respondió a su solicitud? ¿Por qué? ¿Por qué?

—Si no te encuentras bien, será mejor que conduzca yo el resto del camino —oyó detrás la voz de Wanda.

Mirja se volvió hacia la chica que, con la ropa hecha jirones, extendía la mano hacia ella.

—Venga, ¡las llaves! —dijo con un tono que no dejaba lugar a dudas. Estaba muy alerta y sabía que no le faltaban razones para ello.

Luego arrancó la moto.

—¿En qué dirección?

Mirja señaló.

—Hay que volver por la carretera hacia Resmo, y después a la derecha para entrar en Alvar. Será cosa de diez minutos.

Entonces debía ocurrir en el propio páramo. No sabía cómo, pero tendría que ser allí.

Viernes 2 de mayo de 2014

Pasar la noche en la cama doble junto a Assad fue un asunto bastante complicado.

Para Carl era un enigma cómo una persona tan relativamente pequeña podía producir tal variedad de sonidos. Él, al menos, jamás había oído a ningún ser humano una alternancia como aquella entre ronquidos subsónicos y sonidos sibilantes como los de un desvencijado órgano de iglesia. Y si el concierto en solitario de Assad era incansable, igual de imposible era hacer que volviera a la superficie. Es decir, Assad no solo dormía como un tronco, sino como todo un bosque. De hecho, como un volcán retumbante, se le ocurrió a un Carl desalentado antes del amanecer, entre las tres y las cinco de la madrugada.

Cuando al final cesaron los ronquidos, Carl respiró aliviado durante unos segundos, hasta que aquellos sonidos inarticulados dieron paso a un murmullo igual de inarticulado que surgía de la boca abierta de Assad.

Carl, en su duermevela, interpretaba las palabras como desatinos o algo dicho en árabe, hasta que algunas frases sueltas en danés intercaladas en el murmullo consiguieron que una vez más despertara del todo.

¿Había dicho «matar»? ¿Y había dicho «yo no olvido» mientras se retorció bajo el edredón? Eran palabras ininteligibles, pero era evidente que Assad lo estaba pasando mal. Tan evidente como que Carl ya no pudo pegar ojo.

Por eso estaba exhausto y, pese a sus esfuerzos, fue incapaz de corresponder a la amplia sonrisa de Assad cuando la testa rizada abrió por fin los ojos.

—Vaya manera de hablar en sueños, Assad —acertó justo a decir antes de que una voz de mujer empezara a gritar en la calle.

Carl se estiró desde la cama. Debía de estar junto a la puerta de entrada al hotel, porque al menos él no la veía.

La pregunta llegó de atrás, y muy, muy suave.

—¿He hablado? —preguntó Assad—. ¿Y qué he dicho?

Carl se volvió hacia él queriendo dirigirle una sonrisa tranquilizadora, pero parecía muy serio y pálido, encorvado contra la cabecera de la cama, como un soldado que hubiera delatado a sus compañeros de armas.

—Nada especial, Assad. Desde luego, casi no se entendía nada. Pero has hablado en danés, y no sonabas feliz. ¿Has tenido una pesadilla?

Assad frunció sus pobladas cejas, e iba a responder cuando la mujer de la calle gritó otra vez.

—¡Sé que estás ahí, John! —gritó—. Te han visto, ¿sabes? Te han visto con ella.

Carl saltó de la cama y fue a la ventana, desde donde vio a una mujer guapa de mediana edad gruñendo en la escalera del hotel como un perro de pelea que hubiera olfateado sangre. Tenía la mirada desorbitada y los puños cerrados.

Joder... De modo que Rose había atraído a John Birkedal hasta su red.

Pobre hombre.

—Lo mejor es que nos dividamos —propuso Carl en la mesa del desayuno, mientras luchaba por activar los músculos de los párpados. Cuando los otros se fueran, iba a subir a la habitación a tratar de recuperar el sueño que había perdido por la noche.

—Lo mismo pienso yo —dijo Rose, vestida de negro como la madrastra de Blancanieves. Ni palabra sobre el jaleo de la mañana, ni una excusa por lo que había provocado. El incidente entre marido y mujer parecía pertenecer al pasado, en opinión de Rose. Daba la impresión de estar satisfecha y con las pilas cargadas.

A saber cómo se sentiría Birkedal.

—Voy a ir a casa de Habersaat e empezar a empaquetarlo todo —continuó—. Ayer hablé con una empresa de mudanzas, y vienen a recogerme dentro de veinte minutos.

Carl hizo un gesto aprobatorio con la cabeza. Una menos.

—Y he descubierto que la hermana de June Habersaat vive en una residencia que no está lejos de aquí, así que podrías ocuparte tú de eso, ¿no, Assad? —añadió—. Como te has ocupado de que June no nos quiera contar nada de lo que su marido pudo decirle sobre su investigación, parece lógico que seas tú quien tire de la lengua a su hermana. Es posible que June le mostrara sus quejas alguna vez.

Assad aguantó el chaparrón con gran calma. Al fin y al cabo, Rose era Rose, y en aquel momento estaba más atento a añadir azúcar a su café sin que desbordase.

Rose se volvió hacia Carl, fría e indiferente ante su tez pálida y sus acalladas protestas por que se estuviera poniendo en plan organizadora del juego.

—Aparte de eso, Carl, te he concertado una visita guiada a la Escuela Superior de Bornholm a las nueve y media. Después he convenido que vayas a visitar a la antigua pareja de directores, si es que quieres, pero supongo que querrás. No viven lejos de aquí.

¿Cómo diablos había podido hacer tantas cosas, aparte de lo demás?

Carl aspiró una gran bocanada de aire y miró la hora; eran las nueve y cinco. De modo que tenía algo menos de diez minutos para sentir un poco de hambre, comer, tomar el café, afeitarse y echar el sueñecito que tanta falta le hacía.

—Creo que vas a tener que llamar a la Escuela y cancelarlo, Rose. Hay varias cosas que debo resolver antes.

Rose sonrió; era evidente que también había esperado esa respuesta.

—De acuerdo, pero entonces tendrá que ser pasado mañana, ya que mañana la Escuela va a estar cerrada por excursión. Pero si quieres quedarte otro par de días en

el hotel, por mí de acuerdo. Nadie nos espera en Copenhague.

Carl asintió en silencio y vio lo inútil de proponerle una hora posterior; en aquel momento Rose simbolizaba el verdugo de Núremberg, el clavo de su ataúd y la piedra de su zapato, todo a la vez.

—Y cuando hayáis terminado los dos, creo que debéis venir a Listed a ayudarme. Assad, tú terminarás antes, pero puedes tomar un taxi. ¿Qué te parece?

—Me parece que, entonces, nunca había tomado un café tan delicioso —anunció, balanceando la taza ante ellos mientras Carl reconocía su derrota.

—Creo que será más fácil si tú y yo vamos juntos, Assad —dijo Carl después—. La hermana de June Habersaat tendrá que esperar hasta más tarde.

Sonó el móvil de Carl. Este miró la pantalla con una mezcla de aversión y respeto.

—Sí, madre, ¿qué hay?

Era una expresión que su madre aborrecía. Algunas veces se quedaba paralizada, y la conversación terminaba antes de empezar. Por desgracia, ya no parecía irritarla; al menos, fue enseguida al grano.

—Hemos tenido noticias de Sammy, en Tailandia. Sí, ha llamado a cobro revertido, pero no importa, porque lo que tenía que decir era una broma pesada, si quieres saber mi opinión. Ha ido hasta allí para arreglarlo todo, y ¿sabes qué?

Carl echó la cabeza atrás. El recuerdo tanto de Sammy como de la razón de que deambulase por el exótico patio de recreo preferido del señor y la señora daneses había buscado reposo, gracias a Dios, en algún lugar de su masa cerebral donde Carl raras veces se aventuraba.

—Sammy está enfadado, y lo comprendo, porque Ronny ya ha enviado su testamento a otra persona. Es casi como si no se fiara de su propio hermano, ¿verdad?

El testamento de Ronny. Esperaba que Ronny se hubiera limitado a usarlo para distribuir los bienes usurpados, pero Carl no estaba seguro. ¿Por qué se le ponía un mal sabor de boca cada vez que salían asuntos de Ronny?

—Si Sammy fuera mi hermano, me habría entregado en adopción —respondió.

—Carl, ¡bandido! Desde luego, qué cosas más extrañas dices. Tu padre y yo no te habríamos dejado.

La Escuela Superior se encontraba, como debía hacerlo una institución así, rodeada de prados y bosque, y justo encima del espectacular Valle del Eco, seguramente la mayor atracción de Bornholm, adonde acudían montones de escolares de toda Dinamarca en su campamento obligatorio anual. Carl había oído hablar de él muchas veces; en su escuela no iban a Bornholm, sino a Copenhague, donde el punto álgido era un viaje en la montaña rusa de Tivoli con su posterior vomitona.

Un mástil en el que un gallardete ondulaba suavemente al sol y una enorme roca grabada los recibieron con la debida dignidad. «Escuela Superior», ponía, y detrás

aparecía una serie de edificios blancos y rojos de diversas épocas desperdigados por el paisaje, bordeados por arbustos y setos, tótems caseros y un minúsculo pabellón para tomar el café.

Ante la entrada a las oficinas esperaba una bella mujer pelirroja, que hizo que Assad se irguiera al momento los pocos centímetros que podía.

—¡Bienvenidos! —exclamó la mujer, y empezó diciendo que no estaba en la Escuela cuando Alberte participó en el cursillo, pero que el bedel sí que estaba—. Tenemos revistas de aquel año, y nuestra antigua directora también escribió un diario durante el tiempo que ella y su marido fueron directores, pero creo que no había muchas alusiones al caso de Alberte.

Assad asentía como uno de esos perros que suele haber en la parte de atrás del coche de alguna gente singular.

—Entonces queremos hablar con el bedel —señaló con los ojos entreabiertos, seguro que flirteando—. Pero tal vez quieras enseñarnos el lugar, para que sepamos un poco más acerca de cómo era la vida de Alberte aquí.

No sé qué pinto yo aquí, entre los dos lo hacen de maravilla, pensó Carl al ver el entusiasmo de Assad. Tal vez pudiera subir a bordo del *ferry* aquella misma tarde y dejarles el escenario a ellos. Pasar otra noche en compañía de las descargas de Assad iba a matarlo.

—Varios de los edificios son posteriores, entre ellos los dos que dan a la carretera, donde, por ejemplo, se aloja el taller de vidrio —continuó la directora—. Pues ya veis dónde comía Alberte, dónde pintaba y dónde dormía por la noche.

Fue una visita larga, y Assad estaba encantado.

—¿Qué solían desayunar? ¿Cantaban por la mañana? ¿Cuándo se reunían en la sala de la chimenea?

Cuando apareció el bedel Jørgen, un tipo bien conservado con un poco de plata en las sienes y un cuerpo entrenado de obrero, la visita guiada se puso interesante. El hombre parecía tener buena memoria, lo que hizo que Carl escuchara atento. Llevaba empleado allí desde 1992, pero las circunstancias de la desaparición de Alberte y cómo perdió la vida, como es natural, imprimieron mejor en su memoria el año 1997 y el nombre Alberte que otros.

—Desapareció el mismo día que teníamos una fiesta para celebrar que habíamos terminado el edificio del taller, y no me faltó trabajo, esas cosas se recuerdan.

Los condujo hacia un grupo de bungalós bajos de ladrillo amarillo.

—Dormía aquí, la casa se llama Stammershalle. Todas las casas tienen nombres de lugares pintorescos de la isla, como Helligdommen, Døndalen y Randkløve, pero no me preguntéis por qué. Sería largo de explicar.

—Vale, son de una habitación —confirmó Carl—. Y una ventana que da al césped. De modo que podía tener visitas nocturnas, ¿no es así?

El bedel sonrió.

—Nada es imposible cuando los jóvenes bailan por la noche, ¿verdad?

Carl pensó un momento en Rose y sacudió la cabeza. No quería ni pensar cómo se las habría arreglado en la misma situación.

—Pero la Policía interrogó a las otras chicas que vivían en la casa, y a ninguna le pareció que tuviera visitas masculinas en la habitación. Lo habrían oído, al fin y al cabo las paredes son finas.

—¿Cómo la recuerdas? ¿Era especial en algún aspecto?

—¿Que cómo la recuerdo? Era una de las chicas más guapas que he visto pasar por la Escuela. No solo porque tenía unos rasgos y unos ojos fantásticos, sino porque se movía como si fuera una princesa. Tenía una manera especial de caminar, casi se deslizaba por el suelo, como Greta Garbo. No era muy alta, pero aun así creo que era la que siempre destacaba en un grupo, no sé si me entendéis.

Carl asintió. Había visto fotografías de Alberte.

—¿Quién es Greta Garbo? —preguntó Assad.

El bedel lo miró como si estuviera ante un marciano, cosa que tal vez fuera cierta. ¿Quién sabía algo de Assad? ¿Y qué sabía Assad? Dos incógnitas de la misma ecuación.

—Y cantaba como los ángeles. Se oía con claridad cómo destacaba su voz sobre las de los demás cuando cantaban por la mañana.

—Me dices que, resumiendo, era muy atractiva y algo especial. ¿Recuerdas con quién flirteaba en la Escuela? —preguntó Carl.

—No, lo siento, de eso no sé nada. La Policía también me lo preguntó, pero me imagino que alguno de los participantes en el cursillo podría comentar algo al respecto. Lo único que sé es que de vez en cuando iba en autobús o en taxi a Rønne con algunos de los otros para pasarlo bien. Tomar una cerveza, y cosas así. Sí vi que otros chicos y chicas se besuqueaban en el invernadero, tras los paneles solares, pero no Alberte. También andaba mucho en bici. Decía que estaba muy interesada en la naturaleza de aquí, pero no sé cuánto vio en realidad. Al menos, muchas veces me fijé en que desaparecía solo media hora, a veces incluso menos.

—No hemos sacado gran cosa en limpio —observó Carl, media hora más tarde, en el coche camino de Aakirkeby y la casa de la antigua pareja de directores.

—Se está bien aquí, en Bornholm —aseveró Assad, con los pies en el salpicadero y una mirada que absorbía el paisaje—. Y la secretaria aquella estaba como para comérsela.

—Ya me he dado cuenta de tu querencia, Assad.

—¿Mi qué?

—Tal vez puedas encontrar trabajo aquí si tanto te entusiasma.

Assad asintió.

—Sí, tal vez. La gente de aquí parece simpática.

Carl se volvió hacia él. ¿Hablabas en serio? Joder, parecía que sí.

—Te gustan las pelirrojas, ¿eh?

—No de manera especial. Es solo una sensación que tengo en este momento. —

Miró el salpicadero—. Te llaman al móvil, Carl.

Carl apretó el botón.

—Sí, Rose, ¿qué ocurre?

—Estoy rodeada de cajas y papeles en el primer piso de la casa de Habersaat. ¿Os habéis fijado en que hay varias carpetas llenas de transcripciones de sus entrevistas con participantes de aquel cursillo?

—No las hemos leído, pero sí que nos hemos fijado en ellas.

—Yo les he echado un vistazo. Varias de sus amigas dicen que Alberte flirteaba con la mayoría de los chicos, y que para ellas era irritante, porque los chicos solo tenían ojos para ella.

—Entonces, ¿sería una de las chicas la que la catapultó a lo alto del árbol? —gruñó Carl.

—Muy gracioso, señor Mørck. Pero uno de los chicos de la Escuela anduvo con ella más que los demás, eso ya lo sé. Se besaban, y estuvieron juntos cierto tiempo, hasta que ella conoció al otro.

—¿El otro?

—Sí, el que no iba a la Escuela. Pero ¿podemos hablar sobre eso más tarde?

—Sí, claro, pero ¿por qué llamas, entonces?

—Llamaba para decir lo de las carpetas, y también para preguntaros si habéis encontrado algo sobre el chico con el que andaba en la Escuela. Se llamaba Kristoffer Dalby.

—No, la visita a la Escuela no ha dado para tanto. ¿Kristoffer Dalby, dices? Vamos a la casa de los antiguos directores; les preguntaremos a ver qué saben de eso.

Un anciano alto y erguido a quien, aparte de los pantalones de pana y la chaqueta de lana, solo le faltaba una pipa colgando de la boca para parecer un profesor de literatura de Oxford, los llevó a la cocina, en cuyo alféizar interior había más tuestos con hierbas aromáticas que en un vivero de plantas.

—Les presento a mi esposa, Karina.

Un contraste absoluto del director Karlo Odinsbo entró en escena con sonrisas y abrazos. Iba vestida de manera estrafalaria y vistosa, como salida del musical *Hair*. Solo le faltaba un turbante hecho con tres pañuelos multicolores en la cabeza para ser de la misma camada que la acelerada ex de Carl.

—Kristoffer Dalby ha dicho, ¿verdad? —El antiguo director saboreó el nombre después de haberlos sentado a la mesa de formica—. Mmm, los anales deberían sernos de ayuda. Pero antes tomemos un café.

Assad miró extrañado al antiguo director.

—¿Los anales?

Carl le dio un codazo para que se callara.

—Los anales son antiguos apuntes y libros, Assad, no lo otro —le cuchicheó.

Las cejas de Assad se arquearon.

—Ah —dijo con tono de reconocimiento. Una palabra más había encontrado un lugar en su vocabulario.

—¿Tú qué dices, Karina? —preguntó el director mientras servía el café—. ¿Recuerdas a un tal Kristoffer Dalby, del grupo de Alberte?

La mujer proyectó el labio inferior. No parecía.

—Un momento, puede que tenga algo que le ayude a refrescar la memoria —anunció Carl, y tecleó el número de Rose.

—¿Tienes alguna foto del tal Kristoffer Dalby, Rose? En ese caso, saca una foto con el móvil y envíamela enseguida.

—No hay ninguna de él. Pero tengo una fotocopia de todo el grupo. Habersaat marcó a la gente con la que había hablado, y puso su nombre junto a cada uno.

—Pues hazle una foto y envíamela.

Se volvió hacia la pareja de directores y varias latas de pastas.

—Buenas pastas —reconoció Assad mientras su mano circulaba entre las latas.

Carl asintió en silencio.

—Sí, y gracias por el recibimiento, esto es muy entrañable, al igual que la Escuela. Dicen que hay que agradecerles a ustedes que la Escuela se convirtiera en una especie de hogar para los cursillistas durante su estancia. Allí hay todo lo que hace falta, con cuadros en las paredes, piano recién afinado, salas y salones confortables que imprimen un ambiente especial. Pero ¿el ambiente suele ser siempre tan amable? ¿No hay conflictos entre alumnos y profesores, y dentro de los grupos?

—Sí, por supuesto —respondió el antiguo director—. Pero creo que eso nunca ha tenido gran importancia.

—¿Cómo fue, entonces, perder a una alumna, en este caso a Alberte?

—Espantoso —respondió la esposa—, espantoso.

—La Escuela es muy antigua —continuó Carl—. Hemos visto algunas fotos de hace más de cien años.

—Sí, en efecto, celebramos el centenario en noviembre de 1993.

—Interesante —añadió Assad mientras se sacudía restos de pasta de la barba de días—. ¿Hubo en su época algún otro incidente parecido?

—¿Algún incidente parecido? Bueno, tuvimos algún robo tonto hace unos años, en el que desaparecieron varias guitarras, amplificadores y cámaras. No fue muy divertido, pero le dio algo de trabajo a nuestro policía Leif, de la comisaría de Aakirkeby; aparte de los destrozos habituales en el cementerio y cosas así —respondió la esposa del director.

—Sí, y también hubo un incidente lamentable con uno de los profesores, que

murió en la Escuela, por causas naturales, al parecer, pero que tenía un arma ilegal en su habitación.

Assad sacudió la cabeza.

—No, no me refería a eso. Pensaba en otras historias como la de Alberte.

—Accidentes mortales, violaciones y violencia —amplió Carl, e hizo un gesto afirmativo a Assad. Magnífica pirueta sobre los restos de pastas.

—Noo, qué va. Sí hay que decir que una chica intentó suicidarse hace unos años, pero no lo consiguió, gracias a Dios.

—¿Fue por penas de amor?

Carl escudriñó sus rostros mientras la pareja se miraba uno al otro. No parecía que aquellos dos tuvieran nada que esconder.

—No, creo que tuvo que ver con su familia. Es que algunos de nuestros cursillistas quieren venir solo para no estar en su casa. Pero no siempre consiguen distanciarse de los problemas.

—¿Y qué hay de Alberte? ¿Vino también aquí por no estar con sus padres? —preguntó Carl.

—Bueno, supongo que sí. Al parecer, su familia era bastante rígida. Es que Alberte era judía.

Por un segundo, el director miró a Assad con aire de disculpa, pero este se limitó a encogerse de hombros.

«¿Y qué...?», parecía decir, significara lo que significase.

—Pues sí, era judía, y la tenían atada bastante en corto. De hecho, solo comía comida *kosher*, así que algo de moral y ética ortodoxas debía de traer de casa.

—Pero en cuanto a su vida sentimental, ¿se la ocultaba a la familia? —preguntó Carl.

La esposa del director sonrió.

—Creo que era como suelen ser las chicas de su edad.

Se oyó un ruido en los bolsillos del pantalón de Carl, y sacó el móvil. Era un mensaje de Rose.

—Aquí está —declaró, señalando a una persona de la foto de grupo. «Cursillo de otoño de 1997», ponía bajo una serie de nombres escritos a mano y flechas dirigidas al rostro correspondiente—. Este es el que se llamaba Kristoffer Dalby. Está sentado en el suelo en primera fila.

Los dos ancianos entornaron los ojos.

—Es bastante pequeña, y está borrosa —dijo el hombre.

—Tenemos los anuarios en la sala. Karlo irá a buscarlos. ¿Verdad que sí, cariño?

Carl movió la cabeza arriba y abajo mientras el esposo dócil se levantaba. En una carpeta de la habitación del hotel había una ampliación de la foto del anuario de calidad aceptable. Habría sido una buena idea llevarla encima.

—¿No será mejor mirar esto? Es mucho mayor —propuso Assad, y sacó de su bolsa la carpeta de la foto ampliada.

¿Por qué no la sacó antes? Mientras se empapuzaba a pastas ¿se le habían taponado los oídos, o qué?

Guiñó el ojo a Carl y dejó su ejemplar de la foto en la mesa de la cocina en el mismo instante en el que el antiguo director volvía con su gastado ejemplar de anuario en la mano.

—Es este de aquí —aclaró Assad, colocando un dedo sobre un tipo joven con un jersey islandés y barba incipiente.

Dos pares de ojos experimentados se pusieron las gafas de leer y se acercaron.

—Sí, lo recuerdo, pero no muy bien —anunció el director.

—¿Cómo que no, Karlo? —terció la esposa, mientras achicaba los ojos y su caja torácica empezaba a convulsionarse. ¿Era una risa reprimida?

—Fue el que tocó la trompeta en la fiesta de disfraces que organizamos. Sonaba tan desafinado que los demás músicos dejaron de tocar. ¿No te acuerdas?

Su marido se alzó de hombros. Debía de ser ella quien se ocupaba de las cosas divertidas.

La mujer se volvió hacia Carl y Assad.

—Kristoffer era simpático. Muy tímido, pero también muy simpático, a su manera. Vive aquí, en la isla. Había un par de jóvenes de aquí en cada grupo; por lo demás, la mayoría venían de Jutlandia y Selandia, y luego, claro, siempre hay algunos extranjeros. Los países bálticos suelen estar demasiado representados, en mi opinión. Así que aquella vez había ocho o diez de Estonia, Lituania y Letonia, y también un par de rusos.

Señaló a una de las chicas de la foto, y luego hundió el índice en la mejilla, pensativa.

—¿Kristoffer se apellidaba Dalby? Ese apellido no lo relaciono con él para nada. Mira los apellidos del anuario por favor, Karlo.

Los dedos del marido recorrieron la lista de nombres bajo la foto anual.

—Tienes razón: no se apellidaba Dalby, sino Studsgaard, de los que hay muchos por estos barrios. Así que no sé por qué pone Dalby en la copia del policía —explicó el marido.

—Kristoffer Studsgaard, ¡sí, sí, sí! —gritó convencida la mujer—. Así se llamaba.

—Bien. Por lo que dicen, durante el cursillo tuvo una relación breve, si es que se le puede llamar así, con Alberte. ¿Saben algo de eso? —preguntó Carl.

Se disculparon. Hacía muchos años de aquello, y entonces seguramente tampoco habrían podido decir nada. Por lo general, no tenían información de las idas y venidas de los alumnos fuera de las horas lectivas.

En el camino de vuelta a Rønne, Carl llamó a Rose y le comunicó que tendría que encargarse del empaquetado, información que su asistente no recibió con mucha

dulzura. Si pudiera transmitirse por teléfono su ardoroso descontento, estarían achicharrados.

—Vamos a ver si el tal Kristoffer Dalby está en casa —añadió Carl, como queriendo cambiar el rumbo de la conversación—. Es el único Dalby que hay en la isla, y vive en las afueras de Rønne, de modo que debería ser fácil. Luego iremos a Rønne, a visitar a la hermana de June Habersaat. Te las arreglarás, Rose, tranquila.

Pero no se quedó nada contenta.

Septiembre de 2013

Epilepsia, ¡ja!, pensó Wanda. Estaba harta de ver ataques epilépticos. De sus siete hermanos, la pequeña, enfermiza y querida, sufría casi una vez por semana todo tipo de tormentos fruto de pequeños ataques localizados, y una vez al mes tenía un ataque fuerte, con pérdida de conciencia incluida, de modo que Wanda conocía todas las señales y aspectos de la epilepsia. La enfermedad tenía facetas estremecedoras, paralizantes y grotescas, pero no tenían nada que ver con la representación hecha por Mirja.

Cuando Wanda metió el embrague y cambió de marcha, la mujer la agarró del talle con fuerza; pero ¿por qué no le dejó hacer lo propio cuando conducía ella? ¡Qué raro!

Wanda miró las manos que le rodeaban la cintura. Unas manitas blancas que delataban cierta edad, pero también inocencia y vulnerabilidad, y que parecían temblar.

¿Por qué temblaban? ¿Tenía miedo de que derrapasen y tuviesen un accidente? ¿Tenía frío? ¿O era su pequeña versión personal de los temblores posteriores a un ataque epiléptico?

En tal caso, Wanda estaba siendo injusta, y el episodio que acababa de vivir no era más que una manifestación fortuita de un ataque, aunque su experiencia le decía que no.

Pero ¿acaso era médico? Al fin y al cabo, ¿estaba junto a su hermana para ayudarle cuando lo pasaba mal? ¿Conocía todos los aspectos de aquellos ataques?

Lo más probable era que no, a fin de cuentas.

—¡Ahora tuerce a la derecha! —gritó Mirja.

Wanda aceleró al salir de la curva e incorporarse a la carretera que atravesaba el páramo de hierba corta. En lo sucesivo, la mujer de atrás debía ser consciente de quién decidía la velocidad, ya podía ir acostumbrándose. Porque no tenía la menor duda de que aquella Mirja no deseaba su llegada, tal como le advirtió Shirley. Wanda sentía el impulso instintivo de devolver el golpe, pero decidió no pasarse de la raya. Había mejores maneras de ganar aquella batalla de poder.

Antes Wanda era la mujer que solo veía una tapia, y no quería volver a serlo. Nadie debía cruzarse en su camino.

Actuaré con cuidado cuando vuelva a estar con Atu. Voy a darle las gracias por lo bien que me cuidó en Londres, para que recuerde las miradas que intercambiamos. Voy a decirle que he venido a servirlo, y que lo haré gratis. Debe saber que he sido

deportista y que podré ayudar a sus cursillistas a mantenerse en forma. Tal vez así tenga una oportunidad de quedarme de manera permanente.

—Algo más allá está el parque natural, Wanda. La parte de la izquierda se llama Mysinge Alvar, y la de la derecha Gyngje Alvar. Es donde podría estar Atu.

Parecía más convincente que antes.

Wanda giró la cabeza hacia ella y vio su amplia sonrisa.

De hecho, demasiado amplia.

«Tu mirada es clara como el cristal, pero es la razón lo que no veo claro», solía decir su padre cada vez que uno de los niños se le acercaba con segundas intenciones. Su experiencia en la vida le había enseñado tiempo atrás que algunas sonrisas costaban más que otras. A veces, unos céntimos, y otras, concesiones fundamentales o condescendencia.

Y fue una mirada así, clara como el cristal, la que vio Wanda en el rostro de Mirja. La cuestión era el porqué. No le gustó nada.

Entonces aceleró y echó la cabeza atrás y el viento le cosquilleó el cuero cabelludo. Como toda mujer jamaicana con respeto por sí misma o su religión, llevaba los churros trenzados prietos a conciencia, y su cabello brillaba y destacaba, escultural. Para Wanda el pelo era una invitación a que la tocasen, y todavía sentía las manos de Atu aquella vez en Londres, deslizándose con cuidado y sensualidad por su cabello. Quería volver a vivir la experiencia, en aquel momento esa era su fuerza motriz.

—Aparca junto al cartel del muro —indicó Mirja, señalando por encima del hombro de Wanda un muro aislado de arenisca de la altura de una persona, que separaba la carretera del páramo.

Se apearon, y en el mismo movimiento Mirja alargó la mano y tiró de la llave de contacto antes de que Wanda llegase a reaccionar. Pareció un reflejo, porque al parecer lo que más le preocupaba ahora era algo del pie.

—Me he debido de torcer el tobillo al caer, así que no voy a poder acompañarte —continuó, y señaló un sendero empedrado que se adentraba en el paisaje llano—. Está prohibido entrar en Alvar con vehículos a motor, pero basta que sigas el sendero uno o dos kilómetros para que encuentres a Atu, si es que está; seguramente estará. Hay muchísimas leyendas relacionadas con este lugar, y Atu suele hacer acopio de energía aquí mientras se funde con la naturaleza inhóspita. Suele estar precioso, lleno de colorido, aunque en esta época del año no vas a ver tantas orquídeas, las flores típicas de aquí. Fascinante, ¿verdad?

Mirja se volvió hacia la moto, pero pareció recordar algo y se giró de nuevo.

—Tienes que llegar al tren para Copenhague, así que debes estar de vuelta dentro de hora y media. El refugio de Atu está a más o menos un cuarto de hora de paseo, tienes tiempo de sobra.

Mirja sonaba muy convincente, quizá estuviera adaptándose al nuevo estado de cosas. En tal caso, también Wanda iba a mostrarse generosa, entendía muy bien su

situación. Cuando se convirtiera en la preferida de Atu, todo iba a arreglarse. También lo de Mirja.

Wanda sintió mariposas en el estómago. Un cuarto de hora, había dicho Mirja, y se encontraría con él.

Para Wanda, que había pasado la mayor parte de su vida en un clima exótico y vivificante, con selva pero también con sabana, aquel paisaje yermo era lo más descolorido que había visto nunca. En la parte exterior del páramo sí que había algo de verde, pero enseguida desaparecían la hierba y las piedras del sendero, y en su lugar surgía una capa blanquecina que parecía de sal o tiza. A los bordes del sendero, los colores del paisaje llano cambiaban sus tonos áridos del verde ajado al marrón y blanco, y no se veían ni pájaros ni insectos. Se trataba de un lugar solitario, lo que le trajo recuerdos de la época en la que debía hacer guardia a diario junto a una puerta. Tampoco allí había contacto humano.

Sonrió. De todas formas, esto era diferente, no una entrada trasera cubierta de mármol, sino tierra, cielo y un aire estimulante.

Si Atu encuentra paz aquí, también yo lo haré, pensó. Pero ¿lo encontraré? ¿Dónde puede esconderse una persona en esta nada sin relieve?

Su mirada trazó una panorámica y analizó las posibilidades. Unos cientos de metros más allá, los matorrales bajos y juncales se mecían en el viento. A un lado se habían formado algunos charcos de agua de lluvia entre dispersas manchas de hierba en la tierra dura como la piedra; y, si se miraba con más detalle, parecía que había huellas de pisadas en aquella dirección.

Wanda no estaba segura, tampoco era una especialista. Aquellas huellas podían ser tanto de personas como de animales, y podían ser de ayer, pero también de varios meses atrás. De todas formas, siguió en aquella dirección.

—Atu, ¿estás ahí? —gritó varias veces hacia la escasa vegetación, sin recibir respuesta.

Volvió a acometerla una sospecha sobre lo que estaba ocurriendo.

Shit! La bruja aquella se había llevado el primer juego. La había engañado para que entrase allí, y ahora seguro que había desaparecido.

—No he debido dejar que se quedara con las llaves de la moto —susurró—. Has sido una tonta, Wanda.

Sacudió la cabeza para sí, dio la vuelta y caminó algunos cientos de metros maldiciendo su ingenuidad.

Entonces oyó un ruido, como de truenos lejanos, extendiéndose por el paisaje.

Alzó la vista. El cielo estaba algo gris, pero las nubes que se desplazaban en lo alto no parecían amenazantes ni cargadas de lluvia. ¿Vendría de la carretera? Era extraño que pudiera oírse desde allí.

Sacudió la cabeza y volvió a gritar el nombre de Atu varias veces, ahora ya

segura de que la habían engañado, y de que el camino de vuelta hasta encontrar alguna persona que le ayudase a llegar a Kalmar y al Frimurarehotellet iba a ser largo y fatigoso.

—Pero ¡espérate, Mirja! Mañana voy a ir en taxi a la Academia para la Fusión con la Naturaleza, y veremos cuál es tu siguiente movimiento —murmuró—. Inventes lo que inventes, va a volverse en tu contra.

Aunque había retrocedido en el juego, el juego seguía siendo suyo, razonaba, cuando el sonido indefinido sonó de pronto mucho más cerca.

Wanda entornó los ojos y se puso de puntillas. Entonces oyó qué era.

El ruido de un *scooter* que se dirigía hacia ella.

¿Se habrá arrepentido y habrá desafiado la prohibición de circular para venir en mi busca?, pensó. ¿Vendrá con algún cuento de que se ha puesto en contacto con Atu y que por desgracia no puede verme en el lugar donde está? Seguro que sí. Pero esta vez no iba a conseguir engañarla.

Le diré a la cara que no la creo, decidió. En esos casos la expresión facial de la gente solía desvelar si era verdad o no.

Se detuvo y se quedó quieta observando la mancha amarilla que se acercaba, cada vez mayor, dejando una estela de polvo detrás. Ahora se veía que Mirja iba erguida en la moto, sujetando el manillar con ambas manos. No había la menor duda de que ya había visto a Wanda en campo abierto y de que dentro de un momento la recogería.

Wanda la saludó con la mano, pero Mirja no le devolvió el saludo.

Pobrecita, pensó Wanda, y por un instante sintió algo de compasión por ella. No sabe qué hacer ya para deshacerse de mí.

Hasta que solo las separaban veinte metros; entonces pudo ver en el rostro de Mirja que andaba descaminada. Mirja sabía a la perfección qué iba a hacer.

Está loca, va a atropellarme, fue la idea que atravesó la mente de Wanda mientras el pulso se le aceleraba.

Y echó a correr.

La tierra bajo sus pies se puso enseguida esponjosa. ¿Debo seguir por la zona blanda y suponer que va a quedarse atrapada en el barro?, se le ocurrió. Esperaba que el estado del piso frenara el *scooter*, pero nada parecía indicarlo. En aquel momento el estrépito de la moto era tan fuerte que debía de estar a unos pocos metros de ella.

De pronto saltó a un lado y se detuvo en la fracción de segundo en la que sintió el calor de la moto y la mortífera máquina amarilla rugió a su lado. El rostro de Mirja reflejaba frustración, pero también frialdad y dureza. Nada iba a detenerla, era evidente.

Entonces Mirja plantó con fuerza los pies en el suelo dio media vuelta a la moto, mientras la rueda trasera despedía tierra alrededor.

Crees que va a serte fácil atraparme, pero soy la mujer más rápida que has visto en tu vida, Mirja, pensó Wanda mientras se descalzaba y aceleraba con sus pies

desnudos.

Pero no bastaba con la velocidad.

En las pistas de ceniza del Estadio Nacional, su especialidad eran los cuatrocientos y ochocientos metros, y en esas distancias se sentía en simbiosis total con el firme, con la respiración y con los brazos batientes de sus contrincantes. Aquí, el firme ante ella era irregular e imprevisible, y estaba lleno de gravilla, que hacía que sus saltos fueran dolorosos, y tan inseguros que estaba todo el tiempo en peligro de torcerse un tobillo.

No voy a poder seguir mucho tiempo, pensó, mientras se le desbocaba el pulso. Si esto es para Mirja una caza con desenlace fatal, tendré que volver las tornas, para que ella sea el toro y yo, el torero.

La moto estaba otra vez detrás. El alarido de un motor en velocidad corta se desplegó en torno a ella anunciando desgracias, pero Wanda no tenía miedo.

Saltaré a un lado como antes, y cuando pase junto a mí le daré en la cara y la tiraré. Pero cuidado cuando lo hagas, Wanda. Cuidado con que no se te venga la moto encima, pensó, y notó de nuevo que el firme se volvía esponjoso.

En el segundo en el que la moto se puso a su altura, giró la cabeza.

¡AHORA!, pensó, y por segunda vez saltó a un lado y frenó.

Cuando levantó el brazo para golpear, Wanda vio los ojos desorbitados de Mirja, y una pequeña pala de campaña dirigida hacia su cara.

Y ya no vio nada más.

Viernes 2 de mayo de 2014

—Vamos a ver el árbol del accidente, Assad, debería estar un poco más adelante.

Señaló una cruz en el mapa. No estaba lejos de Aakirkeby.

—Sí, pero ¿no deberíamos venir en sentido contrario, para hacer el mismo trayecto que el que la atropelló?

—En sentido contrario, no en sentido contrario. Bueno, sí, pero ¿tú conoces el itinerario?

Miró el mapa y siguió el dedo de Assad deslizándose por encima mientras describía el trayecto. Parecía lo correcto.

—Primero salimos de Aakirkeby por Vesterbro. Luego seguimos por Rønnevej, y después a la derecha por Vestermarievej. Desde ahí pudo seguir por Kærgårdsvej, pero no creo que lo hiciera. Creo que continuó hasta Skørrebrovej, y después siguió a toda velocidad, porque era allí donde vivían los dos ancianos que oyeron el coche.

—Ya, pero en realidad también pudo venir desde el norte y luego desviarse por Skørrebrovej, Assad; pero eso da igual si venía de Vestermarievej, como dices.

—Casi es imposible cualquier otra trayectoria.

Carl asintió.

Cuando torcieron hacia el sur, apretó el acelerador. Habría unos seiscientos metros hasta la primera curva, con la granja donde vivían los ancianos, y desde allí hasta el árbol, otro kilómetro y medio. Era un lugar abandonado de la mano de Dios que invitaba a pisar el acelerador a fondo.

Las cubiertas chirriaron cuando entraron en la curva. Era indudable que aquel estruendo tuvo que oírse en la casa donde vivían los ancianos.

—Este tramo es superliso, Carl. Así que si Alberte estaba al final de la recta, esperando con la bici, debió de ver el coche con claridad los últimos quinientos o seiscientos metros.

—Sí, ¿y eso qué significa?

—No lo sé. Tal vez que, o sea, esperaba aquel coche, y tal vez lo reconociera también, y ni se le pasó por la cabeza que fuera directo a por ella.

Carl lo miró. No estaba lejos de lo que él pensaba.

—¿Te importa bajar la velocidad un poco? —solicitó Assad, mirando con temor al velocímetro. Carl asintió con la cabeza, pero aceleró más, hasta cien por hora. Para surtir efecto, tenía que haber fuerza detrás.

Justo antes de llegar a la arboleda, el coche derrapó. Carl oyó que Assad gritaba algo en árabe, pero tenía otras cosas en las que pensar, porque el coche trepidó al

tocar el borde de la cuneta y bandeó de lado a lado sobre la calzada. Luego pisó el freno en seco. Treinta metros más, y el coche se detuvo tras dejar una estela de huellas de frenado negras como el carbón.

—He estado a punto de tragarme la lengua, Carl. No vuelvas a hacerlo.

Carl se mordió el labio superior. Ahora solo quedaban dos posibilidades.

—Después del accidente no se vieron huellas de frenazo, ¿verdad?

—No había nada parecido en ninguna parte.

—Entonces el coche no iba tan rápido como yo al tomar la curva, ¿no?

—El conductor lo agradecería —dijo su copiloto con voz seca.

—Y por eso fue un asesinato, ¿no?

—Desde luego.

—En efecto, porque el coche no aceleró hasta después de la curva, es la única posibilidad. Y como Alberte estaba a este lado de los árboles, si no, habría salido despedida en la otra dirección, lejos del árbol, el conductor no puede sostener que no la viera. De hecho, tuvo mucho tiempo para verla.

—Pudo ser un imbécil que no mirase la carretera, ¿no?

—Entonces Alberte se habría echado atrás, y no habría ocurrido nada. No, no sintió la menor desconfianza hacia quien se dirigía hacia ella. Algo hizo que no pensara para nada que pudiera estar en peligro.

Se oyó el raspar de la barba de días de Assad. De modo que estaba pensando.

—Piensas que tal vez no condujera tan rápido.

—Rápido, sí. Pero según las circunstancias y el estado de la carretera. Tal vez entre setenta y ochenta kilómetros por hora, en mi opinión.

Ambos miraron a lo alto de los árboles. Era como si Alberte estuviera colgada allí y los saludara.

Carl desvió la mirada. ¿Por qué se empeñaba en negar lo evidente? ¿Por qué oponía resistencia?

Miró los curiosos ojos de Assad. Parecían tristes, pero su rostro resplandecía de voluntad. Los tres miembros del Departamento Q parecían estar de acuerdo ahora. Había que resolver aquel caso.

—Así es —concedió Carl en voz baja—. Tenemos que atrapar a ese cabrón.

Salieron del coche y comprobaron por qué durante la investigación al principio no vieron a la chica colgada allá arriba, pese a que el follaje de los tres árboles, cuyas copas se sustentaban entre sí, ya había caído para entonces.

—¿Qué es eso verde que cubre la parte superior, Carl?

—Alguna enredadera, creo. Hiedra, o algo así.

Assad asintió con la cabeza, impresionado. Seguro que la botánica no era uno de sus puntos fuertes.

—Casi parece que los árboles ya tienen hojas, Carl.

Rodearon la arboleda con la vista en lo alto. De cada raíz salían varios tallos fuertes, que más arriba se bifurcaban en ramas, de manera que había grandes

probabilidades de que el cadáver de Alberte quedara atrapado allí.

—Se quedó colgada en alguna bifurcación más baja, a unos cuatro metros de altura. Debió de rodar en el aire, ya que estaba boca abajo, ¿no te parece, Assad?

Este respondió con un gesto afirmativo y trató de hacerse una idea de la situación.

—Habersaat venía de la carretera general cuando la encontró —expuso Assad—. Así que venía por el lado equivocado, desde donde era difícil verla detrás de las enredaderas. Fue una suerte que llegara a verla.

—¿Suerte? Bueno, tal vez. Pero no para él.

Assad hizo señas a Carl para que se acercara. Al otro lado de los árboles había un camino vecinal que llevaba a una granja, a unos doscientos metros de allí. Al otro lado, cerca de donde la carretera secundaria confluía en la general, se alzaba un edificio amarillo, otra granja. Aparte de eso no había rastro de civilización cerca.

—Fue ahí donde encontraron la bici, Carl —informó, señalando, al otro lado del camino vecinal, una mancha verde de vegetación bajo otra arboleda. Era extraño que la bici hubiera volado tan lejos.

—¿Pensamos lo mismo, Assad?

—No sé. Pero yo, al menos, pienso que tuvo que ser un coche muy especial para poder catapultarla tan alto.

—¿Y la bici?

—Creo que la dejó sobre el caballito y salió al encuentro del coche. Que el coche golpeó la bici justo después de golpear a la chica, y que salió despedida como ella, solo que más inclinada.

—Caballote, Assad, no caballito. Y sí, soy de la misma opinión.

Estuvieron un momento tratando de imaginarlo cada uno por su lado. El coche, que había pasado zumbando junto a la granja, kilómetro y medio antes. El conductor, cada vez más decidido de que había que acabar con aquello. Luego venía la curva, y disminuía la velocidad.

—Creo que el conductor y Alberte establecen contacto visual ya en la curva —explicó Carl—. La chica deja la bici sobre el caballote y avanza. Quizá salude con la mano. Está contenta y sonriente, y se lleva la sonrisa a la muerte. No creo que pase miedo, porque está contenta e ilusionada. Luego, al final, el coche acelera y la golpea de forma que sale despedida de la calzada a las ramas de los árboles. El conductor da un volantazo en el mismo segundo, pero roza la bicicleta algo más adelante, tal vez con el lateral. Por eso aparece la bici bastante más a la derecha.

Carl miró otra vez hacia la carretera de donde venía el coche.

—Es posible que el pie del conductor apenas tocase el freno la mayor parte del trayecto. El conductor modera la velocidad después del impacto, pasa junto a la granja amarilla de la izquierda a una velocidad más normal, para finalmente incorporarse a la carretera general y desaparecer. ¿Estás de acuerdo, Assad?

—Menudo cabrón —murmuró Assad, así que debía de estarlo. Luego continuó, echando la cabeza atrás—. ¿Qué tipo de coche puede, o sea, empujarla yendo tan

despacio?

—No lo sé, Assad. Un quitanieves podría hacerlo, pero fue antes del invierno, y, de todas formas, si hubiera sido un armatoste así, la chica no se habría adelantado. Pero lo que la golpeó fue algo montado para la ocasión, en eso tienes razón.

—¿Por qué no lo encontraron, si miraron por toda la isla? Y aunque las cámaras de vigilancia de los *ferries* salientes solo tomaron imágenes los primeros dos días, un vehículo así habría llamado la atención, ¿no te parece?

—Sí, a menos que lo que catapultó a Alberte al árbol fuera algo que pudiera desmontarse y guardarse, Assad.

—Ya, pero ¿qué? ¿Tú también piensas en la furgoneta del pan?

—Por supuesto.

—Debía de llevar algo delante, montado sobre el extraño parachoques, porque con él solo no bastaba.

—No, desde luego que no bastaba. Les preguntaremos a los peritos.

Carl miró una vez más las copas de los árboles, mientras se imaginaba la silueta de la chica muerta. Por un momento sintió tristeza, pero también una especie de devoción, como cuando estás en tierra consagrada. Si hubiera sido católico, se habría santiguado; no lo era ni de lejos, y parecía extraño, pero se sentía vacío y triste.

Miró a Assad, que estaba de espaldas.

—Dime, Assad, ¿los musulmanes tenéis algo para honrar a los muertos, una oración o algo así?

Assad se volvió hacia él con calma.

—Ya está hecho, Carl. Ya está hecho.

Y mientras dejaban atrás campos y sombreadas arboledas, Carl se imaginó a la joven y bella Alberte acercándose en bici por el lado opuesto de la carretera, con el cabello al viento y el rostro ilusionado, camino de la muerte.

—Kristoffer Dalby vive en Vestermarie. Así que hay que volver por la misma carretera y seguir un trecho más —informó Assad, despegando el móvil del oído—. Acabo de hablar con Jonas Ravnå, el policía de la Brigada Criminal, y dice que ahora Dalby es maestro de escuela. Después me ha dicho algo que, entonces, no sé si es tan buena noticia.

—¿De qué se trata?

—Han encontrado la bici.

—¿Y no es una buena noticia?

—Bueno, sí. Pero resulta que la guardaron durante diez años, y luego, o sea, la tiraron. El 25 de febrero de 2008, para ser exactos.

—Pero eso es irrelevante, ¿no? Porque han vuelto a encontrarla.

—Sí, pero por casualidad. Alguien del pueblo sabía, entonces, que la bici que había en el montón de cachivaches era la de Alberte. La reconoció por el periódico, y

por eso se la llevó.

—No entiendo adónde quieres ir a parar.

—Se la llevó porque era especial y tenía una historia especial. Así que la soldó a una escultura de chatarra, llamada... —Miró en su papel—: *Destinotopía*.

—¡Santo cielo! ¿Y dónde está esa supuesta obra de arte ahora?

—Pues hemos tenido suerte, porque acaba de exponerla en Verona, pero ya ha vuelto a casa.

—¿Y dónde está esa casa?

—En Lyngby. Curioso, ¿verdad? Pasas todos los días por allí cuando vuelves a casa de Jefatura.

Encontraron el camino que llevaba a la pequeña propiedad rural donde vivía Kristoffer Dalby, al noroeste del modesto grupito de casas que formaban Vestermarie. El terreno sobre el que se alzaba la casa sería el más pequeño en kilómetros a la redonda, pero aun así había en él columpios, toboganes y areneros para un batallón.

—¿Nos habremos equivocado? —preguntó Assad.

Carl miró el GPS y sacudió la cabeza. Señaló el buzón del correo, que estaba al borde del camino. Kristoffer e Inge Dalby, ponía, de modo que era allí; y debajo había pegada una pequeña etiqueta en la que se leía Mathias y Camilla.

Tocaron el timbre y observaron por lo menos cincuenta colillas en un pequeño cubo junto a la escalinata. Me parece que aquí vive alguien puteado, pensó Carl mientras se oía ruido al otro lado de la puerta.

—Vamos a ir directos al grano, Assad —alcanzó a decir antes de que un hombre abriera la puerta.

No cabía duda de que era Kristoffer Dalby en persona, aunque con unos kilos de más, barba canosa descuidada y zapatos gastados. Desde luego, Alberte no se habría enamorado de él si lo hubiera conocido hoy en día.

La expresión bonachona desapareció de su rostro cuando mencionaron el objeto de la visita, y todas las luces de alarma de Carl se encendieron. Por la cara que puso Assad, dedujo que también él se había fijado.

Era una reacción típica de los que tenían demasiado que ocultar para cosa buena.

—¿Nos esperabas?

—No sé a qué te refieres.

—Veo que te has alterado cuando te hemos dicho a qué veníamos, podría pensarse que temías que ocurriera algo. ¿Es algo en lo que has pensado en los casi veinte últimos años, Kristoffer?

De pronto sus rasgos empequeñecieron. Labios apretados y ojos entornados, mejillas chupadas. Una reacción de lo más singular.

—Adelante —los invitó a entrar, no muy complacido.

Señaló un asiento entre un montón de juguetes de madera desperdigados sobre

una manta de jugar decorada con carreteras, semáforos y casas. Era un cajón de sastre multicolor, y en el alféizar interior estaba la trompeta con la que en otros tiempos trataba de cautivar a su entorno.

Estaba cubierta de polvo.

—¿Tenéis muchos hijos? —preguntó Assad.

El hombre trató de sonreír, pero no lo consiguió.

—Tenemos dos, pero ya no viven en casa. Mi mujer trabaja cuidando niños de otros —respondió.

—¡Ah, era por eso! Bueno, no queremos hacer perder el tiempo a nadie, así que vayamos al grano, Kristoffer —decretó Assad—. ¿Por qué no te apellidas ya Studsgaard? ¿Creías que algo tan sencillo como un cambio de apellido iba a bastar para que no te encontrásemos? Pero entonces no deberías haber elegido una casa tan cerca de la Escuela Superior, ¿no te parece?

Era arriesgado, pero ¿para qué perder el tiempo?

Carl miró alrededor. Dos jóvenes en una foto enmarcada sobre un antiguo televisor analógico. Multitud de vídeos VHS de dibujos animados. ¿Todavía quedaban de aquellos?

—No sé a qué te refieres. He cambiado de apellido porque mi mujer no quería apellidarse Studsgaard, y tomé el suyo.

—Escucha, Kristoffer. Sabemos que en el pasado saliste con Alberte, no irás a negarlo, ¿verdad? —declaró Carl.

El hombre miró al suelo con la cabeza ladeada.

—No exactamente. Es cierto que anduve un poco con Alberte, pero la verdad es que fue todo bastante inocente, y solo duró un par de semanas.

—Pero estabas muy enamorado de ella, ¿verdad, Kristoffer? —preguntó Assad.

El otro asintió.

—Sí que lo estaba. Alberte era muy simpática y guapa, así que...

—Así que la mataste cuando quiso salir con otro, ¿verdad? —lo provocó Assad.

Dalby pareció desconcertado.

—No, en absoluto.

—Entonces, ¿no te entristeció que ya no quisiera salir contigo? —lo presionó.

—Sí, claro. Pero es algo más complicado.

—¿Cómo, complicado? —preguntó Carl—. ¿Puedes explicarnos por qué?

—Mi mujer va a llegar dentro de poco, y estamos en una racha en la que nos llevamos como el perro y el gato, de modo que agradecería que terminásemos con esto cuanto antes, ¿es posible?

—¿Por qué, Kristoffer? ¿No le has contado todo a tu mujer? ¿O sabe tal vez algo que no debiera saber? ¿Le has contado cosas? ¿Es eso? ¿Temes por su reacción?

—No, no, solo que en este momento... Escuchad, tenemos dos hijos en un internado, y la verdad es que les va de puta pena. No hay mucha alegría en la casa, lo entendéis, ¿verdad?

—¿Eso qué tiene que ver contigo o con Alberte? ¿Por qué no debe oírlo tu mujer? Dalby suspiró.

—Inge y yo empezamos a salir en primavera de 1997, así que llevábamos casi medio año juntos cuando comenzamos el cursillo, y entonces apareció Alberte. ¡Por eso! No quiero tocar ese asunto. Al menos, no en este momento.

—Vaya. Es decir, ¿Alberte le birló el novio delante de sus narices?

Dalby hizo un gesto afirmativo casi imperceptible.

—Se puso hecha una fiera y todavía puede enfadarse. Aquella vez la traicioné e Inge no lo olvida.

—Entonces, ¿no te odiaba solo a ti, sino también a Alberte? —concluyó Carl. Después se volvió hacia Assad—. ¿Qué dice el informe? ¿Se interrogó a Inge en relación con el asesinato de Alberte?

—¿Asesinato? —Kristoffer Dalby se echó adelante en la silla—. Fue un accidente. Eso dijeron en todas partes.

—Ya, pero nosotros tenemos otra teoría. ¿Qué dices, Assad? ¿La interrogaron? —repitió la pregunta.

Assad negó con la cabeza.

—Entre los cursillistas no había ninguna Inge Dalby.

El maestro sacudió la cabeza.

—Chorradas, ella estaba...

Luego cortó la frase y asintió en silencio.

—No, es verdad, es que entonces se llamaba Inge Kure, pero le gustaba más el apellido de soltera de su madre. Resulta que hay muchos Kure, Studsgaard, Pihl y Kofoed en la isla, supongo que lo sabréis. De manera que cuando nos casamos decidimos que preferíamos tener un nombre no tan corriente, esa es la razón.

Assad sacó el informe, dejó el anuario con la foto de la clase en la mesa baja ante sí y repasó los nombres.

—Inge Kure, mmm. Sí, es ella. Está justo detrás de Alberte.

Carl se acercó. Una chica algo llenita de pelo oscuro rizado. Muy corriente, no demasiado guapa. Un contraste absoluto con el ángel de la primera fila que iluminaba todo el escenario.

Assad siguió hojeando.

—Sea como sea, vamos a tener que hablar con tu esposa —comunicó.

Dalby emitió un suspiro. Hundió las mejillas y les aseguró que ninguno de los dos tenía nada que ver con la muerte de Alberte. Alberte solo era la chica de la que estaban enamorados todos los chicos del cursillo, y por eso irritaba al resto de las chicas. Alberte era bien vista por todos, pero su presencia perturbaba esa armonía que se establece cuando todos están a la misma altura en el plano sentimental. Así fue como lo formuló. Parecía ensayado.

—¿Te quedaste resentido cuando Alberte te dejó? —preguntó Carl.

—¿Resentido? No, me quedaría resentido si hubiera encontrado a otro en la

Escuela, pero no era el caso.

—¿Luego Inge te volvió a aceptar sin más? —preguntó Assad.

Asintió con la cabeza y suspiró. ¿Pudo ser un gesto del que más tarde se había arrepentido?

—Entonces, ¿dices que Alberte empezó a salir con uno que no era de la Escuela? ¿Quién era? —preguntó Carl.

—No lo sé, pero Alberte mencionó que era alguien que vivía en una comuna en Ølene. No supe nada más. De hecho, no creo que nadie de la Escuela supiera más.

De modo que fue así como Habersaat siguió la pista de la comuna.

—Debía de ser una especie de Don Juan —continuó Kristoffer.

—¿Cómo era eso? ¿Había tenido otras novias en la Escuela?

—Eh... no. Al menos, no que yo supiera.

—¿Y cómo sabes que era un Don Juan?

—No lo sé. Fue la impresión que me produjo por haberse llevado a Alberte.

—¿Nunca lo viste?

Sacudió la cabeza.

—¿Estás seguro? ¡Mira esto! —Assad le puso delante la foto del hombre saliendo de la furgoneta Volkswagen—. ¿No lo viste aquí? ¿Tal vez lo vieras esperando a Alberte a la puerta de la Escuela?

Kristoffer tomó la foto y palpó el bolsillo de la pechera en busca de las gafas. Carl miró a Assad, que se encogió de hombros. Sí, estaba claro: las reacciones de Kristoffer Dalby parecían lógicas y comprensibles. Su discreto modo de proceder y el temor a volver a abrir viejas heridas explicaban muy bien su reacción al abrirles la puerta.

—La foto está muy borrosa, pero no, no creo haberlo visto nunca. Sí que vi varias veces una furgoneta aparcada algo más allá de la puerta de la Escuela. Nunca la vi de frente, pero era azul claro como esta, y, que yo recuerde, también tenía las ventanillas laterales condenadas.

Una memoria excelente, después de tantos años. La sospecha empezó a corroerlo otra vez.

Oyeron ruido en el pasillo y la expresión de Dalby cambió.

—¿Tenemos visita? —gritó una voz de mujer desde el pasillo—. No se me hace conocido el 607 de fuera. ¿Es Ove, que le han vuelto a vender una mierda de coche?

Una mujer corpulenta apareció en el dintel de la puerta. Bastante difícil de reconocer en la foto de grupo de la mesa.

Arrugó el ceño y su mirada se desplazó desde la cabeza gacha de Kristoffer hasta los dos desconocidos, después miró la mesa baja, la carpeta del informe y el anuario de la Escuela Superior.

—¿Otra vez con el viejo caso?

Dirigió una mirada hostil a su marido.

—¿Qué es lo que ocurre esta vez, Kristoffer? ¿Esa mocosa nunca va a dejarnos en

paz?

Carl se presentó a sí mismo y a Assad, y explicó la razón de que siguieran la investigación.

—Habersaat, ¡vaya cuadro! El hombre que se saltó la tapa de los sesos, ¿cómo se puede ser tan miserable? Ese tipo es irritante incluso muerto —dijo con un bufido—. Yo pensaba que, ahora que él ya no estaba, se acabaría lo de Alberte.

—La odiabas, ¿verdad, Inge?

—No en el sentido que piensas. Tampoco como pensaba Habersaat, si es que sabes algo de eso. Pero desde que Alberte apareció en la Escuela, ya nada volvió a ser igual, y si tuvieras la extraña idea de que me alegré por lo que ocurrió, estás equivocado, claro.

—Nos gustaría oír tu versión de la historia. ¿Te parece bien?

La mujer desvió la mirada, así que no le parecía bien.

Pero de todas formas la contó.

Al principio, Alberte les caía bien a todos. Era generosa con los abrazos y andaba de casa en casa bromeando y haciendo que las chicas se partieran de risa. Así era al principio, pero luego cambió. Su falta de consideración para con las chicas que tenían sus propias ilusiones con los chicos de la Escuela era demoledora. No era que nadie sospechara que quisiera hacer daño a propósito, es que era algo irreflexiva.

—Niels está buenísimo, ¿no os parece? —podía decir, mientras una de las chicas de las últimas filas de la clase suspiraba. Esta vez estaban hablando de su pareja.

Y los ojos de Alberte relucían cuando hablaba de los besos que había recibido. Podía hablar del aliento cálido y del olor de los chicos sin pararse a pensar que podía herir a otras.

Decían que era una mimada acostumbrada a conseguir todos sus deseos, pero Inge ya sabía que no era cierto.

Lo cierto era que Alberte no necesitaba expresar sus deseos para conseguir nada. Todo le venía de forma natural.

Y aquella era la fuente de la amargura de Inge, no hacía ningún esfuerzo por ocultarlo. No porque Alberte le birlara el novio, sino porque él mismo se ofreció, y aquel hecho continuaba corroyéndola por dentro diecisiete años después.

Carl miró al marido de Inge, acurrucado en el sofá ante ellos, con la mirada baja. Al parecer, Alberte tenía una sensualidad mágica que nadie podía igualar, una sensualidad muy peligrosa.

—Inge, he preguntado a tu marido si sabía el nombre del tipo con quien salió Alberte hasta su muerte. ¿Sabes tú cómo se llamaba?

—Eso me lo preguntó por lo menos diez veces Christian Habersaat cuando nos interrogó a los cursillistas. Ya se lo habíamos dicho al policía de la Brigada Criminal de Rønne, pero Habersaat quería volver a hacerlo, como siempre. Dije que Alberte lo mencionó una sola vez, porque le parecía que sonaba muy exótico. Pero entonces no lo guardé en la memoria y ahora no recuerdo nada.

—¿Nada?

—No, solo que eran varios nombres, y que sonaba disparatado. El primero era más corto que los demás. Tenía un aire bíblico.

—¿Cómo, corto? ¿Como Adam?

—No, tal vez solo tres letras; pero, la verdad, no tengo ganas de hablar de eso.

—Lot, Sem, Noé, Job, Eli, Koa, Gad, Set, Asa —soltó Assad.

¿Cómo demonios podía él, que era musulmán, recitar aquella letanía?

—No, creo que no era ninguno de esos. Pero ya lo he dicho, no tengo ganas de pensar en ello.

—¿Y los demás nombres? —insistió Carl.

—Ni idea. Como he dicho, era algo disparatado. Algo así como Jamalají Papparazzi.

Sonrió. Tendría sus razones.

—Así que ¿no sabes nada más de él? ¿Estás segura?

—La única otra cosa que sé es que debía de ser de Copenhague. Desde luego, no era de la isla, y tampoco jutlandés, por lo que entendí. Y luego estaba la furgoneta, claro, de eso ya hemos hablado Kristoffer y yo.

—¿Esta? —Assad empujó hacia ella la foto del aparcamiento.

Inge la miró un momento.

—El color y la forma, al menos, eran esos. Claro que no se ve muy bien.

—¿Recuerdas algún detalle de ella?

—¿Detalle? Solo la vi por detrás y a distancia.

—¿Tal vez alguna abolladura o arañazo, color de la matrícula, cortinas en las ventanillas? Algo que destacase.

La mujer sonrió.

—Las ventanillas eran oscuras, y la matrícula, de las de antes, negra con cifras blancas, y también había una especie de línea curva negra, que parecía venir del techo, y creo que tenía blanco en las ruedas, o sea, una raya ancha en torno al tapacubos, pero no estoy segura. También puede que fuera de algún otro coche que vi en la carretera.

—¿Una línea curva, dices?

—No sé si era suciedad, o qué.

Se volvió hacia su marido.

—¿Recuerdas algo de eso, Kristoffer?

El hombre sacudió la cabeza.

Bien, matrícula negra. Así sabían, al menos, que el coche estaba matriculado antes de 1976, si es que servía para algo.

—¿Qué dices, Carl? ¿Los Dalby están absueltos?

Carl hizo un par de cambios de marcha antes de contestar.

—Para mí la cuestión es quién era Alberte, Assad. Es en lo que estoy pensando ahora. Te responderé la pregunta cuando sepamos algo más de ella. Inge Dalby es sin duda una mujer dura y malhumorada, pero por otra parte parece tener los pies en la tierra, así que en este momento no sospecho nada especial. Y luego está Kristoffer. Es un calzonazos que fuma cigarrillos en la escalinata de la entrada y que jamás en la vida se enfrentaría a su mujer. ¿Podría ser lo bastante apasionado para cometer un crimen por celos? La verdad es que no lo creo.

—¿No te parece extraño que él recordase que una furgoneta tenía las ventanillas condenadas después de tantos años? ¿Y que ella recordara la línea blanca de las ruedas, la raya lateral y la matrícula negra? ¿Tú lo recordarías?

Carl se alzó de hombros. En realidad, creía que lo recordaría.

—Oye, ¿no vamos en la dirección contraria a lo que debiéramos? ¿No teníamos que ir a la residencia de Rønne a visitar a la hermana de June Habersaat? —preguntó Assad.

—Sí, pero creo que antes deberíamos encontrar ese sitio llamado Ølene. Tal vez quede alguien de aquella época que recuerde a los *hippies*.

—¿No crees que Habersaat haría todo lo que pudo en ese sentido?

—Sí, pero la cuestión es si lo hizo lo bastante bien. Nos ha sugerido que debemos concentrarnos en el hombre de la foto ampliada, ¿no? Entonces trato de hacerme una idea del tipo de sujeto a quien nos enfrentamos, porque en principio no tengo ni puta idea, Assad.

Se encontraba más lejos de lo que había calculado Carl, y el sol ya estaba bajo. Aunque le faltaba hora y media para desaparecer, las sombras eran largas, y los colores del paisaje, más pálidos.

—Aquí hay bastantes árboles, Carl. ¿Tienes alguna idea de adónde nos dirigimos?

Carl negó con la cabeza.

—Llama a Jonas Ravnå, él te dirá cómo llegar.

—Son casi las seis, no estará de guardia ya.

—Inténtalo. Tienes su número de móvil; y activa el altavoz.

Por aquellos barrios se cenaba temprano, y Ravnå no pareció muy entusiasmado por la interrupción. ¿Es que no tenían un GPS? ¿Es que no sabían usarlo?

De todos modos, se apiadó de ellos, y explicó a Carl que debía buscar el sendero que lleva al río Øle, que salía de Ølenevej, frente al cartel de la Reserva Animal, y que no había pérdida. Un dibujo de un pájaro con un mensaje en alemán no muy amable: *zutritt verboten*, ponía.

El camino serpenteaba arriba y abajo, pero encontraron el cartel frente a otro más pequeño que señalaba el sendero del río Øle, un camino sin salida y una casa al parecer abandonada con su granero y, al lado, una parcela de tierra cubierta de hierba.

—Un sitio curioso. ¿Qué te sugiere, Carl? —preguntó Assad cuando salieron del coche.

Carl sacudió la cabeza. Era difícil imaginar un campamento *hippy* en aquel lugar desangelado.

—Tal vez ese pueda decirnos algo.

Carl señaló una pequeña mancha en el sendero que se acercaba sin prisas.

Esperaron un minuto hasta que un hombre en pantalón corto y con, por lo menos, setenta y cinco años a la espalda se les acercó en algo que pretendía ser paso ligero.

Parecía no querer detenerse, tal vez porque presentía que luego iba a costarle ponerse de nuevo en marcha; de manera que se quedó resoplando, con los brazos caídos a los lados, hasta que estuvo preparado para recibir sus elogios.

—Está usted hecho un toro —lo saludó Carl, en referencia a su edad y esfuerzo deportivo.

—Sí, hay que ponerse en forma antes de cumplir los sesenta —respondió el hombre en dialecto cerrado; le silbaban los pulmones.

¡¿Solo sesenta?! Menuda decadencia, sería mejor que siguiera corriendo.

—¿Vive cerca? —preguntó Carl.

—No, qué va, vivo en Hamburgo. Creo que me he alejado demasiado de casa. No debí torcer a la derecha tan tarde.

Assad rio. Así que había dos que entendían aquella clase de humor.

—Entonces supongo que conocerá un poco la historia de esto.

—¿Qué quiere saber?

Carl señaló la casa abandonada y le explicó lo que estaban investigando.

—Aquel policía entrometido nos hizo cientos de preguntas —respondió el hombre—. Pues sí, ahí vivieron unos jóvenes durante medio año. El viejo dueño no tenía muchos escrúpulos a la hora de llevarse el dinero.

—¿Por qué lo dice?

—Porque había un montón de *hippies* que no eran de aquí. Ropa de colores y pelo largo. Y hacían cosas de lo más extrañas.

—¿Como por ejemplo...?

—Corrían por el terreno extendiendo los brazos hacia el sol. Hacían una hoguera por la noche y corrían alrededor, a veces desnudos, de aquella manera extraña. A los demás no se nos ocurría hacer cosas así.

Sonrió con ironía.

—¿Extraña?

—Sí, se pintaban símbolos en el cuerpo y recitaban, como si fueran católicos. Algunos decían que eran odinistas, pero a nosotros nos parecía que estaban locos, igual que muchos otros turistas.

—Interesante. ¿Qué tipo de símbolos?

—Ni idea, una especie de garabatos. —Su rostro se iluminó—. Parecía que fueran pieles rojas.

—Curioso.

—Tenían también un cartel grande colgado sobre la puerta de la casa. «La bóveda celeste», creo que ponía.

—Pero ¿no hacían proselitismo, o montaban follón en la comarca?

—No, no, eran muy simpáticos y pacíficos. Un poco locos, como decía.

Carl señaló la bolsa de Assad, y apareció la foto del hombre con la furgoneta.

—¿Y este? ¿Lo reconoce? —preguntó Assad.

—Ah, sí, era la foto que traía siempre el policía. Ya les dije que tenían una

furgoneta parecida, pero no tengo ni idea de quién es el hombre. Nunca vi directamente a esa gente.

—Así que en aquella época ¿no hacía *jogging*?

—Ni por el forro. ¿Por qué cree, si no, que debo entrenarme ahora?

Les dio un par de informaciones complementarias. Sí, la matrícula era negra, y sí, había una raya curva en la parte superior a cada lado del vehículo, pero por lo demás ningún símbolo, abolladura, arañazo ni nada por el estilo. Y sí, serían unos nueve o diez jóvenes en la comuna, cuatro o cinco de cada sexo; y de pronto un día desaparecieron. Fue así, y a partir de entonces el dueño solo la alquilaba a alemanes, que dejaban más dinero en caja.

—¿Sabe usted o alguno de los vecinos cuándo se marcharon? ¿Fue en los días de la investigación sobre Alberte Goldschmid?

—Ni idea; yo, al menos, no lo sé. Suelo viajar a menudo, y en aquella época no estaba. Soy bioquímico, especializado en enzimas, y estaba investigando en Groningen. Sobre la producción de almidón, si lo quieren saber todo —comentó, riendo.

Los ojos de Assad se agrandaron.

—¿Almidón? Ese es un buen remedio. Cuando un camello tiene una herida causada por la silla...

—Gracias, Assad, no creo que al señor le interese lo de los camellos.

Se volvió hacia el hombre.

—¿Y su antiguo vecino, el que alquiló la casa? Él si sabría cuándo se marcharon, ¿no?

—¿¡Aquel?! No se enteraba de nada, no vivía aquí. Siempre que cobrase su alquiler, dejaba a la gente a su aire.

Les dijo cómo se llamaba, se armó de valor y siguió caminando con el fuelle a tope.

—Creo que vamos a tener que mirar con detalle los expedientes y, sobre todo, las anotaciones de Habersaat. Podríamos haber aprendido mucho, en lugar de venir hasta el quinto pino.

—¿Por qué el quinto?

—Olvídalo. Es una expresión.

La residencia donde vivía la hermana de June Habersaat era un festival de cristal reluciente y paredes encaladas en gris, y daba la sensación general de estar recién construido. Visto desde fuera, parecía un lugar excelente para albergar una auditoría de lujo o una clínica privada de cirugía plástica. No era lo que uno se imaginaba como versión municipal de la estación final de la vida.

—Karin Kofoed está un poco espesa —comunicó la cuidadora mientras los acompañaba. Por desgracia, la demencia y el Alzheimer se han unido, pero, si hablan

de una cosa cada vez, a veces suele tener algún momento de claridad mental.

La hermana de June Habersaat estaba un poco encogida, con los brazos bailando, en la butaca. La sonrisa parecía congelada, pero sus manos estaban vivas, como si dirigiera una orquesta sinfónica en un concierto ficticio.

—Los dejaré a solas, para que no centre la atención en mí —dijo la cuidadora con una sonrisa.

Se sentaron frente a la mujer en un sofá estrecho, y esperaron a que su mirada se posara en ellos.

—Karin, nos gustaría hablar con usted sobre Christian Habersaat y su investigación —explicó Carl por fin.

La mujer asintió y volvió a desviar la mirada. Se quedó un rato mirando sus dedos extendidos y se volvió hacia los visitantes, tal vez algo más atenta.

—Porque... ¡Bjarke! —gritó.

Carl y Assad se miraron. Aquello iba a ser difícil.

—Sí, Bjarke ya no vive, es verdad. Pero no queremos hablar sobre Christian a causa de él.

—Bjarke es mi sobrino, juega al fútbol. —Hizo una pausa—. No, no es fútbol. ¿Cómo se llama?

—Su hermana June, Bjarke y usted vivieron juntos, por lo que hemos sabido.

Assad se movió hacia el borde del sofá para acortar la distancia.

—Fue cuando June y Christian se separaron y ella salía con otro hombre. La vez que vivieron juntos, hace muchos años. ¿Se acuerda?

Una arruga de preocupación se formó en su frente lisa.

—Ooh, June. Qué enfadada está conmigo.

—¿Con usted, Karin? ¿No era con Christian? —Carl también se acercó más.

La mujer perdió la atención otra vez. Miró por la ventana, movió la cabeza un poco arriba y abajo, como si se respondiera a sí misma en un diálogo interno. Sus manos temblaban. Luego la arruga que tenía en la frente desapareció y se relajó. Allí no había nada que hacer.

—¿June estaba enfadada por la investigación de Habersaat? ¿Lo recuerda, Karin?

La mujer había oído la pregunta, sin duda, porque se volvió hacia él con ojos muy expresivos. Pero no llegó ninguna respuesta.

—Bjarke está muerto. Está muerto —repitió la mujer un par de veces, mientras sus manos empezaban a girar ante ella.

Assad y Carl se miraron. Si respondía algo relevante, iba a ser por pura casualidad, de modo que habría que improvisar. Carl hizo una seña a Assad, que sacó de inmediato la foto del hombre junto a la furgoneta Volkswagen.

—¿Oyó a Christian o a June hablar del hombre de la imagen? —preguntó Carl. Por si sonaba la flauta.

—El chico guapo de pelo largo —añadió Assad.

La mujer los miró, confusa.

—Bjarke tenía pelo largo. Siempre pelo largo —dijo—. Como el hombre.

—Sí, el hombre. ¿Mencionó alguien algo sobre él? —Carl trataba de aferrarse a lo que fuera.

Al parecer, la mujer trataba de mirar lo que señalaba el dedo de Carl, pero no ocurrió nada.

¿Recuerda cómo se llamaba, Karin? ¿Era Noé?

Karin echó la cabeza atrás y rio con la boca abierta.

—¡Noé! El que llevaba los animales. ¿Lo recuerdan?

Carl miró a Assad.

—Vamos a hacer un descanso, ¿te parece?

Assad sacudió la cabeza, resignado. No parecía haber un chiste de camellos adecuado para la situación.

—Vamos a llamar a June Habersaat y vamos a mencionarle sin rodeos al tipo de la foto. Lo más que puede hacer es colgar.

Assad asintió, pensativo, y puso los pies sobre el salpicadero.

—Puedes estar seguro de que lo hará. Tal vez sea mejor volver a su casa y confrontarla con la foto en un ataque por sorpresa.

Carl frunció el ceño. ¿Volver a Aakirkeby? Ni hablar de los hablantes. Marcó el número de June Habersaat y oyó por el receptor una voz capaz de hacer añicos el cristal.

—Perdona que te moleste otra vez, June, no es mi intención. Venimos de la residencia de tu hermana, te envía saludos. Hemos hablado con ella un poco de los viejos tiempos, ya sabes, y quería hacerte algunas preguntas sobre si conociste a un joven de pelo largo que por la época circulaba por la isla en una furgoneta Volkswagen azul claro.

—¿Quién os ha dicho que salía con él? —dijo entre dientes—. ¿Mi hermana? Pero si está pirada, ¿no te has dado cuenta, estúpido imbécil?

Carl entornó los ojos. Aquella manera directa de hablar de June Habersaat era algo a lo que tendría que acostumbrarse.

—Bueno, sí, era bastante evidente. Pero creo que no me he expresado bien. Lo que nos interesa no es que salieras con otro hombre entonces, sino si conocías a un hombre que vivía en Ølene, en una especie de comuna *hippy*, y que tenía un nombre corto que recordaba a la Biblia y, por cierto, que era de Copenhague. ¿Te suena?

—¿Habéis interrogado a Karin sobre eso? No quiero que andes preguntando sobre mí y sobre la gente que conozco, cabronazo. Acabo de perder a mi hijo, así que haz el puto favor de dejar de llamarme por teléfono, ¿entendido?

Carl abrió los ojos como platos. Aquella mujer no se cortaba un pelo.

—Sí, June, entendido. Pero ¿hablar por teléfono no es mucho mejor que tener que ir a comisaría a que te interroguen? Necesitamos información sobre ese hombre, y tú

eres una de las personas que podría haber oído hablar de él. Tenemos una foto...

—No tengo ni idea de quién es el hombre de quien hablas. No es más que basura que habéis sacado de los papeles de Christian.

Y colgó.

—¿Qué? —preguntó Assad.

Carl tragó saliva.

—Nada. Ha entendido mal, ha empezado a embarullarlo todo y no he sacado nada en limpio. Está a muy la defensiva con nosotros.

Assad lo miró, cansado.

—¿Vamos a su casa y le plantamos la foto en la cara?

Carl sacudió la cabeza. ¿Para qué? June ya había mostrado sus ganas de colaborar, Karin estaba inaccesible y Bjarke, por supuesto, tampoco podía hacer ninguna contribución. Tendrían que desistir de todo tipo de ayuda por parte de la reducida familia de Christian Habersaat.

—Entonces, ¿qué?

—Ve a Listed a ayudar a Rose —sonrió Carl—. Me temo que voy a tener que quedarme en Rønne esta noche para leer informes.

Después alargó el brazo hacia la carpeta de Assad y, en un momento de temeridad, le dio las llaves del coche.

—Por una vez, te dejaré que me lleves al hotel.

Se arrepintió de su gesto un instante más tarde, cosa que debería haber sabido.

Era increíble cuántos adelantamientos peligrosos podían hacerse para ir de una punta de Rønne a la otra.

Había varias cosas que llamaban la atención al leer los papeles que el comisario Birkedal les había entregado. Por una parte, que la información contenida no se había renovado desde 2002, y por otra, que la teoría de un asesinato premeditado jamás pasó por la mente de los investigadores. Podría haber razones político-policiales para ello, ya que, si fuera un asesinato, el caso no podría archivarse nunca. Otra posibilidad era que nunca hubieran analizado el atropello en profundidad.

Pero Carl sabía que la razón también podía ser de lo más banal, a saber, que la presión de Habersaat hubiera paralizado a los demás. ¿Acaso no espantó a la gente cuando se convirtió en un metomentodo con sus teorías?

Carl asintió en silencio para sí. Los asesinatos no eran cosa habitual en Bornholm, y la Brigada Móvil nunca se puso a trabajar en ello, de modo que ¿quién iba a hacer dudar a los bisoños investigadores locales sobre el carácter de la muerte? ¿Habersaat?

No creía.

Por lo que leía en los informes, la Policía de Rønne se centró en la teoría del conductor que se da a la fuga, pero nunca identificaron el vehículo implicado en el choque, y desde luego tampoco al hombre que lo conducía. Solo la tozudez y enorme

inversión de tiempo de Habersaat llevaron el caso por derroteros más concretos; pero ¿quién decía que tenía razón?

Pasaron otras dos horas hasta que oyó que Assad y Rose abrían la puerta principal del hotel.

Assad parecía deshecho y se derrumbó en su lado de la cama; dos minutos más tarde yacía con la boca abierta, roncando de manera que los objetos sueltos de la habitación tintineaban.

Tampoco Rose estuvo muy comunicativa sobre su análisis y embalado de la herencia de Habersaat. Aquello tendría que esperar a que el material estuviera en Jefatura, porque estaba rendida y se iba a dormir.

Qué suerte tiene esta mujer, pensó Carl cuando volvió a tumbarse junto al testarizada, una combinación de martillo neumático y manada de ñus en desbandada. A pesar de las ganas, se abstuvo de colocar una almohada en la boca de Assad y apretar.

Miró desesperado alrededor, hasta que sus ojos se posaron en el minibar.

Mejor que los tapones para los oídos, pensó, mientras abría la puerta del frigorífico.

Hicieron falta dos cervezas y por lo menos diez botellitas de alcohol de diversa procedencia para que sus tímpanos dejaran por fin de funcionar.

Octubre de 2013

Mirja trató de sosegar, limpió sus botas y lavó las perneras del pantalón, la pala y el *scooter* en el edificio color de rosa que llamaban el Establo de los Sentidos. En aquella sección del centro entraban sobre todo los discípulos nuevos con tendencias depresivas y mal karma para liberarse acariciando el hocico de los ponis y aspirando el olor a paja recién esparcida y a boñiga fresca. Normalmente solía haber gran actividad de limpieza de animales y establos, pero a aquella hora del día, cuando todos estaban en la habitación meditando, estaba segura de que no iban a molestarla.

Mantén la calma, Mirja, y olvídale todo. Lo que ha sucedido no tiene ninguna importancia en el contexto universal, la amonestaba la razón.

Hacía menos de una hora que había matado a una persona por tercera vez en su vida, y esas cosas se quedaban grabadas. Sus antebrazos estaban enrojecidos y su corazón martilleaba.

—No ha podido ser de otro modo —se susurró a sí misma.

Aquella Wanda Phinn había entrado en su mundo pese a las advertencias, era tan sencillo como eso. Y la consecuencia era que la sacerdotisa mayor de la Academia para la Fusión con la Naturaleza le había parado los pies para siempre, como era su deber, y que, al hacerlo, cuidó de que su posición como la persona más próxima a Atu permaneciera una vez más intacta. Que tenía su precio era otra cuestión. El sosiego interior se vio atacado, su alma se desequilibró, pero ¿qué otra cosa podía esperarse?

El problema de aquello era que Atu se daba cuenta de ese tipo de cosas si no andabas con cuidado.

Baja el pulso, Mirja, se apremió mientras subía por la escalera al piso superior del establo.

—Horus, nacido de una virgen —recitó mientras subía—. Guía de los doce discípulos, resucitado de entre los muertos al tercer día, haz que el desaliento me abandone.

Y como no funcionaba, repitió las frases varias veces, pero seguían sin producir efecto alguno, y Mirja estaba espantada por ello, porque las otras veces había funcionado. ¿Cómo podía continuar su recitado si los demonios se apoderaban de ella y si el espíritu no la acompañaba? ¿Acaso no había actuado como siempre por una causa justa? ¿Aquella Wanda no había venido a echar por tierra lo que Atu y ella habían construido? Entonces, ¿por qué seguían temblándole los dedos?

Cerró los ojos, juntó las palmas de las manos ante su rostro y respiró lento y hondo. Había librado de manera inequívoca a los asistentes a la academia de las

malas energías de Wanda Phinn, lo sabía. Así que tampoco podía ser nada malo.

Recitó la plegaria una vez más, y notó con alivio que le bajaba el pulso.

Hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza al haz de rayos de luz que se colaba por las ventanas del techo, agradeció a la Providencia y a continuación pensó en el desarrollo de los acontecimientos con renovado brío y voluntad.

Las últimas horas habían sido muy intensas, y así se cometían errores. Podría haber olvidado o pasado algo por alto; en ese caso, se trataba de recuperarlo cuanto antes.

Cerró los ojos y rebobinó su película interior hasta el lugar de los hechos. Que ella supiera, no había cometido errores ni pasado nada por alto.

El cadáver de la mujer desnuda no iban a encontrarlo de momento, y eso si lo encontraban alguna vez, estaba segura de ello. Se hallaba demasiado lejos de todo. Así que un problema menos.

El fondo del charco más profundo de Alvar estaba blando, y por eso fue fácil cavar un agujero profundo, para que la tumba no se abriera con las lluvias torrenciales. Eso también estaba arreglado. ¡Listo!

Borró con cuidado todas las huellas que pudieran llevar a la tumba a algún botánico perdido o a algún visitante desviado de los senderos. ¡Listo!

Y, para terminar, se aseguró de que nadie la hubiera visto allí, tampoco al salir de la zona. ¡Listo!

Mirja hizo un gesto afirmativo, satisfecha, y empujó a un lado un par de cajas de cartón sobre el suelo de tarima. Debía continuar. Faltaba poco para la reunión comunitaria de la Academia, ahora que los discípulos habían estado en sus cuartos meditando y observando su interior. El patio estaba desierto, y solo las traidoras cámaras de videovigilancia, que Atu mandó colocar por indicación suya tanto dentro como en el exterior, podían documentar que había estado fuera, y también lo que había hecho después de volver.

Ya se encargaría de borrar aquellas cintas de vídeo cuando entrara en el despacho, tampoco eso era un problema.

Solo quedaban las pertenencias de la mujer.

Miró hacia el bulto de ropa que había quitado al cadáver: falda, blusa, ropa interior, un cinturón de dos colores, pañuelos de cuello, zapatos de tacón, ropa de abrigo, medias. Había que destruir y quemarlo todo, por supuesto. Pero, hasta que se presentara la oportunidad, tendrían que seguir ahí, en una caja de cartón del desván, entre la ropa que los miembros iniciados de la academia habían dejado atrás al iniciar la vida ascética.

Del resto, que era el bolso y su contenido —un paquete de condones, diversos artículos de maquillaje, móvil, llaves, entre ellas también la de la consigna de la estación, unos cientos de euros en billetes, documentos de viaje y pasaporte—, tendría que deshacerse al momento.

¿En qué otra cosa debía pensar?

Wanda Phinn escribió en su solicitud que era la única de su familia que emigró de Jamaica años antes, y que había dejado su trabajo. Vivía en una habitación alquilada de las afueras de Londres, pero deseaba dejar esa vida atrás. No había razón para quedarse en Londres, era un capítulo superado de su vida. Había dado de baja sus suscripciones, también la de internet. Había vendido todas sus posesiones terrenas: ordenador, radio, televisor, muebles y algo de ropa. Después, y tras superar, eso esperaba, un curso básico de la academia, solo deseaba que la aceptasen como miembro permanente.

No debía de haber más, de modo que la situación parecía segura. La mujer no dejó pistas dignas de mención en aquel último viaje, y si lo había hecho, entonces Mirja tendría que negar el menor conocimiento de su existencia y sus planes. ¿Cómo diablos iba a poder demostrar nadie lo contrario? El ordenador de Wanda Phinn estaba vendido. No tenía familiares en Inglaterra. No había nada que la atase a Londres, y por eso mismo seguro que no tenía amigos o compañeros de confianza.

Además, ya por la mañana, Mirja borró de su disco duro la información que pudiera relacionarla con ella, así que ¿qué más había? ¿Quizá las había visto alguien cuando fueron de Kalmar a Alvar? Sí, eso seguro, pero nadie que conociera Mirja. Y si, de todas formas, alguien la hubiera visto con la chica, aquellos desconocidos no podrían recordar algo tan insignificante al cabo de dos semanas.

Imposible. Hoy ha habido muchas caras nuevas en el oeste de la isla, pensó.

Aunque era cierto que la última gran oleada de turistas ya había pasado, por lo menos cien visitantes transitaron los caminos de la costa oeste con motivo de las exposiciones de los artistas locales.

Desde luego, en un día como aquel ninguna particularidad ni nadie que anduviera por los senderos iban a ser recordados. No hacía falta que pensara más en ello. La desaparición de Wanda Phinn no se denunciaría por mucho tiempo, y entonces ¿quién iba a recordar un día como aquel?

Mirja sacudió la cabeza y metió un par de pedruscos de arenisca en el bolso de la chica. Cuando lo arrojó con todas sus fuerzas al Báltico, solo le quedaba volver al salón comunitario antes de que empezara la reunión diaria.

Por suerte, las cosas seguían igual: si Mirja no estaba para guiar a los demás, la reunión no funcionaba.

Se vistió de blanco y entró en el salón con la mente calma. Iba a colocar a los discípulos según su rango y grado de pertenencia antes de que apareciera Atu. En octubre, la luz que entraba por los luceros del salón comunitario seguía siendo nítida, y la elevación acristalada del suelo adonde Atu iba a subir en un momento parecía casi tan dorada, cálida y tentadora de ver como el propio maestro.

Cuando él entró, los reunidos estaban, como de costumbre, sentados en el suelo, callados, expectantes. Todos vivían y respiraban por aquellas sesiones, ya que la

palabra de Atu era el punto álgido del día, fuera aquí o en la playa, al salir el sol. En presencia de Atu Abanshamash Dumuzi se encontraba respuesta a todo tipo de búsquedas y preguntas, y los discípulos se quedaban embelesados.

Y es que te sentías grande siendo parte de aquello, pensó Mirja.

Cuando Atu avanzaba envuelto en su túnica azafranada con bellos adornos en las mangas, era como si se encendiera una repentina luz en la oscuridad, un aura de energía y vitalidad. Era casi como contemplar la verdad de la vida cuando abría los brazos hacia los reunidos y los aceptaba en su mundo.

Algunos de la multitud decían que consideraban aquellas reuniones como el final de una peregrinación mediante la que se alcanzaba la depuración definitiva de cuerpo y alma, y donde se extendían ante ellos nuevos caminos vitales, inesperados y definitivos. Otros no eran tan concretos y objetivos, se entregaban, aturdidos, y dejaban que ocurriera lo que denominaban el milagro del alma.

Pero afectara como afectase a cada cual, todos tenían en común que habían pagado mucho dinero por sentarse en el suelo con las piernas cruzadas, y que era Mirja quien decidía quién estaba invitado y, en tal caso, dónde debía sentarse. Y aunque Mirja, como el resto de los presentes, veneraba a Atu, lo hacía de una manera distinta y más plena que los demás.

Atu simbolizaba para Mirja antes que nada el hombre y el proveedor, la sexualidad, la punta de lanza, la seguridad y finalmente la espiritualidad encarnadas en la misma persona, y así lo había sentido desde que lo conoció. Quizá se hubiera vuelto con los años más dura en relación con el estatus por el que había luchado Atu como profeta y guía espiritual. Pero no siempre fue así.

El camino había sido largo.

La ciudad de Kangasala se las daba de mundana y estaba a una distancia apropiada de Tampere, la segunda ciudad de Finlandia, bastante cerca también de la aldea en la que se establecieron los padres de Mirja para educar a sus hijas. Allí, cerca de aquel lugar legendario y conocido por la poesía donde los turistas acomodados se fundían con la bellísima naturaleza, decidieron sus padres depositar sus enormes esperanzas en el futuro. Iba a ser todo maravilloso, pero no lo fue, porque ni el padre ni la madre de Mirja poseían cualidades que hicieran posible responder a aquellas esperanzas.

Sus sueños no dieron para más que un pequeño quiosco muy mal surtido. Una tienducha con escasa clientela potencial, en un lugar apartado, un simple cobertizo construido durante la Primera Guerra Mundial con maderas y materiales de desecho que no podían usarse en nada más. Inviernos helados y veranos sofocantes en los que los mosquitos de las charcas vecinas los torturaban a muerte. Así era.

Aquel era el miserable punto de partida de su mundo. Allí debieron buscar salidas y estatus los padres y las tres niñas, y obtener a cambio la materia prima que, en último caso, podría denominarse formación cultural y educación general.

Por eso, las revistas del quiosco eran el único modo de que los grandes acontecimientos y las atractivas perspectivas del mundo se colaran en la vida anodina de Mirja. Por allí se abrían posibilidades de futuro, pero solo a condición de marcharse. Y Mirja soñaba con las posibilidades de su vida, que disminuyeron día a día hasta la nada cuando su padre la sacó de la escuela para que trabajara en la tienda cuando a él no le apetecía.

Pero no fue ese el caso de las dos hermanas menores de Mirja, a quienes sus padres querían bastante más, de modo que para ellas no había nada lo bastante bueno. Podían ir a bailar al pueblo, aprendían a tocar instrumentos musicales y vestían bien. Todo ello con un dinero que Mirja se las veía y se las deseaba para reunir en el quiosco. Una realidad que la roía y frustraba cada día más, o, dicho en forma más directa, la cabreaba y hacía que enfermara de celos y sed de venganza.

El día que su hermana pequeña llegó a casa con un gatito y le dejaron quedárselo fue la gota que colmó el vaso.

—¡A mí nunca me habéis dejado tener una mascota! —gritó—. Os odio a todos. Que os den.

El pago por su sinceridad fueron unos azotes, y el gatito se quedó donde estaba.

Cuando la semana siguiente cumplió dieciséis años, los regalos brillaron por su ausencia. Aquel día comprobó de una vez y para siempre que todo le daba igual, porque por mucho que soñara y deseara, le había caído en suerte que las grandes experiencias vitales fueran pocas y pequeñas en su caso.

De puro aburrimiento y odio hacia su vida y sus hermanas, empezó aquella misma tarde a salir con unos golfos de Kangasala, y el resultado, como cabía esperar, fue demasiado interesante para cosa buena.

Cuando su padre la encontró con aquella gentuza en la trasera de la tienda fumando hachís, le dio una paliza tan brutal que pasó varios días sin poder dormir.

Y mientras sus heridas, tanto las del cuerpo como las del alma, sanaban, oyó que su madre advertía a sus hermanas que nunca fueran como su hermana mayor.

—Pero no va a ocurrir. Gracias a Dios, solo es una taza rajada de un buen juego de café. Vuestra hermana mayor es una chica mala, no como vosotras, angelitos míos —clavó el cuchillo al final.

—¿Y no podemos echar la taza? —rio la más joven.

«¿Echar la taza?». Estaban hablando de ella.

Si Mirja hubiera podido llorar, lo habría hecho, pero hacía tiempo que se había dado cuenta de que su lado vulnerable no le valía para nada. No obstante, tendría que llegar alguna reacción, porque de otro modo iba a enloquecer.

El resultado fue que aquella misma noche Mirja se levantó de la cama, mató el gatito de su hermana y lo depositó en medio del mostrador de la tienda.

Después sacó de la caja registradora lo que consideró que le habían robado, y dejó el resto de las existencias expuestas para que se las llevara quien pasase por allí. Y, dejando la puerta abierta y con la bolsa al hombro, abandonó su hogar con intención

de no volver jamás.

Pasó una corta temporada con un par de ingleses y un grupo de bohemios medio locos de Helsinki en una cabaña alquilada al otro lado de la ciudad. Y como sus amigos, que eran mayores que ella, vivían de manera más experimental de lo que los habitantes del lugar podían aceptar, tanto ellos como Mirja se convirtieron rápido en tema de conversación de la ciudad.

De aquellos seres alternativos de la comuna aprendió a apreciar el fuego irreal que una aurora boreal podía encender en el cielo. Los lagos en calma. La embriaguez del aguardiente casero mezclado con sexo ocasional. Y aunque de alguna forma parecía una época feliz, de todos modos notaba con tristeza que estaba dejando atrás los últimos momentos inocentes de su infancia.

Al final, la Oficina de Protección de la Infancia recibió tantas denuncias envenenadas de los vecinos de la comuna, e incluso de los padres de Mirja, que se vio obligada a tomar cartas en el asunto.

No obstante, cuando llegaron a la comuna era demasiado tarde, porque Mirja había abandonado el lugar después de llevarse hasta el último céntimo de la caja común.

Con aquella pequeña fortuna en el bolsillo llegó, con una fe ciega en que la felicidad estaba a la vuelta de la esquina, a Dinamarca y a la ciudad con menos prejuicios de Escandinavia: Copenhague.

Allí se divirtió durante varios meses en una casa para jóvenes de Nørrebro, donde había gente para todos los gustos, y al poco tiempo ya había probado más o menos todas las sustancias embriagadoras que podían fumarse o beberse.

Cuando, tras fuertes desavenencias con algunas de las chicas que llevaban la batuta acerca de con qué chicos se podía tener sexo, la echaron, no le quedó otro remedio que vivir en la calle. Tras vagabundear durante un mes sin recursos, donde no hacía otra cosa que mendigar hasta el siguiente colocón o borrachera, conoció a un tipo algo mayor que tenía su propio piso. Era bueno, tenía una sonrisa dulce y se llamaba Frank. Le contó a Mirja que la fuerza motriz más importante de la vida no era ni el sexo ni el alcohol, sino el cultivo del alma y su elevación de un nivel a otro superior. Sonaba extraño, pero tal vez fuera una salida de la basura en la que se encontraba, de manera que escuchó.

Lo que Frank decía sonaba simple. Solo se podía ser libre y feliz si se hacía un esfuerzo para cultivar una conciencia de que la única manera de liberar el cuerpo y la carne de sus necesidades era trabajar con la espiritualidad y la meditación.

Así que ¿por qué no? No le pegaba, y Mirja no se despertaba con la sensación de tener la cabeza llena de bichitos y odio hacia sí misma.

Mirja se fortaleció y poco a poco se reconcilió consigo misma, y los experimentos de exploración del alma y sus energías fueron muchos y de gran alcance. De día, los dos trabajaban en un Burger King, vestidos con sombreritos y uniformes perfumados de fritanga y aromas de comida rápida y bebidas dulces, porque de algo tenían que

vivir. Y el resto del tiempo pasaba con todo tipo de técnicas de ampliación de conciencia, desde adivinación, cursos de yoga y reuniones con clarividentes, hasta la lectura de horóscopos y cartas de tarot. Puede decirse que no hubo muchas ramas de los mundos esotéricos que no cultivasen en aquella época.

Los primeros años, pese al deseo de Mirja hacia él, vivieron en celibato, con el objetivo de dar al alma libertad para agotar toda la energía disponible. Sin embargo, en un momento dado Frank sintió que los planetas, la psicodinámica y el futuro se alineaban hacia otros fines, y abandonó aquel camino.

—Ahora estoy preparado para unir mi cuerpo con otros —sentenció. Transformación solo reservada a él, que Mirja se vio obligada a aceptar. Pero ¿por qué debía tener relaciones sexuales con otros cuando solo deseaba tenerlas con Frank?

Fue en aquel cambio de perspectiva cuando Frank puso las bases para su *alter ego* Atu Abanshamash Dumuzi y la sacerdotisa Mirja Abanshamash Dumuzi.

A partir de entonces, la función de Mirja en su relación fue ser la escudera y servidora de Atu. Y pese a que era un puesto codiciable en relación con muchos otros, desde luego tenía también limitaciones.

Un desequilibrio que deseaba corregir en la medida de lo posible.

Porque Mirja tenía ambiciones.

*Sábado 3 de mayo, domingo 4 de mayo y lunes 5 de mayo de
2014*

El despertar por la mañana fue repentino y estuvo marcado por el desagradable dolor de cabeza y la clarísima convicción de que los minibares deben frecuentarse con cierta cautela.

Cuando entraron en el trasbordador, las cajas embaladas por Rose ya habían llegado, y la carga del eje era excesiva para aquella furgoneta de mudanzas demasiado pequeña. Iban a tener que meter todo eso en su sótano, pero Carl no podía imaginarlo; además, Rose había reservado asientos en la mesa de la cafetería entre los dos fornidos empleados de mudanzas.

Carl les hizo un vago gesto de saludo. Mejor dejar la cabeza palpitante en calma, en la medida de lo posible.

—Ha levantado viento —comentó uno de los empleados, como preludeo de lo que podía degenerar en una verborrea sin fin sobre la pura nada.

Carl trató de sonreír.

—Tiene resaca —informó Assad.

Carl no tuvo fuerzas para corregirlo.

—¡Resaca, ja, ja! —gritaron los dos hombres mientras se empapuzaban de comida rápida compuesta a partes iguales de ácidos grasos saturados y harina refinada.

—Creo que quieres decir resaca, compañero —dijo entre risas uno de ellos, y le dio a Assad una palmada de camaradería en la espalda capaz de hendir una peña.

—¡Ay! —se quejó Assad, al tiempo que su tez, por lo demás tan morena y envidiable, adquiría matices no tan encantadores. Se quedó mirando absorto las olas, dispuesto ya a arrojar la toalla.

—¿Te mareas fácil? —preguntó uno de ellos—. Pues yo tengo una cura milagrosa para eso.

—Sacó una botellita y vertió el líquido en un vaso.

—Hay que beberlo de un trago; si no, no funciona. Te produce algo en el estómago que te hace sentirte mejor.

Assad hizo un gesto afirmativo. Desde luego, estaba dispuesto a cualquier cosa que lo liberase del tormento de tener que subir al Gólgota de los servicios en busca de bolsas para vomitar.

—¡Leña al mono! —gritaron los empleados de mudanzas cuando Assad echó la cabeza atrás y bebió el contenido tal como le habían dicho.

En menos de un segundo, el pobre se llevó la mano al cuello y sus ojos parecieron más redondos de lo habitual. Después el color de su tez viró a escarlata, como si no pudiera respirar.

—¿Qué diablos había en la botella? —preguntó Rose, que no parecía muy afectada, mientras alisaba el periódico—. ¿Nitroglicerina?

Los dos hombres rieron a voces, y Assad trató en vano de reír con ellos.

—No, solo aguardiente de ciruelas de ochenta grados —respondió el dueño de la botella.

—¿Estás loco? —Por una vez, Carl se indignó por otra persona. Vaya dos tontos de capirote—. Assad es musulmán, no puede beber alcohol.

El hombre de la botella puso una mano sobre el brazo de Assad.

—Ostras, tío, perdona, no lo sabía, compañero. Normalmente no suelo pensar en eso.

Assad levantó la mano. El perdón estaba concedido.

—Tranquilo, Carl —dijo cuando le volvió la voz; estaba bastante animado, a pesar del viento y de que los platos y cubiertos de la cafetería patinaban en las mesas—. Tampoco yo sabía qué era.

Carl dirigió una mirada abatida hacia las olas, y de pronto le pareció que el contenido de su estómago estaba fuera de compás. Si seguía unas horas así, la cosa iba a torcerse.

—¿Estás bien? —preguntó con precaución.

Assad asintió, seguro que por un alivio mal entendido.

Rose levantó la mirada del periódico.

—Pues tampoco tú tienes muy buen color, Carl, por si no te habías dado cuenta —dijo sin compasión.

Assad le dio unas palmadas en la mano con la mirada velada.

—Ya se te pasará, mírame a mí. Creo que estoy aprendiendo eso de navegar. Igual te hace falta un poco del mejunje ese de ciruela.

Carl tragó saliva. De solo pensarlo...

—Voy a tomar el aire —anunció, y Assad le siguió los pasos.

Carl tuvo un par de arcadas, y justo cuando llegaba a la cubierta de popa se abrieron las esclusas, y de qué manera.

—Muchas gracias —gimió Assad, mientras evaluaba el alcance de las consecuencias—. ¿No conoces el proverbio, Carl? El hombre sabio no vomita contra el viento.

Carl pasó el fin de semana sin atreverse a pensar en otra cosa que en tostadas y vasitos de agua. De no ser por la visita diaria de Morten a Hardy en la sala, ya se habría dado por vencido. Desde que Morten y Mika se mudaron un par de años antes, en aquella casa no había mucha alegría, que se diga. Podía echar de menos hasta a su

hijo postizo, Jesper; menos mal que se le pasaba enseguida.

El domingo a medianoche se acostó, harto de su propia compañía y sus anodinos quehaceres. Un sueño profundo debería obrar milagros tanto en el cuerpo como en el alma: nadie que molestara en casa, nada de estómago agitado, solo paz mental y sosiego.

El teléfono sonó a las cinco, y Carl se levantó de un salto, como si oyera una alarma de incendios y sirenas a la vez.

—¡Qué cojones...! —exclamó, aturdido, cuando vio la hora en el reloj digital. A menos que fuera para comunicar una defunción o el estado de excepción militar, alguien iba a llevarse un rapapolvo.

—¡CARL MØRCK! —gritó, como para advertir de su estado de ánimo.

—Venga, tío, no seas payaso. ¿Hace falta gritar?

La voz era conocida. No era de las que tenía ganas de oír.

—Sammy, gilipollas, ¿sabes qué hora es?

Pasó un instante.

—*What's the hour, honey?* —preguntó en un segundo plano.

Después regresó su voz gangosa.

—¡Son las diez! —proclamó.

Carl estaba al rojo vivo. Aquel tío sufría muerte cerebral avanzada.

—Son las cinco aquí, para que te enteres.

—Hostias, Carl, eres tú... —Eructó, de manera que la fiesta no acababa de empezar ni de terminar—. Decía que... eres tú a quien ha enviado el puto testamento de mierda, ¿creías que no me había dado cuenta?

Se oyó un ruido por la línea.

—*No, honey, not now, take your hands away. I am ringing the bell.*

Carl contó hasta diez.

—Si tuviera ese puto testamento de mierda, te lo metería por la boca, para dejar de oír tus pijadas de una vez por todas. ¡Buenas noches, Sammy!

Colgó el teléfono. Puto Sammy, puto Ronny, puto testamento. Se ponía enfermo de solo pensar en ello.

El teléfono sonó de nuevo.

—Ni se te ocurra colgarme otra vez, te lo advierto, Carl. Y ahora, dímelo, madero de mierda. ¿Qué ha escrito Ronny en su testamento? ¿Te lo llevas todo?

—¡Calla un momento! ¿Has dicho madero de mierda? Eso son cinco días a la sombra. Porque no es la primera vez, ¿verdad?

Al otro lado se oyó un suspiro y risas de chicas.

—*Yeah, Diamond, but wait just a pair of hours, okay?*

—Perdona, Carl, esta chica es... —Cacareó un poco—. Bueno, ya sabes cómo. Solo quería decirte que eres un tipo majo, Carl. Y lo del testamento ya lo arreglaremos, ¿vale? *My God, Diamond...*

Y la comunicación se cortó.

Ya tenía algo en que pensar.
Para el resto de la noche.

Cuando casi a las once llegó al sótano de Jefatura, no estaba de humor para leer expedientes ni para enfrentarse al temible espectáculo que se revelaba ante él en el pasillo del sótano.

No quedaba ni un centímetro cuadrado de pared a la vista. A ambos lados del gran tablón de anuncios con los casos y los cordeles se alineaban las estanterías como en un exagerado desfile militar norcoreano, y Assad y Rose llevaban tiempo llenándolas.

—Los de Seguridad en el Trabajo van a flipar —fueron sus primeras palabras.

—Menos mal que acaban de estar y tardarán en volver —se oyó desde lo profundo de una caja de mudanzas en la que Rose había hundido medio cuerpo.

Carl se bamboleó hasta su sitio y plantó los pies sobre la mesa.

—Tengo que leer —advirtió, no fueran a pedirle ayuda para desembalar el material.

Se quedó un rato pensando qué era lo que le convenía. ¿Un par de pitillos o un sueñecito?

—Más vale que empieces con esto enseguida —se oyó la voz de Rose antes de entrar en el despacho de Carl.

Sabe Dios cómo había podido abrazar todo aquel montón de folios. Lo cierto es que aterrizó entre los pies de Carl, y la mesa estuvo a punto de partirse.

—Son fotocopias, y ya están clasificadas. Solo tienes que empezar por arriba. ¡Que lo pases bien!

Quisiera o no admitirlo Carl, lo que había sacado Rose de las cajas era una lectura bastante interesante. De hecho, podría pensarse que casi demasiado interesante. Para hacerse una visión general razonable de aquella variada información reunida por Habersaat, había que tener una mente fotográfica o un montón de sitio en la pared para colgar los papeles y hacerse así una idea de qué era grano y qué era paja.

Carl observó el desbarajuste que era su despacho. Era increíble la cantidad de cosas amontonadas que no tenían por qué estar allí. Todo aquel desorden y suciedad, que Rose, en algún raro destello de humor, designaba como la «chispa de la vida» de Carl, y que en momentos de más normalidad denominaba lo más colorido e interesante de aquel despacho, incluido Carl.

—¡Gordon! —gritó—. Ven un momento, desgalichado.

Quizá pudiera encomendarle que retirase todo aquello.

—Gordon está ocupado con su depresión —se oyó decir a Assad en el pasillo.

¿Depresión? Pues vaya originalidad, ¿quién no tenía depresión en aquel trabajo? Peor habría sido si hubieran puesto su mesa entre las cajas de mudanzas.

Se levantó, fue a por una de las cajas al pasillo y metió dentro todos los cachivaches superfluos de su despacho. Seguro que a Rose le daba un ataque cuando viera documentos de casos resueltos mezclados con platos y cubiertos sucios, post-its con conclusiones antiguas, carpetas, expedientes, lápices rotos y bolígrafos gastados.

Retrocedió un paso y asintió en silencio, satisfecho. Ahora se distinguía un poco de la superficie de la mesa y un poco más de pared encima de la estantería baja del extremo opuesto.

Si empezaba a pegar fotocopias en la parte superior de la pared, entonces habría sitio para la mayoría del material que le había entregado Rose.

Dicho y hecho. En menos de una hora, la pared estaba emplastada con papeles de todo tipo colocados con cierto sistema. Sin embargo, era difícil encontrar coherencia en el material, pensó cuando retrocedió un par de pasos para contemplar su trabajo. Por supuesto, Rose se había ocupado de incluir los documentos más importantes, así como la foto del hombre de la furgoneta, el informe del lugar, el informe de la autopsia y la foto de la clase del curso de otoño de 1997. Pero había también papeles que parecían fuera de lugar, por no decir algo peor. Por ejemplo, copias de folletos de terapias y movimientos alternativos, cuentas de tiendas de alimentación y entrevistas con todo tipo de gente local, por mencionar algo.

Y en medio de todo colgaba una copia bastante grande de una foto en color de Alberte. Como un ángel, limpia e inocente, con mejillas sonrosadas, rasgos armoniosos y dientes sanos y fuertes, reinaba sobre todos aquellos hilos sueltos y tenía la mirada fija en Carl, como si fuera el único en el mundo que poseyera la piedra filosofal. Y, se colocara donde se colocase en la estancia, tenía siempre aquellos ojos verde cristal posados en él. «Averígualo», parecían estar diciendo.

No había duda de que Rose había escogido aquella foto con cuidado.

—¡Rose! ¡Assad! ¡Venid a ver! —gritó, con algo que casi era orgullo en la voz.

—Vaya —dijo Rose con los brazos en jarras mientras observaba la hazaña—. Pero veo polvo amontonado de meses. Bien, Carl.

Pasó el dedo por encima de una estantería y lo mostró.

—Muy bien, Carl —lo felicitó Assad, más complaciente, mientras hacía un gesto hacia la pared.

—Ven un momento conmigo, Carl. —Rose lo agarró de la manga y lo llevó al cuarto que Assad estuvo pintando unos días antes.

—Mira esto.

Su dedo índice se paseó por las estanterías del pasillo.

—Hemos conseguido encontrar sitio para nuestro material básico aquí, en el pasillo; lo estamos ordenando según la clasificación que hizo Habersaat, pero con un poco más de lógica profesional —continuó a la vez que lo llevaba a otro cuarto que estaba más adelante—. Aquí, por el contrario, hemos hecho sitio para alojar lo que Assad denomina «la sala de emergencias». El cuarto iba a ser para Gordon, pero Assad le ofreció compartir el suyo, así que ¡adelante, Carl!

Abrió los brazos hacia las paredes de color amarillo canario, ocupadas no solo con los originales de los papeles de los que Carl había recibido copias, sino también por un montón de apéndices.

Carl sacudió la cabeza mientras Assad se acercaba. ¿Por qué carajo no se lo habían dicho antes, para que no tuviera que trabajar en vano en su despacho?

—Nosotros, es decir, Assad y yo, y en menor medida también Gordon, hemos trabajado en ello todo el fin de semana. Aquí están los apuntes y las pistas más importantes de Habersaat. ¿Estás satisfecho, Carl? ¿Puede usarse?

Carl movió la cabeza arriba y abajo. De lo que más ganas tenía era de volver a casa.

—Hemos pensado instalar un par de sillas de oficina para poder girarnos mientras, o sea, nos hacemos una idea de conjunto —hizo saber Assad.

—Sí, y en cada categoría de expedientes ahora podemos consultar las estanterías y no solo ver el material de Habersaat; esperemos poder tener también una visión general de la estrategia y el objetivo de su investigación y sus conclusiones —añadió Rose.

—Gracias —dijo Carl—. Me parece magnífico. ¿Y dónde está Gordon? Antes me has dicho que andaba deprimido.

Esta vez fue Assad quien lo llevó de paseo.

Se oía ruido en el despacho de Assad, así que aquella infernal torre humana debía de estar instalándose.

—Buenos días, Carl —dijo un Gordon apocado desde el otro lado de la mesa de Assad, y era cierto que parecía deprimido. El enorme mamarracho tenía tan poco sitio que las rodillas asomaban por encima de la mesa, y el resto de sus largas piernas debía de estar plegado e irreconocible debajo de la mesa. De hecho, había tan poco espacio entre él y la estantería de atrás, con fotografías de todas las ancianas tías de Assad, que para hacer una nadería como levantarse tenía que apoyarse sobre el borde de la mesa.

Algunos lo llamarían claustrofóbico; Carl prefería llamarlo tortura pura y dura. Pero tal y como estaba construido el cuerpo de aquel hombre, debería estar acostumbrado.

—Qué sitio más cuco te has buscado con Assad, Gordon —dijo con una sonrisa apenas consoladora—. Has tenido suerte de que te tocara un compañero de habitación tan bueno, ¿no te parece?

Puede que fuera por la presión del borde de la mesa, puede que fuera por agotamiento, pero ¿su voz no se adentró media octava en el falsete cuando trató de decir que sí?

—Hemos decidido nombrar a Gordon administrador de casos —comunicó Rose—. El objetivo es que se haga una idea general de los informes de Habersaat, para que podamos consultarlo con él como si fuera una enciclopedia. Así nosotros tres podremos concentrarnos en seguir los hilos que surjan, y después Gordon puede

intentar averiguar cuál es la lógica de los informes.

—Magnífico. ¿Y puede saberse qué pinto yo en todo eso? —preguntó Carl.

—Hombre, Carl, tú eres el jefe, como siempre —respondió Assad riendo.

¡El jefe! ¿Había cambiado el significado de la palabra, o qué?

En la sala de emergencias pronto se vio que había que dejar de lado gran parte de numerosos, y a menudo inservibles, hilos conductores de Habersaat antes de que el grupo se pusiera a trabajar en serio.

—Me pregunto por qué hay tantas páginas sobre fenómenos ocultos. ¿De qué pueden valernos? —preguntó Carl.

—Tal vez Habersaat probara un poco de todo para sentirse mejor —propuso Assad—. Cuando la gente se siente mal, inventa las cosas más disparatadas.

Rose frunció el ceño.

—¿Cómo sabes que son disparatadas? ¿Has tenido acaso tú una relación personal con los profetas? No, ¿verdad? Y aun así tienes gran fe en ellos, cosa que me parece bien. Porque no hay nada que objetar, ¿no?

—No, pero...

—Bien. De modo que la mística de los indios, la clarividencia, el *healing* y ese tipo de cosas tampoco pueden descartarse del todo, ¿verdad?

—No, pero...

—Pero ¿qué?

—Pero todas esas palabras extrañas me parecen tonterías. Difíciles de tomar en serio, creo yo.

Carl inspeccionó los carteles de la pared, donde había un poco de todo.

«Activación del ADN por los arcángeles», «terapia sonora védica», «charla sobre la transformación», «mapa psíquico» y mucho más del mismo tenor.

Debía dar la razón a Assad, la mayor parte parecía cuando menos extraña.

—Me parece que ya lo he dicho antes —empezó—, pero en mi opinión no creo que un hombre tan pegado a la tierra como Habersaat haya recurrido a cosas así. Pienso más bien que era parte de su investigación.

Giró la silla y se quedó mirando la foto del hombre con la furgoneta.

—Porque sabemos que ese hombre vivía en una especie de comuna *hippy*, que tenía algunos ritos especiales, bailar de noche con el cuerpo pintado, y cosas así. Y luego estaba el cartel encima de la puerta de entrada, el que nos mencionó el viejo que hacía *footing*. ¿Qué era lo que ponía, Assad?

Este hojeó en su bloc de notas y tuvo que retroceder veinte páginas, lo que llevó su tiempo.

—«La bóveda celeste» —respondió con voz seca.

—Escucha, Rose: creo que este material es importante de alguna manera, y por eso quiero que te encargues de él. Llama a todas las asociaciones, o como se llamen,

de Bornholm que trabajan con algo así, y trata de averiguar si hay alguien que haya tenido contacto al menos con uno de los de la comuna de 1997. Mientras tanto, Assad puede intentar sacar algo en claro de este cuarto y quizá al mismo tiempo citarse con ese artista que se llevó la bicicleta de Alberte.

Assad levantó el pulgar en el aire.

—¿No podemos, entonces, tener una mesa más pequeña para el té?

Carl se estremeció. ¿Es que nunca iba a poder librarse de aquel tufo nauseabundo?

—Voy a subir adonde Tomas Laursen para ver si puede hacer que los peritos de Rødovre vuelvan a evaluar el caso y fijarse más en algunas cosas.

—Entonces, lleva esto —pidió Rose, y retiró uno de los papeles de la pared.

—Y ¿esto qué es? —Carl recibió una hoja de papel con frases sueltas escritas y algo de cinta adhesiva, bajo la que había una astilla delgada de apenas dos centímetros de longitud.

«Astilla encontrada en la línea recta entre la bici hallada en la maleza y el lugar donde según todos los indicios se produjo el atropello», ponía, con letra de Habersaat.

Rose retiró algunos apuntes que habían estado colgados debajo del papel con la astilla.

—Aquí tienes los detalles de la astilla —anunció.

Era un apunte referido a una fecha cuatro días posterior a la desaparición de Alberte y tres días después de que Habersaat la encontrase. Carl leyó en voz alta:

Informe para uso personal.

Lunes, 24 de noviembre de 1997, 10.32.

Tras abandonar los peritos la zona, el que suscribe encuentra una astilla en el suelo, seis metros al norte de la bicicleta de Alberte Goldschmid. El lugar del hallazgo se encuentra en una línea más o menos recta entre el lugar del impacto y el lugar de caída de la bicicleta.

Después el grupo de peritos presente analiza la astilla. El material parece ser de madera de abedul, y los restos de cola sugieren que la astilla podría proceder de madera contrachapada.

Al no encontrar fragmentos parecidos en la zona del impacto, los peritos deducen que la astilla no procede del atropello.

No obstante, el que suscribe estima que eso no es correcto, y se lo comunica al responsable de la investigación, el agente de la Brigada Criminal Jonas Ravnå, y pide un análisis más detallado por parte de la Policía Científica de Copenhague. Pero en la consiguiente inspección de los vehículos de la isla no se encuentra ningún material que pueda relacionarse con el hallazgo, y la solicitud es rechazada.

En una entrevista posterior en la televisión local, en la que pido ayuda para encontrar tablas de madera contrachapada dañadas, se reciben veinte llamadas, sobre todo de gente local, diciendo que han encontrado placas de cubierta en solares en construcción. Todas las planchas son de abeto.

Ninguna pista posterior.

Christian Habersaat, Listed

Carl hizo un gesto afirmativo. Ochenta por ciento de trabajo duro, doscientos cincuenta por ciento de callejones sin salida. Era lo que tenía ser investigador.

—Pero mira esto, Carl —dijo Rose mientras bajaba de la pared un tercer folio.

Era otro de los informes caseros de Habersaat.

Miércoles, 2 de agosto de 2000

Hallazgo de plancha de madera incrustada en las rocas en Hammerknuden.

El niño de diez años Peter Svendsen, de Hasle, arranca mientras juega una plancha de madera incrustada en Las Cabezas de Camello.

La plancha es pesada y la deja en tierra. Su padre, el guarda de la zona, Gorm Svendsen, con quien el que suscribe colaboró en el hallazgo de un cadáver del pesquero naufragado Havskummet arrojado por el mar, se pone en contacto con quien suscribe. Gorm Svendsen recuerda una entrevista que me hicieron en la televisión local, en la que dije estar buscando una plancha de madera contrachapada de la que podría proceder la astilla encontrada.

El pedazo de plancha hallado en las rocas es parte de una plancha mayor que tal vez haya medido un metro de alto y dos metros escasos de ancho. Está muy deteriorada, pero conserva la resistencia al agua original, ya que varias capas del encolado siguen intactas.

Se aprecian en la plancha dos agujeros taladrados y zonas descoloridas en uno de los lados. Sin duda, restos de estampado o algo parecido.

Solicito un análisis detallado del tipo de madera, y finalmente me lo conceden, después de un tira y afloja con los superiores del departamento.

El material es también de abedul, pero un análisis más prolijo no puede establecer con seguridad si la astilla procede de la misma plancha.

Mi teoría es que, ya que la madera contrachapada está compuesta de varias capas pegadas, la astilla debe de proceder de la capa más exterior, que con el paso del tiempo se ha despegado de la plancha tras la permanencia en el mar.

Llego a la conclusión, con los peritos, de que lo más seguro se ha tratado de una plancha de entre 20 y 25 milímetros de grosor, de los que los 18 milímetros de la parte central siguen intactos.

A continuación solicito un análisis comparativo de la cola de la astilla y del contrachapado, cosa que no se hizo en su tiempo, pero no me lo conceden.

Mi teoría definitiva es que esa plancha forma parte del atropello, pero al mismo tiempo reconozco que el hallazgo de restos dejados por el mar es tan frecuente aquí, en la isla, que debo conformarme con que la coincidencia de tipos de madera pueda deberse a una casualidad.

Christian Habersaat

Y debajo, añadido a bolígrafo rojo:

La plancha de contrachapado encontrada el 2.08.2000 ha desaparecido.
Seguramente destruida.

—¿Cómo decía que se llamaban las rocas? —preguntó Assad.

—Las Cabezas de Camello.

Assad gesticuló, entusiasmado. Con qué facilidad se entusiasmaba.

Carl se volvió hacia Rose.

—No sé, pero parece que no hay forma de seguir adelante. Si han analizado tan en detalle la astilla y la chapa ha desaparecido, ¿en qué crees que deben trabajar los peritos, Rose?

—En encontrar algo que haga verosímil que la astilla pueda proceder de esa chapa, Carl.

—¿Tenemos algo tan básico como una fotografía de la plancha?

—¡Voy a mirar! —gritó Assad, y desapareció en el pasillo.

—Pero si no pueden encontrar esa relación que buscas, ¿de qué pensabas hablar con los peritos?

Carl se quedó mirando la astilla.

—Habersaat deja entrever una sospecha de que la plancha se usó en el atropello. De modo que sí, ese es el punto de partida. ¿Sabes si en algún momento se dibujó un diagrama de la supuesta trayectoria del cadáver desde el atropello hasta la copa del árbol? Bueno, y, de paso, de la de la bici.

Rose se alzó de hombros.

—Quedan varias horas de trabajo hasta terminar de revisar todo esto, Carl. Pero espero encontrar algún dibujo de ese tipo. ¿Qué crees en este momento?

—Lo mismo que tú y Habersaat. Que esa plancha la montaron delante de la furgoneta. Por eso quiero ver una foto de la plancha y la ubicación de los agujeros. Para ver si de alguna manera es posible que la plancha pudiera montarse sobre aquel parachoques un tanto especial.

Saludó con la cabeza a Assad, que estaba ante las estanterías. Si aquella foto se encontraba en aquel barullo colosal, Assad era el más indicado para encontrarla.

En la cantina del cuarto piso encontró una versión pálida y demacrada de la imponente figura que era Tomas Laursen solo unas semanas antes.

—¿Estás enfermo, tío? —preguntó, preocupado.

Laursen, antiguo mejor perito del Cuerpo y ahora encargado de la cantina de Jefatura, sacudió la cabeza.

—Mi mujer sigue la dieta 5:2, y me ha obligado a hacerla a mí también.

—¿Qué es la dieta 5:2?

—En realidad es cinco días de comer poco y dos de ayuno, pero me parece que funciona al revés, con cinco días de ayuno y dos de comer poco. Joder, no es fácil para un hombre con una cintura como la de Santa Claus.

—Y ¿aquí en la cantina? —Carl señaló un par de platos de almuerzo tentadores en el mostrador acristalado—. ¿No puedes saborear tus propias cosas?

—¡¿Qué dices?! Cada vez que entro en casa me pone encima de la balanza.

Carl dio unas palmadas en el hombro a su amigo. Funesto destino.

—¿No puedes conseguir que algunos de tus antiguos compañeros peritos de Rødovre saquen del cajón unos viejos análisis, para que podamos verlos? Si tienen fotos de los objetos, mejor. Cuando te encargas tú de esas cosas, va todo como la seda.

Laursen asintió en silencio. Estaba claro que el viejo perito que había en él seguía vivo.

—Y si todavía existe una foto así, quizá puedas hacer que nos den su opinión sobre la posible razón de los descoloridos en uno de los lados de la plancha. Y también quiero saber si se calculó cuánto tiempo permaneció la plancha en el agua.

Laursen miró extrañado a Carl.

—No veo por qué no deberían estar los resultados. En Dinamarca los asesinatos nunca prescriben.

—No, ese es el problema, Tomas. Que este caso nunca se ha considerado un caso de asesinato.

—¿Has encontrado alguna foto de la plancha, Assad? —preguntó Carl camino de los garajes.

—No. —Sacudió la cabeza. Demasiados estantes, demasiados papeles.

—¿Ya le has dicho al artista ese que íbamos a aparecer?

—Sí, dentro de hora y media estará en su estudio.

Miró el reloj.

—Entonces podemos pasar antes por la casa de los padres de Alberte. Viven en Hellerup.

Carl arrugó la frente.

—Vaya. ¿Y cómo han reaccionado cuando les has dicho que el caso ha vuelto a abrirse?

—La madre ha llorado.

Era justo lo que había imaginado, de modo que iba a ser una visita de lo más divertida.

Cinco minutos más tarde torcieron por una calle de villas en la que Assad señaló un bungalow bien cuidado encalado de rojo. Allí había todo lo que debía haber para crear un marco bueno y deseable para una sana vida familiar danesa. Puertas de jardín de madera sin descortezar, abedules y seto de ligustro en el jardín delantero, un pasillo embaldosado cubierto de musgo en el que se podía jugar a la pata coja, y, en medio del jardín, un mástil con la bandera danesa izada.

Así que aún quedaba gente que recordaba el día de la liberación de Dinamarca en 1945. Por lo demás, no había visto muchas banderas por la mañana en Allerød. Pero ¿se habría acordado él acaso si hubiera tenido un mástil?

—Entren —dijo la mujer sin luz en la mirada. Y justo después propuso—: Mi marido está poco dispuesto, de modo que hablaré yo.

Saludaron a un hombre rollizo con los pantalones subidos hasta la cintura; era evidente que Alberte no había salido a él. Cuando se sentó y giró la cabeza, su kipá cayó un poco hacia un lado. ¿No solían sujetarse con horquillas?

Carl miró alrededor. Si no hubiera sido por el kipá torcido y un candelabro de siete brazos, jamás habría pensado que aquello era un hogar judío. En primer lugar, tal vez, porque no tenía ni idea del aspecto que solía tener un hogar judío.

—¿Han averiguado algo nuevo en el caso? —preguntó la señora Goldschmid con voz apagada.

En pocas palabras la pusieron en antecedentes de la situación, desde el suicidio de

Habersaat hasta el establecimiento de la sala de emergencias en el sótano de Jefatura.

—Christian Habersaat nos dio más penas que alegrías —retumbó el padre desde su butaca—. ¿Piensan ustedes hacer lo mismo?

Carl dijo que no, pero que quería intentar construir una imagen global de Alberte, aunque sabía bien que podía ser duro para ellos hablar de su hija.

—¿Desea saber más de Alberte? —La señora Goldschmid sacudió la cabeza, como queriendo decir que no podía aportar nada nuevo y decisivo, y que eso le dolía—. Era lo que quería también Habersaat. Primero el policía de la Criminal de Bornholm, y después Habersaat.

—Sugirió que nuestra niña era una puta —tomó el relevo el hombre. Su voz no sonaba enfadada, aunque sí cargada de odio.

—No fue eso lo que dijo, Eli, seamos justos, al fin y al cabo el hombre ha muerto. Es posible que se suicidara por nuestra hijita.

Se calló de pronto, y trató de serenarse. Las manos sobre su regazo estaban inquietas. El pañuelo que llevaba al cuello parecía apretar de pronto.

El hombre asintió con la cabeza.

—Es verdad, no empleó esas palabras. Pero sí que sugirió que había tenido relaciones deshonestas, y creemos que no es posible.

Carl miró a Assad. El cadáver no había sido sometido a abusos sexuales, pero ¿era virgen? Arrancó el bloc de notas de Assad de sus manos, escribió en él «virgen» y se lo devolvió.

Assad sacudió la cabeza.

—Podría pensarse que tuvo una relación —propuso Carl—. No habría sido anormal en una chica de diecinueve años, tampoco en aquella época. Al menos, sabemos que se veía con alguien, que se dice; supongo que ustedes lo sabrían.

—Por supuesto que Alberte tenía pretendientes, era una chica muy guapa, como si no lo supiera. —Al hombre le falló la voz al decirlo.

—Somos una familia judía normal y corriente —tomó el relevo la mujer—, y Alberte era una buena hija, en nuestra opinión, y no pensamos nada malo de ella, ni podemos ni queremos. Pero Habersaat iba siempre más allá. Sostenía que Alberte no era virgen, pero le dije que no podía saberse, porque Alberte había practicado mucha gimnasia, y entonces puede ocurrir que..., que...

No podía hacer que sus labios pronunciaran la palabra «himen».

—Por eso nos negamos a hablar más con Habersaat, porque nos parecía que decía cosas horribles —continuó—. Ya sé que era parte de su trabajo de policía ver las cosas así, pero estaba degenerando en algo vulgar. Andaba también a nuestras espaldas hablando con amigos y familiares sobre cómo era Alberte, pero no consiguió nada.

—Entonces, ¿no había ningún detalle que los hiciera sentir preocupación por las idas y venidas de Alberte y por su estancia en la Escuela Superior?

Se miraron. No eran viejos —rondarían los sesenta y pocos—, pero daban esa

impresión. Sus costumbres e ideas de años seguían intactas, y eso se apreciaba sobre todo cuando se miraban. «Las cosas nunca van a cambiar», parecían decirse, y aquello tenía poco que ver con las limitaciones y restricciones propias de su visión rígida de la existencia, y más con la amargura generada cuando tu vida recibe un duro golpe.

—Veo por sus expresiones que esto se les hace difícil, pero el mayor deseo de Assad y mío es llevar ante un juez al responsable de la muerte de Alberte. Por eso no podemos descartar ninguna teoría, y por eso tampoco podemos permitirnos tomar partido ni por la impresión de Habersaat ni por la de ustedes en relación con las actividades de su hija, espero que lo comprendan.

Solo la mujer asintió.

—¿Alberte era la mayor?

—Tuvimos a Alberte, David y Sara, y ahora solo nos queda Sara. Es una buena chica. —Trató de sonreír—. Nos dio un nieto con el Rosh Hashanah. No podía ser mejor.

—¿Rosh Ha...?

—El año nuevo judío, Carl —murmuró Assad.

El hombre de la casa asintió en silencio.

—¿Usted es quizá judío? —preguntó a Assad con interés renovado.

Assad sonrió.

—No. Pero soy una persona educada.

Un sereno «Aah» se dibujó en los rostros de ambos. Una persona educada, mira por dónde.

—Han mencionado a David. ¿Era el hermano mayor? —preguntó Carl.

—Alberte y él eran mellizos. Pero sí, era el mayor, aunque solo por siete minutos. —La señora Goldschmid intentó sonreír, pero no le resultó fácil.

—¿Y David murió?

—Sí, no pudo soportar lo de Alberte, fue languideciendo hasta morir.

—Tonterías, Rachel, David murió de sida —la corrigió su marido con dureza—. Disculpen a mi esposa, pero es que nos cuesta mucho a los dos aceptar lo que David representaba.

—Lo comprendo. Pero ¿él y Alberte estaban muy unidos?

La señora Goldschmid juntó las manos.

—Eran como carne y uña.

Se volvió hacia su marido.

—Y David quedó destrozado, Eli, no puedes negarlo.

—¿Me permiten preguntarles algo muy diferente, señor y señora Goldschmid? —interrumpió Assad.

Hicieron un gesto afirmativo, aliviados por el cambio de tema. Tampoco hay que decir que no a una persona educada, sobre todo cuando crees que también tú lo eres.

—¿No recibían postales de Alberte? ¿O cartas, o algo? Al fin y al cabo, llevaba

más de cuatro meses fuera de casa, y tal vez por primera vez en su vida, ¿no es cierto?

La señora Goldschmid sonrió.

—Sí, nos mandó un par. Con imágenes de los atractivos turísticos locales, claro. Aún las guardamos. ¿Quieren verlas?

Miró a su marido, como si buscara su aceptación. No la encontró.

—No escribía mucho. Solo sobre la Escuela y lo que hacían. Tenía buena voz y dibujaba bien. Puedo enseñarles cosas que hizo antes.

El marido iba a protestar, pero cambió de opinión y dirigió la mirada al suelo. A Carl le daba la impresión de que, pese a sus modales secos, tenía más asumido el hecho que su esposa.

La mujer los condujo a un pasillo estrecho con tres puertas.

—¿Han hecho algún cambio en su habitación? —preguntó Carl con cautela.

La señora Goldschmid asintió.

—Sí, la preparamos para Sara y Bent, y ahora también para el pequeño, cuando vienen de visita. Viven en el sur de Jutlandia y es agradable tener una cama cuando vienes a la capital. Las cosas de Alberte están aquí.

Abrió la puerta de un armario de escobas donde una pila de cajas de cartón amenazaba derrumbe.

—Es casi toda ropa, pero en la caja de arriba están los dibujos y las postales.

La bajó y se arrodilló en el suelo ante la caja; Carl y Assad hicieron lo propio.

—Esto es lo que tenía colgado de la pared. No era nada corriente, como pueden ver.

Desdobló un par de pósteres de ídolos pop y famosos de la época. De hecho, era muy corriente.

—Y estos son los dibujos.

Los dejó en un montón sobre el suelo y se puso a hojearlos con tanta calma que las rodillas de todos empezaron a doler. Estaban muy bien del punto de vista de la técnica, con finos trazos de lápiz y contornos nítidos, pero, en cuanto a los motivos, la inmadurez era evidente. Chicas flotando con piernas largas y vestidos de elfo recubiertos de polvo de estrellas y corazones. No había duda de que había tenido un período en el que dio rienda suelta al aspecto romántico de su ser.

—No tienen fecha. ¿Están hechos en la Escuela?

—No, aquellos no los devolvieron. Creo que tal vez fueran para una exposición —sugirió, con orgullo—. Las postales están aquí.

Empujó los dibujos a un lado, sacó tres postales de una carpeta de plástico y se las ofreció a Carl, llena de veneración.

Assad las leyó también por encima del hombro de Carl.

Eran tres postales satinadas y muy manoseadas, con motivos de la plaza mayor de

Rønne, de la fortaleza de Hammershus y de una escena veraniega con ahumadero, gaviotas volando y vistas del mar. Alberte las escribió con bolígrafo y en mayúsculas. Descripciones concisas de las vivencias que tuvo en un par de excursiones por la isla, y nada más.

«Estoy bien. Abrazos». Así terminaban las tres.

La señora Goldschmid suspiró con el rostro crispado.

—Miren, la fecha de la última es tres días antes de que muriera. Es horrible pensar en ello.

Se levantaron, se restregaron las rodillas y dieron las gracias.

—¿Qué hay tras las otras puertas, si me lo permite, señora Goldschmid? —preguntó Assad con la mirada puesta en el pasillo. Era asombroso lo educado que se había vuelto de repente.

—Ah, nuestro dormitorio y el cuarto de David.

Carl dio un respingo.

—¿Y el cuarto de David no lo han dispuesto como cuarto para los niños?

La mujer volvió a parecer cansada.

—David se fue de casa con dieciocho años, y dejó el cuarto hecho un desbarajuste. Vivía en Vesterbro, un barrio muy poco recomendable, se lo digo yo, y, cuando murió en 2004, su amigo nos envió sus cosas. Y las metimos en su cuarto sin más.

—Entonces, ¿no las han visto nunca?

—No teníamos fuerzas. Para ver sus cosas también.

Carl miró a Assad, que movió la cabeza arriba y abajo.

—Sé que puede parecer extraño y tal vez fuera de lugar, pero ¿podríamos echar un vistazo?

—No sé... ¿Con qué objetivo?

—David y Alberte estaban muy unidos, dicen. Quizá se pusiera en contacto con él cuando estaba en la Escuela Superior. Quizá le escribiera.

Sucedió algo en el rostro de la mujer. Como si una impresión dolorosa tratase de aflorar a su conciencia, pero ella se negara. ¿Nunca se les había ocurrido eso?

—Debo preguntárselo a mi marido —respondió, desviando la mirada.

En aquel cuarto, donde multitud de cajas se alineaban junto a la pared y encima de la cama, había, al contrario que en el resto de la casa, numerosos testimonios sobre el origen judío de la familia. Estaba la estrella de David en la pared, el póster del chico aterrorizado del gueto judío de Varsovia, fotos del *bar mitzvah* de David enmarcadas en madera de sándalo, el pañuelo que llevaba sobre los hombros en aquella ocasión, todo ello clavado en la pared con clavos finos. Sobre el escritorio colgaba una estantería de madera de teca con obras de escritores judíos como Philip Roth, Saul Bellow o Isaac Bashevis Singer, y las danesas Janina Katz y Pia Tafdrup. No puede

decirse que fuera una biblioteca muy típica para un joven. Pero lo más característico de la estancia era un conglomerado multicolor de rebeldía e indisimulada aversión al entorno del suburbio y a la seguridad de la vida corriente. Había figuras del juego Warhammer Fantasy Battle en el alféizar de la ventana. En las paredes colgaban pósteres del Festival de Roskilde y algunos de George Michael y Freddy Mercury. En la pequeña cadena había CD de todo tipo, desde Judas Priest, Kiss o AC/DC hasta Cher y Blur. Incluso había un machete oxidado y una copia bastante buena de una espada de samurái cruzados en la pared. Era fácil deducir que había habido bastante distancia entre David y su rollizo padre Eli repantingado en la butaca.

Revisaron las cajas de un extremo y, ya al abrir la primera, encontraron testimonios de la vida alternativa de David Goldschmid. Aparecieron un montón de camisas coloridas, abrigos entallados y trajes más caros aún. Lavados y planchados como si fueran nuevos. Desde luego, aquel hombre tenía estilo y buen gusto, amén de una cartera bastante bien abastecida. Vieron sus diplomas de la Escuela de Comercio con notas fantásticas y comentarios elogiosos, y la carta de admisión en un puesto de trabajo fijo en una empresa acreditada. Sin duda, un chico del que se debería poder estar orgulloso.

Al abrir la tercera caja, Assad dio en el blanco.

La mayoría de las postales de la caja de puros eran de un tipo llamado Bendt-Christian, que enviaba saludos desde Bangladesh, Hawái, Tailandia y Berlín. El encabezamiento era siempre «Querido Davidovich» y, aparte de un par de comentarios tiernos por aquí y por allá, tenían un tono neutro. Cuando llegaron a las postales de Alberte, vieron que recordaban a las tarjetas enviadas a sus padres. Unas pocas descripciones sobrias del día al que se refería la postal correspondiente, y repetidas afirmaciones de que echaba de menos a su hermano.

—No parece haber nada interesante —acababa de decir Assad, cuando Carl sacó una postal con una imagen de la iglesia redonda de Østerlars, sobre la que había dibujado un pequeño corazón rojo en la cruz del chapitel.

Dio la vuelta a la postal y le echó un vistazo.

—Espera un poco, Assad, no tan rápido —protestó—. Escucha lo que pone aquí.

Hola, hermanito:

Hemos estado en la iglesia redonda de Østerlars. Era algo fantástico, con los caballeros templarios y todo eso, pero lo mejor ha sido que he conocido un tipo majísimo. Sabía más sobre la iglesia que el hombre de la taquilla, y estaba MUY bueno. Mañana he quedado con él fuera de la Escuela. Otra vez te contaré más. Abrazos,

tu hermanita Alberte.

—¡Ostras, Carl! ¿Qué fecha lleva?

Observó la postal con detenimiento, pero no encontró la fecha.

—¿Se distingue el matasellos?

Entornaron los ojos y miraron el sello desde todos los ángulos posibles. Lo único

que se distinguía era «11», nada más.

—Habrá que preguntar a los antiguos directores cuándo fue aquella excursión.

—Carl, estoy pensando que algunos alumnos debieron de sacar fotos de la visita.

Carl lo dudaba. Comparado con la realidad digital de hoy en día, en la que todo se documentaba sin cesar y en la que cualquiera con un poco de respeto por sí mismo tenía un teléfono inteligente, una cámara de móvil siempre preparada para captar todo tipo de trivialidades y *selfies*, 1997 era una auténtica edad de piedra.

—Esperemos que así sea. Y que en alguna foto aparezca el tipo del que habla Alberte.

Siguieron otra media hora revolviendo cajas, pero no encontraron nada más que pudieran usar. Ni un nombre, ni una postal posterior que descubriera el siguiente capítulo de aquel folletín catastrófico, nada de nada.

—¿Han encontrado algo? —preguntó el padre mientras los acompañaba a la puerta.

—Puede estar bien orgulloso de su hijo; eso es lo que hemos descubierto —respondió Carl.

El hombre asintió con la cabeza. Ya lo sabía. Esa era la mayor putada.

Llegaron al estudio de Stefan von Kristoff con por lo menos una hora de retraso, pero el tipo no parecía ser de los que se aferran a cosas sin importancia como relojes y convenciones ordinarias.

—Bienvenidos a la oscuridad —los saludó, bajando una gigantesca manivela que encendió la luz de la sala de máquinas en la que, antes de que el mundo se desquiciara, solía haber por lo menos cincuenta hombres torneando el hierro.

—Es enorme —dijo Carl. Y sí que lo era.

—Y un nombre impresionante —añadió Assad, mientras señalaba un cartel de bienvenida forjado que colgaba bajo los destellos de las lámparas fluorescentes. Stefan von Kristoff - Universotopía, ponía.

—Si Lars Trier puede adornarse con plumas ajenas, yo también. Me llamo Steffen Kristoffersen, y el «von» es pura fanfarronada.

—No, o sea, me refería al nombre del taller.

—Ah, eso. Es que en mi mundo todo termina en «topía». Queríais ver *Destinotopía*, si no me equivoco.

Los condujo al extremo opuesto de la sala de máquinas, donde varios proyectores iluminaban la pared trasera y el suelo hasta parecer casi luz natural.

—Aquí está —anunció, y retiró la cubierta de una instalación del tamaño de una persona.

Carl tragó saliva. Ante ellos se alzaba la escultura más macabra que había visto en su vida. Para el no iniciado no sería nada especial, pero, para quienes conocieron a Alberte y su destino, era bastante fuerte. Si sus padres tenían alguna vez noticia de

aquella chapuza, iban a interponer demandas sin fin.

—Bonito, ¿verdad? —sugirió el imbécil de él.

—¿De dónde has sacado esos efectos, y cómo has conseguido información para saber qué elementos había que incluir?

—Estaba en Bornholm cuando ocurrió. Tengo una casa-taller en la Gudhjem, y se habló y se escribió mucho sobre el caso, como podéis imaginar. Se revisaron todos los coches, también el mío, de manera que no era fácil pasar por alto toda aquella histeria. Hasta en el pueblecito donde está mi casa las milicias ciudadanas anduvieron una semana con velas y linternas, sin saber a ciencia cierta qué buscaban. Y los demás hacíamos lo mismo.

Carl paseó la mirada por aquella monstruosidad. Estaba construida en torno a una bici de chica con las ruedas deformadas y el manillar retorcido. Había unas varas soldadas al cuadro que señalaban en todas direcciones como haces de rayos, y del extremo de cada varilla colgaban pruebas de los acontecimientos y otras desgracias parecidas.

No estaba mal trabajado, pero era un vulgar batiburrillo de técnicas. En torno a la bici, en el centro de la instalación, unos aguafuertes en hierro y latón representaban toda clase de accidentes de coche. Con el añadido de una reproducción a color y esmaltada del control del *ferry* y grabados en cobre de Alberte muy pixelados, probablemente sacados del periódico local. Había vaciados en molde de huesos, ramas y hojas, además de manos que intentaban defenderse. Pero aquello no era lo peor. Lo peor era el recipiente de plástico bajo el grabado del rostro sonriente de Alberte, que estaba lleno de sangre.

—Bueno, la verdad es que no es sangre humana, es una pena —informó Kristoff entre risas—. Es sangre de cerdo, y está preparada para no pudrirse. Puede que huela algo dulzón ahora, pero a veces la renuevo.

De no haber sido un funcionario en el ejercicio de sus obligaciones, habría sido de lo más tentador hundir en ella aquel careto carcajeante.

Assad fotografió con entusiasmo la escultura desde todos los ángulos, y Carl se acercó a la bicicleta y la observó.

Era una bici barata, seguramente china. Ruedas grandes, un soporte enorme y manillar alto. El óxido había roído la mayor parte del color amarillo, y la parrilla colgaba suelta. No era una bici muy buena.

—¿Qué has hecho con la bici? ¿Antes tenía también este aspecto?

—Sí. Aparte de ponerla en vertical, está igual que cuando la encontré.

—¿La encontraste? Quieres decir que la robaste de la comisaría de Rønne, ¿verdad?

—No, la encontré en un montón de chatarra que había en un contenedor de la calle, delante de la comisaría. De hecho pedí permiso para llevármela, y los tipos de la oficina solo me dijeron que si me hacía alguna herida al sacarla, era responsabilidad mía.

Carl y Assad intercambiaron impresiones. El último día de su vida, Alberte se había sentado en aquel sillín, y seguro que imaginó que iba a ser un día feliz.

Menos mal que el día no termina hasta que se pone el sol, pensó Carl. Era un espectáculo triste. Igual de enfermizo que los cadáveres plastificados que podían verse casi gratis por todas partes.

—¡Tenéis toda la pinta de querer comprar la instalación! —exclamó Kristoff con sonrisa de zorro—. Os haría un precio de amigo. ¿Qué os parece setenta y cinco mil coronas?

Carl le devolvió la sonrisa irónica.

—No, gracias. De hecho, estamos pensando en si tendríamos que confiscarla.

Octubre de 2013

—Os siento a todos —salmodió Atu a la multitud que se congregaba en el salón—. Os siento a todos y todos me sentís a mí. Y sentimos a Malena, y sentimos su dolor, y nos unimos para hacerlo desaparecer.

Mirja se extrañó y buscó a Malena entre los presentes. No estaba.

¿«Sentimos su dolor»? ¿A qué se refería Atu? ¿Significaba que aquella zorra estaba tumbada en el aposento de Atu, ardiendo de deseo por él? ¿Era un anuncio de que los dos iban a unirse más de lo que Mirja podía permitir? Entonces, ¿quizá fue un error no dejar a la negra desafiar aquella relación?

Durante un momento achicó los ojos y reflexionó sobre ello.

Sacudió lentamente la cabeza. No, no fue un error. Wanda Phinn tenía que desaparecer, no podía ser de otro modo.

—Mirad mis manos —los instó Atu, y todos alzaron la vista.

—A aquellos de entre vosotros que, a pesar de las horas de espiritualidad, seguís sintiendo desasosiego, os pido que subáis los brazos y os preparéis para recibir la purificación.

Hubo unos nueve o diez que reaccionaron.

Entonces Atu balanceó su torso atrás y adelante, mientras sus brazos colgaban en el aire.

—A los que estáis preparados, os pido que canalicéis vuestro miedo, vuestra rabia y los meridianos bloqueados hacia mis manos. Estad tranquilos. Cuando notéis la llegada del calor y el sosiego, debéis liberaros y dejaros llevar.

Los interpelados se balanceaban atrás y adelante con la respiración agitada. Y luego fueron hundiendo las cabezas uno a uno.

—Abanshamash, Abanshamash, Abanshamash, Abanshamash... —recitaban algunas de las cabezas agachadas. El milagro se les había revelado una vez más.

Atu dejó caer los brazos mientras sonreía con dulzura a los reunidos. Luego dirigió las palmas de las manos hacia los haces de luz que incidían sobre él, lo que solía significar que la sesión estaba a punto de terminar. Unas veces se acababa a los diez minutos; otras, a la media hora. Nunca se sabía.

—Ahora volved a vuestros cuartos a acumular vuestras energías buenas y enviárselas a Malena, que tanto las necesita —dijo al final—. Después debéis explorar la senda al equilibrio y a la paz mental profundos y firmes, siguiendo las instrucciones habituales. Hacedlo con humildad y orgullo en el corazón, así podréis abrir canales hacia todo lo que tiene para daros la naturaleza. Absorbed las partículas

del mundo. Empapaos de aquello de donde venís y de aquello en lo que os convertiréis. Que la luz quemee la repugnancia y la maldad que hay en vosotros. Que la oscuridad rodee vuestras ideas incontrolables, para que se marchiten y os liberen. Que el sol y sus energías os guíen.

Abrió los brazos para dar la bendición, y recibió con la cabeza gacha el saludo de despedida de los reunidos: «Estamos preparados, Abanshamash, y vemos. Vemos y sentimos. Abanshamash, Abanshamash, Abanshamash».

Mirja hizo un gesto afirmativo mientras la multitud se serenaba y se volvía en silencio hacia ella. Siempre había muchos, tal vez de manera especial los discípulos masculinos, que apreciaban aquel encuentro personal, y Mirja disfrutaba. Ya que Atu no mostraba el menor interés carnal hacia ella, no estaba mal que al menos otros lo hiciesen. Pero Mirja sabía bien que su aspecto era intachable, y que poder y belleza a partes iguales eran el mejor cóctel en cualquier momento cuando se trataba de despertar el deseo. Su único problema era que ella solo quería al que no quería saber nada de ella.

—Hoy estás preciosa y serena —oyó una voz de mujer entre la multitud.

Vio el rostro de Valentina. Era el camaleón y genio de las tecnologías de la información del centro. A veces deprimida, a veces embriagada de felicidad y extática, a veces con pelo corto, otras con pelo largo, desgredada o, al contrario, la persona más arreglada que podía moverse con elegancia por el suelo flamígero del salón comunitario. Esta vez estaba en un buen momento, sin duda. Un hombre del grupo recién llegado la asía del hombro, de modo que parecía haber ya nuevas vibraciones sensuales en marcha. Se alegraba por Valentina, aunque no solían permitir a los discípulos relaciones sexuales hasta que sus auras estuvieran alineadas y después unidas en un rito solar.

—Tienes un aspecto sereno y puro —continuó Valentina. Siempre había tenido esa necesidad de sobresalir de la masa; claro que tampoco era tan extraño para alguien con su pasado.

Mirja enderezó la espalda y le devolvió la sonrisa de forma mecánica.

—Id en paz —se despidió como siempre—. Cuando hayáis terminado la fusión, el grupo de cocina puede ir a preparar el comedor.

Como un gato que se acerca sigiloso a su presa, de pronto él estaba allí, mirándola por encima del hombro.

Mirja se asustó.

Solo diez segundos antes, Atu la habría pillado con las manos en la masa, borrando las imágenes captadas aquel día por las cámaras de vigilancia de la entrada y del Establo de los Sentidos. Si le hubiera preguntado qué hacía, la habría dejado paralizada.

Se repuso y giró con calma la silla de oficina mientras le dirigía una mirada de

reproche.

—Me das unos sustos de muerte cuando entras al despacho con ese sigilo, Atu, no es la primera vez que te lo digo.

Atu alzó las manos en el aire; era una costumbre que se permitía desde hacía varios años en lugar de pedir perdón.

—Te hemos echado en falta esta tarde, Mirja. ¿Dónde estabas? Te hemos buscado.

Era una pregunta horrible. No porque no tuviera preparada una respuesta, sino porque era Atu quien preguntaba, y porque leía su mente como si tuviera rayos X. Era como un libro abierto para él. Existía el peligro de que descubriese hasta la mentira más simple.

Tengo que cambiar de tema, para que no pregunte más, pensó. Quizá haya llegado el momento de plantearle mis deseos.

—He tenido que salir un poco de la academia —se excusó—. ¿Por qué? ¿No has tenido suficiente con tus cosas?

Atu suspiró.

—Ha sido un día malo, claro que a lo mejor no te has enterado, ¿no? Malena ha abortado hace unas horas, y no estabas cuando te he necesitado. Deberías haber ido con ella en la ambulancia al hospital.

—¿Abortado?

Mirja apartó la mirada, sin saber qué pensar. ¿La había dejado embarazada? ¿A ella? ¿A Malena?

Tardó un rato en digerirlo. No podía ser cierto, no ahora. No podía permitirlo, nunca más, ahora se daba cuenta. ¿Iba a compartirlo con otras mientras su fertilidad se desvanecía y el reloj avanzaba cada vez más rápido? No, nunca más. Atu debía tener un hijo suyo. De ella, para ser su continuador. Su hijo, que iba a ser el nuevo salvador.

—Ha abortado y ha empezado a sangrar sin control —oyó que decía Atu.

Mirja se repuso y trató de parecer neutral.

—¿De verdad?

—Sí. Ha sido algo grave, y te necesitábamos, Mirja. ¿Dónde estabas?

Mirja parpadeó un par de veces antes de mirarlo. Nada de parecer arrepentida, y menos aún a causa de Malena. Atu solo debía percibir que lo sentía.

—Siento tu energía. No estás bien —sentenció Atu. El mensaje había sido recibido.

—No, es verdad, no estoy bien. Por eso he ido a dar una vuelta en moto. Lo hago a veces, cuando estoy algo baja.

—¿Algo baja? —Atu lo dijo como si no tuviera el menor motivo para estarlo.

—Sí, deprimida. Pero no quiero hablar de eso contigo. Sobre todo después de lo que me has dicho.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes perfectamente.

—Nosotros no podemos tener secretos el uno para el otro, ¿verdad?

Y lo preguntaba justo ahora.

—¿Desde cuándo?

—¿Qué sugieres, amiga?

—¿No deberías haberme dicho al menos que habías dejado embarazada a una de tus discípulas? ¿No habíamos acordado que iba a ser la primera persona en conocer una decisión tan importante?

—Lo que sí hemos acordado es que si hay algo que te carcome por dentro acudas enseguida a mí, ¿verdad, Mirja?

Mirja vaciló un momento.

—¿Por qué crees que he estado en mi refugio hoy? ¿No se te ocurre por qué? —
Atu alargó la mano hacia el picaporte de la puerta que daba a su sección—. Eres mi vestal, Mirja, lo ratifico y deseo que sea así. Y mañana vas a ir al hospital de Kalmar a visitar a Malena, ¿de acuerdo? —decidió, y le dio un abrazo antes de desaparecer en su habitación.

Mirja movió lentamente la cabeza arriba y abajo. De todas formas, tenía que ir a la ciudad a sacar de la consigna la maleta de Wanda Phinn. Al final iba a tener una oportunidad de estar a solas con la cazafortunas francesa.

Preparó sus argumentos. Sin duda, iba a costarle una buena parte del dinero que había ahorrado, pero ¿qué era eso, si conseguía que la arpía desapareciera de su vida?

Por un momento tuvo que reprimirse para no reír en voz alta.

¿Sería que la diosa Fortuna había decidido sonreírle?

¿Iba a conseguir deshacerse de sus dos peores rivales en el mismo día?

Martes 6 de mayo de 2014

—Bienvenidos a la reunión, distinguidos compañeros, vamos a tomar café —saludó Assad mientras servía un brebaje que no olía ni a café ni a menta, sino más bien a pellejo de cabra, o algo peor.

Carl correspondió a la mirada inquieta de Gordon, cosa que Assad observó con una sonrisa.

—No es una de mis recetas, esta es de Rose —los tranquilizó, al tiempo que Gordon metía la trompa en la taza y parecía salir con vida.

Tranquilizado, Carl tomó un sorbo, cosa que provocó que recuerdos no tan buenos de las excursiones con Vigga a los mítines del Primero de Mayo y sus cafés étnicos volvieran, dolorosos, como un rayo.

—Es té Mu —anunció Rose sin sonrojarse, mientras dejaba su bloc en la bandeja bollywoodiense de Assad. Solo faltaban las babuchas.

Carl apartó su taza con discreción.

—Bien, como ya tenemos nuestra propia sala de emergencias, la idea debe de ser que de vez en cuando nos reunamos aquí para intercambiar información. Vamos a empezar, ¿no?

Estuvo un rato pensando en el orden.

—Mañana hará una semana que Christian Habersaat se quitó la vida —empezó—. Y aunque hemos logrado avances en relación con su investigación, no han sido gran cosa; de todas formas, aferrémonos a ellos.

Hizo una seña a Assad, que también tenía dificultades para tragar el brebaje de Rose. Así podría experimentar en su propio cuerpo lo que se sentía ante desmanes de ese tipo.

—Antes que nada, sabemos con exactitud cuándo conoció Alberte al hombre de la furgoneta; es decir, si es que fue a él a quien conoció, pero ¿a quién, si no? Dentro de poco voy a telefonar a la antigua pareja de directores, y espero que me informen sobre la fecha exacta de la excursión a la iglesia redonda de Østerlars. Suponemos que fue el 11 de noviembre de 1997, debido a la fecha borrosa de la postal que escribió a su hermano, pero no estamos seguros.

»Además, voy a pedirles que me digan qué ha sido de los dibujos de Alberte. No porque crea que sea importante que los veamos, sino más bien porque no se los devolvieron a sus padres; sería una medida humanitaria para con los padres, y nuestra curiosidad resultaría satisfecha.

Trató de alardear de sus habilidades empáticas, pero no pareció causar una gran

impresión.

—Bueno, veremos qué pasa. Y, para terminar, tendré que hablar con Lars Bjørn.

—¿No debería ser yo el contacto con Bjørn? ¿No es un poco *crazy idiotisch*? — protestó Gordon con cautela.

Carl sacudió la cabeza. Desde luego que no. Una cosa era que Bjørn se lo había endosado, pero no iba a ser también su espía y correveidile.

—Vale —ratificó Gordon, vacilante—. Entonces, ¿quieres que llame al club de automovilistas que organizó el festival de coches antiguos?

—No, de eso me encargo también yo. No, Gordon, voy a encargarte una tarea de mayor calado. Quiero que investigues cuáles son las direcciones actuales y los números de teléfono de los participantes en el cursillo de otoño de 1997.

Se oyó un grito sofocado. En la desesperación del momento, el tipo miró la taza de té, sin duda con intención de reconfortarse, pero enseguida descartó la idea. Era evidente que también él había tomado lo suficiente.

—Pero Carl, ¡eran cincuenta cursillistas!

—Ya. ¿Y...?

El rostro de Gordon reflejó más perplejidad de la habitual.

—Y entre ellos, cuatro de Estonia, dos de Letonia, cuatro de Lituania y dos rusos.

—¿Ves lo bien informado que estás? Eres la persona ideal para el trabajo.

Pareció que el pobre Gordon iba a echarse a llorar.

—Además, muchos de ellos habrán cambiado de apellido. *Oh dear, oh dear!*

—Pues entonces deja de hablar de eso, Gordon —replicó Rose, cabreada. Tampoco él había querido tomar su té.

—Perfecto —dijo Carl—. De entre los alumnos de la Escuela ya hemos hablado con Kristoffer e Inge Dalby, y con Alberte, por razones obvias, no podemos contar, así que solo quedan cuarenta y siete.

¿Gordon había soltado un «aleluya» en voz baja?

—¿Cómo va lo de los peritos? —preguntó Assad.

—Laursen ya está en ello, puede sacarles más información que yo. Pero tú, Assad, sigue desempolvando las estanterías para ver si hay alguna foto de la plancha de contrachapado que encontró el chico en Las Cabezas de Camello.

—¿Desempolvar?

—Desempolvar, buscar, es lo mismo. Es una expresión, Assad.

Assad asintió, y Carl se volvió hacia Rose.

—¿Y tú estás llamando a asociaciones de Bornholm que trabajan con fenómenos misteriosos?

Rose lo confirmó.

—Hemos de suponer que la gente metida en tales asuntos tiene otro trabajo para poder vivir, así que es posible que debas trabajar de noche. Tú dedícate a eso los próximos días. A ver si hay alguien que recuerde algo de la comuna *hippy* de Ølene y que tal vez pueda proporcionar información sobre el hombre de la furgoneta.

Aunque parezca extraño, pareció satisfecha con el trabajo encomendado. Al menos, ofreció otra ronda de té Mu.

—Hola, Carl Mørck. Has llamado al presidente de nuestro club, pero tendrás que contentarte con que te llame yo, porque el presidente está de viaje.

El hombre se presentó como Hans Agger, vicepresidente del Club de Coches Antiguos de Bornholm.

—Verás, la verdad es que soy el más indicado para hablar, porque me encargo de los archivos del club, cosa que he hecho desde que dejé la presidencia.

Carl dio las gracias.

—¿Has recibido la foto que le envié al presidente?

—Sí, me la mandó su esposa. A propósito, un policía llamado Christian Habersaat me preguntó lo mismo hace varios años. Pero por desgracia no sabemos quién sacó la foto. Así que te diré lo mismo que le dije a él: el lugar donde había aparcado el hombre estaba reservado a los participantes en la carrera, y una furgoneta Volkswagen de los años setenta no pertenecía a esa categoría, ¿verdad?

Y se echó a reír con tantas ganas que Carl tuvo que alejar el receptor del oído.

—Y entonces, ¿qué? —quiso saber Carl.

—Pues tuvimos que pedirle que aparcase en otro sitio; pero el problema era que no podía mover la furgoneta, porque el motor estaba un poco de aquella manera.

Carl se acercó al borde de la mesa.

—Vaya, recuerdas eso. ¿Recuerdas también al hombre?

El vicepresidente volvió a reír.

—No, eso ya no. Pero sí que recuerdo que Sture Kure le arregló el problema, algo del distribuidor, siempre suele ser eso.

—¿Sture?

—Sí, Sture Kure, un nombre curioso, ¿verdad? ¡Ja, ja! Era nuestro hombre para todo, un mecánico muy bueno, pero por desgracia murió poco tiempo después. Bueno, tal vez lo recuerde por eso.

Joder, pero ¿es que ninguna de aquellas personas podía mantenerse viva hasta que le hicieran falta? Carl dio un suspiro.

—Y claro, Habersaat no consiguió hablar con él antes, ¿verdad?

—No, que yo sepa.

Cuando colgó el teléfono se sintió estúpido, y la sensación no mejoró después de telefonar a la pareja de directores.

Sí, recordaban bien la excursión a Østerlars, porque la visita del señor Mørck y su ayudante despertó su curiosidad y leyeron todo lo que ponía en los diarios de Karina sobre aquel otoño, le contó el director. La excursión fue el 7 de noviembre de 1997, y visitaron varias iglesias redondas. Pero, aparte de eso, Karina no escribió nada especial. En casi todos sus cursillos solían hacer excursiones a las atracciones

turísticas de la isla, de manera que el interés por la novedad había ido evaporándose con el paso de los años.

Después Carl reflexionó sobre lo que le habían dicho. De modo que Alberte conoció al hombre el 7 de noviembre y no el 11, los dos unos del matasellos debían de corresponder al mes, lo que significaba que la chica lo conoció apenas quince días antes de fallecer. Pero ¿qué le había hecho a aquel tipo para que, siempre que las sospechas de Habersaat tuvieran algo de sustancia, decidiera poner un fin tan siniestro a su relación?

¿Y quién era ella, la chica? ¿La que de pronto empezó a desafiar al entorno con su sexo? ¿La que cantaba como un ángel y dibujaba casi igual de bien?

Se dio una palmada en la frente. ¡Los dibujos! Los había olvidado.

La segunda vez que telefoneó a la pareja de directores, sacó más en limpio.

El antiguo director dijo que sí, que estaba seguro de que los dibujos de Alberte estaban en la Escuela en alguna parte. Por lo que recordaba, debía haberse celebrado una exposición con los trabajos de los alumnos la víspera de la desaparición de Alberte, pero entonces vinieron de visita los de la Escuela Superior de Rítmica y, como se lo estaban pasando muy bien, se dejó de lado la exposición, que nunca llegó a celebrarse, en realidad.

—Creo que los dibujos deben de estar en alguna carpeta en algún lugar del sótano de la Escuela, pero para eso tendrán que hablar con la secretaria.

—Subo un momento adonde Bjørn, Assad —hizo saber Carl cinco minutos después—. Tengo otra tarea para ti. Como te quedaste tan encaprichado con la secretaria de la Escuela, telefonéale y pídele que busque unos dibujos que debían ser para una exposición de los alumnos el 19 de noviembre de 1997. Queremos ver los de Alberte, ya costaremos el envío y la devolución cuando terminemos con ellos. ¿Estás de acuerdo?

—Eh... Sí, tal vez. Pero, o sea, ¿qué significa encaprichado?

En el Departamento de Delitos contra las Personas el ambiente ya no era como en los buenos tiempos de reinado de Marcus Jacobsen. El inspector jefe de Homicidios trataba, por lo visto, de crear una especie de ambiente entrañable con un par de explosivos cuadros abstractos de Annette Merrild y unas tazas de café con motas de colores, pero eso no alteraba el hecho de que, en opinión de Carl, el inspector jefe era en el fondo un zoquete por quien solo sus más allegados podían abrigar algún sentimiento cálido.

—¿Quién diablos es? —susurró Carl a su secretaria preferida, Lis, refiriéndose a un rostro desconocido al otro lado del mostrador.

—Es la sobrina de Bjørn. Está sustituyendo a la señora Sørensen, que está fuera.

—¿La arpía no está? —Aunque pareciera extraño, no se había fijado—. ¿Y por qué no está?

—Bueno, ya sabes. La menopausia. Tiene sofocos y está un poco histérica estos días. Hemos decidido decir que tiene gripe.

Carl se quedó conmocionado. ¿La señora Sørensen había sido fértil hasta ahora? Desde luego, no era una idea evidente.

Lis señaló la puerta de Bjørn, de donde salieron más rostros nuevos.

Susurraron algo al pasar junto a él. Como si le importara.

Empujó la puerta del despacho de Bjørn sin llamar antes.

—¿Tenemos cita, Carl Mørck? No creo recordarlo —comentó Bjørn cuando Carl depositó en la mesa ante él la foto del hombre de la furgoneta.

Carl hizo caso omiso de la pregunta y del tono.

—Esta es una foto de un hombre que es probable que haya matado a una joven en Bornholm. Quiero que des tu consentimiento a que anunciemos la búsqueda del hombre en el programa *Station 2* de TV2.

El inspector jefe dejó al descubierto sus dientes irritablemente blancos, en algo a medio camino entre sonrisa y risa.

—Gracias, Carl, está bien —dijo—. Ya he oído suficiente. No estarás hablando por casualidad del caso de 1997 que la Policía de Bornholm archivó hace casi quince años, ¿verdad? Porque entonces no se trata de un caso de asesinato ni de que se sospeche de nadie en especial. Así que gracias, Carl, nos vemos en la reunión informativa.

Bien, así que el correveidile de Gordon se le había adelantado.

—Ya capto el mensaje, Bjørn. Al parecer, Gordon ya ha estado aquí para quejarse de la carga de trabajo. Pues, si es el caso, por mí tráelo de vuelta. No tienes más que decirlo.

—Gordon no ha hecho nada de nada, Carl. Pero tienes que entender que, como inspector jefe, hablo con regularidad con mis compañeros de Bornholm. Por si se te había olvidado, aún siguen perteneciendo al departamento.

Tono mordaz, estupendo.

—Gracias por la información. Pero, ya que sientes tanta necesidad de estar informado de todo, puedo decirte que hemos encontrado nuevas pistas en el caso, que tus buenos amigos de Bornholm no habían encontrado; y que, digas lo que digas, tengo intención de seguirlas hasta que tengamos a alguien bien guardado entre rejas por asesinato u homicidio negligente y posterior fuga.

—Bueno, ya veo que sigues en forma. Pero te diré una cosa para contestarte: no vas a poner a Dinamarca en pie de guerra pidiendo sugerencias sobre quién puede ser ese hombre. El hombre de esa foto pésima no ha sido inculcado por nada, y además puede ser cualquiera. Va a haber miles de llamadas inútiles, cientos de horas malgastadas, y, la verdad, señor Mørck, en este segundo piso tenemos cosas más serias de las que ocuparnos.

—Bien, pues cambiemos los papeles. Envíanos las llamadas al poco serio Departamento Q del sótano, señor inspector jefe. No hay que interrumpir el sueño de

la Bella Durmiente aquí arriba.

—Gracias por todo, Carl. —Le señaló la puerta—. Y lo del anuncio en televisión no va a ocurrir. Puede que recuerdes un caso, por lo demás bastante actual, en el que parte de la prensa señaló a una persona como culpable de un asesinato y, al poco tiempo, tuvieron que tragarse todo lo dicho. Responsabilidad por daños y perjuicios, ¿conoces el concepto?

Carl salió dando un portazo que hizo que todo el antedespacho se quedara mirándolo.

—Joder, Carl —se oyó detrás de la puerta. Así tendría algo con que divertirse.

—Desde luego, nunca has sido un favorito de Bjørn —declaró Lis con un tono de voz lo bastante alto como para que los presentes en la estancia se callaran—. Pero otra cosa, Carl, ¿os habéis reconciliado Mona Ibsen y tú?

Carl arrugó el ceño. ¿Por qué diablos empezaba a hablar de eso ahora?

—Lo digo porque ha preguntado por ti hoy. Se ha asomado por aquí cinco minutos, antes de salir pitando al juzgado de guardia.

—Así que ¿ha vuelto?

—Sí, la comisión de servicios era hasta abril. Luego ha estado de vacaciones en la costa oeste de Jutlandia, y ahora está de vuelta.

—Mmm. Habrá preguntado para que la avisarais si aparecía yo de repente —sugirió.

Sí que era extraño. También lo eran las mariposas que empezó a sentir en el estómago.

—No he encontrado ninguna foto de la plancha de madera, Carl, y creo que he revisado casi todas las estanterías.

Assad parecía derrengado. Una de las pobladas cejas parecía haberse dado por vencida, y cubría medio ojo.

—Sí, ya sé que tengo que volver a mirar, pero no creo que la encuentre, Carl.

—¿Estás bien, Assad? Te veo algo legañoso.

—Es que esta noche no he dormido bien. Me ha llamado un tío mío porque hay problemas.

—¿En Siria?

Assad miró al vacío.

—Ahora está en Líbano, pero...

—¿Puedo ayudarte en algo, Assad?

—No, Carl, no podemos hacer nada. Tú, al menos, no.

Carl hizo un gesto afirmativo.

—Si te hace falta tomarte unos días libres, ya lo arreglaremos —lo tranquilizó.

—Eso es lo que menos falta me hace, pero gracias, de todos modos. Creo que debemos seguir en la sala de emergencias, porque Rose tiene noticias para nosotros.

Era lo de siempre. En sus días buenos, Assad podía ser abierto y atento, pero en momentos como aquel se mostraba ajeno e inaccesible. Carl no sabía qué le sucedía. Si mencionaba la situación en Siria, Assad se escurría como una anguila. Y aun así, era como si los hechos graves que sucedían allá no lo afectasen. De hecho, no hablaba nunca de Siria ni de otros acontecimientos de Oriente Próximo. A veces notabas que alguna palabra suelta abría alguna herida, y otras veces la misma palabra lo dejaba frío.

Carl le dio una palmada en el hombro.

—Ya sabes que siempre puedes acudir a mí con lo que sea, ¿verdad?

Rose esperaba junto a la pizarra blanca, y Gordon estaba sentándose cuando entraron. Vaya, ahora tenían la misma altura.

—Tómalo con calma —fue lo primero que dijo Rose al ver el rostro expectante de Gordon.

Seguro que esperaba la llegada de revelaciones que iban a hacer superfluo su aburrido trabajo de buscar direcciones y números de teléfono de los antiguos cursillistas.

—A Roma no se llega en dos horas, ¿verdad? —concluyó erróneamente, mientras descolgaba de la pared algunos folletos de Habersaat con corazones, cristales y soles relucientes—. De momento solo me he puesto en contacto con personas tras estas tres ofertas alternativas, y todas trabajan a jornada completa con sus diversas terapias, cosa que llevan haciendo desde hace diecinueve, veinticinco y treinta y dos años, respectivamente. Pero solo Beate Vismut, de El Corazón del Alma, que se ocupa con preferencia de las simbiosis entre cuerpo y naturaleza, recordaba al joven de la furgoneta Volkswagen. Me ha dicho que no tenía nada que añadir a lo que ya le sacó en su tiempo Christian Habersaat.

Rose sonrió.

—Pero le he sacado algo nuevo.

—Bien, Rose. ¿Es el nombre del tipo? ¿Sus señas personales? ¿Su historia? —tanteó Carl.

—No, el nombre no lo recordaba, es probable que él no se lo mencionara nunca; y del resto no entramos en detalles. Beate Vismut no desea saber nada sobre el pasado ni tener ninguna información de sus clientes, y me ha explicado que es ciega de nacimiento y trabaja en un plano que no es visual.

—¿Nuestra mejor testigo es ciega? —Carl sacudió la cabeza. Aquello era demasiado.

—Sí, y solo quiere «sentir» a sus clientes, como dice. Pero de todas formas me ha dado una idea de cómo era el hombre.

—¿Cómo era?

—Sí. Beate anima a sus clientes, o alumnos, como prefiere llamarlos, a que se desprendan de todo lo que pueda alejarlos de la naturaleza, lo que es una exigencia bastante radical, creedme. Ella, por ejemplo, no acepta tener calefacción en su casa,

porque no le gusta que el verano y el invierno sean iguales. Tampoco quiere tener elementos constructivos que no sean orgánicos, de manera que vive en una casa hecha de balas de paja, y ha vivido así desde mucho antes de que se pusiera de moda.

—Pero tendrá teléfono.

—Sí, y otras cosas que puedan ayudarle, como ciega que es; al fin y al cabo, depende de su entorno. Pero ahora viene lo bueno.

El rostro encalado de Rose irradiaba autocomplacencia.

—El tipo estaba de acuerdo con ella en muchas cosas, también él estaba interesado en la naturaleza como algo divino y sanador, pero Beate recordaba que solían discutir sobre el grado de sacrificio. A él, por ejemplo, no le parecía que pudiera prescindir de su furgoneta, y la razón era que... —Sonrió e hizo una larga pausa—. Porque tenía gran necesidad de ser libre para viajar a lugares en los que a lo largo del tiempo se ha adorado el sol, los elementos y los fenómenos sobrenaturales, y no podía hacerlo sin un medio de transporte.

—Vale. Entonces, ya sabemos que es el de la furg...

—Y —lo interrumpió Rose— por eso los últimos años había viajado por Europa con algunos de sus seguidores, entre otros lugares, a la isla sueca de Gotland, a Irlanda y a Bornholm. En Bornholm buscó lugares sagrados, de los que hay muchos en la isla, y, entre otras cosas, se interesó por los petroglifos de la Edad de Bronce, los mausoleos de piedra del bosque Troldekskoven, los menhires de Hjortebakken, los lugares de culto de Rispebjerg y Knarhøj...

¿Knarhøj? ¿Dónde había oído Carl ese nombre?

—Sí, y sobre todo..., los mitos de los caballeros templarios de la iglesia de Østerlars. ¿Qué os parece?

—Magnífico. Así establecemos la relación entre la furgoneta, el hombre y Alberte —observó Assad.

—Sí, claro —concedió Carl—. Muy bien, Rose, pero ahora ¿qué? No sabemos más de la identidad del tipo, no sabemos de dónde venía ni adónde fue después. Lo único que tenemos es que es un hombre que viaja, así que puede estar en cualquier parte, y eso si es que vive. Quizá esté en Malta, o en Jerusalén, donde ha habido templarios. Tal vez esté murmurando sonidos extraños en Stonehenge, en Nepal o en la ciudad inca de Machu Picchu. No lo sabemos. Tal vez haya desconectado de todo ese follón y esté de subsecretario en el Ministerio del Interior, con diez años de servicio y esperando la jubilación.

—Beate Vismut ha dicho que el hombre era un auténtico cristal, así que no creo que debas temer que esté en el Ministerio del Interior.

—¿Auténtico cristal? ¿Qué carajo quiere decir con eso?

—Que había encontrado la verdadera luz y se había reflejado en ella, y desde entonces no podía vivir sin ella.

—Santo cielo, cada vez es más extraño. ¿Y eso qué significa?

—Si se lo preguntas a ella, su comentario es que sigue activo en el juego, y más

que nunca.

Octubre, noviembre y diciembre de 2013

Shirley estaba decepcionada. Decepcionada con Paco López, el español buenorro que le prometía el oro y el moro y durante una semana acudía a su casa a diario para tener sexo y comida casera; y al final sacó del bolsillo el gastado anillo de compromiso y le dijo adiós y gracias. Decepcionada con su jefe, que la despidió en vez de despedir a la nueva trabajadora de la cantina, que solo llevaba tres meses. Decepcionada con la dieta, que le había garantizado perder diez kilos, pero casi funcionaba al revés; y decepcionada con Wanda Phinn, que, a pesar de sus bonitas promesas, no se había dignado escribir una simple postal.

Durante un mes estuvo algo inquieta por su amiga renegada, pero también aquello pasó, como todo lo demás.

Así era su vida.

No era más que una cabrona, como los demás, pensaba para olvidarse de ella, y trataba de calcular cuánto tiempo podría seguir sin trabajar con el miserable subsidio de desempleo y solo mil seiscientos sesenta libras en el banco.

No eran perspectivas de futuro exactamente halagüeñas, aunque su nivel de vida anterior era nulo, como decía siempre Paco, y nada indicaba que pudiera mejorar.

«No, vienes tarde para el trabajo, se lo dimos a otra persona ayer» era la respuesta habitual cuando por fin encontraba algo.

Por eso, Shirley estaba a punto de tomar la decisión más desesperante y humillante que podía tomar una mujer soltera de cuarenta y pico años, sin educación y con algo de sobrepeso: es decir, volver al piso de Birmingham donde nació y donde seguían viviendo sus viejos.

Los telefoneó y tanteó el terreno. ¿Qué les parecía que regresara a casa durante un par de meses? Es que los echaba de menos.

Por desgracia, el sentimiento no era correspondido, debían de ver cuál era la situación: esta vez no se trataba de que Shirley fuera a celebrar la Navidad y el año nuevo con ellos.

Así que vivía encerrada en un miserable complejo de pisos alquilados en el barrio más desfavorecido de Londres, sin esperar nada, mientras los adornos navideños brillaban en los escaparates de las tiendas y los niños sonreían.

Debí hacer como Wanda, pensó; ella debía de estar bien dondequiera que estuviera, ya que no había tenido noticias suyas. Y cuanto más pensaba Shirley sobre eso, más fantástica se le hacía la imagen de la vida de Wanda en la isla misteriosa donde reinaba Atu.

¿Wanda tenía más dinero que ella cuando se marchó? Que Shirley supiera, no. ¿Y recibió acaso una invitación para ir allí? No, tampoco.

¿Y por qué no yo?, era la pregunta que los siguientes días y noches le ayudó a evadirse de la realidad y de su miserable situación.

Cuando Shirley se planteaba preguntas esenciales como aquella, se sentaba a la mesa cubierta de hule, junto a la cocina de gas, y barajaba sus grasientas cartas para encontrar en ellas la respuesta. Su solitario preferido en aquella época no era de los más fáciles, pero, por otra parte, si lo ganaba, el resultado era más contundente.

Si gano este solitario, tendré que pensar en serio en marcharme, había decidido. Y cuando de hecho lo ganaba, se abría una nueva serie de preguntas. Porque entonces, ¿qué? ¿Debía informar antes a Wanda y a la Academia para la Fusión con la Naturaleza? ¿Qué era lo más inteligente? ¿Hacer las maletas y despedirse de todo?

Después de medio fin de semana en el que ganó varios solitarios seguidos, llegó por fin a la pregunta definitiva: vale, ya sé que tengo que marcharme. Pero ¿debo esperar o tiene que ser ahora mismo?

Y ganó el séptimo solitario seguido.

Ahora sabía que debía dejar su vida actual, y que debía hacerlo enseguida.

Las fantasías sobre cómo la recibirían en la Academia para la Fusión con la Naturaleza la acompañaron todo el viaje. Estaba segura de que la gente amable que conoció en Londres la iba a recibir con los brazos abiertos, pero ¿lo haría también Wanda? ¿No tenía claro acaso que su amistad con ella era cosa del pasado?

Se imaginó la reacción de su amiga. Ahora venía la tía de Londres a perturbarla en molestar a sus amistades con su parloteo sobre viejos tiempos. No, Shirley no se hacía grandes ilusiones del recibimiento, pero aquello no iba a detenerla. Si Wanda lo hizo, también Shirley podía hacerlo. Al fin y al cabo, fue ella quien introdujo a Wanda en el universo celestial de Atu Abanshamash Dumuzi, no debía olvidarlo.

Al llegar a la estación de Kalmar, se metió en un autobús que la llevó a la isla y la acercó todo lo posible a la academia; el último tramo lo hizo a pie.

La recibió el imponente espectáculo del grupo de casas recién construidas a orillas del mar.

Ya a distancia, la academia parecía algo mágico, con sus numerosos edificios blancos coronados por tejados piramidales con incrustaciones de cristal de colores, brillantes paneles solares en varios edificios y enormes ventanales. Era mayor de lo que había esperado. Mucho mayor, incluso. Y desde la carretera daba la sensación de que cuando llegabas allí ya no necesitabas nada más. Shirley no había visto tanta abundancia en la vida, y, desde luego, nada parecido a aquello. Era como si toda la zona vibrase por la energía. Como si todo tipo de flujos atravesaran aquel paisaje de vegetación exótica, trabajo del hombre y signos crípticos.

Lo primero que delataba adónde habías llegado era un gran cartel esmaltado en el

que ponía: ACADEMIA PARA LA FUSIÓN CON LA NATURALEZA EBABBAR.

Un pasillo de baldosas de colores cálidos conducía a un par de casas más pequeñas y dos pabellones adosados que daban al mar, que varios carteles anunciaban en diversas lenguas como el corazón de la academia.

Reinaba la tranquilidad en el interior de la secretaría del centro, donde gente vestida de blanco fluctuaba en un estado de paz interior mientras la saludaban con la cabeza, amables.

Ajustó un poco su vestido de flores y se alisó la blusa. Debía lucir un buen aspecto entre aquella limpieza y elegancia.

Creo que aquí podría ser feliz, pensó, y se acercó a la puerta, donde se leía: RECEPCIÓN E INSCRIPCIÓN. MIRJA A. DUMUZI.

En el cuarto piso de la aséptica sección de ginecología del hospital de Kalmar, Malena estaba más blanca que los uniformes de las enfermeras cuando de pronto Mirja apareció a los pies de su cama.

Mirja sonrió para sí. La mujer, por supuesto, esperaba que fuera Atu quien acudiera para mostrar preocupación y atención, pero entonces es que no lo conocía lo suficiente.

—¿Qué tal estás? —preguntó Mirja.

Malena volvió el rostro hacia la pared.

—Mejor. Han parado la hemorragia esta noche, y me darán de alta de aquí a unas horas.

—Menos mal, gracias a Dios.

Un ramalazo de desagrado recorrió el cuerpo de Malena cuando Mirja le agarró la mano. Trató por un momento de atraerla hacia sí, pero Mirja no la dejó.

—¿Qué quieres? —Malena volvió la cabeza cuando el silencio entre ellas empezó a ser ruidoso—. ¿Qué quieres decirme, Mirja? ¿Has venido a regodearte con esto? Te viene bien, ¿verdad?

Mirja arrugó el entrecejo con prudencia, ni demasiado ni demasiado poco. La representación había comenzado.

—Pues no. ¿Pensabas eso? Te equivocas, Malena, no es cierto, estoy muy triste por lo ocurrido.

Dejó caer un poco la cabeza, apretó los labios con fuerza y desvió la mirada, como si estuviera concentrada en algo que la preocupase. Se dio cuenta de que Malena estaba desconcertada. De modo que iba por buen camino.

Mirja le soltó la mano y aspiró hondo varias veces antes de volver el rostro hacia la mujer tumbada.

—Debes irte, Malena. Cuando te den el alta, vas a marcharte muy lejos, ¿me oyes?

Sacó la cartera del bolso y retiró el fajo de billetes.

—¡Mira! Aquí hay ocho mil euros, con esto deberías poder vivir durante varios meses. Te he hecho la maleta, está en el pasillo.

Era difícil de sondear qué reflejaba el rostro de Malena, pero sería una mezcla de aversión y desconfianza.

—¡Vaya! Así que intentas deshacerte de mí, ¿verdad, puta arpía? Esto no me lo esperaba. ¿Crees de verdad que vas a librarte tan fácil de mí?

Alejó de un manotazo el fajo de billetes.

—Atu es mío, ¿lo entiendes? No quiere saber nada de ti. No eres más que una esclava para él. La que hace todo lo que él desea, me lo ha dicho él mismo. De modo que lárgate con tu ridículo dinero, Mirja. Dentro de unas horas me verás en el centro, en el lugar que he luchado por conseguir. Ya me las arreglaré para llegar allí.

A veces se producen en la vida momentos en los que en lo más profundo del alma sabes que una arruga fuera de lugar o una sonrisa imprudente pueden tener consecuencias imprevisibles. De modo que Mirja se aferraba en silencio a los sentimientos que en el fondo de su corazón sabía que Atu abrigaba y siempre había abrigado por ella. Por eso, su antídoto fue no hacer caso de la palabrería de Malena y mantener una expresión fija de preocupación en su rostro. Para lograr lo que ella quería, y tenía que lograrlo, Malena debía creerla a ciegas, a fin de estar preparada para cuando su visión del mundo se hiciera añicos.

—Sé mejor que nadie lo que Atu ha sentido por ti, Malena, y me he alegrado por vosotros, no creas otra cosa. Te habrás dado cuenta, por supuesto, de que también yo estoy fascinada por él; no obstante, con los años el sentimiento se ha transformado para mí de manera diferente que para otros, y hace tiempo que me he resignado a ello. Pero has de saber también que, en el tiempo que he estado con Atu, he visto más cosas que nadie, y que tiene una parte oscura sobre la que deseo advertirte, aunque me temo que va a conmocionarte.

La mujer sonrió. Todo lo que era tan cautivador en ella brillaba con obstinación. Los labios delgados, los dientes demasiado blancos, los pómulos salientes.

—¿Y cuál es esa parte oscura? —preguntó, llena de desconfianza.

—Es difícil hablar de ello cuando aprecias tanto a Atu como yo, pero trataré de decirlo sin rodeos. Malena, eres la tercera mujer que ha quedado embarazada de Atu y ha abortado, y él está destrozado y enfadado por ello. Atu no tiene hijos, y ya ha pasado los cuarenta, eso es un hecho. ¿No te extrañaba que no tuviera hijos cuando se sabe cuántas mujeres harían cualquier cosa por él? ¿No crees que él quiere tener hijos? Porque te aseguro que sí. No hay nada que desee más. Y ahora se siente abandonado y traicionado de nuevo. Sí, esas son las palabras que usó: abandonado y traicionado.

Mirja se estrujó las manos.

—Atu considera tu aborto como la apertura a un abismo de energía negativa, y está espantado por ello, espantado de verdad. No puede tolerarlo, te lo aseguro, lo sé por experiencia.

La mujer de la cama habló en tono burlón.

—Pues en ese caso creo que debería venir él en persona a decírmelo.

La mirada de Mirja se endureció.

—Malena, si no has entendido lo que te he dicho, voy a decirlo con todas las letras. Si vuelves al centro, Atu va a sacrificarte.

Malena se incorporó sobre los codos con una sonrisa torcida.

—¿Sacrificarme? ¿No se te ha ocurrido nada mejor, Mirja?

—Va a sacrificarte al mar, Malena. Te ahogará como a las otras dos que perdieron su descendencia. Si te quedas aquí, van a encontrarte hinchada y desnuda en una playa del quinto pino, te lo aseguro.

Malena arrugó la nariz, pero las palabras impactaron en ella con fuerza calculada. Mirja había sembrado tanto la duda como el temor. Y si la duda y el temor provocan también sentimientos de impotencia y miedo, no hace falta mucho para clavar el puñal hasta el fondo.

—Una de las chicas, Claudia, la encontraron en la costa de Polonia...

Mirja se detuvo, como si tuviera que hacer acopio de energía para concentrarse en lo que iba a decir.

—Malena, no sé qué ocurrió con la otra chica, no lo sé; pero creo que nunca la encontraron.

Malena sacudió la cabeza, tal vez no fuera sino un reflejo. Tal vez no quisiera oír más. Pero se quedó callada.

—No creo que Atu haya pensado que hacía nada malo. Al menos, estaba muy tranquilo cuando me confió cómo había devuelto la primera mujer al ciclo de la naturaleza, ya que no podía materializar su misión carnal. Traté de advertir a la segunda. Lonny, se llamaba, pero no quiso escuchar. Hazme caso, Malena, ¿lo harás?

Un par de arrugas verticales aparecieron entre las cejas de Malena. Trató de hacerlas desaparecer frotando, pero estaban bien asentadas.

—Y has de saber que al contarte esto corro un gran riesgo. Me temo que Atu haría lo mismo conmigo si supiera que te estoy contando esto, ¿lo entiendes, Malena? ¿Entiendes lo que te digo?

La mujer sacudió la cabeza. Pero sí que entendía.

Tras su exitosa misión, Mirja volvió al centro y comunicó a Atu que Malena estaba mejorando y que iban a darle el alta un día o dos más tarde. Así la chica tenía más tiempo.

Malena no volvió a aparecer por el centro, claro, y Atu se extrañó. ¿Por qué nadie le daba una razón de que hubiera dejado el hospital, y adónde había ido? Pasó varias semanas tratando de buscarla mediante todo tipo de contactos, pero era como si se la hubiera tragado la tierra.

Mirja hizo una descripción muy fidedigna de las depresiones que podía provocar

un aborto y las decisiones irracionales que podía acarrear para la mujer que ha sufrido una experiencia tan radical y desgraciada. Atu escuchó, triste y desalentado, pero acabó resignándose, porque al fin y al cabo era un hombre pragmático.

Una mañana que, como de costumbre, se había levantado temprano para ejercitar sus cánticos con la vista puesta en el mar, Mirja se coló en su aposento. Traía té recién hecho y un paño húmedo, y, sin decir palabra, lo lavó y le dio un masaje suave, le quitó los pantalones y se sentó a horcajadas sobre él. Así de sencillo, ahora que por fin se había presentado la ocasión.

Puede que la sorpresa despertara su pasión, puede que fuera el perfume de ella, o la conciencia de que se lo debía; lo cierto es que se dejó llevar y dio a Mirja lo que deseaba.

En el momento de eyacular la miró a los ojos, y Mirja se estremeció. No fue solo un orgasmo, fue algo mucho más profundo. La mirada que le devolvió a Atu reflejaba la liberación de una nostalgia de años. Pero también otra cosa.

El ciclo menstrual de Mirja estaba bajo control. Sus ovulaciones llegaban con total regularidad, y cuando sabía que estaba más fértil casi le daba miedo, de la intensidad con que lo sentía. Aquellos días podían ser un infierno, pero esta vez sintió justo lo contrario.

Algo antes de las Navidades se armó de valor para saber la razón de que no tuviera menstruaciones. Había leído mucho sobre la influencia que podía tener en el cuerpo de una mujer el solo deseo de quedarse embarazada. El resultado del test que compró en la farmacia fue positivo, y estuvo a punto de desmayarse. Pero aun así quería que un médico confirmase lo que ella tanto ansiaba que hubiera ocurrido, y le explicase las precauciones a tomar. Al fin y al cabo, tenía treinta y nueve años.

Cuando volvió de la misma sección de ginecología en la que dos meses antes visitó a Malena, lo hizo con una sensación de felicidad insuperable en el cuerpo.

Atu iba a quedarse sorprendido, pero también contento, estaba convencida de eso. No en vano, hacía tiempo que había demostrado ser merecedora de llevar en su vientre a un hijo suyo y también que tenía los genes necesarios.

Cuando estaba junto a la puerta del Corazón de la Academia, tuvo que detenerse un momento para reponerse y no dejarse llevar por los sentimientos. No quería sollozar de emoción cuando estuviera frente a Atu, quería decírselo con una sonrisa y paz mental. Así estaba acostumbrado a verla, y así era como debía seguir tratando con ella. Embarazada o no, Mirja era Mirja.

De todas formas, sonrió, tal vez demasiado, cuando pasó junto a los discípulos del antedespacho y entró en su despacho, desde donde iba a llamarlo para pedirle que se pasara un momento.

Por eso, la sorpresa de Mirja fue comprensible, pues Atu estaba ya en el despacho, y frente a él había una mujer con zapatos planos, muy maquillada, y con un vestido muy prieto y colorido que no lograba esconder la edad ni el sobrepeso de la mujer.

—Has llegado, Mirja, menos mal —la saludó Atu, sonriente, mientras hacía un gesto hacia la mujer—. Shirley ha llegado de Londres sin avisar. Participó en una de las sesiones que hicimos allí el verano pasado, y le gustaría ingresar en el grupo. Ya le haremos un poco de sitio, ¿no?

Mirja asintió en silencio. No era así como había pensado que se encontrarán Atu y ella con ocasión de aquella tremenda noticia, de modo que tendría que esperar. Empañaba un poco su felicidad, pero ya se arreglaría.

—Cuéntale a Mirja lo que acabas de contarme, Shirley.

Shirley sonrió y saludó en un inglés bastante *cockney*.

—Pues sí, mi amiga y yo estuvimos en el curso de Londres, y las dos nos sentimos muy impresionadas por la Fusión con la Naturaleza. Tanto, que, de hecho, mi amiga vino aquí hace unos meses. Bueno, es lo que creía yo, pero no he sabido nada de ella desde entonces, y a Atu Abanshamash Dumuzi... —Hizo una pausa corta. El simple hecho de decir su nombre la hacía ruborizarse—. A Atu Abanshamash Dumuzi y a mí nos han dicho en el antedespacho que no ha estado aquí. Es muy extraño. En realidad, estoy bastante preocupada.

Atu asintió en silencio, serio.

—Sí, es extraño, pero el caso es que no está aquí. Y la recuerdo bien, Shirley. Era una chica muy guapa. ¿No era mulata?

La mujer se alzó de hombros, y a Mirja se le heló la piel.

—La verdad es que nunca he pensado en ello, pero era bastante morena. Era de Jamaica, y por lo visto allí hay gente de todos los colores.

Atu alzó la cabeza.

—¿Te suena de algo, Mirja? Parece que la chica escribió al centro. ¿Cómo decías que se llamaba, Shirley?

Mirja no oyó la respuesta, ya la sabía.

Solo pensaba en su próximo movimiento.

Miércoles 7 de mayo de 2014

—Tengo un problema tonto con los antiguos alumnos de la Escuela Superior, Carl — le hizo saber Gordon.

Era increíble cuánto podía encorvarse cuando quería expresar un poco de sufrimiento.

—Cuando por fin consigo alguno, no recuerdan nada, y si aun así lo intentan, mezclan las cosas. De hecho, uno de ellos había estado en otras cinco Escuelas Superiores después de la de Bornholm, y no era capaz de diferenciar entre ellas. Otra, una de los de Lituania, la única que, cosa curiosa, vivía con sus padres, no tenía ni idea de inglés, así que ¿cómo demonios había podido seguir un cursillo de cinco meses? Es un auténtico enigma. ¡Y luego las direcciones! Aparte de la de Lituania, no había nadie con la misma dirección que en 1997, y lo mismo pasa con la mayoría de los padres.

Dio un suspiro.

—Es un trabajo *ganz* inútil el que me has asignado, Carl. Los pocos con los que me he puesto en contacto recuerdan algo, sobre todo por lo irritante que se puso Habersaat; pero, por lo demás, recuerdan justo el nombre Alberte y que la encontraron muerta, eso es todo. De manera que, por decirlo con un *bisschen* de crueldad, al parecer su muerte no les ha causado mucha impresión.

Carl se concentró, desganado. Cuando Gordon se ponía a parlotear, tenía una habilidad realmente extraordinaria para hacer que la gente pensara en otra cosa.

—Gordon —dijo tan alto que el pobre hombre dio un respingo—. Solo tienes que encontrar a una persona que recuerde y quiera hablar. Y cuando la encuentres, pásasela a Rose, que tiene los antiguos interrogatorios a los alumnos. Es ella quien debe hacerse una idea de conjunto, ¿vale? Así que ponte las pilas, tío. Por supuesto que vas a encontrar a la persona adecuada.

Dejó a Gordon con la cabeza apoyada en el borde de la mesa, mientras Assad le daba unas palmadas cautelosas en la espalda. Si esperaba que lo admitieran en el grupo, iba a tener que levantar la cabeza a toda pastilla.

En el despacho de Rose las cosas iban a un ritmo muy diferente. Montones de blocs con apuntes, montones de papeles arrugados en la papelera, montones de arrugas en la frente. Estaba ocupada, Carl no necesitaba ahondar en ello.

—¿Tenemos más noticias del mundo esotérico, Rose? —se atrevió a preguntar.

Rose sacudió la cabeza.

—Tengo que hacer llamadas más tarde. Como ya he dicho, la mayoría tienen un

trabajo con horario normal. Pero he echado un vistazo a los interrogatorios de cursillistas, y he encontrado uno con quien Gordon debería conseguir una cita. Léelo. Es una transcripción del interrogatorio.

—¿No puedes leerlo en voz alta?

—Venga, Carl, léelo. Ve a tu despacho, enciende un cigarrillo y léelo. Pero recuerda cerrar la puerta. Estos papeles de Habersaat apestan a humo de tabaco.

Carl olisqueó un poco mientras pasaba junto a las estanterías, camino de su despacho. Aparte del perfume de Rose, que picaba en la nariz y escocía en los ojos, no olía a nada.

Dejó el folio sobre el escritorio, sacó un cigarrillo, dócil, como le habían sugerido, y leyó la transcripción de Habersaat.

9/12/1997. Interrogatorio a Synne Veland, 46 años, cursillista de otoño. Maestra de escuela en excedencia en Hvidovre. N.º registro civil: 161151-4012.

Transcrito y resumido el 10/12/1997...

Carl detuvo la lectura. Una idea cruzó su mente, ¿era posible que el tipo fuera tan tonto del culo? Trató de imaginarse a Gordon en acción. Diablos, sí que lo era.

Apretó el botón del interfono.

—Está sonando aquí —respondió Assad por su interfono, al otro lado del pasillo, en voz tan alta que no hacía falta interfono.

—No quiero hablar contigo, Assad. ¿Me oyes, Gordon? ¿Estás ahí?

Se oyó un crujido. ¿Era una silla o una confirmación?

—Habrás hecho una lista con los números de registro civil de los cursillistas, ¿verdad? —Se quedó moviendo la cabeza arriba y abajo, pero sabía que iba a ser que no.

—No —confirmó Gordon—. En la Escuela me dijeron que no podían facilitármelos.

Carl encendió el cigarrillo y le dio una buena calada. Joder con el tío, estaba claro que le faltaba un hervor.

—Pero ¡¿eres gilipollas, o qué?! —gritó—. Es lo primero que hay que hacer. Hostias, Assad, explícale que tiene acceso directo al registro, y que, para empezar, tiene derecho a toda la información de la Escuela, si alguien lo tiene, y que, por cierto, además puede encontrar esos números en las transcripciones de los interrogatorios de Habersaat, siempre que los busque. Dile que se ponga a ello. ¡Díselo YA!

—¿Es necesario, cuando ya lo has dicho tú, jefe? —gruñó por el altavoz.

Carl dio una chupada profunda y tosió.

—¿Y tú qué haces, Assad?

—Estoy con algo que acabo de encontrar. Te lo llevaré dentro de poco.

Carl soltó el botón. ¿Por qué rayos nadie era capaz de pensar?

Luego se contuvo. Quizá debiera haberlo previsto.
Sacudió la cabeza y siguió leyendo el folio de Habersaat.

... 161151-4012.

Transcrito y resumido el 10/12/1997,

La declaración de Synne Veland sobre Alberte es como sigue:

«Bueno, no la conocía de verdad, como a tantos de los demás, porque los mayores no nos juntamos tanto con los más jóvenes.

»Parece ser que la edad media de los cursillistas este año es veintiséis y medio, aumenta debido al grupo de participantes de más de cuarenta años, con el que, como es natural, me relaciono más; nos sentimos algo marchitos en relación con el resto. Además, ha de saber que Alberte era una de las más jóvenes. De hecho, era más joven que mi propia hija, y no mucho mayor que los alumnos a quienes digo adiós en la ESO. Pero claro que hablaba con ella, y por supuesto que me fijé en ella, todos nos fijamos, porque era muy guapa y estaba llena de vida. También me fijé en que muchas de las otras chicas tenían celos de ella, porque los chicos, y en realidad todos los hombres, la miraban de reojo; pero no me pareció que fuera nada grave, era natural para la edad.

»Recuerdo que la víspera de que desapareciera tuvimos visita de la Escuela Superior de Rítmica, y, teniendo en cuenta que a Alberte le interesaba tanto la música —de hecho tenía también una voz muy suave y preciosa—, me extrañó no verla a última hora de la tarde, y luego tampoco estuvo en la fiesta por la noche.

»Uno de los chicos con quien ella había flirteado, Kristoffer, se llama, dijo en un momento que ahora tenía un pavo de fuera de la Escuela, y yo la había visto algo ausente los días anteriores. Ya sabe qué aspecto puede tener una chica enamorada (se ríe). Sí, pero también estaba ausente en el sentido literal de la palabra. Trabajábamos juntas en el taller de vidrio, pero no apareció casi nunca aquellos días.

(Pregunta: ¿vio alguna vez al hombre o joven?).

«No, pero se me quedó grabado que un día Alberte dijo que había conocido a la persona más misteriosa y fascinante del mundo. No dijo que estuviera enamorada, pero era evidente que estaba embelesada con él. Le preguntamos a ver quién era, claro, pero ella se limitó a reír, lo hacía a menudo, y dijo que era alguien que había conocido, y que a veces pasaba en coche después de las clases».

(Pregunta: ¿Y no le preguntó si se citaban solo para hablar junto a la carretera o entraba al coche?).

«No, lo siento». (Synne Veland parece lamentarlo, y quizá esté también un poco triste).

(Pregunta: ¿Se le ocurre alguien que pudiera saber más sobre eso?).

«Después sí que hablamos entre nosotros. Tal vez Kristoffer, pero, aparte de él, no sé».

(Pregunta: En las habitaciones de las chicas ¿no suele hablarse de esas cosas?).

«Sí, claro, pero creo que Alberte se daba cuenta de lo cansadas que estaban las otras de sus flirteos. Así que se callaba, creo. Quizá para no provocarlas más de lo necesario».

(Pregunta: Lo del tipo aquel ¿era tal vez un juego para ella? ¿Un juego secreto?).

«Sí, es posible».

Carl siguió leyendo. En aquel interrogatorio no había nada sensacional.

Volvió a pulsar el botón del interfono.

—Rose, ¿te importa venir?

—¿Y por qué no vienes tú a mi despacho?! —se oyó gritar desde el pasillo.

Carl asomó la cabeza, y allí estaba, sentada en el suelo con las piernas bien abiertas y, entre ellas, todas las transcripciones en un montón.

—¿No era más cómodo leerlas en tu despacho? —trató de mediar, pero no hubo respuesta—. Bueno, pero ¿por qué crees que ese interrogatorio es algo especial?

Aparte de que me ha valido para ver el grado de infantilismo de Gordon, no veo en él nada que no supiéramos antes. ¿Quieres tal vez que hablemos con la maestra? Porque no creo que vayamos a sacarle más información. Hoy en día tendrá unos sesenta y dos años, han pasado casi veinte de la entrevista; ¿por qué había de recordar ahora algo que nos fuera útil, si no lo recordó en su momento?

—Hablas así porque eres un hombre. Pero a veces los hombres sois muy ciegos. Fíjate en las preguntas sencillas que le hizo Habersaat. Si hubieras sido tú, ¿le habrías preguntado las mismas cosas?

—Bueno, está claro que él no era investigador, pero creo que preguntaría más o menos lo mismo.

—Pero ¿y los detalles? ¿Qué hay de ellos?

—¿Por ejemplo?

—Escucha: si hubiera sido tu caso y fuera algo reciente, habrías preguntado un montón de cosas en las que no piensas ahora, pero que si eres mujer por supuesto que piensas, incluso después de tanto tiempo.

—¿Detalles? ¿Te refieres a detalles sobre Alberte?

Carl miró las estanterías abarrotadas de papeles. Como si no tuvieran suficientes detalles para decidir al respecto.

Dio un suspiro.

—¿Te refieres a calzado, ropa, pelo...?

—Sí, a eso y a otras cosas. Otra manera de moverse, maquillaje diferente. Todo lo que pueda decirnos algo sobre qué siente una joven. Puede expresarse mediante cosas así.

Carl asintió: desde luego, era cierto. Había tenido casos en cuyo desarrollo había mujeres que recordaban a la perfección las cejas depiladas de otras mujeres, pero no sabían dónde las habían visto, o en qué contexto.

—Mmm. ¿Y ahora quieres que encontremos a Synne Veland y le hagamos ese tipo de preguntas diecisiete años después?

—Por supuesto. Synne Veland tenía personalidad artística. Materializaba en la Escuela Superior su lado creativo, apreciaba la música, trabajaba el vidrio. Estoy segura de que se fijó en esas cosas.

—Y si así fuera, ¿qué? De ese tipo de detalles podríamos confirmar que Alberte estaba enamorada o tal vez pasándolo bien, pero ¿eso qué importa ahora? Creo que la pista es demasiado vaga.

—Desde luego, pero de eso podemos hablar después.

—Pues vale. Hay otra pista que puedes comprobar. Desde que ayer mencionaste Knarhøj en relación con el tipo que buscamos, el nombre me ha estado rondando la cabeza. Lo he oído antes, algo de excavar.

—Mmm. Sí, ahora que lo dices...

El cuerpo desaliñado de Assad asomó de su despacho con las manos llenas de papeles y, por desgracia, también una taza de té humeante. Aquello iba a ser

divertido.

—He encontrado esto, Carl —informó cuando se sentaron en el despacho de Carl —. Creo que, entonces, va en la dirección que buscábamos.

Le dejó delante unos folios con curvas y cifras, y depositó la taza humeante a su lado.

—He pensado que necesitabas algo reconstituyente, Carl.

¡Vaya por Dios! La taza era para él.

—¿Y qué es? —preguntó. No olía como de costumbre. Olía mejor, de hecho.

—Es *chai*. Una superreceta. Té indio y jengibre. Es bueno para todo. —Señaló la entrepiera con una sonrisa torcida.

—¿Tienes problemas de incontinencia, o qué? —ironizó Carl.

Assad le dio un codazo en el costado y le guiñó un ojo.

—Es que hemos oído que Mona ha preguntado por ti.

Santo cielo, ¡qué rápido viajaban las noticias! ¿La libido se le iba a disparar por un té de olor curioso?

—Olvídalo, Assad. Mona pertenece al pasado.

—¿Y qué hay de Kristaline? La última se llama así, ¿no?

—Te refieres a Kristine. ¿Que qué hay de ella? Ha vuelto con su exmarido. No creo que tu té pueda valer gran cosa en ese caso.

Assad se encogió de hombros.

—Mira. Christian Habersaat hizo un plano del árbol y de la carretera más allá del árbol, y con la bici entre la maleza. Parece bastante fidedigno, así que no lo habrá hecho él. Habrán sido los peritos.

Carl hizo girar el dibujo en sus manos mientras lo miraba. Sí, también él había imaginado algo parecido.

Assad tomó otro folio.

—Pero también él hizo un dibujo. Se supone que es un corte vertical del lugar del atropello y los alrededores.

Fue señalando los elementos mientras los recitaba.

—Como ves, a Alberte la atropellaron más o menos aquí, para que aterrizara en lo alto de la rama.

Su dedo siguió la curva dibujada por Habersaat. Parecía razonable, un poco más empinada de lo que Carl se había pensado.

—En este tercer dibujo ha, o sea, añadido lo que cree que pudo catapultarla en el aire. Mira el ángulo del chisme. Está inclinado, y a solo siete u ocho centímetros del asfalto.

Carl asintió.

—Sí, la pala que catapultó a Alberte hasta la rama tendría ese ángulo, en eso estoy de acuerdo. Pero ¿por qué murió por ello? No me parece un impacto mortal.

—Puede que la matara la conmoción, Carl. Cuando das a alguien un tiro en el corazón, muere al instante por efecto de la conmoción. Debe de ser algo parecido.

Carl meneó la cabeza.

—Sí, tal vez; no estoy seguro. Pero si el dibujo de Habersaat es fiel, y es lo que me siento inclinado a creer, lo más seguro es que la pala la arrojase a la copa del árbol. Por supuesto que eso ocasiona malos golpes y contusiones, pero repito: ¿algo así te mata?

—Un momento.

Assad desapareció por la puerta y Carl miró la taza. La combinación de palabras como libido y Mona de pronto le habían provocado sed. Un sorbito no podía hacerle daño.

Percibió el vapor y el aroma a exóticas costas lejanas, y tomó un buen trago. Tiene un sabor delicado, pensó, antes de que se produjera el efecto.

La combinación de las arterias del cuello dilatadas de repente, la faringe que se cerró, la campanilla, que no la notaba, las cuerdas vocales que rascaban... Todo aquello hizo que se llevara una mano al cuello y tratara de apoyarse en el borde de la mesa con la otra. Si hubiera habido ácido en la taza, el resultado no habría sido muy diferente.

Quiso maldecir, pero no le salieron palabras, solo lágrimas, saliva por las comisuras, y un enorme deseo de venganza y de cubos y cubos de agua fría.

—¿Qué pasa, Carl? —preguntó Assad cuando regresó con el informe—. ¿Se me ha ido la mano con el jengibre?

Tal como les había contado el comisario Birkedal, la autopsia estableció que el cuerpo de Alberte mostraba fracturas y hemorragias internas, aunque no tan graves como para que una de ellas pudiera considerarse mortal.

Carl resumió.

—De los resultados de la autopsia hemos sacado la conclusión de que Alberte aún estaba viva cuando la catapultaron a lo alto del árbol, y que siguió con vida un buen rato después. Tenía rotas las tibias y peronés de ambas piernas, y también había fracturas en otros sitios, pero cada una de las lesiones no parecía ser lo bastante grave como para resultar mortal. No en el momento, al menos. Estaba colgada cabeza abajo, de modo que perdió bastante sangre. No litros, pero sí algo.

Carl dejó el informe sobre la mesa. Alberte Goldschmid pasó tiempo colgada hasta que murió. Pobre chica.

—¿Tú qué opinas, Carl? —preguntó Assad.

—Solo que el dibujo de Habersaat puede bien ser fidedigno. La arrojaron allá arriba, y en el atropello sufrió fracturas y lesiones internas, y un par de heridas profundas en las espinillas, de las que perdió mucha sangre. De manera que fue la mezcla de lesiones la que la mató. Y el tiempo, claro.

—Es espantoso —se oyó decir a Rose en la puerta—. Si alguien la hubiera visto colgada antes, tal vez habría sido posible salvarla.

Se quedó un rato pensativa.

—¿Qué? —preguntó Carl.

—No sé, da la impresión de que pudiera haber sido un accidente, ¿no?

—¿Por qué?

—Pues porque si hubiera sido un asesinato premeditado, el asesino se habría asegurado de que estaba muerta y no iba a declarar contra él. Si uno de vosotros tuviera que quitarla del medio, ¿no habríais actuado así?

—Yo, desde luego, sí —respondió Assad con rapidez.

Carl arrugó la frente.

—Bueno, solo es una hipótesis... O sea, es como lo imagino, Carl.

—Gracias, Assad, ya te habíamos entendido. Pero Rose, el vehículo no frenó allí, pueden haber sucedido cosas de las que no sabemos nada. Tal vez el conductor aparcase en la carretera y volviese para comprobar que estaba muerta. Tal vez lo confirmase por el retrovisor. Puede que el asesino se encontrara en una situación en la que el razonamiento lógico estuviera anulado por completo. Los asesinos raras veces piensan con racionalidad, Rose, ya lo sabes. Así que no podemos permitirnos esa conclusión.

Recogió los dibujos de Habersaat.

—Assad, escanea estos dibujos y envíaselos a los peritos, diles que Laursen va a llamarlos mañana para recoger los resultados. Habla con Laursen, puede hacer que las cosas vayan rápido. Aparte de las preguntas que ya les hemos hecho, tienen que mirar lo que pueda haber en sus archivos sobre el análisis de la plancha de madera. Y también queremos saber, siempre que la teoría de Habersaat sobre la pala no haga aguas, qué grosor debería tener la plancha para no despedazarse con el impacto. También queremos saber si una plancha así podría montarse en la parte delantera de un vehículo como la furgoneta Volkswagen de la imagen, y sin dejar marcas en la carrocería del coche. Por otra parte, partiendo del dibujo de Habersaat y de la supuesta velocidad del vehículo, podrán decirnos si es en absoluto imaginable que el cuerpo de Alberte impactara contra el parabrisas del coche y lo rompiera. Y, para terminar, a ver si pueden hacer más nítida nuestra foto del hombre de la furgoneta. Por supuesto, seguiremos tratando de localizar al fotógrafo y el negativo, si lo hubiera, diles que no se hagan ilusiones. Laursen ya conoce casi todos los detalles, pero ahora tenemos algo nuevo, de modo que cuéntale en qué punto se encuentra la investigación.

Se volvió hacia Rose.

—¿Todavía estás aquí? ¿Tienes alguna otra cosa para mí?

—He encontrado lo que buscabas, Carl.

Lo dijo con una seguridad de mil pares.

—¿Encontrado? ¿Qué? ¿Una declaración jurada del asesino indicando su nombre y admitiendo su culpa? —Rio.

—¡Lo de Knarhøj!

—Bien, ¿qué es, entonces?

—Es donde el jefe de tropa Bjarke Habersaat estuvo excavando junto con un hombre. Recordarás que el chiflado del banco de Listed mencionó que June Habersaat tuvo un encuentro con un hombre en la misma ocasión. Arriba, en el laberinto, ¿no fue eso lo que dijo?

Assad hacía gestos afirmativos como loco; claro que él lo tendría escrito en su cuaderno de apuntes.

—Es verdad, fue así. Pero al parecer no crees que estuvieran preparando una hoguera. A ver si acierto. ¿Crees que se reunieron con el hombre de Ølene? ¿Has encontrado sus diarios, o qué?

—Muy gracioso, Carl. Lo único que sé es que puede tratarse del mismo hombre, nada más.

Carl se inclinó sobre la mesa.

—¿Y cómo lo sabes?

—He buscado en internet Knarhøj, y no da resultados. Pero por otra parte me he enterado de que hay muchos laberintos en Bornholm, y uno de ellos debería estar al oeste de Listed. Luego he llamado a una galería que hay allí, y me han contado que de hecho fue el dueño de la galería quien lo construyó, pero eso no ocurrió hasta 2006. La colina donde se asienta el laberinto se llama Knarhøj. Y el dueño de la galería decidió ubicarlo allí debido a la interesante historia del lugar. Y es que en los alrededores hubo un asentamiento de la Edad de Hierro llamado Tierra Negra, y se han hecho muchos hallazgos valiosos, entre otros varios miles de ancianos de oro, lo que indica un lugar de culto.

—¿Ancianos de oro?

—Sí, pequeñas figuras que se utilizaban como ofrenda. El propio dueño de la galería encontró una piedra solar, y nunca se había oído hablar de un hallazgo así. Lo he investigado, y es cierto. De manera que sí que es un lugar especial.

—Piedra solar, dices. ¿Qué carajo es eso?

Rose sonrió. También esperaba esa pregunta.

—Es una especie de cristal que utilizaban los vikingos para estimar la posición exacta del sol en días nublados. Tiene que ver con la polarización de los rayos solares. He leído que, de hecho, hoy en día se emplea algo parecido al volar en zonas polares. No eran nada tontos aquellos vikingos.

—Piedras solares, vikingos, ancianos de oro...

Al parecer, iba a tener que concentrarse.

—De modo que, en tu opinión, hay una relación no solo entre June Habersaat y el hombre que buscamos, sino también entre el interés de Christian Habersaat por los fenómenos ocultos y el hombre de Ølene, que organizaba bailes nocturnos en pelotas y cosas así. ¿Es lo que tratas de decirme?

—No eres tan tonto como parece, Carl Mørck, pero sería una pena que lo fueras. También has sido tú el que ha pillado el detalle de Knarhøj. Y si se trata del mismo

hombre con quien se veía Alberte, June Habersaat va a tener que contarnos todo lo que sabe del hombre.

Carl dio un suspiro.

—Uf, y más. Mucho más. Ya veo adónde quieres ir a parar, Rose, tienes toda la razón. Pero no vas a hacerme volver a Born-Bornholm para retorcerle el brazo tras la espalda a June Habersaat. ¿Quizá quieres ir tú? ¿O tú, Assad?

No podía decirse que sus rostros irradiasen entusiasmo.

Rose se alzó de hombros.

—Vale, de acuerdo. Pero entonces debe venir ella aquí.

—¿Cómo diablos vas a obligarla? No tenemos nada para presionarla.

—Ese es tu problema, Carl. ¿No eres acaso tú el jefe?

Carl se llevó la mano a la frente, agobiado, y en aquel momento apareció nada menos que Gordon golpeando el marco de la puerta. Ya puestos, podrían invitar al coro del Cuerpo de la Policía y a la orquesta del Ejército de Salvación: total, era imposible que te dejaran en paz.

—Perdona, Carl —se excusó Gordon—. Se me ha olvidado decirlo, pero ha telefonado un tal Morten. Debe de ser el que vivía en tu casa antes. Dice que Hardy no ha vuelto.

—¿Qué dices?

—Que Hardy no está. —Al payaso de él solo le faltaba berrear con aquella cara de borrego.

—¿Cuándo ha llamado? —preguntó Assad. Parecía preocupado.

—Hace casi dos horas.

Carl sacó el móvil y miró la pantalla. El volumen estaba al mínimo, y había por lo menos quince mensajes y llamadas de Morten.

Y dejó de respirar.

Habían mirado por todas partes, sostuvo Morten, delante de la casa, con unas mejillas sonrosadas en las que aún quedaban rastros de lágrimas. Hardy había salido con su silla de ruedas eléctrica mientras Morten estaba viendo el tiempo en la televisión, y llevaba desde entonces en mangas de camisa bajo aquel diluvio.

Pese a la confusión, al nerviosismo y al castañeteo de los dientes, Morten dio cuenta de dónde habían estado buscando él y Mika.

—Hemos buscado en kilómetro y medio a la redonda, Carl. Ha desaparecido.

—¿Y el móvil? Puede usarlo, ¿no? —preguntó Assad.

—No lo tiene. Siempre salimos juntos, y basta con el mío —respondió Morten.

—¿Estará en alguna tienda de música? Escucha mucha música, tal vez esté buscando algo nuevo.

—Tiene un iPod, Carl. Utiliza Spotify. Le meto los auriculares en la oreja, y pueden pasar dos horas hasta que me pide que se los quite.

Carl asintió en silencio. ¿Spotify? El nombre se le hacía conocido, pero no tenía ni idea de lo que era.

—¿Qué hay de la batería de la silla de ruedas? —preguntó Assad.

—Uf, dura una eternidad —respondió Morten—. Tiene una autonomía de ciento treinta kilómetros.

Volvió a sorberse los mocos, de solo imaginarlo.

—Pensaba más en la lluvia.

—No influye, Assad, una batería así está bien protegida —respondió Carl. Se volvió hacia Morten—. Han pasado tres horas, y la silla de ruedas tiene una velocidad máxima de 12,5 kilómetros por hora. Puede estar a treinta y cinco kilómetros de aquí. ¿Has llamado a su exmujer, Morten?

—¿Crees que habrá ido hasta Copenhague? —Todo su cuerpo echó a temblar.

—Entra y llama, hay que comprobarlo. Y llama también al hospital de Hillerød, por si está ingresado.

En el barrio nunca se había visto a nadie hacer mutis tan rápido. Para cuando terminó la frase, Morten había desaparecido.

Decidieron dar una vuelta por los alrededores, tal vez lo hubiera visto alguien, tal vez hubiera saludado a alguien.

—Vamos a separarnos, Assad. Yo conduciré por la zona.

—¿Y qué hago yo?

—Tú móntate ahí, pero más vale que te pongas un impermeable. Hay uno en el

maletero. Tiene narices, lo fría que está resultando esta primavera.

Señaló la motocicleta de Jesper. Un juguetito de cincuenta centímetros cúbicos en el que Jesper no se había montado desde que se marchó de casa.

Assad esbozó una sonrisa irónica.

Desde que se impuso la maquinaria institucional de tratamiento y la sala de estar de aquella casa quedó patas arriba, Carl ya no tenía las mismas largas conversaciones con Hardy que antes. Morten era su ayudante a diario, Mika —el novio de Morten— era el fisioterapeuta y apoyo mental, la persona de la ayuda domiciliar se encargaba de estar con él, y la silla de ruedas era para ver mundo. De modo que Carl se sentía algo alejado, y se preguntaba si aquello había ayudado en absoluto a Hardy.

¿Dónde te has metido, tronco?, pensó mientras los limpiaparabrisas se desplazaban a derecha e izquierda y las maravillas de Allerød pasaban zumbando a su lado.

Hardy podía mover el dedo pulgar, y un poco la muñeca y el cuello, y gracias a aquellas herramientas tan limitadas tenía otra vida, y una libertad enorme en comparación con los años que había pasado en la cama. Al principio estaba entusiasmado con las posibilidades que le daba la movilidad recuperada, pero últimamente era cada vez más consciente de sus limitaciones.

«Antes me compadecía de mí mismo, pero a la vez me sentía algo especial, porque soportaba mi vida. Ahora me siento como un estorbo para quienes me rodean», confesó una vez, dejando claro que sabía bien lo duro que era ocuparse de él y lo poco que podía corresponder.

Pero así como mientras estuvo en la Clínica para Lesiones de Médula hablaba de suicidarse cada vez que Carl iba a visitarlo, no volvió a mencionarlo desde que se mudó a la sala de Carl. ¿Volvía acaso a atormentarlo aquella idea?

—¿Han visto a un hombre en una silla de ruedas eléctrica, en mangas de camisa con la que está cayendo? —gritaba de vez en cuando por la ventana. Parecía mentira la indiferencia de la gente.

Se detuvo en el aparcamiento cercano al bosque y dirigió la mirada hacia allí, inquieto. Pensándolo bien, era una misión a todas luces imposible. Porque la gente desaparece si no quiere que la encuentren. ¿Sería el caso de Hardy?

Tecleó el número de Morten.

—¿Qué me cuentas? ¿Alguna novedad?

Se oyó una sorbida de mocos al otro lado de la línea.

—No está en ninguno de los lugares a los que he telefoneado. Mika ha pedido a la Policía que emita una orden de búsqueda. No suele ser cosa fácil, pero cuando han oído que era un compañero que se quedó parálítico en acto de servicio, han hecho una excepción.

—Bien, dale las gracias a Mika.

Cerró los ojos y trató de recordar algo que pudiera indicarle dónde podría estar Hardy. No tenía la menor idea.

Se oyó el zumbido de su móvil, y Carl se abalanzó encima. Era Assad.

—¡Sí! —gritó—. ¿Lo has encontrado?

—Eh..., no exactamente.

—¿A qué te refieres?

—A la altura del antiguo ayuntamiento he encontrado un ciclista que había visto una silla de ruedas como la de Hardy camino de Lynge. Así que he acelerado.

—¿Por qué no me has llamado enseguida?

—Bueno, es lo que pasa. Me ha parado la Policía. Los tengo al lado, y sostienen que conducía a ciento quince a la hora por el carril de bicis. ¿Vas a venir, entonces?

A Carl le costó lo suyo que sus compañeros dejaran libre a Assad. A los dos agentes uniformados les parecía algo sin precedentes ver un ciclomotor que no debía circular a más de cuarenta por hora embalado de aquella manera. De hecho, no había circunstancias atenuantes, por muchas vueltas que se le diera, les dijeron. Aquello iba a acarrear un proceso judicial, lo que tendría consecuencias en el carné de conducir, dijo uno de los agentes.

Carl valoró la situación. ¡Iban a quitarle el carné a Assad! Casi les estaba agradecido por ello.

—¿De quién es la motocicleta? —preguntó el agente.

—Es mía —respondió Assad con arrojo.

Jesper no se lo merecía.

—Acabamos de recibir una llamada del cuerpo de guardia —dijo su compañero desde el coche patrulla—. El desaparecido Hardy Henningsen ha sido localizado por varios agentes en el autocine de Lynge. Seguid directo, pasad junto a la cantera de grava y al otro lado de la carretera general; vuestro amigo está en el aparcamiento del cine con su silla de ruedas, mirando la pantalla blanca.

Soltaron a Assad, pero le confiscaron el ciclomotor. Y, aunque Carl estaba impresionado por la agudeza técnica y la mente lúcida de su hijo postizo a la hora de tunear una moto, también era razonable que pagase por sus actos ilegales.

Uno de los policías tocó a Carl en el hombro.

—Toma —dijo, y le puso unos trozos de papel en la mano. Carl los miró. Era la multa a nombre de Assad—. Conocemos el caso de Hardy Henningsen, así que el hombre que lo busca no va a pagar ninguna multa. Pero no se lo digas enseguida. Que sufra un poco.

Después se llevó un dedo a la gorra y se despidió.

Llegaron en menos de cinco minutos.

Un autocine sin coches, sobre todo cuando llueve a cántaros, es un espectáculo triste. Aquel era el autocine más grande de Europa, de modo que la silla de ruedas y

la figura de Hardy parecían diminutas frente a la enorme pantalla.

A pesar de la manta de lana que le echaron por encima, hacía mucho que Carl no veía a una persona tan empapada.

—¿Qué ocurre, Hardy? —fue lo primero que se le ocurrió decir.

La mirada de Hardy no se movió un milímetro, pero su boca los hizo callar. De manera que se quedaron otros cinco minutos mirándolo con fijeza, hasta que Hardy giró la cabeza y habló.

—¡Vaya, ya estáis aquí! —soltó.

Lo llevaron a casa en un vehículo para inválidos y le dieron unas friegas hasta que su piel descolorida adquirió un tono cobrizo.

—¿Qué ha ocurrido, Hardy? Tienes que contárnoslo.

—He decidido volver a vivir mi vida lo mejor que pueda.

—Bien, no sé a qué te refieres; pero si sigues actuando como hoy, va a ser un proceso bastante corto.

—Nunca más vuelvas a hacerlo, Hardy —coincidió Morten. Un ser rollizo como él no estaba preparado para tales emociones.

Hardy intentó sonreír.

—Gracias, amigos. Pero me habéis interrumpido en mi intento de revivir una película que vi allí con Minna hace treinta años. Me imaginaba que la tenía asida de la mano como aquella vez, ¿lo entendéis?

—Yo sí —dijo Assad. Con voz más apagada de lo habitual.

—Dices que has visto una película que no echaban, que asías de la mano a una mujer que tampoco estaba y que ahora vive otra vida. Es un rumbo peligroso, Hardy.

Hardy golpeó con la cabeza un par de veces el reposacabezas de la silla. Una mala costumbre que se permitía desde que empezó a sentarse.

—Eso es fácil de decir, Carl, pero ¿qué quieres que haga, si no? ¿Esperar a la muerte? Porque no tengo nada de que ocuparme.

Su mirada se deslizó a un lado.

—Cuando estaba tumbado en la camilla, al menos tenía tus casos para pensar. Ahora ya no me cuentas nada.

Hora y media después de que el sol se pusiera tras la pesada capa de nubes grises, Assad y Carl ya habían remediado la previa falta de atención de Carl. Y cuando encendieron la luz de la sala se vio con claridad el efecto que el repaso del caso de Alberte Goldschmid había producido en su amigo minusválido. El cuerpo de Hardy, como siempre, parecía una estatua de sal, pero los ojos estaban atentos y más que dispuestos a ver más allá de sus limitaciones.

—Entonces, ¿esa June Habersaat, que ahora se apellida Ko-Kofoed, es tal vez clave para que consigáis un nombre y una descripción del principal sospechoso, o tal vez incluso más?

—Sí, tal vez. Al menos, eso cree Rose.

—Sí, y yo, o sea, también.

—Pero no quiere hablar con vosotros, y tampoco va a querer hacerlo la próxima vez.

—Rose cree que podemos amenazarla, pero no estoy de acuerdo.

—Y ahora estáis más o menos atascados con esa historia. —Sonrió—. ¿Qué suele decirse cuando una historia se enreda? Que hay que introducir en ella un unicornio para que vuelva a funcionar. O un elefante volador, a falta de otra cosa.

Assad asintió con la cabeza.

—En mi país se dice que, si no se puede hacer otra cosa, puedes conducir tu camello de la quinta manera.

Carl perdió un poco el hilo. No estaba seguro de tener ganas de oír la explicación de las cuatro primeras ni de la quinta.

—Es algo así como delante, en medio, detrás o encima de las jorobas —explicó Hardy—. Ya lo he oído.

Assad asintió.

—Y la quinta es con el pie bien metido en el culo. Así corren que se las pelan.

Carl estaba en otra parte.

—Repite lo que recitó June Habersaat frente a su casa, Assad.

Assad hojeó el bloc de notas.

—No lo escribí en el momento, pero creo que era algo como: «Me gustaría tener un río por el que poder escapar patinando. Pero aquí no nieva, todo está siempre verde».

Dirigió a Hardy una mirada inquisitiva.

—Es algo así, ¿no?

El rostro de Hardy reaccionó.

—Es casi correcto —confirmó—. Solo conozco el texto original, es de Joni Mitchell.

Carl lo miró boquiabierto.

—¿Lo conoces?

—Mika, ven a ayudarme, ¿quieres? —pidió Hardy.

Morten se separó con desgana de su musculoso novio. El grupo estaba reunido, y la antigua *mamma* de la casa volvía a estar contenta.

—¿Cuál era el título, Hardy? —preguntó Mika.

—La canción se llamaba *River*. La puedes encontrar en la lista de reproducción del iPod. Colócalo de forma que podamos oír todos.

Carl buscó en la red, mientras Mika hojeaba las listas de reproducción, con varios miles de canciones.

—Aquí está —dijo Mika después de buscar un rato—. Joni Mit-Mitchell, *River*, 1970.

—Sí, esa es —dijo Hardy—. Tiene un comienzo curioso.

Pasaron unos segundos, y se oyeron los primeros compases de *Dulce Navidad*, con un toque de jazz, algo diferente, pero era *Dulce Navidad*.

Carl y Assad escucharon con atención. Cuando llegaron a la parte que les interesaba, Assad levantó el pulgar.

Oh, I wish I had a river I could skate away on...

La voz era quebradiza, y el acompañamiento al piano, melancólico. Cuatro minutos de añoranza y carencia.

Carl asintió para sí. Seguro que no era ninguna casualidad que Hardy conociera la canción.

—Mira en alguna web donde analizan canciones, Carl. Lo hacen en muchos foros —propuso Hardy.

Carl escribió el título y miró los vínculos. Con el quinto dio en el blanco.

Leyó lo que ponía.

«Joni Mitchell es canadiense, pero se mudó a California para hacerse *hippy* y continuar su carrera musical. La canción *River* habla de pasar las Navidades lejos de casa, en un lugar extraño con gente extraña, sin nieve ni patinaje sobre hielo. La canción, en suma, habla de desear poder dejar detrás todo lo actual para volver a días más sencillos e inocentes».

Se miraron, hasta que Hardy rompió el silencio.

—Tiene una buena voz, y la canción dice mucho, a mí me va directa al corazón cuando la oigo, espero que lo comprendáis. No sé qué puede significar en este caso, porque no conozco a June Habersaat. ¿De qué habíais hablado antes de que la recitara?

Carl proyectó el labio. ¿Cómo demontres iba a recordarlo?

—Me acababa de decir que yo, o sea, no conocía sus sueños, ni sabía lo que había luchado para hacerlos realidad —aclaró Assad—. Cuando lo dijo, me pareció comprensible que alguien pudiera decir algo así.

Se hizo de nuevo el silencio. Nadie sabía qué podía añadirse. Si hubiera estado Rose, ya se habría puesto a parlotear.

—¿Quiere alguien tomar sopa? —canturreó Morten desde la zona de cocina. Aquello despertó a Carl.

—Mirándolo con atención, seguro que June Habersaat no ha materializado muchos de sus sueños.

—No muchos; ¿quién lo ha hecho? —preguntó Hardy—. Pero ¿no crees que la relación con el joven era uno de ellos?

—Seguro. Pero no me encaja que de pronto nos soltara ese texto de canción. No me parece que June Habersaat sea de las que escuchan a Joni Mitchell.

—En sus estanterías solo había algo de pop danés —añadió Assad—. «Grandes Éxitos Absolutos 1-1.000», o algo así.

—*River* es una canción muy poética, etérea y tenue —dijo Hardy—. Si no es de las que suelen gustarles esas cosas, puede que se la haya metido alguien en la cabeza. ¿Podría pensarse que fue el hombre quien le enseñó la canción? También él buscaba en tiempos pasados, ¿no? Lugares ocultos de la Edad de Bronce, piedras solares, iglesias redondas y caballeros templarios, pelo largo y bailes *hippies* muchos años después de su época.

—Y si así fuera, ¿para qué quieres usarlo?

—Voy a intentar conducir el camello con el pie de la quinta manera —declaró Hardy.

Assad levantó el pulgar. Si había camellos de por medio, siempre estaba de acuerdo.

Cinco minutos más tarde, los tres hombres estaban sentados en torno a la silla de ruedas de Hardy, picados por la curiosidad. La sopa de Morten iba a tener que esperar.

—Teclea el número de June Habersaat, Mika —dijo Hardy. Dicho y hecho—. ¿Estás preparado con el iPod?

Mika asintió.

Luego pulsó el icono de llamar y sostuvo el móvil a cinco centímetros del oído de Hardy.

—June Kofoed —se presentó una voz. Entonces Mika encendió el iPod, y la voz de Joni Mitchell llenó de nuevo la estancia.

Poco a poco, Mika fue acercando el móvil a la boca de Hardy.

El hombre paralizado estuvo un momento sin pestañear, con la mirada desenfocada. Ahora era un policía trabajando con total concentración. Un hombre que sabía cuál es el momento perfecto, cuándo es adecuado el tono y la voz igual de anónima.

—June —se limitó a decir, mientras sonaba la música en segundo plano.

Siguió una pausa, que podría haber hecho que otros renunciasen, pero Hardy seguía sin pestañear.

Entonces pasó algo en el receptor, y los ojos de Hardy se abrieron de pronto.

—Sí —fue lo único que dijo.

Entonces volvió a ocurrir algo al otro lado de la línea.

—Vale, lo siento, no lo sabía. ¿Qué tal estás? —preguntó.

Intercambiaron algunas frases más, y luego Hardy se alzó de hombros.

—Ha colgado —informó—. Al final me ha calado, o si no es que no quería hablar con el tipo.

—Vamos, vamos —dijo Carl, impaciente—. Cuéntanoslo todo, con tantos detalles como puedas. Assad, toma apuntes.

—Solo he dicho su nombre: «June». Ella ha respondido: «¿Eres tú, Frank?». Y he

respondido: «Sí». Entonces, ha empezado a respirar hondo. Ha sido muy extraño, porque yo creía que estaba emocionada por hablar con él, pero luego ha dicho con un tono muy duro: «Vaya manera extraña de ponerte en contacto conmigo después de diecisiete años. Jamás pensé que fuera a oír tu voz de nuevo. ¿Tal vez te has enterado de que Bjarke ha muerto? Se ha suicidado. ¿Llamas por eso?». Le he respondido que lo sentía, que no sabía lo de su hijo. Luego le he preguntado qué tal estaba. Pero ella ha respondido preguntando dónde estaba yo. Le he respondido: «¿Tú dónde crees?», y ella ha dicho: «Estás jugando a curandero, ¿no?». Luego creo que he metido la pata, ya me habéis oído cuando le he preguntado a ver cómo creía que me llamaba ahora. Ha sido de una torpeza enorme.

—¿Ha colgado sin más?

—Sí. Pero ahora ya sabemos que la persona se hacía llamar Frank, que es danés y que llevaba años sin tener contacto con ella.

—Pero la cuestión sigue siendo si se trata del mismo hombre que buscamos —constató Carl, pensativo—. Tal vez no fuera una casualidad que los confundiera cuando la llamé y le pregunté por el tipo de la furgoneta.

—Es él, Carl, estoy seguro —insistió Assad—. Se marchó de la isla después de lo de Alberta. Es la misma persona que buscaba Habersaat, y que se acostaba con su mujer, pero también con Alberta, y seguro que con muchas otras. Kristoffer dio en el clavo cuando lo llamó un Don Juan.

—Y June lo acaba de llamar curandero, eso encaja también con nuestro hombre. Bien, sigamos un poco con esa hipótesis.

Carl siguió buscando en la red.

—Se llama Frank. ¿Cuánta gente creéis que hay en Dinamarca que se llame Frank y tenga unos cuarenta y cinco años?

—Yo no conozco a muchos —replicó Assad. Una observación de escasa relevancia en términos estadísticos.

—Yo tampoco lo sé. Pero en este momento hay un total de once mil trescientos diecinueve registrados con ese nombre en Dinamarca. Según el comparador de nombres del Instituto de Estadística, ha habido unos quinientos inscritos con ese nombre desde 1987, de modo que ahora ya no es popular. Lo que pasa es que no sabemos la edad exacta de la persona que buscamos, pero digamos, por ejemplo, que en aquel entonces tuviera entre veinticinco y treinta y pocos, no puede andar lejos. La siguiente pregunta es: ¿ese nombre estaba de moda entre 1968 y 1973? No vamos a calcular a ojo, así que tendrás que consultarlo en el Instituto de Estadística, Assad. Pero en mi opinión hay varios miles. Entonces, ¿qué hacemos? Tampoco podemos llamarlos a todos y hacerles interrogatorios cruzados, ¿verdad?

Era una pregunta retórica, pero Hardy no parecía estar del todo de acuerdo.

—Habrà que remangarse. Es decir, tendrèis que remangaros. Supongo que podrè librarme de lo de los interrogatorios cruzados —dijo entre risas.

Carl le devolvió una sonrisa algo agria; pero, al fin y al cabo, aquello era positivo.

Tenían un nombre. Y era como si Hardy volviera a estar en forma.

Lunes 17 de marzo de 2014

Durante mucho tiempo no pasó nada. Mirja se cuidaba y cambiaba con regularidad la frecuencia de su energía consciente ayudada por los métodos de la fusión con la naturaleza, y mantenía su cuerpo sano de mil maneras, para que la diminuta persona que crecía en su seno estuviera en óptimas condiciones. Participaba en las reuniones y en las concentraciones frente al sol en la playa, como siempre había hecho. Desempeñaba su labor administrativa, cuidaba del mantenimiento de los edificios y de que los recién llegados se encontraran a gusto. Le gustaría quedarse embarazada otra vez más adelante, Atu no debía tener razón para pensar que aquello iba en detrimento de sus quehaceres diarios.

La Nochevieja de aquel año había empezado, como de costumbre, a cielo abierto, mientras Atu elogiaba el ciclo anual. Se reunieron en círculo en torno a la fogata de la playa y expresaron, cada cual a su manera, su gran espíritu comunitario, con la convicción compartida de que la vida siempre tenía nuevos aspectos que ofrecer. El año que llegaba debía ser el año de partida para todos sus actos futuros.

Mirja asentía en silencio para sí, y sabía que nada en su situación podía ser más cierto que aquello, y que en adelante ya no debería ser la única que lo supiera. De modo que, cuando terminó la danza en corro y todos se dirigieron a sus habitaciones para hacer la primera meditación del año, Mirja tomó a Atu de la mano y le dio las gracias por ser quien era y quien pronto iba a ser.

Luego llevó la mano de él hacia su vientre y le dijo sin rodeos lo que pasaba.

Desde el momento en que el rostro de Atu se iluminó, Mirja sintió que nada de este mundo iba a amenazar la armonía y felicidad recién adquiridas.

Así le fue durante dos meses y medio, pero de pronto aquel equilibrio interno se rompió.

Era un lunes, y Mirja había tenido muchas llamadas en la línea telefónica de La Luz del Oráculo. Otro par de miles de coronas habían pasado a engrosar su cuenta corriente.

Miró el reloj y se puso a hablar con el último cliente del día.

—Noto por el color de tu voz y por lo que me dices que constituyes un recurso importante en la transformación del mundo —acababa de decir quizá por décima vez aquel día—. Da la impresión de que existen perspectivas de desarrollo poco habituales en tu personalidad. De hecho, creo que una personalidad tan especial como la tuya se beneficiaría para siempre si te remito a La Cadena Holística. Ahí cuidarán de que descubras todas tus posibilidades, y te mostrarán el camino para obtener

también la fuerza y estabilidad mentales necesarias para que saques el máximo provecho de tus evidentes talentos.

Era el tipo de indicaciones que la gente deseaba oír. Una vez en ese nivel, se volvían insaciables, y así pasaba el tiempo y entraba el dinero.

Mirja lo disfrutaba. En su quehacer diario, solía limitar su habilidad oratoria a informaciones prácticas y para regatear un poco con los proveedores locales de artículos de consumo, pero aquí estaba en su elemento.

—Preguntas a ver cuál de tus perspectivas de futuro destacaría, pero la pregunta no es tan sencilla. Verás...

En aquel momento apareció una silueta fácil de reconocer en la pared frente a la mesa de Mirja. El perfil de Shirley era sin duda único entre todos los discípulos ascetas, así que Mirja se volvió hacia ella con una de sus habituales sonrisas desvaídas, pese a que Shirley había vuelto a hacer caso omiso del cartel de no molesten. Llevaba unos meses empleando ese tono con aquella mujer. Cuanto menos contacto hubiera entre ellas, menos posibilidades habría de que surgieran preguntas.

Pero esta vez la sonrisa de Mirja no fue correspondida.

—Hay una cosa que no entiendo, Mirja —comentó Shirley, más apagada que de costumbre.

Mirja levantó la mano para que esperase un poco, y terminó la conversación telefónica disculpándose y prometiendo que iba a transmitir todas las cosas interesantes de las que habían hablado al responsable de La Cadena Holística. Ellos podrían seguir el proceso cuando los llamase el miércoles. A continuación deseó suerte a la mujer y se volvió hacia Shirley.

—¿Qué es lo que no entiendes, Shirley?

—Esto.

Llevaba en la mano algo oscuro, y se lo enseñó a Mirja.

Era un cinturón con rayas oblicuas rojas y grises.

—Vaya, ¿un cinturón? —comentó Mirja, y lo tomó en la mano como si fuera una serpiente de cascabel dispuesta a atacar—. ¿Qué pasa con él? —se oyó a sí misma preguntar, mientras todos sus sentidos se concentraban en mantener la serenidad y tratar de entender qué podía haber ocurrido.

La caja con las cosas de Wanda Phinn la vació una semana después del crimen, y quemó sus cosas. ¿Era posible que hubiera pasado por alto el cinturón? ¿Era posible?

—¿Qué pasa con ese cinturón, Shirley? ¿Es tuyo? ¿Crees tal vez que has adelgazado o engordado más de lo que creías? —se oyó su voz en alguna parte, lejos.

¿Era el mismo cinturón? No lo recordaba. Puede que ni se hubiera fijado en él.

—No, no es mío, pero lo reconozco —declaró Shirley.

¿Sería posible que el cinturón se hubiera deslizado al fondo de la caja de mudanzas? Pero ¿qué había estado haciendo Shirley en el desván del Establo de los Sentidos? No tenía ninguna lógica.

Se puso a pensar, concentrada. Había quemado un cinturón; ¿no había acaso una

hebilla entre las cenizas cuando las arrojó al mar? ¿Quizá no?

—¿Dices que reconoces el cinturón? ¿Es de alguna marca especial? —Mirja le dio unas vueltas mientras sacudía la cabeza—. No me suena de nada. Eso sí, es un cinturón muy bonito.

—Como que lo reconozco —insistió Shirley. Parecía muy agitada—. Este cinturón lo compré yo, pero no para mí. Fue un regalo de cumpleaños para mi mejor amiga, justo antes de que se marchara de Londres. La que decís que nunca ha estado aquí. Wanda Phinn. ¿No recuerdas que pregunté por ella cuando llegué?

Mirja hizo un gesto afirmativo.

—No recuerdo el nombre, pero sí que mencionaste a una amiga que creías que estaba aquí. Pero hay muchos cinturones parecidos, ¿no crees?

Sonrió como pudo.

—En realidad, no entiendo mucho de ropa, ya ves cómo vamos vestidos.

Deslizó una mano por su túnica simple.

Shirley tomó el cinturón.

—Era muy caro, normalmente no podía permitírmelo, y por eso no lo compré para mí, pero quería dárselo a Wanda. Me hicieron un pequeño descuento por esto. — Señaló un rasguño largo, superficial, en el cinturón.

Mirja sacudió la cabeza.

—No entiendo cómo ha llegado aquí. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo ha dado Jeanette.

—¿Jeanette? —Mirja se dio cuenta de que la desesperación crecía; debía controlarse. Nada de desviar la mirada, ni un parpadeo involuntario que pudiera desenmascararla—. Pero Shirley, si no está aquí. Jeanette se ha marchado esta mañana. Su hermana está muy enferma, ¿sabes?, y por eso nos ha dejado para cuidar de ella. De hecho, no creo que Jeanette vuelva.

—Me lo ha contado, ya lo sé. Ayer fue a por su antigua ropa al desván, donde la había dejado en una caja hace tres años. Pero se dio cuenta de que faltaba su cinturón, y de que en su lugar había esto. Así que se lo llevó. Le ayudé a hacer la maleta, y, en un momento en que se inclinó, me fijé en los colores, la hebilla y el rasguño.

—¿No será una casualidad? Unos rasguños así...

—El cinturón de Jeanette no estaba, lo sabe, porque era negro, y este era de dos colores. Es también de la misma marca que el que compré yo. Y mira la hebilla. Es muy característica. Y los ojetes.

Señaló el penúltimo de la hilera.

—Mira, ese ojete es más grande, porque es el que se ha usado. Y cuando Jeanette se lo puso, le hacían falta dos ojetes más, pero Wanda Phinn era muy fina de talle.

Movió la cabeza arriba y abajo, con los labios apretados.

—Este es el cinturón de Wanda. Lo sé.

La tez clara de Shirley se ensombreció. Era evidente que estaba frustrada, irritada y asustada, todo a la vez. Un cóctel muy peligroso.

Mirja sintió gruñidos en el diafragma. El nerviosismo y las sensaciones desagradables se habían acomodado en algún lugar invisible, pero los notaba. Proyectó los labios hacia delante y pensó. No en cómo podía haber aterrizado en el centro aquel cinturón, como seguramente pensaba Shirley, sino en cómo iba a resolver aquel problema, y, si no tenía solución, en cómo deshacerse de la manera más segura posible de aquel ser tan peligroso.

—¿Tú lo entiendes, Mirja? —preguntó Shirley, de pronto desanimada.

Mirja aprovechó la oportunidad y asió la mano de Shirley.

—Debe de haber alguna explicación natural, Shirley. ¿Estás segura de que Jeanette encontró el cinturón aquí, en el centro?

Shirley señaló hacia atrás.

—Sí, en su caja, en el Establo de los Sentidos, como te he dicho. Estoy segura.

—¿La viste encontrarlo?

Se contuvo un poco. Su tono de voz quizá fuera demasiado duro. No debía parecer un interrogatorio.

—No, pero ¿por qué iba a mentir?

—No lo sé, Shirley. La verdad, no lo sé.

—¿Crees que Shirley tiene intenciones ocultas? —preguntó Atu. Se apretó contra el cuerpo de Mirja y le acarició con suavidad la pelusa rubia del ombligo.

Mirja le tocó la mejilla con la mano. Cuando estaban tumbados así, lo único importante era la comunidad que formaban con el hijo que crecía en su vientre. Aunque era lo que más deseaba Mirja, Atu no volvió a ponerse cariñoso desde la vez que hicieron el amor. En vez de desearla como mujer, la trataba como si fuera un delicado cristal, casi como algo sagrado. Ahora Mirja no era solo su vestal y escudera, sino también el símbolo de la fertilidad encarnada que iba a proporcionarle vida y presencia, no sexo.

Mirja era de otra opinión. Cuando diera a luz, iba a pedirle que la fecundara otra vez. Ya se encargaría ella de que no fuera tan inmediato, para así poder disponer de él. Pero antes había que eliminar las amenazas.

—Creo que todo eso es una gran mentira —anunció, colocando su mano sobre la de Atu—. Jeanette debe de haberse equivocado de cinturón, y Shirley ha aprovechado la oportunidad. En realidad, ¿cuánto sabemos de Shirley? Ha estado escondida tras una máscara de jovialidad y dulces sonrisas. Pensamos que es una mujer que intenta encontrar un aspecto nuevo de sí misma. Pero es diferente a los demás, Atu. No tiene una personalidad espiritual. Puede ser cualquier cosa, también maliciosa, sin que nos hayamos dado cuenta. Una delincuente astuta con un plan. Puede que esto del cinturón de Jeanette haya sido la oportunidad que buscaba desde que llegó. He oído hablar de otros centros espirituales que han sufrido amenazas y chantajes, de manera que ¿por qué nosotros no? Sabe que la academia da dinero.

—Pero ¿no te parece que es demasiado ingenua para eso? Yo no la veo así.

—Me temo que Shirley va a amenazarnos con lo que pueda —continuó Mirja—. Ha dicho que cuando termine su curso va a pedir que la aceptemos como discípula, y ahora sabe, además, que la habitación de Jeanette ha quedado vacía. Pero tenemos que rechazarla cuando llegue el momento, ¿de acuerdo, Atu?

Atu asintió.

—¿Cuándo va a ser eso?

—Dentro de dos meses escasos. Lleva trabajando para nosotros todo el último período, y por eso ha prolongado la estancia en el curso. ¿No recuerdas su solicitud? Fuiste tú quien la tramitó.

—Demos tiempo al tiempo. Pronto va a darse cuenta de que lo del cinturón ha sido una confusión.

Mirja asintió en silencio. Atu era así. Desde su elevado universo pensaba demasiado bien de la gente, algo rayano en la ingenuidad. Pero Mirja sabía que no, y dos meses eran demasiado tiempo cuando las preguntas empezaban a amontonarse. Por supuesto que podían negar una y otra vez ante Shirley cualquier conocimiento del caso, pero ¿y si mezclaba en ello a la Policía? ¿Y si, a pesar de todo, encontraban el cadáver? Entonces iba a aparecer una relación entre Wanda Phinn y el centro. Porque era allí donde se encontró el cinturón.

Aspiró hondo.

—Si Shirley sigue presionando, creo que debemos cancelar su estancia de inmediato.

—¿Por qué motivo, Mirja?

—Porque perturba la paz mental del centro. Porque no encontramos un camino adecuado para ella. Porque no posee lo que hace falta; de hecho, estoy convencida de ello.

—Escucho lo que dices, por supuesto. —Atu cerró los ojos y apoyó la mejilla en la tripa de Mirja.

Ya estaba dada la señal de que iba a dejar la decisión en manos de ella.

Eso le daba cierta libertad de acción.

Jueves 8 de mayo de 2014

El edificio frente al que estaban citados Assad, Rose y Carl no era precisamente un lugar en el que pudiera esperarse que se estableciera una persona con inquietudes artísticas como Synne Veland. Allí, en el idilio pequeño burgués de Amager, no se veían pintadas en las paredes ni bicis de Christiania de pie sobre sus soportes, sino más bien un club de billar local, setos recortados, instituciones infantiles integradas, ladrillo amarillo y kilómetros de grupos de casas adosadas.

Carl nunca había estado allí, pero sabía que su compañero Børge Bak sí. Unos navajazos después de una fiesta, creía recordar; pero, por lo demás, el barrio tenía una reputación intachable.

—Mi hija vive en el 232 —informó la mujer sin que nadie se lo preguntara, ya antes de pedirles que se descalzaran en la entrada.

¿Desde cuándo era aceptable pedir a un hombre en el desempeño de sus funciones que mostrase sus calcetines descoloridos? Era como si su autoridad se viera disminuida.

—Mi hija está divorciada —explicó—. Así que me he mudado aquí, para que al menos me tenga a mí. Pero, aparte de eso, no es un sitio malo para tener la consulta.

¿Por qué lo llamará consulta?, pensó Carl. No había visto ninguna placa en la puerta.

La mujer sonrió y los condujo a una sala en la que no cabía duda de dónde te metías si deseabas su terapia. Había diplomas, láminas con la anatomía del cuerpo, carteles de propaganda de diversos preparados homeopáticos y demás medicinas naturales, y, sobre todo, la lista de precios. No era muy caro, pero, comparado con el nivel salarial de un policía con experiencia, se trataba sin duda de un negocio bastante lucrativo.

—Solo me quedan unos pocos clientes, es que ya casi ni apetece, ¿sabe? —dijo riendo, como si le hubiera leído el pensamiento—. La jubilación anticipada llama a la puerta, y yo escucho con atención, ¡ja, ja! Ahora solo tengo unos quince o veinte clientes fijos al mes.

No está mal, pensó Carl. ¿Quién diablos frecuentaba una clínica como aquella?

—¿Dice que es usted terapeuta holística? —preguntó Rose, que, por supuesto, estaba mejor preparada que Carl.

—Sí, estudié en Alemania, y después he practicado, entre otras cosas, diagnóstico del iris y homeopatía durante casi doce años.

—Antes era maestra de escuela, ¿verdad?

—¡Sí! —Soltó una risa—. Pero la necesidad de cambiar de aires hace que de vez en cuando haya que mover el culo, ¿no es así?

¿Diagnóstico del iris? Carl se rascó las cejas. ¿De qué carajo trataba eso? Miró los ojos castaños de Assad. Para poder deducir de aquellas manchas casi negras algo sobre su constitución y estado de salud, había que poseer una mirada de halcón. No, sus calcetines agujereados, con la uña del dedo gordo asomando, decían mucho más sobre eso.

—Rose Knudsen me ha dicho que venían para hablar de Alberte. Ha llovido mucho desde entonces, de modo que hay que admirar a la Policía. Desde luego, no dejan un caso así como así.

—Entonces tal vez sepa que el policía con quien habló en aquella época se ha suicidado. Por eso continuamos nosotros con el caso —explicó Carl.

A juzgar por la expresión de su rostro, aquella información no la afectó gran cosa. Puede que tuviera un recuerdo vago de Habersaat.

Rose observó también la reacción, así que resumió el caso y el interés de Habersaat en él, y se refirió al interrogatorio que le había hecho. La memoria de la mujer debía de funcionar bien, porque asentía con la cabeza cada dos por tres y parecía tan atenta que Carl al final tuvo que dirigir la vista al suelo para no empezar también él a mover la cabeza arriba y abajo.

—¿Qué es lo que quieren preguntarme? Por lo que recuerdo, aquella vez le conté al policía todo lo que sabía.

—Dos cosas —dijo Rose—. ¿Recuerda cómo solía ir vestida Alberte? ¿Hubo algún cambio en su manera de vestir después de que conociera a aquel tipo?

La mujer se encogió de hombros mientras observaba las gotas de lluvia resbalando por el cristal de la ventana.

—No recuerdo ese tipo de cosas, después de diecisiete años.

—¿Empezó a vestirse al estilo *hippy*? ¿Con jerseys hechos a mano, por ejemplo? ¿Cambió de peinado? ¿Aparecieron de pronto unos churros de rasta, o adornos grandes africanos? ¿Algo así?

—¿*Hippy*? No, creo que Alberte era bastante normal.

Rose suspiró, como siempre que se sabía insegura, y Carl tampoco sabía adónde iba a conducir aquello. Por supuesto que un cambio radical en la forma de vestir podía desvelar si la joven estaba muy influida por los *hippies* de Ølene. Pero ¿saber eso iba a acercarlos al hombre que buscaban? Carl lo dudaba.

—Buscamos alguna pista, por débil que sea, que nos diga algo sobre un hombre del que en el fondo solo sabemos que se llamaba Frank.

—¿Frank?

—Sí, esa era la segunda pregunta. ¿Le dice algo el nombre? ¿Ha oído a Alberte llamar a alguien por ese nombre?

—Pues no. Pero respecto a la primera pregunta, puedo decir que Alberte empezó a llevar chapas en un momento dado.

—¿Chapas?

—Sí, esos círculos metálicos con imperdibles detrás para fijarlos a la ropa.

Bien. Podría ser el primer vínculo con el hombre de la furgoneta, que también llevaba chapas. Algo débil, pero...

—Sí, las conocemos. ¿Qué imagen llevaba?

—El símbolo antinuclear.

—Entonces, ¿era una chapa de «¿Nuclear? No, gracias»?

—No, no era de esas. Era el logotipo de las manifestaciones para pedir el desarme mundial. El símbolo de la paz. Un círculo con una barra vertical en medio y dos barras oblicuas a los lados.

Lo dibujó en el aire.

Carl asintió. Sin duda, hacía tiempo que nadie se reunía bajo aquel símbolo.

—¿Y al principio no llevaba esa chapa? —preguntó Rose mirándola a los ojos. En aquel momento, parecía que era ella quien analizaba los iris, y no la otra.

—No. Solo los últimos días, creo.

—¿Cree que la chapa se la habría dado el hombre que empezó a ver fuera de la escuela?

—Eso ya no lo sé. Pero, que yo recuerde, nadie más en la escuela la llevaba. Claro que podría haberla traído de casa.

Carl asintió en silencio. No parecía muy probable, pero claro, habría que investigarlo.

—Otra cosa —añadió Rose—. En el interrogatorio de Habersaat, dijo usted que Alberte cantaba bien. ¿No cantaría por un casual una canción de Joni Mitchell llamada *River*? ¿Le dice algo?

—No, no creo.

Rose sacó su pequeño iPod color naranja y pulsó.

—Esta —señaló, y le pasó los auriculares a Synne Veland.

La mujer estuvo un momento inmóvil, escuchando, cautivada por la hermosa voz. Después empezó a menear la cabeza a uno y otro lado, y sus comisuras se movieron de modo casi imperceptible.

—¡Ostras, sí! —gritó, mientras seguía escuchando—. No estoy segura al cien por cien, pero solía tararear esta canción.

Sonó el móvil de Carl. Se retiró un poco; era su madre.

—El sábado vendrás, ¿verdad, Carl? —dijo sin más preámbulos.

Carl aspiró poco a poco.

—Sí, iré.

—He pensado invitar a Inger.

—¿Inger? ¿Quién es Inger?

—La hija de la granja de al lado. Bueno, es la hija, aunque está ya entrada en años. Pero es ella quien lleva la granja, así que...

—Madre, no tienes que invitar a Inger. No tengo ni idea de quién es, no la he

visto en mi vida. Soy miembro de la Policía, no he pensado ser granjero ni nada por el estilo cuando vaya ahí. ¿Ha sido idea de padre?

—Bueno, pero vendrás el sábado, ¿verdad?

—Sí, madre, sí. Adiós, madre.

Dios santo, ¿en qué iba a terminar todo aquello? Era espantoso.

Ronny, Ronny, Ronny. ¿Por qué no te quedaste en Tailandia?

Un Gordon a ojos vista deshecho los esperaba en la sala de emergencias y, a juzgar por el color de una de sus orejas, todo parecía indicar que el auricular del teléfono había pasado muchas horas pegado a ella. Trató de reanimarse un poco cuando Rose se sentó frente a él con las piernas bien abiertas, en ángulo recto, pero incluso entonces su ánimo decayó enseguida.

—Creo que no soy tan *fantastisch good* para estas cosas —constató.

Vaya, el hombre parecía conocerse a sí mismo bastante bien.

—He llamado por lo menos a cien números de móvil, y hasta ahora no he podido hablar más que con seis u ocho de los cursillistas.

Carl adelantó la cabeza.

—¿Y...?

—Pues que no he encontrado nada nuevo, porque todos dicen lo mismo. Ninguno de ellos soportaba a Habersaat, que debió de ser bastante molesto. Y de Alberte dicen que era una chica guapa que flirteaba con los chicos, y que un día ligó con uno que no era de la Escuela. Algunos a quienes he llamado decían que era un tipo del que Alberte alardeaba que era más interesante que sus compañeros, y que sabía hacer cosas.

—¿Que sabía hacer cosas? ¿A qué te refieres?

—No lo sé. Es lo que me han dicho.

Carl sacudió la cabeza. ¿Esperaba Gordon acaso que le metieran una mano por el culo y le preguntaran en plan ventrílocuo?

—¿Tienes una lista?

Gordon asintió, y Carl se la arrancó de la mano. Solo había unas notas muy breves en el margen.

—Llámalos tú, Rose. Éntrales fuerte. Tenemos que averiguar qué era lo que sabía hacer aquel tipo que no era de la Escuela.

Se volvió hacia Assad.

—¿Alguna novedad en cuanto al nombre? ¿Cuántos Frank había en los años en los que nos centramos?

—Los anteriores a 1989 no están registrados, así que tenemos que contentarnos con los balances de diez años, y, o sea, las cosas se tuercen, ¿no?

—¿Por qué?

—Porque quieres saber cuántos Frank nacieron entre 1968 y 1973, y esos fueron

cinco mil doscientos veinticinco en los años sesenta y tres mil cincuenta y tres en los setenta. Luego hay que sumar las dos cifras y dividir por cuatro, porque solo te interesan esos cinco años; así llegamos a dos mil setenta. Pero podrían ser más si nació antes de 1968.

Si querías viajar a Marte, un cálculo equivocado por un par de centímetros en el punto de partida podía significar que pasaras a muchos miles de kilómetros del planeta, cosa que no era muy interesante, claro, Carl lo sabía bien. Como sentía respeto por el significado de cifras tan elevadas, tampoco pensaba ser astronauta, si alguien se lo hubiera preguntado. Ahora bien, en lo relativo al número de Franks en el reino de Dinamarca, se la traía floja que se tratara de mil ochocientos doce o de varios miles más de Franks los que había que buscar. Algunos habrían muerto, claro, otros habrían emigrado. Pero, por muchas vueltas que se le diera, iban a ser demasiados.

—Gracias, Assad. Creo que es mejor dejar de lado esa parte de la investigación, de momento. Para cuando los hayamos interrogado a todos, ya habrán espichado.

—¿Cómo, espichado? —Assad lo miró, extrañado.

—Es una expresión, quiere decir estirar la pata, Assad.

—¿La pata? ¿A quién?

—¿A quién?

Carl aspiró hondo y, resignado, se metió las manos en los bolsillos.

—Olvídalo, Assad.

Se sobresaltó. ¿Qué era lo que había entre la pelusa del bolsillo? Lo sacó y lo miró. Ah, sí; de hecho, aquello era para Assad.

Pasó los pedazos de papel a su rizado asistente.

—Toma. El asunto está olvidado, míster motorista. Ya puedes darles las gracias a los agentes de tráfico.

Assad miró el despedazado papel de la multa y sonrió.

—Ya puedes alegrarte, Carl. Así podré conducir el coche patrulla cuando tú estés cansado.

Aunque tuviera que atiborrarse de pastillas de cafeína para mantenerse despierto, ya iba a encargarse de que nunca se produjera esa situación. Se trataba de cambiar de tema.

—¿Has hablado con los padres de Alberte? —preguntó, por tanto.

—Sí, nunca habían visto una chapa así en su casa.

—¿Y la canción de Joni Mitchell?

—Se la he tarareado, pero no se les hacía conocida.

—¿Cómo dices?

—Que se la he tarareado, pero que...

—Gracias, Assad, ya he entendido.

Para los pobres ancianos debió de ser una prueba dura. Hasta un gato en celo tenía más oído que Assad.

—Bien; entonces, los impulsos antiimperialistas de Alberte no le venían de casa. Por eso, supongamos de momento que la chapa se la dio el tipo que conoció fuera de la Escuela; y el hecho de que varias personas tarareasen aquella canción de Joni Mitchell en la misma época puede deberse a la casualidad. Tal vez sonara mucho en la radio. Tal vez, después de muchos años, volviera a las listas de éxitos, ¿quién sabe? Tal vez Joni Mitchell haya estado de gira por el vecindario. Puede haber muchísimas razones para que Alberte y June Habersaat tarareasen la misma canción.

Assad estuvo de acuerdo.

Se oyó un tono en el móvil de Carl; había llegado un mensaje, cosa que no sucedía a menudo. Lo sacó con un pequeño hormigueo en el diafragma. ¿Podría ser de Mona?

No lo era. Se dio cuenta ya desde la primera palabra.

Charlitín, ¿cuándo vas a visitar a mi madre? Vuelves a estar retrasado, y bien que lo sabes. ¡Recuerda el trato!
Abrazos, Vigga.

Carl se quedó sorprendido. No porque fuera su ex, tampoco por el mensaje, aunque era bastante deprimente, ni porque siempre tuviera que estar pendiente de su exsuegra, atacada por una demencia explosiva y bastante imprevisible, sino debido a la propia forma del mensaje.

Se quedó un rato mirando al vacío y reflexionó sobre la idea que lo asediaba de pronto. Aunque pareciera extraño, era casi imposible recordar esas cosas, pese a ser en realidad cotidianas.

Alzó la vista y miró a Assad.

—¿Recuerdas cuándo empezó la gente en Dinamarca a enviarse sms? —preguntó—. ¿Se hacía en 1997?

La testa rizada se alzó de hombros, y tenía razón. ¿Por qué había de saberlo? Según él, no llegó al país hasta 2001.

—¡Rose! —gritó hacia el pasillo—. ¿Recuerdas cuándo compraste tu primer móvil?

—Sí —resonó de vuelta la voz de afilador—. La vez que mi madre se mudó a casa de su nuevo novio en la Costa del Sol. Fue en 1996, el 5 de mayo, para ser exactos. Así que hubo varias razones para que mi padre izase la bandera.

—¿Qué razones? —gritó Carl, y se arrepintió al instante.

—El Día de la Liberación, bobo —replicó Rose, como cabía esperar—. Y mi cumpleaños. Mi padre me regaló un móvil aquel año. A mis hermanas también.

¿Su cumpleaños era el 5 de mayo? Vaya, no lo sabía. De hecho, nunca pensaba que en la vida de sus compañeros hubiera días especiales. Llevaban seis o siete años cruzándose allí abajo, en el sótano, sin haber celebrado algo así ni una sola vez. Ya era hora de empezar, ¿no?

Miró a Assad, que proyectó hacia delante el labio inferior y se encogió de hombros. No parecía que se hubiera fijado en lo del cumpleaños.

Carl se levantó y salió al pasillo, donde Rose estaba una vez más rebuscando entre las cosas dejadas por Habersaat.

—Así que ¿el lunes fue tu cumpleaños?

Rose se pasó la mano por el cabello como si fuera una diva italiana saliendo de la piscina. «Buen cálculo, payaso», decía su mirada.

¿Qué hicieron el lunes? ¿Y por qué no dijo nada Rose? Carl se quedó cortado. ¿Qué se hacía en una ocasión así?

—*Happy birthday to youuu...!* —sonó, estremecedor, por detrás. Carl se volvió hacia Assad, que, como un héroe de ópera, agitaba los brazos mientras sus piernas se movían, evocando recuerdos periféricos de lo que Vigga denominaba «paso griego».

Pero Assad logró que Rose sonriera. Menos mal.

Gracias, Assad, pensó Carl, e intentó recordar de qué estaba hablando.

—¡Ah, sí! —gritó, como si los demás hubieran estado esperando—. ¿Y los sms, Rose? ¿Recuerdas si con tu primer móvil se podían enviar?

Rose frunció el ceño.

—¿Sms? No, no creo.

Estuvo un momento mirando al vacío. Al parecer, no había nada que pudiera refrescarle la memoria.

—Por cierto, Rose, ¿no tenías que llamar a los alumnos con quienes ha hablado hoy Gordon? —preguntó Carl.

«Sí, pero no tenía ganas. Tengo otras cosas que hacer», dijo su mirada esta vez.

Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma, porque en aquel instante Gordon salió como una exhalación del cuartito de Assad con el triunfo pintado en el rostro.

—¡Sabía doblar cucharas! —gritó como si fuera un maestro de ceremonias.

El silencio vibró en los angostos pasillos del Departamento Q.

—Resumamos los hechos de las últimas horas —propuso Carl, mientras Rose cambiaba de sitio los folletos de los terapeutas alternativos de la pared—. Empieza tú, Assad.

—He hablado con la madre de Alberte, y dice que su hija no tenía teléfono móvil. Luego ha llorado un poco y ha dicho que si lo hubiera tenido, tal vez nunca habría ocurrido el accidente. Que entonces quizá hubiera hablado más a menudo con ella y tal vez se hubiera dado cuenta de si le pasaba algo o de si debía prevenirla contra algo.

Carl sacudió la cabeza. Aquella gente iba a vivir el resto de su vida culpabilizándose. Terrible.

—Pero podría haber pedido prestado un móvil a alguno de los otros alumnos —objetó Rose.

Assad estuvo de acuerdo.

—Yo he averiguado que los sms llegaron a Dinamarca en 1996, con el soporte de un telenet limitado. Y la cobertura en Bornholm era mala por aquella época; de modo que Alberte comunicaba con el chico de fuera de la Escuela de alguna otra manera.

—Pero podía llamar, si le prestaban un móvil —insistió Rose.

Rose tiene de alguna manera razón, pero no, pensó Carl.

—En tal caso, la persona que tuviera un móvil habría podido decir más a la Policía, porque se habría podido ver la lista de llamadas en la pantalla del móvil.

Rose suspiró.

—Y la Policía habría podido conseguir todas las llamadas hechas desde el teléfono fijo de la Escuela, supongo.

Assad asintió con energía, bastante convincente. Alberte y el tipo que no era de la Escuela debían comunicarse de otro modo, como decía Assad. Entonces, la cuestión era cómo lo hacían, y con qué frecuencia. ¿Hablaban todos los días? ¿Tenían rituales?

—Ahora me toca a mí —señaló Gordon con impaciencia, y siguió contando que una de las chicas, que se llamaba Lise W. y ahora vivía en el norte de Jutlandia y era profesora de instituto, le había dado tres informaciones que creía que valía la pena investigar.

—Para empezar, tuvo la suerte de sacar fotos en la excursión a la iglesia de Østerlars. No tenía ni idea de dónde podían estar, pero ha dicho que las buscaría. En segundo lugar, me ha contado que fue en aquella ocasión cuando un tipo que conocieron allí estuvo alardeando de poder doblar cucharas. La chica creía que era el novio de Alberte. Como no lo creyeron, se puso a reír y dijo que era Uri Geller II. Pero ella no sabía por qué. ¿Lo sabéis vosotros?

Carl sacudió la cabeza. ¿Es que aquel hombre era incapaz de hacer algo bien y terminarlo? Si hubiera mirado el nombre en un buscador... Dio un suspiro.

—Era un tipo que era capaz de doblar cucharas mediante la energía mental, allá por los años setenta. Mostraba eso y muchos otros trucos más en la televisión. No recuerdo si alguna vez lo desenmascararon por estafador, pero ese era Uri Geller.

—¿Doblaba cucharas? Vaya cosa rara —terció Assad. Era evidente que si él hubiera tenido poderes sobrenaturales como ellos, no habría empezado a masacrar cucharas y otras cosas del cajón de los cubiertos.

—Tomaba con dos dedos la cuchara y la acariciaba con cuidado. —Carl hizo una demostración—. Y ¡zas!, se reblandecía donde la había asido, y se doblaba. Si nuestro hombre sabía hacerlo, tal vez fuera una especie de mago. Pero es extraño que Habersaat no anotara nada sobre eso. ¿Es porque no hizo las preguntas adecuadas, o fue su insistencia la que los hizo cerrar la boca?

Se volvió hacia Gordon.

—¿Y la tercera información?

—Ha dicho que otra persona sacó también fotos en la iglesia de Østerlars.

—¿Quién?

—Inge Dalby.

Los tres lo miraron, estupefactos.

—¿Estás seguro? ¿Le has preguntado si estaba segura de eso?

Gordon asintió en silencio, con una sonrisa irónica. «¿Por quién me tomáis?», parecía preguntar su mirada. Vaya, tal vez estuviera aprendiendo.

—Estaba segura, porque recordaba que el tipo había hablado con Inge Dalby casi como si la conociera de antes —añadió.

Carl chasqueó los dedos hacia Rose, que regresó diez minutos más tarde diciendo que Inge Dalby no estaba en casa, que estaba estudiando fuera.

Carl se dio cuenta de lo contraídas que tenía las mandíbulas.

—Vaya por Dios. ¿En qué país?

—De hecho, en Dinamarca. Según Kristoffer Dalby, sigue jugando con la idea de cursar estudios de asistente pedagógica aquí, en Copenhague. Creo que tanto hablar sobre los viejos tiempos ha removido cosas que no debería haber removido, sobre todo ahora que está a punto de dejar a Kristoffer. Al menos, él parecía bastante abatido.

—¿En Copenhague? ¿No podía estudiar eso en Bornholm? ¿Qué hay de los niños que suele cuidar?

—Por lo que le he entendido al marido, a partir del Primero de Mayo no tenía niños que cuidar. Ese hecho lo perturbaba tanto como que Inge estuviera dispuesta a abandonar la isla. No creía que estuviera muy planeado. El caso es que ahora ella vive en casa de un hermano, en el nuevo barrio de Sluseholmen. Y la escuela está a solo diez minutos en bici de la casa del hermano.

—¿Qué puñetas...?

Carl trató de imaginarse a Kristoffer Dalby, solo en la casita, rodeado de juguetes. Debía de haber sido un golpe fuerte para él.

—Vale, dices que vive en casa de su hermano. Que se apellida Kure, supongo; porque ¿no era ese el apellido de soltera de Inge?

—Sí, Hans Otto Kure. Dueño de Kure's Advanced Automobiles.

—No me dice nada.

—Es el mayor taller de coches de época, pero de los caros. Ferrari, Maserati, Bentley, cosas así. Es mecánico de profesión, como su padre y su tío.

Rose miró a Carl largo y tendido, hasta que este se dio cuenta de lo que pensaba.

—¿Crees de verdad...? —empezó.

—Ay... —dijo Assad. También a él se lo parecía.

El rostro de Gordon estaba, como de costumbre, contraído como un culo de gallina.

—¿Estás diciendo que ha crecido en una familia en la que trajinaban con coches?

Las cejas de Rose se alzaron, controladas, un par de veces.

—Sí. Y luego le he preguntado a Kristoffer Dalby si su mujer sabía de esas cosas, y me ha respondido que Inge había nacido con una llave inglesa en la mano, y que

soldaba como un polaco. Me ha contado que, hasta que empiece el curso, Inge está ayudando a su hermano en el taller mecánico. Por lo visto, esa mujer tiene más talentos de lo que creíais, ¿eh, Carl?

—Sí; la cuestión es cuántos talentos. Veo que pensáis lo mismo que yo. Desde luego, no puede descartarse que hubiera sido capaz de montar una pala de quitanieves en un vehículo, y tal vez incluso de haberlo conducido una mañana temprano de noviembre de 1997. ¿Sabemos si los alumnos tuvieron que dar cuenta de sus movimientos aquella mañana? ¿Qué dicen los informes, Rose?

—Nada. Se les preguntó si habían oído algo y si tenían alguna sospecha, pero no sobre sus movimientos.

Assad asintió con la cabeza.

—Entonces sube en la lista de sospechosos, ¿no, Carl?

El larguirucho que tenían al lado les dirigió una mirada tonta.

—Perdón, creo que me pierdo. ¿Sospechosos de qué? ¿Estuvo ella también en el encuentro de coches de época de Bornholm, del que habláis todo el tiempo?

Se miraron uno al otro.

Los habitantes de Copenhague tenían un barrio nuevo fantástico. Por una vez, los arquitectos se olvidaron de sus ideas rutinarias y crearon algo homogéneo y más o menos bonito. Los escasos rayos de sol se proyectaban desde todos los ángulos, y cristal y cemento se fundían con el paisaje de los puentes y canales que fluían a la zona portuaria. Pese a que el barrio tenía ya varios años, Carl nunca había estado allí, y le gustó lo que vio. De no ser por su miserable situación económica, habría sido un buen lugar para él. Tal vez debiera hablar con Hardy, a ver si quería contribuir un poco.

—Volverán dentro de cinco minutos —dijo una mujer de tez muy morena que hablaba con inconfundible acento jutlandés, mientras los conducía por la minicocina del piso y bajaban las escaleras a la sala. El techo estaba por lo menos a seis metros de altura, y los amplios ventanales revelaban que solo una pequeña rampa separaba el piso de uno de los canales. Tres pequeñas plantas, una encima de la otra, y escaleras por todas partes. No, aquello no era para un hombre en silla de ruedas como Hardy. El sueño no duró mucho.

—Sí, el agua casi llegó hasta aquí con la tormenta del pasado diciembre. El nivel del agua llegó a estar a solo esta distancia de la ventana.

Enseñó con los dedos lo que podía corresponder a cinco centímetros a lo sumo.

Carl hizo un gesto afirmativo. Un argumento más para quedarse en Allerød. Allí por lo menos estabas a tres metros de altura sobre el nivel del mar. Para que llegase la catástrofe, y llegaría en algún momento, haría falta una glaciación o un *tsunami*.

—Menos mal que no ocurrió nada —comentó Carl, mientras miraba la pantalla plana y el resto de aparatos electrónicos—. Cuando venga Inge Dalby, ¿podremos hablar con ella aquí, en paz y tranquilidad?

La mujer alzó el pulgar en el aire. Ella y su marido podían dar un paseo mientras tanto. No había problema.

Inge Dalby no pareció muy entusiasmada cuando vio al trío en la sala, esperando.

—Perdona que vengamos sin avisar, pero andábamos por aquí, y tengo unas preguntas con las que creo que podéis ayudarnos —explicó Carl, mientras el hermano tendía un tornillo de banco para saludar. Era un hombre amable, que recibió un correspondiente apretón cuando llegó a Assad. Se oyó un crujido.

Pasados cinco minutos, ya habían aclarado varias cuestiones.

—Sí, es verdad —dijo Hans Otto Kure en dialecto genuino. A saber si un bornholmés así iba a aprender alguna vez danés de verdad—. Mi padre se encargaba

de los motores, mientras su hermano Sture se ocupaba de lo demás, excepto de la electricidad, para la que tenían un aprendiz. He estado en muchos encuentros de coches de época; y tú también, Inge.

Después él y su esposa se marcharon.

—Tenemos que hacer compras —dijo la mujer, y no hubo nada que discutir.

Inge Dalby se sentó de espaldas a la ventana panorámica y se rascó la cabeza con una mano callosa que parecía ya sucia de grasa y óxido. ¿Se daba cuenta de adónde podía llevar aquello?

Cuando sus miradas se encontraron, parecía tranquila, pero la vena palpitante de su muñeca contaba otra historia. La siguiente media hora iba a ser interesante.

—Es posible que tengáis preguntas, pero ya no hablo de aquella época. Kristoffer y yo hemos hablado hasta gastar el tema. Para mí, pertenece al pasado.

—Lo comprendo. —Carl asintió con un gesto—. Pero para la Policía, por desgracia, no, Inge. Tenemos razones para suponer que te guardaste mucha información cuando hablamos contigo, por eso tengo cinco o seis preguntas que te pido respuestas, me refiero a todas. Si no lo haces, tendremos que llevarte a interrogar a Jefatura. ¿Estás de acuerdo?

Ninguna reacción.

—¿Preparado, Assad?

Assad sacó el bloc y levantó el bolígrafo que, de modo asombroso, solía engrasar las cuerdas vocales de la gente.

—Pregunto: ¿tienes alguna foto del tipo con quien salía Alberte? Ahora sabemos que sacaste fotos en la excursión a la iglesia de Østerlars, donde ella lo conoció, y que es probable que haya entre ellas una del hombre que buscamos. También sabemos que el tipo tuvo contacto con más alumnas. Tú eras una de ellas. Así que la segunda pregunta es por qué no nos lo dijiste. ¿Tuviste también una relación con él? ¿Por eso perdonaste tan fácil a tu novio lo de Alberte? ¿Porque también tú tenías algo que ocultar?

»La tercera pregunta es importante. Tienes buena mano. Te interesan los coches. Has estado en encuentros de coches de época, información que tu hermano ha tenido la amabilidad de darnos, seguro que también en el encuentro de donde procede la foto del tipo de la furgoneta Volkswagen. Estamos convencidos de que, de hecho, conocías al tipo antes de aquel día en la iglesia de Østerlars. ¿Puedes confirmarlo? Y por último: ¿no estabas enfadadísima porque Alberte te robó ambos novios? ¿Primero Kristoffer, con quien llevabas saliendo medio año, y después el tipo con quien estuviste enrollada en verano, en el encuentro de coches de época? ¿Sabes lo que las mentes enfermas de la Brigada Criminal piensan de eso? Pensamos que fuiste tú quien manipuló el coche y atropelló a Alberte. No pudiste soportar que te derrotara dos veces, así que eres tú la asesina, Inge. Y te has separado de tu marido porque estaba llegando a la verdad, ¿no es así? Bueno, perdona, al final han sido seis preguntas.

Carl había estado observándola sin perder detalle durante la perorata. Inge no reaccionó en ningún momento. Ni ante la hipótesis de que conocía al hombre de antes, ni siquiera ante la acusación de asesinato. Nada. Solo aquellas manos oscuras que le cubrían parcialmente el rostro. ¿Había mostrado sus cartas demasiado pronto?

Carl hizo un gesto a Rose, y esta se acercó.

—Estamos esperando, Inge —anunció.

—Sí —añadió Assad—. Somos solo oídos.

Inge levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Se dice todo oídos, colega. ¿En qué planeta vives?

¿A la mujer le quedaba energía para sonreír?

Rose le puso la mano en el hombro.

—¿Vas a responder, o tenemos que llevarte a Jefatura, Inge?

—Haced lo que os dé la puta gana. De todas formas, diga lo que diga, no vais a creerme.

—Inténtalo —propuso Carl.

Transcurrió un momento de silencio hasta que se calmó. Contra lo que pudiera esperarse, parecía mostrar una sorprendente indiferencia, pero al mismo tiempo estaba concentrada, como cuando cruzas una carretera con tráfico en todas direcciones. ¿Qué era lo que la tenía tan alerta? ¿El miedo a que la entendieran mal, o a hablar demasiado?

—Ya sé que hay muchas cosas que pude haberle contado a Habersaat y que no le conté. ¿Lo conocisteis?

—No, no lo conocimos —respondió Carl.

—Pues puedo decirles que era raro. No me gustaba nada, ya desde el principio. Era como si quisiera a toda costa que apuntáramos a uno de entre nosotros que pudiera haber hecho aquello con Alberte. Y si no lo conseguía, desde luego que volvía, podías estar segura. Y volvió, claro. Incluso varias veces.

»Si hubiera dicho todo lo que sabía, me habría colgado el mochuelo, podéis estar seguros. Estaba fuera de sí tratando de encontrar a alguien a quien poder acusar de lo de Alberte.

—¿Y qué fue lo que no le contaste, Inge? ¿Responde alguna de nuestras preguntas?

—No todas; pero algunas, sí.

—¿Cuál es la que no responde? —irrumpió Assad. Siempre tan impaciente.

—Quién lo hizo. Porque no fui yo.

—Conociste a Frank antes de empezar el cursillo, ¿no es así? —preguntó Rose. Lo del nombre, un envido.

Inge se metió en la boca medio labio inferior y comenzó a morderlo, mirando a un lado. De nuevo esa vigilancia, de la que la experiencia le decía que las más de las veces tenía mucho de mentira. Carl estaba alarmado de verdad.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Inge.

Tuvo que conformarse con el silencio. ¿Acaso iban a decirle que no eran más que conjeturas? ¿Que de hecho ni siquiera estaban seguros del nombre?

Pero enseguida lo estuvieron.

La mujer aspiró hondo.

—Conocí a Frank a principios de julio, la víspera de la reunión de coches de época. Si hubieran sacado esa foto diez segundos más tarde, se me habría visto salir por el otro lado de la furgoneta. Sí, habíamos hecho el amor en el coche, lo reconozco, nos liamos durante una temporada. Fue idea mía que aparcásemos al fondo del prado, porque allí no molestaba nadie. No creí que fueran a expulsarnos, y tampoco que los coches de época fueran a reunirse tan temprano. Pero aquello de que estaba aparcado donde no le correspondía lo arregló Frank, porque yo me largué. No fuera que me viera mi tío con aquel *hippy*.

—Pero en aquella época salías también con Kristoffer, ¿no? —preguntó Carl.

—Sí, bueno; pero Frank sabía hacer cosas que Kristoffer no sabía, ni aprendió nunca. Sabía hacerte el amor de forma que te vaciaba el coco.

No haré ningún comentario, pensó Carl.

—Así que no improvisabas cuando describiste la furgoneta. ¿Qué era la raya curva negra que venía del techo?

—En el techo había pintado un gran símbolo de la paz, y los bordes del círculo bajaban un poco por los laterales del coche.

—¿Alguna otra cosa? ¿Cualquier cosa del interior de la furgoneta que nos dé alguna pista que nos ayude a encontrarlo?

—Apenas veía otra cosa que a él. Pero había pósteres en las paredes, no me preguntes qué representaban. Más cosas de pacifistas, que estaban ahí desde la mañana de los tiempos.

—¿Y estás segura de que no recuerdas cómo se hacía llamar él cuando estaba con Alberte?

—Solo decía Frank cuando estábamos juntos. Por eso pasaron uno o dos días hasta que descubrí que era él quien se veía con Alberte. No sé por qué empleaba el otro nombre cuando estaba con ella. Era un poco especial.

—¿Especial?

—Sí; creo que tenía muchas ideas, pero entre nosotros solo había sexo.

Era difícil de creer cuando la veías ahora.

—Háblanos de él, Inge. ¿Dónde lo conociste, y qué pasó después?

—Lo conocí en Rønne. Yo ya sabía quién era, porque estuve una vez en Ølene con una amiga viendo la casa de los *hippies*, y allí estaba él, con el torso desnudo y como para comérselo. Mi amiga y yo sentíamos curiosidad, porque en aquella época no pasaba gran cosa en Bornholm; por cierto, tampoco ahora. Y después de aquel encuentro en Rønne empezamos a salir juntos. Kristoffer no sabía nada de aquello. Yo calculaba que lo de Frank era algo que terminaría de repente, y estaba bien tener a alguien como Kristoffer a quien volver. Uno de Bornholm.

A quien volver. Carl rumió la frase. Así se había sentido él a veces. No era un sentimiento que quisiera cultivar en el futuro.

—¿Y Kristoffer nunca se enteró?

—Creo que empezó a sospechar cuando vinisteis a casa.

—¿Y eso...?

—Por lo de la furgoneta. Decía que no se veían las rayas de los lados. No a la distancia a la que dije que las había visto, y puede que tuviera razón. No debí decirlo; y, como Kristoffer insistió en la cuestión, me cabreé. Me jode que me discutan lo que digo.

Era algo evidente.

—Entonces, ¿lo del tipo y tú...?

—Nosotros seguimos, hasta que ocurrió lo de Kristoffer y Alberte, cosa que me venía bien, eso fue lo que pensé entonces. Así no era yo quien rompía con él, aunque no era lo que deseaba.

Joder. Carl miró a Rose, que solo arqueó un poco las cejas, como si aquello no le extrañara para nada. ¿Sería una manera de proceder habitual en las mujeres? ¿Qué diablos sabía él de eso?

—Luego Frank empezó a verse con Alberte. Así que ¿te quedaste sin novio de un día para otro?

—Sí, tanto Kristoffer como yo.

Sacó un cigarrillo del bolso y lo prendió. Se había terminado lo de fumar fuera. ¿Sonreía con ironía tras la niebla azulada?

—Nos dieron calabazas a los dos a la vez, y allí nos quedamos con cara de tontos, sin poder hacer nada.

Echó a reír sin complejos.

—Pero Kristoffer se sentía tan culpable que pensé que podría mantenerlo durante años en aquel estado. Lo tenía bien pillado, y no se daba cuenta de que yo había actuado mucho peor que él. Pobre Kristoffer. Si hubiera tenido la ocasión, me habría escapado de la isla con Frank.

Carl asintió en silencio. Sí, pobrecito.

—No es verdad que no pudieras hacer nada, ¿no? —insistió Assad—. En mi opinión, estabas enferma de celos y de maldad, y por eso la mataste. Hiciste aquella especie de pala con material del taller de tu padre, y luego la montaste en la parte delantera del coche y la atropellaste. Cuando Alberte desapareciera, podrías seguir con el tipo aquel. Pero no conseguiste que te sacara de la isla, porque, ironías de la vida, desapareció. Más vale que lo reconozcas enseguida.

Inge llevó la cabeza un poco atrás y lo miró con desdén mientras lo señalaba con su cigarrillo humeante.

—Es un verdadero placer hablar contigo después de tantos años, Habersaat —dijo.

Se volvió hacia Carl.

—¿Qué os había dicho? Por eso no le conté esto a Habersaat. No quería que me acusaran de algo que no había hecho, como está haciendo el Mustafá este.

—No me llamo Mustafá, aunque conozco a uno que sí —replicó Assad con voz seca—. Es un tipo majo; pero continúa.

No podía decirse que hubiera mucho amor entre aquellos dos.

—Bien, entonces creemos un poco tus motivos para no decir nada aquella vez —cortó Carl—. Ahora voy a hacerte muchas preguntas, y tú las respondes en pocas palabras, ¿de acuerdo?

—Sí.

—¿Cómo se apellidaba aquel Frank?

—No lo sé. Nos llamábamos por el nombre. —Sonrió con ironía.

—¿Puedes decirnos de dónde era?

—Él mencionó Hellerup y Gentofte, pero nunca hablábamos de eso.

—¿Sabes qué fue de él?

—Lo he buscado en la red, pero no lo encuentro.

—¿Tienes alguna foto de él que podamos ver?

—Sí, pero no es mejor que la que tenéis, era una birria de cámara. Pero sí que es verdad que le saqué una foto junto a la iglesia.

—Bien. A propósito, supongo que te darías cuenta de que Alberte se derretía por él desde la primera vez que se vieron. ¿Qué hiciste entonces? ¿Trataste de impedirlo?

—¿Cómo iba a impedirlo? Pero la puteaba, y era una delicia, porque era demasiado tonta para darse cuenta. Es verdad que no soportaba a aquella niñata de Copenhague, pero no la maté. Mi cuarto estaba junto al suyo, y la oía hablar consigo misma cuando apagaba la luz. Era bastante patético, era casi como una niña. Estaba allí, tumbada, y se tocaba, jugando a que él estaba allí, pero no estaba.

—¿La puteabas?

—Sí. Lavaba su ropa con algo que la desteñía. La engañaba para que se pusiera poca ropa cuando salíamos, a fin de que se resfriara. Añadía sal a su comida cuando no miraba. La verdad es que era bastante ingenua.

Cabrona, pensó Carl.

—Pero eso no impedía que se vieran, ¿verdad?

—No sabía con qué frecuencia se veían, la verdad.

—¿Y cómo terminó Frank su relación contigo?

—Solíamos encontrarnos en diversos sitios donde nos citábamos de una vez para otra. Antes del cursillo nos citábamos en la plaza de Rønne. Y en tiempos del cursillo nos citábamos en el Valle del Eco; está detrás de la Escuela, a unos cinco minutos. Y un buen día no vino a la cita. Fui allí un par de veces, pero él nunca volvió.

—¿Crees que se encontraba también allí con Alberte?

—Pregunta estúpida. Entonces me habría dado cuenta, ¿no? No sé dónde se encontraban, ni cómo. Solo que ella solía estar muchas veces junto a la carretera.

—¿Crees que Frank la mató? —preguntó Rose.

La mujer se alzó de hombros, como si le fuera indiferente.

—No tengo ni idea.

—¿Crees que sería capaz de hacerlo? —volvió a preguntar Rose.

La mujer se alzó otra vez de hombros.

—No creo, pero quizá. Desde luego, tenía una personalidad muy fuerte.

—¿A qué te refieres?

—Casi hipnotizaba a la gente con su mirada. Tenía una mirada interesante e ideas interesantes. También era fuerte y guapo. Creo que se dice carismático.

—¿Era capaz de doblar cucharas?

—Nunca lo vi. Creo que eran habladoras.

—¿Dirías que tenía rasgos psicopáticos? —preguntó Carl.

Inge dudó, pero solo un segundo.

—¿Quién no los tiene?

¿Aquello era una confesión, o qué?

—¿Sabes algo que pueda llevarnos hasta él? ¿Alguna marca especial, una descripción cualquiera, una matrícula, algo que dijera? ¿Algo de los ambientes de donde procedía, o de sus sueños de futuro?

—Ni más ni menos que sabía sin asomo de duda que iba a convertirse en alguien grande que podría transformar para bien la vida de otras personas.

—Bien, así que no era demasiado modesto. ¿Transformar, dices? ¿Cómo, por ejemplo?

—Él decía que era capaz de sanar a la gente. Que tenía energías y facultades especiales, y estoy de acuerdo. Al menos, a mí me provocó unos orgasmos que a día de hoy no he superado.

Rose sonrió, pero fue la única.

—Me temo que vamos a tener que llevarte a Jefatura, Inge.

Se sobresaltó.

—¿Por qué? Os estoy contando todo lo que sé.

—Tardas demasiado en responder, Inge. Te da tiempo a pensar mientras tanto, a inventar, y no debe ser así. Si quieres tener la menor probabilidad de evitar un interrogatorio en toda regla, tendrás que soltar todo lo que puedas recordar en relación con ese hombre, ¿entendido? Y recuerda que has dicho que lo viste en Ølene, de modo que debes recordar algo que nos ayude a avanzar. Venga, ponte las pilas.

Inge parecía algo nerviosa, y Carl lo comprendía.

—¡Joder, estaba enamorada de él! Y en esa situación no ves nada, muchas veces he pensado en eso; pero sí que recuerdo algunas cosas.

Encendió otro cigarrillo, e hizo un movimiento breve de saludo a su hermano y a su cuñada, que entraban cargados de bolsas de plástico.

—Se llamaba Frank, y era muy guapo, con rasgos finos y pronunciados. Un metro ochenta, seis o siete años mayor que yo, una voz algo ronca, pero cálida. Estaba moreno, pero debajo de la ropa tenía la piel bastante clara. Llevaba el pelo largo hasta

los hombros, y era de un rubio ceniza, no pelirrojo, como habría podido pensarse. Y tenía un pequeño hoyuelo en el mentón, que destacaba cuando sonreía.

Apuntó a su propio mentón con una pequeña sonrisa. Allí, al menos, no había ningún hoyuelo.

—¿Ninguna cicatriz visible u otra marca en el cuerpo? ¿Vello, tatuajes?

—No, aunque sí que hablaba de que deseaba hacerse unos tatuajes, pero no terminaba de decidirse. Entonces no estaba tan de moda como ahora.

Carl asintió con la cabeza. No, la gente se lo pensaba dos veces en aquellos tiempos, lo que era una pena desde el punto de vista de un policía.

—¿Qué me dices del resto de la cara?

—Tenía los ojos azules, las cejas muy oscuras, las paletas bastante anchas, y en una de ellas había una manchita clara. Decía que era una marca solar. En el fondo, estaba muy interesado por todo lo relacionado con el sol. Decía que por eso estaba en Born-Bornholm.

Carl miró a Assad. Ahora que Inge había empezado a hablar, había que tirarle de la lengua.

—Decía que había encontrado dos piedras solares en una semana, y estaba entusiasmado. Primero, una como las que usaban los vikingos para navegar, dijo. Y la otra era como las que se habían encontrado en la zona de culto solar en Rispebjerg, en el sur de la isla.

—¿Culto solar, dices? Tendrás que explicar eso, Inge.

—La verdad es que no sé gran cosa. Es como un lugar de la isla donde se erigían una especie de altares para hacer ofrendas.

Carl vio que Rose ya estaba consultando su iPad.

—¿Sabes de qué vivía?

—Creo que de la asistencia social. El coche, desde luego, no era suyo, se lo había prestado un conocido. Alguien que, en la mañana de los tiempos, estuvo en el movimiento pacifista o algo así. Frank solía llevar esos símbolos de la paz. En chapas.

—¿Qué tipo de ropa se ponía?

La mujer sonrió.

—Más bien escasa, cuando estábamos juntos.

Touché!, expresaron los ojos desorbitados y las cejas arqueadas de Assad.

Su hermano se acercó a la barandilla que separaba la cocina de la sala, unos peldaños más abajo.

—¿De quién habláis, Inge? Nadie que conozca yo, ¿verdad?

Inge lo ahuyentó con un gesto del brazo. Al parecer, era un código que empleaban entre ellos para que los demás no entendieran. Carl observó que también Rose se daba cuenta.

—Se llamaba Frank, Hans Otto —informó Assad—. Tal vez lo hayas conocido.

El hermano sonrió y sacudió la cabeza. ¿Por qué no mostraba sorpresa? ¿Tenía

Inge Dalby más experiencia de lo que pudiera pensarse? ¿Tenía su hermano algo que ver con aquel Frank?

—Tu hermano parece sugerir que puede haber habido otros aparte de Frank. ¿Me equivoco, Inge?

Inge echó la cabeza atrás y suspiró.

—Somos isleños. Si llega sangre fresca al puerto, catamos el producto, ¿no? En los viejos tiempos, se hacía para mezclar un poco el ADN. Fíjate en las Islas Faroe o en Islandia. Hoy en día se hace por pasarlo bien. Sí, por supuesto que hubo otros.

Rose sacudió la cabeza. Por lo visto, no valía la pena seguir aquella pista.

—Hablábamos de su ropa, Inge —dijo.

—Ah, sí. Era algo excéntrica para la época, pero en realidad muy guay. Un collar al cuello, camisas campesinas sueltas y vaqueros. Botas bastante altas. No camperas; llevaba unas cosidas a mano, de horma ancha. No eran muy modernas, pero a él le sentaban de cine. A veces parecía un cosaco.

La escucharon otros veinte minutos. Anotaron algunos detalles. Conversaciones entre ella y Frank. Qué hacían cuando no estaban juntos en la furgoneta. Todo generalidades, que del punto de vista policial no podían llamarse líneas de investigación. Pero la descripción del hombre se hizo más clara.

—Haz el favor de informarnos si has pensado viajar a alguna parte. —Carl le dio su tarjeta—. No eres sospechosa, pero puedes ser muy importante si en el futuro nos hacemos preguntas que no sepamos responder sin más. Y también es posible que debamos efectuar una identificación, si lo encontramos. Y otra cosa. Dile a tu marido que busque la foto de vuestra excursión a la iglesia de Østerlars, ¿vale? Porque no vas a volver a Bornholm enseguida, ¿verdad? Pensaba que tal vez tuvieras que ir para estar con tus hijos.

Pareció extraño, pero aquello la hizo fruncir las cejas de tal manera que había que descartar el desdén, la desconfianza y todos los aspectos negativos. Las frunció como suele hacerse antes de echar a llorar.

—¿Ya no ves a tus hijos? —quiso saber Carl.

—Por supuesto que los veo. Están los dos en un internado aquí cerca. Este fin de semana vamos a pasarlo juntos.

—Pareces triste. ¿Te hemos puesto nerviosa?

Inge sacudió la cabeza.

—¿Triste? No, lo único, que no creo que Frank hiciera lo que creéis. Y si lo encontráis, me gustaría volver a verlo. ¡En serio!

Cuando salían, Carl se volvió y usó su última munición. Si a Columbo le funcionaba, ¿por qué no a él?

—Una pregunta más, Inge. ¿Alberte tenía teléfono móvil?

La mujer sacudió la cabeza.

—No, pero pocas de las chicas lo teníamos.

—¿Y Frank?

—Que yo sepa, no. No era muy materialista, más bien al contrario.

—Vale. Y luego está lo del nombre de Frank. Cuando estuvimos en tu casa de Bornholm, dijiste que Alberte había mencionado otro nombre de Frank que no recordabas. Dijiste que debía de ser bíblico, o algo así. Corto, como Noé o Eli. ¿Recuerdas que lo dijiste?

—Eh... sí, claro.

—Bien.

Carl miró a Rose.

—¿Qué podemos concluir de eso, Rose?

—Que es superdifícil de creer que Inge Dalby no supiera cómo se hacía llamar su novio. Y si, por alguna extraña razón, solo hubiera oído aquel nombre a Alberte, parece de lo más improbable que lo olvidase. Se habría fijado de manera especial, seguro, si quieres saber mi opinión.

Carl se volvió hacia Inge Dalby. Parecía clavada al suelo, como si la hubieran pillado in fraganti.

—¿Algo que decir sobre eso, Inge?

Finales de marzo de 2014

Después de hablar con Mirja, Shirley enrolló el cinturón bicolor y lo depositó en el alféizar interior de la ventana. Allí se quedó junto a su neceser y todos los libros que se había traído de casa. Ni demasiado a la vista ni olvidado.

—Wanda está en Jamaica —se dijo a sí misma para tranquilizarse. Sí que había tratado de ponerse en contacto con la gente de allí, pero ¿era la gente indicada, el número de teléfono correcto, las preguntas y respuestas adecuadas? Cuando pensaba en sus recuerdos de Wanda, cada vez parecía haber menos y menos información acerca de su persona, historia y sueños de futuro sobre los que pudiera estar del todo segura. Wanda había dicho que quería ir a Öland, pero siempre había sido una mujer espontánea y de sangre caliente, de manera que ¿cómo podía saber Shirley con seguridad que no había pasado algo en el entretanto que la hubiera hecho cambiar de planes? Era imposible.

Aun así, de cuando en cuando no podía resistirse a dejar caer algún comentario sobre el misterio de Wanda si se presentaba la ocasión.

Contaba con todo lujo de detalles que su mejor amiga estaba embelesada, casi seducida por la personalidad y la presencia de Atu, y que, de forma nada realista, se imaginaba que iba a ser la elegida de su vida. Al principio, los demás discípulos se reían un poco de aquella historia de ambición, pero, de tanto contarlo, disminuía el interés y aumentaba la irritación.

—Algunos pensamos que deberías ser más cuidadosa con lo que dices, Shirley —le dijo uno de los hombres que trabajaban en el grupo de carpinteros—. El asunto del cinturón está generando inquietud y especulaciones infundadas. No nos gusta nada. Tal vez debieras pensar en dejar la academia, si tu estancia aquí provoca tantas sensaciones negativas.

No eran palabras excesivamente duras, pero a Shirley la dejaron paralizada. ¿Se estaba convirtiendo en una paria? ¿Era verdad que aquello sería un lugar mejor para vivir si ella desaparecía?

Shirley no quería ser una paria, quería gustar y ser deseada; y, por ese motivo, dejó de mencionar el asunto de Wanda Phinn.

Su plan era pedir la incorporación permanente cuando terminara el curso, y su mayor deseo era que su petición fuese aceptada. Porque, con el paso de los meses, estaba cada vez más convencida de que era allí donde quería vivir el resto de sus días, tal vez incluso encontrar una pareja para toda la vida.

Una de las personas con quienes podía hablar de sus sueños de futuro era

Valentina, porque en ese aspecto no eran muy diferentes. En varias reuniones comunitarias la había visto con un hombre, del que al parecer estaba enamorada; pero aquello terminó, y después las dos mujeres empezaron a hablarse. Durante la mayor parte del curso de Shirley, Valentina se encargó de la página web y las campañas publicitarias del centro; pero, a petición propia, la pasaron a mantenimiento del interior, y de pronto se volvió mucho más visible y cercana.

Se contaron sus tristes orígenes y cómo dejaron atrás el acoso dentro y fuera del trabajo para elevarse a una nueva y mejor existencia.

Shirley se quedó asombrada cuando Valentina empezó a relatar su miserable temporada en España, porque cuando ella se veía entre aquellas personas tan equilibradas, nunca se le ocurría que la mayoría hubieran tenido experiencias parecidas a las suyas antes de llegar allí. Se había imaginado con la mayor seriedad que era la única del centro a la que no le había sonreído la suerte. Y ahora encontraba una aliada de ideas afines, que además podía decirle que su historia no tenía nada de extraordinario.

—Aquí todos tienen algún muerto en el armario al que no quieren enfrentarse, Shirley. Recuérdalo, y escucha a Atu cuando dice que «te ve». Sabe quién eres, y te quiere como eres.

Fue con esa revelación como se hicieron íntimas en muchos sentidos. Valentina decía que no había tenido una amiga tan buena en el centro desde los tiempos de Malena. Y Shirley se sentía adulada y conmovida.

Por supuesto que no estaba prohibido hablar sobre la vida exterior al centro, aunque a muchos no les parecía natural. Pero Valentina y Shirley no eran de esa opinión, y en sus conversaciones salieron a la luz muchas aficiones e intereses comunes. «Porque aunque hayas crecido en Sevilla, George Clooney puede provocarte los mismos sueños eróticos que si eres de Birmingham», como solía decir Valentina. A Valentina, como a Shirley, le gustaba más Enrique Iglesias que su padre, Julia Roberts más que Sharon Stone, la cerveza más que el vino, y los musicales más que la ópera.

Recitaban cientos de cosas que le gustaban y no le gustaban a cada una, y se desternillaban de risa al ver que estaban de acuerdo en casi todo, pese a las grandes diferencias culturales.

Normalmente, no se entraba en los cuartos de los otros, pero había ratos en los que se colaban una en el cuarto de la otra, para hablar de naderías.

Una de aquellas noches Valentina se fijó en el cinturón del alféizar y oyó la versión original e íntegra de cómo reaccionó Shirley cuando lo vio.

Valentina escuchó la historia con gran atención. Debía de ser la primera vez que la oía.

Y cuando Shirley terminó y se encogió de hombros por lo estúpido por su parte de pensar algo así, Valentina giró la cabeza y se quedó un buen rato mirando por la ventana sin decir palabra.

Shirley pensó que se había comportado como una idiota y había traspasado un límite inviolable. Que había traicionado la confianza y la amistad mostradas por Valentina, y que era algo irreparable.

Se disponía a pedir perdón y explicar que era una tontería, y que ahora estaba convencida de que Wanda Phinn vivía tranquilamente en otra parte del mundo, cuando Valentina se volvió hacia ella con una mirada que no solía verse en el centro.

—Me recuerda un sueño extraño y muy desagradable que tuve el otro día —dijo con mirada lúgubre—. Pero no sé si debería contártelo.

Jueves 8 de mayo y viernes 9 de mayo de 2014

—Carl, activa el altavoz —pidió Rose.

Carl vaciló; sabía con quién se las veía.

—Vamos a estar callados, ¿verdad, Rose? —dijo Assad, el adivinador de pensamientos.

Rose asintió en silencio, con el mentón a la altura del pecho.

Carl tecleó el número. Era algo tarde, pero la experiencia le decía que todos los directores de museos eran unos frikis y les costaba dejar el trabajo. Y uno así, no digamos.

—¿Decís que es especialista en todo lo relativo al culto solar en Bornholm?

Assad asintió.

—Es arqueólogo, Carl. Es el que hizo las excavaciones.

Carl levantó el pulgar. Había sido un extraño día gris, pero a pesar de todo, un buen día. Inge Dalby habló como una cotorra, y ahora tenían algo sólido. Explicó de manera creíble por qué no conocía el alias de Frank. Solo habían compartido sexo, nada más. Que Alberte hubiera entrado de otra manera en la vida del hombre y pudiera contar cosas de él que Inge desconocía había provocado que no la pudiera ver ni en pintura.

En suma, que no podía decirse que aquella Inge tuviera un gran corazón.

—Museo de Bornholm, Filip Nissen —se oyó, breve, por el receptor. Habían dado en el clavo, seguía al pie del cañón.

Carl miró la foto del hombre en la pantalla del ordenador. Un poco demasiado rollizo, barba un poco demasiado desgreñada, gafas con unas pocas demasiadas dioptrías: un auténtico friki, si alguien quería saber su opinión.

—No, lo siento, no puedo atenderlo ahora, el museo está cerrado; deberá esperar a mañana. Tengo que salir en monopatín con mis chicos, ¿sabe? Me esperan en la calle.

Vaya, el hábito no hace al monje. Debía de ser un monopatín bastante robusto. Hecho a medida, tal vez.

—Solo era para saber si recuerda a un *hippy* que en 1997 mostró interés por sus excavaciones, y que estaba entusiasmado con los cultos solares y las piedras solares —preguntó Rose, sin poder contenerse. ¿Cuánto tiempo había resistido? ¿Veinte segundos?

—No, lo siento —se oyó entre jadeos. ¿Estaba bajando la escalera con el monopatín y toda la pesca? En tal caso, lo había conmutado al móvil, así que lo del

horario de trabajo no estaba nada claro.

—¡Se llamaba Frank! —gritó Assad.

El jadeo se interrumpió un momento. ¿Se había detenido a pensar, o se había caído ya de la tabla?

—¡Vaya! ¿Frank, dicen? ¿Tal vez sea Frank Skotte? ¿Se refieren a él?

Rose hizo ademán de chocarla con Assad; uno a cero para él.

Rose se giró al instante hacia el ordenador de la esquina. Ahora tenía un apellido.

—¿Un tipo alto, de pelo largo y con un hoyuelo en el mentón? —siguió preguntando Carl.

—Sí, sí, es él. Pero ¿Por qué lo llaman *hippy*? No lo era.

—Por su forma de vestir.

El director del museo rio al otro lado de la línea.

—Joder, iba con ropa gastada, como íbamos todos. ¿Usted se vestiría de Armani cuando va a tumbarse en el barro para rascar con la espátula?

—No, no lo creo. ¿Han mantenido la relación desde entonces? Porque nos gustaría ponernos en contacto con él.

—Hola, chicos —se oyó al otro lado de la línea—. Dejad que termine de hablar, ¿vale?

No parecía que los chicos estuvieran muy de acuerdo.

—¿Relación? —volvió al teléfono—. Pues sí, pero no gran cosa. Él desapareció de la isla, pero seguimos escribiéndonos durante cierto tiempo. Un par de meses, creo. Frank tenía muchas teorías, y se tomó muy en serio el hallazgo de los cultos solares, que relacionaba con algunas teorías acerca de que todas las religiones bebían de la misma fuente: el sol, las estaciones, los signos del Zodíaco.

—Se escribían. ¿Cómo? ¿Cartas? ¿Mensajes?

—Cartas. Era bastante chapado a la antigua. Pero no las conservo, se lo aseguro. Bastantes papelotes tengo en mi vida diaria.

—¿Nunca mensajes electrónicos?

—No. Bueno, sí, alguna vez, cuando estaba de visita en casa de algún colega en algún lugar del mundo, no me pregunte en cuál ni dónde. Querían hacerme una pregunta rápida que creían que era el más indicado para contestar. Creo que era algún detalle acerca de los círculos de postes.

—Y ha guardado ese mensaje, ¿verdad?

—Sería muy raro, porque hemos cambiado tres veces de ordenador desde entonces. No, por supuesto que no lo tengo.

—¿Alguna copia impresa?

—Soy de los pocos que ha evitado maximizar el uso de papel en esta era digital. De modo que no.

—¿Recuerda alguna dirección de Frank?

—Creo que nunca me la dio.

—¿Cree?

—Nunca me la dio. Sé que vivía cerca de Copenhague. Al fin y al cabo, era allí donde conseguía la mayor parte de la información.

—¿Qué información?

—Las colecciones del Museo Nacional. La Biblioteca Real, la Universidad Popular y esos sitios. Era como una esponja, lo absorbía todo. Estaba muy ansioso por saber todo lo relacionado con el arraigo del culto solar aquí en la isla y de casos similares en otras partes, y es comprensible.

—Desde luego —corroboró Carl.

Incluso Gordon empezó a sonreír. Un ambiente así bien podría instalarse de manera más o menos permanente en la sala de emergencias.

—¿Podemos seguir hablando mañana? Los chicos tiran de mí. Están algo impacientes —insistió el hombre.

Carl sacudió la cabeza de forma automática. Ni por el forro.

—¿Tiene alguna foto del hombre? Debieron de sacar montones de fotos en relación con aquella excavación.

—No tengo ni idea. Tal vez alguna en la que aparece en segundo plano. Pero ha pasado mucho tiempo, y, aunque soy arqueólogo, no me ocupo de todas las cosas viejas, ¿no?

Rio en voz alta al decirlo, y se calló de repente cuando Carl le espetó la siguiente frase.

—Es un caso de asesinato —dijo con sequedad—. ¿No puede decir a sus chicos que se adelanten un poco? Tenemos que llegar al fondo de esto.

—¡MIERDA PUTA! —gritó Rose al poco tiempo—. No hay ni un Frank Skotte en Dinamarca según el registro civil. Vaya putada.

Carl buscó los cigarrillos en el bolsillo de la pechera, pero se detuvo cuando Rose señaló un cartel que había en la pared, escrito en mayúsculas.

¡FUMAR NO TE MATA SOLO A TI, SINO TAMBIÉN A LA GENTE QUE TE RODEA, PUÑETERO ASESINO!

Era difícil decirlo de un modo más encantador.

Carl dejó los cigarrillos en su sitio.

—El director del museo no captó bien el apellido, o, si no, lo recuerda mal —aventuró.

—Sí, o el hombre cambia de apellido todo el tiempo o vive en el extranjero —propuso Gordon.

Rose lo miró, resignada.

—Si en algún momento ha existido un hombre que vivía en Dinamarca y se llamaba Frank Skotte, puedes apostar a que no se me habría escapado.

—No era eso lo que... —Gordon miró alrededor en busca de apoyo. Santo cielo, qué falta de seso.

—Tal vez no sea ciudadano danés ni lo haya sido nunca. —Hizo un nuevo intento—. Es posible que perteneciera a la minoría danesa de Schleswig. O tal vez fuera sueco, o algo así.

Carl hizo una seña a Rose. Era una posibilidad, por supuesto, así que dio una palmada en la espalda de Gordon, tan alto como pudo desde su posición sentada, mientras Rose empezaba a teclear como una loca.

—Había algo raro en el director de museo, Carl —gruñó Assad—. Recordaba a Frank, y numerosos detalles de cuando le ayudó en las excavaciones, y sobre las muchas cosas de las que hablaron; pero no recordaba a Alberte.

—Los frikis suelen ser así, Assad. No ven nada más allá de sus narices.

—A mí no me ha parecido corto de vista; al fin y al cabo, se acordaba de muchas cosas. El tiempo que hacía, cómo era el coche de Frank, las conversaciones que mantuvieron sobre el tamaño de los círculos de postes y los antiguos lugares de culto al sol que encontraron en sus excavaciones. Recordaba que Frank era vegetariano, y que era ambidiestro. También que una vez llevó a las excavaciones a una de las chicas de su comuna, que hablaba sueco con acento finlandés. Me ha parecido que tenía una memoria excelente, pero el caso de Alberte tuvo un gran eco. Se revisaron todos los vehículos de la isla, seguro que también el todoterreno del Museo de Bornholm que solían emplear en las excavaciones.

—¿Adónde quieres llegar, Assad?

—Ya sé —terció Gordon, levantando el índice como un escolar. ¿No sabía acaso que no se pedía la palabra hasta después de levantar el dedo?—. Es *ganz sure* que el director del museo no estaba en Bornholm en aquella época, si queréis saber mi opinión.

Aquello le valió otra palmada en la espalda. Esta vez, de Assad.

—Exactamente, jefe —confirmó Assad—. Hemos olvidado preguntárselo. Es posible que Frank tomara prestado el Land Rover del museo y lo utilizara en el atropello, en el caso de que el director lo pusiera a su disposición mientras estaba fuera.

Carl chasqueó los dedos hacia Assad, que se retiró de inmediato al rincón y se puso a teclear en el móvil.

—¿Qué me dices, Rose? ¿Encuentras algo?

Rose sacudió la cabeza.

—Me parece que a Frank le gustaba más usar los nombres de los demás que el suyo propio.

—Así que volvemos a no saber casi nada —se resignó Carl—. La última vez que presionamos a Inge Dalby, nos contó que Frank cambió de nombre, que era más corto y empezaba por A, y que el apellido era algo que sonaba a oriental. Joder, es como no saber nada. Y ahora Filip Nissen dice que Frank se apellidaba Skotte; pero no existe tal persona, claro. ¿Hasta dónde has buscado, Rose?

Rose trazó un círculo en el aire. Debía de referirse a todos los países limítrofes.

Assad cerró el móvil.

—Filip Nissen dice que aquel otoño viajó mucho. Pero está seguro de que nadie tomó prestado el coche del museo. —Assad dio un suspiro, que se contagió a los demás.

—Voy a llamar otra vez a los de terapias alternativas —anunció Rose—. Quizá alguno pueda vincular a ese Frank con las dos piedras solares.

Rose estaba ya en su puesto cuando Carl irrumpió en el despacho a la mañana siguiente. Llevaba el pelo desgreñado y la misma ropa de la víspera, y en el interior del cuarto de Assad sonaban unos fuertes ronquidos que Carl descartó enseguida que pudieran ser de Assad. No hacía falta ser un gran detective para regocijarse por el posible motivo.

—Vaya —comentó Carl—, parece que algunos han pasado la noche en la sala de emergencias.

—Pues sí —respondió Rose, todavía de espaldas—. Había que arrancar con esto, de manera que he hecho mis llamadas a los isleños antes de que se fueran al trabajo, y los he pillado en la cama.

Creo que no es lo único que ha arrancado aquí, pensó Carl con una sonrisa torcida. Y tampoco han sido los únicos pillados en la cama antes de ir a trabajar.

—¿Y Gordon?

—Por lo visto, tenía más necesidad de sueño que yo.

Pobre tipo. ¿No sería que Rose le había chupado toda la energía al larguirucho?

—¿Algún resultado?

Entonces Rose se volvió. Pocas veces había visto a una Rose más triunfante. Hasta el reblandecido rímel resplandecía.

—Varias cosas: he llamado a unos cuantos terapeutas alternativos más, y he descartado a varios. La mitad son demasiado jóvenes para poder informar sobre algo que sucedió hace casi veinte años; una cuarta parte están demasiado pirados, por no decir algo peor, como para poder obtener de ellos algo valioso; y la otra cuarta parte se esfuerzan de verdad, porque tienen la edad, la experiencia y la inteligencia para ello.

—¿Y...? —cortó Carl, impaciente.

—Esta vez he hecho bingo dos veces, un astrólogo esotérico y una terapeuta de aura-soma; ambos se acordaban de Frank, de sus dos piedras y de su gran interés por los cultos solares.

Carl apretó los puños. La cosa estaba en marcha.

—¿Tenemos un nombre o una dirección?

—No.

—Ya me parecía a mí. —Relajó los puños y se pasó la mano por la nuca—. Entonces, ¿qué tienes?

—La descripción coincide con la de Inge Dalby, los dos estaban de acuerdo. Y han añadido algunas otras características. Por ejemplo, que Frank se había independizado del todo de las nuevas tecnologías.

—¿No tenía móvil?

—No tenía móvil ni ordenador. Lo escribía todo a mano, incluso con estilográfica. El coche con el que circulaba era prestado. Nunca usaba tarjeta de crédito, solo dinero en metálico.

—Y por eso no ha dejado huellas en ninguna parte, ¿verdad?

Rose fijó la mirada en él.

—No directas; pero alguna, sí.

—¿A qué te refieres?

—Uno de ellos decía que su especial conocimiento acerca de los cultos de Bornholm no era sino la punta del iceberg; que también poseía grandes conocimientos, más generales, sobre astrología, teología, astronomía e historia antigua. Investigaba las religiones de tiempos pasados y lo que habían transmitido. De modo que siempre estaba dispuesto a tener una buena discusión sobre tales temas. El astrólogo esotérico incluso creía que sus teorías eran bastante sensacionales.

—¿Y eso de qué nos vale? ¿Y qué carajo es un astrólogo esotérico?

—Es el que trata de encontrar la energía para descubrir la intención oculta del alma en la encarnación actual. De ayudar al alma a alcanzar el objetivo pleno de la encarnación.

Carl trató de encontrar una mueca que fuera adecuada. Aquello parecía rebasar su comprensión.

—Pero ¿por qué es importante que sus teorías fueran...? ¿Cómo has dicho? ¿Sensacionales?

—Porque contagiaba a los demás su enorme entusiasmo. Los que vivían en su comuna eran su familia espiritual, una especie de discípulos, y lo mismo decía la terapeuta de aura-soma. Una vez que Frank estuvo con ella para fortalecer su aura, llevó consigo uno de sus discípulos.

—¿Cómo, discípulos? ¿Cómo se sabía que eran discípulos?

—Tranquilo, ahora viene. La razón de que Frank buscara a tantos terapeutas alternativos era, por supuesto, que deseaba aprender de ellos, conocer sus secretos. Era como si quisiera conectar todo tipo de técnicas y conocimientos alternativos y tratase de encontrar un común denominador para ellos. Para el *healing*, para la religión, para todas las ciencias antiguas, la alquimia, la astrología, canalizaciones, energías irradiadas, clarividencia, etcétera, etcétera. No me preguntes qué es lo que buscaba con ello, porque debía de ser toda una ciencia en sí, esa es la cuestión.

Rose volvió a señalarlo, elocuente.

—¿Qué?

—Que Frank estaba estableciendo su propia filosofía acerca de la espiritualidad. Quería recoger todo lo que fuera útil y unirlo, y el hombre que iba con él era un

testigo de la verdad, como le gustaba decir.

—Ostras, suena de lo más extraño. Pero ¿se estableció al final?

—Los dos creían que sí. Y la terapeuta de aura-soma incluso recordaba el nombre del acompañante de Frank. Se llamaba Simon Fisker^[2], y todos se reían, porque no podía ser más simbólico, ¿verdad? Así que Frank era un mesías, y su acompañante, un discípulo. Uno de los terapeutas me ha dicho que Simon Fisker mostró mucho interés por su huerto de hierbas medicinales y dijo que también él quería tener uno así. ¡Y ahora viene lo bueno, Carl!

El dedo índice lo señaló otra vez. Te entraban ganas de sacar unas tijeras y cortar un poco.

—Dilo ya, mujer. ¿Qué es lo que viene?

—El hombre llamado Simon Fisker consiguió montar su vivero de plantas. Está cerca de Holbæk, en una zona que llaman El Templo Escondido.

—¿El Templo Escondido? Pues claro, ¿cómo no? Ah, y una última pregunta: ¿qué es una terapeuta de aura-soma?

—Bueno, es algo raro. No he querido preguntárselo, así que lo he buscado en la red. Entre otras cosas, tiene que ver con frascos que contienen vibraciones de color que sanan, pero creo que no lo he pillado del todo.

Carl se palpó los bolsillos en busca de cigarrillos. Las cosas que había que oír, por decirlo de alguna manera.

—¿No crees que, o sea, deberíamos haber traído a Rose con nosotros, Carl? Al fin y al cabo, ha sido ella quien ha encontrado al hombre —argumentó Assad, mientras los músculos de sus mandíbulas trataban de dar buena cuenta del chicle que se había metido en la boca cincuenta y cinco kilómetros antes.

—Mira el GPS, Assad. Creo que, después de cruzar el puente de Munkholm, hay que pasar por Eriksholm, ¿no crees?

—Decía que deberíamos haber traído a Rose con nosotros. Y sí, cuando hayamos cruzado el puente tienes que girar a la izquierda.

Carl miró por encima del reluciente fiordo hacia la sinuosa bahía del sur, salpicada de islotes y puntas. Por lo que veía, debía de estar en la otra orilla del fiordo, donde una casa blanca construida en un promontorio, majestuosa y solitaria, casi se recostaba en los pastizales bajos.

—Ya verás cómo se las arregla, siempre que tenga a Gordon para...

Dirigió la vista hacia un quiosco de bebidas en el que Vigga y él solían detenerse durante los paseos de fin de semana que hacían en moto por el campo. Eran días bonitos en los que no podías permitirte otra cosa. ¿Cuánto había avanzado en la vida desde entonces?

—Estoy pensando dejar el Cuerpo, Assad —soltó por un impulso repentino—. Lars Bjørn va a alegrarse, pero qué le vamos a hacer.

No le hizo falta mirar a Assad para darse cuenta de que había hecho que dejara de masticar. Lo oyó.

—Eso sería lo peor que pudiera ocurrirme —dijo la testa rizada en un danés sorprendentemente bueno, lo que hizo que Carl girase la cabeza de golpe.

—Ahora, entonces, tuerce aquí, Carl —indicó. Esta vez con acento—. No lo entiendo. ¿Qué vas a hacer, entonces?

—Abrir un café sirio contigo, Assad. Solo se servirá té pegajoso con sabor a menta y pasteles revenidos. Té pegajoso y música árabe a todo volumen.

Assad reanudó su masticar. Así que no pensaba que hablase en serio, bien. Habría sido una lástima.

Por carreteras secundarias pasaron junto a varias granjas, atravesaron un pueblo y siguieron bajando hacia la casa.

—Un lugar remoto —decidió Assad cuando se desplegó el escenario en todo su esplendor mojado por la lluvia. Era porque nunca había estado en Vendsyssel.

Carl tuvo otro impulso.

—¡Assad! ¿Qué te parece venir mañana a Brønderslev, al funeral de mi primo? Así podrás conocer a mis padres y al resto de la tropa.

—¿La tropa? ¿Son militares? —preguntó, y entonces apareció la casa al final de la carretera. Agua a dos lados, con el puente al fondo, y bosque y carretera a los otros dos. Un espectáculo dorado en un paisaje al que no podía llamarse terrenal.

Todo parecía muy accesible y pacífico, pero el Vivero Holístico de Plantas no se dejaba conquistar así como así. Dos diablos rugientes de los que azuzaban contra los pobres cristianos en el Coliseo de la antigua Roma escarbaban el suelo, como si en cualquier momento fueran a tomar carrerilla para saltar por encima de la cerca.

BIRTEMAJA & SIMON FISHER. TOQUE EL TIMBRE, rezaba ingenioso un pequeño cartel, de manera que Carl apretó el timbre hasta el fondo y no lo soltó.

—Hate y Skoll, ¡atentos! —gritó una voz desde el patio de la granja. Un hombre con los pantalones metidos en sus botas-zueco y una blusa abombada saltó por encima de un par de charcos profundos y se dirigió hacia ellos.

—¡Clientes en la tienda! —gritó hacia la casa.

Carl metió la mano en el bolsillo para sacar la placa, pero Assad le puso la mano en el brazo y se lo impidió.

—Un sitio bonito el que tienes —le comentó Assad mientras tendía la mano por encima de la cerca—. Hemos venido para pedirte ayuda en una serie de problemas.

El hombre abrió el portillo, y los perros empezaron a gruñir a Assad.

—No están acostumbrados a la piel oscura.

—No es ningún problema. Los tengo controlados —respondió Assad, tras lo que el perro dominante arremetió contra él, dispuesto a morder.

Carl saltó a un lado, pero Assad se quedó quieto, y, en el momento en que el dueño del vivero trataba de detener a la fiera, emitió un chillido infernal que hizo que ambos perros se arrodillasen como cachorros, y después se mearon de miedo.

—Eso es —dijo Assad, mientras se daba unas palmadas en el muslo y los llamaba a su lado.

Cuando se arrastraron hasta él y le dejaron darles unas palmadas, tanto el dueño del vivero como Carl lo miraron, mudos.

—¿Qué estaba diciendo? —preguntó Assad, mientras los perros se le colocaban a ambos lados, como si tuvieran un nuevo dueño—. Sí, vamos a necesitar ayuda. Primero quiero comprar algo que me ayude a dormir.

Carl no podía creer lo que oía. Si Assad dormía más profundo de lo que hizo en el hotel de Rønne, no iba a despertar en la puta vida.

—Luego queremos algo que mantenga a mi compañero despierto durante el día. Y después querremos hacerte unas pocas preguntas, si te parece bien.

La placa no salió del bolsillo de Carl.

—Tiene buen aspecto, estas hierbas te ayudarán a luchar contra el insomnio —dijo Simon Fisker a Assad—. Y ahora vamos a ocuparnos de tu compañero.

Se dirigió a un rincón de la estancia, un revoltijo de objetos abandonados de todas las épocas, en el que nada encajaba. Muebles que un mercadillo rechazaría, alfombras medio cubiertas de pelos de perro, tazas con restos de café y, sobre todo, una multitud de pósteres abigarrados de dioses indios mezclados con fotos de paisajes daneses en marcos dorados. En aquel rincón abrió un cajón de un clon del secreter que el abuelo materno de Carl tenía en su sastrería de Risskov.

Iba a preguntarle de dónde había sacado el mueble, cuando el hombre tendió un péndulo a Assad y empezó a darle unas breves instrucciones de uso.

—Haz como tu compañero —le dijo a Carl—. Sujeta el péndulo en la mano y calíbralo con tus energías. Después hay que colgarlo sobre las plantas con las que vas a hacer la infusión, y entonces veremos si he encontrado las hierbas adecuadas.

Carl asió el cordel y trató de no hacer ninguna mueca. El péndulo iba a tener que comportarse, si querían seguir con su trabajo.

Tiró un poco del cordel arriba y abajo, como para abrirle el camino.

—No, no, has de estar quieto y dejar que decida el péndulo. Recoge las energías que te rodean —lo apremió Fisker, mientras una mujer vestida de gris entraba tras él. La saludaron con la cabeza, pero no tuvieron la fortuna de que ella correspondiera el saludo.

Carl miró escéptico el péndulo quietísimo. Por lo visto, las plantas que les había recetado no encerraban tantas energías.

—No, no va bien; tendremos que volver a calibrar el péndulo. Ahora haz lo que ha hecho tan bien tu compañero. Pon primero la otra mano debajo del péndulo, y pídele que reaccione con un tirón para decir que sí.

Carl giró la cabeza hacia él. ¿Estaba majara, o qué?

—Hazlo.

Carl dejó que el péndulo quedara suspendido un par de centímetros sobre la mano libre.

—Reacciona con un tirón para decir que sí —dijo Fisker casi en un susurro, pero de todas formas no ocurrió nada. Por supuesto.

—Ven aquí con él —indicó.

Después se llevó el péndulo a la boca y empezó a aspirar el aire que lo rodeaba a pequeñas bocanadas. Lo hizo varias veces con gran concentración, y luego lo levantó

hasta la altura de la vista y, tras una profunda aspiración, sopló con fuerza sobre él.

—¡Eso es! Ahora estás limpio —dijo—. Prueba otra vez.

La única vez que sintió un ridículo mayor fue cuando saltó de cabeza del trampolín de cinco metros para impresionar a Lise y vio de repente que tenía el traje de baño en las rodillas antes de tocar el agua. ¿Sería posible que estuviera intentando convencer a una bolita para que se pusiera en movimiento?

Entonces se movió.

—Bien, vale —continuó el dueño del vivero—. Ahora cuélgalo encima de las hierbas y pregúntale si son adecuadas para ti.

Lo hizo solo porque Assad le estaba pellizcando el muslo por debajo de la mesa.

—Ya me parecía. No son adecuadas para ti. Necesitas algo que no sea tan fuerte; si no, vas a ponerte como una moto.

Carl asintió en silencio y dijo que era justo lo que necesitaba. Así se libraría de jugar otra vez al doctor Mesmer.

—Bien, pero ahora estás advertido —dijo Fisker.

¿Pensaba el tipo aquel que se le había pasado por la cabeza hacer una sopa con sus cultivos malolientes?

—Lleva el péndulo en el bolsillo, te ayudará la próxima vez que lo necesites. Añado cincuenta coronas al precio de las plantas, y en paz.

Carl trató de sonreír y dio las gracias.

—Pero de hecho también hemos venido para preguntarte por la época que estuviste con Frank en Bornholm, en la comuna de Ølene, casi se me olvida.

El hombre arrugó el entrecejo.

—¿Frank?

—Sí, es el nombre por el que más lo conocemos.

—¿Y por qué queréis preguntar?

Assad tomó el relevo.

—Nos interesa su filosofía sobre cultos solares y esas cosas. Queremos hablar con él, pero no sabemos dónde para. ¿Tal vez tú sí?

La mujer gris del fondo avanzó unos pasos, y Fisker se dio cuenta.

—¿Quién os ha dado mi nombre? —preguntó con la mirada clavada en su mujer.

—Una de los terapeutas alternativos que visitaste con él. Por eso recordaba tu nombre.

El hombre hizo un gesto afirmativo con la cabeza cuando Carl mencionó el nombre de la terapeuta.

—Sí, es cierto. Viví todo aquel verano en la comuna de Ølene, fue una buena época. Frank y yo teníamos algunas divergencias, pero nuestras conversaciones eran fantásticas.

—¿De qué hablabais? —preguntó Carl—. ¿De cultos solares, religiones y cosas así?

—Sí, de eso y de muchas otras cosas. Frank y yo estuvimos en las excavaciones

de Rispebjerg, Frank sentía un afecto enorme por aquel lugar, debido a los sacrificios solares y a los numerosos restos de culturas fuertes que se encontraban allí desde miles de años antes; sí, es verdad. De hecho, robó una de las piedras solares que encontramos, pero de esas cosas no hablamos en voz alta.

Rio un momento, pero se detuvo cuando volvió a topar con la mirada de su mujer.

—¿Sabes de dónde le venía el interés?

—Creo que era algo a lo que siempre le había dado vueltas en la cabeza. Y también de la Universidad Popular, claro. Había hecho unos cursillos un año o dos antes, cuando trabajaba en Copenhague, por lo que me dijo.

—¿Qué cursillos? ¿Lo sabes?

—Había un profesor del Instituto Teológico de Copenhague que era conferenciante invitado. No recuerdo su nombre, pero Frank decía que era catedrático. Debió de ser sensacional, tenía que ver con la arqueoastronomía y el origen de las religiones.

—¿Arqueoqué?

—Arqueoastronomía, el significado de las constelaciones para las poblaciones prehistóricas.

Assad tomó apuntes.

—¿Tienes contacto, entonces, con alguno de los amigos de Ølene? —preguntó.

—No, solo con Søren Mølgård, pero últimamente está bastante hundido.

—Søren Mølgård, ajá. ¿Puedes darnos su dirección?

—Hace tiempo de aquello, de hecho ya no trato con él. Demasiadas drogas, ya sabéis. No armoniza tan bien con las cosas que trabajamos aquí, ¿verdad, Birtemaja?

La mujer puso los labios en punta y sacudió la cabeza. Menos mal que no tenían que interrogarla a ella.

—Tengo entendido que ingresó en una comuna de odinistas, al sur de Roskilde. Tuvo que hacerlo para no terminar hundido del todo.

—¿Y quién es ese Søren?

—Nadie especial. No era más que uno de los que vivían en Ølene en esa época. Por lo que he oído, varios de los que estuvimos allí hemos terminado en círculos alternativos, y lo hemos hecho bien; pero Søren no tenía talento, solo era un *hippy* que pasaba por allí. Creo que pretendía hacerse numerólogo, como Birtemaja, pero la verdad es que no captaba la esencia de la numerología. Nos gusta que haya orden en nuestra visión del mundo, ¿sabes?, y aquello no era lo suyo.

Se rio.

Carl asintió en silencio. Por lo que veía, el orden en la visión del mundo aún no había llegado a aquella estancia.

—¿Y vosotros? ¿De dónde venís? —preguntó Fisker.

Carl sacó la placa del bolsillo, pese a la intensa mirada de Assad.

—Somos de la Policía de Copenhague, y queremos hablar con Frank de un accidente que tuvo lugar cuando vivíais en Bornholm. Creemos que es el único que

puede ayudarnos a entender lo que ocurrió.

La mirada de Simon Fisker se clavó en la placa; aquello no se lo esperaba.

—¿Qué accidente? —preguntó con rostro desconfiado—. ¿Mientras estábamos allí? Yo no me enteré de ningún accidente.

—No; pero no hemos venido a hablar contigo sobre eso. Tan solo esperamos que puedas decirnos cómo se apellida Frank y qué nombre emplea ahora. ¿Sabes dónde se encuentra?

—No, lo siento —respondió, breve.

—En serio, Assad, ¿no puedes arrojar esas plantas por la ventana? Apestan, es como para ponerse enfermo.

—He pagado cincuenta coronas por ellas, Carl.

Carl dio un suspiro y bajó la luna del copiloto.

—Hace frío y llueve a cántaros, Carl; venga, sube la ventanilla. Se está mojando, o sea, el asiento.

Carl no hizo caso. Si las plantas no salían volando por la ventanilla, Assad tendría que jorobarse. Y cuando llegaran a Copenhague, no iba a hacer ni puñetero caso de lo que Assad pensara hacer con lo que le había vendido aquel sacadineros.

Apretó el número de Rose de la pantalla del móvil y le pidió que encontrase a un hombre que había dado clases en la Universidad Popular de Copenhague durante los años previos a 1997, que era teólogo y cuya mayor pasión parecía ser comparar las religiones con las constelaciones.

Los siguientes veinte kilómetros transcurrieron en silencio. De lo más agradable, sobre todo porque transitaban por una autopista por la que la mitad de los selandeses habían decidido poner rumbo a Copenhague.

Cuando circulaban a paso de tortuga junto a Roskilde, a diez kilómetros por hora y rodeados de automovilistas con un notable grado de irritación, Assad plantó los pies en el escupidero y desvió la mirada. Y entonces llegó.

—Ha sido un movimiento equivocado, Carl —sentenció.

Justo lo que esperaba Carl. No hacía falta mayor explicación.

—Assad, ya has visto que la mujer nos había calado. Iba a decirle que se callara. No querían ayudarnos, ¿te has dado cuenta? No iban a darnos ninguna información, así que ahora tenemos que apostar por ese Søren Mølgård. Pero si está metido en el ajo lo habrá puesto sobre aviso.

—¿Metido en el ajo? Carl, hay veces que no te entiendo. ¿En un diente o en la cabeza entera?

—Es una expresión que significa que hay algo sospechoso.

—¿Por qué ajo? Yo creía que a los daneses no les gust...

—No lo sé, Assad.

—No entiendo cómo se puede meter...

—¿Estás oyendo lo que te digo, Assad? Creo que cada vez tengo sospechas más fundadas de que en este caso hay algo muy raro. Todo eso de los cultos solares y las piedras solares no me priva.

—¿Priva?

—¡CÁLLATE! No puedo pensar si no dejas de interrumpirme. No me gusta, ¿vale?

Entonces sonó el teléfono del coche. Era Rose.

—El cursillo se llamaba «De los mitos siderales al cristianismo», y se impartió en el otoño de 1995. El profesor venía de la Facultad de Teología de Copenhague, y ahora es profesor emérito con domicilio en Pandrup. Se llama Johannes Tausen.

Johannes Tausen. El apellido no podía ser más teológico^[3].

—¿Pandrup, en Vendsyssel?

—¿Dónde, si no?

—Vale, envíame su dirección por sms, y mañana iré a verlo después del funeral de mi primo. Gracias, Rose.

Rose cortó la comunicación sin darle tiempo a pestañear.

—¿Quieres hablar con ese profesor mañana? —preguntó Assad.

Carl asintió. Seguía pensando en la impresión que le había producido Simon Fisker. ¿Por qué no querían colaborar él y su mujer? ¿Había algo que no había entendido en las relaciones entre la gente de Ølene?

—Entonces quiero ir yo también.

Carl le dirigió una mirada ausente.

—Bien. Gracias —repuso.

—Te veo muy lejano. Estás, entonces, pensando en el motivo, ¿no?

—Por supuesto. —Carl subió la ventanilla, tras lo que Assad emitió un suspiro de alivio—. Cada vez estoy más convencido de que vamos por buen camino. Habersaat tenía razón. Me temo que Frank sufría megalomanía. Se veía a sí mismo como un mesías, y todo iba bien, tal vez, hasta que apareció Alberte y de alguna manera le cortó el camino.

—¿Qué quieres decir?

—Que se convirtió en un estorbo para él. Pero hay otra posibilidad, que me parece más tenebrosa de imaginar. Puede que se tratase ni más ni menos que de sacrificar a Alberte. Un asesinato que Frank y los demás de Ølene no deseaban que pudiera vincularse con el culto al sol. Un sacrificio al sol que, y esto es lo extraordinario, debió de ocurrir en el momento en el que salió el sol.

Viernes 9 de mayo de 2014

El dolor le llegaba en oleadas. Extraños espasmos en los que se le contraía el diafragma, como cuando estás en un sitio con corriente o como cuando lo comido la víspera empieza a vengarse. Por supuesto que le preocupaba, igual que el resto de señales inusuales del cuerpo, pero el día anterior había estado en el ginecólogo, y todo iba como debía. El ginecólogo, moviendo la cabeza arriba y abajo con autoridad, le dijo que el embarazo era ejemplar, y Mirja se sintió aliviada y feliz. Estaba de más de seis meses, y el niño se encontraba sano y lleno de vida, de modo que restó importancia a sus molestias por naturales en su estado e inofensivas.

En un momento en el que parecían haber desaparecido, sonó el teléfono.

La voz se le hacía conocida, pero Mirja no empezó a sonreír hasta que llegó la presentación.

—¡Simon! ¡Simon Fisker! ¡Cuánto tiempo sin noticias tuyas! —exclamó, mientras trataba de recordar cuándo estuvieron en contacto por última vez. ¿Fue hacía cinco años? ¿Diez?

—¿Todo va bien por ahí, Mirja? —preguntó.

Mirja se sorprendió por el tono de voz. Simon no tenía gran talento perceptivo, de manera que ¿por qué llamaba para preguntar cómo les iba? ¿Birtemaja habría percibido algo?

—¿Por qué llamas de pronto para preguntar eso? —inquirió con cautela.

—Es por Birtemaja.

Justo lo que pensaba.

Mirja bajó la vista hasta sus manos y comprobó que le temblaban. ¿Cómo podía saberlo Birtemaja? ¿Cómo podía saber que todo el mundo de Mirja podía derrumbarse en un instante si alguien se olía lo que había hecho con Wanda Phinn?

—Ha venido la Policía a preguntar por Atu. Sí, el investigador y un inmigrante que lo acompañaba lo conocían como Frank, pero se referían a él. Tenía que ver con algo que sucedió en Bornholm.

Por un segundo sintió alivio, pero luego cayó en la cuenta de lo que le decía. No era por Wanda Phinn. Era peor aún.

—¿En Bornholm?

—Sí, investigan la desaparición de una chica. ¿Cómo decían que se llamaba, Birtemaja? —preguntó al otro lado de la línea.

Mirja conocía la respuesta a la perfección. Pero ¿qué estaba ocurriendo? Habían pasado casi veinte años. Hacía tiempo que el caso debía estar olvidado.

—Birtemaja dice que se llamaba Alberte. Y mientras estaban aquí, Birtemaja ha percibido que podría ser algo funesto para vosotros. Lo ha sentido con tal fuerza que he decidido avisaros. Por eso os he llamado. ¿Te dice algo el nombre?

Mirja aspiró hondo.

—¿En Bornholm, dices? Pues no, lo de esa chica..., ¿decías que se llamaba Alberte? No me suena de nada, debe de ser una equivocación. ¿Les has dicho dónde estamos?

—¿Por qué había de hacerlo? Pero los he remitido a Søren Mølgård, para quitármelos de encima.

Mirja sacudió la cabeza. Aquel idiota los había remitido a un idiota mayor aún. Aquello no le gustaba.

—Bueno, tampoco puede ocurrir nada por eso, ¿no? —añadió con cierto escepticismo.

—No, a mí no me lo parece —respondió Simon—. El tipo está colocado todo el tiempo, así que apenas puede recordar lo que ha hecho la víspera.

Se oyó un murmullo al otro lado de la línea. Sonaba como una voz de mujer.

—Birtemaja pregunta cómo os va, Mirja. Supongo que fantástico, ¿no?

Por un momento, pensó decir que sí. Contarles que un heredero del reino de Atu estaba en camino, pero una punzada procedente de la región lumbar atravesó su vientre. Apartó un momento el receptor de su boca para poder salir al paso del dolor con unas aspiraciones profundas.

—Gracias por el aviso, Simon —dijo después, con la respiración sosegada—. No penséis más en ello, no es más que un malentendido. Y sí, todo va bien por aquí. Saluda a Birtemaja y consuélala de mi parte. Esta vez debe de haber interpretado mal su intuición.

Colgó con mayor rapidez de lo debido, y después apoyó la espalda en el respaldo de la silla del despacho con dolores crecientes bajo el esternón y cada vez más temores.

Rezó a Horus y a los poderes superiores. Primero por el feto, después por ella y al final por Atu, porque el embarazo había cambiado el orden de prioridades. Pasados unos minutos, el dolor remitió.

No ha sido nada, se tranquilizó cuando sintió las patadas del niño en su interior. Nada. Solo se trata del cuerpo, que intenta adaptarse. Es que ya no soy ninguna jovencita. Tal vez deba ser así para algunas.

Søren Mølgård, le dijo Simon. ¿Debería llamarlo y hacer que cerrase el pico? ¿Podía hacerlo?

Sacudió la cabeza. El peligro de que el hombre revelara que le había llamado era demasiado grande. Søren Mølgård era el eslabón más débil de la comuna. Era el que siempre caía ante las tentaciones, y por eso estaba hundido. ¿Qué podía contar un hombre como él? Nada de nada. ¿No era acaso ella la única de la comuna de Ølene que sabía algo de Alberte, aparte de Atu? Sí, lo era.

Sacudió la cabeza una vez más y empezó a relajarse a medida que el dolor de vientre remitía.

Entonces llamaron a la puerta.

Se alisó un poco la túnica.

—Adelante —dijo.

Valentina apareció, apocada, asiendo la puerta como si no pensara entrar, pero Mirja le hizo señas para que se acercara. Era la madre de todos los discípulos, y aquel despacho era tanto confesionario como consultorio y oficina de asistencia social. Nadie que tuviera problemas era rechazado allí, y Valentina los tenía, se le notaba a la legua.

—¿Estás triste por algo? —preguntó incluso antes de que se sentara. Se trataba de terminar con aquello cuanto antes, para tener algo de paz y poder pensar. Por eso utilizó la misma técnica de interrogatorio que en su consultorio: directo y con fuerza —. ¿Estás desilusionada por algo? ¿O son las fuerzas que contrarrestan el amor que te rodea lo que ha impreso esas arrugas en tu rostro, Valentina?

La chica sacudió la cabeza. Cuando Mirja la conoció, su alma portaba la marca profunda del intenso acoso de sus colegas y de los ataques físicos de su pareja, que la trataba como si fuera una puta o un animal. Cuando decidió por fin acudir al centro, se consideraba a sí misma un objeto de uso con fines limitados, que después de cierto tiempo alguien iba a partir en dos y arrojar a la basura. En aquel momento de marcada inferioridad y odio, su anhelo desesperado de reconocimiento era su única fuerza motriz.

Sentada allí con la mirada baja, daba la impresión de que los casi dos años y medio que había convivido con ellos nunca hubieran existido. No era para nada la Valentina que conocían en el centro.

—Todo empezó con un sueño, Mirja —explicó después de concentrarse un poco —. La otra noche soñé que un ángel de alas negras flotaba sobre mi habitación. Pasado un rato, atravesaba el tejado, bajaba hasta mí y me tapaba los ojos con las manos. Estaban muy calientes, pero no tanto como para quemarme, al menos no hasta que pensé que iba a tener que despertarme. Pero entonces el ángel cruzaba otra vez el agujero del tejado, y encima de él flotaba un salón enorme iluminado por proyectores. Dio la sensación de que todo el edificio vibraba cuando el ángel desapareció en su interior. Como si casi pudiera explotar por la mera presencia de aquel ser. Y, al momento siguiente, desaparecían de pronto las paredes del salón, y se veía que su interior estaba lleno de manchas amarillas. Entonces me desperté.

Mirja sonrió.

—Vaya, parece algo especial. Pero ya sabes que la interpretación de sueños no es mi fuerte, Valentina. Estoy segura de que hay gente en el centro que te lo va a interpretar mejor y con mayor exactitud. Parece que te ha afectado, pero puede que en realidad sea un sueño muy bueno. Creo que no deberías preocuparte por él.

—No es el sueño lo que me preocupa —repuso Valentina, mientras sus ojos se

movían lentamente hacia arriba, hasta que su mirada se cruzó con la de Mirja—. Ya se lo he contado a varios, y algunos opinan que es un sueño señalador que dice una sarta de tonterías sobre mí, y otros que es un sueño consejero que debería decirme algo sobre mi modo de actuar y mis conflictos sin resolver. Pero cuando se lo conté a Shirley comprendí al fin que seguro que era un sueño de advertencia.

Mirja trató de mantener el rostro en calma.

¡Cuando se lo contó a Shirley, decía!

—Ahora sé que fue un hecho concreto lo que desencadenó el sueño, y eso es lo que me atormenta. Por eso he acudido a ti, Mirja.

—¿Un sueño de advertencia? ¿Para advertir de qué, Valentina? ¿Ha ocurrido algo especial en el centro? Porque si es así, entonces tendremos que pedirle a Atu que esté presente. Ahora no va a poder ser, porque está...

—No creo que quieras que Atu esté presente —replicó Valentina con inusitada fuerza.

Mirja giró un poco la cabeza mientras le sostenía la mirada. Las señales de aviso eran patentes. ¿Cuál era su intención? Si Atu no debía estar presente, ¿era porque deseaba negociar algo? Pero ¿qué podía exigir? ¿Y a cambio de qué?

—¿Por qué no debería estar? —preguntó con tanta autoridad en la voz como exigía la situación. Allí, en el centro, no se podía decidir a capricho excluir a Atu de nada, Valentina debería saberlo.

La chica retiró de la nariz una gota de sudor y enderezó la espalda.

—Shirley no entendió el sueño. Parece ser que, por lo general, no entiende gran cosa, ya me he dado cuenta. Pero hizo que recordase algo importante y que comprendiese que había visto cosas que podían ser más relevantes de lo que había pensado.

—No sé de qué hablas, Valentina. ¿Qué has visto?

—Pues muchas cosas, ahora que lo pienso —declaró, y después de liberar su mirada de los ojos escrutadores de Mirja, la fijó en la pared de atrás—. Justo antes de que le contara a Shirley mi sueño, ella me había hablado de su amiga y de un cinturón, y de la vez que Jeanette tuvo que dejarnos. Y cuando me contó la historia dijo algo que se me quedó grabado, porque acababa de tener ese sueño.

—¿Y qué dijo, Valentina?

Mirja sonrió. Era la única arma defensiva que le quedaba. Sentía el dolor del diafragma palpitar bajo la piel, como durante la llamada de Simon Fisker.

—Shirley me contó algo de su amiga Wanda que encaja con el día en que Malena ingresó en el hospital.

Mirja sacudió la cabeza y arqueó un poco las cejas, para expresar su ignorancia y su asombro de que se relacionaran todas aquellas cosas.

—También fue muy raro que Malena desapareciera así al día siguiente de ingresar. Por cierto, ¿sabías que era mi alma gemela latina? Pues sí que lo era, Mirja. Teníamos muchísimas cosas en común, Malena y yo. Entonces, ¿cómo es que no me

dijo nada antes de irse? Algunas veces pienso que tal vez no estuviera en condiciones de hacerlo.

—Tampoco yo creo que lo estuviera, Valentina. Los médicos dijeron que pidió el alta y que se marchó. Sí, incluso antes de tiempo. Puede que fuera un trauma posparto, aunque en realidad no hubiera ningún parto. La verdad es que no lo sé, Valentina. Pero ¿qué relación tiene con tu sueño? ¿Es ella el ángel?

—Fue lo que pensé al principio, pero las alas eran negras, y las de Malena no podían serlo. —Bajó de nuevo la mirada, que mantenía clavada en la pared—. Ha sucedido antes.

—¿Qué es lo que ha sucedido antes?

—Que alguna de nosotras haya desaparecido sin previo aviso.

—Sí, por desgracia. Piensas en Claudia, ¿verdad? Pero se ahogó, Valentina. La encontraron en la costa de Polonia, lo sabemos. Estaba con una depresión tan profunda que no podíamos ayudarle a salir de ella, por mucho que nos esforzásemos.

—No, no me refiero a ella, sino a una de las que vinieron en el mismo grupo que yo. Iben Karcher, la alemana que le gustaba tanto a Atu.

—Mira, Valentina, no comprendo qué tratas de decirme. Iben era una chica maravillosa, y debemos reconocer que por aquí pasa todo tipo de gente. Ofrecemos a nuestros discípulos sosiego espiritual y una nueva comprensión del mundo; no podemos hacer más. A algunas personas no las podemos ayudar, e Iben se fue por voluntad propia.

—Sí, es lo que dices, y es lo que siempre he pensado, pero está lo del sueño.

Mirja dio un suspiro.

—Vamos, Valentina, ¿qué es lo que te atormenta?

—Es que Shirley mencionó el episodio del cinturón que Jeanette encontró en el desván del Establo de los Sentidos. Y ese edificio no es tan claro como los demás; es más oscuro.

—Pues sí. Pero no entiendo adónde quieres ir a parar. Es de color rosa, ¿verdad? Blanco o rosa, ¿qué más da? Estoy de lo más confusa.

—Era en una estancia así, roja clara, en la que desaparecía el ángel, de forma que debió de ser ese salón con el que soñé. Y el ángel de alas negras eras tú, Mirja. Te vi aquel día. Te vi desde la playa cuando entraste en el Establo de los Sentidos en tu moto amarilla. La moto eran las manchas amarillas que aparecían en el sueño cuando las paredes desaparecían. Y fue el mismo día que abortó Malena; lo sé porque algunos te estuvimos buscando, aunque era la hora de meditar, porque Atu quería que acompañases a Malena al hospital. Me alegré cuando te vi volver a casa, reconfortada porque las cosas iban a ir como debían y Atu sentiría alivio. Después, en el salón comunitario, estabas más guapa que nunca. Se sentía casi como si hubiera vuelto un ángel salvador. En aquel momento supe que ibas a ayudar a Malena mientras estuviera hospitalizada. Al menos, es lo que creí.

—¿A qué te refieres con que me viste? ¿Te parece acaso algo extraño? Recuerdo

muy bien aquel día, Valentina. Me sentía mal, y fui en moto a Nordodden para meditar, y me ayudó. Después aparqué la moto allí dentro, movida por un impulso repentino, porque quería cargar la batería, eso fue todo. Y por supuesto que ayudé a Malena cuando fui al hospital, ¿cómo puedes creer otra cosa? Le ofrecí la posibilidad de volver aquí enseguida para que la cuidásemos, o de permanecer en el hospital hasta haberse recuperado.

—¿Sabes qué es lo extraño, Mirja? Ahora viene lo de la amiga de Shirley. Porque Shirley me dijo cuál fue el día exacto en el que Wanda tomó el tren en Londres. Gracias a eso pude calcular que debió de llegar aquí el mismo día que abortó Malena, el día que llegaste en moto al Establo de los Sentidos. Lo sé, Mirja, porque esa fecha no voy a olvidarla nunca.

Mirja asintió en silencio. Estaba seria.

—Extraña coincidencia.

Apretó los labios y pensó un momento.

—En realidad, no sabemos qué pudo hacer aquella Wanda Phinn. Me inclino a pensar que le coló a Shirley una historia, y que tal vez ahora se encuentre...

—Tú eras el ángel, y el salón era el Establo de los Sentidos, y las alas negras eran un aviso de que había ocurrido algo que no soportaba la luz del día. ¿Estoy en lo cierto, Mirja? Te lo digo porque siempre me has dado ánimos cuando me han hecho falta.

Mirja sonrió.

—Gracias, Valentina, lo aprecio de verdad. No sé qué creer. El sueño es muy raro. ¿Me darás un tiempo para pensarlo? Puede que hable con alguien sobre él, porque también yo creo que significa algo que no puede dejarse pasar. También yo he tenido un sueño parecido, te lo aseguro. Pero en él no aparecía un ángel, sino un pájaro grande con alas de dos colores. Rojo cerca del cuerpo y gris en las puntas.

Valentina la miró, escéptica. Entornó los ojos un poco y levantó la cabeza hacia ella.

—Era a lo que me refería antes con lo de la extraña coincidencia. Porque la noche después de abortar Malena me atormentó ese sueño. Me desperté bañada en sudor; lo recordaba todo. Que aquel pájaro rojo-gris graznaba sobre el Establo de los Sentidos, y que descendía a nuestros círculos de postes y desaparecía hacia el mar. Ahora que mencionas tu sueño y a Shirley, creo que los colores del pájaro se referían a los colores del cinturón. ¿No crees?

Su desconcierto era evidente.

—Sí, ahora caigo en la cuenta. Creo que el pájaro podría ser Shirley. Que tal vez tuviera alguna razón para crear inquietud en el centro. ¿Crees que podría ser cierto? ¿Ha dicho algo que pudiera interpretarse como tensiones negativas? ¿Como energías que están desfasadas respecto a las nuestras?

Valentina sacudió la cabeza, desarmada del todo.

—La historia de su amiga ¿podría ser algo que se le ha ocurrido, sin más? ¿Lo

crees? Lo cierto, Valentina, es que no sabemos nada de ella, ¿verdad?

Valentina volvió a sacudir la cabeza, esta vez con mayor lentitud que antes.

—No sé qué decir, Mirja. Estoy desconcertada. Perdona este follón. Debe de ser porque todavía estoy conmocionada por cómo nos abandonó Malena. Y cuando tuve ese sueño y Shirley me habló de Wanda, que...

Mirja se levantó, se dirigió al escritorio y depositó una mano leve y tranquilizadora en el hombro de Valentina, que estaba temblando.

Cuando la chica abandonó el despacho, Mirja se dejó caer con pesadez sobre la silla mientras se apoyaba en la mesa. Sus puños estaban prietos.

Si la Policía danesa daba con ellos, y no había duda de que lo haría, solo era cuestión de tiempo, no debía haber en la academia nada que los hiciera dudar de que todo lo que ocurría en el centro se basaba en la pureza de alma y en el pensamiento ético. De que las personas encargadas del funcionamiento del centro, ella misma, Atu y sus colaboradores más cercanos, no solo ahora, sino siempre, trabajaban por el bien de la humanidad. De que desde cualquier punto de vista estuviera descartado que alguno de ellos, incluso en un pasado lejano, hubiera podido causar el menor daño a una persona.

Y, solo por esa razón, ni Shirley ni Valentina debían estar allí cuando llegaron los policías. Costara lo que costase.

Se enderezó y, consoladora, puso ambas manos sobre su vientre hinchado.

—Madre cuida de ti y de padre, te lo prometo, mi niño —musitó—. Ningún enemigo va a acercarse a vosotros, madre cuidará de eso, pase lo que pase.

Porque Mirja sabía perfectamente cuáles podían ser las consecuencias en caso contrario. No creía que Valentina llegara a ser un problema, siempre podía enviarla al extranjero para hacer alguna gestión. Lo de Shirley era peor, sobre todo si estaba haciendo amistades en el centro. Más que nada porque seguía manteniendo sus teorías y su desconfianza.

Levantó la mirada cuando llamaron otra vez a la puerta.

El electricista que había acudido para inspeccionar la instalación de células solares en la sala de control, al final del pasillo, la miró preocupado.

—Menudo coñazo —dijo cuando estuvieron dentro, y no le faltaba razón, ya que era su responsabilidad y todavía lo cubría la garantía, y era la tercera vez que tenía que cambiar el inversor de corriente. De hecho, el suelo estaba lleno de herramientas y un montón de cables y cachivaches de la primera y segunda vez.

Mirja empujó unas herramientas debajo del banco que había montado en la pared de madera, para que no tropezaran con ellas. ¿Para qué diablos tenía que emplear una enorme llave inglesa? ¿Y un martillo de goma?

—En realidad, el equipo no debió instalarse en este cuarto. ¿Sabes por qué hay paredes metálicas en tres de los lados?

—Sí que lo sé. Este cuarto era antes la cámara frigorífica de la granja. Los cuerpos de animales solían colgar de ganchos; supongo que las paredes metálicas las pusieron por razones higiénicas.

El hombre asintió.

—Sí, claro, pero debimos haberlas retirado, porque hacen conexión a tierra. El caso es que aquí pasa algo raro.

—¿Qué le ocurre a la instalación?

El electricista le dio explicaciones sobre los equipos de la pared. Algo fallaba: o la caja de empalmes con los cables de los diversos equipos o el inversor.

—Nos llegan de continuo avisos de avería de aquí, y no termino de entenderlo —confesó—. Al menos, el inversor dirige tanta corriente a vuestra red de iluminación que un interruptor diferencial normal es incapaz de detectar que hay un fallo de suministro. Por supuesto, eso no es ningún problema en días tristes y grises como el de hoy, en los que se genera poca electricidad.

Señaló la ventana del techo, por la que se veían pasar nubes oscuras.

—Pero dentro de unos días va a llegar el buen tiempo, y entonces ya verás. Me temo que vamos a tener que replantear toda la instalación. Tendré que hablar de ello con mi jefe.

Abrió las tapas de la caja de empalmes y del inversor, y se rascó la nuca después de inspeccionar las tripas durante unos minutos.

—No veo que nada esté mal. No cabe duda de que vuestro equipo produce una barbaridad, aunque el sol aún no pega de lleno —indicó—. De manera que algo es algo. Pero, de todas formas, la corriente continua tiene muchos altibajos. Voy a hacer unos ajustes para corregirlo. Desde luego, no enredéis con el equipo, Mirja.

Como si se les fuera a pasar por la cabeza algo así.

—Porque en ese caso podéis haceros alguna avería seria cuando la lámpara divina esté funcionando a tope detrás de las nubes.

—¿Qué podría suceder?

—¿Que qué podría suceder? No hay ningún interruptor entre el sol y la corriente que llega directa del equipo, así que ¿qué podría ocurrir? Depende del tiempo que se quiera estar agarrado a los cables.

Soltó una risotada.

Mirja asintió y se quedó mirando las cajas y los medidores. A saber si no sería una buena idea hablarle un poco a Shirley sobre el funcionamiento del equipo. Eso arreglaría varias cosas, teniendo en cuenta lo torpe y desmañada que era a veces.

Mirja sonrió para sí, y observó el cuerpo y los fornidos brazos del obrero mientras trabajaba. Miró la aguja del vatímetro, que empezó a subir. Volvía a haber algo de sol. Al deslizar la mirada por las manchas oscuras que habían aparecido entre los omoplatos del electricista, comprobó que la temperatura también estaba subiendo.

Vio cómo se extendía la mancha oscura por la espalda hasta su talle estrecho.

—Llevas un cinturón especial. ¿Dónde se pueden comprar? —preguntó por

cambiar de tema de conversación.

El hombre se volvió y asió la hebilla con una sonrisa.

—Ah, ¿esto? Lo encontré en la red. Me gustó que el cinturón pareciera una gran cremallera, se adaptaba a mi manera de ser. De hecho, compro en la red casi toda mi ropa y los accesorios de trabajo.

Mirja movió la cabeza arriba y abajo, pensativa.

De pronto, parecían abrirse muchas posibilidades.

El viaje por el camino vecinal hasta la granja fue un desafío definitivo para el destartalado coche patrulla, y también para las mandíbulas de Assad, que bailaban arriba y abajo como un yoyó descontrolado.

Junto a los surcos de carro inundados de lluvia se alzaban a intervalos regulares menhires con inscripciones rúnicas y símbolos celtas y nórdicos de colores. Desde luego, no cabía duda de que entrabas en un mundo paralelo al mundo en el que los políticos se engalanan con plumas ajenas y en el que la gente se cree la mayor de las mentiras.

Por eso, la granja, con sus cuatro edificios en cuadro, resultaba decepcionante. Nada de puertas vikingas ni vigas de roble o cualquier cosa nórdica antigua: solo el cartel que colgaba encima de la puerta sugería que, pese a todo, no iban a enfrentarse a campesinos normales. GRANJA DE LOS HOMBRES-EJÉRCITO, ponía.

—Hola. ¿Qué significa eso de ahí? —preguntó Carl a una mujer camino del patio central. Hacía tiempo que no veía a nadie como ella, que parecía salida de los años setenta, con sus pechos colgando debajo de la camiseta y el pelo indómito y desgreñado.

—Hola.

La mujer sonrió y les dio la mano.

—Los hombres-ejército eran guerreros del Valhalla que protegían a los dioses de los gigantes. De manera que no podíamos elegir un nombre mejor para nosotros, que hemos sido todos soldados o estamos casados con soldados que han estado en Afganistán, en la base de Camp Bastion. Por cierto, me llamo Gro —se presentó—. Ya sabía que ibais a venir, porque han llamado del Vivero Holístico de Plantas, que no sé qué es. Mi marido, Bue, viene ahora.

Era un maromo grande y fuerte, pero, aparte de eso y de la larga e hirsuta trenza de su barba y varios tatuajes enormes que zigzagueaban por sus brazos desnudos y volvían a aparecer en forma de llamas a la altura del cuello, aquel hombre no era de ninguna manera como Carl se imaginaba a un líder de un denominado *blotlaug*. Allí no había cuernos vikingos ni pellizas de oveja, sino más bien la ropa habitual del campesino, el mono de trabajo y las inevitables botas verdes de goma.

—No conozco personalmente a las personas de las que habláis —declaró después de haber oído la razón de la visita—. Pero Søren Mølgård me ha contado algunas cosas de cuando estuvo en Bornholm, lo que podía recordar su cansado cerebro. De todos modos, tengo entendido que fue una época de lo más interesante, en la que me

habría gustado participar, si no fuera porque no tenía edad suficiente. —Rio y los llevó por el patio central, atravesaron un portón y pasaron a la parte exterior de los edificios.

Carl miró alrededor. Era difícil ver la relación entre las piedras, cargadas de simbolismo, que había en el camino a la granja y aquel pedazo de la Dinamarca genuina. Lo que allí se veía rayaba en el aburrido cliché: tanques de purines, estiércol, maquinaria agrícola descacharrada manejada por hombres que no se parecían ni a Rambo ni al dios del trueno, Thor.

—Sí, toda la gente de aquí son miembros de nuestro *blotlaug*. No estamos vinculados a Forn Sidr, no sé si lo conocéis, sino que hemos desarrollado el odinismo a nuestra manera. Y aunque soy su líder, todos somos iguales aquí.

Carl intentó sonreír. No entendía ni papa de lo que decía el tal Bue.

—Pero, o sea, ¿soléis hacer sacrificios *blot*? —preguntó Assad.

Carl se giró hacia él. ¿También sabía de eso?

Bue asintió.

—Sí, cuatro veces al año, en los equinoccios y los solsticios. Entonces nos tomamos un par de cuernos de hidromiel, que de hecho producimos aquí. Podéis llevaros un par de botellas, si queréis.

Carl asintió con mucha cautela. Ya sabía lo que era la hidromiel. Y la verdad era que tenía un sabor de puta pena.

—No es como el saltaparapetos que venden en las tiendas —aseguró Bue, como si hubiera leído los pensamientos a Carl. Se giró hacia su gente.

—¿Alguien ha visto a Søren?! —gritó.

Uno señaló hacia una casita medio hundida que había al abrigo de un seto.

—Sale humo de la chimenea, así que estará en casa, como acostumbra —explicó Bue.

Carl hizo un gesto afirmativo.

—Pero ¿por qué vive aquí? Él no ha estado en Afganistán como vosotros, ¿verdad?

—No, Søren es el padre de Rolf, que estuvo con nosotros en el Campo. Rolf era un buen soldado, pero era temerario y tenía mala suerte, y lo destrozó una bomba junto a la carretera. Cuando regresamos a casa, Søren acudió a nosotros, impulsado por la desesperación. Es un poco especial, ya lo veréis.

Assad se giró hacia la gente que había tras él. Había empezado a caer una fina lluvia otra vez. Pero no parecían darle importancia.

—Tengo entendido que todos sois antiguos soldados. Pero ¿por qué estáis aquí?

Era evidente que Bue había oído la pregunta montones de veces.

—Ya en el Campo fundamos un *blotlaug*, de manera que era algo lógico continuar. He sido odinista desde niño, y allí, en la zona de guerra, me consolaba con mis rituales. Porque estaba claro que me desenvolvía mejor que los demás en la vida diaria; de manera que, en poco tiempo, fuimos muchos quienes encontramos la paz en

esa fe. Cuando te enfrentas a un movimiento basado en una creencia tan fuerte como la de los talibanes, la verdad es que si no tienes otra creencia te sientes pobre, sobre todo cuando estás tan amenazado y tan lejos de casa. De modo que hundimos las raíces en el pasado que tenemos aquí, en el norte. ¿Lo entendéis?

Señaló unas tablas que, dispuestas sobre una zanja embarrada, conducían al cuchitril de Søren Mølgård, y después se volvió hacia Carl.

—Sin nuestra fe y sin la comunidad en torno a ella, estoy seguro de que alguno de nosotros nunca habría vuelto a casa, o al menos no habrían vuelto como personas enteras. Ahora somos una familia, y esa familia de odinistas está creciendo por todo el país. De hecho, voy a hablar del movimiento en Radio 24/7 dentro de unos días. Creo percibir que perteneces a esa parte de la población danesa que tiene dificultades con gente como nosotros, así que estás invitado a participar. Para que la gente que llama al programa pueda preguntarte lo que piensas y tú puedas preguntarles lo que quieras. Tal vez tengas la suerte de que alguien pueda ayudarte a encontrar a quien buscas, en caso de que Søren no pueda.

—La verdad, creo que no —cerró la discusión Carl. ¿Invitado a un programa de radio con un odinista para obtener información como policía? Se imaginó la expresión de sus superiores de Jefatura en caso de que lo hiciera.

—Así que sois soldados profesionales —constató Assad.

—La mayoría de nosotros, sí. Yo era capitán, y hay también otros oficiales entre nosotros, pero casi todos los que están en la granja eran soldados rasos.

—¡Capitán! Entonces, habrás estado en zonas calientes, ¿no es así? —dedujo Assad.

Bue asintió con la cabeza.

—Sí, así es.

Dirigió una sonrisa amable al testa rizada; pero de pronto se formó una arruga en su frente, como si ver a Assad le recordara algo, sin saber qué.

Assad miró hacia la casa de Søren Mølgård.

—Está en la ventana, mirándonos. ¿Le has dicho que íbamos a venir?

—Pues no, no he llegado a tanto, lo siento.

Carl habría preferido que hubieran puesto sobre aviso a aquel Søren Mølgård de ojos enrojecidos y aspecto decaído. Lo cierto es que parecía más conmovido de lo deseable cuando Bue los presentó como investigadores de la Jefatura de Policía de Copenhague.

Miró alrededor, con un disgusto evidente por la situación creada en su salita de techo bajo que apestaba a *hash*, seguramente para comprobar si había drogas a la vista.

—Ya veo que te fumas unos chílums de vez en cuando —dijo Carl con voz áspera. Un muerto menos en el armario.

—Sí, pero no trapicheo, si es lo que creéis. Planto un poco de hierba detrás de la casa, pero no tanto como para...

—Tranquilo, hombre —lo interrumpió Bue—. No son de la Brigada de Narcóticos, son del Departamento de Homicidios de Copenhague.

Desde luego, el hombre parecía algo ausente, afectado sin duda por su propia cosecha, pero la palabra «Departamento de Homicidios» pareció paralizar su corazón. Bien pensado, tampoco era muy extraño.

—¿Del Departamento de Homicidios?

Miró frente a sí y empezó a mover la cabeza arriba y abajo, sereno, mientras un gesto de seriedad se colaba en su rostro.

—¿Tiene que ver con Rolf? —preguntó con labios temblorosos—. ¿Lo mataron los suyos?

Carl arrugó el ceño. Aquel hombre estaba muy lejos.

Le pidieron que se sentara, y luego le explicaron a qué habían ido, lo que no pareció tranquilizarlo para nada.

—No entiendo. No conozco a nadie que se llame Alberte, aparte de la cantante. ¿Por qué me preguntáis por ella?

—También te hemos preguntado si sabes dónde reside Frank ahora y qué es lo que hace.

El hombre giró la cabeza hacia Bue y se encogió de hombros.

—Creo que hoy no voy a ir al campo, Bue. No ando bien de los pulmones, ya sabes.

—No hay problema, Søren. Pero tal vez debieras responder las preguntas que te hacen los policías.

Pareció desconcertado.

—¿Sobre Frank? Sí, así se llama. Y creo que era un cabronazo. Todavía no lo he decidido.

—¿A qué te refieres? —Carl hizo una seña a Assad, que ya estaba preparado con el bloc.

—Tomaba todas las decisiones y yo pasaba de aquello. Así que me largué.

—¿Cuándo te largaste?

—Cuando regresamos a Selandia. Él quería ir a Suecia o a Noruega, para hacer algo y ganar dinero. Con un centro para cursillos. ¿Me ves a mí dentro de un bosque o en un páramo? ¡Ja!

—¿Un centro para cursillos? ¿A qué te refieres?

—A un sitio donde pudiera decidirlo todo.

—¿Sabes cómo se llama ahora y dónde terminó?

El hombre sacudió la cabeza y se quedó observando el papel de aluminio y los cigarrillos que había sobre la mesa del escritorio.

—¿Crees que recordarás mejor si antes te haces un peta y le das un par de caladas? —preguntó Assad, pero Bue sacudió la cabeza. No era una buena idea.

—Frank solo estaba interesado en Frank —explicó—. Todo lo demás se la traía floja.

—¿También las mujeres?

El hombre dio un profundo suspiro. Por lo visto, creía que era respuesta suficiente.

—¿Recuerdas si tenía relación con alguna de las chicas de la comuna?

—¡¿Relación?! —Dio un bufido—. Si se las follaba a todas, no tenía que ver con ninguna relación. Era así, y punto.

—¿Recuerdas sus nombres?

Los ojos del hombre se achicaron un poco. Imposible saber si estaba pensando o si había entrado ya en el país de los sueños.

—Tenían todas una mierda de nombres —dijo con voz nasal. Y volvió a su mundo.

—Ya lo siento —se excusó Bue, y les dio un par de botellas de plástico sin etiqueta llenas de un brebaje dorado mientras se despedían junto al coche—. De hecho, ha sido una de las pocas veces que he oído a Søren responder a algo de lo que se le pregunta. Seguramente tiene el cerebro bastante dañado. Hemos discutido si es por los porros o por alguna otra cosa que se mete. Últimamente nos inclinamos por lo segundo. La mayor parte de sus células cerebrales están inservibles.

Carl asintió en silencio. Por algún motivo, lo de tener inservibles las células cerebrales lo hizo pensar en Sammy y Ronny. Como que el funeral iba a ser al día siguiente, cuando los esperaba un largo viaje para visitar a su familia y al profesor que dio clases a Frank en la mañana de los tiempos.

—Sigues estando invitado a participar en mi programa de radio, si te apetece —dijo el gigante—. Puede que consigas información. No me extrañaría que hubiera alguien que supiera algo de lo que andas preguntando.

Sábado 10 de mayo de 2014

Había dos mujeres llorando en la primera fila. Ninguna era la esposa de Ronny, que no había acudido, tampoco la hermana de Ronny y tampoco la chica que vivía en la granja vecina, quien, por alguna misteriosa razón, soñó toda su vida con pertenecerle a él. Eso sí, aquellas dos mujeres se quedaban mirando el ataúd a intervalos regulares, y del mismo modo regular y mecánico buscaban los pañuelos de su regazo para secarse las lágrimas.

—¿Quién diablos son? —preguntó Carl a la gente de los bancos de delante, de detrás y de los lados, y nadie tenía ni idea. Lo único que sabían era que nadie más lloraba en la iglesia, ni durante el canto de salmos ni durante las pocas pero extrañas frases sentimentales acerca de una época pasada de Ronny, que el pastor había escrito por deseo testamentario del propio Ronny.

—Son plañideras —susurró Assad—. También yo he preguntado quiénes eran. Sentía curiosidad, ya que, entonces, estaban en la primera fila.

Carl frunció el ceño. ¿Plañideras?

—Sí, me han dicho que en el testamento de Ronny ponía que había que contratar a varias para que llorasen en la iglesia. Escribió que era lo adecuado. Así que son ellas.

Carl asintió y miró el ataúd. Un trasto exótico de color marrón rojizo que seguro que pesaba lo suyo. Cubierto solo a medias de flores. Nada de flores en el pasillo central. Veintipocas personas en la iglesia, de las que dos estaban contratadas y una era un simple acompañante de Carl.

Contratar a plañideras es una costumbre del Antiguo Testamento, reflexionó Carl. Bien pensado, Ronny, porque, si no, ¿quién iba a llorarte? Mataste a tu padre, tú mismo lo confesaste. Te has portado toda tu vida como un cabrón con la gente. Has estafado, engañado y puesto en apuros a los demás, de manera que ¿quién iba a llorar por ti? ¿Tu madre? Hace tiempo que murió. ¿También la mataste tú? ¿Tu hermano disminuido cerebral, de tez de color salsa de soja, que solo piensa en qué puede sacar de este *show*? ¿Algún otro de la familia? No, Ronny, has previsto bien, tenías que contratar un par de plañideras. Bien pensado. Tienes todo mi respeto.

Carl permaneció un rato con la mirada fija al frente mientras el organista cambiaba de registro para darlo todo, lo que hizo que las plañideras aumentaran su rendimiento al instante.

¿Qué iba a ocurrir cuando fuera su ataúd el que estuviera allí? ¿Quién iba a llorar? ¿Su indiferente hijo postizo, Jesper? ¿Su ex amante, Mona? ¿Su ex mujer, Vigga? Sus

padres tampoco, porque habrían muerto antes, ¿no? ¿O su hermano mayor, carente de emociones y con variadas parejas? No lo creía.

Pero ¿y Hardy? Si aún vivía y alguien le hacía el favor de encargarse del transporte, ¿no iría acaso? Al menos ¿no expresaría algún tipo de pesar? Morten, probablemente sí. En cuanto viera el ataúd, rompería a llorar a gritos, con los ojos enrojecidos. Claro que, por otra parte, también reaccionaba así si veía a un cachorro de perro lamiendo un suave gatito en YouTube, así que no contaba.

Y luego quedaba Assad, claro.

Miró al hombre que con expresión ingenua trataba de acompañar el canto. Carl, conmovido, puso por automatismo su mano en el brazo de su compañero y le dio unas palmadas. Sí, tal vez fuera el único que apareciese.

Assad calló su intento de canto.

—Me has dado unas palmadas en el brazo, Carl. ¿Quieres decirme algo? —susurró.

Carl notó que una sonrisa se insinuaba en su mejilla. Había dicho lo que podía y quería en aquel momento.

El restaurante Hedelund fue el lugar en el que Carl dio el primer y hasta ahora único discurso de su vida. Recién confirmado y con el pelo repeinado con energía y brillantina, temblando un poco y para nada «casi adulto», se volvió hacia sus padres y les dio las gracias por la fiesta y por el magnetofón. Ellos sonrieron, y su madre hasta derramó una lágrima; eso fue todo.

Ahora estaban sentados en el mismo local, un día gris, muchos años más tarde, con emparedados en una bandeja y bebida a discreción, haciendo como que el tiempo no había pasado y que la ocasión no era tan horrible.

Habían llevado a Ronny al crematorio, y esperaba que fuera porque con su primo, muerto o vivo, nunca podía saberse cuándo iba a caer el rayo.

Carl miró a los congregados. ¿A quién habría designado Ronny para hacer detonar la bomba? ¿Quién iba a levantarse dentro de poco con un papel en la mano para leer sus maliciosas acusaciones delante de los allegados? ¿Cuándo iba a echarse a reír aquel bribón en su domicilio del más allá mientras uno o varios familiares, y con gran probabilidad el propio Carl, eran puestos en la picota?

—Tu joven compañero es muy simpático —le dijo más tarde su madre, señalando con la cabeza a Assad, que estaba empotrado entre la tía Adda y una amiga suya igual de entrada en años—. Dices que se llama Assad. ¿No es extraño que se llame como el presidente de Siria?

Carl meneó la cabeza.

—Por lo que sé, es un nombre bastante corriente en Oriente Próximo. Pero sí, es un tipo legal, si no lo fuera no llevaríamos trabajando juntos... —Contó con los dedos—. Casi siete años.

La gente de alrededor asintió en silencio. Siete años era mucho tiempo, incluso en Vendsyssel, de modo que debía de ser majo. Por eso no mencionaban su origen ni el color de su piel, aunque ardían de ganas. Pero la gente de Vendsyssel era así. No les quedaba otro remedio que ser bastante taciturnos.

Entonces se oyó el tintineo contra una botella de cerveza, y uno de los primos de la madre de Carl se puso en pie. No conocía para nada a Ronny, de manera que estaría allí para hacer bulto.

—El abogado de la familia me ha encomendado la lectura de un texto que acompaña el testamento de Ronny.

Ahora venía. Por supuesto.

Abrió el sobre.

—Es bastante breve; seguramente Ronny pensó que no debía molestarnos demasiado en este evento por lo demás tan entrañable. Por cierto, ¿no vamos a alzar el vaso y agradecer al personal del restaurante lo bien que nos han tratado, y enviar un saludo a Ronny, que es quien con este motivo ha soltado la pasta?

La mayoría lució una sonrisa cortés y brindó. Pero Carl, no.

—Bueno, esto es lo que escribe Ronny:

Querida familia y amigos. Desde mi recién adquirido templo budista os agradezco que hayáis acudido. Siempre he sido amante de la fiesta, así que chocad los vasos en un rápido brindis.

Se produjo un breve silencio. Demasiado breve para que nadie pudiera llegar a complacer el deseo.

Como algunos de vosotros sabréis, odiaba a mi padre de todo corazón. Cada palabra que dijo en su vida corroboró que su entorno estaría más tranquilo si fuera directo al infierno.

La gente empezó a removerse en sus asientos. Sobre todo el padre de Carl, que sujetaba el tenedor contra el mantel, con la mirada fija en quien leía el texto.

Bueno, pensaré alguien quizá, vaya deseo piadoso. Pero puedo decir con orgullo que me he ocupado de que se cumpliera. Sí, lo maté, digámoslo sin pelos en la lengua en este reducido grupo.

—¡Deja de decir esas impertinencias! —gritó el padre de Carl, mientras el resto de los reunidos manifestaba su desagrado con murmullos y quejas.

—¡Oigámoslo! —se oyó entonces. Era Sammy, el hermano de Ronny, quien se había levantado de la silla—. Joder, tengo derecho a saber de qué va todo eso. ¡También era mi padre!

—Bueno, pues entonces sigo leyendo —dijo el primo de su madre, nervioso, y miró al padre de Carl—. ¿De acuerdo, Gunnar? Es a petición de Sammy.

Todas las miradas convergieron en el padre de Carl. Agricultor, más seco que la mojama e infinitamente cansado, pero todavía erguido y firme. Carl vio que su

hermano mayor cubría con la mano los puños cerrados de su padre, cosa que él jamás se habría atrevido a hacer. Pero los dos hombres del extremo de la mesa eran también lobos de la misma camada, el criador de visones y el campesino, pues nunca pedían favores y también ellos los escatimaban. Bonita alianza.

Carl se preparó. Dentro de un momento, la opinión iba a dar un giro de ciento ochenta grados y volverse contra él. No era nada que intuyera. Lo sabía.

—Bien, entonces sigo —indicó el primo—. Ronny continúa:

En mi testamento describo con detalle las circunstancias, así que no voy a fatigaros con eso, pero quiero darle las gracias a mi primo Carl porque...

Lo sabía. Todos los ojos estaban fijos en él.

... fui capaz de dejar fuera de juego a mi padre. Por eso, voy a pedirlos que alcéis el vaso y brindéis por Carl, de cuya presencia en un día como hoy estoy convencido de que la tía Tove se habrá ocupado. Porque Carl me hizo un tremendo favor.

Carl sacudió la cabeza y extendió los brazos hacia delante.

—No sé a qué se refiere. ¿Tenía un tumor cerebral, o qué?

—¡¿Pone algo más?! —gritó Sammy.

—Sí, ahora viene —explicó el primo, y continuó la lectura.

Carl era mi mejor amigo. Me enseñó kárate, de forma que sabía cómo y dónde tenía que golpear para paralizar a mi padre con un golpe sin dejar rastro. Dejé que se tambaleara en el río hasta caerse, así de fácil. Carl miró para otro lado, tengo que agradecerse. Y por esa razón le lego todo lo que quede después de que mi esposa haya recibido lo que le corresponde.

Durante un instante, la temperatura de la estancia descendió por debajo de cero. Nadie carraspeó, nadie respiró de manera audible. Era la calma inmóvil previa a la tormenta. El tornado que lo rodeaba se desplazaba a toda pastilla por la estancia. Dentro de poco ya no iba a estar en el ojo del huracán, sino que de pronto iba a sentir el impacto de todas las fuerzas infernales. Y no tenía intención de esperar a que llegase.

—¡No es más que una sarta de chorradas y mentiras! —gritó al tiempo que su mirada se deslizaba por los curtidos rostros escandalizados de tíos, tías y personas que no tenía ni idea de quiénes eran—. Lo recuerdo como si fuera ayer, por supuesto, fue un día muy triste para todos nosotros. No vi nada, porque iba al encuentro de dos chicas guapas que estaban junto a la carretera con sus bicis. No es que desviara la mirada de nada, es que no estaba mirándolo. Estoy tan escandalizado como vosotros por lo que dice.

—¡Espera! —gritó de vuelta el primo—. Hay más.

Y si Carl sostiene lo contrario, miente. Fuimos los dos. Es lo que va a constar en las memorias que he enviado a varias de las grandes editoriales.

Carl se dejó caer sobre la silla. Fue un auténtico K.O. ¿Cómo podía defenderse contra las palabras de un muerto? ¿Y cuáles iban a ser las consecuencias si no se defendía? La familia iba a darle la espalda; acabaría acostumbrándose. Pero ¿hacerlo público? Aquello destrozaría su carrera, y lo que era peor: lo dejaría marcado para siempre. El hombre que entró en la Policía después de haber colaborado en un asesinato. El investigador que no era un ápice mejor que la gente que metía en la cárcel.

—Vamos —oyó tras él.

Alzó la vista. Era Assad, bien peinado y con chaqueta negra.

Tiró con cuidado de la silla de Carl.

—Venga, vámonos, Carl. No tienes por qué aguantar esto.

Pero en el momento en el que Carl arrastró la silla hacia atrás y se puso en pie, el embrutecido hermano de Ronny se desplazó por la pared hasta colocarse junto a él. La presión de su hombro sobredimensionado hizo temblar las costillas de Carl. El golpe de su puño de dedos tatuados vino de abajo y dio a Carl en el mentón. Y mientras caía hacia atrás, medio grogui, notó que un brazo amortiguaba la caída y el otro pasaba junto a su cabeza y percutía en la bronceada frente de Sammy, haciendo un ruido difícil de olvidar así como así.

Oyó abucheos y gritos a sus espaldas mientras Assad tiraba de él tras las sillas, y Sammy, medio desvanecido, se desplomaba sobre la mesa, haciendo que el servicio cayera al suelo.

Por unos segundos, aquello fue un caos. Pero ¿qué otra cosa había imaginado?

—¿Y ahora, qué? —preguntó Assad mientras pasaba junto a la iglesia donde se confirmó Carl y donde acababa de celebrarse el funeral de Ronny.

—No puedo irme sin más. Tengo que hablar con mi hermano o con mis padres sobre esto. No puedo acostumbrarme a que las sospechas circulen sin control.

En la siguiente rotonda señaló la carretera que iba al norte.

—Cuando llegues al hospital, que está a mano derecha, toma la siguiente desviación a la izquierda. No vamos a llegar hasta la granja. Esperaremos en el camino, para que pueda pensar qué hacer cuando lleguen los demás.

Miró la granja con melancolía cuando Assad detuvo el coche en el borde de la calzada. Allí había crecido. Allí se forjó su sentido de la justicia y la lucha contra las injusticias. Allí se clavó una horca en el muslo, y allí enseñó a su hermano que porque seas más joven no tienes por qué ser más débil. Allí le regalaron su primer perro al que allí mató de un tiro su padre.

Allí experimentó su primer orgasmo entre balas de paja con una vieja revista de variedades en las rodillas.

Johannegården. Allí empezó todo.

Esperaron una media hora en silencio hasta que la niebla creada por el

todoterreno al atravesar charcos a toda pastilla se alzó en el retrovisor.

—Van a pasar de largo, puedes estar seguro —sentenció. Salió del coche y se plantó en medio del camino vecinal.

Oyó el grito de aviso de Assad cuando adelantó una mano hacia el vehículo lanzado de sus padres. También oyó las maldiciones del interior de la cabina cuando el coche finalmente se detuvo a unos centímetros de sus canillas.

A lo que decidió no prestar atención fue a los ruegos de su madre para que volviera a casa, cuando abrió de golpe la puerta del conductor. Eso sí que no.

—Seré breve, para que lo entendáis bien. No tengo nada que ver con lo que sugiere Ronny en su indecente carta. Al contrario, estoy tan indignado como vosotros, sobre todo porque yo quería más a su padre que a nadie en el mundo. De modo que lo digo tal como fue y como es, porque no puede ser de otra manera. Birger Mørck me dio más ánimo y autoestima de lo que vosotros me disteis nunca, y por eso lo quería y lo respetaba. Tu hermano era un tipo divertido y conecedor del mundo, padre. Podías haber aprendido algo de él. Así nuestra relación tal vez no hubiera sido tan extraña como lo está siendo.

—Siempre has sido así —replicó su padre con desdén en la voz—. Siempre a la contra, que nadie decidiera por ti. Siempre buscando la provocación.

Carl se refrenó antes de continuar.

—¿Y por qué? —dijo en voz tan baja que apenas se oyó lo que decía—. ¿Por qué, padre? ¿No es sencillo? Porque no me abriste el camino a la autonomía. Pero tu hermano Birger sí que lo hizo, y todavía estoy de duelo por él. Esa es mi defensa. Y si todavía te queda algo de sentido común, creo que deberías dejarme ir en paz con este asunto.

—Arabas el prado, a pesar de que te lo prohibí, pegabas a tu hermano mayor, te marchaste de la granja.

Carl hizo un gesto afirmativo.

—¿Y acaso mi hermano Bent no se marchó también? Pues un criador de visones de Frederikshavn no es un granjero potencial en Brønderslev, no lo olvides. Y si crees que mi hermano mayor está dispuesto a llevar la granja cuando estires la pata, creo que deberías hablar en serio con él antes de que madre se quede sola con el problema. ¿Por qué tenía yo que seguir con la granja? ¿Me lo preguntaste alguna vez? ¿Me lo pediste acaso? Que yo sepa, no.

—Te lo pregunté a mi manera, ¿entiendes? Creía que un policía sería capaz de captarlo.

—¡Llega el hermano de Ronny! —gritó Assad desde el coche patrulla.

Carl miró el camino. La camioneta era un verdadero clásico. Con faros antiniebla por todas partes. Neumáticos extragruesos y montones y más montones de cromo en una mierda de coche que costaba menos que la mitad de lo que habían costado los accesorios. Complejo de inferioridad expuesto a bombo y platillo.

—Ya te llamaré, madre —aseguró, y cerró la puerta. Si se daban prisa, podrían

dar un giro de ciento ochenta grados y enfilarse por el camino vecinal hacia Sjerritslev antes de que Sammy pudiera cortarles el paso.

Entonces sucedió algo extraño. Sammy frenó en seco, vio cómo el agua salpicaba el techo, a cincuenta metros de ellos, salió del coche dando un salto y gritó tan alto como pudo.

—¡No había nada que heredar!

Luego echó a reír, histérico.

—¡Ja, ja! Ronny no tenía ni hostias. Todo estaba a nombre de su mujer. Así que no vas a cobrar nada, Carl, ni hostias. Ya puedes largarte a Copenhague a lamerte las heridas, madero de mierda.

Y se carcajeó con tal intensidad que se dobló hacia delante y estuvo a punto de caer a un lado.

Si Carl hubiera estado de humor, lo habría detenido por conducir bajo los efectos del alcohol.

—Ha sido muy extraño —dijo Assad—. Tu padre sospechaba de ti. ¿Sabes, o sea, por qué?

—Me temo que siempre ha sospechado de mí. A veces ¿no es acaso lo más fácil, Assad?

Este estuvo un rato moviendo la cabeza arriba y abajo, pensativo, pero no respondió.

—Torcemos por aquí —anunció Carl, mientras pensaba, extrañado, en lo poco doloroso que le había resultado el viaje. Assad conducía con seguridad. Ni un frenazo fuera de lugar ni un cambio de marcha arriesgado.

—Dime, Assad, ¿has recibido clases de conducción últimamente?

Assad sonrió.

—Gracias por el cumplido —se limitó a responder.

¿Cumplido? Otra palabra que jamás había oído en boca de Assad.

Sábado 10 de mayo de 2014

Cuando Shirley se confió a Valentina y esta a su vez le contó su sueño a Shirley, se produjo un distanciamiento entre ellas, que no era para nada lo que Shirley deseaba.

—¿Podemos hablar esta noche? —le preguntó a Valentina los días siguientes, pero, tras recibir varias negativas, captó el mensaje.

El sueño de Valentina la había impresionado, y Shirley empezó a mirar el cinturón de Wanda, sobre el alféizar, con renovadas y crecientes sospechas. ¿Era realmente tan impensable que aquel cinturón fuera el de Wanda? La última vez que hablaron, Valentina mencionó otros episodios que parecían sospechosos y poco naturales allí, en la Academia para la Fusión con la Naturaleza.

¿Y Valentina por qué se distanciaba de ella tan de pronto y de forma tan radical? Aquel cambio tan repentino hacía sospechar a Shirley que su amiga estuviera influenciada por algo o alguien.

¿Habría hablado con Mirja? ¿Era algo en absoluto creíble cuando Valentina acababa de tener un sueño que acusaba a las claras a Mirja, y cuando estaba tan preocupada por la inesperada desaparición de Malena del hospital?

¿Tendrían Valentina y Mirja una nueva agenda oculta? Shirley se inclinaba a creerlo, pues Valentina prefería sentarse en el extremo opuesto de la sala, tan lejos de ella como podía, justo por donde solía entrar Mirja.

A Shirley le parecía muy sorprendente que hubiera surgido entre ellas una relación que iba más allá de lo normal en la relación entre la mano derecha de Atu y los discípulos de a pie.

También Shirley notaba que, cuando se cruzaba con ella, la mirada que Mirja le dirigía era muy diferente. Era una mirada que examinaba, pero no buscaba contacto. En aquella época Mirja no le hablaba. Alguna vez podía saludar con la cabeza, incluso producir la ilusión de una sonrisa, pero nunca iba más allá.

Shirley pensó más de una vez que tendría que hablar con Atu de ello, pero claro, todas esas consultas pasaban por Mirja. Entonces, ¿cómo?

A veces temía y creía al mismo tiempo que Mirja la quería mal. Y, de ser cierto, no había ningún futuro para alguien como Shirley en la Academia para la Fusión con la Naturaleza.

Por eso se encontraba frente a un terrible dilema. Porque, fuera cual fuese su situación actual, y fueran cuales fuesen los medios empleados por Mirja para marcar su posición, Shirley había decidido, visto lo visto, permanecer en el centro, costara lo que costase. ¿Qué iba a hacer, si no, con su vida?

¿Volver a Londres, al desempleo, al mísero alojamiento, a las mismas costumbres y vicios de antes, al sexo chungo con hombres desconocidos con quienes ni siquiera deseaba despertar? No, no quería eso. De ninguna manera. ¿Iba a haber acaso alguien que la llorase si no volvía? Tampoco. De hecho, no podía pensar en nadie, aparte de sus padres, que supiera que estaba fuera. Y, mirándolo con objetividad, ni siquiera sus padres querían relacionarse con ella, se lo habían hecho saber con claridad meridiana. Durante su estancia en el centro les escribió por lo menos diez veces, y la única respuesta que recibió fue una postal que, en pocas palabras, decía que, mientras siguiera viviendo en aquel lugar indigno de un cristiano, no hacía falta que volviera a escribirles.

Con aquella decisión afianzada en su interior, Shirley trató de cruzar su mirada con la de Mirja en la reunión del sábado, para que comprendiera que tenía necesidad de contacto. Solo lo consiguió un momento cuando Mirja la miró a los ojos sin aparente aversión.

Puede que incluso durante un segundo se posara en sus labios una sonrisa conciliadora.

Shirley sintió frío en todo el cuerpo cuando la sonrisa se congeló.

¿Estaba mirando a la araña hembra que notaba el vibrar de su telaraña?

La casa se alzaba en el otro extremo de la ciudad, tan cerca de la costa que no haría falta un gran cambio climático y subida del agua para que el mar se la llevara. Era evidente que estaba descuidada y no podía emplearse como vivienda todo el año, de manera que en tal caso la pérdida no iba a ser importante.

—Huele a mierda de camello —fue el comentario de Assad al ver el sitio.

—Son las algas y el mar del Norte, Assad, pero esto que ves no es nada.

Señaló hacia la figura que apareció en la puerta tratando de parecer gallarda pese a su espalda encorvada.

—Johannes Tausen, Assad. Ese es el aspecto que debe tener un auténtico profesor emérito.

—¿Emérito?

—Antiguo, Assad. Es decir, jubilado.

—Ya me perdonarán que les dé la izquierda —dijo el profesor, y tendió una garra tan retorcida por la artritis que casi se sentía como un puño cerrado.

Carl miró la otra mano, y estaba peor aún, inutilizada del todo. Daba dolor de corazón.

—Aparte de los dolores, te acostumbras —dijo, y los invitó a entrar.

Con mano trémula les sirvió el té, que despedía un agradable aroma a Earl Grey, y se sentó ante ellos tan concentrado como si debiera intentar desentrañar el gran misterio del universo. Y cuando, después de explicarle los policías la razón de su visita, se puso a hablar, Carl se dio cuenta de que lo del universo también debía de ser cierto.

—Sí, di una serie de conferencias divulgativas en la Universidad Popular en otoño de 1995, a las que podía asistir todo el que quisiera.

—El nombre del cursillo era «De los mitos siderales al cristianismo», ¿verdad? —preguntó Carl.

—En efecto, y fue un cursillo muy concurrido, debido a lo controvertido del tema. Hoy en día hay todo tipo de interpretaciones de esas cuestiones, y ya no llaman tanto la atención. Eran teorías originales que una joven norteamericana desarrolló justo en aquella época, y despertaron mi interés. Desafió las líneas de investigación establecidas y creó numerosas controversias en el sur conservador de Estados Unidos, fue bastante refrescante. Me han contado que en YouTube hay una presentación que puede recordar a la mía, por si les interesa. Debe de llamarse «Zeitgeist». No la he visto, porque no tengo internet aquí, pero me las arreglo.

Empujó el azucarero hacia Assad y observó animado cómo se vaciaba poco a poco.

—Hay más en la cocina —aseguró con voz respetuosa.

Assad levantó la mano: ya había empleado la cuota deseada.

—Creo recordar al hombre del que hablan. A ese respecto, han de saber que aunque el tema apenas haría arquear cejas en este país, un curso de ese tipo siempre atrae tanto a muchos escépticos como quizá más que nada lo contrario. Es un tema en el que puede imponerse el dogmatismo. Creo que es posible que le sucediera a la joven norteamericana que he mencionado, y creo que también le ocurrió a Frank, por desgracia.

—¿Recuerda su apellido?

El hombre sonrió.

—Deberían estar contentos porque recuerdo su nombre de pila. No usábamos apellidos. Estaría en el registro de mis alumnos, pero nunca lo miraba.

—¿Una lista? ¿Existe todavía?

—No, que va. No tengo costumbre de guardar papeles.

—¿Cree que la Universidad Popular la conservará?

—Seguro que no. Las guardarán, como mucho, diez años. Pero creo que se desembarazan de ellas antes. A los cinco años, algo así.

—¿Le dice algo el nombre Frank Skotte?

—¿Skotte? —Estuvo un rato pensando—. No, Skotte no. ¿Ese es su apellido?

Carl se alzó de hombros.

—Es el único que hemos oído. Pero en Dinamarca no existe nadie que se llame Frank Skotte.

El hombre sonrió.

—Entonces no será su verdadero apellido.

Carl hizo un gesto de resignación. Era lo lógico.

—¿Cómo era él? ¿Lo recuerda?

—Desde luego, porque era diferente a la mayoría. Creo poder decir que vivió el curso como un despertar, por lo que recuerdo. Y sería por eso, pero fue el alumno más preguntón que he tenido en mi vida. De esos nunca te olvidas, porque a los profesores nos gusta tener a alguien con quien discutir.

—¿Era este? —preguntó Assad, y le pasó la foto del hombre con la furgoneta.

El profesor achicó los ojos ya desde antes de buscar las gafas y ponérselas.

—Bueno, han pasado dieciocho años, pero bien podría ser él.

Le dieron tiempo, mientras el hombre asentía para sí.

—Sí, es él. Ahora lo recuerdo mejor, debe de haber alguna razón para ello. Lo que digo, bien podría ser él.

—Lo buscamos en relación con un accidente en Bornholm, y agradeceremos toda información que nos ponga sobre su pista. ¿Qué recuerda de Frank? —preguntó Carl.

La piel fina de los párpados de Johannes Tausen se contrajo un poco. La inquietud

se debía a que no quería decir nada que pudiera dañar a alguien sin necesidad. Carl lo había visto mil veces antes.

—Díganos lo que se le ocurra. Ya nos ocuparemos de filtrar la información como es debido, se lo prometo —explicó, aunque sabía que era imposible. Lo que se decía quedaba dicho.

—Vaya. —Tragó saliva un par de veces, incómodo—. De hecho recuerdo que en un momento dado me contó que mis conferencias habían transformado su vida. Que después de oírlas vio con claridad el camino que se abría ante él.

—¿Es decir...?

—Creo que voy a tener que resumir en pocas palabras el contenido de la serie de conferencias —propuso—. Después deduzcan lo que les parezca. Parte de ello son interpretaciones audaces. No son cosas en las que yo haya destacado después, pero sí que era divertido.

Al decirlo, el brillo de su mirada se acentuó. Quizá porque, por una vez, lo dejaban ser de nuevo profesor, quizá porque lo que iba a contar tenía para él un significado especial.

—Conocen los signos del Zodíaco, ¿verdad? Leo, Escorpio, Virgo, etcétera. Doce signos que no solo están vinculados a un período del año, sino también a los movimientos de la Tierra. A esos signos se les atribuye un significado especial en los horóscopos, que son una especie de galimatías, en mi opinión, aunque se basan en cierta forma de realidades físicas, al menos en el hemisferio norte. Acuario, por ejemplo, representa un período vivificante, con las lluvias de primavera.

—Yo soy Leo —terció Assad. Y luego añadió—: Es extraño, pero es lo que significa mi nombre.

El profesor sonrió.

—Todos esos signos astrológicos conforman un círculo que rodea la Tierra, llamado Zodíaco. Durante el año, la Tierra describe una amplia órbita sobre el sol, pero también gira todos los días sobre su propio eje, creando un pequeño ciclo entre los cuatro puntos que componen el amanecer, el cenit, que es la máxima posición en el firmamento, el atardecer y el nadir, el punto más bajo. ¿Me siguen?

Carl asintió en silencio, era bastante elemental.

—Yo lo llamo mañana, mediodía, tarde y medianoche —replicó con voz seca.

El profesor sonrió.

—Y tienen su correspondiente astronómico en los solsticios de verano e invierno y en los equinoccios de primavera y otoño. Si se dibujan los dos ejes entre el cenit y el nadir y entre la salida y la puesta de sol, o, en su versión astronómica, entre los dos solsticios y los dos equinoccios, se forma una cruz sobre las órbitas del sol, llamada cruz solar en todo el mundo.

Hundió la cabeza y arqueó las cejas. Ahora debía de venir lo importante.

—Algunos llaman a esa cruz «el sol crucificado». Ha aparecido grabada en rocas desde épocas primitivas, y así se han fundado una serie de religiones y tesis cuyo

punto de partida son el sol y las constelaciones.

Sacó con cierta dificultad una pastilla de regaliz de su caja, la masticó un poco, y la saliva volvió a fluir.

—En resumidas cuentas, que muchas religiones pueden definirse partiendo de las historias que las constelaciones de los astros pueden sugerir, y ese era el núcleo de mis conferencias. El sol, que es redondo, como el Zodíaco, ha sido desde tiempos remotos, cosa comprensible por sus propiedades vivificadoras, el representante del Creador y de Dios, luz del mundo y salvación de la humanidad. Numerosas religiones del mundo dejan después que esos signos del Zodíaco y el sol se transformen en una serie de relatos sobre los dioses solares y otras figuras mitológicas. En mis conferencias se documentaba que la mayoría de esos relatos son idénticos a lo largo de todas las épocas y en todas las religiones.

—Los egipcios tenían a Horus, dios del sol —añadió Assad.

El anciano señaló a Assad con el índice de su maltrecha mano izquierda.

—En efecto, compañero. Ha dado en el clavo. Tres mil años antes de Cristo, se adoraba a los dioses Horus, que representaba la luz, y Set, que representaba la oscuridad. La leyenda sobre los dos dioses dice que cada mañana vence Horus, el dios bueno, que es la luz, la batalla eterna contra Set, que, simplificando, es el dios malo, la oscuridad. Trasladado a otras religiones, se habla de Dios y el Diablo y de multitud de otras cosas. Pero los jeroglíficos que nos hablan de eso describen ya mil quinientos años antes de Cristo, y con todo lujo de detalles, otra serie de relatos que sin duda los sorprenderán. De hecho, casi todas las figuras del Antiguo Testamento aparecían, ya entonces, hasta en sus mínimos detalles. Moisés, el de la cesta de mimbre, que se llamaba Mises en Egipto, y al que se conoce como Manou en India y Minos en Creta, por ejemplo. Los jeroglíficos reproducían asimismo la historia de Noé y el diluvio universal, que puede leerse también en la más antigua obra maestra de la literatura, la epopeya heroica de Gilgamesh, dos mil seiscientos años antes de Cristo. La gente que pertenece a la religión judaica dirá que tienen la patente de tales relatos, pero es curioso, si puede decirse tal cosa, que una larga serie de las historias del Nuevo Testamento aparezca también reproducida en esos jeroglíficos.

—¿Te refiere a la historia del profeta Cristo? —tanteó Assad—. ¿Los tres reyes y la estrella anunciadora y todo eso?

Carl se quedó estupefacto. Ciertamente había crecido en Vendsyssel, donde enseguida te enseñaban las historias de la Biblia, pero que Assad, un musulmán, estuviera tan puesto en historia cristiana era algo sorprendente.

El profesor dirigió una vez más su índice hacia Assad. Seguro que era una costumbre adquirida en su larga vida de docente.

—Correcto. Y el mencionado Horus nació un 25 de diciembre de una virgen. El nacimiento lo anunció una estrella de Oriente. Lo adoraron tres reyes. A los doce años era maestro, lo bautizaron con treinta, después tuvo doce seguidores, o discípulos, podríamos decir, con quienes viajó y obró milagros. Fue traicionado por

Tifón, crucificado y sepultado, y resucitó a los tres días.

Se volvió hacia Carl.

—¿Les suena?

—¿Qué diablos...? —le salió a Carl de forma mecánica.

—No creo que sea la palabra correcta en este contexto; yo diría que es al contrario —observó el hombre con una sonrisa.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con Frank? —quiso saber Carl.

—Espere, que aún hay más. Cuando repasas los personajes más destacados de las diversas religiones de tiempos históricos, ves que hay una serie de características generales comunes a todas ellas. Les acabo de mencionar las coincidencias entre las vidas de Horus y de Jesucristo, y los mismos elementos de esa historia se repiten en otra serie de religiones: el momento del nacimiento, los reyes, la estrella anunciadora, los discípulos, los milagros, la traición, la crucifixión, la muerte y la resurrección, por mencionar los más importantes. Encontramos relatos del mismo tenor en el caso del dios griego Atis y del dios persa Mithra, mil doscientos años antes de Cristo; de Krishna, en la India, novecientos años antes; de Dioniso, en Grecia, quinientos años antes, y en un montón de otros países, como Indostán, Bermudas, Tíbet, Nepal, Tailandia, Japón, México, China e Italia, por citar algunos. Es siempre la misma historia con pequeñas modificaciones.

—¿Modificaciones? —El rostro de Assad parecía un signo de interrogación.

—Cambios, ajustes, ya sabe.

Assad asintió. Lucía una expresión insondable que Carl no sabía cómo interpretar.

—Yo tenía la impresión de que ese Frank que buscamos era un adorador del sol o algo así —intentó Carl—. Tal vez esté equivocado. Pero ¿cómo encaja en esta imagen?

El profesor esgrimió otra vez su dedo deforme.

—Paciencia, señor Mørck, ahora viene.

Se metió otra pastilla de regaliz en la boca.

—Ya me perdonarán, es que me han extirpado una glándula salivar en un lado, cáncer, ya saben, así que tengo que tomar algo que haga que el resto de glándulas produzcan saliva, para que no se me seque demasiado la boca. Y las pastillas de regaliz son muy buenas. Tengan, tomen.

Empujó la caja hacia ellos. Solo Carl tuvo la cortesía de seguir su ejemplo.

—Esto es complejo, y podría estar horas hablando de ello.

Echó a reír, de modo que sería verdad.

—Pero tranquilos, a lo que quiero llegar es a que los nombres comunes de los relatos de diversas religiones proceden de fenómenos astronómicos y, en muchos casos, también astrológicos. Examinemos, por ejemplo, la secuencia del nacimiento: nacido de una virgen el 25 de diciembre, buscado por tres sabios, los Reyes Magos, que siguen la estrella de Oriente.

»Y ahora llega la explicación astronómica. La estrella más brillante del cielo en el

hemisferio norte en diciembre es Sirius, que está alineada con las tres estrellas del Cinturón de Orión, ¿llamadas también...?

—¿Los Tres Reyes Magos? —propuso Assad.

El índice encorvado surgió de nuevo.

—Exacto. Así que los tres reyes están alineados con la estrella más brillante del cielo, y esos tres reyes señalan a la vez hacia abajo, directo hacia la salida del sol el 25 de diciembre. Por eso, los tres reyes «siguen» la estrella de Oriente hacia el solsticio, símbolo de la vida y del salvador de la humanidad. Y sobre todo ello brilla la constelación de Virgo, y a esa constelación se la llama también La Casa del Pan. Y luego podemos examinar el lugar de nacimiento de nuestra fe cristiana, Belén o Betlehem, y traducir la palabra hebrea, que significa...

—¿La Casa del Pan? —esta vez Carl se adelantó a Assad.

—Pues sí, así es. Si pasamos a otro denominador común fundamental en esas religiones, la cruz y la crucifixión, debemos volver a examinar algunas causas astronómicas. El 22, 23 y 24 de diciembre el sol está, como es sabido, en el punto más bajo del año. Eso lo sabemos de manera especial en Escandinavia, porque esos días suelen ser los más oscuros del año, y en épocas pasadas se interpretaba como la propia muerte, porque ¿sabía alguien si el sol volvería a salir? A la vez, el 22 de diciembre la constelación de la Cruz del Sur emitía un brillo enorme hace unos dos mil años, y tres días después del predominio de esa constelación el sol empieza, gracias a Dios, habría que decir, a volver a desplazarse hacia el norte. El sol, símbolo de Dios, ha estado tres días como muerto bajo la cruz, y después ha resucitado. Nuestro Jesucristo comparte ese destino con la mayor parte de los demás dioses solares.

—¿Eso es algo de lo que se habla abiertamente en una facultad de Teología? —preguntó Carl.

La mano buena de Johannes Tausen hizo un gesto explicativo.

—Es un asunto conocido para la mayoría, por supuesto, pero las interpretaciones astronómicas radicales como esta no corresponden a los estudios teológicos.

—Muy extraño —observó Carl, aunque ignoraba para qué podría servirle saber eso. Podría haber sido divertido comentarlo cuando se preparaba para la confirmación, pero seguro que el pastor no se lo habría agradecido.

—Hay muchos fenómenos que muestran una relación entre astros y relatos como los que conocemos por la Biblia y por numerosas religiones. Pero será mejor que lo deje aquí —concluyó Tausen, y cerró los ojos, como para cerciorarse de que había dicho lo más importante. Luego continuó con los ojos cerrados—. Solo puedo decir que, si se considera en general a Jesús como el que da vida, el hijo del sol en la Tierra, eso, en el lenguaje simbólico de épocas pasadas, significa que la cabeza de Jesús rodeada de una corona de rayos y con la cruz detrás se parece a la cruz solar del Zodíaco. Jesús es el hijo de Dios, la luz del mundo, en lucha con las fuerzas de la oscuridad. Y, entrando en detalles, la corona de espinas no es más que una sombra

que aparece cuando el sol asoma por encima de las copas de los árboles.

Se dirigió directo a ellos.

—Si les cuesta captarlo, lo comprendo a la perfección. También me cuesta a mí, y, como teólogo y creyente que soy, no me importa admitir que en muchos sentidos es difícil de digerir. Pero, como digo, esto ha sido un resumen de una serie de conferencias, aunque tal vez haya estado demasiado resumido.

Assad no pestañeó, pero es lo que pasa con el escepticismo. Que tiene muchas facetas.

—Pero eso suena... increíble —dijo Carl con cautela—. Esas teorías podrían sacudir los cimientos de todas las comunidades religiosas.

El antiguo profesor sonrió.

—En absoluto. Porque también puede decirse que ese es el único relato de la humanidad que cuenta. Que se repite una y otra vez, con toda naturalidad, porque la humanidad siempre necesita un salvador y redentor. Y así es como lo veo también yo. Un relato muy bueno y en todos los sentidos bien documentado que funciona siempre.

—Y podemos suponer que también Frank lo veía así, ¿no cree? —preguntó Assad.

—Desde luego. Y ahí está la clave. Si tantas religiones conocidas parten de esos fenómenos astronómicos como el sol y las estrellas y siguen sus pautas, será porque toda la vida de la Tierra y del universo es consecuencia de esas constelaciones, y porque mediante ellas logramos una explicación de la propia existencia del todo, o incluso de Nuestro Señor, si se desea.

Se quedó un rato mirando al vacío, como si con aquella última frase hubiera logrado un renovado despertar religioso.

—De hecho, ahora que hablamos de ello, creo recordar muchas de las cosas que me contó la última vez que conversamos.

Carl contuvo el aliento.

—Dijo algo como esto: «Si se quiere construir de una vez todo lo sobrenatural, todo lo que no se entiende, entonces hay que rendirse a lo único que sabemos con seguridad: que el sol se nos concede como vida, y la naturaleza, como fuente de alimento. Horus es el primer dios solar del mundo, y por eso es Horus también el nombre del instinto primitivo de la persona que nos impulsa a adorar el sol y la naturaleza con respeto y esmero. Todo lo que no hacemos hoy, pero que deberíamos empezar a hacer». Y después creo que añadió: «Y a toda velocidad».

—¿Eso fue lo último que dijo? —preguntó Carl, algo decepcionado.

—Sí, y luego me dio las gracias, claro.

—¿Cree que se convirtió a alguna nueva religión? —propuso Assad.

—Sí, es muy probable.

Assad se giró hacia su jefe.

—Ya lo hemos oído varias veces, Carl.

Carl asintió con la cabeza. La gente de Bornholm había visto señales por todas partes. El hombre que encontró la piedra solar. También la ciega Beate Vismut lo había presentado.

—Assad, ¿recuerdas lo que Beate Vismut le contó a Rose sobre eso?

Assad hojeó en su bloc durante medio minuto, bajo la mirada del profesor y de Carl.

—Aquí está. Dijo que Frank «era un auténtico cristal», y que había visto la auténtica luz y se había reflejado en ella, y que desde entonces no podía vivir sin ella.

—Ya lo ven —dijo el profesor, moviendo la cabeza arriba y abajo—. Deben buscar a un hombre que viva así. Un hombre que adora el sol y la naturaleza, y a Horus como buen símbolo de ellos.

—Antes de su interesante disertación, nos preguntábamos qué querría hacer ese hombre con su vida. ¿Cree que la respuesta es que tal vez fuera a ser un nuevo mesías, y que encontró las herramientas en sus conferencias? ¿Podría pensarse? —quiso saber Carl.

El anciano frunció el ceño.

—No, no lo creo —manifestó—. Claro que nunca puedes estar seguro, ¿verdad?

Domingo 11 de mayo de 2014

Mirja despertó con el cuerpo rebosante de malas sensaciones, como antes de un examen para el que no te has preparado o como la mañana siguiente de una discusión de pareja que ha sido imposible reconducir.

Miró el reloj y supo que más le valía levantarse y terminar con aquello. De todas formas, el despertador iba a sonar al cabo de un minuto escaso. Eran las 3.59, faltaban tres cuartos de hora para la salida del sol.

Oyó, como de costumbre, los pasos de Atu por el pasillo, camino de la playa, donde a pesar de las nubes amenazantes recibía los primeros rayos del día con oraciones.

Al igual que él, Mirja tenía también sus rutinas.

Primero debía despertar a los cursillistas recién llegados, y después llevarlos a las duchas del patio central y atravesar el habitual proceso de purificación con el lavado comunitario y el posterior secado al aire en la terraza, con la mirada dirigida hacia el aura del sol, que se abría paso poco a poco en el horizonte.

Después los nuevos cursillistas volvían a sus cabañas y realizaban un breve ejercicio de canto a media voz hacia la bóveda celeste.

Los habitantes fijos y los ayudantes ocasionales ya se encontraban en sus respectivas secciones, y entonces el trabajo de Mirja consistía en ir de casa en casa para comprobar que toda la gente estaba también preparada. De vez en cuando había alguien a quien se le pegaban las sábanas, y a veces alguien que enfermaba. Y si Mirja no estaba allí para controlar y ayudar, existía peligro de que la hora del despertar se viera perturbada por dormilones que aparecían de pronto en medio de las actividades. Atu ya había insistido en que, en ese caso, los osados debían ocuparse de otras cosas mientras tanto, pero aun así ocurría.

Aquella mañana había tres enfermos. Habían pasado la noche devolviendo, y el aire de las estancias estaba pesado por el hedor a vomitona y el tufo de tripas descompuestas. Mirja fue en busca de una infusión de hierbas para dos de ellos y dejó dormir al tercero, pues era a menudo la mejor cura. Por eso, cuando salió por rutina al pasillo que unía las pequeñas cabañas, y en un momento en el que podía esperarse que se dirigiera a los círculos de postes, oyó una conversación que no estaba destinada a ella.

Los hombres tenían tiempo aún antes de la reunión matutina, por eso caminaban por el pasillo a paso lento y arrastrando los pies. A pesar de la luz mortecina, reconoció los pasos y las voces que pertenecían a dos de los discípulos más antiguos:

uno que se ocupaba de los productos del invernadero y otro que estaba construyendo otro círculo de postes más hacia el norte. Estaba claro que se lo tomaban con calma, porque les esperaba un largo día de trabajo duro.

—¿Deberíamos contárselo a Atu? —preguntó uno de ellos.

—No lo sé —dijo la figura que lo acompañaba.

—No podemos decírselo a Mirja, sería como tomar partido de antemano.

—Ya, pero si va cobrando fuerza la idea de que aquí suceden cosas que no deberían suceder, y de que Mirja tiene que ver con ello, ¿dónde vamos a encontrar nuestro sosiego?

—Yo no creo que Mirja tenga que ver con ello. Es Shirley la que perturba la armonía del centro, no Mirja.

—Sí, es lo más probable. Entonces, ¿no crees que deberíamos acudir a Atu y pedirle que acalle los rumores?

—No, ¿por qué? Shirley no encaja bien aquí. Todo se arreglará cuando ya no esté.

Mirja se detuvo, para que no la vieran al dar la vuelta a la esquina junto a la puerta de salida.

«Todo se arreglará cuando ya no esté», decían. La interpretación de Mirja fue que no había tiempo que perder.

Se desvió hacia su despacho, pasó junto a la puerta de la sección de Atu y abrió la siguiente, que se abría a la sala de control del equipo fotovoltaico.

En un par de minutos había abierto las tapas de la caja de empalmes y del inversor, así como pelado los cables.

Sí que se había fijado, sí.

La mañana fue lluviosa, pero, justo antes de que el sol saliera por el horizonte, las nubes se abrieron, y de repente todo adquirió una belleza extraordinaria.

Como de costumbre, Atu los esperaba a siete metros del suelo, sobre la plataforma del círculo de postes, con el pelo mojado y la mirada vuelta hacia el sol naciente, en el este, absorto en el fulgor que se extendía sobre el mar.

Erguido, con su cabello refulgiendo como el oro y con su ropaje amarillo ondeando tenue en la brisa matinal, era bello como un dios.

Se volvió hacia ellos, y se hizo el silencio.

—Extendamos los brazos para saludar al sol —les pidió.

Treinta y cinco pares de brazos se extendieron hacia el mar, y así permanecieron, inmóviles, esperando a que les pidiera que hicieran doce aspiraciones profundas y después deslizasen las manos por sus cuerpos, para que las energías se reactivasen tras el descanso nocturno.

—Os siento a todos y os veo a todos. Abanshamash, Abanshamash —susurró, y extendió los brazos ante sí, haciendo ondear las mangas de la túnica amarilla—. Os veo. Os veo, y vuestras almas me saludan. Estáis preparados.

»Hoy es el día ciento treinta y uno del año, y la luz ha aumentado en nueve horas y veintidós minutos desde el solsticio. Dentro de tres días será luna llena, y el sol renovará fuerzas con su llegada. Las margaritas florecen por todo Öland, así como las potentillas y orquídeas. En este momento tenemos los invernaderos llenos de judías verdes, cebollas y pepinos. La patata nueva y los espárragos llegarán pronto a nuestras mesas. Demos las gracias.

—Horus, Horus por la estrella buscado, por el sol preparado —profirieron a coro los congregados—. Seamos tus servidores, y seamos testigos de la fuerza que nos imprimes. Sigamos tus caminos y cultivémoslos, para que nuestros descendientes puedan alimentarse en tu regazo. Estemos preparados para cuando entres en letargo, y nunca olvidemos la razón y el sentido de tu presencia.

Luego se callaron, tan de repente como habían comenzado. Como hacían siempre. Atu abrió los brazos hacia ellos.

—Recordemos que «estrella anunciadora» significa que hay algo que se persigue, y a la vez cuidémonos de atribuir a los dioses una supuesta existencia. En su lugar, vivamos con la seguridad eterna de nuestro desconocimiento sobre el universo y con dedicación hacia el prójimo. En lugar de estar siempre exigiendo, aprendamos a contentarnos. Contentarnos con sentir la naturaleza y entregarnos a ella. Contentarnos con entender que el ser humano es una parte insignificante de un todo, y que el individuo solo es algo en virtud de su humildad en el trato con los demás.

Luego bajó la vista para mirarlos directamente.

Cuando su mirada se posó en la de Mirja, lo hizo con gran ternura, ella estrechó su vientre embarazado y supo que debería sentirse feliz, pero en su lugar se sentía impotente e inquieta, algo que nunca había experimentado antes en sus reuniones comunitarias.

Si no hacía algo muy pronto, iba a perder el control.

De uno en uno, pasó revista a los recién llegados. Todas aquellas personas crédulas a quienes desde la primera reunión comunitaria la respiración se les agitaba porque Atu se había dirigido a ellas y porque les parecía algo tan valioso. Su crédito y respeto no debían sufrir daño. Cuando, dentro de seis meses, llevara al hijo de Atu en brazos, debería aparecer, al igual que ahora, impecable, como un icono. La madre del hijo de Atu, del hijo del redentor.

Atu sonreía desde arriba, como un padre a sus hijos.

—A los nuevos voy a deciros que habéis llegado en el momento en el que todos vamos a realizar una serie de ejercicios de fusión con la naturaleza. Y cuando hayamos terminado con eso, voy a pedir os que subáis aquí arriba, acompañados de vuestros tutores. Es probable que os hayáis dado cuenta de que los caminos espirituales que muchos de vosotros habéis decidido transitar en la vida no significan nada aquí. Que no habéis venido para cultivar vuestra autoestima ni para centraros en cosas a las que otros movimientos espirituales dan importancia. Tampoco estáis aquí para colocar en el centro vuestra alma y vuestra conciencia, ni para entregaros a

dogmas o credos. Estáis aquí solo para aprender a estar. Para nosotros Horus es el todo, pero únicamente porque en muchos sentidos representa las interpretaciones de diversa gente sabia a lo largo de milenios y preguntas sobre de dónde venimos y, sobre todo, por qué. Tal vez penséis que aquí hay tanta mística y superchería como en otros círculos, pero entonces recordad que las cosas que hacemos a diario no son más que rituales. Nuestra misión en el centro es otorgaros e infundiros la necesaria y deseada paz mental por medios simples y duraderos, nada más. Al emplear el nombre Horus tan solo expresamos nuestro agradecimiento por la vida y los dones de la naturaleza, y eso nos basta. Si puede hacerse de forma plena, se llegan a poseer todas las propiedades humanas que nos son más útiles: humanidad, amor al prójimo, logro de la serenidad mental para valorar el camino del mañana y de la fuerza para analizar el ayer, pero sin arrepentimiento ni desaliento.

Luego los invitó a sentarse en el suelo.

—Toda ciencia se basa en la comparación entre lo conocido y lo desconocido, de modo que... —comenzó.

Mirja llevó a Valentina a un lado cuando terminó aquella parte de la sesión, y los recién llegados subieron las escaleras a la plataforma del círculo de postes con expectación en sus rostros, mientras los habitantes fijos se dirigían a sus quehaceres diarios.

—¿Sí...? —dijo Valentina, al parecer poco dispuesta a dejarse arrastrar por ella.

—Tengo buenas noticias, Valentina. Hemos hablado con Malena.

La mujer abrió un poco la boca y se llevó la mano al pecho.

—¿Con Malena? —exclamó, sin ocultar su escepticismo.

—Sí, ha llamado esta mañana, antes de la reunión. Creo que no había pensado qué hora era aquí, en Öland, pero tampoco es importante. Me ha dicho que vive en Canadá, en una ciudad llamada Dutton. Una aldea de Quebec con una calle mayor y una vieja tienda de ultramarinos donde puede comprar todas las especialidades francesas que tanto le gustan. Me ha contado que sigue viajando de un sitio a otro, y que vive de escribir textos para la gente. Llamaba para decir que está bien. Y parecía muy contenta.

—¡¿Sí?! —exclamó Valentina, inquisitiva. Era evidente que había esperado más. Quizá un saludo personal.

—Sí, ya veo en qué estás pensando. —Mirja sonrió—. También me ha dado un saludo especial para ti, Valentina. Me ha pedido que te dijera que deseaba darte las gracias por tu amistad y por todo lo que le has enseñado. Me ha dicho que ahora es feliz, y que quería que lo supieras.

—¿Amistad? ¿Ha empleado esa palabra?

—Sí, y lo ha dicho con tono muy afectuoso.

Valentina sonrió por fin.

—Entonces, ¿va a volver?

—No se lo he preguntado. Puede que sí, si le hace falta; pero seguro que tenemos más noticias de ella en el caso de que sienta necesidad.

Valentina se quedó un momento con la mirada fija frente a sí, mientras trataba de reemplazar su emoción por el alivio.

—Aunque no lo pienso de verdad, aunque nunca vuelva a verla, supongo que es lo mejor, si se las apaña, ¿no?

Mirja la tomó del brazo. Había recuperado la confianza y atención de Valentina. Los cinco minutos que empleó la víspera para buscar una ciudad en el quinto pino donde se hablara francés habían sido provechosos.

—También tengo otra buena noticia para ti —declaró.

Valentina se acarició el cuello. Vaya, otra buena noticia.

—Te vamos a encomendar una misión. Vas a viajar.

—Shirley, ¿puedes venir un momento? Me gustaría hablar un rato contigo. Parece que hemos llegado al punto en el que debemos hablar del futuro, ¿verdad?

Shirley se alisó la túnica en el vientre y los lados. Un movimiento que correspondía a su vida pasada. En la que, pese al sobrepeso, una trataba de presentarse de la mejor forma posible.

—Suenan... interesante —comentó.

Interesante, ya lo creo, pensó Mirja, mirando alrededor. El pasillo que llevaba al despacho estaba desierto, al igual que el antedespacho; y lo mejor era que el sol entraba a raudales por las ventanas.

La dejaré entrar la primera. ¿Cuánto tiempo hará falta?, pensó. Si la primera descarga la deja paralizada y se cae, no podré volver a levantarla, claro. Pero entonces podría ir a buscar un alargador al garaje. Sería suficiente, ¿no?, pensó, y le entró la duda. Tal vez se fundieran los plomos, tal vez se produjera un cortocircuito.

Vaciló, y aflojó el paso. De pronto, todo aquello le parecía una locura. Pero no le quedaba otro remedio. Shirley debía desaparecer.

—Entra al despacho, Shirley, que voy a contarte lo que hemos pensado. Sí, entra tú primero.

Señaló una silla al otro lado del escritorio, junto a la puerta abierta que comunicaba con la sala de control y el equipo fotovoltaico.

—Vaya, alguien ha vuelto a olvidar cerrar la puerta, por eso se oye ese ronroneo. ¿Te importa cerrarla, Shirley?

—¿Qué hay dentro? —preguntó Shirley arrugando el ceño. ¿Sospechaba algo o era interés?

—Ah, esa es la sala de control de nuestro equipo de energía solar.

—¿En serio? —dijo, mostrando un inesperado interés, y soltó la silla en la que se disponía a sentarse.

Mirja esperó un momento, y luego la siguió.

—Si quieres, te enseñó cómo funciona —propuso, y se enfundó un guante de goma en una mano mientras Shirley entraba en la sala de control.

Mirja miró el vatímetro. Aunque el día era todavía joven, la producción de corriente estaba aumentando. Vio por el tragaluz que en el cielo empezaban a aparecer retazos azules.

—Reconozco que está manga por hombro. El electricista ha desenchufado las tapas del distribuidor, así que anda con cuidado —la previno, mientras se preparaba para empujar la mano de Shirley hasta la maraña de cables.

—Bueno, tampoco es para tanto —replicó Shirley, impasible—. La potencia no es muy elevada, y no es nada fácil morir por una descarga de corriente continua. Y para eso tienes que estar inconsciente y tener un cable con los polos positivo y negativo conectados a cada lado del cuerpo. Es casi como si te cocieras por dentro. Como si estuvieras en un microondas.

Lo dijo en el momento en el que Mirja adelantaba el brazo para empujar la mano de Shirley hacia la trampa.

Entonces dejó caer la mano. ¿Decía que había que estar inconsciente? ¿Un cable a cada lado del cuerpo?

Shirley la miró con autoridad.

—¿Sabías que la primera silla eléctrica iba a ser de corriente continua, y que Thomas Edison avisó a las autoridades de que la corriente continua no era letal, a no ser que se convirtiera en una larga tortura? Fue él quien propuso que aplicasen en su lugar corriente alterna, qué increíble, ¿no? ¡El mismísimo Edison! No, esta potencia de corriente continua te puede hacer cosquillas, a lo sumo. Tal vez cambie al avanzar el día, cuando el sol caliente a tope, pero ahora, no. Por cierto, ¿quieres que cierre esas tapas? Tampoco es que no haya ningún peligro en caso de accidente.

Mirja estaba asombrada.

—Eh... Sí, gracias. ¿Dónde diablos has aprendido todo eso, Shirley?

—Mi padre era instalador. ¿Con qué crees que entretenía a la familia a la hora de cenar las pocas veces que prefería la compañía familiar a los colegas del pub?

Mirja ladeó la cabeza. ¿Lo había mencionado al rellenar los papeles de admisión?

—No, deja las tapas, ya se ocupará el electricista cuando vuelva. Cerraré la puerta con llave, para que no haya ningún disgusto.

De modo que al plan A de Mirja lo relevó su plan B cuando se sentaron en el despacho.

—Escucha, Shirley —dijo tras cierta pausa—. Lo siento, hemos decidido no aceptarte como miembro fija de la academia. De veras que lo siento, porque sé la desilusión que debe de provocarte.

Esperaba alguna reacción en forma de protesta, pero no pasó nada.

Al contrario; Shirley tenía la mirada fija y el rostro tenso, y retorció sus regordetas manos en el regazo. A juzgar por su tembloroso labio inferior, la noticia la

pillaba por sorpresa.

—Sí, es una faena. Pero la verdad es que no quedan plazas libres; de otro modo, quizá habría habido alguna oportunidad. Lo sentimos, Shirley, tendrá que ser otra vez.

—No lo comprendo. El cuarto de Jeanette sigue estando libre —informó con un hilo de esperanza en la voz.

—Eso es verdad; pero Jeanette va a volver, Shirley.

Calló un momento. Sus manos se habían calmado. Su mirada ya no estaba perdida.

—Eso es mentira, Mirja —dijo entre dientes, cortante de pronto.

Mirja iba a explicarle cuál era la situación de Jeanette, pero la frase se le trabó en la garganta. También deseaba haber añadido que podría haber una mínima posibilidad de que la aceptaran más tarde, siempre que tuviera un poco de paciencia; pero su interlocutora la estaba retando.

—No sé por qué hablas entre dientes y dices que miento, Shirley, de hecho me siento herida —se lamentó—. Debo recordarte que soy la directora administrativa del centro, de manera que la decisión sobre tu futuro aquí es mía, hagas lo que hagas y digas lo que digas. De modo que es mejor...

—Es posible, pero mientes, ¡y no voy a irme a ninguna parte!

La última frase la gritó.

—Vaya. Haré como que no he oído —repuso Mirja con voz fría—. Pero en su lugar tenemos una oferta para ti...

—La gente duda de ti, Mirja. Empieza a atar cabos. Pareces muy servicial, pero solo juegas con nosotros. Me siento como cuando los hombres te invitan a cenar con la esperanza de que eso les dé vía libre para tocarte las tetas. Sientes que es un atropello. Te sientes también de lo más manipulada, y hablo por mí, por supuesto, pero es algo que detesto.

—Por lo general sueles hablar por ti, Shirley. Puede que sea una de las razones por las que va a ser difícil encontrarte un lugar apropiado.

Al oír aquello, Shirley se levantó de un salto y señaló acusadora a Mirja, mientras su exuberante cuerpo se estremecía.

—Si crees que vas a pararme los pies enviándome lejos, estás equivocada.

Mirja achicó los ojos.

—No te entiendo. ¿Cómo, pararte los pies?

—Ya estás otra vez. No haces más que manipular. Pararme los pies antes de que cuente a todo el mundo que sabes lo que pasó con Wanda Phinn, por supuesto.

Apretó los labios y trató de controlarse, pero la rabia y las ideas que le rondaban la cabeza le provocaron el llanto.

Mirja respiró aliviada. Unas pocas lágrimas, y ya sabía que tenía la situación bajo control.

—Pero, Shirley, ¿otra vez esa historia del cinturón? Ven a este lado de la mesa,

voy a enseñarte algo. Así verás que te equivocas conmigo.

Como no hacía ademán de obedecer, Mirja giró la pantalla hacia ella.

—Mira qué he encontrado en la red. Me ha parecido que debía investigarlo, después de nuestra última conversación sobre el cinturón.

Pinchó el primer enlace, y apareció una página web llamada Fashion Belts.

—Mira cuántos cinturones hay parecidos al que dices que Jeanette bajó del desván.

Señaló un par de ellos.

—Mira, rayas oblicuas rojas y grises.

Pinchó otro enlace.

—Y esta casa tiene también algunos que podrían confundirse con el que le regalaste a Wanda Phinn. Hace medio año los cinturones eran así, Shirley. Era un cinturón de lo más corriente.

Shirley soltó un bufido. Sus ojos relucieron. En aquel momento caminaban por el filo de la navaja, y ambas podían caer, de modo que Mirja debía andar con sumo cuidado y mantener el equilibrio. Convencer a Shirley de que las dos luchaban por la misma causa.

—Ya sé en qué estás pensando, Shirley. Los cinturones de internet están nuevos, y los rasguños de la hebilla y la marca de uso del cinturón no se explican aquí. Pero mira lo que he encontrado también.

Pinchó un par de enlaces en los que había mujeres que vendían su ropa. Dos enlaces en los que aparecían a la venta un par de cinturones usados parecidos al cinturón del que hablaba Shirley.

Había pasado toda la noche buscándolos.

—Mira, Shirley. Uno de los cinturones tiene un rasguño, y ambos tienen una marca junto al ojete que es idéntica a la que me enseñaste. ¿Ves el parecido? En el cuarto ojete aparece la marca de uso, igual que en el cinturón que creías que pertenecía a Wanda. Son marcas de desgaste normales en un cinturón, ¿no lo ves?

El llanto de Shirley arreció mientras su mirada se hundía en la pantalla, triste y aliviada a la vez.

Mirja la dejó llorar mientras sopesaba la situación.

La mujer estaba decepcionada y confusa, pero el problema era que pasados un par de días ya no iba a estar confusa, solo decepcionada. Tal vez estuviera ya en Londres e imaginara que de alguna manera podía buscar a Wanda. Que tenía una misión. Y, pasados un mes o dos, después de hablar con todo el mundo, incluidos los padres de Wanda, y descubrir que, en efecto, la chica había desaparecido, regresarían las ideas sombrías.

Y entonces, ¿qué? ¿No volverían las sospechas con más fuerza aún? Mirja estaba segura de que sí.

Por supuesto que Shirley necesitaría pruebas irrefutables para poder argumentar en su acusación contra Mirja y el centro, pero ¿y si lo hacía en un mal momento? ¿Si

la mujer los atacaba justo cuando la Policía danesa estrechaba su cerco en torno a ellos? La probabilidad era escasa, pero el hijo del vientre de Mirja crecía y le daba patadas, y ella le había hecho una solemne promesa.

Nada debía perjudicarlos, nunca.

Miró largo y tendido a Shirley, y puso su mano sobre la de ella.

—Me pasa como a ti, Shirley, tampoco a mí me gusta que la gente me dé la espalda. Cuando de pronto muestra aspectos que no podías prever. Cuando te excluyen de su vida de forma tan fría y cínica, como si nunca hubieras sido parte de ella. Sí, te comprendo bien, Shirley —explicó cuando por fin sus miradas se encontraron—. Pero escucha: ¿no deberíamos olvidar lo que nos ha ocurrido? Sé que estás muy decepcionada por nuestra decisión de que no puedes quedarte, y porque no estamos en condiciones de aceptarte en nuestros círculos íntimos. Pero de todas formas tenemos una propuesta para ti.

»Verás, hemos encomendado una misión a Valentina. Va a viajar a la oficina de Barcelona para reclutar cursillistas locales. ¿Tú no podrías hacer lo mismo en el local de Londres? ¿Crees que podría interesarte? Sería magnífico, porque creo que se te daría muy bien.

Mirja sonrió con cautela. Si aquella mujer simple iba a caer en la trampa, tenía que ser ahora.

—Sé que vas a ir al paro cuando vuelvas. Pero el trabajo del que te hablo será remunerado. Bueno, a comisión, pero solemos tener muchos demandantes en Londres, de forma que te resultará rentable. Y hay también un pisito, que va con el empleo, no lo olvides. ¿Qué me dices? ¿No podría ser interesante?

Shirley se quedó muda.

—Pero antes debes seguir un proceso de purificación como hizo Valentina hace un año. Como siempre, exige que pases un mes sola, para poder aislarte de todo lo mundano y emplear tu energía para que la fusión con la naturaleza se afiance y puedas neutralizarte, como decimos aquí. Pero si quieres hacerlo y si quieres aceptar el trabajo, no veo obstáculo para empezar de inmediato.

Mirja escudriñó a fondo el rostro de Shirley. Muchas veces, el orden en el que reaccionaban las partes de un rostro desvelaba si una respuesta era sincera o no. Las patas de gallo junto a los ojos, por ejemplo, podían surgir a menudo como consecuencia del cálculo frío, al igual que una sonrisa torcida, de modo que no te podías fiar al cien por cien, y tampoco de respuestas demasiado cortas como «de acuerdo», «sí» o «vale». Pero si se desvelaba algún tipo de emoción antes de que llegasen las sonrisas o las respuestas breves, estabas en terreno bastante seguro.

En aquel momento, los rasgos faciales de Shirley se habían borrado. Era imposible saber qué pasaba en su interior. ¿La próxima frase iba a ser un estallido de rabia o una declaración de rendición?

Mirja dejó que el tiempo y la gravedad de la situación la guiasen. Sus miradas estaban casi en simbiosis. Por un momento, pensó que Shirley iba a levantarse y

marcharse dando un portazo, pero en su lugar sus comisuras descendieron, como si fuera a regresar el llanto.

Entonces Mirja supo que había ganado la batalla.

—¿Atu está de acuerdo con ese arreglo? —preguntó Shirley con cautela.

Mirja asintió.

—Claro, por supuesto. Llevamos tiempo hablando de ello. De hecho, creo que puedes reclutar a mucha gente con tu manera de ser amable y tu rostro sincero.

Entonces Shirley sonrió. No demasiado, ni demasiado poco, pero en el momento oportuno.

—Bien, pues entonces lo acepto —anunció, mientras su mirada se desviaba de la de Mirja. A primera vista no podía saberse lo que debería reflejar; tal vez fuera una expresión de vergüenza por su salida de tono y acusaciones contra Mirja, pero había también otra posibilidad, por supuesto: que tratase de grabar en su memoria el aspecto de un lugar que no iba a volver a ver durante cierto tiempo.

Mirja sonrió.

Si era lo último lo que Shirley pensaba, no sabía bien cuánta razón tenía.

Desde luego, aquella estancia no iba a volver a verla nunca.

Ni aquella estancia, ni ninguna otra, por cierto.

Lunes 12 de mayo de 2014

Carl miró el televisor, donde el personal habitual, compuesto de presentadores sonrientes y cocineros saltarines y gritones, trataba de que Dinamarca aprendiera a preparar ensalada de repollo con semillas de sésamo dispuesta en torno a un pequeño solomillo fino marinado en balsámico con *pepperoni*, o como carajo lo llamasen. Carl miró desanimado sus pálidos huevos revueltos y la flácida papilla de avena de Hardy. ¿Qué diablos se pensaban en TV2, violando a pobres solterones y demás seres miserables a las siete de la mañana con esa clase de utopías?

El caso es que Hardy observaba cabreado la cuchara que Morten se ocupaba de introducir en su boca.

—La papilla pone en marcha tu intestino, Hardy. Así que haz el favor de abrir la boca y poner otra cara.

Hardy se tragó el mejunje y aspiró hondo.

—Si hubieras comido tanta papilla como yo los últimos siete años, ya veríamos quién se quejaba, señor Holland. Y voy a citar a Assad: sabe, entonces, como un buen lametazo de camello.

—¿Lametazo de camello?

—Cuando das un beso de tornillo a un camello complaciente.

Trató de reír ante la reacción de Morten, pero le faltó aire.

Carl dejó el periódico a un lado y miró la pantalla iluminada de su móvil. Era una de las extensiones de Jefatura.

Luego miró de reojo a Hardy un par de veces mientras recibía el recado. No había duda de que su antiguo compañero había captado el propósito de la llamada.

—Era sobre nuestro caso, ¿verdad? —preguntó cuando Carl apartó el móvil.

Carl asintió con la cabeza.

—Sí; hay noticias en el caso de la pistola clavadora.

Morten puso la mano en el hombro de Hardy. Lo de aquel caso era doloroso para él, todos lo sabían.

—Parece ser que han encontrado el arma que mató a Anker y casi a nosotros —informó Carl—. Por lo visto, han hecho un registro en algún lugar porque un policía danés murió por disparos de aquella arma, de manera que Lars Bjørn ha convocado una rueda de prensa.

Hardy no dijo nada.

—Dentro de hora y media —continuó Carl.

Hardy seguía callado.

—Joder, Hardy.

Carl vio el dolor en su mirada. Aunque dolía pensar en la maldita arma, también hacía bien recuperar un poco la esperanza de que todo aquello pudiera terminar y el autor de los hechos fuera juzgado.

Carl rodeó la silla de ruedas de Hardy y lo abrazó.

—Están dispuestos a enviar un coche para que puedas venir. ¿Te animas?

Hardy sacudió con lentitud la cabeza.

—No hasta que no termine todo —explicó—. No soy ningún objeto de exposición.

Lars Bjørn señaló a Carl el jefe de prensa Janus Staal, quien agradeció la asistencia y presentó el orden del día. Luego Staal se sentó y se inclinó hacia Carl.

—¿No has convencido a Hardy?

Carl sacudió la cabeza.

—Lo comprendo. Fue idea de Bjørn. Un hombre como Hardy siempre da buenas imágenes.

—¿De qué coño va esto? —susurró Carl mientras miraba alrededor. Se encontraban presentes la flor y nata de los reporteros de sucesos, y los de TV2 estaban rodando ya. El experto en crímenes de la radio y televisión danesa tenía un micrófono delante, y había representantes de varias publicaciones amarillas, con *Gossip* al frente, como siempre.

—Ya no es mi caso, Janus, ¿por qué tengo que venir? ¿Qué ha pasado?

Staal levantó la muñeca y miró el reloj.

—Empezamos dentro de veinte segundos, Carl, entonces lo sabrás todo. Me alegro de que hayas venido.

¿Seguro? Carl dejó el maletín para documentos en el suelo, junto a la silla.

—Agradezco una presencia tan numerosa —comenzó Lars Bjørn. Después presentó a los reunidos a Carl Mørck, luego a su jefe de prensa y después al subcomisario Terje Ploug, que había llevado la investigación del caso después de que Carl y su grupo fueran tiroteados.

A continuación se volvió hacia un hombre que Carl reconoció, pero no recordaba su nombre ni la ocasión en la que lo había visto.

—Y aquí tenemos a Hans Rinus, que ha dirigido la investigación de un caso parecido en un suburbio de Rotterdam, en Holanda. Enviamos a Carl Mørck como observador en relación con el caso holandés, y va a contaros lo que sucedió allí. Cuando quieras, Carl.

Sí, ahora lo recordaba. El policía que irrumpió en una escena de crimen con la misma falta de consideración que un político danés en un «buen» día, calzado con algo que parecían botas de seguridad. ¿Qué carajo estaba pasando allí, y por qué habían enviado a aquel payaso?

—Vale —dijo, e hizo un breve repaso de su visita a Holanda y de los dos hombres que habían muerto por los clavos Paslode de noventa milímetros de una pistola clavadora y la boca rebosante de cocaína de ínfima calidad.

—No pudimos establecer una relación entre los crímenes de Dinamarca y el de Holanda, de manera que dejamos el caso de Schiedam a nuestros compañeros holandeses, que iban a continuar con él, tratándolo como un caso local.

—Lo que fue un error —añadió Terje Ploug con una alusión apenas disimulada a que no fue un error suyo—. Pero sobre eso puede contarnos mucho más Hans Rinus, y por eso lo hemos invitado. El asesinato de Anker Høyer, la invalidez de Hardy Henningsen, que por desgracia no ha podido acudir hoy porque sigue muy marcado por el episodio, y las heridas de Carl Mørck el 26 de enero de 2007, hace más de siete años, fueron causados por la misma arma que ahora hemos encontrado.

Entre los reporteros de las filas de asistentes se oyó un murmullo cuando sacó una pesada pistola semiautomática y la alzó en el aire. Carl dirigió la mirada hacia ella mientras aumentaba la presión de su cabeza y varios asistentes se levantaban.

—¿Qué sientes al ver esta arma, Carl Mørck? —gritó uno de ellos, tras lo cual Lars Bjørn pidió a la gente que se calmara y se sentara.

¿Que qué sentía? En aquel preciso instante la boca de la pistola apuntaba hacia él. Era la misma boca de donde salieron cinco proyectiles de 9 mm que jodieron la vida a varias personas, él incluido. ¿Que qué sentía?

Levantó la mano izquierda hacia la boca del arma y la alejó de sí con el dedo índice. En un segundo se oyeron al menos veinticinco clics de las cámaras digitales.

Terje Ploug depositó con pesadez la pistola sobre la mesa.

—Se trata de una pistola de la marca PAMAS G1, una variante de la más conocida Beretta 92, que se fabricaba para la Gendarmería Nacional francesa. Automática, peso medio. Con el número de serie borrado; y, como a lo largo del tiempo han desaparecido varias de estas armas de los arsenales militares, no podemos decir de ninguna manera cuál ha sido el historial de esta arma. Pero lo que sí sabemos con seguridad, y que nuestros expertos en balística han corroborado, es que es la misma arma empleada para tirotear a nuestros tres compañeros en 2007.

Janus Staal apretó una tecla de su ordenador, y en la pantalla de lona que había sobre sus cabezas apareció una imagen de PowerPoint con la foto de una pistola y un texto explicando sus características.

Si los brazos y manos de Carl pudieran decidir, estarían temblando. Sentía la frente helada, mientras el resto de su cuerpo más bien ardía. Desde luego, se lo podían haber ahorrado.

Lars Bjørn tomó la palabra.

—Hemos convocado a la prensa, por supuesto, para contar y recordar a la opinión pública que el asesinato de agentes de Policía de servicio va a tener una alta prioridad en nuestras investigaciones, y que no cejaremos hasta llevar al culpable ante un tribunal. Y, además de para eso, también para informar de que disponemos de

información en el sentido de que la pistola clavadora de Schiedam, de la que tanto se ha hablado a lo largo de los años, y las empleadas en Amager y Sorø están probablemente relacionadas. Paso la palabra a Hans Rinus.

El hombre se aclaró la garganta un par de veces. Carl lo recordaba ahora con total nitidez. Su inglés era peor que el danés de Assad cuando se conocieron.

—Gracias —dijo en una especie de danés, tras lo cual empezó a maltratar lo que debería haber sido inglés.

—Soy policía en Zuid-Holland, y los asesinatos de Schiedam son míos. Por mucho tiempo no era seguro quién tenía el asesinato, y sigue sin serlo, pero ahora sabemos que... mmm, ¿cómo se dice?... que el hombre muerto era también alguien que la Policía de Dinamarca quería tener.

Aquel galimatías no había quien lo entendiera.

Lars Bjørn sonrió amable y puso la mano en la manga de Hans Rinus.

—Muchas gracias por vuestro magnífico trabajo —dijo en inglés, y luego siguió en danés. Menos mal.

—Hace tres días, Daniel Jippes, un escolar de doce años que pedaleaba en su bici por la zona de Vriesland, un barrio de la ciudad de Spijkenisse, encontró un cadáver en el tubo de drenaje del canal, que pasa por debajo del carril bici.

Hizo una seña al jefe de prensa, que volvió a apretar la tecla. Esta vez apareció una imagen de Google Maps de la localidad. Árboles del parque, el canal que fluía por el tubo de drenaje donde encontraron el cadáver, el carril bici que discurría por encima de un dique atravesado por el tubo. Todo estaba muy verde. PARQUE BRABAND, ponía debajo.

—El cadáver correspondía a un hombre, y cuando lo encontraron llevaba una cuerda recia atada al pie derecho. Una cuerda que pasaba por encima del carril bici y bajaba por el otro lado y volvía a entrar bajo el carril bici en el tubo, y allí, en el agua, el otro extremo de la cuerda estaba atado a la muñeca izquierda del hombre.

Janus Staal mostró una foto en la que se veía una imagen borrosa de la cuerda en el carril bici y lo que debía de ser el cadáver en el tubo de drenaje. La prensa danesa no iba a conseguir una foto más nítida del cadáver.

El hombre presentaba señales de contusiones de rechazo, y los peritos han deducido que lo ataron mientras yacía en el carril bici, después tiraron de la cuerda por el tubo y a continuación tiraron del difunto hasta el agua y el interior del tubo, donde se ahogó.

Carl arrugó el entrecejo. ¿Por qué no cometer un asesinato limpio si al fin y al cabo iban a matarlo?

—No hay que descartar que tirasen de él atrás y adelante un par de veces antes de decidir dejarlo morir.

—Probablemente querrían sacarle alguna información —intervino Terje Ploug. Lars Bjørn le dirigió una mirada penetrante.

—Sí, como dice Terje Ploug, seguramente hay que interpretar que intentaron

sonsacarlo por la fuerza.

Los periodistas empezaron a levantar las manos, pero el jefe de prensa los detuvo antes de que se apelonaran las preguntas.

—Hoy no va a haber tiempo para responder preguntas. Pero se os va a entregar un texto con la información disponible.

Los periodistas gruñeron. Carl los entendía. ¿Cómo coño iban a vender la noticia si todos tenían un punto de partida tan flojo?

—Han identificado al hombre —informó Terje Ploug, y apretó de nuevo la tecla. En la pantalla apareció la foto de un hombre medio calvo en la cuarentena, de ojos azules y con una característica sonrisa irónica que invitaba a la bofetada.

Iba bien vestido. Las gafas de sol Ray-Ban sobre la frente, la camisa blanca bien planchada y una chaqueta Hugo Boss indicaban que deseaba dar la impresión de que controlaba las cosas. Seguro que no fue esa su última impresión cuando tiraron de él hacia el tubo de drenaje.

—Se trata de un ciudadano danés con residencia en Holanda. Rasmus Bruhn, cuarenta y cuatro años, tiene varias condenas y llevaba años trabajando de periodista bajo el seudónimo de Pete Boswell.

Carl frunció el ceño. ¿Qué estaba diciendo?

Ploug alzó la vista hacia los reunidos.

—Sí, alguno de vosotros tal vez recordéis que fue el nombre que se atribuyó al cadáver descuartizado que encontramos en una caja enterrada en Amager cuando demolieron el barracón donde tiempo antes se produjo el tiroteo contra los tres policías daneses.

Carl y la gente de la prensa estaban desconcertados.

—Entonces, ¿por qué creíais que el cadáver de Amager era el de Pete Boswell? —gritó alguien.

—Por una información anónima —terció Bjørn—. Disponíamos de varias pistas, pero lo que decidió la cuestión fue una marca a fuego de una flor de lis en el hombro derecho. Decidimos no darle publicidad por diversos motivos, y además a los forenses les llevó varios días verificarlo, debido al avanzado estado de putrefacción. En efecto, era una hipótesis, pero, en nuestra opinión, una hipótesis con bases sólidas. Es lo que ocurre con los soplos anónimos. Eso lo sabéis los periodistas mejor que nadie. Hay que tratarlos con precaución, ¿verdad? Y, por desgracia, esta vez el soplo era engañoso.

Carl asió el paquete de tabaco en el bolsillo de la chaqueta. Saber que seguía allí ya era algo. Joder, de cuántas cosas tenía que hablar con Bjørn y Ploug. Pero se sentía incapaz.

—Nuestros compañeros holandeses han indagado en el historial de nuestro hombre, y hay varias cosas que llaman la atención. Para empezar, en su calidad de cronista de viajes, tenía muy buenas posibilidades de actuar como correo para la gente, y pensamos más que nada en piedras preciosas; pero, además de eso, su red

estaba tan diversificada que podía poner a gente en contacto entre sí y de ese modo podía también transmitir información. Ha viajado por muchos países de Oriente y Oriente Próximo, pero también por África y el Caribe.

Hizo una seña a su compañero holandés.

—Y ahora nuestro compañero Hans Rinus va a explicarnos lo que han sacado del análisis forense del cadáver y del registro de la casa de Rasmus Bruhn.

Fue una explicación larga y enrevesada, pero el objetivo estaba claro. El cadáver pasó varios días en el agua. La lengua que colgaba por fuera ya no estaba azul, y los iris estaban algo borrosos. Había marcas de arañazos en el interior del tubo, y el lodo del fondo mostraba que el hombre había pugnado por salir a base de empujar. Iba vestido con ropa juvenil para su edad, y no llevaba nada encima, aparte de una tarjeta de visita que, pese a la larga estancia en el agua, estaba legible, y los condujo directos a su domicilio del barrio De Akkers, al norte del lugar del hallazgo. Allí encontraron la pistola con el cargador completo y sus huellas dactilares, un cuarto de kilo de cocaína de escasa calidad y varios blocs de notas con nombres, de los que un par eran allegados de Dinamarca. Concretamente, aquellos allegados vivían en Sorø, y, siendo más concretos aún, uno de ellos era el más joven de los que asesinaron con una pistola clavadora en un taller mecánico de la ciudad. Era sobrino del hombre que Carl, Anker y Hardy encontraron asesinado en Amager, con un clavo Paslode en la frente.

Carl miró a Lars Bjørn, quien, imperturbable, dejó que su jefe de prensa siguiera mostrando los efectos en la pantalla.

Todo aquello debería haberlo sentido como un alivio. Una cadena de informaciones que ponía las cosas en cierto contexto y abría nuevas posibilidades de investigación. Pero Carl sentía solo aversión, y también que los músculos de sus mandíbulas se contraían y relajaban a su aire.

¿Cuánto tiempo hacía que Lars Bjørn tenía aquella información? ¿Cuántas veces había descartado informar a Carl? ¿Por qué no fue el primero a quien acudió con lo que sabía?

Y mientras los hombres a su alrededor examinaban una serie de posibles escenarios y motivos de los que de todas formas no tenían ni puta idea, su cabreo iba en aumento.

¿Estaban presentando hipótesis sin ninguna base para ganar puntos en la gran lotería de proezas? ¿Era así como Lars Bjørn pretendía demostrar que, a pesar de lo poco conocido que era, poseía dotes de liderazgo, iniciativa y perspectiva? ¿Que era un digno sucesor de Marcus Jacobsen? El hombre que no permitió a Carl ni unos minutos para explicarse en un programa de sucesos de una cadena televisiva.

—¿Tenéis algo que añadir? —preguntó Lars Bjørn, volviéndose de pronto hacia sus compañeros. Carl debió de desviar la atención un momento, porque el policía holandés ya se había levantado.

Carl se agachó y recogió el maletín.

—Yo tengo algo.

Rebuscó un rato en las profundidades de su maletín hasta que encontró los papeles que buscaba.

—Estoy trabajando en otro caso, en el que buscamos a este hombre en relación con un atropello con fuga. Un metro ochenta y cinco de altura, hoyuelo en el mentón, voz ronca, ojos azules, rasgos atractivos, con cejas oscuras, paletas anchas con una manchita clara. Habla danés con fluidez.

Evitó mirar a Bjørn, pero observó que Terje Ploug le dirigía una mirada inquieta, mientras Carl ponía la fotocopia del hombre con la furgoneta ante la cámara de TV2 News.

—Este es el hombre. Fíjense en la furgoneta Volkswagen azul cielo con parachoques ancho, y lo que no se puede ver es el gran símbolo de la paz pintado sobre el techo. Sabemos que el hombre se llama Frank, pero que ha cambiado su nombre por otro más exótico.

Bjørn lo asió del antebrazo. Una llave bastante dura para un chupatintas.

—Gracias, Carl Mørck —dijo con énfasis—, pero ya basta. Hoy estamos con otro...

Carl liberó el brazo.

—Residió en Bornholm en 1997 y participó en las excavaciones de círculos de postes. Son esas plataformas que descansan sobre gruesos postes, en las que se hacían ofrendas y sacrificios al sol de piedras y huesos de animales. Sabemos con seguridad que es adorador del sol, y es probable que continúe con dichas prácticas. Toda persona que tenga información sobre este...

—¡Cállate ya, Carl Mørck! —Bjørn levantó las manos hacia la prensa—. Es un caso con el que debemos esperar hasta tener más material. Gracias por vuestra presencia. En cuanto al caso de la pistola clavadora, volveremos a él cuando la parte danesa de la investigación haya avanzado. Mientras tanto...

—Pueden dirigirse directamente al Departamento Q. El número de teléfono está escrito al pie de la foto.

Carl lo señaló.

—Estamos trabajando a tope y solo esperamos su colaboración.

Carl hizo un gesto al cámara y luego levantó la foto y la puso frente al objetivo.

Si hubiera tenido la posibilidad, habría sacado más cosas del maletín que le gustaría mostrar, pero tendría que controlarse si quería mantener la esperanza de seguir trabajando al día siguiente.

Carl dejó la fotocopia sobre la mesa, pero Bjørn la quitó antes de que los periodistas se la llevaran.

—Directo a mi despacho —ordenó a Carl.

Domingo, 11 de mayo de 2014

—Te doy un penique si me dices en qué piensas, Shirley —dijo Mirja. La tomó por el brazo y se apoyó en ella. Se sentía a gusto—. ¿Estás contenta?

—¿Contenta? Sí, creo que sí —dijo con gesto afirmativo.

Todo parecía muy extraño. Apenas nueve meses antes, subía las escaleras de una de las casas más ostentosas del elegante barrio de Chelsea con Wanda a su lado, emocionada como una niña antes de Navidad. Y lo que experimentó allí fue maravilloso, un gran paso adelante en su vida. Aquel día sintió de verdad que por una vez no se trataba de un antojo disparatado, como seguir cursillos para controlar el estrés o para hablar con los difuntos y cosas por el estilo. Esta vez había decidido plantearse en serio el desafío de escuchar las ideas y recomendaciones de un gran hombre sobre cómo cambiar la vida de forma radical. Y después estuvo en casa charlando con Wanda de la fabulosa impresión que Atu le había causado. Había sentido en cuerpo y alma que su encuentro con el mundo de Atu cumplía sus expectativas; pero la impresión que causó a Wanda fue todavía mayor. De hecho, estaba como embelesada.

Y ahora era ella, Shirley, de Birmingham, quien iba a subir aquellas escaleras a diario. Era ella la elegida personal de Atu para recibir a nuevos cursillistas como Wanda. Era ella quien iba a cuidarse de la estancia de Atu e iba a orientarlo cuando le tocara el turno a la oficina de Londres.

¿No debería sentirse contenta y orgullosa? Claro, ¿por qué no? Y aun así, seguían quedando grandes preguntas sin contestar. Porque ¿dónde estaba Wanda? ¿Qué había sido de sus sueños de cambio duradero?

¿Y qué había sido de ella? ¿Era esto lo que más había deseado unas horas antes? Porque Shirley esperaba convertirse en miembro permanente del círculo de la Academia para la Fusión con la Naturaleza, pero, en última instancia, ¿no era acaso cierto lo que Mirja sugirió de forma tan dolorosa? ¿Qué no era la adecuada?

Cuando pensaba en sus injustas palabras y sospechas, y en las malas energías que había llevado a aquel lugar luminoso, debía de ser verdad.

Y a pesar de eso la aceptaban con aquella misión y enorme confianza. ¿Lo merecía de verdad?

Proyectó el labio inferior y miró a Mirja. Tan fina e inmaculada como era, ¿cómo la había creído capaz de hacer lo que había insinuado? Pero ¿hacer qué? Ni ella misma lo sabía. Lo único que sabía era que Wanda había desaparecido y que encontraron un cinturón parecido al suyo. ¿Por qué tuvo que abrumar a aquellas

gentes maravillosas con hipótesis tan infundadas y terribles? ¿Por qué tuvo que abrumarse a sí misma con ellas?

Y ellos la premiaban con aquel cargo de confianza.

Shirley cargó con la bolsa que habían llenado entre las dos, miró por encima del hombro y se despidió de su pequeño cuarto. Salieron juntas a la brisa marina y se dirigieron hacia lo que debía llevar a Shirley a una actitud vital más pura.

En lo sucesivo, se iba a esforzar por mostrarse merecedora de la confianza de Atu y Mirja, e iba a tratar por todos los medios de expandir la mente y crecer con las dificultades. En lo sucesivo iba a ser tan intachable y leal como los mejores de entre los mejores del centro, ni más ni menos. Se lo prometió a sí misma.

Puso la mano en el brazo de Mirja.

—Sí, estoy contenta, pero la palabra es demasiado pequeña. Me cuesta expresar lo que siento.

Mirja sonrió.

—No hace falta, Shirley, se te nota en la cara.

Señaló un grupo de casas con tejado puntiagudo que estaban en construcción más allá, entre los prados. En aquella zona iban a construir el segundo centro con su propio círculo de postes, su propio espacio comunitario y sus propias instalaciones de comedor y cocina. Mirja le explicó que así podrían aumentar a más del doble la cantidad de cursillistas. La intención era que el antiguo centro con sus cursillistas y su comunidad fija solo coincidiera con la nueva sección para la reunión del amanecer. Era un proyecto de envergadura.

—Pronto terminarán con el segundo círculo de postes —explicó Mirja, señalando la plataforma casi terminada que se alzaba sobre el césped. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza, satisfecha—. Y cuando esté terminado, dentro de más o menos un mes, el grupo se dedicará a finalizar las casas y los locales comunes. De hecho, en este momento solo está preparada la casa de purificación de la nueva sección, en la que vas a residir. Te aseguro que es muy bonita. Al menos, no hemos recibido quejas hasta ahora. Tal vez porque vas a tener el honor de estrenarla.

Soltó una risa ligera.

Y sí que era un privilegio, Shirley se daba perfecta cuenta. De todas formas, se quedó un poco asustada cuando Mirja abrió con llave la puerta de la estancia de techo alto forrada de madera.

—Mira —la animó Mirja—. El tragaluz del techo, las maderas claras, los azulejos de colores y todos los detalles son algo fantástico, ¿no te parece? Además, es una construcción térmica, la temperatura no baja en invierno.

—Sí, es verdad que es muy bonita —dijo Shirley con voz queda. Ya se había fijado en todo lo que mencionó Mirja, pero también en que, aparte del tragaluz del techo, seis o siete metros más arriba, no había otra fuente de luz en la estancia. Vamos, que tendría que pasar varias semanas sin ver lo que sucedía fuera. Días y días sin más colores que las paredes amarillentas y los azulejos grisáceos.

—No hay muchos muebles —constató, algo preocupada.

Mirja le dio una suave palmada en el hombro.

—Te las arreglarás, Shirley, estoy segura. Aquí los sentidos encuentran descanso. Cuando hayas terminado tu estancia, pensarás en el tiempo pasado aquí como una de las mejores cosas que has conocido en tu vida. De modo que cálmate, lee tus textos, medita sobre la doctrina y sobre la palabra de Atu, y piensa en tu vida. Verás cómo pasa el tiempo más rápido de lo que crees.

Shirley asintió y dejó la bolsa sobre el pequeño camastro. Completaban el mobiliario de la estancia una silla sin tapizar y una mesa redonda de pino. Bueno, al menos había un sitio donde poder hacer solitarios.

—Tienes el retrete y el baño aquí, y el agua la tienes que tomar también de ahí —informó Mirja, señalando una puerta. Te traeremos muda, toallas y ropa blanca limpias una vez por semana. Y, al igual que el resto de nosotros, recibirás comida tres veces al día. Lo más seguro es que la traiga yo, pero también puede traerla alguien del grupo de cocina. Ya veremos.

Sonrió, y después tomó la mano de Shirley y depositó en ella un pequeño bloc de notas azul escrito a mano.

Shirley lo abrió con cuidado y acarició una de las páginas con un dedo ligero como una pluma.

—No parece la letra de Atu —indicó.

—No, tampoco lo es, pero Atu me lo ha dictado palabra por palabra. Son sus indicaciones para los rituales del período de purificación —aseguró Mirja—. Son muy fáciles de seguir, pero siempre son así los pensamientos de Atu. Si por alguna razón tienes preguntas que hacer, a veces es el propio Atu quien acude a facilitar el camino a una mejor comprensión.

Shirley echó la cabeza atrás. Aquello la dejó impresionada. ¿De verdad que Atu hacía cosas así?

—Entonces, seguro que hay muchas cosas que no comprendo. —Se permitió menear la cabeza y sonreír a su propio chiste.

Mirja sonrió también.

—Creo que estás preparada para empezar, ¿no te parece, Shirley?

Shirley intentó dar largas.

—Ya, pero ¿y si no puedo purificarme? ¿Puedo dejarlo?

—No te pongas la venda antes de la herida, Shirley. Estoy segura de que puedes llevarlo a cabo. De otro modo, Atu no te habría elegido. Él sabe esas cosas. Te ha visto, Shirley.

Shirley sonrió. ¿Sería verdad? La hacía sentirse bien.

—Dame el reloj, Shirley. Si no, vas a pasar el primer día consultándolo cada cuarto de hora. Voy a ahorrarte el esfuerzo.

Shirley se quitó el reloj y se lo dio. Pero se sentía como desnuda, ahora que también le habían quitado el tiempo.

—Estaba pensando, Mirja... ¿Y si enfermo? Bueno, no voy a ponerme aprensiva.
—Sonrió—. Pero ¿podré llamar a alguien? Si alguien pasa al lado, ¿me oirá si grito?
Mirja se metió el reloj en el bolsillo y la acarició en la mejilla.
—Estoy segura de que sí, mujer. Bueno, que lo pases bien, hasta la vista.
Así fue como se despidió y salió.
Cerró con llave la puerta al salir. Giró la llave dos veces, parecía algo exagerado.
Y Shirley se quedó sola.

Lunes, 12 de mayo de 2014

—Pero ¿es que has perdido el juicio, Carl? —El ataque empezó ya en el antedespacho.

Sus compañeros lo miraron. «Menos mal que no he sido yo», parecían decir algunos de los rostros. «Idiota», decían la mayoría, y la sobrina de Bjørn se permitió incluso reír. Pero a ella ya iba a darle un repaso al salir.

—Te ha faltado esto para que te suspenda en tus funciones —fue lo primero que le dijo el inspector jefe Lars Bjørn en su despacho, dejando un espacio finísimo entre sus largos dedos nervudos.

A continuación vino un largo concierto difamatorio sobre deslealtad, no saber estar, insubordinación y falta de respeto por el buen trabajo de los compañeros. Carl no dijo ni pío. Solo pensaba en cuánta gente habría estado pegada a la pantalla de TV2 News a aquella hora tan poco cristiana del día.

—¿Oyes lo que te digo, Carl?

Carl levantó la vista.

—Sí, y me gustaría saber si te parecería digno de respeto, lealtad y saber estar si al punto de la mañana te pusieran a la luz de los proyectores y delante del arma que echó a perder la vida de varios compañeros, aparte de la tuya propia.

—No te vayas por las ramas, Carl. Has infringido una orden oficial y tengo que pensar qué hacer al respecto.

—Por ejemplo, podrías empezar ofreciéndome mejores condiciones de trabajo, y agradecerme que me tome tan en serio el esclarecimiento de los casos de Jefatura.

Se volvió hacia la puerta. No tenía ganas de oír más a aquel gilipollas.

—Un momento, Carl. —Lars Bjørn estaba pálido, pero su voz sonaba helada—. Nuestra relación es desigual, porque soy yo quien decide tu vida laboral aquí dentro y a ti no te queda más remedio que actuar en consecuencia. Si vuelves a humillarme en público o me hablas como acabas de hacerlo, regresarás al campo a cultivar berzas, ¿está claro? Por lo que oigo, todavía quedan buenos puestos en la granja de Ølsemagle.

Cuando al final lo echaron, la sobrina seguía enseñando la dentadura y los hoyuelos.

Carl fue hasta el mostrador y le dirigió una mirada sin brillo.

—Querida muñequita, supongo que estás mostrando tus encantadoras paletas cubiertas de porcelana con tanta aplicación porque quieres anunciar que has disfrutado con el espectáculo. Que te ha encantado ver el calentón del tío Lars. Que te

ha divertido que se quitara la careta, ¿verdad? Porque si no...

—En efecto, así es. —La chica siguió sonriendo—. Ha sido para partirse. A mi madre le va a encantar oírlo. Tampoco ella lo traga.

Carl arqueó las cejas.

—¿Tu madre?

—Sí, mi padre es hermano de Lars, y son iguales. Por eso se separaron mi madre y mi padre.

Lis, la reina sin corona de la recepción, dio una palmada en el hombro a la chica.

—Bueno, creo que ya puedes volver a ayudar abajo, Louise. Catarina, a la que has relevado, debe de estar al caer.

Tanto la sobrina como Lis dirigieron una gran sonrisa a Carl. Así es como unas piernas rígidas pueden volverse gelatina.

El cambio de guardia entre la sustituta y la secretaria fija, al contrario, no tuvo nada de placentero. El escenario cambió de Miss Vigilante de la Playa, detrás de su mostrador, a Ilse, la Loba de las SS, a su frente brillante, pestañas húmedas, pelo grasiento y una mirada que era capaz de arrebatarte la alegría a cien metros de distancia.

«Deja de mirarme así», decía la mirada. Antes lanzarse en *puenting* con un barril en la cabeza que cruzar espadas verbales con una irritable señora Catarina Sørensen en medio de un sofoco magistral, así que Carl prescindió de su obligatorio flirteo con Lis y agachó la cabeza.

—No es nada divertido sentirte como me siento esta temporada, para que lo sepas, señor Delantera Prominente. Pregúntale, si no, a nuestra querida psicóloga jefe.

Carl frunció el entrecejo. ¿Era eso lo que le pasaba a Mona? ¿Era la menopausia?

Se miró de arriba abajo. ¿Delantera prominente? ¿Era una indirecta sexual? ¿O era porque la camisa le quedaba prieta?

Entonces sintió una vibración en el bolsillo trasero. Sacó el móvil y miró la pantalla. Era Hardy.

—Lo he visto todo en TV2 News —comunicó.

—Sí —replicó Carl—. Luego me he llevado una bronca de aquí te espero, pero al menos he tenido una oportunidad para pedir información sobre el hombre que buscamos.

—Claro, has aprovechado la ocasión, y ahora tendrás que aceptar las consecuencias. Pero me refería a la rueda de prensa. El hombre asesinado en un tubo de drenaje, ¿ese Rasmus Bruhn no te dice nada?

—Ni hostias. —Miró a la señora Sørensen, que reaccionó a su vocabulario poniendo los ojos en blanco.

—No lo entiendo, Carl, pero me preocupa.

—¿A qué te refieres?

—Me ha extrañado que no lo comentaras cuando han mostrado la foto del hombre

asesinado en la pantalla grande.

Carl se retiró un poco del mostrador.

—¿Comentar? ¿Qué? No lo he visto en mi vida, Hardy.

—Sí, hombre. Quemaste su carné de conducir en plena calle.

—¿Qué dic...? —Carl se despidió con un gesto de las mujeres del mostrador y desapareció escaleras abajo—. Ayúdame, Hardy, es un recuerdo un poco vago. ¿Fue en una detención?

—Venga, Carl. Estábamos Anker, tú y yo en el Montparnasse poniéndonos ciegos de tocineta asada. Tu cumpleaños de 2005, Carl. Queríamos celebrarlo, pero Vigga acababa de dejarte. Estabas soltando el rollo cuando un borracho se sentó al lado y se puso a tirar de la manga de Anker.

—Empiezo a recordar. ¿Y luego?

—Estaba como una cuba y decía un montón de chorradas que solo Anker comprendía. Entonces Anker le sacudió un guantazo, y tú te interpusiste. Entre tú, yo y un camarero lo sacamos a la calle, y entonces el tipo trató de pegarnos y nos amenazó con las llaves del coche.

—Sí, y entonces se las quité, tengo un vago recuerdo. ¿Le di las llaves al camarero?

—Lo hiciste, para que el gracioso las recogiera cuando estuviera sobrio.

—Y me dio un puñetazo en el ojo. Joder, ahora empiezo a verlo todo.

—Muy bien, Carl, lo contrario habría sido extraño.

Su voz sonó mordaz, y a Carl no le gustó. ¿Qué se pensaba? ¿Que estaba mintiendo por la cara?

—Como castigo, le pediste el carné de conducir y le prendiste fuego con tu mechero Ronson.

—¿Era él? ¿Estás seguro?

—Completamente.

Carl saludó con la cabeza a Bente Hansen, que estaba entre los mejores investigadores, cuando pasó junto a él para bajar las escaleras. Comprobó con tristeza que le había crecido el trasero desde su último embarazo. En una época le anduvo rondando a Anker. Hacía mucho tiempo de aquello. Hacía mucho tiempo de todo.

Trató de concentrarse.

—Hardy, hace tiempo dijiste que sospechabas que Anker pudiera tener algo que ver con el tiroteo de Amager.

—Sí, y ahora estoy más seguro que nunca. Pero hay una cosa más a añadir a esa historia.

—¿Qué cosa?

—Ya lo sabes.

—En absoluto.

—Cuando le quemaste el carné de conducir, Rasmus Bruhn te señaló con el dedo. ¿No recuerdas lo que dijo?

—No.

—Te amenazó y gritó: «¡No me olvidaré de esta... Carl!». Sabía tu nombre, aunque no se mencionó en ningún momento.

Carl cerró los ojos y se apoyó en la pared. ¿Por qué cojones Hardy no se lo había recordado antes? Si hubieran hablado de ello entonces, habría encontrado una explicación.

—Escucha, Hardy. Si había algo entre Anker y el tipo, es posible que Anker nos mencionara como sus compañeros.

—No sabía mi nombre, Carl. Me dijo que me mantuviera al margen. «¡No te metas, tontolaba!», gritó.

—Escucha, Hardy. Creo que se te está yendo la olla. No conozco a ese hombre y tampoco lo he reconocido hoy, ¿vale? Eso fue hace mucho, Hardy, y a mí, al contrario que a ti, me vienen a la mente todo el tiempo cosas nuevas que...

Se oyó un suspiro al otro lado de la línea, y la comunicación se cortó.

¡Mierda! ¿Por qué diablos tuvo que decirlo?

—Santo cielo, ¡aquí llega mi héroe! —fueron las palabras con las que lo recibió Rose en el pasillo.

¿Estaba volviéndose loca? ¿Las varas de incienso de Assad, la lujuria de Gordon y sus propias ideas extrañas habían cortocircuitado los relés de su tortuosa masa cerebral? ¿No lo había dicho con... admiración?

—Has sido muy valiente, Carl. Ya hemos recibido varias llamadas gracias a tu actuación. Una de ellas parece prometedora. Assad está hablando con ella en este momento.

Señaló la puerta entreabierta, tras la que Assad estaba con el auricular pegado al oído.

—Bien, suena interesante. ¿Reconocía al hombre?

—No. Pero, por lo visto, reconocía la furgoneta.

—¿Qué dices? Debe de haber cientos parecidas a ella.

—No con un signo de la paz pintado en el techo.

Carl entró en el cuartito de Assad y Gordon.

—Déjame hablar con ella —susurró, pero Assad lo espantó con la mano libre.

Frente a Assad, Gordon se inclinó sobre la mesa.

—Carl, he conectado nuestros teléfonos a nuestros respectivos ordenadores —dijo en voz baja. Señaló un cable delgado que iba desde el teléfono a la entrada de audio del ordenador—. No tienes más que pinchar la flecha de la parte baja de la pantalla, y lo graba.

Señaló su pantalla. Parecía bastante fácil, de manera que Carl hizo un gesto de aprobación.

—Y tengo otra cosa para ti —añadió. Empujó hacia él un pedazo de papel.

El texto decía:

Feria de Salud y Bienestar, del martes 13/5/2014 al viernes 16/5/2014, de 12.00 a 21.00, en el Frederiksborghall de Hillerød.
Laursen pasará por tu despacho si lo llamas.

Carl asintió, y Assad colgó el teléfono.

—Pero ¿qué haces, Assad? Quería hablar con ella.

—Lo siento, es enfermera de cirugía y está trabajando, así que no va a ser posible. Se llama Kitte Poulsen, un nombre raro, ¿no? Reside en Kuala Lumpur, y el único canal que ve es TV2 News por internet, cosa que suele hacer en la pausa para almorzar. De modo que hemos tenido mucha suerte.

¿Kuala Lumpur? ¿Y eso era tener suerte?

—Por lo visto, la furgoneta era de su padre, y me ha dicho que fue un activista por la paz muy activo hasta mediados de los ochenta. Se llamaba Egil Poulsen. Hace tiempo que murió, pero su mujer sigue viviendo en su antiguo domicilio, y Kitte me ha dicho que la última vez que vio la cafetera fue unas Navidades que pasó en casa. Que la tienen de adorno en su jardín, en Brønshøj.

Por todos los santos reglamentos y jerarquías de Jefatura, ¡qué fantástico!, pensó Carl. Lo que la mitad de la población de Bornholm y la mayor parte de las fuerzas policiales de la isla no habían sido capaces de hacer en diecisiete años, lo había conseguido el Departamento Q en menos de dos semanas. Apenas había transcurrido una hora de la rueda de prensa, y ya tenían algo. Qué bonito iba a ser contárselo a Bjørn.

Estuvo a punto de reír en voz alta.

—¿Sabía la hija algo de ese Frank? —preguntó.

—No, pero ha dicho que, por lo que recordaba, las carpetas con los nombres de sus amigos pacifistas y los eventos en los que participó se encontraban en uno de los estantes de su antiguo despacho, así que podemos comprobarlo.

—Vamos para allá. ¿Tienes la dirección, Assad?

—Sí, pero espera un momento, Carl. Debemos esperar hasta mañana.

—¿Por qué?

—Porque la viuda acaba de visitar a su hija en Malasia, y en este momento está volviendo en un vuelo de la British Airways. Aterrizará mañana a la una menos diez. Podríamos ir a buscarla al aeropuerto.

—Vale, muy bien, Assad. Y tú, Gordon, llama a Laursen y dile que estoy en mi despacho. Que será bienvenido cuando le venga bien.

Entonces sonaron a la vez los teléfonos de Gordon, de Assad y de los demás del sótano. Las cosas empezaban a moverse.

¡De puta madre!

Ciento ochenta llamadas y hora y media más tarde, Carl no estaba tan contento. Rose, tampoco.

—Esto va mal —comentó desde el vano de la puerta cuando su teléfono sonó otra vez—. Lllaman toda clase de idiotas, me están volviendo tarumba. Algunos, porque quieren comprar la furgoneta si es que la encontramos, otros porque dicen que es un coche antiguo muy chulo el que vieron en la pantalla, que a ver si sabemos qué modelo es. La gente no se corta, son estúpidos e irritantes. ¿No podemos descolgar el receptor y dejarlo sobre la mesa?

—¿Me estás diciendo que no has logrado nada de enjundia? —preguntó Carl.

—Nada.

—Vale. Pues pásale los números a Gordon y ve en busca de Assad.

A los veinte segundos, se oyó un rugido en el despacho de Assad. Por lo visto, Gordon ya sabía que estaba metido en una trampa.

—Tengo un par de cosas para vosotros —anunció Carl cuando la heterogénea pareja se presentó en su despacho—. Hace poco hemos recibido una llamada: nos han confirmado que la furgoneta de Brønshøj es la que lleva pintado el signo de la paz en el techo. Escuchad.

Activó la grabadora del ordenador.

Una voz ronca de mujer se aclaró la garganta.

—Hola, me llamo Kate Busck, no Kate Bush, aunque canto igual de bien que ella. Soltó una risa seca que les iba mejor a tipos como Rod Stewart o Bryan Adams.

—Recuerdo bien la furgoneta con el signo de la paz. Estuvo, entre otros lugares, en la manifestación frente a la embajada norteamericana en 1981. Recuerdo que la usábamos como secretaría móvil. Creo que el dueño se llamaba Egil, Egil Poulsen, pero debe de haber muerto. Pintó un símbolo de la paz en el techo. Si queréis, la podéis ver en un póster que hicimos de una foto aérea de las embajadas norteamericana y rusa de Copenhague. Es curioso el simbolismo, ya que las dos embajadas están separadas por un cementerio. —Rio.

Carl apretó el botón de stop.

—La grabación dura cinco minutos y trata de muchas otras cosas. Debía de tener mucho tiempo libre —gruñó—. Assad, voy a pedirte que la llames, para averiguar si sabe algo más. Es posible que Frank estuviera de voluntario en alguna de esas manifestaciones y conociera allí a Egil Poulsen. Debía de ser bastante joven a principios de los ochenta, de manera que no es muy probable, pero pregúntale de todas formas.

Assad asintió en silencio.

—También yo he recibido una llamada. Lo he grabado todo aquí.

Agitó en el aire su *smartphone*. ¿También podía hacerse eso?

Apretó el botón de play, y una avinagrada voz de mujer, una de esas que no pueden escucharse más allá de un minuto, dio un concierto de quejas como Carl no

había oído desde que su madre tuvo que explicarle a su padre por qué no estaba bien sentarse a la mesa con el torso desnudo ni con treinta grados de temperatura ambiente.

—Y ya lo creo que conozco ese coche horrible —graznó—. Lo he tenido al otro lado del seto de los vecinos durante sabe Dios cuántos años, así que estás expuesta al espectáculo de metal oxidado y ventanillas sucias la mayor parte del año. Le he explicado a Egil una y otra vez que tiene que llevarse ese montón de mierda, pero ¿lo hizo acaso antes de morir? No, ¿verdad? Porque él era así con esas cosas, pasaba de ellas. Pero ahora podéis retirarla, porque supongo que se ha utilizado en algún delito. Desde luego, una ya no se extraña de nada. Pero seréis capaces de resolverlo, ¿para qué está, si no, la Policía? Y la lona que la cubría se la llevó el viento un día de tormenta y ahora cubre a medias el seto, pero no de forma que pueda retirarse, por supuesto. Y eso ocurrió... hace no sé cuánto tiempo, ¿fue en 2003 o fue después? La verdad...

Assad volvió a apretar.

—Vocifera como un camello que ha comido arena.

Carl trató de imaginar por qué un camello debía hacer algo así, pero se rindió. Se giró hacia Rose.

—Voy a pedirte que vayas a casa de los padres de Alberte. Han llamado a la secretaria de la Escuela para decir que ya han recibido los dibujos de Alberte para aquella exposición que nunca se celebró. Desconozco por qué la secretaria del centro ha enviado los dibujos a los padres de Alberte, y no a nosotros, que los habíamos pedido. El señor y la señora Goldschmid parecen estar bastante agitados, y les gustaría que nos los llevásemos tan pronto como podamos. Diles que vamos a hacer copias, por si por alguna razón quieren recuperarlos en otro momento.

Rose miró el reloj.

—Si tengo que ir allí, no podré volver hoy —informó.

Ya sobreviviré, pensó Carl.

Cuando se fueron, Carl descolgó con cuidado el teléfono y plantó los pies sobre la mesa. Con Rose fuera, podía fumar cuanto quisiera.

Encendió la pantalla plana, escogió TV2 News y lo primero que vio fue su careto haciendo publicidad de un caso, lo que hizo que la tez de Lars Bjørn pareciera la piel de un pobre pelirrojo que se hubiera quedado dormido en la playa de una isla tropical.

No tienes tan mala pinta, Carl, pensó ante el espectáculo. Tal vez debiera probar como presentador de la tele.

Su mirada se paseó por el tablón de anuncios, lleno con todo tipo de pistas. Recortes de periódico, diversas fotos y secciones del mapa de Bornholm, todo sujeto con chinchetas de colores.

Tal como aparecía el material —la foto del lugar del accidente, el Centro Cívico

de Listed, la ubicación de la Escuela, así como otros lugares importantes para la investigación e información sobre las personas involucradas—, todo parecía sencillo. Una historia simple sobre un atropello y un hombre que solo deseaba descubrir quién lo había hecho.

El problema era que cuando tratabas de hacerte una composición de lugar, surgían preguntas apuntando en todas direcciones. Una cosa era que Alberte una mañana temprano hubiera ido en bici hasta una carretera comarcal a cierta distancia de la Escuela Superior, a un lugar con el que debía de estar familiarizada. Pero ¿por qué fue allí en aquel momento? Parecía evidente que era un lugar de cita conocido. También parecía evidente que había quedado con el chico que le gustaba. ¿Por qué si no levantarse con las estrellas? Pero ¿era todo tan evidente?

¿Cómo sabía ella a qué hora era la cita? ¿Sería algo acordado la víspera? ¿O era siempre a la misma hora y en el mismo lugar?

Carl sacó un compás del cajón y se levantó.

Alberte andaba mucho en bici, alguien había dicho que le encantaba la naturaleza de la zona. ¿Quién fue? Dio una profunda calada al cigarrillo, solía ayudar. Como no fue el caso, dio otra chupada. ¿No fue el bedel de la Escuela? Asintió para sí. Eso era. También fue él quien contó que Alberte solía desaparecer media hora. Desde luego, era un hombre observador.

Carl miró la foto de la chica guapa. Guapa, joven y fuerte, de manera que era posible que pudiera conducir la bici a veinte kilómetros por hora.

Si en sus planes estaba pedalear hasta el sitio y volver en media hora, la distancia al lugar de la cita o adonde se dejaban notas entre ellos debía ser a lo sumo cinco kilómetros, o incluso menos, si es que permanecía un poco de tiempo en el lugar.

Tomó el compás, midió cinco kilómetros según la escala del mapa, plantó la punta del compás en la Escuela y describió un círculo de cinco kilómetros de radio.

Sí, el árbol caía dentro del círculo, podía tratarse del lugar donde se citaban y también donde se dejaban notas uno al otro. Un lugar romántico, sin duda, hasta que las cosas se torcieron.

Carl se rascó la nuca. Puras suposiciones, la verdad podía ser muy diferente. Pero la cuestión era para qué estaba la chica allí. Si estaba para encontrarse con alguien, entonces debían de haberlo acordado antes, de forma verbal o por medio de un mensaje escrito. Claro que aquella mañana la chica podía haber estado junto al árbol para ver si tenía algún mensaje del novio secreto. En ese caso, fue en vano, porque la Policía no encontró nada. También es posible que alguien retirase la nota después, pero no del cuerpo de la chica, porque estaba colgada del árbol.

No, eran demasiados parámetros. Era inútil forzar las cosas. Miró el círculo en torno a la Escuela y suspiró. ¿Qué diablos hacías allí tan temprano, Alberte?

—Hola, grandullón —se oyó en la puerta.

Carl se volvió. Era Tomas Laursen con dos tazas en la mano.

—¿Por qué has descolgado el teléfono? No hay manera de comunicar contigo.

Carl colgó el receptor, y a los cinco segundos sonó el teléfono.

—¡Por eso! —dijo—. Está conmutado a los teléfonos de Assad y Gordon. Y cuando no pueden responder, graban la llamada, los pobres.

—¿Habéis averiguado algo?

Carl hizo un gesto con la mano.

—Un par de cosas. No ha estado mal.

—Dile a Assad que ya no necesita buscar la foto de la plancha de madera contrachapada.

—Vaya, ¿la han encontrado los de la Policía Científica?

—No.

Laursen se sentó y tendió a Carl una taza de café.

—Ya no está ardiendo, pero es Blue Mountain, de Jamaica, nunca has probado algo así.

El aroma era divino. Carl tomó un sorbo y puso los ojos en blanco. Fresco, rotundo, aromático y sin pizca de amargor. Ostras, aquello era bastante mejor que el sudor de camello que preparaba Assad.

—Bien, pero no te emociones, no es más que una degustación. Cuesta un huevo, esto no se lo sirvo a la chusma de arriba.

Echó a reír.

—Bueno, al grano. La Policía Científica ha dado con las viejas investigaciones. Y corroboran que la astilla encontrada era de madera contrachapada; pero después de hablar con unos y otros, puede descartarse con seguridad que la plancha encontrada en el agua pudiera ser la que catapultó a Alberte Goldschmid a lo alto del árbol. Los agujeros de taladro que Habersaat describió no podían ser para atar la plancha a un vehículo como la furgoneta, no es lógico, a menos que metieran ganchos por los agujeros. Pero ¿dónde iban a engancharse? Es lo que dicen los peritos. Si fuera en la ranura con la junta de goma bajo los limpiaparabrisas, tanto el cristal como la plancha se habrían ido a tomar por saco al chocar, y en ese caso los peritos habrían encontrado restos, aunque alguien después hubiera limpiado a fondo el lugar del atropello, cosa de la que no hay indicios.

»Además, los peritos sostienen que el parachoques de la furgoneta por sí solo no habría podido lanzar a la mujer a lo alto del árbol. Dicen que haría falta una pala de quitanieves para poder hacerlo.

»En suma, que no creen que la plancha que se encontró sea la utilizada, claro que la solución puede ser otra.

—Vaya, pues entonces estamos en las mismas —constató Carl.

Tomó un cigarrillo de consuelo y ofreció otro a Laursen.

Por fin estaba con alguien con quien compartir pequeñas travesuras.

Domingo 11 de mayo y lunes 12 de mayo de 2014

Durante la primera hora no supo qué hacer ante la nueva situación.

A pesar de que en su vida adulta Shirley estuvo la mayoría de las veces abandonada a su propia compañía, siempre había sido una persona sociable. Y aunque estuviera sola, había infinidad de maneras de evitar sentirse sola. De manera que, cuando estaba en casa y Wanda u otras amigas no estaban disponibles, escuchaba la radio, veía culebrones en la tele, hablaba por teléfono y miraba por la ventana. Y en el centro también había tenido un par de amigas con quienes pasárselo bien de vez en cuando. No era una vida emocionante, pero a otras les iba peor.

En la estancia de purificación no había nada que en situaciones normales la pudiera distraer. Ningún contacto con nadie, ningún impulso del exterior, solo la pequeña biblia azul de la Academia para la Fusión con la Naturaleza, una baraja de cartas y un agujero hacia el cielo, por donde se deslizaban las nubes. Era algo a lo que debería acostumbrarse.

Y, en medio de aquel vacío, Shirley se puso a pensar, cosa inusual en ella. No pensó en sus ocupaciones habituales, tampoco en problemas apremiantes, sino sobre lo abstracto e insólito de aquel repentino sentirse privilegiada.

Me han elegido, se fue dando cuenta poco a poco. Me han escogido para que sea su embajadora en Londres, casi nada. Y, según decía ya la primera página del manual de Atu, para el décimo día iba a sentirse liberada de las habituales distracciones y ociosidades mundanas. Para el vigésimo día iba a sentirse purificada, y cuando terminara, iba a renacer como una persona plena que vivía en concordia con la naturaleza y la sabiduría vital de Atu.

De hecho, por eso estaba en aquella estancia vacía, forrada de madera, insulsa, no debía olvidarlo. ¡Era la elegida! ¡Elegida! Qué palabra tan bonita, era algo que nunca había sentido antes. Señalada, sí, antes la señalaban. La señalaban y se reían de ella porque estaba gorda, era tonta, vestía fatal o tal vez incluso porque a veces tenía razón.

Señalada y elegida: menuda distancia había entre aquellas dos palabras.

Por un momento Shirley notó, para su gran sorpresa, que casi era feliz, y así estuvo hasta que las tripas empezaron a gruñir, tiempo después de que el sol hubiera pasado por el tragaluz del techo.

¿No habían transcurrido muchas horas desde que debían haberle traído la comida? Ahora, por ejemplo, le habría gustado tener su reloj. Porque ¿no había pasado ya la hora en la que los discípulos eran llamados a cenar y hacer la meditación

comunitaria? Era lo que le decían la mente y el estómago.

Pero entonces, ¿dónde se había metido Mirja?

Hacia el anochecer decidió que era probable que hubiera entendido mal. Que Mirja habría querido decir que sus comidas serían como las de los demás a partir del segundo día. Que a modo de prelude debía ayunar un poco.

Como prueba de aceptación, sacó la biblia de la academia y leyó con lentitud y atención la opinión de Atu sobre qué debía lograr un discípulo con aquel período de purificación, y, sobre todo, qué rituales había que realizar para conseguir el máximo rendimiento de un aislamiento voluntario así.

¡Voluntario! Le costaba digerir la palabra. Bueno, sí que lo había sido. Al menos, no la obligaron a ir allí. Había sido voluntario.

Y Shirley siguió leyendo, pero no encontró entre las indicaciones de Atu nada que se pareciera a lo que le estaba pasando. Nada sobre ayuno, nada sobre la manutención, el lavado de ropa y demás cosas prácticas.

Al principio se extrañó.

Luego se inquietó.

Y, para cuando llegó a la página treinta y cinco, estaba convencida de que allí pasaba algo muy raro.

Ahora han terminado el ritual matutino junto al mar, pensó cuando los rayos del sol matinal rebotaron en la superficie de cristal allá en lo alto.

Eso significaba que el equipo de construcción que trabajaba en el nuevo círculo de postes iba a llegar dentro de pocos minutos. Estaban a varios cientos de metros, sí, pero si gritaba con fuerza suficiente, seguro que la oían.

Se sentó en el camastro, moviendo la cabeza arriba y abajo. La cuestión era cómo había que interpretar las circunstancias. Porque había acusado a Mirja de cosas terribles, y ahora estaba allí. ¿Podría pensarse que aquello fuera una especie de venganza, o quizá más bien una prueba, como las que Dios les puso a Moisés y a Abraham? ¿Era una prueba de fuerza, como el deambular por el desierto durante cuarenta años, o como las desgracias de Job? ¿Deseaban poner a prueba su lealtad y su fe en lo que la fusión con la naturaleza podía hacer por ella?

Arrugó la frente. ¿Por qué decía «deseaban»? ¿Aquello no parecía más bien obra de Mirja? ¿No era acaso la única responsable de su decisión?

Shirley echó la cabeza atrás y se quedó mirando el paso de las nubes mientras se meneaba de lado a lado. La mejor manera de combatir aquellas duras pruebas había sido la misma en todas las épocas: era el canto de los sirgadores cuando se mataban trabajando a orillas del Don. Eran los góspeles y los blues de los negros en los campos de algodón, o la canción de consuelo que entonaba la madre a su hijo enfermo.

«Cantando huyen las penas», refunfuñaba su madre siempre que discutía con su

padre. «Y si cantas lo bastante alto, huye también el hombre», solía añadir. Y era verdad.

Shirley sonrió. «Claro, es que tú puedes cantar sin pagar impuestos, dijo el campesino al ruseñor», replicaba el padre a su madre cuando estaba de un humor aceptable.

Y un buen día dejaron de oírse canciones en aquella casa.

Shirley estuvo canturreando, atenta por si oía alguna señal de vida, durante un cuarto de hora. Pero cuando no oyó ni martillazos ni gritos procedentes de la obra del círculo de postes, concluyó que entonces tampoco iban a oírla a ella.

Además, tal vez fuera demasiado pronto para dar la voz de alarma. Sí, debía de serlo.

«El hambre se va con risas y cantos», oía citar a su padre cuando la castigaban sin cenar y la enviaban a su cuarto. De modo que estuvo cantando sin control y en voz alta durante una hora.

Llevaba bebidos litros de agua del grifo del lavabo, y trataba de olvidar el hambre. Había hecho todo lo posible para ahuyentar las ideas lúgubres y había leído el manual varias veces. Realizó las ceremonias rituales, recitó sus mantras y oró a Horus, repitió una y otra vez la doctrina de la fusión con la naturaleza, y trató de entrar en una meditación tan profunda que sustituía el sueño.

Cuando llevaba un día y medio así, empezó a gritar en serio pidiendo ayuda.

Y cuando las cuerdas vocales se negaron a obedecer, se calló.

Lunes, 12 de mayo de 2014

—¡Ya he hablado con la tal Kate Busck!

Carl parpadeó un par de veces. ¿Se había dormido, o qué?

Se miró. Un pie en el cajón, otro en la papelera. Sí, todo parecía indicar que se había echado una siesta.

—¿Kate Busck?

Entornó la mirada y trató de volver a la realidad mientras saludaba con un gesto a Assad. ¿Había soñado con Mona? ¿Y quién carajo era Kate Busck?

—Kate es la que conocía al hombre de la furgoneta, Egil Poulsen. La del movimiento pacifista —explicó Assad sin que nadie se lo pidiera.

¿Sabía leer el pensamiento, o qué?

—Le he contado lo importante que era encontrar al tipo de la foto. Le he enviado un escaneado de la fotocopia, y ha estado mirándolo en su ordenador mientras hablábamos.

—Buena idea. ¿Y después?

—Recordaba a un joven que les ayudaba a doblar trípticos para las manifestaciones. Un chico guapo que hablaba de paz hasta por los codos, me ha dicho. Y sí, debía de llamarse Frank, pero lo llamaban Skotte, El Escocés. No sabía por qué, ya que hablaba perfecto danés.

Assad hizo una larga pausa dramática para que la información se asentara. Pasaba algo con aquel nombre.

—Dices que lo ha reconocido en la foto, pese a que solo lo conoció de joven. ¿Es eso verosímil?

—Sí, desde luego ha dicho con bastante seguridad que creía que podría tratarse de la misma persona que la de la fotocopia de Habersaat.

Carl se desperezó.

—Muy bien, Assad, gracias. Bueno, espero que encontremos algo en casa de la viuda de Egil Poulsen que nos acerque a él —añadió mientras manoseaba el paquete de cigarrillos—. ¿Te importa decirle a Gordon que venga?

Se quedó un rato fumando su cigarrillo postsiesta.

Era posible que aquellas pequeñas revelaciones supusieran algún avance. Tal vez se encontraran de pronto frente al hombre.

Y entonces, ¿qué?

Gordon parecía muy cansado cuando se plantó junto al escritorio de Carl; tan cansado parecía que sus piernas kilométricas casi cedían bajo su peso. Desde luego,

era un enigma cómo un pequeño corazón podía bombear la sangre por todo su cuerpo. No era de extrañar que su cerebro no estuviera lo bastante abastecido y sintiera las piernas algo pesadas.

—Siéntate y cuéntame, Gordon. ¿Qué has averiguado?

Gordon sacudió la cabeza mientras se plegaba en la silla.

—La verdad es que no sé qué decir.

Sacó sus apuntes.

—Puedo empezar diciendo que me he puesto en contacto con cuatro o cinco alumnos más de la Escuela Superior, y que no han añadido nada que no supiéramos de antes. Todos me han remitido a Inge Dalby; se imaginaban que sabría más, ya que se alojaba en el cuarto contiguo al de Alberte.

Carl miró hacia la ventana. La ronda de llamadas no había aportado gran cosa. ¿Era Gordon la persona adecuada para el trabajo?

—¿Y el resto de alumnos? ¿Cuántos te faltan por llamar?

El rostro de Gordon expresó desesperación.

—Creo que algo más de la mitad.

—Vale, Gordon, pues déjalo —dijo, breve, y con un tono de voz quizá demasiado duro—. ¿Qué tienes para mí? El teléfono no ha dejado de sonar todo el día.

El poste telegráfico aspiró hondo y trató de emitir algo que se suponía que era un suspiro de tormento.

—He hablado con...

Luego sacó el bloc y empezó a contar líneas con la punta de su lápiz.

—Da igual —lo cortó Carl—. ¿Has conseguido algo?

Gordon seguía contando. Ni siquiera lo oía. Así que ya iba siendo hora de terminar la jornada.

—Cuarenta y seis llamadas en total.

Levantó la mirada como buscando un poco de simpatía. ¿Creía tal vez que era el único que había currelado de lo lindo para conseguir algo de información?

—Pero una de ellas tenía algo que decir. Tengo su número, de modo que puedo llamarla si quieres hablar con ella.

Tendió un papel a Carl. Aparte del número de teléfono, ponía «Karen Knudsen Ærenpris».

—Conoce al hombre que buscamos —añadió, para sorpresa de Carl.

—¡Assad, ven un momento! —gritó Carl.

—Vivían juntos en la comuna —les explicó Gordon cuando Assad estuvo junto al escritorio—. Estaba en Hellerup, y era una especie de comunidad *hippy* tardía con comida macrobiótica y economía y ropa compartidas. La llamaban Ærenpris, y todos lo adoptaron como apellido. Por lo que le he entendido, ha sido la única que ha conservado el apellido. Aquella comuna no tuvo mucho éxito.

—Entonces, ¿se disolvió?

—Sí, hace ya quince o dieciséis años.

Carl dio un suspiro. Joder, ya tenía ganas de tener un caso que ocurriera aquí y ahora.

—¿Y nuestro hombre cuándo vivió allí?

—No estaba segura, porque fue por poco tiempo, pero parece ser que en 1994 o 1995. Encaja bien, porque me ha dicho que él celebró su vigésimo quinto cumpleaños con ellos.

Carl y Assad se miraron. Entonces, a día de hoy tendría unos cuarenta y cinco, justo lo que habían calculado.

—Suéltalo ya, Gordon, ¿cómo se apellidaba el hombre? —preguntó Assad, mientras sus pies se removían impacientes.

El rodrigón hizo una mueca que no lo embelleció demasiado.

—Bueno, el caso es que no lo recordaba. Estamos de acuerdo en que se llamaba Frank, pero la mujer no estaba nada segura del apellido. De hecho, de lo único que estaba segura era de que no era un apellido danés. Podría ser algo con Mac, porque le llamaban El Escocés, pero no sabía si sería porque escribía en un ordenador Apple (ninguno de los demás lo hacía), o si tenía un auténtico apellido escocés, nunca consiguió saberlo.

—¡MIERDA! —gritó Carl. Miró el papel y tecleó el número de la mujer—. Más vale que esté en casa, carajo.

Estaba en casa; y, mientras se presentaba, Carl apretó el botón del altavoz. Recibieron a grandes rasgos la misma información una vez más, pero no lograron sacarle la información decisiva, trascendental, si es que existía.

—¿Qué hacía el tipo? ¿Tenía un trabajo?

—Creo que estudiaba. Tal vez cobrara subsidio de estudiante, no lo sé.

—¿Qué estudiaba, y dónde? ¿Tenía clases por la mañana, o nocturnas?

—Por la mañana, al menos, no, porque solía estar ocupado con alguna de nosotras.

—¿A qué te refieres? ¿Hablas de sexo?

La mujer rio, también Assad. Carl lo espantó con un gesto; tendría que estarse callado mientras transcurría la conversación.

—Claro, hombre. Era un tipo bastante guapo, así que se llevaba a la cama por turnos a la mayoría de las chicas, yo incluida.

Soltó otra risotada.

—El chico con quien yo salía entonces tampoco lo sabía, pero a aun así causó muchos jaleos y enrareció el ambiente. Por eso tuvo que marcharse. Y seguramente por eso se largó mi novio, y al final la comuna se disolvió.

Carl le pidió que lo describiera con más detalle y que le contase cómo era, pero no sacó nada nuevo en limpio. Era más o menos la misma descripción que había hecho Inge Dalby. Un hombre sin marcas y sin defectos visibles, guapo y alto, muy simpático y con mucho carisma.

—Bueno, en la Dinamarca actual no hay muchos así, de modo que lo

encontraremos fácil —dijo Carl, mordaz—. ¿Puedes decirnos qué le interesaba? ¿De qué solía hablar?

—De hecho, era bastante bueno hablando con las chicas, por eso tendría tanto éxito entre nosotras.

—¿Sobre qué, por ejemplo? —Venga, tía, dime algo, pensó.

—En aquella época hablaba de la guerra de los Balcanes, mientras normalmente los chicos solo hablaban de deporte. Del Tour de Francia y cosas así —explicó la mujer—. Pero Frank hablaba mucho de lo espantoso que era que los franceses hubieran empezado a hacer pruebas atómicas en Mururoa, y también de cosas de chicas, como la boda entre el príncipe Joachim y la princesa Alexandra. Bueno, creo que esto último lo hacía por razones prácticas, ja, ja.

Carl chasqueó los dedos hacia Gordon. Sus labios dijeron «atolón de Mururoa». Gordon giró el portátil de Carl y se puso a teclear.

—¡Las pruebas nucleares de Mururoa! ¿Estás segura de que hablaba de eso?

—Completamente. Hizo unas pancartas y trató de llevar a toda la comuna a una concentración frente a la embajada francesa de Copenhague.

Los labios de Gordon dijeron «1996».

¡Bingo! Ya tenían una fecha exacta.

—Tengo entendido que estaba muy metido en cuestiones teológicas, ¿no es así?

Al otro lado de la línea se hizo el silencio. ¿Estaba pensando, o qué?

—¿Estás ahí? —preguntó Carl.

—Ah, sí, ahora que lo dices, es verdad: estuvo a punto de volvernos a todos locos con sus teorías de que casi todas las religiones provenían de la misma fuente. Hablaba de estrellas, del sol y de las constelaciones y esas cosas. Lo nuestro era una comuna holística, no un centro espiritual, y al final nos irritaba y nos aburría. Si hablaba tanto de aquellas cosas sería porque había hecho un curso en la universidad que lo volvió chiflado. Por lo que recuerdo, de hecho pretendió que erigiéramos un templo solar en el jardín trasero. —Rio—. Cuando empezó a levantarse con el sol y a salmodiar en el jardín, uno que tenía trabajo y no deseaba que lo despertasen tan temprano, quiso darle una paliza. Pero no le salió nada bien, créeme. Resultó que Frank tenía un temperamento de órdago, y le dio para el pelo al tipo. Lo dejó para el arrastre. Era mejor no enfrentarse a él.

—Vale. ¿Crees que tenía rasgos de psicópata?

—¿Qué puedo decir yo? No soy psiquiatra.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Era frío, calculador y egocéntrico?

—No tan frío, creo yo. Pero lo otro, sí. ¿Quién no lo es hoy en día?

Era la segunda vez que su pregunta recibía ese tipo de respuesta.

—¿Quieres decir tal vez que tenía alguna razón para ello? ¿Sabes si actuó así en otras ocasiones?

—Que yo sepa, no.

—¿Teníais un contrato de alquiler?

—No, no teníamos contrato. De hecho, no recuerdo a nombre de quién hacíamos los ingresos. Alguien que vivió allí unos años antes, creo. Pagábamos a una caja común, y cada uno de nosotros hacía un giro mensual para pagar la renta. La gente entraba y salía de la comuna, así que era lo más práctico.

Después Carl estuvo a punto de pedirle a Assad una taza de café o té para reconfortarse. Aquello era de lo más desagradable. ¿Cómo habían conseguido meterlo en algo así? Si tenían que hacer una travesía del desierto como aquella, ya podían dejar de contestar todas las llamadas que se oían llegar al teléfono de Gordon.

—Bueno, al menos tenemos un año de nacimiento, Carl —aseguró Assad, y se sentó en el borde de la mesa—. Nació en 1971, es decir, ahora tiene cuarenta y tres años.

—Sí, en efecto. También sabemos que mide cerca de un metro ochenta y cinco, y muchas otras cosas sobre su descripción, que pueden aplicarse a miles de personas de la calle. Tenemos también un perfil aproximado de él, y sabemos mucho sobre lo que lo guía y le interesa, así que tal vez, si tenemos muchísima suerte, pudiéramos encontrarlo pese a todo. Pero ¿sabéis qué? Entonces llegamos a la pregunta del millón: y ahora, ¿qué?

—¿Qué de qué? —quiso saber Gordon.

—Sabemos muchas cosas, tenemos una descripción aproximada, incluso puede que pronto sepamos su nombre. Y a lo mejor mañana en Brønshøj nos enteramos de más cosas que puedan darnos el último empujón, pero ¿qué hacemos luego?

—¿Empujón? —A Assad se le había salido la cadena.

—El último impulso, Assad. Es como se dice en mi pueblo.

Assad asintió con las comisuras hacia abajo.

—Tienes razón, Carl.

—No entiendo nada. ¿De qué habláis? —preguntó Gordon.

—De que aunque tengamos la suerte de encontrarlo ¿qué es lo que podemos probar? —Sacudió la cabeza—. Te lo voy a decir. ¡Nada! Porque no va a declarar así como así que fue él quien atropelló a Alberte, ¿verdad?

—No, a menos que le rompamos los brazos —terció Assad.

Todos suspiraron y se levantaron. Era hora de irse a casa.

Carl colgó su receptor, y claro, sonó otra vez. Se quedó mirándolo antes de responder. Su intuición le decía que aquella vez podía haber caído algo en la red.

Era una voz conocida, irritante.

—Buenos días, Carl Mørck. Soy Martin Marsk, del *Formiddagsposten*. Después de la rueda de prensa, nos preguntamos si estás de nuevo en el caso de la pistola clavadora.

—Vaya, pues no.

—¿No deberías estar, para poder ayudar a que se haga justicia, e incluso tal vez a

que haya venganza, por tus amigos?

Carl no respondió. ¿Venganza? ¿Quién se creía que era? ¿Clint Eastwood?

—Es evidente que no quieres responder. Pero ¿cuál va a ser el desarrollo del caso?

—Por lo que a mí respecta, ninguno. Tienes que hablar con los del segundo piso. Lo lleva Terje Ploug, y lo sabes perfectamente, Martin.

—Entonces, ¿puedes decirme cómo le va a Harry Henningsen?

—Si otra vez quieres hacer brillar tu autoridad y minuciosidad, creo que te convendría aprenderte mejor la lección, señor supuesto periodista Martin Marsk. Se llama Hardy, no Harry, cojones. Y si quieres saber cómo le va a Hardy Henningsen, tendrás que preguntárselo a él. No soy una central de información para gente que está en su sano juicio, tampoco para quienes no lo están.

—¿Crees tal vez que Hardy no está en su sano juicio?

—Cierra el pico, payaso. Adiós.

—Eh, eh, tranquilo, Carl Mørck. ¿Qué hay del tipo de la furgoneta? Si quieres que la prensa colabore en la investigación, tendrás que dar más detalles. ¿Se ofrece alguna recompensa?

Por lo visto, ninguno de sus compañeros había descolgado su receptor, porque las llamadas arreciaban. ¿Y cómo no iban a hacerlo, si la prensa también lo aireaba?

—No, no hay recompensa. Cuando haya alguna novedad importante en el caso, ya te llamaré yo.

—No vas a hacerlo, de modo que escúpelo ya.

Si no hubiera sido por Lars Bjørn, lo habría hecho.

—Vale, ya que insistes, te diré las palabras definitivas: que tengas un buen día, Martin.

Conduciendo por la autopista, vio ante sí el rostro de Hardy casi todo el trayecto. Aquel rostro que había olvidado sonreír, un rostro lleno de arrugas por la desgracia y los contratiempos. Para cambiar aquello iba a tener que escuchar y hablar más con él sobre el maldito caso, y aquello le hacía sentirse incómodo. Sabía que tenía que hacerlo, pero la realidad era que el que se enfrentaba a su pasado a diario, como Hardy, estaba mejor preparado que el que trataba de no hacerle caso. Que era lo que le pasaba a Carl.

Cada vez que surgía el tema del episodio, lo atravesaba una corriente eléctrica que no podía controlar. Varias veces había estado abatido por ello, Mona lo llamó depresión y estrés postraumático sin tratar, pero a Carl se la traía al paio cómo se llamara. Quería librarse de ello.

Y ahora iba a tener que volver a hablar con Hardy, y esta vez con matices nuevos. Era necesario, pero no le hacía ninguna gracia.

Entonces sonó el móvil. Iba a apagarlo cuando apareció en la pantalla el nombre

de Vigga.

Carl llenó los carrillos de aire y lo soltó poco a poco mientras desactivaba el altavoz.

Su exmujer habló a voz en grito desde la primera palabra. Por desgracia, Carl ya sabía lo que iba a decirle.

—Estuve ayer visitando a mi madre, y los empleados me dijeron que llevabas bastante tiempo sin aparecer, debería darte vergüenza.

Solo conocía una frase que fuera peor que «debería darte vergüenza», y era «es algo que me enerva», de manera que ya se veía que iba a ponerlo como un trapo.

Y Carl no tenía la menor gana.

—Por lo visto, tengo que recordarte nuestro trato, Carl —continuó criticándolo.

—No, gracias, no hace falta.

—¿Así que no hace falta? Pues para que te enteres...

—En este momento estoy en el aparcamiento de la residencia.

Miró hacia la autopista que tenía delante. La salida de la residencia estaba cerca, vaya suerte.

—No te creo, Carl. Voy a llamar para preguntarles.

—Adelante, tengo la conciencia tranquila. Incluso llevo unos bombones. Por supuesto que mantengo nuestro trato, lo que pasa es que he estado una temporada en Bornholm. Perdona que no te avisara.

—¿Bombones?

—Sí, bombones rellenos de Anton Berg. Los mejores del mundo.

Aquellos podría comprarlos en el súper.

—Me sorprendes, Carl.

Había llegado el momento de cambiar de tema.

—¿Te trata bien Carcamal? —preguntó—. Llevo un tiempo sin ver a Jesper, y ya no oigo más chismes sobre ti y tu pequeño tendero.

—No es pequeño, y se llama Gurkamal. Y no, no me trata bien, y no me da la gana de hablar de eso contigo, al menos, no ahora. Y si eres tan tonto como para esperar oír noticias de Jesper, te diré que tampoco yo sé nada de él.

—Es que tiene novia. Y entonces pasamos a un segundo plano.

—¡Sí! —La voz de Vigga sonó velada, de modo que Carl decidió dejarlo. No iba a entrometerse en su vida.

—Mira, en este momento atravieso la puerta de Bakkegården. Que lo pases bien, Vigga, y lo de Carc..., Gurkamal, ya se arreglará, tranquila.

Salió de la autopista.

—Saludaré a tu madre de tu parte. Adiós.

Durante unos segundos se sintió a gusto. El ejercicio de equilibrismo había salido bien, Vigga estaba neutralizada. Pero mientras compraba los bombones y ponía rumbo a la residencia, volvió a sentirse dominado por una sensación de que las cosas podían haber sido diferentes. De que el pasado lo tenía atrapado y no lo dejaba

respirar. En suma, no era nada agradable.

La anciana suegra de Carl no había cambiado, a excepción tal vez de que apenas la mitad de su por lo demás negrísimo pelo seguía siendo negro. Puede que el personal hubiera desistido de teñirlo, puede que ella misma se diera cuenta por fin de que ya no tenía treinta años ni era un bocado apetitoso para el sexo opuesto.

—¿Quién eres? —preguntó cuando tuvo a Carl enfrente.

De manera que a tanto había llegado. La demencia senil se extendía.

—Carl. Soy tu exyerno, Karla.

—Ya, ya me doy cuenta, tonto. Pero ¿por qué te has camuflado de ese modo? No solías estar tan fofo.

Era la segunda vez en el mismo día que le hacían aquella observación. Pero cuando incluso una anciana verdulera chiflada y medio ciega lo observaba, debía de haber algo cierto en ello. ¡Mierda puta!

—¿Qué me has traído? —preguntó sin más con la mano extendida. Cualquiera diría que era la taquillera de un cine.

—Bombones —respondió Carl, y sacó la caja de la bolsa de plástico.

La mujer observó el tamaño, escéptica.

—Uf, la caja económica. No compraría en la vida una caja así, ni aunque me la regalasen.

¿Por qué vengo aquí?, se preguntó Carl, pero ya sabía la respuesta. Si no lo hacía, había firmado que compensaría a Vigga con una suma de dinero. Una fuerte suma.

—Anton Berg, por supuesto —añadió algo ofendido, lo que hizo que las ávidas manos de la suegra se pusieran en movimiento, y a los diez segundos ya estaba comiendo.

Después del tercer bombón, posó la caja sobre la mesa que había entre ellos, y Carl lo interpretó como una invitación, de modo que tomó un bombón. Y como la caja seguía allí, fue a por un bombón de chocolate negro con mazapán, pero retiró la mano cuando la mujer le dio un manotazo en los dedos.

—No hay necesidad de vaciar la caja —dijo—. ¿Qué más me has traído?

Menos mal que no iba a verla muy a menudo.

Rebuscó en el bolsillo de la chaqueta, donde solía haber algo que brillase un poco. Una moneda de diez coronas o quizá un abrechapas. ¿Qué no hacía uno para que su senil exsuegra hablara bien de él?

La figura de madera tallada por Bjarke estaba en el fondo del bolsillo, tendría que ponerla en la estantería, junto al resto de efectos de la casa de Habersaat, pero encima de ella había algo que no conseguía identificar.

Sacó el cachivache y reconoció el péndulo del vivero holístico de Simon Fisker. Podría haber estado más brillante, pero le vendría bien.

—Mira, Karla, es un péndulo. Un pequeño instrumento mágico que...

—Ya los conozco. Es para lo de las ánimas y esas cosas, pero ¿para qué quiero yo algo así? Hablo bien con los muertos sin esas tonterías. Lo hago todos los días. Ayer por la noche, por ejemplo, hablé con Winston Churchill, y ¿sabes qué?, era muy simpático. Mucho más majo de lo que podría pensarse.

—Eh... Me alegro, pero este péndulo puede hacer más cosas. Por ejemplo, puede decirte qué va a ocurrir en el futuro. Puedes preguntarle lo que quieras, el péndulo te contestará. Tienes que agarrarlo así y hacerle la pregunta. Basta con un poco de práctica.

La mujer parecía desconfiar, de modo que le hizo una demostración y le preguntó al péndulo si mañana iba a hacer buen tiempo. Como podía preverse, el cachivache no quería obedecer, así que tuvo que ayudarle un poco.

—Mira qué bien va: eso significa que va a hacer buen tiempo. Prueba, Karla. ¿Qué vas a preguntarle?

Ella tomó el péndulo sin ganas y lo dejó colgando de la mano.

—La semana que viene ¿tendremos rollos de col rellenos? —llegó la pregunta tras pensarlo un minuto.

Como por desgracia era de esperar, el péndulo no se movió un milímetro.

—¡Si no funciona! Vaya baratija me has traído, Carl. Ya me acordaré de decírselo a Vigga.

—No, Karla, prueba con otra pregunta. Creo que no se puede preguntar sobre cosas de comer. Pregúntale, por ejemplo, si Vigga viene a visitarte mañana.

La mujer lo miró como si se hubiera vuelto loco. ¿Por qué diablos había de preguntar eso?

Estuvo un rato mirando al vacío con la vista velada por las cataratas, y luego sonrió.

—Entonces voy a preguntar si el nuevo cuidador me va a llevar al huerto.

Es posible que el péndulo se moviera.

¿Hacía trampas, o qué?

Hardy estaba en la penumbra cuando Carl abrió la puerta.

Sobre la mesa de la cocina había una nota de Morten.

«Está de mal humor», ponía. «He intentado que bebiera algo de priva, pero se ha metido en su concha. ¿Habéis discutido?».

Carl suspiró.

—Ya estoy en casa, Hardy —anunció, y le puso delante de la cara la nota de Morten—. Entonces, ¿no vas a tomarte un trago conmigo?

Hardy sacudió la cabeza y desvió la mirada.

—Venga, suéltalo, Hardy. —Cuanto antes pasase todo, mejor.

La voz de Hardy sonó reseca.

—No te entiendo. Has tenido la oportunidad de volver a abrir el caso, y la dejas

pasar. ¿Por qué? ¿Acaso no crees que lo significa todo esto para mí?

Carl agarró la palanca de mando de la silla de ruedas e hizo girar la silla para quedar frente a frente.

—Terje Ploug lleva el caso, Hardy. Sigue abierto, ya lo has visto.

—Creo que tus prioridades son extrañas, Carl, y no me gusta. ¿Por qué un caso sobre una chica atropellada hace casi veinte años es un obstáculo para que te ocupes un poco del nuestro? ¿Es que tienes miedo de que se sepa algo?

Alzó la vista hacia Carl.

—¿Temes las consecuencias? ¿Es por eso, Carl? Te he visto en la tele, te importaba todo un carajo. No has tenido ni ganas de mirar la pistola con la que nos dispararon. ¿Por qué?

—Tal vez suene algo duro, Hardy, pero tú tienes el cuerpo paralizado; yo tengo el alma paralizada. No puedo con ese caso. Al menos, no ahora.

Hardy miró a otra parte.

Estuvieron así, uno frente al otro, unos minutos, hasta que Carl desistió de seguir hablando con él, o consigo mismo. No era un día adecuado para ello.

Se puso en pie y dio un suspiro. Tal vez Hardy tuviera razón. Tal vez debiera dejar el caso de Alberte a Assad y Rose y arreglárselas para meterse en el grupo de Terje Ploug, en caso de que lo aceptasen.

Se sirvió un chupito en la cocina y colgó la chaqueta del respaldo de la silla. Al sentarse, algo le pinchó la espalda. Echó el brazo atrás y sacó el objeto del bolsillo.

Era la estatuilla de madera que encontró en la mesa baja de Habersaat. La figurilla de madera que Tío Sam dijo que había tallado Bjarke.

Y cuanto más la miraba, más se daba cuenta de que tal vez no fuera accidental que estuviera en aquella mesa.

Sí, cuanto más vueltas le daba entre los dedos, más seguro estaba de que la figura tenía muchos rasgos en común con el hombre que buscaban.

Aquel Frank, que algunos llamaban El Escocés.

—¡Gracias! Gracias, Simon, te agradezco que me lo hayas contado. Pero no, no tengo ni idea de por qué quiere la Policía hablar con Atu, ni de por qué han dicho en la tele que lo buscan. ¿Estás seguro de que pudiste reconocer a Atu en esa fotografía?

Tenía la mano apoyada en el pecho, apenas podía respirar.

—Sí, Mirja. El policía que estuvo en el vivero puso la foto delante de la cámara. Reconocí enseguida a Atu y la furgoneta.

El coche, sí. ¡Dios mío, también eso!

—Tenía una buena descripción de Atu. ¿Sigues teniendo la mancha clara en la paleta?

—No, se la quitó hace años.

—Bueno, pues estás avisada. Espero que no sea nada especial. A mí, desde luego, no van a sacarme nada. Os lo debo.

—Gracias, Simon.

Mirja colgó el receptor con cuidado. De modo que estaban sobre la pista, pero ¿en qué punto se encontraban? ¿Podrían llegar en cualquier momento y llamar a la puerta?

Tranquilízate, Mirja, no tienes nada que temer. ¿Qué tienen contra ti?

Lo repasó todo bien. ¿Qué podían probar? No había nada que probar, eso era todo. Tal vez supieran que la chica había estado liada con Frank. ¿Y qué? No estaba prohibido, ¿no? Estuvieron unos meses en Ølene y después se fueron, no existía la menor relación.

Mirja dirigió la mirada hacia la puerta de Atu. ¿Debería contárselo, o era mejor dejarlo? Si tenían que estar juntos en algo, debía ser entonces.

Sacudió la cabeza. ¿Por qué hablarle de ello, ahora que todo iba tan bien? Nunca habían hablado de ese tema, ¿por qué habían de hacerlo ahora? Él era lo bastante hombre como para defender sus cosas, así que Mirja defendería las suyas.

Se trataba, por encima de todo, del hijo que llevaba en sus entrañas. El hijo que iba a nacer para ser grande y adorado. Nadie debería evitarlo, ni la Policía ni Shirley. Si llegaba la Policía al centro, era fácil que se dijeran cosas que despertaran sospechas.

Miró por la ventana. En aquel momento reinaba el silencio en el centro, y la clase de meditación seguía su curso. Pero pasados diez minutos iban a reunirse todos en el salón comunitario para recibir las instrucciones de Atu sobre la semana entrante. Allí Mirja iba a hablar a los congregados sobre Malena, Valentina y Shirley. Sobre Malena

iba a decirles lo mismo que contó a Valentina, y haría que la gente expresara su alegría al oír que le iba bien. A continuación iba a darles recuerdos de Valentina, que ya estaba en el aeropuerto de Copenhague y que al día siguiente estaría en la oficina de Barcelona organizando cosas. Que en la oficina necesitaban refuerzos y que habían decidido darle una oportunidad siempre que pudiera partir enseguida hacia allí.

Iba a contarles que aquel tipo de misiones proliferarían en el futuro, a medida que las enseñanzas de la fusión con la naturaleza fueran extendiéndose. Desde luego, podía decirles que la doctrina de Atu se estaba traduciendo al italiano, y que había posibilidades de abrir una oficina en Asís o tal vez en Ancona, debido a la cercanía de Croacia, que era uno de sus objetivos potenciales.

Los reunidos movían la cabeza arriba y abajo; había una atmósfera agradable.

Mirja estaba rebotante con su vientre embarazado, y fuera brillaba el sol, mientras ella hablaba a los discípulos. Habían cosechado tomates del invernadero, y la conferencia de Atu fue fantástica. Porque la pujanza de su doctrina en el mundo era un éxito de todos y confirmaba a cada uno de ellos que su elección en la vida había sido oportuna y adecuada.

Mirja sonrió a Atu, que estaba sentado en su podio, escuchando. No habían discutido el nombramiento de Valentina, la traducción al italiano ni el establecimiento de otra oficina en la costa adriática, pero tampoco era necesario. Mirja era la emprendedora, y Atu era el alma de todo. Lo que había oído parecía de su agrado.

«Se nos ha presentado la posibilidad de impulsar la paz en el mundo con nuestra doctrina, Mirja», solía decirle a menudo. «Todas las religiones se fundirán en una, y la humanidad se concentrará en trabajar para el prójimo, en concordancia con la naturaleza, con sus caprichos y bendiciones».

Cuanto más discípulos Mirja enviase al mundo, más sólida se haría la posición de Atu, y también le vendría bien a su hijo, que en aquel momento daba patadas bastante violentas en su interior.

—Os envió también saludos de Shirley —anunció con voz sosegada, y miró varios rostros de los que había visto a menudo con Shirley—. Se marchó ayer, cuando le dije a las claras que, por desgracia, no podíamos aceptarla como miembro permanente de la familia.

Se oyó un murmullo en las filas. Tal vez se extrañasen más de lo conveniente, tal vez hicieran preguntas, pero no tenía que darles la posibilidad.

—Shirley es una persona agradable, cálida y diferente, y vamos a echarla mucho de menos. Ayer le hice una serie de preguntas y le planteé varias salidas posibles de cara al futuro, hasta que decidiéramos sobre su caso. Pero en el transcurso de la entrevista, de manera inesperada, resultó que tenía un plan muy concreto si se quedaba aquí. Acumulaba un deseo tremendo de asumir funciones que algunos de

vosotros desempeñáis ya, y pensaba que estaba mejor preparada para ellas que vosotros. Durante la entrevista, hizo gala de forma sorprendente de sus ambiciones y de su egoísmo, que no se encuentran en armonía con nuestro centro. Por eso le di la posibilidad de un período de purificación, pero lo rechazó y se puso muy enfadada. Tal vez alguno de vosotros la oyera vociferar en mi despacho. En un momento dado, estuve a punto de pedir ayuda, porque quería pegarme, pero conseguí calmarla y la convencí para que hiciera sus maletas de inmediato y volviera a Londres. Le devolví una buena parte de su matrícula, de otro modo no habría sido tan fácil.

Miró a la multitud, que, tal como esperaba, parecía conmocionada.

—Me habría gustado que se despidiera de aquellos de vosotros con quienes meditaba, de un modo adecuado y armonioso, y dentro del mejor espíritu de la Academia para la Fusión con la Naturaleza, pero no quiso transigir y deseó marcharse. Ni siquiera aceptó que la llevásemos hasta tierra firme, de lo enfadada que estaba. Sí, estaba muy enfadada.

—Debemos estar contentos por los cuidados de Mirja —se oyó desde atrás. Era Atu, que se había puesto en pie—. Y también debemos estar contentos por su valentía.

Avanzó hacia ella y le puso la mano en el talle.

—Tenemos muchas cosas que agradecerle, Mirja —declaró, girándose hacia los reunidos—. Si hay alguien que tenga preguntas sobre la decisión de Shirley y las vías que se le abren, que las haga sin miedo.

Pero nadie dijo nada.

Mirja estuvo un rato con todos sus sentidos alerta ante el nuevo círculo de postes y observó a los hombres trabajando. Desde allí hasta la casa donde Shirley llevaba encerrada por segundo día había varios cientos de metros. Una vez más, consideró que estaba a suficiente distancia. Para que algún sonido atravesara las paredes de la casa y llegara hasta el círculo de postes, tendría que ser por lo menos el de una sirena de niebla. Y, siempre que los hombres no se alejaran de su lugar de trabajo, no había nada que temer. No obstante, uno de ellos acababa de acercarse a la casa para hacer sus necesidades, y si uno lo hacía, podía ocurrírseles a otros.

Por tanto, una estúpida casualidad podía significar que un oído alerta oyera una voz desesperada pidiendo ayuda a gritos, y no podía permitirlo. Según sus cálculos, pasarían al menos cuatro o cinco días hasta que Shirley estuviera tan debilitada que los gritos ya no surtieran efecto. Sí, pasarían por lo menos veinte días hasta que muriese. Era mucho tiempo. Demasiado, se daba cuenta ahora.

Dio unas palmadas, y los músculos contraídos de los trabajadores se relajaron. Los hombres la miraron.

—Tengo un nuevo proyecto para vosotros, de modo que vais a dejar este trabajo durante una semana. Vamos a ir al otro extremo del centro, porque dentro de mis

planes está que todos tengamos bicis, para poder enviar a misioneros a otros lugares de la isla. Atraer a la población local será una gran ventaja, y ya he encargado las bicis. Mañana por la mañana llegarán los materiales, y vamos a construir un cobertizo para las bicicletas.

Los miró, inquisitiva.

—¿Qué os parece? ¿Estáis de acuerdo?

Y lució una amplia sonrisa, que se contagió a los demás.

Después, con la mano en el vientre y paso lento, atravesó el césped crecido y se dirigió a la casa donde Shirley debía morir. Había pensado acelerar el proceso, envenenándola. También había sopesado la posibilidad de dejarla sin sentido y luego cortarle las venas. Pero ¿y si encontraban el cadáver antes de que se desembarazase de él? ¿Y si Shirley había dejado, en algún lugar de la casa que Mirja no había encontrado, información que la señalaba? Existía la posibilidad, y aquella fue su primera preocupación.

Y luego estaba lo del peso. Aunque se muriera de hambre, Shirley seguiría siendo una mujer grande, y tendría que arrastrarla un buen trecho para alejarla lo bastante de allí. ¿Cómo iba a hacerlo en su estado, y cuándo podría hacerlo para que la gente no se diera cuenta?

Porque el plan era que a Shirley no la encontrasen viva y que su muerte no pudiera relacionarse con Mirja. Por eso, su primera idea fue esperar hasta que muriera de hambre; luego echaría la puerta abajo y pondría la llave en la mano de Shirley, para que diera la impresión de que se había suicidado haciendo una huelga de hambre y sed.

El problema era que el proceso llevaba mucho tiempo. Por eso regresó a la casa. No para matarla a golpes ya, sino para cortar el agua.

Por lo que recordaba, había un grifo en la parte trasera, y cerrarlo iba a suponer dos ventajas a largo plazo. Para empezar, eso le acarrearía una muerte más rápida. Y, además, daría más garantías de éxito a Mirja en caso de recurrir al plan B.

Porque, sin agua, Shirley no iba a poder apagar o controlar el fuego si de pronto la casa ardía, y tal vez debiera ser ese el final de todo. Un chorro de combustible y unas cerillas cuando todos estuvieran lejos del centro. Se trataba de esperar el momento oportuno.

Ni la Policía ni la gente de la academia iban a encontrar pistas que condujeran a ella.

Todo para proteger lo que habían construido.

Martes, 13 de mayo de 2014

—¿Qué diablos te ha pasado, Gordon? ¿Te has caído de la bici, o qué?

Gordon se llevó por reflejo la mano a su rostro maltrecho, que era un auténtico poema, un festival de color. Si el párpado derecho se hinchaba más, había peligro de explosión.

—¡No! —Su ojo sano miró a Carl con aire de disculpa. Luego añadió sin orgullo —: Me he peleado.

—No me digas. —Carl examinó sus delgados antebrazos, su espalda retranqueada y su pecho hundido. Un buen puñetazo en el plexo solar de aquel tipo raro y se acababa la pelea—. ¿Cómo carajo es que te has peleado?

—Todo empezó cuando el otro devolvió el golpe.

Carl trató de sonreír al oír el viejo chiste. ¿Hablabas en serio?

—Verás, ayer después del trabajo pasé por Byens Bodega, en Niels Brocks Gade. Había un montón de banderas danesas fuera, y un par de compañeros del Cuerpo divirtiéndose en una mesa, así que les pregunté si era el cumpleaños de alguno.

—Parece una pregunta inocente.

—Sí, hasta que empezaron a hablar mal de ti y a burlarse del Departamento Q. Dijeron que eras un cabrón, y una vergüenza para el Cuerpo lo del número de la tele, y que no les extrañaba que no quisieras hablar del caso de la pistola clavadora cuando hace siete años te comportaste como un cobarde de mil pares.

Toma ya.

—¿Y qué hiciste entonces? —dijo alguien desde la puerta. Rose estaba cruzada de brazos. Su actitud era superrelajada, de manera que había que suponer que había llevado al huerto a algún tío aquella noche, o que traía bajo el brazo algo nuevo e interesante.

—Pues le sacudí en el morro, ¿qué otra cosa iba a hacer? *Goddamnscheisse*, estaba hablando de mi departamento y de mi jefe.

Vaya, vaya... Carl miró a Rose. También ella lució una sonrisa torcida.

Gordon había entrado en el mundo de los hombres.

En efecto, Rose tenía una carta oculta bajo la manga, que eran cuatro bocetos de la mano hábil de Alberte, así fue como lo expresó.

—Tengo también una lista de los dibujos que debían haber incluido en la exposición que se suspendió debido a la muerte de Alberte. Los alumnos habían

titulado y numerado sus dibujos, y los de Alberte van del 23 al 26.

Carl inspeccionó la hoja. Había muchos dibujos con títulos como *Rocas de la costa este*, *Gudhjem soleado* y *Neblina en Almindingen*.

—Vaya —comentó Carl cuando leyó los títulos de los dibujos de Alberte. Entendía bien por qué Rose achicaba los ojos.

—Unos títulos bastante eróticos, en mi opinión —declaró, y se imaginó a los padres de la chica. Debió de ser una conmoción para ellos.

—Es que los dibujos son eróticos —dijo Rose, y se los puso delante.

En el primero del montón, que se titulaba «Cuidadoso contacto con piel», aparecía un primerísimo plano de la punta de una lengua tocando un pezón.

—Creo que es un pezón de hombre —declaró Rose, señalando un par de pelos rizados alrededor.

—Caramba, no es una imagen inocente para ser de una joven doncella judía de diecinueve años.

Levantó el siguiente dibujo.

—Vaya, pues la siguiente tampoco lo es.

Se trataba también de un primerísimo plano. Unos labios entreabiertos besándose, con saliva resbalando comisura abajo. *Abandono*, se llamaba.

—No cabe duda de que la chica se encontraba en una fase en la que estaba estimulada por algo —sentenció Carl, y sacó el tercer dibujo. Esta vez el motivo era una mujer desnuda de cuerpo entero, que miraba con gran intensidad al observador, con un bloc de bocetos en una mano y un lápiz en la otra—. Debe de ser Alberte mirándose en un espejo.

Era una imagen muy detallada, y estuvo a punto de perder el aliento.

—Si llega a colgarlos en la exposición, la habrían linchado entre todas las mujeres de la Escuela —continuó. Ahora entendía por qué Kristoffer Dalby, el bedel y todos los demás se fijaban tanto en ella.

—Vete a saber, igual fue eso lo que ocurrió —observó Rose.

Carl escrutó la expresión de su rostro. Con aquella chica no había manera de saber cuándo hablaba en serio.

—Es el último dibujo el que más va a llamarte la atención —advirtió Rose, y lo sacó del montón.

Carl contuvo el aliento, y no fue porque aquel dibujo era idéntico al de la Alberte desnuda frente al espejo, sino porque detrás de ella había dibujado un rostro de hombre. La imagen más detallada que habían visto hasta entonces de Frank.

Carl dirigió la mirada a la fotocopia de la pared. Por fin tenían más detalles de aquel rostro.

—El dibujo se llama *Futuro*, Carl. Fíjate en el rostro de Alberte.

Era verdad, había una diferencia. El rostro parecía más dulce que en el dibujo anterior; claro que la situación también era otra.

—¿No será que los primeros dibujos están hechos antes de que conociese a

Frank?

Rose asintió en silencio.

—Sí, en el cuarto dibujo su rostro parece como saciado, y quien la ha saciado es su novio, que está tras ella. Parece extrañamente serena para ser tan joven.

—Exacto, como si estuviese preparada para unirse al hombre.

—Debemos tener en cuenta la posibilidad de que dibujase el rostro sin que él estuviera delante, de manera que no podemos estar seguros de cuál era su aspecto entonces —razonó.

—Muy posible; pero también puede ser que empezara a dibujar su imagen del espejo y que después lo dibujase a él teniéndolo delante. En principio, podría haberlo dibujado en cualquiera de sus encuentros. Y en ese caso será un retrato fiel.

Ambos miraron la foto de Alberte que había en el tablón de anuncios de Carl. Era una buena dibujante, tenía un parecido enorme con los dibujos, no había duda al respecto.

—Sea como sea, creo que hemos conseguido un buen material sobre el hombre —concluyó Rose—. Lo que no entiendo es que él la dejara hacerlo. ¿Crees que sabía que era para una exposición?

Carl se encogió de hombros.

—También es posible que no lo viera.

—Desde luego, es una pena que hayas estado ya en la tele, Carl, porque, si no, podrías haber enseñado también esto. Pero me parece que no vas a tener otra oportunidad en cierto tiempo.

Carl y Assad solo esperaron diez minutos en la terminal 3 del aeropuerto hasta que una mujer encantadora de unos setenta y cinco años y el pelo con permanente salió del control de aduana. Encajaba con la descripción de la viuda del dueño de la furgoneta, Egil Poulsen.

Parecía devastada por el sueño escaso y las veinte horas de vuelo, pero cuando la llamaron se detuvo.

—¿Dagmar Poulsen? —preguntó Carl, y después hicieron falta cinco minutos de explicaciones y muchas miradas desconfiadas por parte de ella para que accediera a aceptar su oferta de transporte gratis hasta su casa de Brønshøj.

—Como no me han advertido de antemano, tendrán que disculpar el estado de la casa —dijo mientras abría la puerta de una casa con un olor acre de plantas mustias y más polvo sobre las superficies de lo que pudieran justificar unas vacaciones de veinte días en Malasia—. Egil quería retirar ese montón de chatarra de ahí fuera, pero es que al final ni rodaba.

Por la puerta de la terraza señaló una languideciente valla de estacas cubierta de vegetación.

—Al otro lado de los matorrales —concretó.

Era difícil de ver la cafetera entre la maleza, y seguían colgando de ella jirones de lona, de modo que la vecina no tenía del todo razón.

—¿Echamos a suertes quién entra a revisarla?

Assad señaló el parabrisas destrozado, por donde habían entrado carretadas de hojas, que ahora se pudrían en lo que fue el asiento del conductor.

—¿Echar a suertes, Assad? —Carl sonrió—. ¿Sabes la del camello que creía que podía volar y se arrojó por un acantilado?

—No, ¿qué le pasó?

—Pues que no fue muy listo.

Assad arrugó la nariz.

—Quieres decir que, entonces, ¿soy yo el que entra y registra la guantera, mientras tú registras la parte trasera?

Carl le dio unas palmadas en el hombro. Al fin y al cabo, tampoco era tan tonto.

Carl tiró de la puerta corredera y trató de no hacer caso a las maldiciones y juramentos de Assad mientras se abría paso entre el montón de hojarasca podrida.

Una limpieza rápida podría arreglar esto, pensó cuando la puerta corredera se abrió con un chasquido.

No había mucha luz en el interior, porque las ventanillas laterales estaban matizadas y muy sucias. Trató de acostumbrarse a la oscuridad, y pronto aparecieron ante él varias cajas de cartón. Abrió varias en las que colonias de ratones se habían criado durante generaciones, y examinó su interior. Impresos de diversas manifestaciones por la paz y pósteres pegados en las paredes del vehículo con el mismo tema. Justo como lo había descrito Inge Dalby.

ENCUENTRO POR LA PAZ, ponía en uno que tapaba una cartera de cuero como la que llevó Carl su primer día de escuela.

La abrió. Los ratones también habían vivido allí, pero un pequeño cuaderno de anillas con panfletos de todo tipo de eventos como el Congreso Mundial de la Paz de Bella Center y las marchas de Semana Santa de varios años estaba intacto.

Carl hojeó en él. Ningún nombre de activistas.

—¿Has encontrado algo, Assad? —gritó.

Se oyó un gemido.

—¿Han encontrado algo? —preguntó Dagmar Poulsen desde la terraza.

—No, nada, pero hemos sacado unas fotos del coche. Por lo demás, solo nidos de ratones; bueno, y Assad ha encontrado esto en la guantera.

Hizo una seña para que Assad lo mostrase.

La señora Poulsen, agitada, se llevó la mano al pecho. Una culebra así, larga y reseca, era capaz de asustar al más pintado.

—Estaba en la guantera, y se habrá alimentado de crías de ratón hasta que un día se dio una panzada —explicó Carl, y luego cambió de tema—. ¿Cree que su marido

tenía listas de activistas de entonces en alguna parte? Su hija decía que sí.

La mujer sacudió la cabeza.

—Lo tiré todo al morir Egil. En aquel momento me pareció que el trabajo de base ya había llenado bastante nuestra vida.

Assad jadeaba. Todavía no se había recuperado de su encuentro con la culebra.

—Échala a los matorrales, Assad —ordenó, y se giró de nuevo hacia la mujer—. No conocerá por casualidad a un joven de aquella época a quien su marido le prestaba la furgoneta, ¿verdad? Se llamaba Frank, y lo llamaban El Escocés.

Sorprendentemente, la mujer se puso rígida y se llevó la mano al pecho por segunda vez.

¿Se había ruborizado?

—Se llamaba Brennan, Rose. Frank Brennan. Dagmar Poulsen casi se desvanece cuando ha dicho el apellido. Había estado liada con él. También ella. Desde luego, aquel tipo no estuvo cruzado de brazos en su juventud.

—¡Fantástico! —exclamó Rose, pero no sonó como si lo dijera de verdad. Después siguió, con un retintín mordaz—: Y, por supuesto, lo habéis buscado y habéis dado con él, ¿verdad?

Carl se contuvo. Diablos, qué perspicaz era aquella mujer.

—Bueeeeno, estamos en ello. Pero, por lo demás, Dagmar Poulsen ha confirmado todo lo que ya sabíamos, tanto de su físico como de su manera de ser. Ha confirmado también que tuvo la furgoneta a su disposición desde la primavera de 1997. Poulsen no se la prestaba, se la alquilaba, y la viuda creía que era porque se había enterado de su lío y ya no estaba en términos tan amistosos con el joven. Pero nunca lo supo con seguridad, porque nunca hablaban de aquello.

—¿Y cuándo devolvió la furgoneta? —preguntó Rose.

—Hacia las Navidades de aquel año. Y Poulsen estaba cabreado con él porque el parachoques delantero estaba abollado. Así que discutieron, nos ha dicho Dagmar Poulsen. Y no volvieron a verlo.

—Bueno, pero miraríais la parte delantera del coche, ¿no? ¿Encontrasteis la abolladura?

Carl colocó su Samsung ante las narices de Rose y fue pasando las imágenes. Veinte fotos de una parte delantera del todo corroída, y de un parachoques que yacía en el suelo. Le dieron la vuelta y, en efecto, había una pequeña abolladura, pero ¿qué parachoques de Copenhague no la tenía?

—Eso no nos vale para nada. Menos mal que Gordon y yo tenemos algo.

Los condujo hasta el hombre sentado tras el escritorio, que, sobre todo ahora, parecía un contorsionista que se hubiera atascado.

Gordon los miró con expresión fatigada. Seguro que Rose había aprovechado la ocasión, mientras los demás no estaban, de recompensarlo por el ojo a la funerala y

por defender el honor del Departamento Q.

Los malpensados deberían sentir vergüenza.

—¿Qué pasa, Gordon? —preguntó Assad con las cejas bailando, pero el hombre no le hizo caso. No había duda de que a su autoestima no le pasaba nada.

—Ha llamado el que fotografió el encuentro de coches de época de Bornholm aquella vez. Es un entusiasta de los coches de época, que hablaba por los codos y ha insistido en mostrarnos toda su colección de fotos de coches antiguos.

No creo que llegue a ocurrir, pensó Carl.

Rose sonrió, satisfecha.

—Solo sacó cuatro fotografías en aquella ocasión, así que las tenemos todas. De hecho, había echado de menos esas fotos durante todos esos años, y le gustaría recuperarlas. No sabe cómo llegaron a manos de Habersaat, pero el hombre debió de olvidarlas en una exposición del Teatro de Rønne organizada por el club de coches antiguos. Todas sus fotos están sacadas con una cámara Instamatic, tal como suponíamos, y no hay negativos. Por eso Gordon le ha dado las gracias, pero ha declinado reunirse con él.

Menos mal, gracias a Dios.

—En mi opinión, no habéis tenido más suerte que nosotros —declaró Carl, pero pinchó en hueso.

—Hay una llamada de otro hombre que es mucho más interesante —anunció Rose—. Y hemos conseguido una cita.

—Vale. Con el mismísimo señor Frank Brennan, supongo.

El comentario avinagrado también pasó de lado.

—El hombre se hace llamar Kazambra, y hemos localizado su página web.

Empujó hacia él un folleto impreso.

«¡HIPNOTERAPIA!», ponía en letras gruesas en la primera página.

Carl frunció el ceño, tomó la copia y leyó el encabezamiento.

¿Tienes problemas para dejar de fumar? ¿Falta de confianza en ti mismo? ¿Miedo a volar? ¿Miedo a las alturas? ¿Incontinencia urinaria? ¿Nerviosismo?

Solo faltaban mojar las sábanas, terror al agua, aracnofobia y varios cientos de otras dolencias. Casi parecía poder curarlo todo.

Siguió leyendo.

Albert Kazambra tiene la solución a estas molestias y a muchas otras. Dos o tres sesiones, efectivas pero inofensivas, en las que te hipnotizan, trabajan y bloquean tu problema, además de que encuentras el camino más seguro hacia una mayor libertad personal. Pon fin a tus tormentos y visita mi clínica, donde serás recibido con discreción y un servicio amable por parte de nuestra secretaria.

¿Ha llamado él?

Carl señaló la foto del folleto, de un hombre mayor de pelo cano con mirada

penetrante. Seguro que alguien había estado jugando con Photoshop.

Luego observó el precio. Tres sesiones de treinta minutos: siete mil ciento diez coronas. «Plena garantía de resultado, o recupera su dinero», ponía, pero no decía nada de cuál debía ser el resultado, en caso de producirse.

—Un precio abultado —comentó, y se extrañó por las últimas ciento diez coronas. ¿Es que siete mil no era suficiente?

La mirada de Rose se encendió.

—Carl, puede darnos datos de la persona que mostraste en la televisión. Dice que conoce a Frank. Y va a acudir a la feria de salud «El cosmos alternativo», en el polideportivo Frederiksborg de Hillerød. Nos hemos citado allí esta tarde.

Carl esbozó una sonrisa irónica. ¿¡Hipnosis!?! ¿¡Kazambra!?! ¡Menudo nombre! Desde aquella vez, hacía treinta años, en que estuvo en un polideportivo de su pueblo escuchando a un hombre que decía llamarse Humboldt y sostenía que podía poner a todo el público a la vez en trance, no había conocido a nadie que dijera que era hipnotizador.

Bueno, de hecho, el hombre de su pueblo tampoco lo era. Su primera orden fue que todos saltasen a la vez, y Carl saltó tan alto como pudo, porque no quería ser el único en quedarse pegado a la silla. Cuando el hombre pretendió que todo el polideportivo se quedara dormido, a Carl no le dio la gana, y estuvo mirando a los que tenían los ojos entreabiertos, para ver si eran los únicos con quienes no funcionaba.

La gente desea que la engañen.

Se giró hacia Assad con una sonrisa torcida.

—Quizá debieras vaciar la hucha y probar a ver si esta vez superas el miedo a culebras resacas.

Por extraño que parezca, a Assad no le pareció que sonara atractivo.

Rose, por el contrario, se subió al carro enseguida.

—Pero tiene una oferta para la feria. Dos sesiones por dos mil trescientas setenta coronas. Es una rebaja del cincuenta por ciento. Y Gordon está pensando en venir también. Dice algo de unas fobias existenciales.

¿Fobias existenciales? Sí, parecía muy apropiado. Carl no podía dejar de sonreír.

En la entrada del polideportivo Frederiksborg había un hombre agitando un cartel. «El Cosmos Alternativo son patrañas, no os dejéis engañar», decía.

—Se aprovechan y burlan de vuestro buen juicio. ¡Os desviáis de Dios con esas brujerías! —gritó, al tiempo que repartía folletos con la mano libre.

Pocos los aceptaban, pero los que lo hacían los arrojaban sin leer a las papeleras que había en la entrada.

No era muy popular en aquel lugar, debería saberlo.

Mostraron la chapa, pero los porteros no estaban dispuestos a dejarlos entrar sin

pagar.

—Si lo decís una vez más, os podemos asegurar un par de días de estancia gratis a pan y agua —propuso Rose con audacia.

Los porteros se quejaron, pero al final los dejaron pasar.

El polideportivo Frederiksborg era mayor de lo que parecía por fuera, y la cantidad de puestos parecía tan caótica como enorme.

—Está en el puesto 49E —comunicó Rose—. Quedan veinte minutos para la cita, así que voy a echar un vistazo por mi cuenta.

Carl la miró, resignado. Veinte minutos eran una eternidad allí.

Assad y él se introdujeron en la riada de gente que caminaba a paso de tortuga con expresión soñadora e inquisitiva en la mirada. No había la menor duda de qué era lo que buscaban: a saber, un atajo rápido, sencillo, y a ser posible barato, a una vida mejor y más serena. El camino a una inmensa felicidad, a la satisfacción personal, a más armonía y salud y, sobre todo, a una mejor comprensión y cercanía a los secretos del universo y del más allá. La cuestión, entonces, era en qué puesto iban a encontrarlo, porque había muchísima oferta.

Pasaron despacio junto a personas esperanzadas que ya habían entrado en los pequeños puestos y hacían cosas extrañas. Aquello era una experiencia muy especial para un hombre que se había criado en una granja y al que le habían enseñado que Kosmos era el nombre del tractor del vecino y que leer las manos era lo que hacían los sordos.

Assad, al contrario, lo estaba pasando bien, y de vez en cuando señalaba lo que atraía su atención.

«Poul el milagrero», ponía en un puesto donde un hombre bastante rechoncho practicaba sus habilidades en imposición de manos. No había cosa que no pudiera arreglar en media hora, según su cartel, y el cliente parecía también dispuesto a cualquier cosa, desde que le arreglasen su problema de aerofagia hasta pedir consejo divino.

Había gente que decía «Mm-mm», gente que emitía sonidos guturales que podían asustar al más pintado, gente con las manos en el aire, separadas por veinte centímetros, sintiendo el aura, la energía anímica, el espectro de color y las posibilidades espirituales de los demás.

Había canalización del trance, terapia de tambores, experiencias de reencarnación, danza angelical, junto con cursos de tarot, canalización de energías maestras, *healing* y cientos de otras cosas incomprensibles. Y cada una de las actividades ofrecía su solución específica para la mar de problemas, en la convicción de que su camino era el adecuado. Era como para marearse.

Carl acababa de divisar un puesto de cerveza que parecía funcionar muy bien, cuando Rose se interpuso y dijo que era la hora de la cita con Kazambra.

El puesto 49E con el imponente careto de Kazambra estaba vacío, pero compartía espacio con una mujer joven, muy activa y guapa cuya especialidad eran las

demostraciones de radiaciones telúricas y artes de zahorí con ayuda de varas y péndulos.

Carl se imaginó a su exsuegra.

—Deberíais haber visto ayer a mi suegra con un péndulo como ese. Deseaba saber si se iba a llevar al huerto al cuidador de la residencia, así, literal. El péndulo se movió, ya lo creo.

Carl rio, y reparó demasiado tarde en una mujer mayor que apareció tras él con expresión ofendida. ¿Sería una cliente de la mujer del péndulo?

—Ya he visto cómo se han puesto tontos para entrar sin pagar, y también las miradas que dirigen a todas partes. No deberían estar aquí —dijo en voz casi demasiado baja—. ¿Qué saben de lo que estas cosas significan para nosotros? Yo estoy enferma, y sin mis cristales y la metafísica no sería nada.

Miró a Rose.

—Usted es joven y está sana. Pero yo estoy gastada, y los cristales mantienen la muerte a distancia. Intenten ponerse en nuestro lugar.

—En realidad, no quería... —trató de terciar Rose, pero la señora la interrumpió.

—Esto es de parte de Albert. Estos días no está muy en forma, y ha decidido no venir. La dirección está en la tarjeta. Los está esperando.

La casa de Kazambra estaba recién renovada y era la más bonita de Tulstrup. No era de extrañar, con aquellos honorarios estratosféricos.

—De uno en uno —dijo el hombre, cuya mirada parecía normal, cuando les abrió la puerta en el pasillo.

Carl sacudió la cabeza.

—Creo que no has entendido bien. Hemos venido para informarnos de lo que puedas saber de Frank Brennan.

—Eso luego —dijo entre toses. A ver si no los contagiaba—. Pero he acordado con esta señorita que no iba a hacerlo gratis.

—Ya, pero la Policía danesa no paga por la información —protestó Carl, mientras dirigía a Rose una mirada de reproche. ¿Qué diablos se pensaba?

—No, por la información, no, eso ya lo entiendo. Lo que vais a pagar va a ser una sesión de hipnosis de media hora cada uno, y después podemos hablar sobre Frank. ¿No es lo que hemos acordado...? Rose te llamabas, ¿no?

Rose asintió.

—Sí, los tres tenemos algo de lo que deseamos librarnos. Tu miedo a volar, Carl. Mis malos recuerdos. Y tú, Assad, ya sabes lo que más necesitas superar. Personalmente, creo que es miedo.

Se volvió hacia Carl.

—Tranquilo, Carl. He encontrado una laguna en los presupuestos. No vas a tener que hacer nada.

Aquello era inaudito.

Primero fue el turno de Rose, y ahora le tocaba a Carl.

Durante un rato, él y aquel Albert Kazambra estuvieron mirándose con desconfianza en una estancia en penumbra repleta de estanterías de madera de roble. Fue una irritante lucha de poder por el control, mientras Kazambra, entre toses, cuchicheaba, gruñía y lo miraba con fijeza. No era una situación en absoluto cómoda para un subcomisario de policía con más de veinte años de antigüedad. Y, de repente, todo desapareció.

Después, mientras Rose y él esperaban en la antesala de Kazambra a que Assad terminara, se sintió extrañamente aliviado, casi como si le hubieran quitado un peso de encima.

Debería estar a gusto con la situación, pero la verdad era que se sentía violado en el alma. ¿Qué cojones había pasado? ¿Qué había hecho con él aquel hombre? ¿De qué habían hablado?

Trató de establecer contacto con Rose, que estaba callada, mirando por la ventana.

—¿Qué crees que ha ocurrido? —le preguntó un par de veces, hasta que por fin Rose se giró hacia él, lánguida, como si estuviera bajo los efectos de alguna medicina.

—¿Ha ocurrido algo? —respondió, casi en trance.

La cosa no mejoró al salir Assad. En suma, parecía que lo mejor que podían hacer aquellos dos era ir a casa y echarse una buena siesta. Carl tenía la impresión de haber salido más airoso que ellos de la prueba.

—¿Pido un taxi para que los lleven a casa? —preguntó Kazambra cuando Carl quiso saber cuánto tiempo iban a estar sus compañeros así.

Era en sí una buena respuesta.

—Pues adiós, Rose y Said —se despidió cuando llegó el taxi—. Llamadme si os sentís mal. Puede que esta noche tengáis pesadillas, pero no debéis preocuparos por eso. Mañana todo debería volver a la normalidad, aparte de los pequeños ajustes que hemos realizado hoy.

Entonces se quedaron solos.

—Pero tú parece haber aguantado bien la sesión —comentó.

Carl hizo un gesto afirmativo. De hecho, se sentía extrañamente despreocupado y muy a gusto. Casi como en los viejos tiempos, una cálida tarde de verano en casa de su tía con una jarra de limonada casera. Lejos del peligro, contento y libre.

Era una sensación nostálgica, casi surrealista, explicó.

Kazambra asintió con la cabeza.

—No te pienses que vas a evitar una reacción, pero ya hablaremos de ello cuando se presente. Al fin y al cabo, lo que has tenido que pasar no ha sido cosa de broma.

Pero estamos en camino, eso seguro.

En circunstancias normales, Carl habría insistido en preguntar de qué habían hablado y qué le había hecho el hombre, pero en aquel momento no parecía importar. Era la sensación de su interior la que valía, y era una buena sensación.

—Querías preguntar por Frank Brennan, que tengo entendido que andáis buscando. Por eso, lo primero que debo decirte es que no he tenido ningún contacto con él durante años. Acudió a mí de joven, y me causó una impresión inquietante, por eso lo recuerdo tan bien.

—¿Recuerdas cuándo fue eso?

—Sí, en el verano de 1998. Mi esposa Helena acababa de fallecer, de modo que fue un año doloroso, de los que no se olvidan.

Carl entendió.

—Te acompañó en el sentimiento. ¿Vives solo desde entonces?

El hombre asintió.

—Todos tenemos una cruz que llevar —dijo.

—Así es, así es. Has dicho que Frank era inquietante. ¿Por qué?

—Por varias razones. La primera de ellas, que es la única persona que no he podido hipnotizar en mi larga carrera. Pero, sobre todo, porque descubrí que acudía a mí con intenciones ocultas. Lo normal es que la gente que acude a mí desee quitarse una carga de encima. Pero el tal Frank Brennan solo quería aprender, de eso me di cuenta cuando vino por segunda vez. Venía ni más ni menos que a robarme mi arte, pero noté que no era solo para cosas buenas. Cada vez era más consciente de que no venía solo a aprender a hipnotizar, sino más bien a encontrar una herramienta que le ayudara a dominar a la gente que lo rodeaba. Desde luego, nunca he conocido una persona más manipuladora que él. También se le notaba a la mujer que lo acompañaba. Era como un perrito cuando estaba junto a él, casi como si la hubiera hipnotizado ya.

—Una mujer. ¿Puedes describirla?

—Sí, tampoco ella era fácil de olvidar. Hablaba sueco con acento finlandés, era ligera y ágil, todo nervio y hueso. Creo que en realidad era rubia, pero por aquella época llevaba el pelo teñido con *henna*. Una mirada profunda, como si en su conciencia hubiera muchas cosas ocultas que podían llevar a un conflicto interior. Daba la sensación de no estar en armonía consigo misma.

—Pero ¿a ella no la hipnotizaste?

—No, nunca se habló de eso.

—¿Qué ocurrió, entonces?

—La tercera vez que vino lo rechacé, y después dejé de aceptarlo. Para entonces ya sabía con seguridad que había simulado en nuestras sesiones, fingiendo estar en trance. Además, me había informado acerca de sus andanzas, y no quería tener ninguna relación con aquello. Porque trabajo en el mundo alternativo, donde conozco a mucha gente que te desea lo mejor. De hecho, son la mayoría. Y muchas veces

ayudan a la gente a sentirse mejor. Muchas veces ni yo sé cómo es posible, pero no es necesario comprenderlo si tiene un efecto positivo. No obstante, lo que él quería en aquel mundo alternativo me ponía nervioso. A veces conoces a gente que desea fundar un nuevo movimiento y reunir en torno a sí un grupo de seguidores, y, cuando lo consiguen, suelen estar bastante contentos del resultado. Tal vez lleguen diez, tal vez cientos de seguidores, la cosa normalmente se queda ahí y no pasa a convertirse en un movimiento mayor. Pero en el caso de Frank Brennan vi una ambición enorme. Era insaciable en su pasión por tener influencia. Hablaba de la disolución de las grandes religiones, de nuevos caminos para la humanidad. Es algo que hemos oído antes, claro, pero, comparado con la mayoría, él era muy sistemático y procedía con gran determinación. Creo que, de no haber sido como era, no habría acudido a mí tres veces. Coleccionaba de forma metódica herramientas que podían emplearse para que su plan triunfase, y no iba a dejar que nadie le parase los pies. Por eso tuvimos que dejar la colaboración, se lo pedí yo.

El anciano lo miraba ahora con una mirada diferente a la del profesional. Parecía casi aliviado, como si hubiera estado en el confesonario y acabara de recibir la indulgencia por sus pecados.

—Nos urge encontrarlo, y necesito saber más para dar con él —explicó Carl.

—Lo sé. Como decía, no lo he visto desde entonces, pero durante cierto tiempo lo seguí a distancia. Lo cierto es que sé que fundó una academia, y que ahora se ha instalado en Suecia.

Tomó del escritorio un pedazo de papel y se lo pasó a Carl.

«Academia para la Fusión con la Naturaleza, de Atu Abanshamash Dumuzi. Sede central en Öland, Suecia», ponía, escrito con la caligrafía de un hombre anciano.

Carl estuvo a punto de abrazarlo. No había dinero tan bien gastado como el que les sableó aquel hombre.

Suspiró de alegría. Se hacía llamar Atu. De manera que sí que eran tres letras.

El viejo hipnotizador echó la cabeza atrás. Su misión había terminado.

Carl le dio la mano.

—Ha sido una ayuda fantástica —declaró—. Pero, hablando de nombres, ¿por qué has llamado Said a Assad?

El anciano bajó la mirada al suelo.

—Eso ha sido un error. Me he excedido en mis competencias, porque el secreto profesional es fundamental en mi actividad, de otro modo no funciona. Pero, en fin, es el nombre que ha empleado él durante la sesión. Said, y un apellido que no he captado bien.

Miércoles 14 de mayo y jueves 15 de mayo de 2014

Pasados tres días, Shirley había agotado todas las explicaciones verosímiles.

Entendía bien que Mirja hubiera estado enferma el primer día, y también el segundo. Pero después tendría que haber buscado un sustituto, para que Shirley tuviera lo que le hacía falta. Pero ¿y si no había nadie que supiera que se encontraba allí? Mirja podría haberse olvidado, o podría haber estado tan enferma que tal vez estuviera dormida todo el tiempo. Porque era impensable que a Mirja no le pasara nada y que la hubiera dejado en la estacada, ¿verdad?

Se puede vivir tres semanas sin comida, así que no estás en peligro, era su consuelo al principio. Pero entonces de pronto dejó de correr el agua, y aquello fue ya otra cosa.

Al principio, pensaba que volvería, que seguro que solo era cuestión de tiempo. Pero, a medida que pasaban las horas y reflexionaba sobre el desarrollo de los acontecimientos, le entró el miedo. Miedo de veras.

Cuando dejó de correr el agua, lo hizo de repente. Nada de que el flujo fuera disminuyendo, ni de que hubiera entrado aire en la tubería. De un segundo a otro se detuvo, y las valiosas gotas desaparecieron en el lavabo del baño ante sus ojos.

Esperó media hora, y volvió a abrir el grifo del agua fría y de la caliente, pero no brotó ni una gota.

¿Habría sucedido algo en la obra? ¿Habrían roto sin querer una cañería? Al menos, el débil ruido de martillazos y gritos procedentes de allí cesó a la vez que se cortó el agua. ¿Podría haber alguna relación?

Un par de veces intentó gritar con todas sus fuerzas pidiendo ayuda, pese a saber que era inútil. Lo había probado antes, y ahora no logró más que dejarle la garganta más escocida y reseca.

Miró, absorta y desanimada, sus cartas del solitario y el manual que había de convertirla en una persona mejor y más plena. Pero, por mucho que su alma ansiara consuelo, y fuera cual fuese el objetivo de su estancia en aquel habitáculo, la sed de su cuerpo lo superaba. Si no lograba ayuda o agua en los dos próximos días, no iba a sobrevivir, lo sabía. Al menos, nunca se había figurado que fuera fuerte en ese sentido, porque no lo era.

En la vida diaria, pasar unas horas sin comer ni beber la desesperaba, porque por encima de todo era una persona de costumbres. Siempre una botella de agua en el cajón, siempre una barrita energética en el bolso, y Shirley estaba tranquila.

Una vez más, paseó la mirada por las paredes de madera maciza. Aunque se afaná

en buscar, no encontró ni agujeros de tornillos ni cabezas de clavo en ningún lugar de las paredes. Era probable que las tablas estuvieran ensambladas para cubrir las cabezas de los clavos, pero si conseguía sacar una de las tablas, podría intentarlo con la siguiente, de modo que había tal vez una posibilidad de llegar hasta el aislamiento y retirarlo. Así la gente de fuera quizá pudiera oírla. En el mejor de los casos, tal vez podría incluso romper las tablas exteriores hasta hacer un agujero.

Por enésima vez aquel día, trató en vano de tragar algo de saliva, y luego hundió las uñas en la moldura, donde la raja era mayor, y trató de tirar.

Lo único que consiguió fue romperse dos uñas. Tampoco eran muy fuertes, hacía tiempo que se lo dijo una de las dependientas de la peluquería.

Entonces rebuscó en la bolsa. Tenía un par de zapatos de hebilla y otras cosas en el neceser que tal vez pudiera usar.

Tras un minuto de búsqueda, los labios de Shirley se pusieron a temblar, y las manos a moverse, frenéticas. Inspeccionó cada pliegue y cada espacio libre de la bolsa, y al final se quedó, desganada, con las manos en el regazo y la bolsa volcada en el suelo.

No comprendía aquello, pero así debió de ser: Mirja le ayudó a llenar la bolsa de viaje, y ahora los zapatos de grandes hebillas no estaban, tampoco las tijeras de uñas ni la lima de uñas. No podía ser una casualidad. Pocas cosas lo eran cuando Mirja andaba por medio.

La conclusión era a todas luces espantosa. La idea no era en absoluto que saliera con vida, ahora se daba cuenta.

Shirley asintió en silencio para sí. Debió escuchar su voz interior. Tal como sospechaba, Wanda Phinn había ido a la Academia para la Fusión con la Naturaleza, y Mirja se ocupó de que desapareciera. Pero ¿cómo? ¿Y dónde estaba ahora?

La consecuencia de un encuentro entre las dos pudo bien ser fatal. Wanda no era de las que se echaban atrás, y tampoco de las que se tumbarían de espaldas con las patas en el aire como un perrito por satisfacer a Mirja.

Entonces, ¿qué? ¿Cómo reaccionó Mirja?

¿Habría ocurrido lo peor? ¿El cuerpo de Wanda estaría pudriéndose en alguna de las otras casas? ¿Su pobre amiga habría estado todo el tiempo en la academia mientras Shirley andaba por allí como una ingenua, sin sospechar nada?

Algún día había estado a punto de acudir a Atu con sus sospechas, y se arrepentía de no haberlo hecho. Estaba segura de que Atu habría hecho algo al respecto. A pesar de que Mirja tenía mucho poder en el centro, y también sobre Atu, ahora que estaba embarazada de su hijo. Pero Atu parecía tan abierto y liberador, con aquella mirada profunda, sabia... La habría escuchado y la habría comprendido, lo sabía.

Pero ¿y Valentina? También ella desapareció de pronto.

Una idea horrible golpeó a Shirley. Tal vez fuera ella quien puso a Valentina en peligro. Porque le contó sus sospechas acerca de lo sucedido con Wanda. ¿Y si Valentina se lo contó después a Mirja? ¿Por eso estaba ahora en aquel recinto estéril?

¿Por eso Valentina marcó distancias con ella y luego se fue?

Se cubrió el rostro con las manos. No podía seguir aquellas ideas, de lo espantosas que eran. Si hubiera tenido bastante líquido en el cuerpo, habría llorado, pero ¿cómo llorar sin lágrimas?

Shirley sintió que la rabia se acumulaba en su interior con un ímpetu desconocido hasta la fecha. Una rabia que podía hacer que estrangulara a Mirja si alguna vez tenía la oportunidad. Una rabia que desearía haber tenido cada vez que la acosaban en el trabajo, se reían de ella, la dejaban de lado o abusaban de ella.

Apretó los dientes y presionó los puños contra los labios tan fuerte como pudo. Se dio pellizcos hasta que empezó a hacerse sangre. Se arañó las mejillas y se quedó jadeando en busca de aire.

Al menos debía sentir dolor para sentirse también viva, porque estaba viva, y, qué coño, pensaba seguir estándolo: Mirja iba a arrepentirse de lo que había hecho.

Echó la cabeza atrás y captó un par de estrellas brillantes en el lucero de arriba.

Dentro de unas horas el sol iba a estar en el mismo sitio y calentar la estancia de purificación. Los últimos dos días el tiempo había sido muy irregular y lluvioso, pero ¿y si el sol volvía con fuerza renovada? La sed se acentuaría, bastaba con que la temperatura ambiente subiera un par de grados.

Cuando despertó, el sol brillaba en lo alto, y la temperatura de la estancia era por lo menos ocho o diez grados superior a la de la víspera.

Si los poros de su piel se abrían y empezaba a sudar, ¿cuánto tiempo iba a aguantar cuando el equilibrio de líquidos hubiera alcanzado un punto crítico? ¿Era ahora cuando debía recurrir a la última solución?

Se levantó y entró en el baño, y miró por enésima vez la alcachofa de la ducha, de la que hacía tiempo que había chupado el agua.

Imágenes de un desayuno con pan, zumo y café parpadearon un momento en su mirada interior. Bueno, en realidad no todo. Solo el zumo.

Shirley se sacudió el espejismo y notó el calor que la rodeaba como si fuera a estrangularla. Por lo que más quisiera en el mundo, no debía ponerse a sudar. No sudar, no sudar.

Pensó en bebidas heladas. En baños vespertinos en Brighton, que solía rechazar, porque hacía demasiado frío, porque su bañador le sentaba horrible, porque no tenía pareja y todo el mundo estaba ocupado con sus cosas. Soñó con la brisa fresca y la llovizna, suave como el edredón.

Entonces Shirley tomó una decisión y se desnudó. Puso toda la ropa en un montón en el lavabo y sintió con satisfacción que su piel respiraba de nuevo.

Luego su mirada se paseó por su cuerpo pálido y fofo. Qué ironía era que ella, que siempre había tenido problemas con su peso, fuera a morir de hambre y sed.

Sacudió la cabeza. Decidió que no podía permitir que sucediera. Porque entonces

moriría sin haberse vengado. Iba a regular su temperatura corporal vistiéndose y desvestiéndose, para que permaneciera igual hiciera el tiempo que hiciera fuera, y, al fin y al cabo, le quedaba una manera de satisfacer la sed, aunque no era muy agradable.

Miró el retrete y trató de reunir fuerzas. Quedaba agua en la taza, y la cisterna tampoco estaba vacía. Tomó la determinación de no hacer sus necesidades desde que cortaron el agua. Si economizaba con el agua de la taza y de la cisterna y hacía sus necesidades en el suelo, como venía haciendo los dos últimos días, le quedarían unos ocho litros de agua para ir tirando.

Pero no era agradable. Había huellas de deposición y restos de orina en el borde del agua de la taza.

De nada vale ser finolis, pensó, mientras hundía la mano en el agua y se la llevaba a la boca.

Dio un par de arcadas, pero cuando el agua llegó a sus labios, supo que podía hacerlo.

Después de tragar miró otra vez la taza y sintió arcadas.

—Venga, Shirley, ¡claro que puedes hacerlo! —gritó, y se dio un manotazo en la sien. Le hizo daño, pero le hizo bien.

Seguía estando viva.

La mayor parte del jueves el sol calentó sin compasión, mientras Shirley rascaba la tabla de la pared. La había aflojado tal vez milímetro y medio, pero eso era todo. Admiraba el grupo que trabajaba en el círculo de postes por su destreza manual, pero ahora lo maldecía. Aquello estaba montado con solidez. No iba a lograr sacarlo.

Entonces se le ocurrió la idea de romper el tubo de desagüe del lavabo. Un tubo de metal así podía hacer agujeros si golpeabas lo bastante seguido en el mismo sitio.

Lo asió fuerte con ambas manos, colocó los pies contra la pared y tiró con toda su alma.

El tubo se rompió como si fuera de papel, y es que casi lo era. Estaba hecho de plástico delgado, cubierto de un cromado de imitación.

—*DAMN IT!* —gritó, y lo arrojó al suelo de pura frustración.

Los pedazos se dispersaron por el piso.

Después de varias horas de trabajo infructuoso con la plancha, se dio por vencida y se sentó a orinar en un rincón, a fin de estar preparada para dormirse temprano y ahorrar fuerzas.

Solo salieron unas gotas de orina, era cuanto podía dar, y despedía un olor fuerte y acre. El olor de su cuerpo había cambiado también durante las últimas veinticuatro horas. No le gustaba nada aquello.

Tras un sueño profundo de unas horas, se despertó aturdida y mareada, y notó que volvían las ganas de orinar.

Al tirar de la cadena del retrete se dio cuenta de que había orinado dentro.

Se levantó asustada en la penumbra y se quedó mirando la taza. ¿Qué había hecho? Ahora solo quedaba un litro escaso.

Entonces lloró de verdad, aunque sus ojos siguieran secos.

Martes 13 de mayo, miércoles 14 de mayo y jueves 15 de mayo de 2014

Fue una noche infernal, y el día siguiente tampoco fue mucho mejor.

Carl tuvo un sueño pesado, mucho más de lo habitual, y debía de ser bueno, pero al despertar su corazón martilleaba tanto que pensó que iba a morir.

Pasó un buen rato con la mano en el pecho, mirando el móvil de la mesa de noche y pensando si debía llamar a urgencias, pero ¿dónde coño estaba el número nuevo? Los últimos meses no se hablaba de otra cosa, de lo mal que funcionaba, y ahora era incapaz de recordarlo; él, que era policía y debería saberlo mejor que los demás. ¡Qué embarazoso! Iba a morir antes de recordarlo.

Se tomó el pulso, y cuando pasó las cien pulsaciones en menos de un minuto, lo dejó. Aquello era demasiado, casi como la vez que tuvo su primer ataque de angustia. Lo que pasaba era que aquello no era ningún ataque de angustia; notaba que era otra cosa. Algo que le rondaba la cabeza y de lo que no podía librarse.

Probablemente, una pesadilla.

Dio un cabezazo contra la almohada y se relajó del todo. «Mm-mm», murmuró, como oyó murmurar el día que estuvieron en la feria, y, por extraño que parezca, funcionó. La gente debería saberlo, se ahorraría un dinero. Entonces llegó a una tierra de nadie, donde soñar y estar despierto se pelean y el resultado son sueños incontrolables.

«Hola, Hardy», se oía susurrar en alguna parte. Se veía a sí mismo con un móvil en la mano, tratando de que su amigo respondiera. Por lo visto, tenía necesidad urgente de consejo. ¿Por qué te dejamos fuera Anker y yo, Hardy?, le zumbaba en la cabeza. ¿Por qué? ¿Se atrevería a preguntárselo? ¿Se atrevía a confiar cualquier cosa a Hardy? Confiar algo a alguien, pero ¿qué?

«Hay un ataúd en el desván, Carl», reía Jesper en un segundo plano, y Carl apagaba el móvil, pero volvía a encenderlo para llamar a Mona. No ocurría nada.

Y entonces se despertó.

Fue tambaleándose a la cocina, se sentía mareado y con la cabeza pesada, como si solo hubiera dormido una hora o tuviera fiebre.

Puede que Morten y Hardy le dieran los buenos días, no lo sabía. Solo sabía que lo único que le apetecía eran los copos de avena que dejó Jesper en el armario de la comida la última vez que estuvo en casa, y también que bajarán el volumen de la basura televisiva matinal, en la que presentadores superentusiastas hablaban de cosas intrascendentes mientras se atiborraban de exagerados platos de cocina.

Después de añadir azúcar y algo de cacao a los copos de avena y tomar la primera cucharada, el sabor de las eternas mañanas del pasado se paseó por su paladar. Todos sus sentidos se transformaron. El olfato se distorsionó y revivió los olores de viejos tíos y tías. El sonido de masticar los correosos copos de avena se intensificó. La caja de copos de avena se convirtió en imágenes de una familia sentada a la mesa, en silencio y concentrada, guardando sus frustraciones.

De pronto recordó la vez que él y Ronny estuvieron una mañana en el río Nørre haciendo el vaina detrás del padre de Ronny mientras pescaba. Recordó de pronto cómo saltaba en el aire, dando golpes a un adversario imaginario, imitando a Bruce Lee con patadas de kárate y golpes con el canto de la mano.

Carl dio un grito sofocado, y casi se atragantó con los copos de avena. ¿Qué ocurría? ¿Por qué lo recordaba ahora? ¿Estaba volviéndose loco, o qué? ¿Iba a haber un cortocircuito en su cerebro, o lo contrario? Fuera lo que fuese, no era nada agradable.

—Ha llamado una tal Kristine, Carl —lo saludó Gordon con la boca torcida y toda una paleta de colores en su careto machacado.

¿Kristine? No, no estaba preparado para volver a hablar con ella, y menos en aquel momento. ¿Para qué iba a hablar con una que lo había dejado para volver con su exmarido? Una idea absurda.

—No ha dejado ningún recado, pero ha dicho que volvería a llamar.

La parte del rostro de Gordon capaz de expresar algo se transformó.

—Y Rose sigue sin venir. ¿La llamo por teléfono?

Sonaba inquieto. Carl asintió con la cabeza.

—¿Dónde está Assad? —preguntó—. ¿Tampoco ha venido él?

—Sí, ha estado aquí. Ha dicho que necesitaba un poco de aire. Pero es extraño, porque cuando he venido tampoco estaba. Creo que es la tercera vez que sale al patio, y aún no han dado las diez.

Vale, entonces no soy el único que no da pie con bola hoy, pensó Carl. Vio ante sí a Kazambra mientras manifestaba con ingenuidad que los efectos secundarios de la hipnosis iban a ser mínimos. Tal vez debieran llamarlo.

—Pero Carl, ahora que estás aquí; pasa algo extraño con Assad que quiero enseñarte. Su ordenador estaba encendido cuando he venido a las siete, y he visto que había de todo sobre la mesa, lo que sugería que ha pasado la noche aquí. Tres vasos de té, unas bolsas de cacahuets vacías y un par de cajas vacías de dulces de sémola, así como tu correo electrónico acerca de ese Atu como-se-llame. Puede que haya estado usando Skype. Ya sé que no hay que espiar a los colegas, pero no he podido evitar ver lo que había en la pantalla. Eran símbolos árabes, pero he sacado una foto de la pantalla y la he enviado a uno de los intérpretes de árabe de Jefatura para saber qué ponía.

—Mmm —dijo Carl. No tenía ni idea de qué le estaba hablando. ¿Que Assad estaba en el patio tomando el aire? No lo había hecho nunca.

—Era árabe, Carl, pero en el texto se mezclaban giros que no eran sirios. El intérprete me ha dicho que más bien eran iraquíes.

Carl levantó la cabeza; había despertado.

—Repítele lo que has dicho, por favor. ¿Has estado husmeando en el ordenador de tu compañero? Repítele lo que has dicho antes, y luego te diré lo que pienso al respecto.

Gordon pareció algo nervioso.

—Es que he pensado que, como estamos en el trabajo, eso estaría relacionado con el trabajo. Además, tiene interés para todo el departamento. O...

—Venga, Gordon, dílo otra vez.

Carl escuchó. Si el chaval hacía eso con su compañero de despacho, sería capaz de hacerlo con cualquiera. La verdad era que no le gustaba nada. El único problema estaba en que si había alguien en el sótano que necesitaba saber más sobre Assad, ese era él. Y, teniendo entre ellos a un espía furtivo así, había que aprovecharlo. Siempre podría echarle la bronca después.

—El intérprete no entendía del todo lo que ponía, pero esta es su propuesta de traducción.

La empujó hacia Carl.

Tienes que desistir, Said. A nadie le interesa ya que el tiempo se contraiga. Para nosotros eres como un pez con plumas. Acéptalo.

Otra vez aquel nombre. Said.

—¿Por qué crees que lo llaman Said, Carl?

Carl se encogió de hombros, pero en su interior se produjo una reacción en cadena de preguntas amontonadas y no respondidas.

—No tengo ni puta idea —contestó—. ¿Eso era lo único que ponía?

Carl miró de reojo la pantalla de Assad. Aparte del icono de la Policía, el escritorio estaba vacío.

—Ha salido de Skype la última vez que ha vuelto del patio, y debe de haber borrado la correspondencia. Acabo de comprobarlo.

—Escucha bien, Gordon. Tus maneras chocan con nuestra forma de relacionarnos aquí abajo, y como vuelvas a hacerlo vas a pasarlas putas. Por esta vez voy a dejarlo estar, pero la próxima vez que PIENSES hacer algo así, ya me ocuparé de que te manden a tomar por saco de aquí. ¿Entendido?

El hombre asintió. Aquella fuente se había secado.

Assad estaba en la parte trasera de la sala del Panteón, en el nicho frente a la

escultura de bronce que representaba al Matador de Serpientes, que llevaba grabada una esvástica en el glante, con la que policías sin miedo a la muerte se burlaron de los nazis durante la guerra. A cualquiera le habría parecido que estaba dormido de pie, pero sus ojos estaban abiertos. Lejanos, pero abiertos.

—¿Estás bien? —preguntó Carl.

Assad se volvió despacio.

—He conseguido la dirección de ese Atu Abanshamash Dumuzi —respondió—. Es el líder de un centro en Öland. Me he informado acerca de él.

Carl hizo un gesto afirmativo. ¿No era acaso la información decisiva que habían buscado? ¿Por qué estaban tan deprimidos, sin chispa ni entusiasmo?

—¿Qué nos está pasando, Assad? —preguntó Carl.

Assad se alzó de hombros.

—¿Está pasando algo? A mí lo único que me pasa es que he estado trabajando casi toda la noche.

—¿Por qué estás aquí? Gordon dice que llevas toda la mañana yendo y viniendo.

—Estoy cansado, Carl, y trato de despertarme para que podamos ponernos en marcha.

Carl entornó los ojos. ¿Debería preguntarle lo del nombre?

—Rose no está en forma y no vendrá con nosotros. Creo que esa hipnosis no le hizo mucho bien. En el taxi fue temblando todo el camino, y cuando la dejamos en su casa se quedó sentada, balanceándose atrás y adelante. La he telefoneado hace poco, pero no responde.

—Vaya, a mí tampoco me ha ido bien con la hipnosis. He tenido pesadillas, y me imagino cosas en las que llevaba años sin pensar.

—Se te pasará, Carl. Al menos, fue lo que me dijo el hombre.

Carl dudó.

—¿Y lo de Rose?

Assad aspiró hondo.

—¿Rose? Con un par de días que pase en casa se curará.

—Mantente en contacto con ella —dijo Carl a Gordon—. Debemos hacer que se levante. Cuando habléis, pregúntale si puedes hacer algo por ella, y no me refiero a algo que puedas hacer por ti mismo, ¿entendido?

Lo miró con severidad.

Gordon asintió en silencio.

—Veo que hay trescientos sesenta y cinco kilómetros hasta la Academia para la Fusión con la Naturaleza, en Öland. El GPS dice que se tarda unas cuatro horas y media en llegar en coche, así que si partís ahora, con alguna parada, podéis estar allí para las tres de la tarde. ¿Quieres que llame para decir que vais a ir?

¿Estaba el último de la cola cuando se repartieron los cerebros, o qué?

—De eso, nada. No saldremos hasta mañana. Hoy no estamos en forma.

—Vale. Por cierto, han llamado de la Policía de Bornholm. Les gustó la petición de información que hiciste por la televisión.

—Creo que tendrían que decírselo a Lars Bjørn. No les habrás dicho que hemos encontrado al hombre de la furgoneta, ¿verdad?

—*My Gott*, ¡no! ¿Quién crees que soy?

Prefería no contestar a la pregunta con franqueza.

—Ah, y el agente ha dicho que han vuelto a hablar del caso en el comedor, y que uno de los compañeros recordaba que un familiar del profesor que murió en la Escuela Superior, el de la pistola que mangó Habersaat para suicidarse, decía que el profesor tenía de hecho dos pistolas idénticas.

Tenía la respiración agitada. Claro que había sido todo un discurso.

—Y que la segunda pistola nunca apareció. Tampoco entre las cosas de Habersaat.

Carl sacudió la cabeza. ¿Qué diablos importaba un arma más o menos en la Dinamarca actual, en la que cualquier idiota de una banda de moteros que se preciara tenía al menos una?

De todas formas, el mundo era un caos.

La cabeza de Carl, también.

Fue tambaleándose hasta la cama a las cuatro de la tarde y como al despertar la mañana siguiente su mente seguía embotada, llamó al móvil de Assad para cancelar el viaje.

—No serán más que reacciones a la hipnosis, Carl —trató de consolarlo Assad—. Ya sabes, si miras a un camello a lo profundo de sus ojos, se queda bizco.

Carl agradeció la comparación y volvió a tumbarse. Una neblina envolvía cuanto lo rodeaba. Tanto las ideas como los movimientos parecían circular a cámara lenta. Y aunque intentaba controlarlos, no le hacían caso. Cuando trataba de pensar en el caso de Alberte, se le aparecía una imagen del hermano de Ronny conduciendo como un loco por el camino vecinal hasta la granja de sus padres. Cuando intentaba pensar en aquel episodio, la mente se le llenaba de recuerdos de Hardy y Anker entrando en el barracón de Amager en el que su destino quedó sellado. Y si intentaba pensar en profundidad sobre aquella situación espantosa y trágica, lo atravesaba un interminable flujo de emociones y añoranza. De repente veía ante sí a Vigga, Mona, Lisbeth y Kristine, y luego otra vez a Mona. Todo aquello era bastante desquiciado. No controlaba nada de nada.

Llamaron a la puerta con cuidado, y antes de que pudiera hacer acopio de fuerzas para responder, Morten empujó la puerta y entró con una bandeja con el desayuno humeante.

—No recuerdo haberte visto nunca así, Carl —explicó, mientras lo arropaba y le

metía un par de cojines debajo de la cabeza—. ¿No deberías llamar al médico?

Carl miró la bandeja que le puso Morten en el regazo. Dos huevos fritos que lo miraban con insistencia y un par de las tostadas que Morten sabía que le repugnaban.

—Proteínas, Carl. Creo que tomas poca proteína. Esto te ayudará.

¿A qué? ¿A aumentar su confusión? ¿Y después qué iba a hacer? ¿Pedir ayuda o dar buena cuenta de aquel exuberante desayuno inglés? ¿Y después, qué? ¿Leche con miel? ¿Un termómetro en el trasero?

—Voy a llevar a Hardy a Copenhague —dijo el rostro rechoncho—. No nos esperes.

Menudo alivio.

Cuando Carl despertó, su edredón parecía un paisaje lunar de huevo frito, tostadas y un delta de café derramado.

—¡Me cago en la puta! —gritó y respondió el teléfono que lo había despertado. Era Assad.

—Solo es para, o sea, decir que ha venido Rose. No tiene un aspecto muy bueno, pero no me atrevo a comentárselo. Está ordenando la última estantería, y la Policía de Rønne nos ha enviado el viejo ordenador de Bjarke. Rose ya ha empezado a vaciar el disco duro. Abundantes fotos de hombres descarados vestidos con pantalones de cuero que enseñan el culo, me ha dicho. Mañana seguirá trabajando en ello, pero en casa; al fin y al cabo, los dos vamos a estar fuera. He calculado que si vienes a buscarme a las seis, podremos estar temprano allí. Por cierto, ¿te sientes mejor?

¿A las seis de la mañana?! Con la cama cubierta de huevo frito y un diluvio universal de café filtrándose edredón abajo. ¿Que si se sentía mejor? ¿Qué carajo iba a responder?

Viernes 16 de mayo de 2014

Cuando por error tiró de la cadena del retrete y la preciosa agua fluyó a la cloaca, Shirley perdió lo último que puede mantener a una persona a flote, es decir, la esperanza. Sin una esperanza a la que aferrarse, no era nada. A lo largo de su vida ¿no había habido siempre una mínima esperanza en uno u otro sentido? La esperanza de que sus padres la aceptasen. La esperanza de adelgazar. La esperanza de conseguir, a pesar de todo, una pareja, y después, una esperanza menos ambiciosa de encontrar un buen amigo o amiga. O tal vez un trabajo que fuera un poco razonable.

Pero debía reconocer que si sumaba todas esas esperanzas sin cumplir, nunca se lograría un resultado. Una esperanza de un tipo daba paso a otra esperanza de otro tipo, que a su vez daba paso a otra, y ya había agotado la última esperanza. Solo quedaba en la taza un poco de agua, y además la estaba ahorrando, así que ya no podía depositar su esperanza en nada.

Ya sabía que, aunque aquella pesadilla apenas había durado una semana, iba a acabar pronto. Las estadísticas de personas que pasaban semanas sin comer y mucho tiempo con una ración de agua muy reducida no guardaban relación con ella. Pero, por extraño que parezca, aquello no la asustaba.

A pesar de la extrema sequedad de la boca y del desagradable olor de los excrementos y de su cuerpo, se sentía cada vez mejor por cada hora que pasaba. Las últimas veinticuatro horas su cuerpo reaccionaba con una sensación casi de euforia, cuya razón debía buscarse en que los órganos ya no tenían que trabajar tanto para digerir, y seguro que también en otras muchas cosas de las que no entendía.

Desde aquella funesta visita al retrete en medio de la noche, ya no sentía ganas de hacer sus necesidades. El cuerpo estaba cansado, pero por otra parte hacía muchos años que no tenía tanta claridad mental. Pensaba de forma racional, con lucidez. Llegó a una conclusión sin sentimentalismo ni bloqueos: iba a morir, y lo único por lo que deseaba luchar era por que no ocurriera sin dejar rastro y por que todas las acusaciones se volvieran contra Mirja.

Había pasado muchas horas tratando de soltar una tabla para poder abrirse paso hasta la tabla del exterior, pero cuando consiguió abrir una rendija por la que veía lo que había debajo, desistió de su empeño. Había una plancha de aluminio cuyo objetivo no comprendía, aparte de que tuviera algo que ver con las propiedades térmicas de las que le habló Mirja. Otro rayo de esperanza que se esfumaba, porque no iba a poder traspasar aquella plancha con las míseras herramientas de las que disponía.

Por supuesto que durante un rato fue duro para ella, porque la alternativa significaba sin duda que iba a morir. Pero pronto recuperó el ánimo, estado que tal vez fuera provocado por los procesos químicos que gobernaban su cuerpo.

Entonces recurrió al plan siguiente, y sacó sus gafas de leer del neceser, aquella horripilancia que compró en un todo a cien del Southside Shopping Centre de Wandsworth, con la vanidosa esperanza de que así podría ponerse un maquillaje más favorecedor.

El sol estaba en su posición correcta. La cuestión era si su plan podría completarse en un día o si le haría falta también la mañana siguiente.

Luego se arrodilló y trató de captar los rayos de sol en el cristal de las gafas, para crear un foco en la pared.

Durante parte de su juventud, Shirley se imaginaba trabajando como voluntaria de socorrista, y con tal motivo siguió una serie de cursillos de primeros auxilios que iban en esa dirección. Fue así como descubrió que no soportaba ver sangre, y por eso abandonó su propósito; pero aprendió que la gente que muere en incendios raras veces siente dolor, ya que el envenenamiento por los gases hace perder el conocimiento.

Cuando encendiera una fogata, esperaba que pronto, con su pequeño truco de las gafas, se metería en el baño y esperaría a que alguien diera la voz de alarma y corriera hacia la casa antes de que el fuego prendiera con fuerza y se la llevara por delante. En caso contrario habría que dejar que las cosas siguieran su curso. El baño era un cuarto pequeño, y el oxígeno se agotaría pronto.

Después tomó el bloc de notas azul de Mirja con las fantásticas frases de Atu y fue quitándole las hojas una a una, hasta formar un pequeño montón de papel arrugado junto a la pared, que podría usarse para el encendido.

Cuando, tras cinco minutos de prueba, comprobó que el foco no iba a alcanzar de ninguna manera el calor que puede provocar una lupa en buenas condiciones, miró a los cristales del techo. En menos de una hora, el sol habría cambiado de posición y ya no enviaría más luz directa a la estancia, de modo que no iba a poder llevar adelante su plan hasta el día siguiente. Y ahora que lo pensaba, surgía la cuestión de que tal vez no lo consiguiera por mucho que luciera el sol. Quizá el problema de fondo fuera que los cristales del tragaluz refractaban tanto la luz que perdía su efecto.

Apretó los labios. Aquello no debía suceder de ninguna manera. ¿Qué iba a hacer, si no? ¿Marchitarse hasta morir? ¿Un buen día Mirja iba a llevarse su liviano cadáver momificado e irse de rositas?

Shirley apretó los dientes y trató de medir la altura hasta el tragaluz del techo. Se imaginaba que serían unos seis o siete metros, pero quizá fuera menor.

Una vez más, despojó el neceser de su contenido.

Sopesó la pasta de dientes, la polvera y la barra de desodorante, y vio que ninguno de los objetos era tan pesado como el bote de la crema antiarrugas. Eran restos de cuando creía que tal vez encerrara un auténtico milagro. Que el

envejecimiento y las arrugas serían cosa del pasado siempre que se acordase de darse la crema todos los días.

Cuando, pasado un mes, constató que lo único que conseguía aquella crema era aligerar su cartera, la escondió en el fondo del neceser. No se tira una crema que te ha costado el salario de dos días, si no más.

Por fin iba a probar su eficacia.

Una cosa era lanzar algo en una trayectoria más o menos horizontal, eso no tenía ninguna dificultad, aunque, como Shirley, no hayas tenido armas arrojadizas en la mano desde la infancia. Otra cosa muy diferente era lanzar un objeto en vertical con tanta precisión y tanta fuerza que alguna de las lunas, que parecían ser capaces de resistir algo más que una fuerte granizada, se rompiera.

Además, el bote de crema era de porcelana. Si fallaba la primera vez, no iba a tener otra oportunidad.

Estuvo un rato pensando en su padre, el instalador de Birmingham que siempre tenía una respuesta preparada para todo, a menos que se tratase de cultura general, porque de eso no tenía mucho.

«Prueba», le decía siempre. «Vamos, mujer, si no estás segura, prueba».

Shirley sonrió. Era una frase que a su padre no le gustaba que le recordasen cuando ella se traía a casa al tercer novio en una semana. Agarró la polvera y apuntó. Podría ocurrir que el espejo interior se rompiera al caer de nuevo, pero en aquel momento la mala suerte no era la mayor de sus preocupaciones.

El primer lanzamiento impactó en el techo, a unos dos metros del tragaluz. El segundo, a un metro. El tercero ni siquiera llegó al techo, y ya le dolía el hombro.

Cuando, de niña, ella y su prima querían divertirse, siempre asían a su anciana tía por las axilas, con el pretexto de ayudarle a caminar. La piel floja que tenía allí, y que podían acariciar en total libertad, era capaz de hacerlas reír durante horas. Qué divertido era entonces; pero ahora se daba cuenta de que no estaba en mejores condiciones que su tía. Los músculos, al menos, brillaban por su ausencia.

Hizo una pausa, decidió beber el resto de agua del retrete, se secó los labios y miró amenazante al tragaluz de lo alto.

«Basta con que pongas la mitad de tu alma en el objetivo, y el resto en la pelota», era el mantra de los entrenadores de críquet en la escuela.

Así que dividió su alma en dos y arrojó la polvera contra el tragaluz con todas sus fuerzas.

Se oyó un chasquido en lo alto, de modo que había acertado. Animada por el éxito, agarró el bote de crema e hizo lo mismo una vez más. Es difícil decir qué fue lo que al caer hizo que el tintineo de cascos llenara el espacio, si el tragaluz o el bote. Pero ahora había un agujero en el cristal, y los rayos directos del sol le acariciaban el rostro.

Cerró los ojos.

—Horus, Horus por la estrella buscado, por el sol preparado, sé mi servidor, y

déjame ser testigo de la fuerza que nos imprimes. Déjame seguir tu camino y cultivarlo, y que nunca olvide la razón y el sentido de tu presencia —rezó.

Después gritó tan alto como pudo, con una última esperanza de que alguien la oyera, ahora que el tragaluz estaba agujereado. Pero a los diez minutos desistió. La casa debía de estar tan bien aislada que nadie oía nada.

En buena lógica, debería estar triste y asustada, pero no lo estaba en absoluto. De hecho, rio un poco a cuenta de ello. Parecía una locura. Si hubiera sabido antes la sensación de felicidad que producía pasar hambre y sed, y lo libre y vigoroso que podías sentirte, desde luego que lo habría practicado más a menudo.

Se arrodilló, asió de nuevo las gafas y concentró los rayos de sol en un puntito muy luminoso, al principio en la propia pared y luego en uno de los papeles arrugados del bloc azul, que, despacio, pero seguro, se volvía cada vez más oscuro.

Cuando Mirja apenas contaba seis años, el verano era la época ideal para recoger arándanos. Los bosques estaban llenos, y su padre vio de pronto la oportunidad de nuevos ingresos. Como todo el mundo sabe, los arándanos del bosque salen gratis, y si se multiplicaba ese beneficio del cien por cien por las ventas diarias a los potenciales turistas de Tampere, aquello podía convertirse en muchísimos marcos finlandeses por temporada. De hecho, el padre de Mirja calculaba todas las noches cuánto podía sacar en caso de que al flujo de turistas se le añadieran los de Turku y todos los suecos que a veces se perdían por allí. El beneficio iba a ser enorme, decía, y soñaba con una camioneta, con su propio supermercado, y soñaba y soñaba, y todos aquellos lucrativos arándanos los tenían que recoger Mirja y su madre para él.

Llenaron muchos cubos, a pesar de las dolorosas picaduras de tábanos y las hordas de mosquitos, pero los turistas no aparecieron, y los arándanos empezaron a fermentar.

—Haremos aguardiente, zumo y mermelada con ellos —decidió su padre, y mandó a Mirja a por más, porque su madre tendría que ocuparse de la mermelada.

Cuando volvió a casa con el siguiente cubo, su madre estaba sentada en la cocina con las manos en el regazo, y había desistido. Se sentía agobiada, y el azúcar estaba demasiado caro.

—Come los arándanos que has recogido hoy, Mirja, así no se echarán a perder —dijo, y Mirja comió arándanos hasta que los dedos, la garganta y los labios se le pusieron tan azules que no se había visto nunca cosa igual.

La reacción fue que pasó varios días con un estreñimiento que por una parte costó honorarios del médico y, por otra, le produjo unos dolores indescriptibles.

No podía compararse, pero guardaba cierto parecido con lo que Mirja sentía en aquel momento en su interior. El dolor del diafragma era indefinible, pero preocupante. Si continuaba durante el día, iba a ir al hospital.

Se llevó la mano al diafragma y palpó para sentir las patadas del crío que llevaba

dentro. No apreció cambios, aunque los últimos días las patadas eran más débiles. Tampoco es de extrañar, ahora que cada vez tiene menos sitio, pensó, y miró por la ventana.

Frente a su habitación, en el espacio libre que quedaba hacia la carretera, el grupo que iba a construir el cobertizo para las bicis llevaba toda la mañana trabajando. Los materiales llegaron a tiempo, y a los pocos días esperaba que llegara el transportista con las primeras bicicletas.

Iba a ser interesante ver si el proyecto de enviar misioneros por la isla rendía. Mirja no era ninguna soñadora, como su padre, pero si podían reclutar a cincuenta personas en Öland dispuestas a trabajar, iba a ser un verdadero éxito.

Habían pasado cuatro días desde que cortó el agua de la casa donde estaba encerrada Shirley. Y aunque oyó sonidos débiles de rascar en las paredes cuando bajó a inspeccionar, no había nada de alarmante en la situación. Unos días más tarde los sonidos cesarían, y suponía que una semana después Shirley estaría muerta.

Mientras tanto, solo tenía que cuidar de sí misma y dejar pasar el tiempo.

Se levantó del lecho y vio que los hombres dejaban de trabajar uno a uno. Era la hora de la reunión comunitaria.

Asintió para sí, contenta. En muchos sentidos, la pequeña construcción era un elemento bonito y presentable con la carretera al fondo, en un lugar que, en su opinión, había estado demasiado expuesto. Si plantaban malvas reales junto a los cobertizos para las bicis, sus vistas desde la habitación no solo iban a ser bonitas y armoniosas, sino que también disminuiría bastante el ruido del tráfico.

Y mientras pensaba en ello, un coche con matrícula danesa pasó al lado de los cobertizos despacio. El conductor miró con atención por la ventanilla hacia los edificios, pero el coche no se detuvo.

Era algo que ocurría no pocas veces, ya que una institución como la suya podía atraer muchas miradas curiosas hacia los singulares edificios, el nombre del lugar y toda la gente con sus túnicas blancas. Pero la mirada del hombre era más intensa de lo que solían ser las miradas curiosas. Su edad y su aspecto, y la persona que lo acompañaba no parecían indicar que fueran turistas; entonces, ¿qué eran?

Sintió una punzada en el costado, y el pulso se le aceleró.

¿Podrían ser los hombres de la Policía danesa sobre quienes la habían prevenido? Al menos el hombre que iba al volante tenía pinta de policía.

Inquieta, se quedó cinco minutos para ver si había algo que temer y si el coche volvía.

Iba a abandonar la estancia camino del salón comunitario, aliviada porque su fantasía le había jugado una mala pasada, cuando vio un par de figuras caminando al otro lado de la carretera.

Esta vez sintió el subidón de adrenalina que puso todo su ser en estado de alerta. No había la menor duda: el más alto de los dos era el conductor del coche, y la persona que lo acompañaba, un inmigrante.

Eran ni más ni menos que los dos policías de quienes le había hablado Simon Fisker, estaba segura.

Esperad, esperad, pensó.

Había que pararles los pies lo antes posible.

Fuera como fuese.

Llevaba toda la mañana nublado sobre Escania y Blekinge, y la Policía sueca ya estaba al tanto de la misión, de manera que por ese lado todo iba bien. Carl y Assad no habían cruzado muchas palabras, era como si tuvieran dentro las pesadas nubes del exterior.

Carl pensaba sobre todo en Mona, pero también se preguntaba si no sería un buen momento para cambiar de trabajo. Si sería posible a su edad, a menos que quisiera terminar como vigilante de seguridad sacando a chicos medio borrachos de centros comerciales.

—¿En qué piensas, Assad? —preguntó al fin, pasados trescientos kilómetros y con el puente a Öland a la vista.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué hay camellos en el desierto, y no jirafas? —preguntó Assad.

—Tendrá algo que ver con la comida, ¿no?

Assad suspiró.

—No, Carl. Piensas en términos demasiado rectos. De vez en cuando deberías intentar pensar más oblicuo, te iría mejor.

Santo cielo, ¿ahora iban a darle lecciones de geometría cerebral?

—La respuesta es fácil: si hubiera jirafas en el desierto, se morirían de pena.

—¡Ajá! ¿Y por qué?

—Porque son tan altas que sabrían que solo hay arena y más arena hasta donde alcanza la vista. Por suerte, el camello no lo sabe, así que sigue caminando, con la idea de que el oasis está a la vuelta de la esquina.

Carl hizo un gesto afirmativo.

—Ahora entiendo. Te sientes como una jirafa en el desierto, ¿verdad?

—Un poco. Pero solo ahora.

La Academia para la Fusión con la Naturaleza estaba ubicada en un hermoso entorno, con el mar detrás y una serie de edificios de estilo elegante que brillaban por su orden y la abundancia de medios. Entre aquellos grupos de casas con cúpulas de cristal se distinguía, junto a la orilla de la playa, un lugar abierto y la parte central de un círculo de postes, que, aparte del tamaño, recordaba a los que habían visto en fotografías de Bornholm.

Un grupo de hombres estaban terminando la jornada junto a la carretera,

levantando entramados para unos cobertizos, y Carl y Assad pasaron despacio a su lado.

—Aparquemos en la carretera, Assad. Esto me parece bastante sectario, con tanta gente vestida de blanco, así que si no somos bien recibidos podemos irnos rápido.

—¿Cuál es el plan?

—Creo que, en principio, debemos considerar a Frank Brennan un testigo como los demás. Conoció a Alberte antes de que muriera, y vamos a pedirle que nos cuente lo que sepa. Debemos ver cómo reacciona cuando insinuemos que puede haber contribuido a su atropello. Entonces veremos si su expresión lo traiciona. Y hasta entonces no vamos a decir mucho del caso.

—¿Y si no sucede eso?

—Entonces no vamos a volver a casa tan pronto.

Assad asintió, estaba de acuerdo. Iban a tener que aplicarse.

Les bastaba y sobraba con una estancia en una isla remota, en eso estaban de acuerdo.

En la recepción una mujer sentada tras una mesa cubierta por un lienzo blanco les pidió en un sueco fácil de comprender que tuvieran la amabilidad de apagar los móviles y dejárselos a ella en depósito.

—Los habitantes del centro deben poder alejarse del mundo si es lo que les hace falta. Pero cuidaremos bien los móviles mientras tanto —añadió. Con aquella mujer no había discusión posible.

Explicaron cuál era su cometido, dijeron que eran de la Policía danesa y que deseaban hablar con Atu Abanshamash Dumuzi en relación con un accidente ocurrido hacía tiempo. Ninguna sugerencia de que no fuera un caso rutinario.

—Perfecto. Nuestro dumuzi está en una reunión comunitaria en este momento, pero tenemos una pequeña sección para invitados, de modo que los animo a participar, aunque con la condición de que guarden silencio. Si lo desean, los llevaré allí —indicó la mujer.

—Gracias, con mucho gusto. Yo creía que *dumuzi* era un nombre —objetó Carl.

La mujer sonrió. No era la primera vez que se lo preguntaban.

—Todos tenemos algún nombre derivado del idioma sumerio. Yo, por ejemplo, me llamo Nisiqtu, «la apreciada», cosa de la que estoy muy orgullosa y agradecida. Del mismo modo, Atu Abanshamash Dumuzi son las palabras en sumerio que designan a Atu. *Atu* significa guardián. *Aban*, piedra. *Shamash* significa sol o astro. *Dumu* significa hijo de, y *zi*, espíritu, vida o fuerza vital. De manera que el nombre completo significa «Guardián de la piedra solar, hijo de la fuerza vital».

Volvió a sonreír, como si les hubiera concedido unas palabras sabias que pudieran proporcionarles una fuerza duradera y elevar sus almas hacia lo infinito.

—Qué montón de chorradas —susurró Carl a Assad mientras la mujer los

conducía a una pequeña galería exterior desde donde contemplaron a treinta o cuarenta personas expectantes vestidas de blanco, sentadas en el suelo como copos de nieve sobre el asfalto.

Todos mantuvieron un silencio total y respetuoso unos minutos, tras lo cual una mujer avanzó y los preparó para lo que iba a llegar con las palabras «Atu me peta babka».

—Significa «Guardián, ábreme la puerta» —susurró la mujer.

Carl sonrió a Assad, que estaba en otra parte, y siguió su mirada hacia una puerta que se abrió despacio de la que salió un hombre vestido de amarillo con adornos multicolores.

Sintió un escalofrío.

El hombre era alto, tenía las cejas oscuras, la piel clara, pelo largo rubio canoso y un hoyuelo en el mentón.

Assad y Carl se miraron.

A pesar de los años transcurridos, no cabía la menor duda. Era el hombre que buscaban.

Un murmullo se alzó de entre los reunidos cuando abrió los brazos hacia ellos y empezó a balancearse atrás y adelante mientras recitaba «Abanshamash, Abanshamash, Abanshamash» durante varios minutos, primero solo y a continuación —tras una señal de la mujer que dirigía la sesión— todos juntos.

Carl la miró con una extraña sensación en el cuerpo cuando, como impulsada por un sexto sentido, ella captó su mirada de forma inesperada. Aquella mirada hizo que se le helara la médula, por lo perspicaz, pero también intensa y fría, que era.

—¿Quién es? —preguntó a la mujer que los acompañaba.

—Es Mirja Abanshamash Dumuzi, la mano derecha de Atu, nuestra madre. Lleva en su seno al hijo de él.

Carl asintió en silencio.

—¿Y lleva muchos años con Atu? —preguntó.

Nisiqtu hizo un gesto afirmativo y se llevó el dedo índice a los labios.

Carl apretó el hombro de Assad y señaló. También él la había visto.

Casi toda la sesión transcurrió como un monólogo en inglés. Atu dio a su gente indicaciones sobre cómo vivir sus vidas en simbiosis con la naturaleza y cómo debían renegar de todo dogma y confesión para entregarse al todo y al sol portador de vida.

Entonces se volvió hacia la mujer que había iniciado la representación.

—Hoy he escuchado a Zini, el alma del viento, y por su mediación he sabido cómo ha de llamarse nuestro hijo.

—¿Cuándo va a dar a luz? —cuchicheó Carl a la mujer que los acompañaba.

Ella le mostró tres dedos. Para agosto, así que estaba en el sexto mes.

—Si es chica, la llamaremos Amaterasu —decidió Atu, mientras la gente juntaba las manos hacia el techo.

—Es una idea bonita —susurró Nisiqtu—. Amaterasu es la diosa del sol en el

sintoísmo. El nombre completo es Amaterasu Omikami, «el gran dios de agosto que brilla en el reino de los cielos».

La mujer estaba de lo más exaltada.

—Va a ser interesante cómo lo llamará si es chico.

Carl asintió. No creía que fuera a llamarse Frank.

—Y si nos favoreces con un hijo, Mirja, se llamará Amelnaru. El cantante que entonará el mensaje a todo el mundo.

Atu le pidió que subiera al podio, y cuando Mirja estuvo ante él con la cabeza gacha, Atu le entregó dos piedrecillas que llevaba en la mano.

—A partir de hoy, Mirja Abanshamash Dumuzi, te pido que ocupes mi lugar en la defensa de la piedra solar de Knarhøj, que puede guiarte incluso bajo la luz más cegadora, y del amuleto de la piedra solar de Rispebjerg, que nos une a todos con nuestros antepasados y su fe.

Luego se desprendió de la capa, se quedó con el torso desnudo, y la colocó sobre los hombros de Mirja.

La mujer junto a Carl se tapó la boca con la mano. Aquel gesto debió de conmoverla, a ella y a todos los reunidos.

—¿Qué significa lo que ha hecho Atu? —susurró Carl.

—Se le ha declarado.

—Mira sus hombros —cuchicheó Assad.

Carl entornó los ojos. Los tatuajes que cubrían los hombros de Atu no eran grandes, pero se veían bien. En un hombro había un sol tatuado, y en el otro la palabra «river». Era como si la historia se contrajera en torno a ellos en aquel momento.

Entonces la mujer del podio se giró hacia los reunidos, que empezaron a balancearse atrás y adelante con pequeños movimientos rítmicos mientras recitaban a coro. «Horus, Horus, Horus», se oía sin cesar, de una manera tan enervante para los oídos como cuando las masas anaranjadas de seguidores de Hare Krishna cantaban a pleno pulmón por el Strøget de Copenhague.

Todo un mundo de sentimientos se reflejaba en el rostro de la mujer mientras, temblorosa, recibía el homenaje de los discípulos. Poco a poco su sonrisa fue haciéndose más amplia, y su expresión facial, cada vez más abierta. Era evidente que el cumplimiento de su mayor deseo en la vida la había pillado desprevenida.

Después volvió a ver a Carl y Assad allá arriba.

La extrema sensación de felicidad que expresaba su mirada cambió y pasó por todas las fases de expresión inquietantes que Carl veía llegar una y otra vez en su vida profesional en los momentos serios. Como cuando a un acusado que está seguro de que lo pondrán en libertad le imponen una larga condena incondicional. Como cuando a una persona le traen la peor de las noticias, como cuando alguien que ama de todo corazón se da cuenta de pronto de que no es correspondido.

La mera visión de los dos hombres en el balcón hizo que una punzada de dolor la

atravesara. Que toda la alegría y la felicidad que le habían dado le fueran retiradas de nuevo.

Carl arrugó el ceño. Tal como lo veía él, aquello era una señal inequívoca de que la mujer los consideraba sus enemigos, y que sabía quiénes eran, qué representaban y por qué habían aparecido.

Pero ¿cómo podía saberlo? ¿Y estaba tan implicada en lo que sucedió aquella vez que sabía de las consecuencias posibles en caso de que se demostrase la culpabilidad de Atu, alias Frank?

Habían oído hablar de una mujer que siguió a Atu durante muchos años. Ahora Carl sabía con bastante seguridad que era ella, y que era su cómplice.

Al cabo de diez minutos, Nisiqtu los sacó del salón, porque había llegado la hora en la que Atu se concentraba en unos pocos elegidos del rebaño. El final de su actuación fue una exhibición de demagogia como la practicada por los políticos a todas horas cuando tenían que convencer a la gente de por qué era su visión del mundo mucho mejor que la de los demás. Por lo visto, la seducción ejercida por Atu se desplegaba al servicio del bien, pero nunca se sabía en qué podía terminar. La historia daba muchos ejemplos terribles de cómo podían torcerse las cosas si una persona así deseaba a todo precio imponer su postura.

Pero tenía su lógica que funcionara de esa manera. ¿Tal vez Alberte se cruzó en su proyecto? ¿Se convirtió de pronto en un obstáculo que había que quitar de en medio?

Porque siempre se trataba de encontrar el motivo. Si conocían el motivo de Atu, su ataque iba a ser mucho más directo y eficaz.

Fuera como fuese, Carl se había formado su propia opinión acerca de Atu y de que bien podría ser él a quien habían ido a parar los pies debido a una acción imperdonable de un pasado remoto.

—Esperen aquí, enseguida se ocupará Mirja de ustedes. —Nisiqtu hizo un gesto afirmativo—. Sí, es la mujer a la que se acaba de declarar Atu.

Les mostró un despacho con varias puertas y una buena vista del mar y del patio. Un negocio así de adoración al sol no estaba nada mal como ocupación si se comparaban aquellas vistas con las de Carl en el sótano de Jefatura.

—Esa Mirja no me inspira mucha confianza —dijo Assad sin que se lo preguntaran cuando se quedaron solos.

—¿A qué te refieres?

—A que parece ser capaz de engañar y causar mal, ¿no te has, entonces, dado cuenta?

—No, de eso, no.

—He visto en mi vida a mujeres fuertes que han hecho derrumbarse mundos, Carl. Para que lo sepas.

Ambos se levantaron cuando la mujer de la que hablaban entró en el despacho. Se había despojado de la capa, así como de la etérea calma y estoica magnificencia de la que había estado rodeada.

Les dio la mano y se dirigió a ellos en un sueco que casi hizo que las cejas de Assad dieran una vuelta de campana.

—Enhorabuena. —Carl trató de ser cortés. Ella le dio las gracias y les pidió que volvieran a sentarse.

—¿A qué debo el honor de esta visita? Nisiqtu, la secretaria, me dice que sois policías de Copenhague —comunicó.

Eso ya lo sabías, zorra, es algo que se nota, pensó Carl. No había en aquella mujer nada que pudiera suavizar su impresión después de la mirada que le dirigió en la ceremonia.

—Hemos venido a hablar con Atu.

—Pero ¿de qué? Atu es una persona muy retirada y pasa casi todo el tiempo en el centro, de modo que ¿de qué puede hablar con la Policía?

—Me temo que eso va a ser una cuestión entre Atu y nosotros, si no tienes nada en contra.

—Como acabáis de ver, es de un carácter muy abierto, y por eso es también muy vulnerable. No podemos aceptar que de ninguna manera sufra sobrecargas innecesarias. Eso repercutiría en el espíritu del centro.

—¿Viviste tú también en Ølene, en Bornholm? —preguntó Assad, directo. No era lo convenido.

Ella lo miró como si le hubiera arrojado agua encima. Irritada e intimidada.

—Escuchad, no tengo ni idea de qué os trae por aquí. Si queréis que responda a vuestras preguntas, tendréis que dejarme hacer alguna.

Carl hizo un gesto de invitación. Que empezase. De todas formas, el secreto estaba ya desvelado.

—Me gustaría ver vuestras placas.

Se las enseñaron.

—¿Qué estáis investigando que tenga que ver con Atu?

—Un accidente en Bornholm.

—¿Un accidente?

Miró a Carl con desconfianza.

—Los accidentes no se investigan. Se investigan los actos criminales, así que ¿a qué habéis venido?

—A veces hay que investigar accidentes para poder descartar que se tratara de actos criminales. Es justo lo que estamos haciendo.

—Creo que estáis demasiado lejos de casa para andar con menudencias. ¿De qué tipo de accidente hablamos?

Carl se rascó el mentón. Le parecía extraño. ¿Era posible que la mujer de hecho no supiera nada? ¿Tan mal había interpretado aquella mirada?

Trató de sondear el estado de Assad. También él parecía desconcertado.

—Investigamos un caso de atropello con fuga, en el que la víctima era una persona con quien Atu, o Frank Brennan, como se llamaba entonces, tuvo bastante relación.

—¿Bastante relación? ¿Cómo?

Tenía la respiración agitada, de manera que estaba tensa. ¿Pensaba que no iban a advertirlo?

—Bueno, es una pena tener que decirlo justo el día en el que ha declarado que desea compartir su vida contigo, pero fue una relación romántica, eso está bastante claro, ¿verdad, Assad?

La testa rizada se movió arriba y abajo. Igual que un gato que vigila a ver cuándo sale un ratón de su agujero, observaba los movimientos de aquella mujer hasta el menor detalle. Carl estaba seguro de que después podría reproducir de forma minuciosa el episodio y el comportamiento de ella.

Entonces Carl trató de congraciarse con Mirja.

—Créenos, hemos venido aquí, a... ¿Qué es lo que ponía en el cartel? Ah, sí. Ebabbar. Por cierto, ¿qué significa?

Mirja habló con frialdad.

—«House of the Rising Sun», «La casa del sol naciente», si lo preferís.

Por supuesto, qué pretencioso. Carl asintió con la cabeza y continuó con una sonrisa apagada.

—... Hemos venido a Ebabbar después de pasar mucho tiempo buscando a Atu. Debo recalcar que, si lo hemos investigado, ha sido por pura rutina. Tenemos otras vías abiertas en este caso, pero la verdad es que la tentación de venir a este hermoso lugar era demasiado fuerte —se disculpó.

Y si no nos dejás esperar a Atu en calma y tranquilidad, la tentación de echarle de aquí va a ser igual de fuerte, pensó. Esperaba que el interrogatorio fuera exitoso y breve, y poder detener a Atu, y aquella señora seguro que se cabreaba, iba a defender a su pareja como una loba; de manera que se trataba de desembarazarse de ella primero.

—Verás, es que nuestro trabajo contiene muchas facetas. Podría decirse que somos expertos en separar los secretos de lo que no se dice. Porque esas dos cosas no tienen por qué ser lo mismo, ¿verdad?

Mirja les dirigió una sonrisa irónica. A Carl no le gustó. Sintió que lo habían calado, ni más ni menos.

—Entonces, ¿qué buscamos? ¿Lo secreto o lo no dicho? —preguntó Mirja—. ¿Sabéis distinguir bien en este caso?

—Sí, creemos que sí, pero nos hace falta más información. Así que me gustaría preguntar si podemos ver los aposentos de Atu mientras esperamos —terció Assad.

¿Adónde diablos quería ir a parar?

—Por supuesto que no. Ni siquiera yo puedo entrar sin su permiso expreso.

—Ya lo imaginaba —dijo Assad—. Por cierto, ¿las autoridades suecas os suelen hacer muchas visitas?

Mirja frunció el entrecejo.

—No sé adónde quieres ir a parar con esas preguntas estúpidas e irrelevantes.

—No, pero puedo decirte que tal vez Atu oculte algo, a ti y a las autoridades, que no puedes ni imaginar, por ser él como es. Puede ser evasión fiscal, abuso de las mujeres del centro o encubrimiento. Nunca se sabe qué puede ocurrir en un lugar así antes de comprobarlo, ¿verdad?

Tras la mirada que les dirigió había algo que Carl no sabía cómo interpretar. Normalmente, cualquier persona se enfadaría ante unos ataques tan descarados como los que estaba realizando Assad, fuera inocente o culpable. Pero ella los observaba sin más, como si fueran más despreciables que la suciedad que pisaban. Su indiferencia parecía total.

—Un momento, dijo. Se levantó, abrió la puerta que daba a un pasillo y desapareció.

—¿Qué haces, Assad? Esa táctica es equivocada —susurró Carl.

—No lo creo. He intentado estresarla, está fría como un témpano. Creo que, si ella es así, Atu también lo será. Y dentro de una hora nos iremos y tendremos que empezar otra vez de cero, y entonces, ¿qué? —replicó entre susurros—. Ya lo has dicho antes, Carl. No tenemos nada que presentar. Ni pruebas concretas ni testigos. No nos queda otro remedio que agobiarla, y tal vez también a Atu, si es que vien...

Carl no registró la sombra hasta que la vio blandir un recio martillo de goma contra la cabeza de Assad.

Carl quiso saltar, pero no lo consiguió porque el siguiente golpe le dio de lleno.

Durante unos segundos alcanzó a registrar que Mirja se inclinaba sobre él y recogía algo.

Cuando Mirja levantó la estatuilla de madera que llevaba Carl en el bolsillo hasta su rostro, todo se volvió negro.

A Mirja le temblaba todo el cuerpo.

Sabía bien que era la mayor tontería que había hecho en su vida. Había sido una reacción exagerada y se había metido en un atolladero. De todas formas, no podía reprochárselo.

Tras la puerta del cuarto del equipo de control eléctrico yacían inconscientes dos hombres que acababan de echar a perder el momento más valioso de su vida. El más feliz. Dos blasfemos que habían penetrado en tierra sagrada en un momento en el que iba a tomar forma su vida futura. Tal vez un extremo atrajera al otro. Toda la vida había soñado con un futuro así, y ahora estaba a su alcance, no iban a interponerse ellos.

Pero ¿qué hacer? No eran unos cualquiera. Nada de un par de mujeres ingenuas que de pronto desaparecían. Eran unos policías haciendo una investigación de cuyo alcance no sabía nada, y tampoco sabía a quién investigaban. Debía saberlo antes de poder valorar el peligro y reaccionar en consecuencia.

Que había que pararles los pies, desde luego. La cuestión era cómo.

Vio que unas manchas oscuras, rojas, se extendían traicioneras por sus antebrazos, y que empezaban a picar.

Eran la adrenalina y la frustración, lo sabía de sobra.

Dentro de una hora Atu habría terminado su sesión y acudiría a ella con esperanzas de abrazos y dispuesto a disfrutar la mal disimulada sensación de felicidad de ella.

Dentro de una hora.

Debo obligarlos a decirme qué me espera después de ellos. Debo saber cuántos van a venir y quiénes son. Debo saber lo que saben ellos, y a cuántos se lo han contado, pensó. Y luego simularé un accidente. Un accidente que podrá provocar asombro, pero no duda.

Miró la puerta de la sala de control. De vez en cuando sentía calambres en el vientre, y aquellos hombres eran grandes y pesados; ¿cómo iba a neutralizarlos con tal desproporción de fuerzas? En mejores condiciones, lo más lógico sería matarlos con una herramienta que fuera más pesada que el martillo de goma. La llave inglesa que había dentro, por ejemplo. Pero un golpe con aquello sería profundo y se interpretaría como causado por terceros, así que no valía.

—Si no hubieran insistido tanto... —dijo entre dientes, frustrada. La habían presionado mucho. No había transcurrido de la manera debida en esos casos. Creía

que iban a ser preguntas y respuestas, que podría desviar con la mayor facilidad. Había muchas maneras de esquivar aquellas preguntas, sobre todo cuando el caso era tan antiguo, pero no podía ser si se ponían tan impertinentes. De hecho, estaba convencida de que el moreno habría recurrido a extremos que no eran del gusto de policías civilizados. Y también estaba segura de que los dos hombres acabarían consiguiendo que Atu se fuera de la lengua. Entonces, iba a desvelarse la verdad y se echaría a perder aquel día por lo demás tan milagroso.

Miró la estatuilla de madera que cayó del bolsillo del policía danés, y frunció el entrecejo. Muchos años antes, alguien talló una figura de madera del hombre que se le acababa de declarar. El parecido era estremecedor.

Pero ¿cómo ha llegado a manos de los policías, y por qué la llevaba uno de ellos en el bolsillo?, pensó. ¿Era esa su táctica? ¿Plantar por sorpresa la estatuilla de madera en la mesa frente a Atu, con la esperanza de que se quedara conmocionado y se saliera de sus casillas?

Era como si oyera las preguntas: «¿Vas a negar que eres el modelo de la figura? ¿Vas a negar que conoces a alguien que te ha visto con tal claridad y de tan cerca?».

Intentarían doblegarlo con la estatuilla, y era posible que lo consiguieran.

Mirja no tenía dudas acerca de quién era el artista. Era la zorra aquella de Alberte, que no dejaba a Atu en paz. Era su estilo personal de muñeco de vudú, cuya finalidad era embrujar a Atu y tenerlo atrapado en una red de condiciones y exigencias de la que no podía liberarse.

Sí, estaba segura de que era ella quien estaba detrás, así que estaba bien que hubieran roto la maldición y se hubieran librado de ella. ¿Qué podría haber pasado, si no?

Y cuanto más pensaba en aquella época, más odiaba a las personas que le habían recordado a Alberte.

Asió con fuerza la figura, e iba a estrellarla contra el suelo, pero entonces miró de cerca el rostro bien tallado y los hermosos labios. Era casi como tener de nuevo a un Frank joven, y eso la emocionó. Qué sencillo era todo entonces.

Pero aun así complicado, por eso salió mal.

Todo por culpa de Alberte.

Pegó la figura a su mejilla, la giró un poco y besó sus labios por el recuerdo de inocentes tiempos pasados.

Entonces oyó un ruido en el pasillo, tras ella, y dejó la estatuilla sobre la mesa. Era uno de los dos hombres, gimiendo.

En los siguientes segundos tomó decisiones radicales y actuó en consecuencia. Cuando entró en la sala de control vio que ambos hombres seguían tendidos en el suelo cuan largos eran, y que el inmigrante trataba de levantar un poco la cabeza. Se encargaría primero de él.

Hizo rodar el tambor de cable sin aislar, tiró de las mangas de la camisa del hombre hasta cubrir las muñecas y dio por lo menos diez vueltas de cable a cada

muñeca, de modo que los brazos quedaron atados. Después tiró de él hasta el banco y lo ató allí. Primero los tobillos, luego los muslos al asiento, y después ató el cuerpo a un par de antiguos ganchos de carnicero de la pared. A continuación hizo exactamente lo mismo con el otro hombre. No era mucho más pesado que el inmigrante, a pesar de la diferencia de altura, pero era como un peso muerto, y no fue fácil, sobre todo porque Mirja se sentía fatal en aquel momento. Por eso estuvo un rato apoyada en una de las paredes de metal para recuperarse, hasta que dejó de tener aquella sensación tan extraña y funesta en el vientre.

Después ató los dos cuerpos con el cable y dio un paso atrás para observar su obra.

¿Qué es lo que he hecho mal o he pasado por alto?, pensó, y repasó las posibilidades.

Seguramente podrían encontrar a los hombres por la señal de su móvil, pero lo más probable era que los hubiesen apagado y entregado en recepción. Luego estaba el coche que había visto pasar antes. Estaría algo más allá en la carretera, pero no debía permanecer allí mucho tiempo, estaba demasiado cerca.

Sacó las llaves del coche del bolsillo del policía grande, y comprobó una vez más si todo estaba como debía. Estaban bien atados, y nadie solía entrar en aquel cuarto aparte de ella. El electricista no iba a volver hasta dentro de unos días, había tiempo suficiente. Después estaba Nisiqtu, que los había recibido, pero ¿no fue acaso Mirja quien le puso el nombre «la apreciada»?

Sí, iba a creer sin asomo de duda a Mirja cuando esta sostuviera que fueron los hombres quienes se habían puesto en peligro.

El inmigrante estaba despertándose, no había tiempo que perder. Calculó la distancia a la caja de empalmes y luego cortó dos pedazos de cable de tres metros de largo y enrolló uno al dedo pulgar del inmigrante y el otro al tobillo izquierdo del policía.

Miró la caja donde se juntaban los cables de los diversos equipos fotovoltaicos, y abrió la tapa. Sin quererlo, un electricista y Shirley le habían dicho cómo aplicar la tortura e incluso cosas peores. La corriente continua iba a escocer un poco a la persona que la recibiera si los rayos solares eran débiles, pero cuanto más sol hubiera, más peligroso se volvería. Al final iban a morir por la descarga.

Sacó un destornillador con mango aislante del montón de herramientas que había debajo del banco y aflojó los dos conectores de cable que llevaban la corriente hasta el inversor. El efecto de corriente continua de los dos conectores procedía de todos los equipos fotovoltaicos, así que era la solución óptima. Si el sol brillaba con suficiente fuerza, la tensión sería enorme.

Luego asió el extremo del cable enroscado en torno al pulgar del inmigrante, lo llevó a la caja de empalmes y lo conectó al polo positivo, y después repitió la operación con el tobillo izquierdo del hombre grande y el polo negativo.

En el mismo segundo en el que conectó el segundo cable, los músculos faciales

de los dos hombres se contrajeron, y las cuatro piernas se pusieron a patalear de pronto. Las piernas del inmigrante la golpearon con fuerza en el abdomen, y Mirja tuvo que arrodillarse.

Se llevó la mano al vientre y miró a los hombres, que tenían los ojos abiertos y se estremecían, mientras el interior de Mirja gritaba que tenía que salir de allí.

Rodó hacia su despacho y se quedó un momento gimiendo junto al escritorio hasta que el dolor remitió. Primero se asustó, pero luego se concentró en lo que debía ocurrir, miró el reloj y se puso otra vez en pie.

—Voy a pasear diez minutos para tomar el aire, Nisiqtu —dijo a la mujer del antedespacho—. Hoy ya no va a venir nadie, de modo que puedes retirarte a tu cuarto. Ya les serviré yo el té a los hombres en cuanto vuelva.

Se sonrieron una a la otra. No había peligro.

El coche patrulla estaba unos cientos de metros más allá en la carretera, aparcado a un lado, pero muy visible.

Rebuscó otra vez en la guantera, abrió el maletero y revisó la cabina, pero no encontró ninguna información acerca de la investigación que los había llevado hasta allí.

Arrancó el coche y lo estacionó a un centenar de metros de una carretera lateral que nadie empleaba. Aquello le daba un poco más de control sobre la situación. Si llegaban más policías en el futuro inmediato, podía declarar que los agentes daneses habían continuado su camino, aunque dijeron que regresarían.

Nadie iba a ponerse a curiosear en el centro mientras los dos hombres siguieran vivos. Y cuando murieran ya vería si podía parecer un accidente, o si tendría que llevárselos de allí. Fuera como fuese, para entonces debería haber desatornillado las placas de matrícula del coche y ocuparse de que terminara en Polonia o algún otro lugar remoto. Los polacos y bálticos que andaban mendigando que los dejaran pintar la casa podrían llevárselo de allí por cuatro perras, eso iba a decirles. Podría ponerle las matrículas del que tenían al fondo del Establo de los Sentidos acumulando polvo. De todas formas, ya no lo usaban.

Volvió hacia la academia con la mirada dirigida al cielo. Las nubes seguían plomizas, pero una brisa del este parecía estar alejándolas de la costa.

Pronto volverá a brillar el sol, pensó mientras se masajeaba un poco el diafragma, y entró al antedespacho. El pequeño llevaba tiempo sin dar patadas.

—Vamos, cariño —susurró—. ¿Tan cansado estás? Ha sido un día especial, mamá está también cansada. Tu padre ya te ha elegido un nombre, puedes estar contento. Y cuando nazcas te bautizaremos el mismo día en que tu padre y yo nos unamos bajo el sol en el círculo de postes. Va a ser un día grande, hijito.

Achicó los ojos cuando una sensación de náusea la atravesó. Era una sensación repulsiva, como si alguna parte del cuerpo estuviera muy desequilibrada.

Hay algo que no marcha como debiera, pensó, mientras el sudor brotaba a mares. Tenía que ir a la clínica de Kalmar a que la vieran, pero antes debía saber a qué se enfrentaba. Los hombres tendrían que responder a sus preguntas, y después se marcharía.

Cuando entró, la miraban con fijeza, sus mandíbulas temblaban y tenían contraídos los músculos del cuello.

El inmigrante intentó sisearle algo, pero las palabras se le distorsionaban debido a las contracciones de los músculos del cuello.

Sacó el destornillador y soltó uno de los cables de la caja de empalmes.

Ambos se hundieron a la vez, con las cabezas colgando sobre el pecho.

—Debéis estar agradecidos porque el sol no ha salido de entre las nubes — comentó Mirja mientras ellos levantaban la cabeza despacio.

Miró el tragaluz del techo y notó que los hombres seguían su mirada.

—Estás loca —dijo el grande—. Puedes matarnos.

Mirja sonrió. ¿Pensaba que estaba loca? Pero eso era porque no sabía cuánto había en juego. Y es que todo el mundo esperaba que aquel centro diseminara el mensaje, para que todas las religiones pudieran unirse y el mundo volviera a vivir en paz. ¿Qué se pensaban que eran esas dos personas insignificantes para permitirse obstaculizar aquel plan?

Su sonrisa se congeló.

—¿Qué es lo que sabéis? —preguntó, y metió el cable en la caja de empalmes, lo que hizo que los dos hombres volvieran a patear y torcer el torso hacia atrás. Esta vez, por si acaso, se mantuvo a distancia—. Ya sé que el efecto no es grande todavía. Parece tal vez como un masaje interior, ¿verdad? Pero esperad a que el sol vuelva a salir de entre las nubes, la cosa va a empeorar. Y mucho.

Volvió a sacar el cable, y los hombres se hundieron, pero no tanto como la vez interior. ¿Quizá fuera posible acostumbrarse a aquella pequeña corriente?

—¿Qué es lo que sabéis? —preguntó otra vez.

El grande tosió un par de veces antes de contestar.

—Lo sabemos todo, y no somos los únicos. Tu Atu atropelló a una chica y la mató hace muchos años, y ahora el pasado le pide cuentas. De modo que no empeores las cosas más. Suéltanos, Mirja. Vamos...

Entonces Mirja metió otra vez el cable en la caja, y la escena se repitió. A los pocos segundos sacó el cable.

Si no desembuchaban ahora, iba a ser la última vez que lo intentaba.

—¿Hay más, aparte de vosotros? —preguntó.

El grande trató de asentir en silencio.

—Por supuesto. Llevamos mucho tiempo sospechando de Atu. Un policía ha muerto a causa de esta investigación, parte de la estela de muerte y miseria que ha

dejado Atu. ¿Por qué lo proteges? No te merece, Mirja. No hay razón para...

Boqueó en busca de aire cuando ella volvió a conectar el cable. Esta vez apretó el tornillo y les dio la espalda.

Ahora sabía que la batalla debía seguir su curso. Aquellos dos no podían decir nada que le diera seguridad. El inmigrante no había dicho ni palabra. Se limitó a mirarla con insistencia con sus ojos fríos, como si pudiera matarla con la mirada. No, Mirja había hecho lo correcto.

Alzó la vista a las nubes que pasaban, y volvió a sentir la punzada, pero esta vez fue como si le hubieran asestado una cuchillada en la tripa. Casi sintió como si el niño que llevaba dentro hubiera girado el cuerpo de repente. Como si fuera el feto, y no los policías, quien había recibido la descarga.

Fue tambaleándose por el pasillo, cerró la puerta tras de sí y se derrumbó sobre la silla del despacho. Aspiró un par de veces hondo, hasta los pulmones, para controlar el pulso, pero sin ningún efecto. Sus brazos empezaron a temblar, y la piel a enfriarse, algo grave estaba ocurriendo. ¿Era una reacción psíquica por lo que estaba haciendo? No sentía nada, pero aun así ¿podría ser por eso? ¿Su conciencia estaba despertando? ¿Era una especie de prueba, un castigo? No podía creerlo. Invocó a Horus, mientras los dolores del vientre aumentaban, y le pidió que la liberase de la prueba.

—¡Lo hago con la mejor intención! —gritó.

Entonces el dolor se detuvo, tan rápido como había empezado.

Con un suspiro de alivio, trató de levantarse, pero se dio cuenta, horrorizada, de que las piernas no le obedecían.

Se masajeó los muslos para revitalizarlos, y le extrañó que estuvieran tan calientes, y tan mojados.

Entonces reparó en la sangre.

La sangre de la silla y la sangre de la túnica blanca.

La sangre que discurría cálida por sus piernas y goteaba debajo de la mesa.

«Solo poco tiempo». Eran las únicas palabras concretas que podía pensar Carl, el resto de él era solo cuerpo. Al principio, sentía un hormigueo por todas partes, como cuando se te duerme un brazo, pero luego todos los músculos se contrajeron y quedaron paralizados. Hasta los pequeños músculos de los párpados y orificios nasales se contrajeron y endurecieron. Tenía la sensación de que su cuerpo se estaba consumiendo. De pronto, el corazón dio un sístole más, y de manera puntual su cerebro se cortocircuitó con un destello, mientras los pulmones reaccionaban cada vez menos ante una falta del mínimo oxígeno. Y cuanto más luz dejaban pasar las nubes, más se adentraba la corriente, y más lógicas eran las palabras «solo poco tiempo».

Carl no percibía en absoluto a Assad a su lado. Solo por momentos recordaba que estaban unidos de manera inseparable. Solo por momentos recordaba dónde se

encontraba.

De pronto, la corriente se debilitó. Dio un grito sofocado y se puso a jadear. Seguía sintiendo un temblor en el cuerpo, pero no era nada en comparación con lo anterior. Miró alrededor, desconcertado. La estancia estaba iluminada. Tal vez incluso más que antes. ¿Qué ocurría?

Entonces oyó un gemido a su lado.

Estuvo un rato tratando de hacer que los músculos del cuello obedecieran, pero seguían estando duros como la piedra. Con dificultad, giró la cabeza hacia Assad y vio su rostro grave, contraído por el dolor.

Carl tosió cuando intentó hablar, pero las palabras salieron de su boca.

—¿Qué ocurre, Assad?

Pasado un rato, Assad respondió con palabras entrecortadas.

—Hay una conexión a tierra... en... la pared.

Carl giró la cabeza un poco más. Al principio no entendió a qué se refería Assad. La pared era metálica, ya se daba cuenta, pero ¿qué efecto producía?

Percibió un vago olor a carne quemada, y trató de localizar el origen.

Vio que un brazo de Assad temblaba. Había levantado sus brazos atados hacia la pared tan bien como pudo, y apretó el dedo pulgar, rodeado por el cable, contra la pared metálica.

Un humo vago salía de allí. Eso era lo que Carl había oído.

—La corriente... no... sigue —jadeó.

Carl miró el dedo, cuya uña se iba poniendo marrón, y la punta, todavía más. Ver aquello era estremecedor. Assad estaba sacrificando su dedo por ellos, Carl tenía los conocimientos de electricidad como para saberlo. En aquel momento se acumulaba la corriente de una barbaridad de células solares en el cable que envolvía su dedo pulgar, y desde allí continuaba por la pared metálica.

«La corriente eléctrica busca siempre el camino más corto para descargar». ¿No era algo parecido lo que decía siempre su profesor de física?

—¿No puedes girar la mano para apretar el cable contra la pared, Assad? —preguntó con cautela.

Assad sacudió la cabeza, tenso.

—Aaah —gimió cuando de pronto una nube desapareció en lo alto. Durante un segundo, el dolor hizo que dejara de apretar contra la pared, y la nuca de Carl golpeó la pared y sus brazos se estremecieron en espasmos.

Hasta que llegó la siguiente nube.

Carl notó que Assad se movía un poco, y una vez más la corriente desapareció del cuerpo de Carl.

Assad jadeaba a su lado. Era un espectáculo insufrible, no podría continuar por mucho tiempo.

Carl aspiró hondo.

—Cuando luzca el sol, no toques la pared. Los dolores desaparecerán... al rato —

se oyó a sí mismo decir. Era terrible pensarlo, pero ¿y si no fuera así? ¿Si no desaparecían al rato?

—Pero antes de que sueltes la pared, debo saber por qué...

Pensó un momento. ¿Quería saberlo de verdad?

—¿Saber?... ¿Qué? —gimió Assad.

—¡Said! ¿Por qué te llaman así? ¿Es tu nombre auténtico?

Por un momento se hizo el silencio a su lado. No debió preguntar.

—Es..., es cosa del pasado, Carl —se oyó después—. Un alias... Eso es lo que es. No pienses... en ello... ahora.

Carl miró al suelo, las sombras se hicieron más nítidas.

—Está saliendo el sol. Suelta la pared, Assad, ¿me oyes?

El cuerpo a su lado se estremeció, pero Carl no sintió ninguna diferencia. Assad no había soltado la pared.

—Venga, Assad. ¡SUELTA!

—Tran... quilo —respondió Assad, casi inaudible—. Ya lo... he... probado... antes.

Mirja se inclinó sobre el escritorio y agarró el receptor. Si la ambulancia llegaba rápido, estaría en la sección de ginecología de Kalmar dentro de tres cuartos de hora.

Si Atu viene también, todo se arreglará, pensó.

La idea iba a hacerla sonreír cuando una sensación punzante la atravesó de pronto.

—Oh, no, ¿qué ocurre? —gimió cuando un espasmo hizo que cayera hacia atrás en la silla.

Dirigió por instinto la mirada abajo. La hemorragia entre sus piernas iba a más.

Por unos segundos todo su cuerpo se estremeció, y luego sintió quietud en su interior, demasiada quietud. El golpear del pulso, los movimientos de su útero, los impulsos que le daban una idea del estado del feto. Todas las señales cesaron de pronto.

Mirja rompió a llorar. Al igual que cuando con ingenuidad infantil pidió a su madre que la quisiera como a sus hermanas, supo que derramaría lágrimas en vano, que llorar no le serviría de nada. El destino tenía su propio ritmo, y no había más remedio que seguirlo, por terrible y pesado que pudiera parecer. Era lo que sabía ahora. De pronto, de un momento a otro, todo le parecía indiferente. El pequeño ser de su interior había decidido que sus caminos debían separarse. El alumbramiento había empezado, pero no había roto aguas porque el bebé estaba muerto y no se movía. Lo sabía con seguridad.

Por un momento miró absorta al teléfono.

¿Para qué llamar pidiendo ayuda? ¿Para qué salvarse, cuando todo se había perdido? No podría convencer a Atu de que la dejara embarazada otra vez. Nunca iba a tener ese hijo que continuase la obra, de manera que ¿para qué vivir? La promesa de Atu de que debían unirse en el círculo de postes jamás iba a cumplirse, tal como iban las cosas.

Y luego estaban los hombres de la sala de control. No iba a poder sacarlos de allí hasta pasado cierto tiempo, en caso de que la ingresaran. El electricista iba a encontrar los cadáveres cuando volviera a los días.

Todo el cuerpo de Mirja temblaba. Ni los helados inviernos finlandeses la habían hecho pasar tanto frío.

Dejó caer los hombros, desesperada. No por su propio destino, sino por el de Atu. Cuando encontrasen los cadáveres, establecerían conexiones que no podía permitir que establecieran. En una de esas iban a encontrar a Shirley, y tanto ella como Atu

iban a tener que pagar por sus acciones.

Por eso, solo quedaba un camino: debía sacrificarse por Atu, una vez más, y esta vez con su vida. Iba a escribirlo todo mientras se desangraba hasta morir. Arrojar sobre sí misma la culpa de todo. De todo. Y los hombres de allí dentro no debían estar vivos para refutar nada. Sus destinos debían ser el de ella. Fueron ellos quienes decidieron acercarse tanto.

Estuvo un rato largo mirando con ternura la estatuilla de madera que llevaba el policía danés.

Luego le dio un tierno beso y empezó a escribir.

Venga, Carl, que no cunda el pánico. Abstrae el dolor, y emplea los momentos que te quedan.

Paseó la mirada por el cuarto, a pesar de las dolorosas repercusiones de las últimas descargas, que le causaban fuertes convulsiones en brazos y piernas.

La mayor amenaza era que Assad no pudiera mantener el contacto del dedo contra la pared. Si no podía hacerlo, sus cuerpos se retorcerían en espasmos de inmediato, y Carl sabía bien cuál iba a ser la consecuencia. En aquel momento no temía a la muerte, pero sí que se alargara. Que la corriente, que iba a pasar por el dedo de Assad a sus cuerpos y salir por la pierna izquierda de Carl no iba a matarlos sin causar antes espantosos sufrimientos. Aparecían ante él con toda nitidez imágenes terribles de ejecuciones en la silla eléctrica, con víctimas sangrando por los ojos y retorciéndose entre espasmos. Ya había notado lo que se sentía, como si el cerebro hirviera y el corazón pudiera fallar en cualquier momento.

Pero ¿cómo encontrar la salvación ante ese destino? ¿Había alguna salvación posible cuando aquella diabólica mujer los había atado con tanta solidez? Los cables estaban muy prietos, los ganchos de la pared, tras ellos, eran demasiado fuertes. El ángulo en el que estaban hacía imposible que retorcieran los cuerpos para encontrar una postura más favorable o para liberarse completamente.

—Cuando... Cuando... Cuando se me queme el dedo del todo —gimió Assad junto a él—, el cable..., el cable va a caer... encima, a no... ser que... lo empuje... y caiga al suelo.

Carl trató de decir algo, pero los músculos del cuello seguían tan agarrotados que no emitió sonido alguno. La desesperación por que también le hubieran quitado la voz hizo que las lágrimas acudieran a sus ojos.

No debes llorar, pensó. Tener la cara mojada no le convenía en aquella situación.

Ya te ayudaré cuando ocurra, Assad. Nos retorceremos cuanto podamos para que el cable caiga al suelo. Eso habría querido decir, pero solo pudo asentir con la cabeza.

¿Por qué no salta algún fusible? ¿No habrá ninguno?, pensó, y echó la cabeza atrás y vio el montón de cajas y paneles que controlaban todo. Era allí donde la mujer había acoplado los dos cables. Si solo tuviera un brazo libre. Solo una mano libre.

Entonces...

Volvió la cabeza hacia su colega cuando oyó aquel sonido espantoso. Era evidente que el dedo de Assad había empezado a freírse. Tenía el semblante más blanco que un albino.

Pero seguía tocando la pared.

Mirja llevaba un momento con las manos en el teclado, con la mente en otra parte. Se sentía muy debilitada, aquello iba muy rápido.

Había cientos de enes en la pantalla, detrás de las palabras que había escrito; su dedo debió de quedarse unos segundos en la tecla de la ene.

Se puso a borrarlas.

Atu va a llegar en cualquier momento, tengo que terminar esto, pensó, y oyó al momento que la puerta de su aposento se abría.

Sintió una punzada en el corazón cuando percibió su olor. Si no hubieran llegado los dos policías, habría sido el momento más feliz de su vida. Casi podía sentir los abrazos que no iban a materializarse. Las caricias que nunca iban a hacerse uno al otro. Y lo peor, las sonrisas y las exclamaciones de gozo del hijo que tanto habían deseado tener y nunca se producirían.

Mirja estaba a punto de perder el sentido por la desesperación mientras se giraba y veía cómo resplandecía Atu. Iba vestido de amarillo, con unos pantalones ceñidos y un polo, y parecía un joven de jarana. Mirja trató de devolver la sonrisa, pero su rostro se negaba a obedecer.

No ve la sangre. El frente del escritorio la oculta, menos mal, pensó.

—Qué guapo estás, Atu —lo felicitó, y trató de subir el brazo hacia él para poder apretarle la mano, pero le faltó fuerza. Y en su lugar dijo—: Estoy terminando una cosa.

Esta vez consiguió sonreír un poco.

—Son solo cinco minutos.

Atu se acercó un paso con la cabeza ladeada.

—¿Ocurre algo, Mirja? —preguntó. Por supuesto que se había dado cuenta de que pasaba algo raro.

Miró por instinto la superficie del escritorio, y fijó la mirada en la estatuilla de madera que había junto a la mano de Mirja.

Dio un respingo, y la sonrisa desapareció al momento. La reacción fue notable, como si hubiera recibido un golpe, y su mirada saltó varias veces de la figura a los ojos de ella; desconcertado, sin comprender y conmocionado.

Luego asió la figura y la observó muy de cerca con el rostro crispado, como si lo que veía le provocara dolor físico.

—Conozco esta figura —arrancó, lleno de preguntas no respondidas. Después preguntó, algo mordaz—: ¿De dónde la has sacado?

Mirja notaba con claridad lo que la pérdida de sangre le estaba provocando, cómo sus fuerzas de agotaban y a las células del cuerpo les faltaba oxígeno. Debes concentrarte en hablar claro, Mirja. Habla lento, si no va a parecer que balbuceas, pensó.

Sus ojos sonrieron, no le resultó fácil.

—¿La conoces, Atu? Es fantástico. Pero luego hablaremos de eso. Tengo que terminar esto.

—¿Ha estado Bjarke? —preguntó de forma sorprendente.

Mirja frunció el ceño. ¿A qué se refería?

—No sé quién es Bjarke —respondió.

Era evidente que la respuesta lo irritó.

—Debes de saberlo, ya que la figura está aquí.

Mirja sacudió la cabeza despacio. Su corazón había empezado a latir con más fuerza, tratando de ofrecer al cuerpo sangre oxigenada.

Estaba claro que Atu no lo entendía.

—La recuerdo. Fue un joven de Bornholm quien la talló.

Frunció el entrecejo.

—Me la quería regalar porque me dijo que estaba enamorado de mí.

Mirja no entendía.

—No sé de quién hablas. Nunca me has contado eso.

—Venga, Mirja, di qué hace esta figura aquí. Es una pregunta sencilla. Mía no es, porque me negué a aceptarla. Era un incordio, no me gustaban sus insinuaciones, así que, por favor, no niegues que él haya estado aquí.

—Dentro de cinco minutos, Atu —repitió Mirja, esta vez con más insistencia. Si quería salvar el centro y a Atu, debía terminar su confesión.

—¿Qué es lo que es tan importante?

Iba a dar la vuelta a la mesa para ver el texto de la pantalla, pero ella lo detuvo.

—¡Bien, te lo diré! Voy a cargar con el mochuelo, Atu, y no puedes hacer nada para impedírmelo, ¿está claro? Voy a confesar lo que has hecho.

Atu le dirigió una mirada que Mirja nunca le había visto. Disgusto fue la primera palabra que se le ocurrió, pero también podría ser repugnancia.

¿Repugnancia? ¿Es que no entendía que se estaba sacrificando por él?

—¿Qué es lo que he hecho, y cuál es la relación con la figura tallada? ¿Es tu manera de decirme que te has arrepentido de lo que me acabas de prometer? No entiendo nada.

Mirja deseaba tanto tomarlo de la mano, pero no se atrevía a inclinarse sobre la mesa por miedo a desmayarse. No debía hacerlo.

—Mataste a Alberte —dijo con voz queda.

—¿QUÉ dices que hice? ¿Alberte?

—Sí, la chica con la que anduviste en Bornholm.

Esperaba que él la mirase conmocionado. Que su rostro reflejase que su secreto

había sido desvelado, pero no que se apoyara contra la pared, como si sus piernas ya no pudieran sostenerlo.

—¿Alberte?! ¡¿Ha muerto Alberte?! —Tragó saliva un par de veces entre gemidos.

¿Por qué negaba que lo supiera? ¿Cómo podía ser tan cínico?

—No entiendo que hagas como si no hubiera ocurrido. Sabes mejor que nadie lo que ocurrió, por eso querías marcharte de Bornholm. ¿Por qué no dices las cosas como son? ¿Qué te pasa? Estás muy pálido, Atu. ¿Qué ocurre?

Él seguía allí, como si estuvieran cada uno en su mundo y con su propio idioma, y aquello la enfadó. Tantos años de silencio entre ellos, y ahora que salía a relucir todo, él seguía callado. No lo había previsto. Que fuera tan cobarde.

—Me decepcionas, Atu. Te salvé aquella vez. Encubrí que la atropellaste. Me di cuenta el mismo día que abandonamos la isla. ¿Crees acaso que podía hacer caso omiso de todo lo que hablabas de ella? ¡Si no hablaste de otra cosa durante dos semanas! Tal vez creyeras que no me dolía, pero me dolía. Entonces, oí por la radio que la habían encontrado muerta en lo alto de un árbol después de un atropello. Fue dos mañanas antes de que nos fuéramos, y supe al instante que habías sido tú, Atu, y que iban a encontrarte, a menos que yo hiciera algo. Estuvieron buscando el coche por toda la isla, ya lo sabes, ¿no? Entonces encontré en la furgoneta el cartel con manchas de sangre.

—No entiendo de qué estás hablando, esto es absurdo a más no poder. Nunca he sabido nada de lo que me estás contando. No sabía que Alberte estuviera muerta, me entristece mucho, si es que es verdad. ¿Y de qué cartel hablas?

—¿También tengo que explicar eso? El cartel que colgaba a la entrada de la casa de Ølene, por supuesto. ¡«La bóveda celeste»!, lo pintaste tú, así que no digas que no lo recuerdas.

—Claro que lo recuerdo. Me hice unos rasguños con los tornillos cuando Søren Mølgård y yo lo bajamos, y sangré bastante. ¿Qué pasa con ese cartel, y qué relación tiene con Alberte?

Atu era un maestro manipulando a otros, pero ¿creía de veras que podía manipularla también a ella?

—¿De veras? ¿Está muerta? —preguntó otra vez. Era patético.

Mirja apretó los dientes. Ya había encontrado suficiente oposición en su vida. Lo menos que Atu podía hacer por ella en aquel momento era ser sincero.

—Ataste el cartel al parachoques de la furgoneta para catapultarla a lo alto del árbol cuando la atropellaras. Pero tranquilo, me deshice de él. Lo quemé, Atu, y deberías darme las gracias.

En aquel momento la mirada de Atu viró de la desesperación y la rabia a una frialdad gélida.

—Estoy asustado por lo que dices, Mirja. ¡Muy asustado!

Su semblante volvió a cambiar. De pronto sonrió con expresión serena.

Se giró hacia ella.

—Aaah, es una prueba. Quieres ponerme a prueba. Es un juego. Pero ¿de dónde has sacado la estatuilla, Mirja? ¿Llevabas tiempo preparándolo?

La arrojó sobre la mesa delante de ella.

¿Es que no se daba cuenta de lo expuesto que estaba?

—¡Desaparece, Atu! Vete, te buscan —dijo con voz débil. Se lo debía.

—¿Quién me busca? —Seguía allí haciendo como si nada y sonriendo. ¿Acaso no la creía?

Mirja hizo una profunda aspiración.

—Los policías que tenían la estatuilla, ellos. La Policía te ha buscado durante todos estos años, saben que fuiste tú. Pero asumiré yo la culpa, de modo que vete. De todas formas, todo está perdido.

—No entiendo nada. ¿Qué policías? —Había dejado de sonreír.

—Recuerdo bien la vez que empezaste a hablar de que ibas a quedarte en la isla a causa de Alberte. Estabas obsesionado con ella, y te consumía. No eras el mismo cuando volvías a casa. Aquello fue diferente a lo de otras mujeres, y me asusté. Pero gracias a Dios te diste cuenta de que iba contra el futuro que deseabas y contra lo que habíamos convenido nosotros dos. Contra todo.

—Sí, ya me acuerdo de aquella discusión, y recuerdo lo celosa que estabas, Mirja. Esa ha sido siempre tu mayor debilidad. Pero también te prometí liberarme de ella, y lo hice, aunque no de la forma que insinúas. Ya no sé qué me consideras ni qué piensas de mí. No te reconozco en absoluto. Jamás se me ocurriría quitar la vida a nadie, antes me suicidaría.

Se llevó la mano a la frente y se quedó un rato flotando entre aquella locura y la realidad.

—¿Cuándo ocurrió lo de Alberte?

—Ya te lo he dicho. Dos días antes de marcharnos.

—Es una locura. —Se golpeó la frente con el puño cerrado, como para ordenar las cosas—. Entonces ocurrió al día siguiente de romper con ella. Ella lloró, y también lloré yo, pero es lo que hice, te lo aseguro. Luego me arrepentí, aunque era demasiado tarde.

Mirja empezó a sentir frío. Sus piernas temblaban. Sus labios se estremecían. Le costaba concentrarse. ¿Qué había dicho Atu? ¿Que se arrepintió? ¿De qué?

—Pero ¿dónde estabas aquella mañana, dos días antes de que desapareciéramos de Bornholm?

—¿Desaparecer? No desaparecimos. No estaba planeado que nos quedáramos más tiempo. Yo ya había terminado lo que había ido a hacer allí, ya lo sabes.

—¿Dónde estabas?

—¿Cómo quieres que lo recuerde ahora? Estaba triste, lo más seguro es que estuviera meditando con la piedra solar, como acostumbro.

—También había sangre en el lateral del parachoques. Mucha sangre.

—Eso era del zorro que atropelló Mølgård, eso también lo sabías. Te lo conté.

Sí, era lo que alegaba, ¿qué otra cosa iba a decir?

—Dices que la figura la han traído dos policías. ¿Qué es lo que querían? ¿Y dónde están?

Mirja casi cerró los ojos, de lo cansada que estaba.

Atu movía la cabeza de arriba abajo y de lado a lado, por turnos. Era obvio que su interior estaba muy agitado. ¿Creía acaso que podía hacer desaparecer todo por arte de magia? ¿Por qué no se marchaba?

Mirja miró la pantalla y se puso de nuevo a borrar enes. Quedaba poco tiempo, lo sentía.

La estancia cambió de color. ¿Morirse era así? ¿El mundo se volvía de pronto luminoso, cálido? Dirigió despacio la mirada hacia la ventana. Un brillo centelleante la hizo parpadear; el sol salía de entre las nubes. Qué hermoso era.

Luego vio por el rabillo del ojo que la mano de Atu volvía a asir la figura.

—Fue él —susurró—. Por supuesto que fue él quien lo hizo.

Daba la impresión de estar casi asustado. Parecía auténtico, pero ¿lo era?

—Bjarke era un *boy scout* crecido. Estaba encantado con todo lo que yo hacía, de modo que le dejaba ayudar en las excavaciones. En Knarhøj. Después quiso regalarme esto mientras me declaraba su amor. Como es natural, no lo acepté. Le dije que íbamos a marcharnos, y dijo que todo era culpa de Alberte. Ahora me acuerdo. Santo cielo, si no tuvo nada que ver.

Mirja estaba conmocionada. No sabía qué creer.

—Rompí con ella y nunca volví a verla.

Mirja notó por un momento un calor placentero en el rostro. El sol pegaba de lleno, y se diría que el despacho estaba iluminado por proyectores. Mirja abrió la boca y trató de respirar poco a poco. El sol tiene tal fuerza que seguro que los dos hombres se mueren, pensó. Entonces los músculos de su cuello se relajaron, el mentón cayó hacia el pecho, los temblores cesaron. Al cuerpo no le quedaba energía ni para eso.

Pero ¿y si lo que decía Atu era cierto?

Si fuera cierto y ella lo hubiera sabido, todas aquellas cosas espantosas nunca habrían ocurrido.

Al cabo de unos segundos se dio cuenta de las posibles consecuencias. Podía ser cierto.

Si Atu no había matado a nadie, ¿cómo pudo hacerlo ella? En tal caso, había vivido una mentira, había reaccionado ante una mentira, y había dejado que otros pagaran por esa mentira. Había matado a tres mujeres, bueno, cuatro, contando a Shirley. Los celos y los malentendidos la habían corroído, consumido.

Se oyó un rugido. ¿Era de ella? No lo sabía.

Atu desapareció y se oyó ruido. Atu estaba gritando.

Mirja abrió los ojos. Todavía quedaban enes sin borrar. Un par de frases sin

escribir.

—¡¿QUÉ HAS HECHO?! —oyó que gritaban en la sala de control. Era la voz de Atu.

La pantalla parpadeó varias veces.

Mirja cayó hacia atrás en su silla. Ya no sentía sus miembros.

—¡Mujer desquiciada!

De pronto, Atu estaba frente a ella y le hablaba entre dientes.

—Están inconscientes, pero vivos. Ya puedes estar contenta —le pareció que decía Atu.

Luego asió el receptor de la mesa y tecleó como loco. Mirja oyó las palabras Policía y ambulancia.

—Ahora sí que me has puesto bajo sospecha por algo que hizo Bjarke. ¿Te das cuenta?

Mirja trató de asentir con la cabeza, mientras él abría un cajón y sacaba todos los billetes que había dentro.

—Has reducido mi mundo a escombros, ¿te das cuenta, Mirja? La obra de mi vida se echará a perder, a menos que logre que Bjarke confiese.

Lo único que deseaba Mirja en aquel momento era que Atu la abrazara. Que se despidiera y la tomara de la mano hasta que todo terminase. Pero ni siquiera la miró.

—Recibirás tu castigo por esto, Mirja —sentenció, y le dio la espalda—. Te lo aseguro. Pero ahora tengo que hacer una cosa.

Fue lo último que le dijo antes de desaparecer.

Y lo último que oyó Mirja antes de darse por vencida fueron unos gritos desesperados procedentes del patio.

—¡UN INCENDIO! —gritaban—. ¡UN INCENDIO, UN...!

Carl despertó con el rostro contra el suelo de cemento. Notaba palpitations y todo le daba vueltas, el corazón bombeaba, sintió náuseas y dio una arcada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, y vomitó, pero nadie respondió.

Miró su cuerpo. Sus brazos seguían temblando, pero estaban libres. Se dio cuenta de que había trozos de cable esparcidos por el suelo. Había también unas tenazas algo más allá, y la puerta del pasillo estaba abierta de par en par.

—Assad, ¿estás ahí? —preguntó con voz temblorosa.

—¡MIRJA! ¡¿Por qué no haces algo?! ¡Hay un incendio! —gritaba alguien en sueco.

Entonces alguien chilló. Se oyeron más y más pasos agitados procedentes del despacho.

—¡No toquéis nada! —ordenó alguien—. ¡Está muerta!

Entonces los gritos se generalizaron e intensificaron.

—Socorro —trató de gritar Carl, pero el tumulto de fuera lo ahogó.

Intentó rodar desde su posición, pero no pudo.

Una sombra oscura pasó ante la luz del despacho, y luego oyó pasos que se acercaban.

—¡SOCORRO! —gritó otra vez, y notó que los músculos empezaban a relajarse, uno a uno. Sintió calor cuando la sangre volvió a fluir, y le dolió de cojones, fue como si sus venas y arterias estuvieran acartonadas y no dejaran pasar la sangre.

Una figura humana apareció en el cuarto.

—Hay dos hombres en el suelo en la sala de control. ¡Pasa algo muy raro, están atados por los pies! —gritó de pronto la voz.

Carl miró angustiado a su amigo inconsciente, mientras alguien, arrodillado, le hacía la respiración artificial en el cuarto al que los habían llevado.

Fuera, la gente pedía a gritos más agua y el equipo necesario para apagar el fuego. Algunos fueron en busca de Atu, pero no lo debieron de encontrar.

Dijeron que la persona del escritorio era Mirja, y que estaba muerta. Alguien la había cubierto con el mantel que había en la mesa del antedespacho, seguramente Nisiqtu, porque estaba paralizada y pálida, llorando a su lado.

Había muchos que observaban, pasivos. Hombres y mujeres vestidos de blanco que debían de saber que el cuento se había acabado. Estaban probablemente

aturdidos, no entendían nada.

—Mira su mano —susurró una mujer mientras señalaba la muñeca quemada y el pulgar ennegrecido de Assad.

Carl observó agradecido a los hombres que ayudaban a Assad. Sabían lo que hacían, eso seguro, que Dios los bendijera por ello.

—Saldrá adelante —hizo saber uno de ellos—. El corazón late rápido y fuerte, pero late.

Carl aspiró hondo. Que siguieran trabajando con Assad, él ya se las arreglaría.

Tomó un sorbo de un vaso de agua que le dio un alma caritativa, pero le costó una barbaridad tragar. Durante un momento tuvo que agarrarse la cabeza con fuerza para detener los movimientos laterales, como los del péndulo de un reloj. Su tobillo izquierdo le dolía como si se hubiera hecho un corte, y de sus pulmones salía flema, como si estuvieran infectados. Pero a pesar del malestar y los dolores, y las secuelas que iban a producirse, estaba vivo y sabía que todo se arreglaría. Y diez minutos más tarde ya se encontraba mejor.

Assad lo había salvado.

Ojalá pudieran salvarlo a él.

Se oyó el ulular de sirenas acercándose, y el estrépito cesó delante de las ventanas. Llegaron ambulancias, policías, bomberos, todo un regimiento de operarios de salvamento, y se pusieron manos a la obra.

Carl se levantó y dio su versión de lo ocurrido en la medida en la que se lo permitió su voz. Mientras tanto, un par de compañeros suecos comprobaron por teléfono de manera rutinaria su acreditación y la de Assad. Ojalá comunicasen con Lars Bjørn, y ojalá se quedara conmocionado.

Assad, tendido en el sofá, emitió varias veces sonidos inarticulados, pero cuando el médico de la ambulancia le puso una inyección, despertó de pronto y miró desconcertado a las numerosas personas que lo rodeaban.

Cuando divisó a Carl, sonrió un poco. A Carl le entraron ganas de llorar.

Un cuarto de hora más tarde, después de que el médico de la ambulancia vendara de manera provisional la mano de Assad y también el tobillo de Carl, ambos escucharon el informe preliminar de la Policía.

Los habían encontrado tumbados en el suelo de la sala de control con diversas lesiones, y con las piernas unidas por cables. No se sabía quién había cortado los cables, pero era imposible que fuera la mujer que se había desangrado.

El médico opinó que tendrían que ingresarlos bajo observación en el hospital de Kalmar, pero que al parecer se habían librado de lesiones permanentes, aparte del dedo pulgar de Assad, que con toda probabilidad habría que amputar, cosa ante la que él no pareció reaccionar.

Está conmocionado, pensó Carl, y le dio un apretón en el hombro. No podía

expresar con palabras lo que sentía por el sacrificio de Assad. Por los dolores que había aguantado.

—Gracias, Assad. —Sonó algo pobre.

Assad asintió en silencio.

—También quería salvarme yo, Carl, no creas —dijo con voz entrecortada.

Se les pidió que identificasen a la muerta como la que los había golpeado y atado. Luego llegaron los peritos y sacaron fotos, el forense redactó un certificado de defunción provisional, pero no tenía la menor duda de que había muerto por la gran pérdida de sangre que sufrió durante un alumbramiento prematuro. Puso el estetoscopio contra su vientre y sacudió la cabeza tras unos segundos. El feto estaba muerto también.

Los ambulancieros colocaron el cadáver en una camilla y lo sacaron.

Era espantosa la cantidad de sangre que había donde Mirja estuvo sentada y debajo de la mesa. Era incomprensible cómo una mujer tan pequeña pudiera tener tanta sangre.

—Ha confesado que os atacó. Mirad —dijo uno de los agentes suecos, señalando la pantalla del ordenador.

Carl lo leyó. Estaba en sueco, y era un texto escalofriante.

—¿Qué es lo que dice, Carl? —preguntó Assad, molesto—. No soy muy bueno leyendo sueco.

Carl asintió. Claro que no era muy bueno. ¿Cuánto podía exigírsele a una persona que, por lo que se decía, no entendía una palabra de danés dieciséis años antes?

—Pone: «Confieso mis acciones. He matado a dos policías en la sala de control del equipo fotovoltaico. He matado a Wanda Phinn. Está enterrada en Gyngelvar, a unos ochocientos metros del final de la pista y a doscientos a la derecha. Empujé a una mujer alemana contra un coche en marcha en el puerto de Karlskrona. Se llamaba Iben. Ahogué a Claudia, que apareció en Polonia. No recuerdo sus apellidos en este momento. Todo empezó con Alberte en Bornholm, donde Atu, que en aquella época se llamaba Frank, comenzó...».

»Y termina la confesión con un montón de enes y varios espacios en blanco. Tendría el dedo allí cuando perdió el conocimiento.

Carl señaló la tecla de la ene. Justo encima de la barra espaciadora.

—¿Dónde está Atu? —preguntó Carl.

Muchos se alzaron de hombros. Todo parecía indicar que la rata había abandonado el barco.

—Su coche no está —observó alguien.

De modo que se había escapado antes de que las cosas se pusieran feas.

—Creo que no se hace ningún favor a sí mismo al huir mientras Mirja, su elegida, muere y el edificio arde —opinó Carl.

—Bueno, pero lo que escribe ella..., puede entenderse de varias maneras —comentó Assad.

Carl asintió con la cabeza.

—Así es. También puede significar que intenta hacer a Atu responsable de la muerte de Alberte, no queda claro. Y es que no sabemos qué era lo que la guiaba. Puede que estuviera loca. Pero creo que lo más importante es que Atu haya huido, abandonando a su elegida y la obra de su vida en llamas.

—Entonces tendremos que encontrarlo, ¿no?

Carl asintió. Pero ¿dónde? ¿Y cuándo? Ahora iban a llevarlos al hospital, las lesiones de Assad eran cosa seria. Cuando daba un par de pasos, parecía un zombi. Tenía los miembros agarrotados, y seguro que le dolían un huevo, como a él. Y luego estaba la mano, no se atrevía ni a pensarlo.

—Vamos a dar la descripción de Atu Abanshamash Dumuzi y de su coche —propuso uno de los policías suecos de paisano.

—Bien. Y debemos encontrar las llaves del coche y los móviles —anunció Carl—. Si no...

—Eso tendrán que hacerlo otros, más tarde —interrumpió el médico—. Tenemos un par de ambulancias esperando fuera.

Había numerosos coches con los destellos azules encendidos y gente de uniforme en el patio central, que estaba cubierto de humo y vapor. Algo más lejos se veían todavía nubes negras alzándose hacia el cielo, pero el incendio estaba ya bajo control, dijo el coordinador de los trabajos.

Carl miró el cadáver, que apenas hora y media antes era una mujer feliz y sonriente, con la capa de Atu en los hombros y las piedras solares en las manos. Su rostro palidísimo seguía sin cubrir, y había alrededor multitud de hombres y mujeres vestidos de blanco, abatidos, llorando.

Entonces acercaron una camilla desde la casa en llamas. La gente cuchicheaba, se llevaba las manos al rostro y seguía el espectáculo, sin entender.

—¡Shirley! —exclamaron algunos.

La mujer que transportaban aún estaba viva. Un hombre caminaba a su lado y sujetaba un gotero, y otro apretaba una máscara de oxígeno contra la boca de la mujer, que un par de veces extendió una mano hacia quienes encontraban en el camino y tocó sus manos. No logró muchas reacciones, pero un par de personas le acariciaron los dedos al pasar.

—Ella irá en una ambulancia, y la mujer muerta, en la otra. Los policías daneses irán en un taxi —indicó el coordinador.

Colocaron a la mujer que habían sacado en camilla junto a la muerta. Le quitaron la máscara y le hablaron. Tosía, pero parecía capaz de responder las preguntas. Luego llegó otro miembro del equipo de salvamento y se puso a limpiarle el hollín de la zona de los ojos. Tenía el pelo tiznado de hollín, al igual que la piel. Estaba toda negra. Era increíble que hubiera sobrevivido. Debieron de sacarla en el último

instante.

Parecía muy triste, tendida en la camilla. Tal vez no pensara salir con vida, seguía conmocionada.

Entonces giró la cabeza hacia la otra camilla y trató de enfocar. Sus ojos parpadearon varias veces hasta que comprendió qué estaba viendo.

Luego ocurrió algo extraño y grotesco, que Carl supo que nunca iba a olvidar.

Mirando a la muerta, la otra mujer se echó a reír. A reír de forma tan incontrolada y a tal volumen que la escena del patio se quedó congelada.

Viernes 16 de mayo y sábado 17 de mayo de 2014

Los informes del hospital de Kalmar eran inequívocos. A Assad iban a tener que amputarle el dedo pulgar izquierdo; pero Assad dijo que no. Si había que quitarlo, dijo, ya sería lo bastante hombre para cortarlo él mismo.

Carl se ponía enfermo de pensarlo, y no dejaba de mirar la mano maltrecha. Si alguna vez salía un dedo útil de aquel amasijo cuya superficie parecía del todo carbonizada, sería porque tenía muy buenas relaciones con los poderes superiores.

—¿Estás seguro, Assad? —preguntó, señalando a la vez la piel amoratada muñeca arriba.

Assad lo confirmó sin vacilar. Sostenía que antes ya había sufrido quemaduras parecidas. Y que se había tratado él mismo las heridas.

A continuación, el médico le advirtió sin rodeos de lo que iba a ocurrir si se desarrollaba una gangrena, y añadió algunas instrucciones de diversa índole sobre cosas que no debía hacer de ninguna manera en aquella lamentable situación.

Carl veía que Assad sufría, pero también que se aguantaba. No iba a darle la satisfacción al médico.

Luego les midieron las funciones renales y el corazón, llevaron a cabo una serie de pruebas neurológicas, les pidieron que realizaran varios movimientos musculares, y al final les formularon por lo menos cien preguntas antes de dejarlos en paz.

—Pasarán aquí la noche, porque el electrocardiograma de Carl muestra que sigue habiendo arritmias. La experiencia nos dice que suelen desaparecer pasadas unas horas, pero queremos hacer otro electro mañana por la mañana, para estar seguros.

Assad y Carl se miraron. Aquello no iba a facilitar la búsqueda de Atu.

El jefe de servicio, arquetipo de un sueco agradable en la flor de la edad, volvió a poner en su sitio las gafas sin montura.

—Ya veo que dudan si aceptar la oferta, pero no deberían. Han sido muy afortunados. Assad ha sacrificado su dedo, en mi opinión, y eso les ha salvado la vida, además de ahorrarles una serie de daños graves. Si no hubiera sido corriente continua, y si no hubieran tenido la suerte del tiempo nublado, no estarían aquí. Se habrían cocido por dentro. Sus cerebros y sistemas nerviosos se habrían colapsado. Y, en el mejor de los casos, su tejido muscular habría sufrido mayores daños y les provocaría mayores dolores de los que sufren.

Cuando les pidieron que se pusieran la ropa del hospital, protestaron. Hombres adultos con aquella especie de camisas largas, el culo al aire y piernas paliduchas nunca habían sido un espectáculo atractivo.

—Les recomiendo que los próximos dos o tres años estén muy atentos, porque puede haber recaídas después de un episodio tan violento y traumático. De manera que si sienten grandes cambios en la memoria, trastornos sensoriales, empeoramiento de la vista o el oído, deben acudir al médico, ¿de acuerdo?

Ambos hicieron un gesto afirmativo. ¿Cómo iban a discutir con un médico con gafas sin montura?

—Otra cosa —dijo el hombre de la bata camino de la puerta—. Han venido sus compañeros suecos con los móviles y las llaves del coche, y han dejado su coche patrulla en el aparcamiento.

Bueno, por fin algo positivo.

A la mañana siguiente les costó levantarse, porque sus cuerpos protestaban. Carl miró a Assad, dormido boca arriba en la cama de hospital. Se había retirado la venda y tenía el pulgar metido en la boca. Casi como un niño consolándose.

Y así seguía, tres cuartos de hora más tarde, en el coche, camino de Copenhague. A pesar de la intensa búsqueda, la Policía sueca no tenía ninguna noticia del paradero de Atu.

—¿Crees en serio que eso va a salvarte el dedo, Assad? —preguntó por fin, cuando llevaban recorridos cuarenta o cincuenta kilómetros.

Assad sacó el dedo con cuidado, bajó la ventanilla y escupió afuera.

Luego sacó del bolsillo un frasquito marrón de The Bodyshop. «Tea tree oil», ponía en la etiqueta.

—Siempre llevo uno encima, me lo enseñó Rose. Desinfecta, pero no hay que tragarlo —comentó, vertió en la boca un par de gotas más y luego volvió a meter el dedo.

—Tiene pinta de ser una quemadura de tercer grado, y entonces los nervios están muertos. Así que, uses lo que uses, no te va a funcionar.

Assad repitió la sesión, escupió por la ventana y se giró hacia él.

—Siento que está vivo, Carl. Puede que esté algo negro, pero es solo la piel. Si hay algo que no valga para nada, eso es la parte externa.

Vertió más gotas en la boca y volvió a meterse el dedo.

—Tenemos un aviso de la Policía de Ystad —comunicó uno de sus compañeros de Jefatura por el teléfono del coche—. Ayer vieron a la persona buscada subir en coche al transbordador de Ystad a Bornholm.

¿Qué estaba diciendo?

—¿Por qué no se nos ha informado antes?

—Lo intentaron, pero no respondíais.

—No teníamos los móviles. Joder, si los han entregado ellos en el hospital. ¿Por qué no llamaron al hospital?

—Estabais dormidos.

—Podían haber llamado esta mañana.

—Mira la hora, Carl: son las siete y media de la mañana. La administración del hospital no ha abierto aún.

Carl dio las gracias y cortó la comunicación. Atu en Bornholm, ¿qué diablos hacía allí? Aquel era el último sitio adonde iría él si fuera Atu.

Assad escupió otra vez por la ventana.

—Creo que habrá vuelto para borrar algunas huellas que pasamos por alto. Sabe que no podemos acusarlo de nada sin pruebas.

Mmm. Entonces había que pillarlo con las manos en la masa.

Carl miró por la ventana. La decisión que iba a tomar no era fácil. Miró a su colega, que luchaba por su dedo con el pulgar en la boca, y por un momento sintió vergüenza. Assad llevaba veinticuatro horas sacrificándose por él. ¿No podía Carl también sacrificarse un poco?

—Voy a pedir un aerotaxi, Assad —decidió.

A Assad los ojos casi le salían de las órbitas.

—Sí, ya me arreglaré, puede que la hipnosis haya surtido efecto, ¿quién sabe?

Miró el GPS.

—El aeropuerto de Ronneby está cerca, podemos estar allí dentro de media hora. Voy a ver si en Copenhaguen Air Taxi pueden ayudarnos.

Pasaron diez minutos, y un hombre de lo más amable les explicó que lo sentía, pero que no podía conseguir una avioneta libre en un plazo tan corto.

—Pero pregunten a uno de nuestros antiguos pilotos suecos, Sixten Bergström —propuso—. Tiene un pequeño avión de negocios, un Eclipse 500, en el aeropuerto de Ronneby. Es un seis plazas y vuela a setecientos kilómetros por hora, debe de ser lo que buscan. El aeropuerto de Bornholm está a ciento veinte kilómetros, así que pueden estar allí enseguida.

Carl jamás pensó que fuera a hacer algo así por voluntad propia. Con las piernas temblando, se sentó en un asiento muy cómodo de cuero beis junto a la ventana, y miró paralizado al hombre mayor que se disponía a despegar.

—¿Quieres que dé la mano? —llegó el consuelo de su compañero, que llevaba un vendaje enorme en el dedo pulgar izquierdo.

Carl aspiró hondo.

—Ya he rezado por ti, Carl. Tranquilo, todo irá bien.

Carl se apretó contra el respaldo, con la frente perlada de sudor, y por instinto despegó los brazos junto con el avión.

—No hace falta —dijo el piloto mirando atrás—. Ya tenemos bastantes alas por lo demás. Tómallo con calma.

¿Assad reprimió una risa? Tenía un dedo destrozado y el cuerpo hecho polvo, ¿y se reía?

Carl se giró hacia él y sintió, para su extrañeza, que aquello se contagiaba. Pensándolo bien, era de lo más cómico.

Dejó caer los brazos y relajó los hombros. De hecho, no tenía nada de miedo, solo eran imaginaciones suyas.

Y echó a reír tan de repente y con tanta fuerza que al piloto casi le dio un ataque al corazón. Habría sido una ironía del destino si la avioneta se hubiera precipitado a tierra.

Aterrizaron con la misma rapidez con la que habían despegado. Carl pensó agradecido en Kazambra, y se dirigió hacia el comisario Birkedal, que estaba esperándolos.

—Todavía no lo hemos localizado. No se ha alojado en ninguno de los hoteles, y en ninguno de los campings tenían noticia de nadie que respondiera a la descripción.

—Entonces ha dormido en un agroturismo, en el coche o en casa de alguien que no conocemos. ¿Tenéis un coche para nosotros?

Birkedal señaló con el dedo un pequeño Peugeot 206 rojo.

—Podéis llevaros el de mi mujer. De todas formas, se ha largado de casa.

Parecía algo amargado, pero debió aguantarse y no caer en el típico flirteo de Rose.

Acordaron estar en contacto todo el día, ya que el hombre que buscaban no debía escurrírseles de la isla. Por eso estaban bajo vigilancia los transbordadores y el aeropuerto.

—¿Todo bien, Assad? —preguntó mientras se metían como podían en el coche. Assad levantó en el aire un pulgar vendado.

Un tipo duro, aquel Assad.

—Se cierra el círculo para Atu y Frank —anunció Assad—. Ha vuelto a Bornholm. Pero ¿dónde crees, o sea, que puede estar?

—No hay razón para creer que haya vuelto al lugar de los hechos, no tendría ninguna lógica, y, si lo hace, no va a encontrar nada que no encontrasen los investigadores. Me inclino a pensar que tal vez quiera estar con alguien de la isla que sepa más de lo conveniente.

—¿Conveniente? ¿Para quién?

Esa era la cuestión. Para Atu, que era quien buscaba a la persona. Carl pensó en la enorme energía de Atu, quizá demasiado enorme.

—¿Crees que podría matar a alguien, Carl?

—¿No estamos buscando a un hombre que ya ha matado en el pasado?

Además, ¿no habían visto acaso cómo lo adoraba un grupo de gente vestida de blanco, y no era acaso una posición de poder que intentaría mantener por encima de todo?

—Inge Dalby está en Copenhague, de modo que no debemos temer por ella; pienso más que nada en June Habersaat. ¿A ti qué te parece?

Assad asintió en silencio.

—Es verdad, tampoco ella quería hablar de él. Tienes razón, sabía algo.

Carl buscó por instinto el móvil, pero su dedo tropezó con la tripa de un pequeño peluche, en el que ponía *Mummy is the best!*

Tenía dudas de que la mujer de Birkedal lo siguiera pensando.

—Tienes que llamar a June Habersaat, Assad. Cuando responda, pásame el móvil. Algo me dice que no va a querer hablar contigo.

Pasado medio minuto, Assad sacudió la cabeza. Imposible establecer contacto.

Llamaron a su trabajo, y allí les dijeron que en aquel momento estaba de baja, cosa comprensible teniendo en cuenta el desarrollo de los acontecimientos, con la muerte del exmarido y del hijo. Pero no tenía importancia, concluyó la amable señora, porque la temporada alta no empezaba hasta dentro de cinco semanas.

La siguiente visita fue a June Habersaat, en Aakirkeby.

—Es la segunda vez hoy que alguien pregunta por la señora —dijo un joven con el torso desnudo que estaba transportando cajas de mudanzas a la casa de al lado.

—¿Quién más ha preguntado por ella? —quiso saber Carl, y se extrañó por la enorme barba desgredada del joven, que no podía ser muy práctica en aquel trabajo. Parecía un maestro de escuela de los años sesenta, solo le faltaba la chaqueta de pana, pero seguro que se la ponía al terminar el trabajo. Una moda extraña hoy en día.

—Era un pavo medio viejo y vestido todo de amarillo.

Rio.

—Ostras, parecía un anuncio malo de una agencia de viajes. Bronceado, hoyuelo en el mentón, tenía todos los elementos.

Assad y Carl se miraron.

—¿Hace cuánto tiempo de eso? —preguntó Carl.

El joven se secó el sudor de la frente mientras pensaba.

—Unos veinte o veinticinco minutos, creo.

Mierda. Veinte minutos antes lo habrían atrapado.

—Pero no sabes, entonces, adónde ha ido June Habersaat, ¿verdad? —preguntó Assad.

—Ni puta idea. Bueno, ha dicho que iba a subir en busca de algo para colocar en la tumba de su hijo. Bastante raro. Creo que se le ha ocurrido por algo que me ha visto transportar.

Miró la mano de Assad.

—Vaya, parece que te has pillado los dedos. ¿Han estado donde no debieran?

Rio. Carl esperaba que Assad no hubiera comprendido la ofensa.

—¿Qué crees que le dio la idea? —preguntó Assad, mientras cerraba el puño de la mano buena. Así que debió de entender la expresión.

Carl lo agarró del brazo, no fuera a caer en la tentación de sacudirle al tipo.

—Pues no lo sé. Ha sido una de las primeras cosas que he metido en la casa.

Normalmente, solemos llevar edredones y ropa encima de la carga, en bolsas de plástico negro, pero creo que esta vez era una colección de revistas en una caja. Pero no estoy seguro.

Carl se llevó a Assad hacia el coche.

—¿Dónde va a encontrar algo que perteneciera a Bjarke? Deberíamos mirar en su antigua casa de Listed o en la casa donde tenía una habitación alquilada, ¿no te parece?

Assad asintió.

—La patrona se llamaba Nelly Rasmussen —informó. Buena memoria.

Luego Assad se alejó un poco, giró sobre el talón y puso rumbo al trabajador de mudanzas. ¿Iban a pegarse?

—¿Qué es lo que ha dicho exactamente la mujer?! —gritó a diez metros de distancia.

El joven lo miró sin entender, con una caja de mudanzas al hombro.

—¿Sobre qué?

—Iba a subir en busca de algo, ¿no es eso lo que ha dicho? ¿Estás seguro de eso?

—Sí, pero ¿qué importancia tiene que lo dijera de una manera o de otra?

—No te habrá dicho que iba a la ciudad, ¿verdad?

—Yo no lo he oído.

Carl los alcanzó.

—Es verdad. Para nosotros es importante saber si iba a ir a Listed o a Rønne en busca de algo que se le ocurrió. ¿Sabes algo de eso?

—Pues entonces sería Rønne. Al menos, señaló en esa dirección al decirlo. Las tías lo hacen muchas veces sin pensarlo.

—Eso no se lo dirías al que iba vestido de amarillo, ¿verdad?

El joven frunció el ceño. Se lo había dicho.

—¿El hombre parecía saber adónde iba? —preguntó Carl entonces. Porque Bjarke se mudó después de que Frank se marchara de la isla, así que esa dirección no la conocía.

—Tal vez —respondió el joven—. Al menos, llevaba una hoja de una guía telefónica local en la mano. Tal vez viera allí la dirección.

—Tenemos prisa —se despidió Carl.

Echó a correr hacia el coche, pero Assad llegó el primero.

—Diantre, no tiene GPS —masculló Carl, mirando el salpicadero. ¿Cuál sería el camino más corto?

—Tranquilo, Carl, lo buscaré con el *smartphone*. —Assad se puso a teclear—. Se llega en un cuarto de hora si vamos por Lob-Lobbæk y Nylars.

Carl apretó el acelerador hasta el fondo.

—Telefonea a Birkedal y dile que lleven un coche allí.

Assad tecleó, molesto por el dolor de la mano izquierda. Luego pasó un minuto moviendo la cabeza arriba y abajo mientras escuchaba la respuesta.

—¿Has dicho que sean discretos? No lo he oído —dijo Carl.

Assad arrugó la nariz.

—No van a venir, Carl, y no vas a querer oír por qué. Pero los vehículos disponibles, resulta que no están disponibles. Algo de la vigilancia en transbordadores y en el aeropuerto.

—¿Cómo?

—Ha dicho también que de todas formas íbamos a llegar antes que ellos. Que el Peugeot puede correr bastante.

—Pues que apechugue con las consecuencias si alguien nos detiene —decidió Carl, sin hacer caso de que el velocímetro marcaba más de cien en un tramo donde la velocidad estaba limitada a ochenta. Luego continuó, mientras hacía sonar la bocina—. Quítate la camisa, sácala por la ventana y déjala ondear. Venga, Assad. Hemos convertido esta cafetera en una ambulancia a toda velocidad.

Diez minutos más tarde, atravesando zonas residenciales dispersas con docenas de personas mirándolos boquiabiertas, Carl y Assad llegaron en el pequeño rayo rojo, con la camisa verde ondeando, a la casa de Sandflugtsvej. Si esperaban ver coches en la entrada, se quedaron decepcionados; era evidente que no había allí nada que justificase su temeraria conducción.

—Assad, llama a comisaría y diles que era una emergencia, que por eso hemos conducido tan rápido, mientras voy a ver si hay alguien en casa. Y tómate un par de aspirinas. Te veo en la cara cómo te duele ese dedo.

Nelly Rasmussen abrió la puerta con vacilación. Su cabeza tocada de sombrero respiró aliviada cuando vio quién era, y ante sus ojos se reveló un espectáculo grandioso cuando la mujer abrió la puerta del todo. Ni una matrona italiana o griega guardando luto podía estar tan vestida de negro como ella. Velo en el sombrero, preparado para correrlo. Medias, zapatos, abrigo, blusa, falda, guantes, pañuelo de cuello, párpados, pestañas y pelo, todo de un negro riguroso. A Rose le habría encantado, seguro.

—Creía que era el taxista —explicó la mujer, y sacó un pañuelo negro de un bolso negro, dispuesta a secarse sus ojos sequísimos. Desde luego, tenía talento para el teatro.

—¿June Habersaat ha estado aquí?

La mujer hizo un gesto afirmativo.

—¿Qué quería?

—Ya me gustaría saberlo. ¿Cree que se le ha ocurrido decírmelo? Qué va; creo que ha subido al cuarto de Bjarke a por una revista. No me la ha enseñado, pero era lo que parecía cuando ha salido.

—¿La ha visitado un hombre vestido de amarillo?

La mujer asintió con la cabeza, esta vez algo asustada.

—Por eso me ha costado abrir. No quería tenerlo en casa otra vez.

—¿Cuándo?

—Justo antes. Hace unos cinco minutos. Creía también que era mi taxi.

—¿Qué deseaba?

—Buscaba a Bjarke. Estaba cabreado y ha entrado con fuerza, gritando «¿Dónde está Bjarke? ¿Está arriba? ¡Estará en casa un sábado!», ha gritado. Ha sido muy desagradable, sobre todo en un día tan especial como hoy.

Volvió a secarse los ojos.

Luego se puso en pie y se removió, nerviosa.

—¿Dónde se ha metido el taxi? Voy a llegar tarde.

—¿Adónde?

La mujer pareció indignarse.

—Al entierro de Bjarke, por supuesto.

—Ajá. ¿No lo han enterrado hasta ahora?

—Lo han guardado en Copenhague. Es que tenían que hacerle... la autopsia.

Esta vez brotó una lágrima auténtica.

—¿Y qué ha sido del hombre de amarillo? Lo estamos buscando.

—No me extraña, era de lo más desagradable. Cuando le he dicho que no podía ver a Bjarke porque estaba muerto y lo iban a enterrar, se ha puesto lívido. Su mirada se ha encendido, se ha puesto como loco y ha dicho que no era posible. Que Bjarke había matado a una chica y debía confesar. Ha sido espantoso oír a alguien mentir de esa manera sobre una persona que has querido tanto.

Carl frunció el ceño.

—¿Bjarke! ¿Ha dicho eso?

Se frotó la frente. Había un par de cosas a las que debía dar unas vueltas en la cabeza.

—Ya lo creo. Y luego ha murmurado que la madre de Bjarke debía ayudarle. Después ha hecho de pronto una mueca horrible y ha preguntado si seguía viva. Iba a decirle que no, pero no me he atrevido.

—Supongo que irá al entierro. ¿Le ha dicho dónde iba a ser?

La mujer asintió.

—¿Carl! —gritó Assad desde el coche—. La Policía ha averiguado que ha dormido en un agroturismo de Svaneke. La señora de Listed, aquella Bolette, los ha llamado para decir que esta mañana lo había visto frente a la casa de Habersaat. También te ha llamado a ti.

Carl miró el móvil. Sin batería, por supuesto.

—Venga —dijo Carl a la mujer vestida de luto—. Enséñenos el camino.

Así se ahorra el taxi.

Assad tuvo que quitarse la camisa otra vez para señalar la emergencia. Nelly Rasmussen sofocó un grito. La verdad era que Assad tenía bastante pelo en el pecho para ser un hombre más bien bajo.

—¿Qué iglesia? —preguntó Carl, mientras apretaba la bocina hasta el fondo.

Carl repitió lo que Nelly Rasmussen les había dicho sobre Atu y Bjarke, mientras ella asentía en silencio desde el asiento trasero.

—Creo que Atu miente —dijo Assad, escueto.

Carl asintió. Desde luego, era una posibilidad. Atu estaba visitando a gente que lo conoció en aquella época, y seguro que estaba contento de que Bjarke ya no estuviera. Ya habían visto lo que sabía hacer con las palabras.

—Así que habrá que avisar a June —continuó Assad.

Nelly Rasmussen no dijo nada.

Había pocos coches aparcados junto al muro de piedra de la iglesia redonda de Østerlars, y además algunos de ellos eran camionetas de trabajadores locales que estaban metiendo unos andamios enormes en la iglesia.

—Quizá estén aparcados en la granja de al lado. No es posible que haya tan poca gente. ¿Y dónde está el coche fúnebre? —preguntó una Nelly Rasmussen afectada, mientras accedían al aparcamiento y Assad se vestía la camisa.

»¿Por qué no repican las campanas? —continuó, y miró el reloj. Luego le dio unos golpes—. Vaya, se ha parado. Hemos venido tarde al entierro.

Ahora sí que estaba afectada.

—¡Mira, Carl! —Assad señaló un Volvo azul. Era cierto, tenía matrícula sueca.

Salieron pitando del coche, y dejaron a Nelly Rasmussen a su bola.

La mujer tenía razón. En un extremo del cementerio, el entierro estaba a punto de finalizar, y, a unos cien metros ante ellos caminaba un hombre vestido de amarillo hacia el pequeño séquito reunido en torno a la tumba. Era Atu. Carl y Assad apretaron el paso. Si corrían, tal vez Atu mirase atrás. No podían arriesgarse a que escapara de nuevo, pero por otra parte debían proteger a June Habersaat. A saber cuáles eran las intenciones del hombre.

El pastor ya se había hecho a un lado con un pequeño tazón en la mano, de modo que la ceremonia había concluido. Entonces vieron que June Habersaat se acercaba a la tumba y arrojaba algo dentro.

Cuando los reunidos vieron de qué se trataba, hubo murmullos de reacción.

Luego June metió la mano en el bolso y sacó algo.

En aquel mismo segundo oyeron a Atu, alias Frank, gritar el nombre de June. Sonaba desesperado. Los reunidos se quedaron muy sorprendidos, y se hicieron a un lado.

Frank casi había llegado a la tumba. Abrió los brazos y dijo algo a la mujer que no pudieron oír mientras se acercaban a paso ligero.

Entonces vieron qué era lo que June Habersaat había sacado del bolso. Era una pistola de un calibre que llamaba la atención.

Y de pronto realizó cuatro o cinco disparos, el sonido rebotó en los muros, y Atu

se encorvó primero, y luego cayó en el borde de la tumba. Fue una auténtica ejecución. Homicidio premeditado.

Carl y Assad se pararon de golpe. Hacía tiempo que Carl estaba desarmado.

La mujer reparó entonces en ellos. Era evidente que los acontecimientos de los últimos segundos se habían precipitado, y su mirada se desplazaba a turnos al hombre inerte, a la tumba, al séquito y al pastor, que se le acercaba, valiente, con palabras tranquilizadoras.

—Ahora va a suicidarse, al igual que su marido —susurró Assad, mientras la mujer se llevaba la pistola a la sien. Pero Assad no era el único que lo había previsto, porque el pastor dio un salto adelante y lanzó el tazón contra la pistola, como si fuera un jugador de élite de la liga norteamericana de béisbol.

June gritó cuando impactó en su mano, y la pistola salió volando a un lado. Luego, sin mirar atrás, corrió hacia un banco que había junto al muro del cementerio. Se subió encima de un salto, pasó por encima del muro de piedra y siguió corriendo hacia la carretera que discurría a lo largo de los sembrados.

—¡Corre tras ella, Assad, que yo voy a por el coche! —gritó Carl, y se volvió hacia el público paralizado—. Y alguien que llame a la Policía, ¿vale?

Miró un momento a Atu, que tenía un pie en el aire encima de la tumba y los ojos abiertos, mientras el pastor le tomaba el pulso en el cuello. En su elegante túnica amarilla había dos orificios a la altura del abdomen y otro en el hombro. Solo se veía un pedazo de piel atravesada por la bala. Era donde estaba escrito «river», Carl ya lo sabía.

El pastor sacudió la cabeza. Atu estaba muerto. Tampoco era que Carl lo hubiera dudado.

Qué simbólico, que el hombre que yacía allí quisiera ser guardián e hijo de la mística y el sol, y que terminara sus días en aquel lugar legendario de la isla, a la sombra de la iglesia redonda que guardaba los misteriosos secretos de los templarios.

Luego recogió la pistola. Idéntica a la que usó Habersaat para suicidarse. Debía de ser una de las dos pistolas que pertenecieron al difunto profesor de la Escuela, la que nunca se encontró. De modo que Habersaat se llevó las dos, y la mujer consiguió quitarle una a escondidas. Pero claro, su exmarido no podía dar parte de la desaparición.

Carl se puso en pie, e iba a echar a correr cuando Nelly Rasmussen señaló la tumba, sollozando como nunca antes lo había hecho.

Allí, en medio de las rosas rojas y tres paladas de tierra consagrada, había una revista con hombres muy ligeros de ropa en la portada. ¿Era la manera de June Habersaat de decir que por fin aceptaba el modo en que su hijo vivió la vida?

Pero ¿por qué?

Y echó a correr.

Carl recogió a Assad al final de la carretera.

—June había aparcado el coche en esa granja —informó Assad, jadeante, señalando hacia atrás—. He estado a punto de agarrar la puerta del coche, pero no he podido. Sigo teniendo problemas con los músculos y la respiración, Carl, lo siento.

Carl lo comprendió, no había razón para sentirlo. Los cien metros que había recorrido corriendo casi lo dejan para el arrastre.

—¿Has apuntado la matrícula? —preguntó.

Assad sacudió la cabeza. Mierda.

—Eh, va por ahí —dijo Assad, y señaló hacia delante.

Aunque el coche estaba por lo menos quinientos metros más allá, oían cómo June Habersaat apuraba las marchas.

—Ese viejo trasto corre que se las pela, esa mujer conduce como una loca, nunca la alcanzarás, Carl.

—Llama a Birkedal. Supongo que ahora ya podrá disponer de un par de vehículos para perseguirla.

Carl forzó el Peugeot, con el acelerador a tope, mientras trataba de comprender por qué June Habersaat quiso suicidarse junto a la tumba de su hijo. ¿Era por la depresión causada por la muerte de Bjarke, o por algo más fundamental? ¿Era algo que había estado latente en su psique, ya que guardó la pistola durante tantos años? ¿Y por qué mató a Atu? ¿Fue en defensa propia? Pero si fue en defensa propia, ¿por qué huyó después? Era alg...

—¡Cuidado! —gritó Assad con el móvil en la mano. Algo más allá había unas botellas rotas en la calzada. Cascos traidores y afilados, capaces de hacer parar cualquier cosa con ruedas de goma.

Carl frenó y continuó despacio los próximos cientos de metros. Si Assad no lo hubiera visto, las ruedas habrían reventado.

—Dile también eso a Birkedal, que manden a alguien para limpiar la carretera.

Ante ellos se extendía un tramo recto, y aceleró.

Cuando llegaron a los edificios de Gildesbo, había huellas de frenado en una desviación hacia el sur.

—¿Qué me dices, Assad? ¿Son sus huellas?

Assad hizo un gesto afirmativo. Había establecido contacto con el policía de guardia de la comisaría de Rønne. Lo puso al corriente en unos pocos segundos, mientras Carl impulsaba el velocímetro hasta ciento veinticinco kilómetros a la hora

por un camino vecinal donde la visión a los lados era óptima.

—¡AHÍ! —gritó Assad.

Carl lo había visto. Al final del camino, el coche negro giró de pronto a la derecha.

Llegaron al cruce, torcieron a la derecha detrás de ella, y les entraron las dudas.

Unos cien metros más allá había dos posibilidades. ¿A la izquierda, hacia Almindingen, o seguir todo recto?

—Esta vez no hay frenazo, Assad. ¿Seguimos adelante?

Assad no respondió enseguida, y Carl desvió la mirada hacia él. Tenía la cabeza algo caída sobre el pecho, y los dientes apretados. Estaba claro que estaba concentrándose para no quejarse.

—¿Vamos al hospital, Assad? —preguntó. En aquel momento, June Habersaat se la sudaba.

Assad cerró con fuerza los ojos, y luego, tras llenar los pulmones a rebosar de aire, los abrió.

—Ya se me ha pasado, Carl, tú sigue —indicó. Pero era mentira, no se le había pasado. Luego gritó—: ¡VENGA!

Carl apretó el acelerador.

El bosque se hizo más tupido. Los tentaron varias pistas laterales, pero siguieron recto. El caso es que iban en la dirección adecuada, si se quería ir a Rønne, que era adonde debían ir si aquella persecución no daba fruto. Así Assad podría tomar algún calmante que funcionara.

Se oyó un frenazo brusco en el bosque, seguido de un chasquido débil, seco. Si era el coche de June Habersaat, no solo habían seguido el camino adecuado, sino que también estaban cerca.

Divisaron el coche cuatrocientos metros más allá. Estaba volcado de lado, como si hubiera caído de lado sin más, pero dos líneas de neumático quemado en un pequeño aparcamiento que no era más que un ensanchamiento de la pista, y un montón de hierba aplastada decían otra cosa.

—Iba demasiado rápido, y, cuando ha querido parar aquí, los frenos se le han bloqueado —comentó Assad, mientras Carl miraba alrededor.

—Tal vez creyera que podía meterlo entre la hierba alta y hacerlo desaparecer.

Estuvieron un rato callados, mirando alrededor. No había nadie.

Era un espectáculo bello, pero extraño, tan cerca de la carretera. A un lado de la carretera se interrumpía el bosque, y, en medio de una extensión de prados por lo demás llana y húmeda, se alzaba un cerro.

Carl fijó la mirada en unos carteles que informaban de unos restos de fortaleza que había en lo alto del cerro. Lilleborg, ponía en un cartel con una flecha colgada entre dos postes rojos, cinco metros más adelante.

La mirada de Carl siguió la dirección de las flechas. Por lo que veía, habría que subir y rodear el cerro.

—¿Crees que ha pasado al otro lado de la carretera y ha entrado en el bosque? —preguntó Assad.

—Desde luego, no ha dado la vuelta al cerro, habrían quedado marcas en la hierba.

Carl miró hacia el prado, era un lugar descampado. Si la mujer les llevaba una ventaja de medio minuto, y no podía ser mucho más, bastaría para desaparecer en el bosque, y también para desaparecer sendero arriba y rodear el cerro, pero desde luego que no lo suficiente para llegar al otro extremo del prado.

—Si ha recibido algún golpe en el choque, y es lo más probable, yo en su lugar no elegiría el bosque —concluyó—. Ahí recibes golpes sin cesar.

Assad asintió en silencio, estaba de acuerdo, así que se giraron hacia el cerro.

Habían pasado menos de veinticuatro horas desde que sus cuerpos sufrieran un duro maltrato, y la ligera cuesta de la colina fue un auténtico desafío. Ya después de la primera curva y una pequeña peña desnuda, empezaron a jadear, y no era por pérdida de aliento, sino de puro cansancio.

—Estamos majaras, Assad, deberíamos estar en la cama, en el hospital de Kalmar —se quejó Carl tras superar otro repecho, lo que les dio una clara perspectiva del aparcamiento, veinticinco metros más abajo.

Assad levantó la mano vendada y se quedó quieto. También Carl lo había oído. En las películas de indios solía ser el crujido de una ramita. Allí, el de una rama muy gorda.

—Creo que nos está esperando, Carl —susurró.

Alzaron la vista hacia un muro de piedras grandes que la hierba y la maleza no habían logrado cubrir. Era Lilleborg, una fortificación cuya estructura desconocían.

Debimos informarnos abajo, pensó Carl mientras se acercaba a una cuesta que llevaba a un lago más allá de los prados. A la izquierda bajaba un sendero, pero no iba hacia el lugar donde habían oído el crujido, y el sendero de la derecha discurría junto a piedras grandes y peñas bordeadas por una barandilla metálica que impedía la caída al vacío.

Assad, detrás de él, intentaba reprimir los jadeos; menos mal que era él quien iba en cabeza.

Y de pronto se encontraron en la cima. Hierba crecida, rocas, una mesa con bancos para almorzar, y varios muros, uno de ellos con una abertura que daba a un panorama espectacular del lago. Pero ni rastro de June Habersaat.

—Entonces, ¿qué ha sido lo que hemos oído? —preguntó Carl.

Assad se encogió de hombros. Era evidente que en aquel momento le importaba un bledo. La mano era el foco de su atención.

Carl se recuperó un poco con las manos en las rodillas. Aquello era de lo más lamentable. Comprensible, claro; pero lamentable. Esperaba que no tuvieran que sufrir por mucho más tiempo aquella situación.

Estaba muy enfadado por todo, porque había habido muchos costes en aquel caso.

Para empezar, el dedo de Assad, pero también tiempo y gastos. Llevaban semanas afanándose por encontrar a un hombre que hacía poco tiempo que habían matado a tiros delante de sus narices. Afanándose por lograr respuestas de una mujer que casi los había matado, y que ahora estaba muerta. Afanándose por deshacer los nudos hechos por Habersaat durante años y por aclarar a unos padres qué le sucedió a su hija. ¿Y adónde habían llegado? A ninguna parte. Pura gasolina para la hoguera de Lars Bjørn.

Tal vez alguien encontrase a June Habersaat en algún lugar, y era de esperar que con vida, aunque Carl lo dudaba.

Entonces sonó el móvil de Assad.

—Es Rose —dijo, y activó el altavoz.

Qué putada. Ahora iban a tener que explicar mil cosas. Carl no tenía la menor gana.

—¿Qué tal estás? —fue lo primero que dijo—. Sí, soy Carl, se me ha muerto el móvil. Assad está escuchando.

—Hola, Assad —lo saludó—. Pero ahora no vamos a hablar de lo mío, ¿vale? No me encuentro muy bien, pero me arreglo, así que basta. Vaya cosas he oído sobre vosotros.

—Sí, las hemos pasado bastante canutas, hay que reconocerlo. Assad...

Assad hizo un gesto de rechazo. No iban a empezar a hablar de la mano ahora.

—Assad está a mi lado, te envía saludos. Estamos en Bornholm, y June Habersaat acaba de matar a Atu a tiros.

—¿QUÉ DICES?

—Sí, es lo que hay, pero seguimos estando en las mismas.

—¿Por qué lo ha hecho?

—No hemos hablado con ella, ha huido.

—En este caso todo son complicaciones. Yo también tengo algo que pone las cosas un poco patas arriba.

—¿No deberías descansar, Rose? Al fin y al cabo, es sábado.

—Muy gracioso, señorito Mørck, ¿y vosotros, qué? Bueno, pues me he metido en el ordenador de Bjarke, y ha sido una experiencia interesante, por cierto. Un cuarenta y cinco por ciento de la memoria la ocupan juegos de ordenador de diversos tipos. Algunos de ellos son viejísimos, no creo que los haya usado en muchos años.

—¿De cuándo es el ordenador?

—Es un Windows 95, y debía de ser una actualización de una versión anterior, así que saca las cuentas.

¡Madre mía! Era increíble que aquel cachivache no hubiera sido donado a algún poblado africano.

—Un cincuenta y pico por ciento lo ocupan archivos de imágenes, y un dos por ciento es correo no deseado. Y luego hay un único archivo de texto. Un poema, de hecho.

—¿Un poema?

—Sí, escribió un poema. El título es bastante explícito. Se titula «Para Frank». El documento se encontraba entre los archivos punto exe de un juego de Star Trek del 95, y no ha sido fácil encontrarlo.

Santo cielo, desde luego había sido metódica.

Luego Rose leyó el poema, y, por muy falta de talento y torpe que fuera, su significado no dejaba lugar a dudas. En suma, hablaba de amor no correspondido y de una gran rabia. Rabia porque Frank había hecho que su mundo se derrumbara. Rabia porque la familia de Bjarke resultó destrozada debido a las decisiones de Frank. Rabia por la simple existencia de Frank.

—Es decir, que Bjarke sabía lo de Frank y Alberte, pero no quiso contárselo a su padre. ¿Por qué? —Carl sacudió la cabeza: no era lógico—. La verdad es que no entiendo nada.

—Un momento, señor Holmes, déjame hablar —lo interrumpió Rose—. Lo primero que quiero decir es que si alguna vez vuelve a tocarnos un caso en el que se nos obligue a observar a hombres desnudos con horribles gorras de cuero y cinturones con remaches como única vestimenta y en situaciones comprometedoras, no seré yo quien se encargue de eso. He tenido que ver cinco mil, digo bien, CINCO MIL fotos de hombres acaramelados hasta encontrar la foto que arroja luz sobre este caso. También creo que habría que decir a la Policía de Bornholm que la próxima vez que revisen un ordenador lo revisen bien, joder, como he hecho yo.

Se quejaba. Pero ¿los hombres vestidos de cuero no le iban a Rose?

—Os envió la foto. Ahora.

Esperaron un momento, hasta que un sonido anunció la llegada del mensaje.

Un escalofrío recorrió la espalda de Carl.

Era una foto sacada algo antes de Navidades, en un bello paisaje nevado, de un puesto de venta de árboles de Navidad montado por *boy scouts*. El precio era razonable, veinte coronas por pieza, pero era lo único apacible de la foto.

Assad, junto a él, se había quedado mudo.

—¿Oye...? ¿Estáis ahí?

—Sí, Rose, estamos aquí —dijo con el piloto automático—. Y tienes razón, es una foto increíble, un auténtico hallazgo. Desde luego, mereces descansar el resto del día.

Miró una vez más la foto. Estaba conmocionado. En una fracción de segundo debió reconocer que todas las pistas de su investigación habían sido erróneas. Empezando por la fatigosa búsqueda de una plancha de madera imaginaria a partir de una maldita astilla que había encontrado Habersaat. La caza de la furgoneta, por no hablar del resto de recursos empleados para fortalecer aquella sospecha dirigida contra Frank, alias Atu. Días y días de investigación y entrevistas a menudo descaminadas. Habían estado equivocados desde el principio, y allí estaba la prueba.

En la foto aparecía un Bjarke vestido de uniforme de *boy scout* y luciendo una

amplia sonrisa. El sombrero bien encasquetado, el cordón en el hombro, el puñal en el cinturón tachonado de pequeños escudos. Estaba orgulloso a más no poder. Orgulloso por los distintivos de jefe de tropa, orgulloso por su pequeño negocio, que seguro que tenía objetivos benéficos, y orgulloso por el todoterreno contra el que se apoyaba. Sí, y también parecía orgulloso por el invento, que por lo visto era suyo. Y es que había montado en el todoterreno una pala de quitanieves, en la que ponía en grandes mayúsculas blancas: GRANDIOSA VENTA DE ÁRBOLES DE NAVIDAD DE LOS BOY SCOUTS. FELIZ NAVIDAD.

Era estremecedor. Habían llegado a Bornholm para proteger a June Habersaat de Frank, y en realidad debía haber sido al revés.

—¿Qué os parece? —preguntó Rose.

—Nos parece que esa foto nos habría venido bien un poco antes. Y Rose, es el mismo Toyota viejo en el que June Habersaat ha huido hace veinte minutos y que ahora está volcado junto a unos prados a cincuenta metros de aquí. ¡Mierda!

—¿Dices que la foto nos habría venido bien un poco antes?

—Sí.

—¿No crees que Habersaat la conocía? O, mejor dicho, ¿no crees que sabía que su hijo tenía esa pala?

—Era policía, Rose. Sacrificó diecisiete años de su vida en el caso. Por supuesto que no lo sabía.

—Ahora escucha mi interpretación. Creo que Habersaat sospechó durante años de su hijo, y por eso trabajaba con tal obstinación en el caso. Tenía la sospecha, pero deseaba hacerla desaparecer por todos los medios. ¿No sería acaso lo más conveniente proyectar las sospechas sobre la persona que más odiaba? ¿El amante de su esposa? ¿Qué os parece?

—¿Y por qué nos metió en el caso? Estaba olvidado cuando se suicidó.

—Nos dejó el trabajo sucio, y esperaba que lográsemos el objetivo. Él se había quedado atascado, pero tal vez encontrásemos a Frank; y si no lo encontrábamos, o si descubríamos la verdad, íbamos a ser nosotros quienes asumiéramos el desagradable trabajo de arrestar a su hijo. Ese era el dilema de Habersaat. Quería encubrir al chico, y al final se dio cuenta de que era un error. Bjarke era culpable. Por eso decidió apearse.

—Eso es una hipótesis. Una buena hipótesis, pero nada más. Si tienes razón, voy a pasarlo mal. No olvides que han muerto varias personas, Rose.

—Así es la vida —dijo ella, para corregirse justo después—: Así es la muerte, quería decir, por supuesto.

Assad adelantó la mano en señal de advertencia y miró por encima del hombro.

—Buen trabajo, Rose, muchas gracias, pero hay que cortar, ¿vale? La batería se está agotando.

Rose alcanzó a decir:

—¡Hombres! ¿Es que no saben...?

Y Carl cortó la comunicación.

Assad levantó ambas manos y luego señaló un par de escalones abiertos en la roca que en la mañana de los tiempos llevaba a otro piso que hacía mucho que lo había comido la erosión.

Esta vez Carl lo oyó también.

—Voy a echar una caña —anunció Assad, y se deslizó hacia la derecha, mientras indicaba a Carl por señas que fuera por la izquierda.

Entonces saltaron a la vez.

Allí, apoyada en la pared de piedra, en un pequeño lecho de hierba un metro más abajo, yacía June Habersaat. En cuanto los vio, los atacó con una rama gruesa, y golpeó la mano mala de Assad. El alarido de él se mezcló con el de ella, y fue tan violento que June soltó el palo y se acurrucó contra la pared.

Carl estaba cabreado y se le echó encima, la obligó a ponerse de pie y le juntó con violencia las manos tras la espalda para ponerle las esposas.

June gritó por el dolor, y Carl vio que estaba herida. El hombro izquierdo colgaba y varios dedos de la mano izquierda estaban dislocados.

—¿Estás bien, Assad?

Assad tocó la mano mala, pero asintió en silencio.

—Pues llama a una ambulancia para ella —le ordenó.

Luego la llevó con cuidado a la mesa con bancos, y con un movimiento de la mano la instó a sentarse.

Desde la primera vez que la vieron, tres semanas antes, había adelgazado de forma visible. Los ojos parecían mayores en el rostro hueco, sus brazos eran como los de un niño.

—He oído lo que ha dicho esa bruja por teléfono —informó tras unos minutos de silencio—. Y se equivoca de cabo a rabo.

Carl hizo una seña a Assad, que ya había activado la grabadora del móvil.

—Ahora puedes contarnos todo como fue, June. No te vamos a interrumpir, si no lo quieres.

June cerró los ojos, lo más seguro para no hacer caso del dolor.

—Me alegré cuando hicieron que Frank, o Atu, o como queráis llamarlo, viniera aquí. Para mí fue un regalo tenerlo de pronto enfrente, ¿no os dais cuenta?

Trató de reír, pero el hombro la hizo callar.

Luego abrió los ojos y miró a Carl a la cara.

—Quería suicidarme. Bjarke y yo nos habíamos convertido en extraños el uno para el otro con el paso del tiempo, y era por mi culpa. Después de morir Bjarke, solo me quedó el sentimiento de culpa, que era demasiado pesado para poder arrastrarlo.

—¿Sentimiento de culpa? ¿Por qué, June?

—Por haber permitido que Frank tuviera tanta influencia en mi familia. Porque destrozó mi vida y la de mi familia. Al final, Bjarke ya no pudo más. Después de que su padre tirara la toalla.

—Tu hijo se suicidó porque estaba celoso de Alberte y la mató. Hemos visto el coche y la pala de quitanieves, ¿qué más puede decirse?

—Que no fue Bjarke quien atropelló y mató a Alberte, sino yo.

—No te creo, estás protegiendo a tu hijo —declaró Assad.

—¡NO! —Golpeó la mesa a pesar del dolor. Luego pasó un buen rato callada, mirando el cerro y el bosque al otro lado del lago.

Cuando un sospechoso se abre y luego se cierra en banda, solo la paciencia ayuda a desatascar la lengua. Carl había estado muchas veces así durante horas, y en aquel momento no le quedaba otro remedio. También Assad lo entendió.

Pasados unos minutos, June giró la cabeza hacia Carl y captó su mirada. «Pregúntame algo», decían sus ojos.

Carl se quedó pensativo. La pregunta debía ser la adecuada; si no, iba a callarse como una muerta.

—Bien, June. Te creo, y sé que Assad también te cree. Ahora cuéntalo todo desde el principio y a tu manera.

June suspiró y lloró un momento, antes de fijar la mirada en la mesa y arrancar a hablar.

—Me enamoré de Frank, y creía que iba a ser el amor de mi vida. Nos citábamos aquí, donde me habéis encontrado, y hacíamos el amor en la hierba. Mi marido, Christian, no era tan hábil como Frank, así que me enamoré de manera tempestuosa.

Apretó los labios.

—Estuvimos juntos un par de meses.

Debió de ser al mismo tiempo que Frank mantenía relaciones con Inge Dalby, pensó Carl.

—Y luego rompió conmigo, a pesar de todas las promesas que me hizo, que no fueron pocas. ¿Por qué, si no, iba a engañar a mi marido, con quien tenía un hijo y con quien vivía? ¿Por qué?

Carl y Assad se alzaron de hombros. Claro, ¿por qué?

—Me prometió que iba a cambiar de vida, y que me sacaría de la isla, y que la diferencia de edad no significaba nada. Y el cabrón de él me mintió.

La mujer levantó la cabeza. La amargura era evidente.

—Yo ya sabía que había encontrado una mujer más joven. Le olía el perfume barato de jovencita. Apestaba a él cuando vino para romper conmigo, y luego pensé que ya había notado el perfume otras veces. Me di cuenta de que debió de verse con ella a la vez que conmigo; eso fue lo peor.

Soltó un bufido.

—Así que lo seguía y lo tenía bajo vigilancia. Los dos tortolitos creían que eran muy listos, ¡por Dios! También vi cómo se comunicaban, cómo se dejaban papelitos en la roca que había frente a la Escuela. Atu y yo también nos dejábamos mensajes en el sitio donde hacíamos siempre el amor.

De modo que era allí donde Alberte y Frank intercambiaban mensajes. En la

piedra grande junto a la que habían pasado al menos diez veces. Qué irónico.

—Una vez fui a la comuna de Ølene, y allí me explicó sin rodeos que estaba enamorado de Alberte y que iba a volver con ella a Copenhague. Mi odio hacia él no conocía límites, pero a ella la odiaba igual.

Se quedó un rato apretando las mandíbulas. Se veía a la legua con qué intensidad recordaba aquel odio.

—Quería apartar a Alberte de su vida antes de que se la llevara. Debía quedar mutilada, aquella belleza debía quedar destrozada. Debía desaparecer. Tal vez entonces Frank volviera a quererme, eso lo pensé durante mucho tiempo después. Sí, esperé varios años a que volviera; era una locura, una ingenuidad. Luego lo único que deseaba era no oír hablar de él. No quería oír a mi exmarido, ni a mi hermana, ni a vosotros. Había borrado a Frank de mi vida.

Y luego él lo pagó cuando por fin apareció, pensó Carl.

—Tomé prestado el coche de mi hijo, el que está junto a la carretera, mientras él trabajaba en el taller mecánico de Aakirkeby. Siempre lo aparcaba frente a la casa de mi hermana, porque almorzaba allí todos los días, cosa que era un detalle por su parte.

Sonrió un breve segundo.

—Para que el impacto no se viera en el coche, usé la pala de quitanieves que él mismo había soldado, que estaba en el garaje de la casa de Listed. La cargué en mi coche y volví a mi casa, donde la encajé en el parachoques del Toyota, que estaba preparado para montar encima la pala.

—Perdona que te interrumpa, pero es algo que debo saber. ¿Cómo sabías que Alberte iba a encontrarse con Frank junto al árbol aquella mañana?

La mujer sonrió, como si fuera a presentar su obra maestra. Tal vez lo fuera.

—Dejé una nota bajo la piedra muy temprano por la mañana, antes de ir a Aakirkeby. Yo imitaba muy bien la letra de Frank, fue muy sencillo.

—Pero ¿cómo pudiste saber que ella iba a verla tan temprano por la mañana?

—Iba allí todas las mañanas antes de que los demás despertaran, aunque no hubiera nada. Pero era una jovencita tonta. Para ella era un juego.

—¿Y Alberte era tan tonta que se dejó atropellar? ¿Es lo que dices?

La sonrisa apareció de nuevo.

—No, ella estaba en el borde de la calzada, y yo hice ademán de evitarla. Sonrió al ver aquella pala de quitanieves con aquella inscripción cuando ni siquiera había nieve y faltaba más de un mes para Navidad. Pero dejó de hacerlo cuando enderecé el volante y la atropellé. Primero a ella, y después la bici.

—¿Y nadie te vio, aparte de ella?

—Era muy temprano. Aquí en Bornholm no tenemos tantas prisas.

—¿Luego fuiste a Aakirkeby y aparcaste el coche de Bjarke delante de la casa de Karin, donde estaba antes? Ya hablamos con ella en la residencia, pero no pudo ayudarnos.

—Pues sí, así fue. Pero Karin me vio meter la pala en el maletero de mi coche. Durante años me amenazó con denunciarme, así que no era yo la que estaba enfadada con ella, como dice siempre, sino ella la que estaba enfadada conmigo.

»Luego volví a Listed y dejé la pala en su sitio. Al día siguiente supe que Karin le había contado a Bjarke que tomé prestado el coche, y que me había visto con la pala. Para entonces ya se había denunciado la desaparición de Alberte.

»Aquella noche estábamos los tres cenando cuando Christian dijo que había encontrado a la chica en el árbol, y que le causó una impresión espantosa. Vi en el rostro de Bjarke que había atado cabos. Aquello era horrible. Mi Bjarke no era tonto, por desgracia, habría que decir. Y me odiaba por ello, pero nunca me traicionó, nunca se lo dijo a su padre. Y en su lugar lo traicionó a él. Por eso no soportaba vivir solo bajo el mismo techo que su padre cuando me marché unos meses más tarde. Vivió un poco con Karin y conmigo en Aakirkeby, y luego se independizó.

—¿Hablasteis de ello alguna vez?

Sacudió la cabeza y retiró una gota de la punta de la nariz.

—No, no hablábamos mucho. También me rehuía por el asunto de su sexualidad. Aquello era demasiado raro para mí.

—¿Te costó aceptarlo?

La mujer asintió.

—¿Y arrojaste una de sus revistas a la tumba para mostrarle que a pesar de todo lo habías aceptado?

Volvió a asentir.

—Se habían interpuesto demasiadas cosas entre nosotros. Aquello debía parar. Todo debía parar.

—Entonces, ¿ya sabías por qué había pedido perdón a su padre, y no a ti?

June asintió, rozó el dorso de la mano con aquellos dedos maltrechos y apretó los labios un momento, antes de responder.

—Pero ¿cómo iba a seguir vivo sabiendo que su padre se había suicidado por un caso que él podría haber resuelto? Creo que quería pedirle perdón por lo que no consiguió hacer —explicó, mientras las lágrimas fluían lentas y dejaban manchas oscuras en la mesa reseca.

—¿Crees que tu exmarido sospechaba de Bjarke, como ha sugerido antes Rose?

La mujer alzó la cabeza.

—No, era demasiado corto para eso. Esa Rose...

Los tres oyeron el sonido a la vez. Tonos sonoros cíclicos que se retorcían por las copas de los árboles y subían por encima de sus cabezas. Primero uno, luego otro más. Poco a poco aumentó la intensidad, hasta formar un todo al final. La ayuda estaba en camino.

—Hay dos sirenas —dijo June con el ceño fruncido—. ¿Hay también un coche patrulla?

—Supongo que sí. Es lo habitual cuando ocurre algo así —explicó Carl.

Los grandes ojos de la mujer se achicaron.

—¿Cuánto va a caerme? —preguntó.

—No creo que debas preocuparte por eso ahora, June —respondió.

—¿Cuánto? —Ahora se había vuelto hacia Assad.

—Lo más probable entre diez años y perpetua. La perpetua suelen ser catorce años —respondió sin rodeos.

—Gracias. Ahora ya lo sé. Para entonces tendré setenta y seis años, si es que sigo viva. No creo que tenga muchas ganas de eso.

—A muchos les rebajan la condena por buena conducta —suavizó Carl, mientras las sirenas hacían que los pájaros de los árboles del oeste alzarán el vuelo.

—Me gustaría tener un río por el que poder escapar patinando. Pero aquí no nieva, todo está siempre verde...

»¿La recordáis? Recité esa canción la primera vez que estuvisteis en mi casa. Era una canción de Joni Mitchell, ¿lo sabíais?

Sonrió para sí.

—Me la enseñó Frank. Fue él quien me enseñó a soñar que estaba en otro lugar en el que prefería estar. Significa también que una ya no está contenta de estar donde está; eso también me lo enseñó él. ¿Conocéis la sensación?

Ambos movieron despacio la cabeza arriba y abajo. Las sirenas estaban llegando al aparcamiento. Dentro de un momento iban a meterla en una ambulancia con escolta policial. Por supuesto que pensaba en aquella canción.

La mujer se levantó tan de repente que los sorprendió. Corrió los cuatro pasos que había hasta la abertura del muro, bajó a saltos cuatro escalones y luego dio el salto definitivo por encima del muro y hacia la eternidad.

Carl y Assad echaron a correr y llegaron a la vez al muro exterior.

Vieron allá abajo el cuerpo machacado. Había golpeado con fuerza la peña, golpe que seguro que la mató, antes de caer por el borde y acabar colgada de un árbol cabeza abajo.

Exactamente igual que Alberte, diecisiete años antes.

Epílogo

Se quedaron unos minutos siguiendo con la mirada los destellos azules hasta que se fundieron con el mar verde de árboles.

Carl inspeccionó el vendaje nuevo de Assad. Estaba bien prieto.

—¿Qué te ha dicho el médico de la ambulancia?

—Le he enseñado que puedo doblar el pulgar, y me ha dado una inyección de antibiótico.

—¿Y...?

—Puedo doblar el pulgar, Carl, ¿qué más puedo decir?

Carl asintió. Un par de horas más tarde Assad iba a estar en el vuelo a Copenhague, y la sección de quemados del Hospital Central estaba a un cuarto de hora del aeropuerto. Ya se encargaría él de persuadirlo.

—¿Estamos de acuerdo en qué vamos a hacer?

—Sí, vamos a la casa de Listed.

En efecto, estaban de acuerdo.

No habían llegado a la mitad del trayecto cuando sonó el móvil de Assad, y activó el altavoz. La mujer del otro lado de la línea se presentó como Ella Persson, secretaria de la comisaría de Kalmar, y dijo que llamaba a petición del inspector jefe, Frans Sundström.

—Hemos descubierto quién pidió que acudiera la Policía y las ambulancias a la Academia para la Fusión con la Naturaleza de Öland —informó—. Tras analizar la cinta del mensaje de la central, resulta que la voz era la de Atu Abanshamash Dumuzi, el líder del centro. Creemos también que fue la misma persona quien os liberó a vosotros. Al menos, nadie más quiere arrogarse el honor. El inspector jefe Sundström ha pensado que podría interesaros saberlo. Dice que eso pone los actos de Atu Abanshamash Dumuzi bajo una perspectiva algo diferente. Quería que lo supierais antes de detenerlo.

Carl miró absorto el mismo paisaje que Frank Brennan rastreó hacía tantos años. Y mientras pensaba en ello Assad respondió a la secretaria de la comisaría que debía informar del fallecimiento de Atu Abanshamash Dumuzi, y que recibirían un informe de la Policía local de Bornholm.

El resto del viaje transcurrió en silencio. Iba a hacer falta tiempo para procesar aquella información.

La casa de Listed de Christian Habersaat estaba rodeada de un aura que no había existido antes. De pronto, se había convertido en pasado. Una herencia, objeto de compra para un trabajador, el monumento de un hombre a una vida fracasada. Los secretos permanecían de alguna manera, claro, pero el misterio había desaparecido.

Miraron por la ventana el interior y comprobaron lo efectivo que había sido el trabajo de Rose. Aparte de algo de embalaje y de los muebles empleados como estanterías provisionales, no quedaba nada que pudiera recordar que allí se habían almacenado todo tipo de testimonios sobre un crimen.

Miraron hacia la puerta doble del garaje, y vieron que las autoridades la habían cerrado con un candado.

—¿Esperamos hasta que venga un cerrajero para entrar a la casa, y de ahí al garaje, o abro la puerta sin más? —preguntó Assad.

Carl iba a preguntarle cómo iba a hacerlo sin herramientas, pero no tuvo tiempo, porque Assad metió la mano buena entre las hojas de la puerta y dio un tirón. El candado seguía colgando en el mismo sitio, pero el herraje no, y las puertas se abrieron y revelaron una oscuridad a la que sus ojos debieron acostumbrarse.

El espectáculo era el mismo de la vez anterior: huellas de ruedas, viejos animales hinchables y cubos de pintura en las estanterías, cajas de cartón vacías por todas partes.

Echaron la cabeza atrás y miraron la estantería de lo alto, donde estaban la vela de surf, los esquís y los bastones de esquiar.

Volvieron al dintel de la puerta y trataron de colocarse en un ángulo mejor para ver qué podía haber encima. Y, como seguían sin ver nada nuevo, salieron del garaje. Y justo allí, cuando el cuerpo estaba en un ángulo dado, sí que podía parecer que había algo encima de la vela, empujado hacia la pared de atrás.

—No podremos subir sin una escalera, Carl —hizo saber Assad.

—Venga, ya te ayudo.

Juntó las manos bajo el zapato de Assad y lo empujó hacia arriba. Era increíble que la pequeña Mirja hubiera podido moverlo sin provocarse una hernia de disco.

—Sí —fue lo único que se oyó arriba.

—¿Sí, qué?

—La pala de quitanieves está aquí. Más o menos metro y medio de largo, y con un texto en mayúsculas blancas. No veo qué pone, pero ya lo sabemos.

Carl sacudió la cabeza. ¡Qué situación más estúpida! Si la primera vez hubiera habido una escalera a mano, la caza de Frank se habría suspendido al instante.

—Sácale una foto. Pon el *flash* —gimió Carl. La postura empezaba a ser algo incómoda.

Se vio un fognazo, y Carl se preparó para doblar un poco las rodillas, a fin de que su compañero pudiera bajar al suelo.

—Un momento, Carl —dijo—. Hay algo colgado de la pared al final de la pala, empújame un poco hacia arriba.

Carl empujó con esfuerzo. Era una maniobra que podía resultar mal, así que apretó los glúteos y lo impulsó hacia arriba tan bien como pudo.

—¡Bingo! —se oyó de lo alto—. Ya puedes dejarme bajar.

—¿Qué es? —preguntó Carl al tiempo que enderezaba la espalda.

Assad se lo dio. Era un sobre blanco inmaculado. Sin suciedad, polvo ni telarañas. Tan sin usar que parecía recién sacado del cajón.

«Para la Policía», ponía, escrito con la letra inconfundible de Habersaat.

Se miraron.

—Ábrelo —dijo Assad, y Carl lo abrió.

Era un folio escrito a mano con letra menuda que había sido usado antes, porque había algo impreso en la otra cara.

«Para la Policía», ponía otra vez, y llevaba al final la firma de Christian Habersaat.

—Léelo en voz alta, Carl, no puedo leer esos paragatos.

—Garabatos, Assad, pero qué más da.

Leyó:

Ya lo habéis descubierto, y la misión ha terminado.

Mis sospechas hacia Bjarke se acentuaron cuando pasado un tiempo de la muerte de Alberte encontré este cachivache, que por lo visto Bjarke empleaba para vender árboles de Navidad. Creí recordar que estuvo construyendo algo así, y lo encontré aquí arriba, mientras todo el mundo lo buscaba.

Pero aunque muchas cosas apuntaban a mi hijo, también tenía fuertes sospechas del amante de mi mujer. Sí, ya tenía noticia de la relación, mi red de informadores es amplia, y así fue como conseguí fuertes indicios de que el hombre de la furgoneta era también quien se reunía con Alberte.

Luego encontré la astilla en el lugar de los hechos, y varias cosas me dieron esperanzas de estar equivocado respecto a Bjarke. La sed de venganza y el arraigado deseo de proteger no se llevan bien, por desgracia. También me faltaba encontrar el motivo de Bjarke. ¿Por qué había de matar a una chica desconocida? No tenía ninguna lógica. Yo ya sabía que no le interesaba el sexo opuesto. Era un tema sobre el que solíamos discutir June y yo. A ella le costaba mucho asumirlo. Pero creo que ante ese tipo de conceptos morales los policías tenemos unos límites más vagos que el resto de la gente.

De modo que dirigí la investigación hacia el hombre de la furgoneta, hasta que encontré la prueba decisiva de que Bjarke tenía, a pesar de todo, un motivo de peso.

Lo supe cuando, hace un mes, un día organicé el antiguo cuarto de Bjarke para guardar el material de la investigación, y encontré esto en una caja con viejos juegos de ordenador.

Lo veréis si dais la vuelta al folio.

Fue lo que hizo Carl.

Era un viejo texto de atajos del juego de *Star Trek* con apuntes a lápiz, y abajo, escrito en diminutas mayúsculas, ponía: «Para Frank».

Era el poema escrito por Bjarke sobre su fascinación por Frank. Ya sabían lo que decía.

—Lee lo último que escribió Habersaat —dijo Assad.

No lo entendí todo de verdad hasta que encontré el poema. Bjarke estaba enamorado del mismo hombre que mi mujer, y mató a Alberte porque había sido rechazado por culpa de la jovencita. Bjarke debió de escribirlo cierto tiempo después, lo más seguro, justo antes de marcharse de casa. Ahora veo todo tan lógico y claro que se me parte en dos el corazón.

Pido perdón de veras por haber sido tan ilimitado en mi lucha por atribuir a una persona inocente el horrible crimen de mi propio hijo.

Ahora dejo su destino en vuestras manos. No tengo fuerzas para perseguir a mi propio hijo. Por eso lo dejo aquí.

Christian Habersaat, 29 de abril de 2014

Estuvieron un buen rato sin decir nada.

Pensaban lo mismo.

—Lo escribió el mismo día que te llamó, Carl —observó Assad al final.

Carl asintió en silencio.

—Ya había tomado la decisión de suicidarse antes de escribirlo.

—Sí. Desde luego, el que no se consuela es porque no quiere.

Carl sacudió la cabeza.

—Si hubiéramos visto esta carta antes... Rose tenía razón. Habersaat sabía que su hijo había estado implicado de uno u otro modo.

—Sí, pero no que fuera su mujer quien lo hizo. No lo habríamos sabido nunca, de no haber investigado como lo hicimos, Carl. June Habersaat se lo habría llevado a la tumba.

Carl asintió.

—Hay que llamar a Rose y decirle que tenía razón respecto a Habersaat, y que June Habersaat lo ha confesado todo.

Assad levantó en el aire el pulgar bueno, tecleó el número y activó el altavoz.

Pasó cierto tiempo, y, cuando iba a colgar, respondieron.

—Es el móvil de Rose, hablas con Yrsa —anunció una voz. Desde luego, no era la de Rose.

—Eh... ¿Eres tú, Rose? —preguntó Carl. ¿Había vuelto a su personal juego de roles?

—No, he dicho que era Yrsa, la hermana de Rose. ¿Con quién hablo?

Carl dudaba aún, pero si quería jugar, allá ella.

—Con Carl. Con el subcomisario Carl Mørck, el jefe de Rose, si se me permite decirlo.

—Oh. —Sonó como si fuera una mala noticia—. He tratado de llamarlo, Carl Mørck, pero no respondía.

—Lo siento, se me ha agotado la batería. ¿Qué...?

—Rose está mal —lo interrumpió con voz preocupada—. Hace una hora que he llegado, porque Rose y yo nos juntamos algún sábado que otro para tomar el té, y me la he encontrado en el dormitorio. No me ha reconocido. Decía sin cesar que había hecho lo que debía, y que ahora quería dejarlo todo.

—¿Dejarlo todo?

—Sí, se había hecho un corte en la muñeca con unas tijeras. También decía que era Vicky, la otra hermana. Me ha dicho que la habían hipnotizado para que se creyera que era Rose, pero que no quería ser una chica tan chungu. Que el hipnotizador se había adentrado demasiado en su interior. Me ha dicho que el hipnotizador no le pudo ayudar, porque era una taza que estaba llena ya.

—Qué espantoso.

Carl miró a Assad, que sacudió la cabeza.

Ojalá no fuera cierto.

—La han ingresado en Norvang, así que no cuenten con ella de momento, y esperemos que pueda volver pasado un tiempo, si es que vuelve.

Fue idea de Assad pasar por Aakirkeby y encargarse un ramo de flores para que se las enviaran a Rose. Y a la vez podían comprar otro ramo para depositarlo en el árbol de Alberte.

—¿Te das cuenta de que podemos ir hasta el árbol siguiendo el mismo itinerario que hizo June Habersaat? —comentó Assad tras comprar las flores.

—Ya lo creo que me doy cuenta —respondió Carl—. Pero esta vez no vamos a conducir como la última vez, ¿verdad? Tampoco creo que este coche tenga muchas ganas.

Assad le dirigió una mirada agradecida.

Permanecieron un rato largo observando las ramas, el árbol y el pequeño ramo a sus pies. La primera vez que estuvieron delante del árbol acababan de brotar las hojas; ahora, estaban de un color verde oscuro.

—Espero que sus padres consigan por fin la paz —declaró Carl.

Assad no hizo ningún comentario. Puede que no estuviera tan seguro.

Luego agacharon la cabeza un momento por respeto hacia una joven demasiado guapa e ingenua que nunca materializó sus sueños. Después arrancaron y se fueron.

Hablaban un poco de Rose y de lo que podían hacer por ella, cuando apareció la Escuela a su derecha.

—Para, Carl —ordenó Assad cuando llegaron.

Salió del coche y cruzó la carretera hacia la piedra grande donde estaba grabado el nombre de la escuela.

—¡Ven a ayudarme! —gritó después de apartar a un lado varios bloques de piedra que bordeaban la base de la enorme piedra.

Carl llegó cuando Assad hacía rodar a un lado una piedra oscura que tapaba un pequeño hueco.

—¡Aquí está! —anunció, triunfante—. Era aquí donde intercambiaban mensajes, Carl. Donde June Habersaat dejó el mensaje falso.

Carl hizo un gesto afirmativo y se agachó. Habían pasado diecisiete años, y el hueco seguía allí. Arañó la tierra. Era extraño pensarlo.

Entonces sus dedos tocaron una superficie pulida. ¿Sería plástico, o más bien otra piedra? Sacó el bolígrafo del bolsillo de la pechera, lo metió en el agujero y liberó el objeto. Era una de esas fundas transparentes que se usan para guardar sellos o recetas de cocina. El plástico había perdido el brillo después de tantos años en la tierra. Lo extraño era que no estuviera más sucio.

—Hay algo dentro —anunció Assad.

Tenía razón. Carl abrió la funda con cuidado y sacó un papelito doblado. Se conservaba bastante bien, aunque el papel estaba amarillento y había absorbido humedad.

Carl desdobló el papel y lo sostuvo de manera que pudieran leerlo los dos.

«Querida Alberte», ponía al principio.

«Olvida lo que te dije ayer. Tengo muchas ganas de volver a verte cuando vuelvas a Selandia de la Escuela. El número de teléfono de la comuna es 439032**».

Los dos últimos números estaban ilegibles. Pero abajo ponía con gran claridad: «Hasta pronto. Mi amor hacia ti no tiene límite. Frank».

Assad y Carl se miraron. Frank debió de dejar el mensaje la misma mañana que Alberte se dirigía en bicicleta en busca de su horrible destino.

Assad se tocó la mano mala, y Carl se llevó la suya a la nuca.

Si hubiera dejado su declaración de amor unos minutos antes, nada de aquello habría ocurrido.

Carl dio un suspiro, y luego sintió una palmada en el hombro.

Se giró hacia un par de luminosos ojos castaños orlados de patas de gallo.

Menos mal que eran dos para compartir la espantosa verdad.

Agradecimientos

Mi agradecimiento a mi esposa y compañera del alma, Hanne, por su incansable estímulo durante el largo proceso de redacción del proyecto del Departamento Q. Gracias a Henning Kure por la redacción preliminar, por la investigación sobre cultos solares y por sus buenas ideas. Gracias a Elisabeth Ahlefeldt-Laurvig por su trabajo de investigación y su saber hacer. Gracias también a Eddie Kiran, a Hanne Petersen, a Micha Schmalstieg y a Karlo Andersen por su lectura perspicaz y competente, y por encima de todo a mi redactora, Anne C. Andersen, por nuestro fantástico trabajo en equipo.

Gracias a Lene Juul y Charlotte Weiss de la editorial Politiken por su gran paciencia. Gracias a Helle Skov Wachter por informar a los lectores a lo largo del proceso aportando sus buenas ideas. Gracias a Gitte y Peter Q. Rannes y al Centro Danés para Escritores y Traductores de Hald por su hospitalidad durante el proceso de redacción. Gracias a Søren Pilmark por una formidable estancia en Bornholm. Gracias a Elisabeth Ahlefeldt-Laurvig por dejarnos a Henning Kure y a mí usar su casa de Tempelkrogen como laboratorio de ideas.

Gracias al comisario de policía Leif Christensen por sus correcciones en relación con la Policía. Gracias a los compañeros de Carl Mørck de la comisaría de Rønne por su estupenda acogida y sus indicaciones acerca del trabajo policial en Bornholm: al director de la Policía de Bornholm Peter Møller Nielsen, al fiscal Martin Gravesen, al agente Jan Kragbæk y al subcomisario Morten Brandborg, y al resto de policías de la comisaría.

Gracias a Svend Aage Knudsen de la iglesia de Østerlars. Gracias al personal de la Escuela Superior de Bornholm por su buena acogida, por enseñarnos el lugar y por unas deliciosas albóndigas fritas: a la contable Marianne Koefoed, al bedel Jørgen Kofoed, a la jefa de cocina Karen Prætorius, y gracias a la antigua pareja de directores Bente y Karsten Thorborg por una tarde entrañable y provechosa.

Gracias a Karen Nørregaard y a Anette Elleby de la casa de Listed por su conversación alentadora y por su visita guiada. Gracias a Poul Jørgensen, al taller de cristalería Kastlösa de Mörbylånga por la guitarra heavy y por iniciarme en los misterios y secretos de Öland y Alvar.

Gracias a Johan Daniel «Dan» Schmidt por hacer unos clones perfectos de mi viejo ordenador y por endulzar mi relación con la informática. Gracias a Nene Larsen por su servicio de correo ultrarrápido a Barcelona. Gracias a mi agente de Alemania, Beatrice Habersaat, por prestarme el apellido. Gracias a Peter Michael Poulsen,

capitán del navío de seguridad Tío Sam por el «cambio de nombre». Gracias a Kes Adler Olsen por la introducción al vídeo «Zeitgeist». Gracias a Benny Thøgersen y a Lina Pillora por hacer mi entorno de redacción en Suecia aún más fantástico. Gracias a Arne y a Annette Merrild y a Olaf SlottPetersen por animarme en Barcelona. Gracias también a Olaf Slott-Petersen por sus experiencias con la hipnosis.

Gracias a Jakob Wæhrens y a Sten Riberfelt de GermanSolar Danmark A/S por su inestimable ayuda relativa a la resolución de delicadas cuestiones técnicas y por su despliegue de creatividad en relación con la construcción del equipo fotovoltaico, el rendimiento y eventuales usos alternativos.

Gracias a Cathrine Boysen de Oslo por compartir conmigo sus indomables ganas de vivir. Se puede aprender mucho de ella.



JUSSI ADLER-OLSEN (Copenhague, Dinamarca, 1950). Es uno de los autores europeos de novela negra que más éxito ha cosechado. Conocido por ser el autor de las novelas de la serie del «Departamento Q».

Trabajó, entre otras profesiones, como editor de cómic y redactor de revistas, hasta que en 1995 decidió dedicarse por completo a la escritura. Su primera novela fue *La casa del alfabeto* (1997).

Con la publicación de la novela *La mujer que arañaba las paredes* (2007), el primero de la serie del «Departamento Q», llegó finalmente la fama internacional.

Actualmente los *thrillers* del «Departamento Q» se publican en más de cuarenta países, donde han atrapado a millones de lectores.

Varias de sus novelas han sido adaptadas al cine y está previsto el rodaje de una serie de televisión.

Ha recibido numerosos premios por sus libros, entre ellos, el Glass Key y el prestigioso De Gyldne Laurbær.

Notas

[1] *Højskole*: Establecimientos de enseñanza no reglada a los que acuden tanto estudiantes que han hecho un paréntesis en sus estudios como gente de más edad. Suelen impartir todo tipo de cursos monográficos, y son muy populares en Dinamarca. (*N. del T.*) <<

[2] *Fisker*: Pescador, en danés. (N. del T.) <<

[3] Hans Tausen (1494-1561): teólogo danés que contribuyó a difundir el protestantismo en Dinamarca. (*N. del T.*) <<